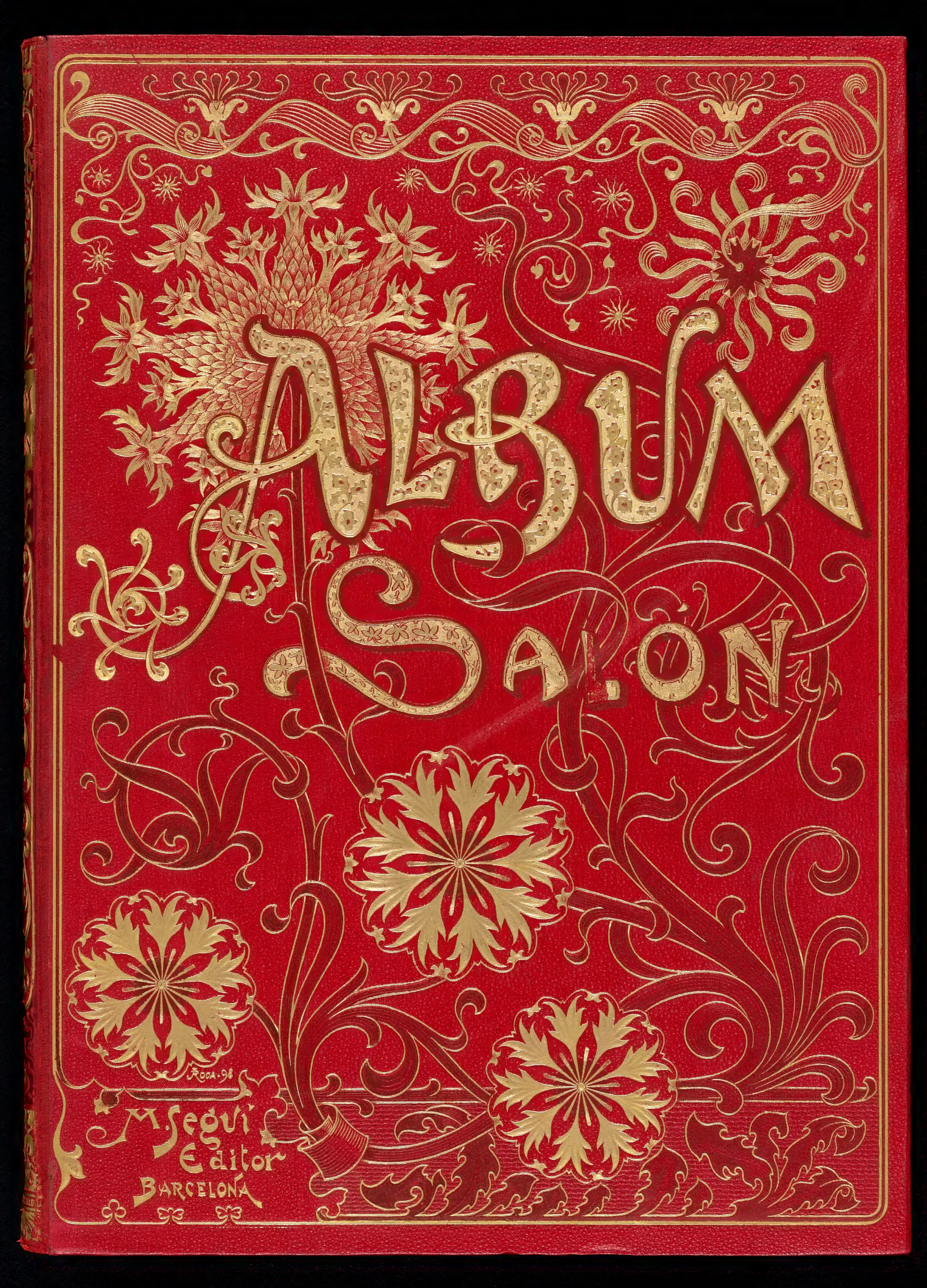

ALBUM
SALÓN
J. ROCA·98
M. Seguí
Editor
BARCELONA

ALBUM SALON


ALBUM SALON
PRIMERA · ILUSTRACION ·
ESPAÑOLA · EN · COLORES
AÑO 1902
CENTRO EDITORIAL ARTISTICO
DE
MIGUEL SEGUI
RAMBLA · DE · CATALUÑA · 125 ·
R. Costa
BARCELONA



Cuadro de Román Ribera.

Salón Robira (Fernando VII, 59

BELLAS ARTES

Si es difícil en cualquier estado del arte mantenerse constantemente á una misma altura; si en muchos casos constituye un triunfo el coonestar con obras sucesivas la reputación adquirida, mucho más admirable es excederse á sí propio, cuando los méritos alcanzados son tales y tantos que parezcan tocar el límite de lo que el artista puede dar de sí.

Los más célebres ingenios han estado sujetos á períodos, si no de decadencia, de estancamiento, como si una crisis de cansancio paralizara su inspiración y su mano; períodos en que las obras conservan todo el valor técnico de sus autores, pero que carecen en parte del soplo genial que las hace superiores al justo medio.

Esas épocas son como el invierno de la inteligencia; la naturaleza no muere, se duerme; pero es para despertar con mayor ímpetu al aparecer la nueva primavera. Es verdad que han ido brotando flores, pero escasas y sin perfume. No permitía más la labor de reconstitución de las fuerzas adormecidas.

Tal ha acontecido con Román Ribera. Después de un largo período de producción, estimable por ser suya, digna de su talento en punto á cualidades de ejecución, se nos revela con nueva impetuosidad en sus últimas obras, que, expuestas en el *Salón Robira* y en el *Salón Parés*, suscitaron un coro de universales alabanzas.

Nunca el buen gusto de Ribera se manifestó con mayor intención que en el cuadro que tenemos la fortuna de copiar en la primera página; nunca más espontánea composición ha sido sorprendida por el artista; ni nunca el pintor supo hallar mayores finezas de color. Ribera ha hecho más que excederse á sí propio, se ha rejuvenecido, se ha *entusiasmado*, poniendo al servicio de este reverdecimiento de sus facultades artísticas, su sobria técnica de maestro provecto.

No sin íntima satisfacción, pues, hemos colocado este cuadro á la cabecera de este número, que contiene otras joyas de la moderna pintura española.

El talento de Arcadio Más y Fontdevila se revela en la graciosa marina *Después de la pesca*, bella de líneas, justa de color y fácil de mecanismo.

Al aragonés Marcelino de Unceta, debemos el simpático cuadrito *En el parador*, donde se revela el indisputable dominio que tiene en la pintura de caballos. Artista esclavo de la verdad, halla en ella, en su exacta aplicación, recursos sobrados para enriquecer sus obras, sin recurrir á los más artificiosos de la fantasía. En sus diminutos cuadros hay tanta franqueza de pincelada, tanta severidad de color, que parecen reducciones de obras de gran tamaño. En la pintura de asuntos militares, no tiene rival.

También Baldomero Galofre tiene personalidad perfectamente delineada. Al opuesto de los anteriores, su temperamento es arrebatado, impetuoso, poético en alto grado y, sobre todo, es un verdadero mago del pincel, con el que supera las mayores dificultades de ejecución, sin esfuerzo, como un Creso del color. Sus *Alrededores de Pompeya* son más que una copia del natural, son un alarde de elegante facilidad, vedado á ningún otro artista.

Gaspar Camps terminó la admirable serie de sus *Meses*, pero pronto su fértil imaginación ha hallado nuevo incentivo en que emplearse, para demostrar su inagotable vena decorativa, solicitada ya en la capital de Francia.

En este número da comienzo á la ilustración del poema *Amor* de Salvador Carrera, cada uno de cuyos cantos adornará con artística orla alegórica. Los dibujos iluminados de Camps, no son un compuesto de elementos tomados al acaso; todos, por el contrario, tienen valor propio, adrede seleccionado, y así unidos como separados tienden á especificar la alegoría, al modo que la música comenta el valor de las palabras. De aquí su encantadora vaguedad, á pesar de valerse de medios gráficos, á la que no contribuye poco la mezcla de los elementos ornamentales con los propiamente naturales.

Hónrase además este número con un hermoso *Estudio* del más visible representante de la joven escuela española, el valenciano Joaquín Sorolla. Es un simple apunte para un cuadro, sin más objeto que el de coordinar valores, con visible propósito de sacrificar el mecanismo en beneficio de la sinceridad. Y sin embargo, ¡cuánta gracia en tanta sencillez! ¡cuánta valentía en la sobria pincelada! ¡cuánta fuerza luminosa! ¡cuánta verdad en los reportes!

A nuestro colaborador artístico, Enrique Esteban, ha tocado cerrar esta brillante exposición, ilustrando un artículo de don José Echegaray. El dibujo es bueno, y no es floja la fortuna de andar en tan honrosa compañía.

Francisco CASANOVAS

---

† FRANCISCO PI Y MARGALL



PI Y MARGALL EN 1873

Cuando tuvimos el gusto de verle entre nosotros, en los Juegos Florales del presente año, comprendimos ya, con la pena consiguiente, que aquella naturaleza robusta, combatida por incesantes estudios, por el penoso trabajo del bufete y, sobre todo, por las agitaciones de la política activa, no tardaría en rendirse y pagar el común tributo á la madre tierra que visiblemente iba atrayéndola.

Nuestros temores se realizaron bien pronto, y de aquel grande hombre que, con justicia y por sus solos méritos, desde su cuna humilde llegó al primer puesto de la Nación, nada queda, como no sea sus obras, reveladoras de un talento excepcional, y el recuerdo de su honradez superior á toda ponderación.

El Album Salón que no ostenta otros principios que el de complacer al público, sin distinción de matices, se honraba contándole entre sus colaboradores más valiosos, y llora su pérdida, como la lloran todos los amantes de las glorias patrias; testimoniando su sentimiento en estas breves líneas que á su memoria consagra, y publicando á continuación el artículo que pocas semanas antes de su fallecimiento le había remitido con destino á este número extraordinario de primero de año.

Léanlo nuestros favorecedores con la detención que merece, fíjense en las sabias enseñanzas que contiene, comparen el texto con el autor, y acaso deducirán, como nosotros, que el venerable anciano, á quien el Señor haya concedido la palma de los justos, adivinando su próximo fin, quiso dejar bosquejado, en el referido artículo, el ideal del hombre sabio, probo, humanitario, casi perfecto, tal como él lo soñaba y sentía,... tal como él era en realidad; aunque, probablemente, su excesiva modestia no se lo permitía ver.

* * *

UN HOMBRE SINGULAR

Procedía del Norte de Europa. Era alto, fornido, rubicundo, de ojos claros y serenos, de corazón ardiente. He aquí en qué consistía su singularidad.

Quería á sus semejantes. Se sacrificaba por sus amigos y socorría á los menesterosos hasta donde se lo permitía su fortuna, ni grande ni escasa. Vestía sin lujo; era sobrio, tan estrecho para sí como para los demás generoso.

Tenía de nuestra humanidad un alto concepto. Aborrecía todo lo que la rebajaba. Encendíase en ira al ver maniatado un hombre, siquiera fuese el más vil de los criminales. Tronaba contra el régimen de nuestras cárceles y presidios: decía que por la educación y el amor y no por el menosprecio ni el castigo debía buscarse la regeneración de las almas.

Odiaba la milicia y la guerra. No podía ver extendida la espada ni aún sobre los pueblos salvajes. Con relaciones de amistad y de comercio quería que se los ganara. No veía nunca un ejército ni un batallón que no dijese: «imposible parece que á servidumbre tal se haya reducido á nuestra pobre especie: en máquina de matar se la ha convertido». A veces cuando se le hablaba de guerra, tapábase los oídos como el Quetzalcoatt de Méjico.

Amaba asimismo á los animales. Pretendía que no podíamos matar sino los dañinos. De algunos de los demás se enfurecía al oir que se los hacía más sabrosos echándolos vivos en la sartén ó en agua hirviendo. No podía consentir que se apalease á caballería alguna que hubiese resbalado ó caído bajo el peso de su carga. Increpaba rudamente al conductor y le ayudaba con todas sus fuerzas á levantarla. Aún para las aves del cielo tenía sus cuidados. En las grandes nevadas solía echar trigo en la nieve de sus balcones ó de su azotea. Poco menos que arca de Noé era su parque.

Aún á la vegetación extendía nuestro hombre su cariño. De bárbaro tildaba al que golpeaba los árboles, ó les desgajase violentamente las ramas, ó les apedrease para despojarlos de los ya sazonados frutos. Un olmo tenía, que en menos de veinte años se había hecho por lo grueso, lo alto y lo frondoso el gigante de la floresta. Lo amaba como si fuera su hijo. Teníalo cercado para que nadie lo tocara, y en verano comía y cenaba cercano al tronco, sobre su cabeza las ramas. En su jardín á nadie permitía que arrancase la flor más humilde.

Lo raro era que se condolía de todos los seres sin reposo. Veía ríos y les decía: «¿Qué fuerza os empuja para que corráis noche y día? Sin descanso vais desde la fuente en que nacísteis al mar que es vuestro sepulcro. No os detienen los lagos ni los despeñaderos. Os aprisiona el frío en los crudos inviernos; pero os rompe los lazos la primavera y seguís corriendo. Corriais ya antes bajo la costra de hielo formada en vuestras profundidades. ¿Por qué no habéis de descansar de noche como los mortales? Ni en el mar halláis reposo, que el mar sin tregua se mueve ya blanda, ya tempestuosamente.»

A veces alzaba los ojos al cielo y exclamaba: «También vosotras, estrellas errantes, andáis sin cesar recorriendo en torno del sol inmensas órbitas. Siglos de siglos ha que seguís vuestra ruta sin que se os permita un instante de reposo. Un instante de reposo en vosotras sería el desquiciamiento del mundo. Otras estrellas hay y otros sistemas planetarios: en todos el movimiento es incesante. Muévense aún los astros que suponemos fijos. ¿Será el movimiento la vida y la ley del universo? La tierra que habitamos está en perenne movimiento: anda en torno del sol y gira sobre su eje.»

«Descansan, añadía, sólo los seres vivos. Acabarían muy pronto si hubieran de moverse sin reposo como las aguas y los astros. Necesitan suspender con frecuencia sus trabajos y gozar todos los días de un sueño que les repare las fuerzas, les alivie los males que sufren y les deje olvidar por unas horas sus penas y sus dolores.»

Por ahí entraba en las cuestiones sociales. Era gran partidario de la jornada de ocho horas, y maldecía al Estado porque no la establecía en todos sus servicios y la hacía condición de sus contratos de obras. «El descanso, decía, es reproductivo: no trabaja el hombre extenuado por la fatiga como el que despierta de un sueño. Además de horas para dormir y mantenernos, necesitamos horas para ilustrarnos y dar expansión á los sentimientos. La diferencia de educación y de cultura no es lo que menos separa á los hombres.»

Sobre este punto llevaba tan lejos las cosas que no gustaba de esculturas que representasen un trabajo sin término. Un día vió en casa de uno de sus amigos un reloj bellísimo. Una gallarda mujer de bronce llevaba la esfera en el pecho y sostenía en alto el péndulo que casi tocaba en la tierra. «¿Qué te parece la estatua?» le preguntó el amigo; y él contestó secamente: «Bella, magnífica, de imponderable gusto artístico; pero no la tendría yo en mi casa.» «¿Por qué?» le replicó el amigo. «Porque, repuso, sería para mí un tormento ver siempre á esa encantadora egipcia en actitud tan fatigosa.»

No gustaba tampoco de las estatuas erigidas á los grandes hombres.

Al pie de la de Colón me dijo un día: «Sufrió en vida ese audaz descubridor de América todas las inclemencias del cielo. Le han condenado ahora á sufrir desde lo alto de ese monumento los abrasadores rayos del sol en verano y las nieves y las escarchas del invierno; le han condenado á recibir sobre su cabeza la luz de los relámpagos y oir el ronco son del pavoroso trueno. Nada le defiende de que baje un día un rayo y le despeñe de su pedestal de gloria.»

Sostenía que las estatuas y los bustos de los grandes hombres debían estar en uno como panteón de maravillosa arquitectura, puesto en lo alto de una colina cubierta de árboles y cruzada de arroyos. En ese panteón no quería que entraran sino las imágenes de los hombres que hubiesen prestado á la humanidad verdaderos servicios: Euclides, Arquímedes, Colón, Franklín, Stéphenson, Daguerre, Edisson, no la de ningún hombre de guerra.

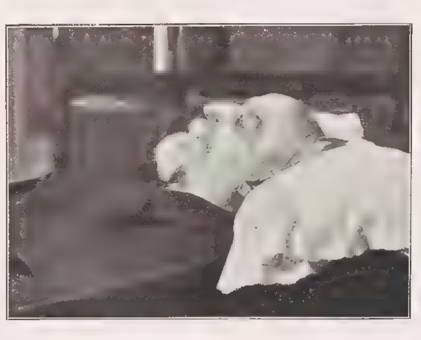
¿Qué te parece, lector, ese hombre?

¿Estaba loco ó cuerdo? Júzgale por ti mismo. No he acertado aún á descubrir el hilo que separa la razón y la locura.

† Francisco Pi
Y Margall



PI Y MARGALL EN 1900
Fot. de E. Cantos (Barcelona).



PI Y MARGALL EN SU LECHO MORTUORIO
Fot. de Mediavilla y Gallo (Madrid)

ARCADIO MÁS Y FONTDEVILA



DESPUES DE LA PESCA

Salón Robira Fernando VII, 59

MARCELINO DE UNCETA



EN EL PARADOR

LA RECONCILIACIÓN

Enrique y Carlos, ó mejor dicho, don Enrique y don Carlos, porque se trata de dos caballeros de alta sociedad, eran amigos y muy amigos: de toda la vida.

Tenemos pues dos *amigos;* pero como no tenemos ningún *oso*, este cuento ó esta narración, no puede titularse como se titula la conocida fábula de Samaniego: *Los dos amigos y el oso.*

Dos amigos decimos, y no así como quiera, sino dos amigos íntimos: lo habían sido siempre. Nacieron el mismo mes. Entre sus familias había estrecha amistad desde muy antiguo. Sus respectivas amas de cría eran igualmente zafias, igualmente bestias y además eran hermanas gemelas.

Juntos crecieron los chicos, juntos fueron á la escuela, en el mismo instituto estudiaron la segunda enseñanza, y en la misma Universidad cursaron la carrera de Leyes.

Con diferencia de un año se doctoraron; porque Enrique era un poquito más atrasado que Carlos; pero á la vez se dedicaron á la política militando en el mismo partido; y á decir verdad, medró más Carlos que Enrique, porque manejaba con más habilidad y brillantez la elocuencia parlamentaria, aunque Enrique pronunciaba en las votaciones nominales el *sí* ó el *no* con entonación más vigorosa.

A la vez se enamoraron de una linda señorita, simpática y un tanto coquetuela; pero Carlos se adelantó, como se había adelantado en el Doctorado y en la política, y se casó con ella.

No por esto dejaron de ser amigos.

Y siendo amigos tan íntimos y después de tantos años de amistad, no hay que decir, si allá, en el fondo del alma se odiarían cordialmente.

De Carlos, ó del Excmo. señor don Carlos de Medina, no podemos asegurarlo; pero en cuanto á Enrique, el odio era evidente.

Un odio profundo, muy profundo, negro, muy negro y muy reconcentrado; embotellado, por decirlo así, durante cincuenta años, fermentando cada vez con más fuerza, y adquiriendo más cuerpo y más alcohol.

Un odio, con levadura de envidia, caldeamiento de pasiones rencorosas y encabezamiento de celos.

Un odio tanto mayor cuanto más oculto. Porque para todo el mundo el cariño de Enrique y de Carlos era un cariño verdaderamente fraternal.

No se quisieron más Pílades y Orestes, aunque vaya usted á saber, cómo se querrían, después de tantos siglos.

Hasta en cierta ocasión, Carlos tuvo un duelo por defender á su amigo Enrique. Si en aquella ocasión no le estranguló Enrique, es que le faltó coraje; pero buenas ganas de apretarle el pescuezo á su amigo íntimo, ya las tuvo.

Porque es lo que se decía Enrique á sí mismo: «siempre, siempre humillándome: desde niño; siempre con alardes de superioridad y de protección».

Pero al fin llegó un día en que la ventaja quedó por parte de Enrique.

Era una noche de invierno, y los dos amigos salieron juntos de una conferencia política, y juntos se repartieron en la calle de Alcalá ó una misma pulmonía ó dos pulmonías gemelas.

Es decir, que dos hermanas pasiegas, les amamantaron con la misma leche; porque siendo hermanas no cabe duda de que tenían la misma sangre, y por lo tanto idéntico licor lácteo.

Y dos pulmonías, procedentes de la misma ráfaga del Guadarrama, vinieron á morder con sus dientecillos de hielo en los pulmones de los dos amigos.

Aquella misma noche, los dos se sintieron enfermos.

Al día siguiente los dos estaban á la muerte. A los pocos días le daban á Enrique la noticia de que Carlos había muerto.

La noticia se la dió un amigo íntimo de los dos, quién sabe si con la piadosa intención de acabar con Enrique; pero si esta fué la intención se equivocó grandemente; porque al saber la noticia Enrique revivió, murmurando: «No, esta vez he podido yo más que Carlos: yo no me muero;» y en efecto, á los pocos días entraba en plena convalecencia.

¿Se alegró de la muerte de su amigo, ó la sintió?

Vaya usted á saberlo; hay tantas y tantas complicaciones en la conciencia humana; tantos y tantos repliegues en el corazón y tantos y tantos cambios en la voluntad, que hubiera sido muy difícil resolver las anteriores dudas.

Eso sí, Enrique vistió de riguroso luto, y salió á la calle con la cara muy triste, y además muy pálida. La tristeza se finge y bien podía ser máscara de satánica alegría, aunque no afirmamos que lo fuese; pero la palidez no se finge. Verdad es, que á la palidez de Enrique le ayudaban mucho los residuos de la pulmonía, y por lo tanto, no todo el mérito era suyo.

Pero los amigos políticos dijeron por entonces, «¡cómo le ha sentido: le quería mucho; vamos, que le ha sentido más que su mujer!» No estaba, en efecto, la viuda de Carlos tan pálida como Enrique; verdad es que ella no había tenido ninguna pulmonía.

Pasaron días y meses; pasó la primavera y pasó el verano; y entró Enrique en el otoño con nueva vida y nueva fuerza, como si le hubieran quitado un peso de encima.

Llegó el otoño, y llegó el día de difuntos, para cuyo día, mandó Enrique á la tumba de su amigo una magnífica corona, mayor y más rica y más espléndida que la de la viuda; que de algún modo se han de diferenciar los grados del afecto.

Pero no se contentó Enrique con mandar la corona de rúbrica, sino que allá á la caída de la tarde fué en persona y vestido de luto todavía á visitar al muerto.

¿Le llevaba repentino cariño, ó acaso repentino remordimiento, ó quizá odio refinadísimo?

No es fácil saberlo mientras no se descubran nuevos rayos X para el corazón humano, y con ellos se puedan transparentar sus negruras.

La viuda no fué; pero fué Enrique y se apoyó en un árbol y se quedó mirando fijamente el modesto pero elegante sepulcro de su amigo; porque la viuda era mujer de muy buen gusto, y ni hubiera consentido en llevar ella un vestido cursi, ni en echar sobre el cuerpo del difunto, piedras, verjas, letreros y cruces poco artísticas.

La tarde iba cayendo, el sol se ocultaba entre nubarrones desiguales y caprichosos; unos negros con borde dorado, como paño fúnebre; otros descoloridos y vagos, y en lo alto alguna nube blanquecina.

Realmente no era fácil decidir si aquellos celajes eran alegres ó tristes.

Enrique estaba inmóvil, pálido todavía, con los ojos fijos en la piedra funeraria; y por dentro de la frente le iban pasando, como en prodigioso cinematógrafo, cincuenta años de existencia, escenas en que se veía él reproducido, y siempre con Carlos.

Y le asaltaba por primera vez esta duda: «Carlos, ¿me quería, ó me odiaba?» Y decimos por primera vez, porque para Enrique había sido siempre artículo de fe el odio oculto y reconcentrado de Carlos.

Pero ahora, ante el silencio y la solemnidad de la muerte, en aquellas horas melancólicas del crepúsculo, todo parecía vacilante y envuelto en nieblas, y lo pasado se manifestaba como con tendencias á transformarse, y las pasiones palidecían, como aquellas nubes de occidente, y voces misteriosas brotaban del suelo murmurando con dulzura y tristeza: «para qué odiar; de qué sirve el odio; ¡que un puñado de tierra odie á otro puñado de tierra, es el colmo de la insensatez!» Si el amor es dudoso, acaso el odio lo es también. Capricho del momento, vibración transitoria de los nervios, fantasma que parece terrible, y es al fin y al cabo vapor que toma formas más ó menos trágicas, más ó menos grotescas y luego se desvanece.

Al influjo y bajo el dominio de estos nuevos sentimientos, reproducía Enrique en la imaginación toda su vida y la vida de Carlos.

Había oído decir á su ama de cría, que cuando eran niños, Carlos le quería mucho, y aquella mujer no había de mentir, ¿con qué objeto?

Cuando iban juntos á la escuela, recordó que Carlos, que era más fuerte que él, le defendía en las riñas de los chicos.

Precisamente por eso, empezó Enrique á sentir envidia por Carlos; porque era más fuerte y porque le protegía.

Pensaba entonces que lo hacía por vanidad, por darse tono, por ejercer autoridad sobre su compañero.

Pero ahora pensaba, ¿y si era por cariño?

Nunca lo había imaginado; pero en aquel momento, el caso no le parecía imposible.

Y fueron creciendo, Carlos siempre se mostró afectuoso. Antes había pensado Enrique que todo aquello era hipocresía; pero tal vez no lo era, sino afecto sincero.

En los estudios, siempre le ayudaba Carlos, y en la proximidad de exámenes solía repasarle los programas.

Podía ser que de este modo hiciera alarde de superioridad intelectual y pretendiera humillar á Enrique. Sin embargo, Carlos le decía constantemente: «tienes mucho talento; pero eres muy holgazán.»

Y las dudas, que cuando se duda del bien envenenan la sangre, parecían en aquel anochecer de difuntos que la iban purificando.

No, yo no tengo ninguna prueba evidente de su odio.

Y recordaba el instante supremo de su vida, cuando se enamoraron de la misma mujer; Carlos se portó noblemente: hay que confesarlo.

Un día le dijo á Enrique: «yo quiero á Luisa, la quiero con toda mi alma; pero se ha despertado en mí la idea de que tú también la quieres, conque ábreme tu corazón, que yo no seré nunca tu rival. Si me dices que sí, me marcho y no vuelvo en tres ó cuatro años».

En aquella ocasión, este arranque de Carlos, le pareció á Enrique el colmo de la insolencia y de la burla, y contestó con acento desdeñoso: «qué me importa á mí Luisa; ni me acuerdo de ella».

Pero ahora le parecía evidente que en aquel trance de rivalidad amorosa, Carlos se portó como un buen amigo.

Y cada vez se afirmaba más Enrique en la idea de que Carlos lo había sido.

¡El, él sí, que había sido el envidioso, el traidor, el mal amigo: él, Enrique!

Nunca le había hecho ningún daño material á Carlos; pero ¿y el corazón? ¿y el pensamiento? ¿y la ternura íntima?

Nunca le había hecho ningún daño; pero se los había deseado todos. Cuando chico, que saliera mal en los exámenes, cuando hombre, que Luisa le engañase; y en las luchas políticas, cuando un orador atacaba á Carlos, ¡qué infame regocijo le corría por todos los nervios!

Era preciso en aquel momento ser franco consigo mismo, aunque nunca había querido confesárselo; la muerte de Carlos había sido para él una alegría suprema, como la de aquél que despierta de una pesadilla, ó arroja una carga pesada, ó se libra de un enemigo mortal.

Y sintió Enrique un dolor profundo, un remordimiento indecible, una angustia inmensa.

Todo el antiguo odio, se iba derritiendo en cariño, encariño y en miedo.

Era de noche, la tumba de Carlos estaba envuelta en sombras; debajo de aquellas piedras estaban los restos de Carlos, y le parecía ver salir un fantasma, diciéndole: «¡miserable, traidor, envidioso, ahora te conozco, ahora te veo, has sido mi Judas; pero las traiciones de Judas duraron unas horas, unos días á lo sumo; y las tuyas han durado cincuenta años! No me asesinaste porque te faltó valor; pero me vendiste con el pensamiento siempre que pudiste venderme!»

Y Enrique empezó á temblar, se le encogió el corazón, y sintió un desvanecimiento.

Para no caer, puso las manos en la verja y echándose hacia adelante, murmuró con voz ahogada: «¡perdóname, perdóname! he sido muy malo, pero ahora me arrepiento. y te querré por todo lo que no te he querido; di que me perdonas, dilo de algún modo que yo lo entienda, si es que en tu garganta ya no hay voz».

Y se puso á mirar desesperadamente, y vió una sombra que se removía entre la piedra y el cerco de hierro.

Al pronto creyó que era un fantasma, y estuvo á punto de pedir socorro.

Pero al fin comprendió que era el perro *Leal*, el compañero de Carlos.

Ya lo había oído decir; que casi todas las noches iba á dormir juntoal sepulcro de su amo, y como él tenía las manos agarradas con angustiosa crispación al barrote de hierro de la verja,sintió que *Leal* se las lamía cariñoso, y experimentó un gran consuelo.



Pensó que Carlos le perdonaba, que aquello era un beso de paz, que era la suprema reconciliación; la humedad cariñosa de la lengua perruna era la humedad del beso.

Y le dijo á *Leal:* ven, ven conmigo; y como aún en lo más sublime, hay siempre una nota cómica, Enrique estuvo á punto de decirle al perro:

«Ven conmigo, y hablaremos mucho de tu amo.»

¿Y por qué no? hay muchas maneras de hablar.

Y Enrique se marchó consolado, y el perro le siguió, como hubiera seguido á Carlos.

Buena señal, buena señal, pensó Enrique; es que Carlos me da su perdón.

Así, el perro fué la reconciliación de ultra-tumba de los dos amigos. No lo habían sido; pero lo fueron desde aquella noche de difuntos.

José ECHEGARAY

Ilustración de E. Estevan.

BALDOMERO



ALREDEDORES

O GALOFRE



S DE POMPEYA *Salón Parés.*

LAS INMORTALES AMERICANAS

Entre las universales armonías que resultan en la obra incomparable de la creación, descuella una nota gráfica, sublime, que centuria tras centuria ha sido en gran espacio eje poderoso, móvil en las diferentes evoluciones sociales; ambiente regenerador; polen fecundo que, sin límite ni frontera, ha hecho brotar un mundo de ideas en lo inconmensurable, en lo material, en lo perfecto y en lo espiritual, encarnando su influencia en todas las esferas, en todas las ambiciones vitales, en los pensamientos más recónditos del hombre.

Las leyendas y tradiciones trasmiten, las historias viejas relatan cuantos méritos acumula ese auxiliar, mitad celeste y mitad humano, que al andar de los tiempos, ha logrado derecho propio al amor, al respeto y á la consideración general.

Con creces, ha tomado en sentido progresivo extenso lugar en la cultura de los pueblos, desenvolviendo sus singularísimas aptitudes y sus condiciones fundamentales en tantos y tan múltiples adelantos.

Paso á paso, la civilización ha ensanchado el camino antes áspero y estrecho, rechazando aquellas rancias preocupaciones que sostenían en lugar subalterno á la sacerdotisa del hogar, á la inspiradora del artista y del poeta, á la diosa, que compartía la divinidad en los cultos paganos y que, con el doble y sagrado título de esposa y de madre, fué también, como lo es hoy, el sólido y perdurable eslabón en la familia, en la sociedad, en la religión.

En el santuario de los afectos puros é indelebles, guarda siempre el hombre la imagen, el recuerdo, el nombre de una mujer amada, de una mujer bendita, de un sér misterioso, á veces completamente ideal y que, sin embargo, habrá ejercido singular influjo en su existencia, hasta en la marcha política, hasta en los destinos de una nación.

En las épocas más remotas, en las tribus más ó menos civilizadas, entre los idólatras, en la Era del Cristianismo, en las regiones del Africa, del Asia, de Europa ó de América, vemos descollar mujeres de singulares abnegaciones, de resplandecientes heroísmos, de purísimas, inmaculadas virtudes.

En la teogonía universal, ella es poema de poesía inefable, desde los comienzos que señalan los primeros pasos del hombre recién creado y rindiendo ya culto á la primera hermosísima mujer, en aquellos paradisíacos vergeles donde ella sobresalía ya como la más primorosa de sus galas; siendo más tarde purificada por el cristianismo, redimida de su primer pecado por la más bella de sus concepciones: María, la mujer sin mancilla, redentora de su sexo.

Símbolo de creencias sagradas; personificación admirable de todas las abnegaciones, de cruentos dolores, de angustias indecibles, de generosa mansedumbre, de piedad infinita, que superlativas descuellan en María todas las altas condiciones de la mujer, no ya como esclava, no tiranizada por bárbaras costumbres, no doblegada bajo el peso de tiránicos y crueles sacrificios; no en altares paganos, reverenciada como diosa, después de haberse consumido en las llamas su cuerpo terrenal, que á tal extremo llegaba el fanatismo: no; la mujer á quien María redimió, fué adquiriendo desde entonces todo el valimiento que merecían y merecen la alteza de condiciones y la nobleza de sentimientos. La mujer fuerte en el infortunio, la de alma grande y espíritu sereno, la consoladora de la humanidad, el puerto de refugio para el hombre en las magnas tristezas, en las luchas incesantes de la vida, ha limado día por día las rudezas de los tiempos primitivos; ha desechado la humilde condición de sierva; ha tenido celestiales inspiraciones y, conservando algo de aquella raza de heroínas de la antigüedad, modelo de ternezas inconmensurables y objeto de homenajes grandiosos y populares, se ha creado un pedestal, y sobre éste ha levantado su trono, para reinar sin rival. No sería del caso, ni cumple á nuestros propósitos, hacer un estudio, formar una galería de tantas y tan notables mujeres, que son gloria en la historia política, en anales artísticos, en las lides literarias.

No dibujaremos siquiera fuese á grandes rasgos esas figuras que en los pasados siglos son gráficos relieves de la mujer piadosa, de la filántropa, de las que fueron sublime representación de caridades inmensas, de las que compartieron los más acerbos dolores, las penas, ó los heroísmos y el martirio por amor á una idea grande, por cariño hacia seres amados, por abnegación en el cumplimiento de sus deberes conyugales, maternales ó filiales.

El Album Salón se propone rendir homenaje á la mujer contemporánea, á la mujer que desde el siglo XIX hasta hoy ha conquistado, en diferentes esferas y con aptitudes diversas, nombre, prestigio, amor, y la inmortalidad que corresponde en justicia á los seres privilegiados.

Complácese el Album Salón en consagrar una serie de cuadros ó semblanzas á la mujer americana que, nacida en aquel paraíso, donde, á favor de la naturaleza singular de la tierra por excelencia rica y del sol siempre ardiente, brotan flores, se sazonan frutos y maduran rápidas las inteligencias, tiene los esplendores que incrustan en su mente aquellos climas y aquella intensa luz; las dulzuras de las brisas suaves: las melancólicas notas que le inspiran los recuerdos ya heroicos, ya cuajados de anécdotas pasionales á la mujer americana que alberga en su ánimo las grandezas de quien, al abrir los ojos á la primera luz, mira las altas cordilleras; las nieves perpétuas; los colosos inamovibles, eternos; contempla valles y praderas de frescor perdurable; las selvas espesísimas; los ríos cual el Amazonas, el Orinoco, el Plata, el caudaloso Napo y otros, manantial perenne de pensamientos nuevos y lozanos.



Aquella savia, engendra en la mujer la majestad en la idea, y hace circular por sus venas la sangre activa, generosa y dispuesta para todas las sublimidades.

Como mujer social, como influencia política, como tipo humanitario y caritativo, como potente móvil en la literatura, en la instrucción pública, en las artes y en las benéficas instituciones, escogeremos, en todo aquel extensísimo escenario, la personificación palmaria de lo que vale hoy la mujer y el brillante papel que desempeña y ha desempeñado en la civilización del Mundo Colombino.

Por demás, grata es para nosotros, tarea tan vasta y hermosa, pues conocidas son nuestras aficiones americanistas; con numerosos datos de la vida pública y conocimiento exacto de rasgos bellísimos en la privada, creemos poder llenar ampliamente el pensamiento de los editores de el Album Salón, siempre solícitos para amenizar la factura de su periódico y enriquecerla con las más insignes figuras femeninas americanas.

Hemos bosquejado el plan de esta sección.

LA BARONESA DE WILSON



Orla de José Passos

TODO CORAZÓN

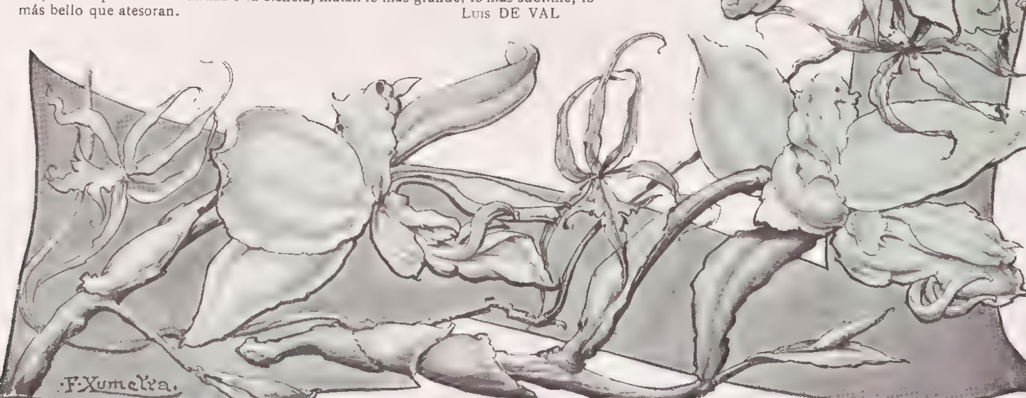
CRÉELO Luis, — me decía mi pobre amigo en más de una ocasión; — yo me creo capaz de sentir amor, idolatría, delirio, por cien mujeres, y amarlas, idolatrarlas, delirar por ellas, con igual intensidad, sin fingimiento, con toda el alma, como queréis vosotros á una sola. Yo siento aquí, en este corazón que late en mi sér, dentro de la mísera cárcel que le forma la materia, aspiraciones infinitas, un algo que me sofoca, tan inmenso como la inmensidad misma, y tan embriagador y dulce, como esas nostalgias que invaden el alma, cuando en silenciosa noche, admiramos con deleite esas vagas sombras en las que se destaca el rutilante brillo de las estrellas y cuando llega hasta nosotros, vago y confuso, el rumor de una música sentimental, cuyas notas parecen ser algo así como un conjunto de suspiros de ángeles y besos de amor. Yo siento á veces un sopor, una somnolencia tan grande, que me domina y sólo me deja libre el pensamiento, que se recrea en fingirme cuanto siente mi alma y en hacérmelo ver todo como si realmente fuese pura realidad. Voy á contarte uno de mis delirios, uno de esos ensueños que me agobian y que me dejan desaliento en el ánimo, fatiga en el pecho y ¡créelo! secos los labios y húmedos los ojos... No te rías; seré un loco si te place; yo mismo comprendo que en la vida real, no pasan por verdades mis delirios... ¡sin duda porque los seres que me rodean, tienen el materialismo inculcado en sí, el alma más mezquina que la mía... ó son más cuerdos que yo!

Y mi desdichado compañero de la juventud, me dijo lo que sigue, tras suspirar con fuerza, como si le sofocase efectivamente, aquel algo *tan inmenso como la inmensidad misma*, que sentía en el fondo del pecho.

—No estaba dormido, sino en uno de esos instantes á que aludí anteriormente... La tarde era triste ¡muy triste! Desde el amanecer, el cielo amenazaba lluvia; en los instantes á que me refiero, comenzaba á llover. La melancolía, me abrumaba... Incliné la cabeza sobre el respaldo de ese asiento, fijé la mirada en las plomizas nubes, y con los ojos entornados, despierto, soñé... Una joven, casi una niña, estaba junto á mí; su tristeza era mucha y se quejaba de mis veleidades; yo le había jurado amarla y, sin embargo, otra mujer era dueña de juramentos iguales, que en instantes de delirio, le había hecho con la sinceridad y vehemencia de mi corazón enamorado. Mi joven amada, vertía triste llanto, diciendo:—«¡Amas á otra!»—Contesté que sí. Yo amaba á otra mujer, ¡pero sin dejar de amarla á ella!... Creyó que mis frases eran un sarcasmo; se irguió con orgullo, sacudió la hermosa cabellera que en tirabuzones rubios caía sobre su espalda y, con los ojos brillantes de indignación, con la altivez de una reina ofendida, fué á salir... Allí, junto al pesado cortinón de damasco, se detuvo; volvió la cabeza, miróme... ¡La ira que le produjeron mis palabras se había deshecho en llanto!... ¡Pobre ángel!... Cayó á mis pies suplicando amor, balbuciendo tristezas... Yo era su vida, el espejo de sus ojos; sin mí la muerte... sin mí... ¡nada!... ¡El amor la vencía!... Repetí que la amaba, y lo repetí llorando de dolor, pues su pena era como la punta de un puñal que hiriese las más sensibles fibras de mi corazón...—«¿Y... aquélla?»— barbotó con el hipo del pesar que cortaba sus palabras.—«¡También la amo!»—contesté, no pudiendo conseguir que mis labios cediesen á impulsos de piadosa mentira.—«Entonces mientes... ¡no puedes amarme!»—añadió... Traté de expresar mi modo de ser, mi modo de sentir ¡pero inútil! No, no eran palabras lo que podían convencer á la infortunada mártir de mis delirios... Y hablé, hablé mucho, con gran calor, con apasionamiento, estrechando sus manos, besándoselas entre súplicas, lloros, protestas, juramentos... ¡Delirio! ¡delirio! ¡Todo inútil! ¡todo inútil! Aquello era luchar con un imposible .. Me desgarré furioso con las uñas el pecho, ya golpeado febrilmente al jurar y perjurar que aquí dentro, existía amor para ella, amor vehemente, lleno de dulzuras y misteriosos encantos; amor inextinguible, amor... ¡no sé lo que dije, pero recuerdo que hasta traté de matarme para ver si de tal suerte lograba convencerla de mi amor! ¡Ah! ¡Cuánto sufrí, Luis querido! ¡cuánto sufrí, al ver que no era posible injertar en su alma los sentimientos de la mía! Yo le hubiese jurado abandonar á la otra; pero al nombrar *la otra*, recordaba su amor y mis labios se negaban á hacer traición á mis sentimientos. En tal lucha, amando á las dos á la vez, queriendo á las dos por igual, idolatrando en ambas al amor de mis amores, llegué á confundirme, á anonadarme y hasta á maldecir este algo más inmenso que la inmensidad misma, que me hace sentir tanto, que no hay corazón que pueda llenar las aspiraciones del mío!... El rumor de un trueno y el teclear de la lluvia en los cristales de este balcón, me volvieron á la realidad. . Suspiré... ó gemí; poco á poco se calmó la penosa opresión que la pesadilla causara en mi pecho... Sintiendo frío, me acerqué á la chimenea; aticé los leños y se elevó una llama rojiza en la que me pareció ver vagamente, una cabecita muy mona coronada de cabellitos rubios, y unos ojos azules, tristes y llorosos como aquel cielo que columbraba á través de los vidrios del balcón; ojos que me miraban suplicantes, con dulzura, con resignación... ¡con sentimiento!

¡Pobre amigo mío! Su muerte dejó en mi alma un vacío imposible de llenar. No diré que en su modo de sentir no hubiese algo de exuberancia de imaginación, algo de delirio; tal vez fuese la base de todo la neurastenia ó el histerismo, esas nuevas generatrices del sentimiento que, por lo visto, no tienen otra misión que destruir el encanto de sus grandes manifestaciones, declarándolas inconscientes, hijas del desequilibrio; pero, ¡ah! no puede negarse que aquel *algo tan inmenso como la inmensidad misma*, que agobiaba el pecho de mi pobre amigo, era un corazón núcleo de ilusiones y de grandes sentimientos que no puede creer y menos sentir, esa inmensa mayoría de corazones mezquinos, en los que la incredulidad ó la ciencia, matan lo más grande, lo más sublime, lo más bello que atesoran.

LUIS DE VAL



Orla de F. XUMETRA.



INTRODUCCIÓN

Por áspero sendero de espinas y de abrojos
que la insegura planta destrozan sin piedad,
bañando sus mejillas raudales de los ojos,
dejando como rastro sus míseros despojos,
camina lentamente la pobre humanidad.

Del monte entre los riscos, del mar en las arenas,
perenne el eco gime, con ayes de dolor;
de llanto, no rocío, las hojas están llenas;
la brisa más balsámica satúrase de penas
cuando amorosa lleva sus besos á la flor.

Esconde el arroyuelo que lánguido murmura,
su cenagoso fondo tras límpido cristal;
refleja el lago infecto la célica hermosura,
de inmundos esqueletos el prado es sepultura,
son savia de la vida los restos del mortal.

Aromas ponzoñosos perfuman el ambiente,
desciende de los cielos el rayo abrasador,
inunda extenso valle mansísimo torrente,
sus blancas plumas deja la tórtola inocente
en las rojizas garras del gavilán raptor.

Tendido muellemente en lecho voluptuoso,
cual siervo sus cadenas, las playas besa el mar;
mas... truécase en tirano, levántase impetuoso,
y cada ola gigante, abismo abre espantoso
que atrae, absorbe, traga y vuélvese á cerrar.

Apenas el sol vierte dorados resplandores,
sobre la tierra tiende la noche un negro tul;
se ven sólo entre nubes del iris los colores;
las furias del espacio condensan sus vapores
y manchan la pureza del firmamento azul.

Cruel naturaleza, sin tregua nos advierte
que á su prestado encanto impone un interés;
la plácida alegría en duelo se convierte,
la vida miserable se paga con la muerte,
¡que todo cuanto nace ha de morir después!

Azote de sí misma, creó los elementos
que hacer gala debían de negra ingratitud;
rugidos espantosos y armónicos acentos;
en mezcla tumultuosa, delicias y tormentos:
en incesante lucha, el vicio y la virtud.

En cuanto ven los ojos ó la razón alcanza,
hay átomos fecundos que amasa el bien y el mal,
cual si pactado hubieran indisoluble alianza;
va siempre el desengaño en pos de la esperanza
para trocar en mito la dicha terrenal.

Por esto la benéfica Omnipotente mano
que guía el dulce impulso del Virginal Candor;
el Dios, padre del hombre, el Dios del hombre herma-
para consuelo eterno del corazón humano, [no,
labró en la tierra mísera la fuente del Amor.

Orlado por Gaspar Camps

(Continuará).

JOAQUIN SOROLLA

ESTUDIO PARA UN CUADRO

SOR PILAR

Sor Pilar, sin el hábito religioso de las Hermanas de la Caridad, hubiera parecido sencillamente una muchachuela de diez y siete años. A tal punto llegaban la frescura de sus mejillas, la alegría y vivacidad de sus ojos, lo alocado de su mirada, el rojo húmedo de sus labios y la picaresca comisura de su boca, siempre sonriente, que costaba trabajo creer, á la vista del hábito, que aquella era una mujer consagrada á la religión, y no al mundo.

***

Cuando estalló la guerra, Sor Pilar se encontraba en un Hospital civil cuidando enfermos. Delicada de facciones, pero no mucho de estómago, se había sepultado en una sala de variolosos, en el peligro de flotantes miríadas de pulverizadas escamas.

Jorge era uno de esos baturros de la buena cepa, pobre en bienes materiales, pobreza que le había llevado al Santo Hospital; pero rico, riquísimo en rudeza, en corazón, en desabrimientos bárbaros.

Apenas comenzado el período de escamación, pues el pobrete convalecía de unas viruelas de órdago á las que él llamaba «cuatro cochinos malos granos,» dijo un día á Sor Pilar:

—Hermana, la cosa se pone tan fea, que me parece que en cuanto salga de aquí me voy al baile. Tanto valía dejar en esta casa el pellejo, como los huesos para lifara de cuervos.

—¿Pues qué ocurre?

—Nada, casi nada. Que un señor que se llama Napoleón y que se ha metido á chafar naciones, lo mismito que yo escacho una cabeza de ajos para el ájilimójili de mis caracoladas, se nos ha entrado de rondón en casa diciendo: «yo quiero esto» y nosotros le hemos dicho que sí, que es para él, pero en cuantico que pueda cogerlo, y le hemos declarado la guerra.

Sor Pilar, ocupado el pensamiento en todas las metamórfosis de las pústulas virulentas de sus enfermos, no había tenido ocasión de enterarse de las hazañas famosas de las pelotillas de nieve en Pamplona y de la tamborrada de Montjuich. Quizá era la única española que veía, sin temor, que el mundo se cayera abajo ó que el cielo se precipitase sobre la tierra.

Nunca había sido curiosa, pero intrigada por Jorge comenzó á ser preguntona; ella, que no conocía del mundo más que la miseria de las enfermedades y los ruidos de la calle, se permitió formar parte de los corrillos de gente en la puerta del Santo Hospital para comentar los rumores de lejanas ocurrencias.

Pasaron unos días más, y el convaleciente, quemándole ya las sábanas del lecho y ansioso de tomar las armas, dijo cierta mañana á Sor Pilar cuando ésta le servía la ración del rico vino de Cariñena:

—De hoy no pasa; le pido el alta al médico y si no me la da, me escapo. No puedo resistir más al deseo de ir á batirme con los franceses. ¡Ea! es cosa resuelta. Además, si hasta los chicuelos y las mujeres se han ido á la guerra ¿por qué he de quedarme en el Hospital regalándome con el vinico y el sopicaldo y los buenos colchones?

—Y diga, hermano... ¿también sería yo útil en el campo de batalla? — preguntó Sor Pilar con gran interés.

—Pronto se aprende á retacar un fusil, y para disparar contra esos condenados que han hecho la barbaridad de Madrid, todos sirven. ¡Cuantos más seamos, más franceses mataremos!

—Pero, oiga, hermano... si yo no quiero matar, si no quiero aprender á cebar fusiles ¿no podré servir para algo?...

El convaleciente, á quien no le cabían en la cabeza más ideas que las de matanza y de exterminio, tuvo como un momento de inspiración, miró sorprendido á Sor Pilar y la dijo:

—Hermana, es usted un clavellín que se pondría negro con el humo de la pólvora Una mujer tan hermosa no debe ir al campo de batalla á ver atrocidades con esos ojos de cielo azul.

—Hermano, — contestó ruborizada Sor Pilar y sonriendo — le dejo hoy sin ración de vino si vuelve á ofender á Dios.

—¡Cómo ofenderle! Lo que hago es alabarle admirando una de sus obras.

La monja tomó el sabio partido de no discutir con el baturro, pero no apareció más por la sala de variolosos hasta que el convaleciente Jorge, apenado por no ver á Sor Pilar, tomó el olivo yendo á incorporarse á uno de los batallones que mandaba Palafox.

La guerra siguió su curso con aquellas penosas alternativas entre el desaliento y la esperanza, con aquellas tremendas derrotas de los franceses, con aquellas batidas sangrientas de españoles, que caracterizaron nuestra gloriosa guerra de la Independencia.

Sor Pilar quedó encerrada en Zaragoza con uno de los batallones de la división de Palafox, sin poder siquiera regresar á su Hospital de Huesca, cuando empezó el segundo sitio de la Siempre Heroica.

Pero no quiso ingresar en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Entendía, y no sin razón, porque le sobraba valor para ello, que sus tiernas solicitudes serían más eficaces en el campo de batalla. Sor Pilar tenía mucho de enfermera, pero mucho más de cirujana. Y, provista de su farolillo, inclinándose sobre los cuerpos tendidos en el campo de la lucha, ensangrentando su blanca toca y teñiendo en rojo sus preciosas manos diminutas, fué sorprendida muchas noches en la piadosa faena de reconocer cuerpos inertes, por si alguno de los tenidos por muertos podía volver á la vida.

La penosa tarea de Sor Pilar no fué infructífera; algunas docenas de hombres le debieron el no ser llevados á las grandes zanjas en donde se amontonaban los cadáveres.



Sor Pilar no hacía distinción de nacionalidades. La soldadesca francesa de Lannes y Verdier, como los baturros de la huerta de Zaragoza, todos miraban con igual respeto á la sublime mujer que en lo más fragoroso de la pelea se inclinaba sobre los heridos para calmar con el bálsamo de sus frasquitos el cruel dolor de las heridas ó para dirigir á los moribundos, en los instantes de agonía, palabras de consuelo en nombre de la patria, de los padres, de los hijos, de las esposas y de los hermanos.

En uno de los innumerables encuentros con los franceses, pues en la lucha épica del segundo sitio de Zaragoza los combates generales y las pequeñas escaramuzas se repetían día tras día, apareció de pronto ante los ojos de Pilar, entre el humo de la explosión de una granada, la figura de Jorge, terrible, feo como un demonio, ennegrecido por la pólvora y monstruoso con las innumerables pecas de su rostro, brillantes y cubiertas de sudor.

El valiente Jorge tenía asido por el pescuezo á un francesillo joven que, invocando á Dios y á su madre, hacía esfuerzos inauditos para esquivar el golpe fatal de la cuchilla de Jorge. Sor Pilar, rápida como el rayo, conociendo á su enfermo, se interpuso entre los combatientes, evitando con un movimiento de su brazo que el cuchillo de Jorge se hundiese en el corazón del francés.

En aquel instante, una carga de caballería francesa separó á este grupo del resto de los combatientes que, escalonados y disparando, retrocedían hacia los huertos que se extendían al frente del antiguo convento de San Francisco.

Jorge quedó prisionero de los franceses. Sor Pilar, desconocida del pelotón que les rodeó en aquel sublime momento de la lucha de dos hombres, fué también llevada prisionera.

***

El general Lannes fué ciertamente uno de los más caballerosos generales de Napoleón; sentía admiración por Zaragoza y así lo expresaba en sus partes al Emperador. No se tiene noticia de que hubiera fusilado á ninguno de sus prisioneros de Zaragoza. Sin embargo, parecía tan feroz, tan repugnante el intento de Jorge de asesinar al francés, que Lannes reunió el Consejo de guerra con ánimo de castigar al baturro.

Este, impasible, decía á Sor Pilar:

—No me ha dejado, hermana, matar á un prisionero, y ahora me matarán á mí.

Sor Pilar no decía nada. Permaneció pensativa unos instantes, y lenta, cabizbaja, contando los pasos, se dirigió á la tienda de Lannes.

Este, que no conocía personalmente á Sor Pilar, pero que oía hablar uno y otro día de sus actos heroicos y sublimes de caridad, se descubrió con respeto al oir el nombre de la monja y, sin aguardar á que ésta se explicase, hizo salir precipitadamente á sus ayudantes dándoles órdenes en voz baja y saliendo detrás de ellos.

Sor Pilar oyó asombrada el ruido inusitado del campamento, el trote de los caballos, el toque de las cornetas, el rumor característico de los grandes sucesos militares. No sabía explicarse á qué podía obedecer aquel movimiento insólito después de la brusca salida de Lannes. Este volvió una hora después, seguido de un brillante cortejo de generales y ayudantes que hicieron á la monja el saludo militar.

—Sor Pilar,—la dijo Lannes en correcto castellano—por no herir el sentimiento de dignidad de vuestros nobles y valientes compatriotas, no puedo condecoraros con el águila francesa que ponemos en el pecho de nuestros héroes; pero vais á recibir todos los honores que merecen vuestra virtud y vuestra caridad inagotable. Pedid la gracia que queráis y os será concedida al punto.

Lannes, que imaginaba ya lo que Sor Pilar pediría, se sonreía dulcemente. Sor Pilar, con los ojos desmesuradamente abiertos, balbuceaba una oración. Luego, con aire de extremada resolución, se encaró con el general diciéndole: —Quiero rescatar la vida del prisionero Jorge.

—Es imposible, está sentenciado á muerte,—contestó el general, fingiendo gravedad.

—Quiero más, —dijo con energía Sor Pilar— quiero la libertad del valiente Jorge; yo salvo por la Religión, y cumplo mi deber; Jorge mata por la patria y cumple su deber; el que mata por la patria no es asesino, es un valiente.

Los generales, emocionados, volvieron la cabeza.

A pocos pasos de distancia apareció un pelotón conduciendo al baturro.

—En nombre de la Caridad, y por el honor de las banderas francesas.—dijo Lannes—estás libre.—Y empujó á Jorge á los brazos de la monja.

El espectáculo fué majestuoso, magnífico. Sor Pilar miraba el limpio cielo azul aragonés con sus límpidos ojos, serenos y reflejando el azul del cielo, mientras Jorge, abrazado á ella, derramaba abundantes lágrimas de emoción y de gratitud.

Y frente á ese cuadro soberbio, en el silencio sepulcral de la gran esplanada, Lannes y sus generales permanecían descubiertos.

De pronto, estalló el ruido de las músicas y desfilaron los regimientos desplegando sus banderas y humillando hasta el suelo sus águilas al pasar frente á aquel grupo de la monja y el baturro abrazados.

—No me ha salvado Lannes;—decía barboteando en sollozos el guerrillero—me has salvado tú, hermana mía, tú que me habías perdido.

—No, te han salvado, hermano, la Religión y la Patria, porque yo también sirvo á la Patria y soy soldado que cura en vez de ser soldado que mata.

Y en tanto, los soldados de las Pirámides, de Jena, de Arcola y de Friedland, lloraban recordando que su Emperador volvió una sola vez la cabeza en los campos de batalla, y que la volvió para mirar á una monja, tal vez hermosa como Sor Pilar.

José OSÉS LARUMBE

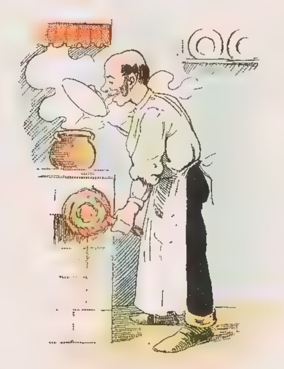
LA MEDALLA SOCIAL, ANVERSO Y REVERSO por ARGEMÍ.

EL AUTÓCRATA EN LA OFICINA



A mí ningún chisgarabís me enmienda la plana... por esta vez le impongo dos meses de haber.

EL AUTÓCRATA EN SU CASA



...Buena la hice; esto huele á quemado. ¡Ay! cómo me va á poner mi mujer en cuanto se entere.

EL REPUBLICANO EN EL «MITIN»



Queréis la felicidad en la nación... haced de vuestros hijos, vuestros amigos.

EL REPUBLICANO EN SU CASA



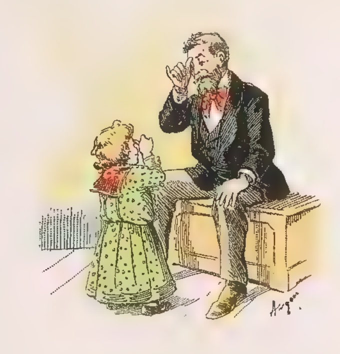
Aquí no manda nadie más que yo... y cuidadito que se repita, porque se arrepentiría usted de veras.

EL LIBREPENSADOR EN LA CALLE



¡Mamarrachos! No; pues si esperan á que yo me descubra... se equivocan de medio á medio.

EL LIBREPENSADOR EN SU CASA



Por la señal de la Santa Cruz de nuestros enemigos, líbranos Señor Dios nuestro...

EL ESPECULADOR POR LA NOCHE



¡Una limosna por amor de Dios, hermanitos!

EL ESPECULADOR DURANTE EL DÍA



Le daré diez reales, porque es usted.

UNA PAREJA DE LAS DE LAVAPIES

De frente, da el opio; pero vamos: ¿hay algo que pedirle á ese reverso?



Cuadro de Francisco Masriera.

Salón Robira (Fernando VII, 59).

¡EXPÓSITO!

Manolín, el mejor aprendiz de carpintero que, en su acreditado taller de la calle de Embajadores, tenía el famoso *Viruta* (así conocido de la zumbona gente del barrio, por su raquítico desarrollo), estaba aquel día (día de difuntos) tan preguntón, que más de una vez había agotado la cariñosa solicitud de su maestra, quien, sin saber responder á algunas de sus interrogaciones, le replicaba:—¡Pero chico, pregunta tú algo! ¡Si paeces el señor Juez del distrito! ¡Pues ni que estuvieras haciendo el atentao, digo el atestao, ó como llamen los papeles á eso que hace la justicia cuando va á descubrir un crimen célebre!

—¿Por qué va la gente á los cementerios? ¿Por qué llevan coronas y velas? ¿A qué santo se dedican tantas misas como se oyen por la mañana? ¿Qué día es para no trabajar y vestirse de riguroso luto? ¿Qué sepulturas pensaba adornar la maestra con tantos cachivaches como tenía preparados para su visita á la sacramental de San Lorenzo? ¿Por qué no le dejaban ir con su maestro? ¿A quiénes debía él dedicar otros recuerdos análogos?

Todas estas y muchas otras preguntas, pero sobre todo la última, de mayor gravedad, importunaban á la maestra, que á duras penas iba satisfaciendo la curiosidad infantil del chicuelo. Pero á la última no quiso contestar, no pudo, mejor dicho, hacerlo, porque ello era tanto como nublar de allí para siempre la inocente alegría de su espíritu.



Fot. de Carlos Bertazioli.

FRANZ FISCHER

Mtro. Director y Concertador, en la actual temporada, del Gran Teatro del Liceo.

Así, únicamente cuando, por las sucesivas interrogaciones de Manolín, lógicamente encadenadas por una intuición natural que le arrastraba á la desgracia, se vió reducida á lo que los dialécticos denominan círculo de hierro, no tuvo otro remedio que explicar de pe á pa al desdichado aprendiz la irreparable característica de su vida.

—Sabrás—le dijo la maestra—que, sin nuestro cariño, te verías á estas fechas desnudo y haraposo, sin casa ni personas que tuvieran por ti cuidado alguno, como esos golfos callejeros que tanta compasión te inspiran.

»Hace unos doce años, cuando el maestro, deshauciado de los doctores, curó por milagro de la santísima Paloma de una agudísima pulmonía, ofrecimos á nuestra patrona, además de varias misas y seis arrobas de cera, recoger en casa y cuidarlo de allí en adelante, como hijo verdadero, á un chico de la Inclusa; para lo cual así que mejoró *Viruta* nos hizo la correspondiente instancia el señor Juan el municipal, que como sabes es muy versado en letra. Ya que Dios no se mostró jamás con nosotros generoso concediéndonos una ambicionada descendencia, quisimos demostrar de ese modo á la Virgen de la Paloma nuestro agradecimiento por la salud de Antonio, librando de las garras de la miseria, y quizás luego de la deshonra, á uno de los innumerables infelices arrojados por amores cobardes al torno del olvido. Y tú, Manolín, que ya no eres nuestro recogido sino nuestro propio hijo, porque tus virtudes y nobleza de corazón y sentimientos han conquistado para siempre nuestro cariño, eres el objeto sagrado de aquella promesa.

»Por eso ninguna obligación para con los nuestros te corresponde en este triste día en que todos recordamos á los padres y parientes fallecidos. ¿Quién sabe si los tendrás, vivos ó muertos, paseando en coche una feliz existencia ó expiando merecidamente en la miseria su criminal abandono?

»Tú no tienes almas por qué rezar, ni tumbas que adornar de flores y librar de las inclemencias del tiempo, ni recuerdos que ennegrezcan tu memoria de color de rosa ó apesadumbren tu imaginación preñada de esperanzas. Hoy eres, quizás, uno de los pocos seres felices. Cuando todos lloran, puedes tú reir con desembarazo; cuando todos rezamos, divertirte sin faltar á deber alguno; en tanto que nosotros visitamos la mansión más triste, bailar y saltar á tus anchas sin que la conciencia recrimine tus acciones.

»Y no te apures, Manolín. Ya que se ha empeñado tu infantil curiosidad en conocer todos los detalles de tu desdicha, que no te sirva esto de desconsuelo. Si los tuyos te abandonaron, otros, á quienes la Providencia no concedió tantos favores, te han servido y servirán de padres verdaderos. En nosotros tienes cuanto pudo negarte un convencionalismo criminal que considera anulada la falta con la extinción ó desaparición de los efectos naturales. No tengas otros amores que San Vicente de Paul, bendito fundador de esas casas de maternidad que tantos inocentes arrebatan á la muerte, la Virgen de la Paloma que ganó para tu favor nuestra promesa, y... ¡algo *pa* nosotros que te queremos como si talmente fueras nuestro hijo!»

***

La maestra acarició cariñosamente al aprendiz y se retiró medio llorando á preparar los recuerdos que llevaría luego á sus difuntos. Y Manolín, al verse solo, comenzó á meditar seriamente sobre su situación, hasta entonces desconocida.

A punto fijo no se daba cuenta exacta de su desgracia. ¿Por ventura, se decía, hay otra clase de padres, diferente á la que hasta hoy como tales considerada? ¿No son ellos, únicas personas que la memoria asocia á mi niñez, los que legítimamente me llaman hijo suyo? ¡Que no tengo persona alguna á quien dedicar mis sentimientos en este día; que me sacaron de la Inclusa cumpliendo sagrada promesa de tratarme como hijo verdadero; que sin ellos me vería abandonado á la casualidad y quizás despreciado de las gentes, como esos perros vagabundos á quienes se cierran todas las puertas y se procura ahuyentar á bastonazos!

Manolín apoyó fuertemente los codos en las rodillas, descansó la cabeza en ambas manos, y quedóse durante largo rato barajando todas estas ideas que sucesivamente habían puesto en grave aprieto su entendimiento, ajeno al largo discurso. Fué su memoria revolviendo el empolvado archivo de la vida, desde que de ella pudo darse alguna cuenta, y no encontró sufrimientos ni privaciones cuyo recuerdo le entristeciera; la caridad de los maestros le había evitado el hambre y la miseria y las inclemencias del cielo de que otros niños son víctimas en su vida callejera.

Pero apenas su maestra le hubo revelado la idea de los padres verdaderos, comprendía que, si no su estómago, su espíritu sonaba á hueco, que, si no sus carnes, su corazón se había acostumbrado al frío, y que sus sentimientos no satisfechos de descansar en aquel matrimonio, parecíanle vagar por los espacios buscando base de mayor firmeza. Notó que era respeto y agradecimiento, no cariño, lo que los maestros le inspiraban, á despecho de todos los cuidados y solicitudes de que siempre le rodearon, y entonces comenzó á darse exacta cuenta de su desgracia.

Sí; algo y mucho significaba la palabra *padres* cuando tanto la respetaban en sus atrevidas conversaciones hasta los golfos callejeros, cuyo trato frecuentaba en los ratos de asueto que le concediera el señor *Viruta*. Sobre todo, *madre*, debía ser cosa sacratísima. Recordó que muchas veces por ofensas á ese sér, cuyo verdadero concepto hasta entonces desconociera, había presenciado riñas sangrientas, fieramente sostenidas por aquellos maleantes amigos, tolerantes hasta la indiferencia respecto de todas las demás cuestiones de la vida, en virtud de un altruismo no igualado en generosidad y amplitud por moral alguna.

En verdad era tristísima su inferioridad con relación á aquella grey trashumante, desconceptuada de las gentes sensatas, á pesar de la secreta simpatía que irresistiblemente gana en favor suyo todas las voluntades.

Madre es algo así como la raíz para el árbol orgullo de la naturaleza, como el manantial para el río, como la misma carne y el mismo espíritu y el mismo corazón para el sér humano. Los pajarillos esperan piando de dolor que con la madre vuelva al nido el calor que ha de procurarles el desarrollo indispensable para su independencia, y no hay cuidado humano capaz de sustituir la solicitud materna para el avecilla prisionera; el ganado va tras la ubre que le sustenta, agradecido á su generosidad, nunca en balde solicitada; todos los animales rinden culto fervoroso á ese sentimiento natural; hasta la fiera olvida su rudeza, dedicándose padres é hijos las más delicadas expresiones de cariño... ¿Qué haría cuando alguien quisiera extremar su provocación hiriéndole en aquella fibra imaginaria con ofensas que, bien mirado, en él no tendrían valor alguno? ¿Confesaría su desgracia, ó simularía una indignación semejante á la de los demás muchachos que realmente podían ofenderse? ¡Triste vivir, des-

(Sigue en la página 20).



Fot. de Company (Madrid).

JULIÁN BIEL

Si en la interpretación musical de las óperas debieran aceptarse como inconcusas las tres condiciones que Rossini exigía al cantante: *voz, voz y voz*, el tenor aragonés que debutó la noche del 26 del pasado Diciembre en nuestro Gran Teatro del Liceo, podría aspirar á ser el artista ideal. Tiene, efectivamente, facultades de primer orden, en lo que se refiere especialmente al volumen y calidad de su voz, potente, armoniosa y baritonal en el centro, nerviosa y varonil en el registro agudo. Es, pues, su voz, el pasaporte que le ha abierto, desde los comienzos de su rápida carrera, las puertas de los grandes teatros, hoy que el tenor constituye la principal preocupación de los empresarios.

Así pudo pasar en el breve término de un año desde las filas de los coros del Real al *Vasco* de *L'Africana* en el propio teatro, después de haber debutado en el de los jardines del Retiro durante el verano de 1899.

Protegido por la marquesa de Villamejor, se fué á estudiar el canto con el célebre barítono Antonio Cotogni, que desde que abandonó el teatro, cargado de laureles, abrió escuela en Roma. Cierto que lo que sabe hoy lo debe indudablemente á tan insigne maestro, quien habrá luchado seriamente para reducir á perfecta maleabilidad la voz prepotente de su discípulo, sin lograrlo del todo.

Porque Biel carece de media voz, con la que el inolvidable Gayarre obtenía tan maravillosos efectos y sin la que no es posible dominar las múltiples dificultades de expresión y emisión del canto.

Sin embargo, no pueden exigírsele al tenor aragonés más cualidades de las que puede dar de sí en el breve espacio de tiempo que hace que se dedica al arte. Pues si la máxima de Rossini parece cuadrar de lleno á las condiciones vocales de Biel, no hay que olvidar que si la primera del artista de canto ha de ser siempre la voz, la segunda, indispensable para extrinsecar las grandes creaciones, ha de ser la *educación* de la voz, y esta la obtendrá, no lo dudamos, á medida que se vaya persuadiendo de su utilidad.

También, como en el Real, ha debutado en nuestro Liceo con *L'Africana*, ópera que ofrece grandes escollos al tenor, quien ha de reunir voz poderosa para atacar con decisión los pasajes de fuerza, y suavísima para matizar los duos con *Selika* y la célebre romanza. No hay que decir cuánto brilló en el primer concepto.

Julián Biel tiene delante de sí un espléndido porvenir. Esto es lo positivo, y ningún juicio crítico podrá destruir el fondo de verdad que encierra tan trivial y vulgar afirmación.

* * *

ligado en absoluto de todo vínculo humano, ignorante de su procedencia, como aluvión olvidado de las revoluciones geológicas que conformaron definitivamente el planeta!

Manolín no pudo resistir más tiempo al tormento de la imaginación, ensañada en revolver y aquilatar el concepto de su abandono, y rompió á llorar, en tanto que la reflexión reaccionaba lógicamente sobre el pesimismo de sus primeras impresiones.

—¡Qué culpa tengo yo — rugió, por fin, irguiéndose repentinamente y enjugando sus últimas lágrimas—¡qué culpa tengo yo del abandono de unos padres criminales! Puedo ser fruto del mal, pero no causa obligada al remordimiento. Si vine al mundo como hijo del pecado, puedo, al fin, con mis obras inspirar la virtud de otros mejores. Y en último extremo ¡qué remedio! tiene razón la *señá* maestra; hoy por hoy soy el más feliz de los mortales: cuando todos lloran puedo reir con desembarazo; cuando todos rezan, divertirme sin faltar á deber alguno; mientras visitan los cementerios, bailar y saltar sin que la conciencia recrimine mi exótica alegría... Sí, sí; á reir, á saltar, á correr, á jugar... puesto que no tengo almas por qué pedir á Dios, ni tumbas que cubrir de flores...

Y, esforzándose por sostener su nerviosa alegría, abandonó precipitadamente el taller en busca de los camaradas que, en la cabecera del Rastro y alrededores, conciertan las clásicas partidas del *inglés* y de cané, amén de las exploraciones por las rondas adyacentes y las pedreas donde renovar los laureles del popular distrito madrileño.

Al salir, vació en los bolsillos cuantos ahorros le guardaban para estímulo de su amor al trabajo, deseoso de convertir el día de difuntos en verdadero día de fiesta, fiesta de los abandonados, protesta inconsciente contra una sociedad desnaturalizada en que la madre subsiste al voluntario despojo del fruto del amor ó del vicio, igualmente adorable.

Y, hecha la correspondiente invitación á los compañeros, decidió el popular concurso que el festival se celebrara en los merenderos que rompen la triste monotonía de los alrededores del puente de Segovia.

Allí llegó la alegre caravana, decidiendo Manolín con voz de imperio, como árbitro de la reunión, que les preparasen merienda con cuanto tuvieran hecho, tajadas de bacalao, hígado en salsa, huevos duros, queso manchego y vino en abundancia: extraordinario *menú* que durante muchos días puso de moda en todo el barrio la pródiga esplendidez de aquel desconocido vástago de Osuna.

Aún más que el vino desbordóse la alegría. Un organillo amenizó el solemne banquete, no faltó guitarra para acompañar á los aficionados los *tientos* y tangos obligados en toda fiesta madrileña, bailaron hasta rendir bien las piernas connaturalizadas con la fatiga, y el anochecer obligóles, muy á pesar suyo, á suspender el espectáculo por la necesidad de presentarse cada cual ante su familia; pero bien entendido que, después de cenar, volverían á reunirse en la cabecera del Rastro para renovar el caudal social con el producto de cuantas tablas consiguieran arrancar de los derribos, y concluir el día dignamente recorriendo, como es de rigor, todas las buñolerías de los típicos distritos de la Inclusa y la Latina.

Era ya noche cerrada cuando la bullanguera comitiva subía por la calle de Segovia, hacia el Viaducto, confundiéndose con los grupos de familias que regresaban tristemente de los cementerios. Iban los muchachos escandalizando la calle con sus alegres risotadas y sus canciones atrevidas, aún más despreocupados que de costumbre, efecto de la excitación producida por el vino, y no faltó vieja gruñona que les recomendara á las parejas de Orden público.

También Manolín participaba de la excitación de sus compañeros; pero no con franca alegría. Ni un solo momento había logrado olvidar durante la fiesta las revelaciones de la maestra, y los vapores del alcohol, al subirle del estómago al cerebro, proyectaban en su imaginación en sombras gigantescas la magnitud de su desgracia. En vano hacía extraordinarios esfuerzos mentales para acomodar el estado de su ánimo al de sus felices camaradas; hasta en su cantar revelaba la verdadera situación de su espíritu, ajeno á toda sincera alegría.

Cantaba, sí; pero con lágrimas en los ojos, esclavo de la idea fija que atormentaba su memoria:

—Voy subiendo á carcajadas
por la cuesta de la vida.
No tengo ningún recuerdo
que me haga volver la vista.

A. AGUILERA Y ARJONA

LA COPA DE CRISTAL

Arrancaron sus dedos una nota
del borde de la copa de cristal,
donde, al gustar el néctar purpurino,
de mis ojos cayó, de hondo pesar,
una lágrima triste y trasparente
que del zumo aumentó la claridad.

Con inquietud, su mano temblorosa
retiró del finísimo cristal;
y sus ojos buscaron á mis ojos
aumentando de mi alma la ansiedad;
se vino junto á mí y alegre dijo:
—«No sufras que por siempre te he de amar.»

—Soy pobre—repliqué—ya ves, los pobres
somos párias sin brillo en lo social;
inspiramos los bardos sin fortuna,
entre burlas, amor sin caridad:
deja, pues, que mi lágrima se pierda
en el zumo que brilla en el cristal.

Su mano diminuta alzó la copa
llevósela á los labios sin temblar,
besóla, cual sellando un juramento
á cumplirse en la cámara nupcial;
y al calor de sus labios purpurinos
la copa no cesaba de vibrar.

LUIS MARTÍNEZ MARCOS

Santa Fé (República Argentina).

MORAIMA

Como en altar donde su frente humilla,
ungido de fervor, el religioso,
el soñador se inclina respetuoso
ante el volcán de amor que maravilla.
Saluda, reverente, á lo que brilla
en bella noche sobre el cielo hermoso,
y con acento trémulo y piadoso
invoca un ideal y se arrodilla.
Evocando á Moraima, sus ardores
la rinde con afán, maravillado
de su historia fecunda, en sinsabores,
del perfume de un sueño idealizado,
del brillo de unos ojos soñadores
y del fuego de un pecho apasionado

DIWALDO SALOM

(Cuba).



BEBEDORES DE CERVEZA — Cuadro de ROMÁN RIBERA. *Fot. de J. Laurent y C.ª*



PLAZA DE PALACIO EN BARCELONA EN EL AÑO 1887

Cuadro de Modesto Texidor — *Fot J. Laurent y C.ª*

LA PARRANDA

El tío Cachaza era el hombre que tenía peor fama en cuatro ó cinco leguas á la redonda.

Todo lo malo que ustedes puedan figurarse se le achacaba al tío Cachaza en aquel pueblecillo de la ribera del Segura.

Había sido contrabandista, faccioso, monedero falso... ¡Qué sé yo! Se decía que siempre anduvo en riñas de taberna y se murmuraba que había matado *moralmente* á la madre de sus hijos.

Como es natural, todos los habitantes de la huerta rehuían el encontrarse con él y sólo iban á su fragua, porque el tío Cachaza era el herrero del pueblo, los que no tenían más remedio que utilizar sus servicios.

Y llegaban á tal punto la odiosidad y el desprecio hacia aquella familia, que no hubo jamás mocico que alternara con Jaime, ni huertana que cruzase su palabra con Carmelica.

¡Pobres pagadores de una deuda que no habían contraído!

***

Aquella mañana habían sido felices, por primera vez en su vida, los dos hijos del tío Cachaza.

Él encontró casa donde servir, lejos de aquella fragua que tanto le había tostado la piel y lejos de aquellos hombres que tanto le habían destrozado el corazón...

Ella oyó los primeros juramentos de amor, de un amor que ella desesperaba de alcanzar, de un amor conque ella soñara en sus tiempos de chicuela...

Para Jaime, hubo una familia que no sabía la historia de su padre y que buscaba un hombre honrado que le cuidara la hacienda.

Para Carmelica, hubo un mozo que perdonaba las culpas del herrero y que buscaba una mujer bonita que llegara á ser la alegría de su hogar.

Era Vicentico un mocetón como un castillo y uno de los hombres de mejor corazón que había habido en el pueblo, desde mucho antes de los tiempos de Mari Castaña.

Y este cálculo mío les hará comprender á ustedes lo desarreglada que estaba la cronología en aquella aldehuela de la huerta.

***

Vicentico no cabía en el pellejo, de puro satisfecho.

Había triunfado una vez más la bondad de su alma y en ella llevaba como trofeos de su victoria, la alegría y el consuelo que le causaban las promesas de amor de Carmelica; las primeras promesas de aquel corazón que él había sabido conquistar, dejándose de escrúpulos y de tontadas.

Y no he de decir á ustedes lo satisfecha que estaba Carmelica... Tan satisfecha que, en las dos semanas que hacía ya que hablaba con Vicentico, había olvidado todos los desprecios que antes la hicieron y desdeñaba todas las indirectas que constantemente le dirigían.

¿No la quería él?... ¿No le había dicho su Vicentico que ella era sólo responsable de sus actos?... ¿No le repetía, una y otra vez, que ella era la criatura más buena que él había conocido?... ¿No había hecho ella propósito firmísimo de entregar entero su corazón á aquel hombre que le daba con su cariño la felicidad, que nunca tuvo?... ¿No iba á vivir ella nada más que para mirarse en sus ojos?... ¡Pues qué le importaba ya que los hombres la despreciaran y que las mujeres se rieran de ella!...

¡De ella... que iba á ser más feliz que todas sus vecinas juntas!

Porque tenía la convicción de que su amor no amenguaría jamás, mientras á ella le quedase un soplo de vida.

¿Acaso, cuando su padre la obligaba á que «hiciese aire» en la fragua se apagaron, ni una sola vez siquiera, los carbones que en ella ardían?

¡Pues cómo había de amenguar su cariño, si Carmelica era la encargada de mantener su fuego, no por obligación, sí por deseo vivísimo de su corazón de amante y de agradecida!...

Que la quisiera siempre su Vicentico y á buen seguro que no acabaría nunca aquella felicidad, ni se preocuparía jamás por nada ni por nadie, que no fueran el hombre de su cariño... y los demás seres que no vivían aún, pero que veía ella en sueños... de las siete noches de la semana... lo menos seis y media...

***

Ha dicho no sé quién, que todos bebemos en la fuente de la dicha en un vaso agujereado y que al acercarlo á nuestros labios ya está casi vacío.

La felicidad de Carmelica murió apenas nacida... Fué, por lo visto, una broma, broma cruel, de la Fortuna, de esa diosa que dispone á su antojo de todos los mortales...

¡Querían quitarle el cariño de su Vicentico!...

Aquellos á quienes tanto indignaban las infamias de su padre, aquellos que, sin motivo alguno, destruían su ventura; ¡aquéllos eran también unos infames!

Y eso que Vicentico estaba dispuesto á no dejarse rendir... ¿A él qué le importaban los antecedentes del tío Cachaza, si Carmelica era buena?... ¿Qué tenía él que ver con las diabluras del herrero, si la hija era un ángel de la tierra?... ¿Iba él á casarse con el padre?... Él quería para mujer una mocica honrada, cariñosa, trabajadora... ¡y más que *hubiá* sido de su familia aquel que vendió á Cristo por los cuartos!...

Pero era mucho sermonearle y mucho amenazarle y mucho gruñirle, para que el mozo pudiese soportar con paciencia aquella cruzada.

Su padre, el cura, el maestro, el alcalde, el juez, sus amigos, las mozas, todos á una, todos empeñados en quitarle de la cabeza aquella tontería... tontería... Más tontos eran ellos que se pasaban las horas muertas predicando en desierto.

JOSÉ M. MARQUÉS



VENECIANA

PLÁCIDO FRANCÉS



¡OTOÑO!



APUNTE; por Ricardo Brugada.

—Ya te convenceremos,—le decía el cura.

—Dificillo está.

—Por buenas ó por malas, tú te rendirás,—le gruñía su padre.

—Antes *tién* que ir *pa hacia* arriba las aguas del río...

Pero no contaba el mozo con la huéspeda.

Que llegaron las quintas, que *cayó* soldado y que su padre le libraba de cargar con el chopo á condición de que había de renunciar á sus amoríos con la hija del herrero.

—Pues no renuncio ¡ea!—gritó enfurecido Vicentico.

—Allá tú—le replicó su padre con la mayor tranquilidad.

—Dos años se pasan pronto. Con media docenica de cartas se entretienen esos veinticuatro meses y luego ¡Dios dirá!...

Y se despidió de Carmelica, cogió su hatillo y se fué á servir al Rey.

No había llegado Vicentico á Murcia cuando recibió su padre el nombramiento de cartero del pueblo que le proporcionaba el hijo del cacique.

—¡Ya ha caído en la red el *probe!...*—decían los padres del quinto.

Y, efectivamente, á sus manos fueron á parar y en sus manos quedaron todas las cartas de Vicentico á Carmelica.

—¿Qué le pasará?—se preguntaba él.

—¿Me habrá *olvidao?*—pensaba ella.

Y, al cabo de dos meses de no saber el uno del otro, no faltó quien dijo á Carmelica que él escribía á otra moza de la huerta, ni quien escribiese á Vicentico que á ella la habían sorprendido *malamente* con un chalán que se alojaba en la fragua.

—Por eso no me ha *contestao* á mis cartas—se decía Vicentico.—Y ¿*pá* esto me he *sacrificao* yo?... ¡Mujeres!... ¡Mujeres!... ¡Bah! Pues se acabó *por onia séculas.*

Y mientras el mozo lloraba, allá en el cuartel, la *infidelidad* de su huertanica, por el pueblo *se corría* el rumor de que la hija del tío Cachaza se había vuelto loca.

Y eso fué la primera noticia que le dieron á Vicentico cuando al cabo de dos años volvía al pueblo un poco más avispado y más rencoroso.

—¡Está loca! No vayas á verla.

—¡Ni *anque* estuviese cuerda! ¡Lo he *jurao* y *jurao* se quedará!

—Y ¿qué piensas hacer?

—¿Qué?... Divertirme *tó* cuanto pueda y cortejar á *toa* la que se me antoje.

—¿*Quiés* que vayamos esta noche de parranda?

—¡No he de querer!

—Después de la verbena, nos agarramos á las guitarras y no dejamos dormir á ninguna moza.

—¡Muy bien pensao! Pero con una condición. Que si pasamos por cerca de la fragua, pasemos de largo, sin pararnos á *ná.*

Aquella verbena era la primera parte de una fiesta que los padres de Vicentico costeaban todos los años en honor de no sé qué santo... Porque á otra cosa les ganarían á ellos, pero lo que es á religiosos...

Y mientras las mozas del pueblo bailoteaban en la plaza de la iglesia, Carmelica, recordaba allá en su encierro, otras verbenas de tiempos mejores. ¡Ella también había bailoteado! ¡Ella también había sido feliz!...

Cesaron de oirse los acordes de la murga, que llegaban á los oídos de Carmelica como un sarcasmo de la Providencia... A los pocos minutos empezó á rondar la parranda en que iba Vicentico... En el silencio de la noche se oyó clara y perceptible, á pesar de la distancia, una voz que cantó esta coplilla:

«El querer de mi huertana
en una rama quedó;
vino un remolino un día,
rama y querer se llevó.»

—¡Es su voz! ¡Es él!—exclamó Carmelica.—¡Está en el pueblo y no ha querido verme! ¡Era verdad todo!... ¿A quien le habrá cantado esa coplilla?... Y ¿por quién era eso de la rama y el querer?... ¿Lo habrá dicho por mí?... ¡No, no puede ser!... ¡Si yo le quiero más cada día!... ¡Si mi único consuelo es pensar en él!... ¡Si mi única alegría es que me figuro que todo lo pasado es un sueño y que al despertar he de encontrarme en sus brazos!... ¡Yo quisiera verlo!... ¡Aunque él no me quiera!... ¡Había de oirlo de sus labios y seguiría queriéndole!...

Y encaramándose por una desvencijada escalera, agarrándose á los hierros de la reja de la ventana de aquel cuartucho, destartalado y obscuro, consiguió ver un trozo de la huerta. A la luz de la luna distinguió un grupo... Era la parranda que se acercaba á la fragua.

—¡Deben ser aquéllos!... ¡Sí, ellos son! .. ¡Y aquél es Vicentico!... ¡Mi Vicentico de mi alma!... ¿Vendrá por mí?. . ¡Ya se acercan!... ¡Ya los distingo á todos!... ¡Está lo mismo que cuando me quería!... ¡No; lo mismo no! Porque ahora no me quiere... Es decir...

La parranda llegó á la puerta de la fragua... Carmelica contuvo la respiración y fijó la vista en aquel hombre por quien se moría, olvidada de todos, en aquella odiosa prisión.

—No os paréis—gritó Vicentico.—Ya sabéis que salí á condición de no pararnos frente á la fragua. ¡Vamos *pa* casa de la Dolores! Nosotros no hemos salido *pa* rondar á las locas.

Carmelica creyó que el mundo se le venía encima.

—¡El también!... ¡todos lo mismo!... ¡Loca!... ¡Sí, lo estoy!... ¡Loca por él!... ¡Porque le quería con toda mi alma!... ¡Porque, á pesar de haberlo oído de sus labios, le quiero!... ¡Loca!... ¡Sí, loca!... ¡Porque creí que la felicidad no se separaría nunca de mí!... ¡Porque creí que en el mundo se perdonaba todo!... ¡Porque creí que en la tierra sólo se purgaban las faltas propias!... ¡Ya no lo veo!... ¡Ya no lo veré nunca!. . ¡Ya acabó todo para mí!...

Bajó los peldaños de la escalera y echóse, llorando y rugiendo de ira, sobre el camastro donde había pasado tantas noches en vela pensando en él, en su Vicentico.

Y mientras Carmelica lloraba y se golpeaba y gritaba acabando de perder su desequilibrada razón, allá fuera se oían los últimos acordes del paso doble de la parranda y las primeras campanadas de la iglesia llamando á los fieles á la misa que costeaban los padres de Vicentico...

Felipe PÉREZ CAPO



Cuadro de J. Luna.

BELLAS ARTES

Con el título *Después del baño* expuso Francisco Masriera en el Salón Robira el pasado mes de Diciembre el hermoso cuadro que figura en la portada de este número, llamando la atención de las personas inteligentes.

El éxito fué justificado. La graciosísima actitud de la figura, cuya expresiva cabeza se dirige al espectador; la delicada combinación de los colores, calientes y armónicos en la figura, destacando del fondo finamente gris de los mármoles; la minuciosa labor de todos los accesorios, y, sobre todo, el arte exquisito que se desprende de todo el cuadro, de gusto clásico á pesar de sus componentes modernos, valieron á Masriera los más calurosos elogios.

Veneciana, de José María Marqués, es una preciosa impresión de color, pintada con el garbo y facilidad propios de este distinguido artista; linda transcripción de uno de los selectos rinconcitos de la hermosa ciudad de las lagunas.

Plácido Francés ha pintado exprofeso para el Album Salón este severo *Otoño.* El buen labriego castellano, cuyo traje de sobrias y obscuras tonalidades tan bien armoniza con el árido color de la tierra, rompe y revuelve con su azada el duro terruño, para preparar la sementera. La sencilla composición tiene color local, y produce en el ánimo cierta impresión de tristeza, lo que prueba que con medios muy simples se pueden lograr efectos artísticos.

Del arquitecto acuarelista Buenaventura Pollés y Vivó es el bonito apunte de la calle del Palacio, de Soneja, que copiamos. Es una acuarela tratada con cariño, admirablemente dibujada y, por lo tanto muy bien resuelta de perspectiva.

El dibujo colorido que cierra el número, dentro de su misma simplicidad, es una nueva muestra del talento de observación de J. Nogué.

Francisco CASANOVAS



TERESA PARTAGÁS ANTIGA — *Fot. de Napoleón.*

DISTINGUIDA PROFESORA DE MÚSICA Y PIANO, PROCEDENTE DEL CONSERVATORIO DEL LICEO. PRIMER PREMIO EN TODOS LOS CURSOS Y EN LOS EXÁMENES DE PROFESORADO.

Autora de la pieza musical que acompaña á este número.

EL ÚNICO RETRATO

(FACETA)

Cuánto la había mirado durante las largas veladas de invierno que pasaba á su lado!! ¡¡Cómo saciaba sus ojos admirando su hermosura cuando, en pleno campo, iluminada por el sol, rodeada de flores y hojas, corría y saltaba como una cervatilla, contenta al sentirse libre y feliz eñ el seno de la naturaleza!! ¡¡Cómo se había grabado en su retina su imagen!! A veces le parecía ver las cosas y las gentes á través de un transparente de aquella imagen querida. Recordaba los menores detalles de su rostro, de su cuerpo. La inperceptible arruga que formaba su entrecejo cuando intentaba fruncirse, la diminuta peca que adornaba su cuello, los delicados planos de las alitas de su nariz, el vello finísimo que cubría el lóbulo de sus orejas diminutas, la forma de las uñas, la línea de la vida de sus manos, bruscamente cortada por otra transversal.

Sí, la veía, la veía como si aún viviera. Y cerraba los ojos para verla mejor y evitaba la luz y vivía entre tinieblas, y llamó los médicos más eminentes á consulta.

—Doy toda mi fortuna, que es grande, al que me asegure la vida.

—Todos somos mortales, caballero.

—¡Ya! Pero yo no puedo morir.

—¿.....?

—No, no puedo morir. ¿Saben por qué? Jamás la humanidad ha producido un sér tan perfecto como la que fué mi mujer. No existe retrato alguno de ella. Sólo yo le guardo en mi retina. Si muriese, ese retrato desaparecería y eso fuera un sacrilegio. No puedo, no puedo morir.

Y Juan miraba, miraba hacia adentro y sonreía á la imagen que sólo él podía ver en este mundo.

* * *

J. NOGUÉ



COSTURERA

ANTONIO PÉREZ

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Si Felipe II fué, como sus partidarios aseguran, el Rey más grande de su tiempo, su ministro Antonio Pérez fué el político más profundo y más hábil de su época.

Conozcámosle.

Antonio Pérez había nacido en Monreal de Ariza, pueblo del antiguo reino de Aragón, y era hijo de Gonzálo Pérez, secretario del emperador Carlos V.

Habiendo recibido una esmerada educación, siguiendo sus estudios con el mayor aprovechamiento en la célebre Universidad de Alcalá, viajó luego por toda Europa, ansioso de aprender la ciencia del gobierno.

A su vuelta fué presentado al rey Felipe II por Rodrigo Vázquez, Secretario del despacho de Hacienda, su amigo entonces, y más tarde su mortal enemigo, quizás por envidia de su pronta elevación; quedando tan prendado de él el Monarca que al instante le agregó á su servicio, y no tardó en encumbrarle al alto puesto de primer ministro, en que por largos años se mantuvo Pérez, tan querido como admirado.

El 3 de Enero del año 1567 casó Pérez con doña Juana Coello y Bormediano, que tan importante papel debía jugar en la vida del ministro.

Sabido es que no hay nada tan inseguro como el favor de los reyes, y lo que no pudieron lograr las mil dificultades del Gobierno de una tan vasta monarquía, lo alcanzó una miserable intriga de amores.

Era amante del *piadoso* Rey, la hermosa princesa de Eboli; pero la mujer suele ser inconstante y caprichosa; la dama era apasionada y tierna; Don Felipe taciturno y viejo, Antonio Pérez gallardo y talentoso...

Los amores de la Princesa y el ministro coincidieron con la llegada á Madrid de don Juan de Escobedo, secretario del heróico Don Juan de Austria, hermano bastardo del Rey, quien venía á solicitar el envío de los anunciados refuerzos, mil veces prometidos al vencedor de Lepanto para acabar la guerra de los Países Bajos, y nunca mandados.

Según unos, Rodrigo Vázquez advirtió al Monarca de las relaciones entre su amada y el ministro; según otros, Escobedo, que había servido en casa de la Princesa, amenazóla con descubrir al Rey las relaciones que mantenía con Antonio Pérez. De cualquier modo que fuese, la madeja estaba destinada á enredarse, ya que el ministro, advertido del peligro que corrían, por la de Eboli, decidió librarse de un enemigo que tanto daño pretendía causarle, denunciándole al Rey como agente secreto de Don Juan de Austria y proponiéndole su muerte. Aceptó Don Felipe II con un doble objeto, privar á su hermano, de quien siempre sospechaba que pretendía alzarse con el trono de los Países Bajos, de un hombre de la valía de don Juan de Escobedo; y arrojar sobre Pérez toda la culpa del hecho, para perderle, vengando así sus celos.



ANTONIO PÉREZ RECIBIENDO Á SU FAMILIA DESPUÉS DEL TORMENTO

Cuadro de Vicente Borrás. *Fot. de J. Laurent y C.ª*

Una noche, Escobedo fué acometido al salir del Alcázar, en la callejuela que formaba el camarín de la iglesia de Santa María de la Almudena, por cuatro hombres que le hirieron de muerte, recibiendo en pago de su infame hazaña un montón de oro y el nombramiento de alféreces de los tercios de Portugal.

El Rey, firme en su proyecto, escuchó las quejas y reclamaciones de la viuda y los hijos de Escobedo, y desterró primero, y más tarde mandó formar causa á Antonio Pérez, con el socorrido pretexto de haber malversado los caudales públicos. Preso, y puesto á tormento por el Presidente del Consejo de Hacienda, Rodrigo Vázquez, nombrado su juez, resistió con la mayor entereza los horribles dolores de la tortura, sin confesar el falso delito que se le imputaba.

En la Exposición Nacional de Bellas Artes del año 1884, figuró el cuadro que hoy copia Album Salón. Su autor era el laureado artista don Vicente Borrás. El público se apiñaba delante de este hermoso lienzo, de asunto tan interesante y tan bien ejecutado. Entre el carcelero indiferente, y el juez severo, hállase colocada la víctima, á la que rodean con lágrimas en los ojos su angustiada esposa y sus inocentes hijos. Entre tanto, el *prudente* Monarca se había apoderado de todos sus papeles, temeroso de que entre ellos se encontrase la autorización dada á Pérez para matar al secretario de su hermano, y encerrado á la Princesa en el castillo de Pinto.

Merced al noble auxilio de su valerosa mujer, pudo escapar Antonio Pérez de la cárcel y, ayudado por su leal amigo Gil de Mesa, partir á Aragón la noche del Miércoles Santo de 1590. Alcanzado en Calatayud, fué conducido á Zaragoza, donde, como aragonés, reclamó el fuero de la *Manifestación*, sin ser atendido, encerrándole las justicias en la torre de la Aljafería. Alborotado el pueblo, lanzóse á las calles, asaltó la prisión, sacó á Pérez y le llevó á la cárcel de la *Manifestación*, conforme á los fueros de Aragón; y es fama que los zaragozanos iban por las calles cantando:

«Hagan fuero á Antonio Pérez
de la *Manifestación*,
porque sólo á los herejes
los prende la Inquisición.»

Los inquisidores, para vengarse, ordenaron á los arcabuceros que tenían ocultos y dispuestos, que hiciesen fuego sobre el pueblo. Entonces los populares se arrojaron sobre ellos, los vencieron y pusieron en libertad á Antonio Pérez, facilitándole así la evasión á Francia.

Mientras en París era objeto de las mayores atenciones por parte del Rey de Francia y de la Reina de Inglaterra, en Madrid, el rey don Felipe II se ensañaba contra la amante esposa de Pérez y sus tiernos hijos, secuestrando sus bienes y manteniéndolos encerrados en la más rigurosa prisión, en la que al fin debía morir la noble doña Juana ¡de miseria y de hambre!

Tantos y tan crueles dolores acabaron con la existencia de Antonio Pérez, que falleció en París el día 3 de Noviembre del año 1611, siendo enterrado en el convento de los Celestinos.

El nuevo rey Felipe III, más benigno y, sobre todo, más *justo* que su padre, restableció la buena memoria de tan ilustre patricio.

Antonio Pérez era un escritor castizo y elegante, como lo demostró en sus *Cartas* y sus *Memorias*, con las cuales vino á enriquecer las letras castellanas del siglo XVI. Pudo tener como hombre sus defectos, pero, en cuanto á gobernante, la mayoría de los historiadores le reconocen quizás como el político más grande, y como el ministro más hábil de su siglo.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

BUENAVENTURA POLLÉS Y VIVÓ



ACUARELA

PRIMAVERA DE VERSOS

A UNA DAMA

I

Lo que vas á escuchar, dulce señora,
no es ruego ni alabanza lisonjera;
es la expansión de un corazón que llora,
de un triste corazón que nada espera.
A impulsos de mi amor, tanto he sufrido,
que ya en mi pecho más dolor no cabe;
pero el labio jamás lanzó un gemido,
¡Dios, solamente Dios, mi pena sabe!
Ya puedes calcular cuánta agonía
mi triste juventud ha marchitado;
y no es tuya la culpa, es culpa mía,
culpa de mi destino desgraciado.
Al encontrarte por la vez primera,
sumida el alma en amoroso ensueño,
mi loco afán no sospechó siquiera
que ya tu corazón tenía dueño.
Lo supe por mi mal... y todavía
callado el pecho su veneno lleva;
creí que el corazón se me moría,
¡fué tan amarga aquella horrible nueva!
El alma enferma, de pesares llena,
ante los cielos se postró de hinojos;
desahogar pretendí mi inmensa pena,
¡y no asomó una lágrima á mis ojos!
Quise romper de mi existir los lazos,
lazos que aún mi corazón oprimen,
y en mi delirio, me tendió sus brazos
mi pobre madre .. y desistí del crimen.
Y volví á la razón amarga y fría,
me toqué el corazón y estaba yerto;
como el morir tu amor todo moría,
el mundo para mí quedó desierto.
Y vagué por la vida acongojado,
mustia la frente, el corazón herido:
¡con qué dolor inmenso te he llorado,
con qué santa ternura te he querido!

II

Esta loca pasión me causa miedo,
pues, á tu lado, de placer me ofusco;
te quisiera olvidar... pero no puedo;
por eso es que en ti sueño y que te busco.
Cómo contemplo, en mi fervor amante,
de tu mirar divino á los destellos,
la dulce palidez de tu semblante
bajo la obscuridad de tus cabellos.
Cómo soñando el alma se consume
de una emoción al inefable goce:
cuánta embriaguez oculta tu perfume,
cómo electriza tu divino roce...
Pasas... y el ruiseñor de cantar cesa,
te dan su aroma las fragantes flores,
en un rayo de luz el sol te besa
y te murmura el aura sus amores.
Pasas... y al punto, por besar tus huellas,
se inclina tierno y dócil el ramaje,
te llaman desde el cielo las estrellas
y el mar suspende su rumor salvaje.
Pasas... y el alma de embriaguez se queja,
y te acaricia con delicia extraña
en el perfume que tu aliento deja,
en la luz y en el aire que te baña.
Pasas... y se desprenden por doquiera
efluvios mil de música y olores;
va contigo la alegre primavera,
la que soñé infeliz en mis amores.
Cuando pasas, de amor embebecido
me deja el fuego que en tus ojos brilla;
el corazón suspende su latido,
¡y el alma temblorosa se arrodilla!

III

De tus cabellos bajo el blondo broche
relucen tus pupilas soñadoras
con el misterio amante de la noche
y el risueño fulgor de las auroras.
¡Qué palidez de ensueños entristece
de tus mejillas el rosado leve!
tan bella palidez sólo florece
en el lirio, en el cisne y en la nieve.
Para endulzar del alma los agravios,
tiene tu boca el beso y el arrullo...
¡Una gota de llanto en esos labios
debe ser un diamante en un capullo!
Para escuchar tu voz, detiene el vuelo
la dulce alondra que de amor se queja;
tu voz es una música del cielo
que embriaga el alma y que después se aleja...
Cuanto de amor y de tristeza gime,
en tu dulce hermosura se embelesa;
la misma hierba que tu planta oprime
tiembla feliz y con amor te besa.
La expresión que tu rostro diviniza
llena de luz mi corazón de bardo;
es la expresión amante de Eloisa,
la romántica novia de Abelardo.

A. MAURET CAAMAÑO

Valparaiso (Chile).



Cuadro de Cecilio Pla.

LA MUJER-TIGRE

Ya sabéis que la compasión no es mi fuerte. Muchas veces me habéis increpado porque no me compadezco de las ajenas desventuras; porque, teniendo dinero, no lo doy como vosotros al mendigo que me lo pide. ¿Es dureza nativa, es efecto de padecimientos muy agudos y muy continuados, sufridos con paciencia pensando en el desquite? No lo sé. Lo que sé positivamente es que no me conmueven todas esas desgracias que se exhiben á la luz del día, todas esas desdichas que, bien explotadas, producen dinero. Un tío ó una tía sanos y robustos que, por no querer trabajar, piden limosna ó se mueren de hambre, me causan un asco profundo, hasta cuando de veras padecen; un hombre que no sabe luchar y sucumbe, no me inspira lástima alguna.

Y, sin embargo, no podéis imaginar la conmoción profunda, la piedad inmensa que he sentido hace unas horas. Estos ojos, siempre secos, se han llenado de lágrimas; y el corazón que no late jamás con violencia, ni aún ante los peligros, ha querido como romper las paredes del pecho. La historia es antigua y es bien vulgar. ¿Os la cuento?

—Sí, sí.

—Bueno, un poquillo de paciencia; que ya sabéis que no amplifico.

Hace quince años, tenía yo veinticinco y conocí en una de las capitales del Norte la muchacha más linda, más ingénua, más buena que he visto. Era yo rico y ella pobre, muy pobre, puesto que con sus ocho reales de jornal mantenía á su padre, holgazán empedernido, á su madre y á dos hermanillos.

Medianamente listo, supe hacerme amar de ella y pocos meses después marchaba conmigo á Madrid, habiendo entregado yo á sus padres una cantidad que les indemnizara de la pérdida de su hija.

Amaba yo á ésta; la amaba de todas veras. Su gracia, su bondad, su belleza que, una vez puesta de relieve por trajes elegantes, hacía que en la calle se volvieran á mirarla hombres y mujeres, me inspiraron la pasión amorosa más honda y completa que hasta entonces sintiera. Horas y horas pasadas al lado de Rosa, contemplándola, oyendo su charla donosa, acariciándola como á una niñita, cuya inocencia tenía, hicieron que imaginara que había topado con la mujer soñada.

Rosa me quería. Aun cuando mi gravedad y mi especial modo de ser algunas veces parecían asustarla, me quería porque era buena, porque la complacía en todo, porque comprendía que la amaba mucho, porque era diferente de cuantos hombres había tratado y conocido.

Pasamos cuatro años felices y olvidados de todo y de todos.

Un día, en un teatro, noté que Rosa se volvía muy á menudo. Miré á mi vez. Un hombre de mi edad, elegante y buen mozo atraía sus miradas. Comprendí por el modo de mirar que desde días atrás se conocían.

No he sido nunca celoso; pero confieso que sentí una cólera violentísima.

Al llegar á casa, pregunté á Rosa si conocía al que con tanta insistencia la miraba. No sabía mentir la infeliz. Me confesó que sí; que la había hablado dos ó tres veces.

Proferí tremendas amenazas. Rosa tembló, se asustó de tal manera que daba diente con diente. Sabía que en algunas ocasiones era yo terriblemente brutal.

Al día siguiente salió por la mañana y no volvió á casa.

Estoy seguro de que no era culpable; pero de tal modo se asustó, tan traidora se creyó para conmigo, que huyó para siempre.

La busqué, la hice buscar. Supe que había marchado con aquel sujeto, calavera y perdido á un tiempo, arrojado por tramposo del ejército y de los círculos á que perteneció.

Si por desgracia topo con él ó con ella, durante los primeros meses de mi abandono, hubiese cometido un crimen.

Pero, pasaron años. Mi dignidad me vedaba hacer pesquisas y aun cuando el recuerdo de Rosa persistía en mí, estaba exento de toda amargura. Me acordaba de ella como de una mujer joven y bella y cariñosa á la que la muerte me hubiese arrebatado en lo mejor de su vida. No le guardaba rencor alguno. La amaba aún. Al pensar alguna vez en su fuga, me decía que ningún derecho tenía sobre ella. Por su voluntad vino conmigo, por su voluntad se alejó. Lo que me horrorizaba era pensar que aquel hombre quizá la había abandonado y que aún viviendo con él, debía sufrir muchísimo.

Hoy, hace cinco horas apenas, no sabiendo cómo matar el tiempo, he entrado en un barracón de las Rondas, en uno de esos donde se exhiben toda suerte de curiosidades. El letrero decía: La mujer-tigre y en una tela pintada se veía una mujer casi desnuda, con la piel manchada de rojo, alargando los brazos como los felinos y atrapando una piltrafa de carne que llevaba á la boca.

Entré. Exhalaba el barracón un hedor insoportable. Dos muchachos y yo éramos los espectadores.

Un hombre con pantalones ajustados, de indefinible color, y una chaqueta de terciopelo negro con alamares, fuerte y buen mozo, se adelantó anunciando la aparición del fenómeno.

Demacrada, con el rostro rojo, propio de los borrachos empedernidos, pero graciosa y agradable, apareció una mujer.

La conocí en seguida. Era Rosa. La infeliz comió la piltrafa con voracidad, sin repugnancia. Yo miraba las manchas de su cuerpo y pensaba en las que debía haber sufrido su alma. No hablaba. Al oir el chasquido del látigo del domador, rugía débilmente y á veces sus ojos, aquellos ojos azules tan bellos, se dilataban con indecible espanto. Es que temían el golpe.

Acabó la representación. Me acerqué al hombre, y le dije:

—Deseo hablar con esa mujer.

El miserable no me reconoció. Al ver mi facha de hombre rico sonrió con cinismo y me dijo:

—Las sesiones reservadas cuestan cinco duros.

Saqué un billete que embolsó el hombre tranquilamente y se marchó cerrando el barracón detrás de él.

Fuí hacia el cuartucho á que se había retirado Rosa. Hablé con ella. Tampoco me reconoció. Yo no me nombré. Preguntéle por qué llevaba aquella vida, le hablé de su familia. Lloró y sólo dos ó tres veces dijo entre dientes, con voz ronca: «¡La miseria!»

Al cabo de media hora volvió el hombre.

—¿Habéis visto de cerca el *fenómeno*, señor? preguntó con su única sonrisa.

—Sé que eres un grandísimo granuja, contesté. Esa mujer se viene conmigo...

—Eh...

—Ahí tienes dinero. Si chistas te aplasto. Ve á hacerte colgar lejos de aquí.

Rosa está en casa. No sé si me decidiré á decirle quién soy cuando esté curada y tranquila. Ya veis si soy compasivo, pues me inspira compasión la mujer-tigre.

A. RIERA

BELLAS ARTES

Con los fríos de Enero se inaugura la temporada de Carnaval, y con ella los alegres bailes de máscaras, donde, al par que se desarrolla el calor por el exceso de movimiento y bullicio, se abre á veces el camino á la traidora pulmonía.

Pero el Carnaval está consagrado en las costumbres, y no sería año completo el que careciese de tan característica temporada.

Por eso no hay periódico ni revista que no lo ilustre ó comente como tema obligado y socorrido, de inagotable vena, para llenar unas páginas, probando con ello, lo que se halla arraigado en nuestras costumbres.

El Album Salón paga también su tributo á la moda imperante, publicando en la primera página la linda *Mascarita* de Cecilio Pla, elegantísima en su vestido á lo Luis XV, sonriente, aristocrática, como queriendo dar á entender que está tan cerca de la alegría como lejos del vulgar bullicio, rayano en el desenfreno, de los bailes asequibles á todo el que paga.

Es una figurita más propia de un encopetado círculo ó de un íntimo *asaltado;* y, á pesar del emblema de la *Locura* que el pintor le ha puesto en la mano, su alegría será inocente y comedida, de persona bien educada.

El bonito paisaje de José María Marqués es una de las notas frescas y umbrías á que tan aficionado se muestra, precisamente porque es un género que trata con sin igual soltura y conocimiento.

El *Pintor flamenco* de Román Ribera, es un precioso cuadrito lleno de las sólidas cualidades con que puede envanecerse el eximio pintor catalán. Composición sencilla, pero bien dispuesta, sirve de tema á Ribera para prodigar su correcto dibujo y su armónico color, como lo hace siempre en todo, con la constante igualdad de su talento, nunca inferior á sí mismo.

En el Moulin-Rouge de J. Cardona, es un dibujo iluminado, fiel trasunto, como todos los de este joven autor, de la típica vida de los *bas-fonds* parisienses. Ya otras veces hemos tenido ocasión de elogiar el talento de Cardona, á quien sólo le falta olvidar un poco á Steinlein para adquirir personalidad.

El *Parador* de Enrique Estevan es un asunto que han tratado, seguramente, todos los artistas que se dedican á la pintura de caballos. No hay en su desarrollo más diferencia esencial que el propio modo de ver y la mayor ó menor habilidad técnica. Pero, así y todo, ha sabido Estevan sacar buen partido de las líneas, agrupando bien las figuras, y pintando con garbo los dos caballos que entran en la composición; logrando producir una nota luminosa y agradable.

Francisco CASANOVAS



Fot. de Audouard.

JOSÉ PALET

Tener veinticuatro años, poseer una buena voz de tenor y haber debutado en su carrera atravesando la puerta grande de tres teatros de primer orden, representa el colmo de la suerte para una sola individualidad.

Le oímos en la noche de su debut en el Gran Teatro del Liceo, el 24 de Noviembre de 1900; cantaba *La Favorita*, y en la natural turbación y nerviosidad de su primer encuentro con el público ¡y qué público! parecía más bien bajo la túnica del monje, que vistiendo la aterciopelada trusa. Y sin embargo, en medio de aquella emoción, descubríanse facultades excelentes que justificaban en cierto modo la audacia de su presentación en el Liceo. Su voz mórbida y melodiosa de medio carácter, modulada con facilidad, era una promesa de que con mayor serenidad, con mayor conocimiento de las necesidades del teatro y con mayor perfeccionamiento en el estudio, llegaría á ser un artista de reputación universal.

Le hemos vuelto á oir esta temporada en el *Lohengrin* y en la *Aida*, y efectivamente, se han ya aseverado en parte nuestras presunciones. Su voz ha aumentado de volumen, expresa con más intención y pronuncia con más nitidez. La acción escénica, sin ser aún perfectamente artística, ha adquirido mayor desembarazo.

Discípulo, en sus principios, del maestro Paredes, perfeccionó sus estudios con el maestro don Juan Goula, quien lo presentó al juicio no solo del público del Liceo de Barcelona, sino también de los del Real de Madrid y San Carlos de Lisboa, hallando en todas partes simpática acogida. Pasó después al teatro de Bilbao y últimamente estuvo en Soresina (Italia). Ahora se halla en Turín, donde habrá afirmado, en un teatro italiano de primer orden, su abolengo artístico de buena cepa.

En el breve espacio de tiempo que ejerce su carrera, ha cantado ya las óperas *La Favorita*, *Lohengrin*, *La Gioconda*, *Rigoletto*, *Aida* y la *Misa de Requiem*, de Verdi. El carácter de su voz le permitirá abarcar un repertorio extensísimo, con la sola excepción de las obras llamadas de fuerza. Su juventud, por otra parte, permite augurarle todos aquellos perfeccionamientos que son base de una legítima celebridad, si el desvanecimiento de su rápida ascensión no anula sus envidiables facultades naturales.

* * *

¡LA GRAN PLAGA!

No disfrutó jamás un humano en el mundo, la dicha que disfrutaban estos dos seres. Eran recién casados; él, trabajador, animoso, honradísimo; ella, hermosa, fina, jovial; los dos muy jóvenes. Era una gloria de Dios aquella pobreza, tan dulce, tan noblemente llevada. Cuando salían los domingos á algún pueblo de los alrededores, olvidábanse del cielo y de la tierra para pensar en ellos mismos. Habían nacido en Barcelona, en Barcelona vivían; al atravesar las Ramblas, en aquellas tardes de estío, debajo de aquellos árboles, misteriosas viviendas de millones de pájaros, hacían volver el rostro á los transeuntes, él, con su blusa limpia, su gorra flamante, su rostro blanco, enérgico, su bigote finísimo; ella, limpia también, gallarda, con sus cabellos dorados, recogidos con donaire de andaluza, su talle enloquecedor, de catalana, y su carita seria, de mujer feliz, que sabe apreciar su dicha y dar por ella gracias á Dios.

Aquella dicha se colmó con otra alegría nueva: la mujer era madre... ¡Dios bendito! ¡Con qué graciosa majestad supo ser madre, desde el primer momento, la chiquilla blanca y dorada! El marido estaba loco de felicidad; tenía que contenerle la mujer en sus frenéticas demostraciones; quedábase pensativo, asombrado de tales cosas, como queriendo convencerse de que eran ciertas. «¡Iba á ser padre!» Y se paseaba por la habitación hinchadamente, arqueando los brazos, inflando los carrillos de una manera cómica, hasta que hacía arrancar la carcajada á la madrecita. Ella arrojábase á su cuello y decíale en tono mimoso:

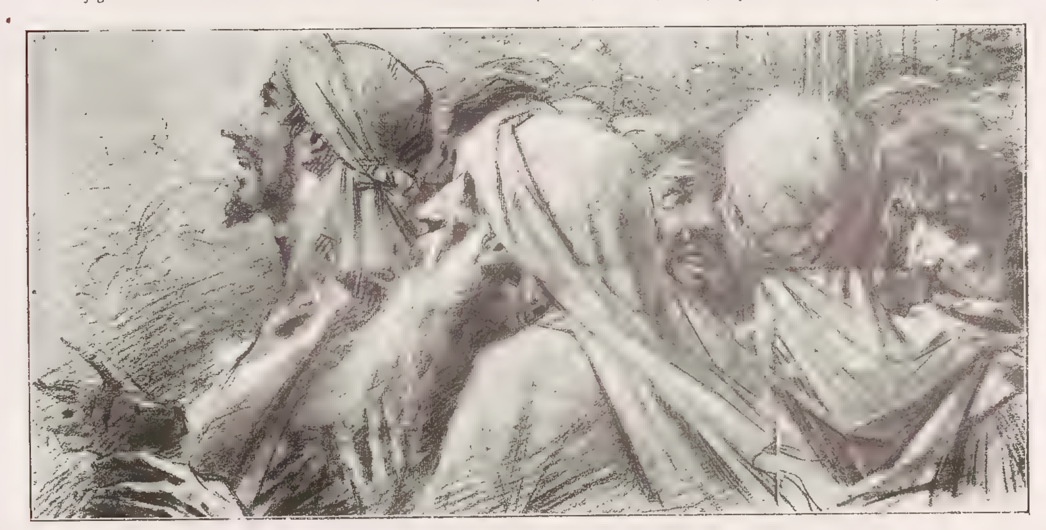
—¿Le querrás mucho, sí? — El decía: — Sí, sí. — Y la mujer reclinaba la frente en el pecho del dulce amigo, ocultando sus lágrimas de felicidad y gratitud.

Había ocasiones en que pedía á su marido, por favor, que saliera un poco á esparcir el ánimo; pedíale que no pensase tanto en lo que iba á venir, porque de ese modo parecía que no llegaba nunca. El, era obediente, salía, distraíase algo... volvía. Ella le aconsejaba que saliese, para esperarle,... para verle llegar después con más alegría... Y en sus ratos de soledad, pensaba en el padre, en el hijo,... *los dos hijos,* uno invisible, chiquitín, misterioso, y el otro, buenazo, alegre, grandullón, que no le daba qué hacer... «¡Qué felicidad, Dios mío!» Y quedábase embelesada algunas veces, esperando al *niño grande,* sin notar al principio, lector benévolo, que este niño empezaba á regresar más tarde de lo que tenía por costumbre.

Ya lo dije; al principio no cayó la mujer en la cuenta... ¡Le instaba tanto para que saliese! Pero se inquietó luego; preguntaba y las contestaciones no la convencían de ningún modo. Notó, después, que iba algunas noches trastornado por la bebida. «¡Gran Dios! ¿qué era aquéllo?» Quiso impedirle salir y pudo lograrlo. ¡Estaba tan hermosa pidiéndole que no saliera! Ay, pero se lo impidió una noche; á la siguiente salió como de costumbre; volvió mucho más tarde que en noches anteriores, y en un lastimoso estado de embriaguez. Dios piadoso. ¿Dónde estuvo? —Con unos amigos. — Y se tambaleaba vergonzosamente, diciéndolo.

No pudiendo impedirle salir, le quiso acompañar como en otros días; pero ya no lo consiguió. Pronto iba á ser madre; y, en su dolorosa soledad, comparaba sus reflexiones de otra época, no lejana, con las que tenía precisión de hacer en un presente bien aciago.

Ya no contestaba el hombre á sus preguntas; se hizo melancólico primero; sombrío, uraño, después. Ella moríase de una espantosa incer-



FRAGMENTO DE UN CUADRO, por Julio Borrell

tidumbre; un fantasma horroroso fué levantándose en su corazón, abrasándoselo, destrozándoselo, volviéndola loca. Al fin, se lo confesó á sí misma: la mataban los celos... Retorcíase como una leona... Así fué madre; fué madre de un angelillo blanco y rubio, como brotado de una azucena y un rayo de sol.

El, no le vió nacer; lleváronle mucho más tarde, ebrio, la ropa hecha girones, sucio... La madre le pidió á Dios la muerte.

Concibió sin embargo una esperanza; esta esperanza fué el chiquitín; se lo presentó al niño grande, y el niño grande pareció muy conmovido. Lo tuvo en sus brazos, lo mimó, lo acarició, lo soltó luego, y vió espantada la pobre mujer que no volvía á pensar en su hijo.

Sí, creyó morirse; no estaba dispuesta para aquel desastre; confiaba demasiado en su felicidad, para convencerse de que había muerto del todo; tenía esperanza de verla aparecer, como se aparece la Virgen al alma fiel que le fué devota.

Los cuidados de la maternidad distrajéronla un poco; pero como él no cejaba en su conducta, sentía desesperaciones horribles; el fantasma no se iba de su corazón. Era más grande, más imponente.

Una triste nueva ennegreció los tonos del ya sombrío hogar: al hombre lo dejaron parado; ella, al saberlo, no pudo hablar de estupor. ¡Con que en el taller se había producido el hombre como en el hogar!... ¡Dios poderoso!... ¿qué era aquéllo?

Empezó la escasez y siguió la miseria. Llegó el invierno... ¡Ah, qué invierno tan frío! Faltó ropa, faltó pan, faltó todo. Ella, pasábase las horas, sentada en el suelo, inmóvil, enflaquecida, hundidos los ojos, con el niño, muriéndose de hambre, liado desesperadamente en un pico de su mantón. Llegaba él, y paseábase con las manos atrás, ó gesticulando; entreoía la mujer frases incoherentes; le sorprendió en ocasiones con los puños crispados, como si amenazara á algún terrible enemigo oculto, á quien hubiese declarado guerra sin cuartel.

Le amaba siempre; le amaba más que nunca, tenía una noble indulgencia para su sueño grande... Pero aquel fantasma de los celos no había desaparecido de su corazón. Estaba allí, perenne, hiriéndola, matándola.

Alguna vez, veíale entrar con faz victoriosa, chispeantes las pupilas, satisfecho, como seguro de que iba á llegar una época de transición brusca en su destino... de transición á la más grande, á la más sublime dicha.

Pero el infierno de ella no terminaba; viéndole más exaltado, más nervioso, como si un extraño frenesí rigiera en todos sus pensamientos, le siguió una noche cautelosamente. El no la vió; no pudo, iba muy absorto en sus ideas. Además, la multitud se lo hubiera impedido. Barcelona estaba de gala; la muchedumbre lo invadía todo; se había echado á la calle para honrar á un augusto huésped.

Seguía ella á su marido con mucha dificultad, no le perdió de vista milagrosamente. Seguíale con su niño en brazos, ciega, loca. «Otra mujer le robaba su marido, cambiándole, trastornándole, haciéndole indiferente, grosero, brutal, feroz...» Seguíale entre aquellas músicas y aquellas iluminaciones... Aquellas músicas que resonaban en su corazón como algo espantoso, desgajándose allí dentro; aquellas luces que parecían arder en todas partes para alumbrar bien su abyección y su miseria.

Seguíale... Y pudo oir un diálogo misterioso entre su marido y otros hombres, allá, lejos, en el campo, donde nadie los podía sorprender, en

la soledad silenciosa de la noche. Sus celos, la ciega pasión, diéronla fuerzas para arrastrarse, para llegar, para oir, en fin, palpitante, aterrada. El niño no lloró; hay horas providenciales.

Pudo convencerse; no era su rival una mujer. ¡Oh, cuánto más le hubiera valido!... Oyó el diálogo entre aquellos hombres. Era horrible; echaban suertes, el que la suerte designara, tendría que matar aquella noche misma al personaje augusto que paseaba entonces por la población sin más escudo que su tranquila confianza en el noble pueblo barcelonés... ¡Fué su marido quien juró matar!... Juró matar, y aquella misma noche tocaríanse las consecuencias del conciliábulo, en una de esas catástrofes de que es la sociedad víctima frecuentemente, en nombre de no sabemos qué pavoroso ideal, sustentado por unos locos á quienes su locura hace asesinos.

¡El... él era uno de aquéllos! Iba á cometer un asesinato en su locura furiosa! ¡Iba á cometer un asesinato sin pensar en nada, sin pensar en nadie, ni en su hijo siquiera, Virgen Santísima de las Misericordias!

Y cuando los otros desaparecieron como fantasmas, quedó allí, de rodillas en medio del campo, sin corazón, sin alientos para pedir á Dios que no consintiera tan horroroso crimen. Hubo un segundo en que estrechó contra su pecho al hijo fieramente, como para aplastarle y que no supiese jamás de qué monstruo había recibido el sér. Pero lloró el niño y, lanzando ella una exclamación de angustia, echó á correr desolada por la campiña.

* * *

No supo por dónde fué, ni cómo llegó á su mísero tabuco. El marido había llegado ya. Al entrar ella, salía él. La madre soltó el niño rápidamente y se lanzó al hombre.

—¿Dónde vas?—preguntó horrorizada.

Evadió él la respuesta, y quiso salir; ella se interpuso. Ardía una vela sobre una mesilla; á la escasa luz contempláronse de ese modo fijo con que los animales feroces se miden antes de acometerse.

—No saldrás, — decía la mujer, y no decía más que eso; no era ocasión de súplicas ni de plegarias, sino de decir no; no, á toda costa; no, aunque la matasen; no, no.

Sombrío, fiero, chispeantes los ojos por la calentura, la empujó él sin hablar; pero ella, sujetándole con sus brazos, con su cuerpo, se enroscó, se incrustó á él; su energía redoblaba la del hombre: fué una lucha brutal, insensata; se desprendió él, en una feroz sacudida; quiso huir, pero ella pudo asirle de una mano nuevamente; tiró él, para soltarse, conforme andaba; no le soltó ella, y fué tras él, arrastrándose. El hombre sentía en su mano febril aquella otra mano de la mujer, como una argolla de hierro caldeado; pudo ella ponerse de pie aún; lucharon de nuevo y con más furia; se hacían pedazos, él para soltarse, ella por retenerle, sin hablar ya, sin gritar; sólo se oían las respiraciones sordas, jadeantes, como de lobos hambrientos que se despedazan. ¿Qué se le infundió á ella para no gritar... para no pedir socorro? ¿Fué que no pensó en ello por su absorción horrible? ¿Fué temor de delatarle al gritar? ¡Ah mujeres! Momento horrible. Cayeron los dos como árbol que el vendaval destroza. Ella quedó moribunda. Se levantó él, triunfante, y sintió ella sobre su pecho, á la vez un golpe fuerte, como de algo duro que á él se le caía del bolsillo ó la cintura. Lo comprendió... lo vió ella, con los ojos velados ya por el síncope. Era un revólver.



MI PADRE — Retrato al lápiz, por José Pasos.

Despertó el niño y se echó á llorar. Aquel llanto rasgó las entrañas de la madre... Allá, lejos, comenzaron á oirse músicas... La silueta del hombre perdíase rápidamente... ¡Ah! ¿qué haría para retenerle aún?—decíase la mujer expirante.—Su pensamiento estaba en el porvenir de su hijo, en el suyo, en el de aquel desdichado que corría. Creyó presenciar en tal instante la infamia próxima, le pareció ver la víctima, pensó oir los lamentos de la multitud, vió á su marido acabando la miserable existencia ignominiosamente... Como oyera decir al hombre, á la par, en un rugido de alegría.— ¿Quién me detendrá ahora?—respondió moribunda:—¡Dios!—Diciéndolo, levantó el brazo y disparó sobre aquella figura que se esfumaba ya en la sombra. Se oyó un grito de agonía y el rodar de un cuerpo...

El sonar de las músicas, el llanto del niño, el pensamiento y la acción de ella, el grito de triunfo y el de muerte de él, todo fué rápido, simultáneo, como el destino ajusta los sucesos, para que encajen en el gran molde de la historia humana. A la mujer se le cayó el revólver y cerró los ojos; el niño, cesó en su llanto; las músicas alejábanse... Después, nada... Silencio... Silencio horrible.

Martínez BARRIONUEVO

JOSÉ M.ª MARQUÉS



PAISAJE

ROMÁN RIBERA



PINTOR FLAMENCO

Salón Robira (Fernando VII, 59).

AMOR DE MADRE

Corría el año 1814 y el sol de Austerlitz se hallaba en su ocaso. Mi amada patria lanzaba de su seno á las huestes imperiales, tras homérica lucha de seis años; los hielos de la estepa rusa, poderosos auxiliares de la imperturbable calma de Savarow y del meridional arranque del gobernador de Moscou, ponían en fuga al gran Emperador, y los ejércitos de la coalición europea volvían á los países de donde, en más dichosas campañas, los había arrojado el genio del primer Napoleón.

Rusos y austriacos, los vencidos en Arcola, en Rivoli, en Marengo, en Friedland, en Eylan, invadieron la península itálica, y demostraron con su conducta bárbara cuán á lo vivo les habían llegado las anteriores derrotas.

En toda Europa tenía partidarios Bonaparte; en las naciones todas había tropas á su devoción, que, aún viéndose notoriamente inferiores en número á las enemigas y privadas de la dirección suprema de aquel coloso de la estrategia, batíanse á la desesperada, sucumbían gallardamente al grito de: *¡Viva el Emperador!;* y estas parciales é inútiles resistencias sólo servían para avivar la cólera y extremar la crueldad de los que trocaban su papel de fugitivos por el de triunfadores.

Así fué como, tras reñida lucha, un destacamento austro-ruso acercóse al insignificante pueblo de Roncole, donde penetró enfurecido por las hostilidades de que había sido objeto, llevándolo todo á sangre y fuego.

Al aproximarse la hueste enemiga, apenas había hombres en la población, salvo los viejos y los inútiles y los niños; los hombres de armas tomar ó peleaban ó habían huído cobardemente.

Reunidas en la plaza del pueblo, las mujeres veían con espanto cómo se acercaba la humana ó más bien la inhumana avalancha, encomendábanse á la *Madona* y discutían sobre el partido que en tan críticos momentos debían tomar.

El párroco, un venerable anciano que había pasado ya por los sobresaltos y las angustias de la revolución, del consulado y del escéptico imperio, que tal vez se derrumbaba á causa de su escepticismo, por haber tomado la religión como un medio y no como un fin; el párroco, digo, sacó de su indecisión al desdichado elemento femenino de Roncole.

—Venid, hijas mías,—dijo:—entrad en la iglesia, pues cristianos son los que aquí se aproximan, y sin duda respetarán el sagrado asilo.

Las mujeres penetraron atropelladamente en el templo, en unión de sus más preciadas joyas, de los hijos de sus entrañas.

El consejo del sacerdote parecía bueno y hubiese dado excelentes frutos si algo existiera capaz de contener á una soldadesca desenfrenada.

AURELIANO DE BERUETE



BARRIO DE LAS COVACHUELAS (Toledo)

Más impregnados de espíritu religioso se hallaban los soldados de Carlos I, y conocidos son de toda persona ilustrada los horrores del asalto y saqueo de Roma, en que pereció el Condestable de Borbón.

El destacamento austro-ruso fué destruyéndolo todo á su paso; ni la santidad del templo bastó á detenerlo.

Aquellos hombres, aquellas fieras, ebrias de sangre y ansiosas de matanza, invadieron la iglesia, refugio de los más inofensivos y más débiles seres, y prosiguieron su obra de aniquilamiento, de exterminación.

En vano las madres trataban de resguardar apretándolos contra su seno y cubriéndolos con sus brazos, con su propio cuerpo, á sus tiernos hijos; inútilmente la hermana pretendía amparar á su pequeño hermano; tan estériles resultaron las súplicas, las lágrimas, como los rasgos de desesperado heroísmo de las que no vacilaron en oponer sus uñas y sus dientes á las bayonetas de los desalmados que reproducían, en el primer tercio del siglo xix, los horrores ordenados por Herodes en los comienzos de nuestra era.

La carnicería fué espantosa, y sin embargo resultó incompleta.

Ante lo inminente del peligro, á la vista del infortunio de sus compañeras, hubo una madre más serena y atrevida que las demás; hubo una madre que, sin empeñarse en una resistencia imposible, ni emplear estériles ruegos, llevando en brazos una angelical criatura de pocos meses, logró ganar la empinada escalera del campanario de la iglesia y remontarse á lo alto, llegando á sitio peligroso y recóndito, donde no se ocurrió subir á los invasores, y del cual no descendió hasta que hubo desaparecido todo riesgo.

Su amor maternal dióle ánimo y fuerzas para realizar una empresa que en momentos de calma poco habría tenido de particular; pero que era arriesgada en aquellas circunstancias críticas; y á fe que la Humanidad debe estar agradecida á la que, con aquel rasgo de ternura, salvó la existencia del fruto de sus entrañas: porque éste, nacido en 10 de Octubre de 1813 y que ha bajado á la tumba en 27 de Enero del pasado año, no era otro que el compositor José Verdi, el inmortal autor de *La Traviata*, *El Trovador*, *Las Vísperas Sicilianas*, *Nabucodonosor*, *Don Carlos*, *Aida*, *Otello*, *Falstaff* y tantas otras obras no menos inmortales que el nombre del genio que las creó.

Eduardo BLASCO

INMORTALES AMERICANAS

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA

Voy á tratar de una personalidad culminante, de una vida laboriosa y fecunda, de una mujer que, por su talento y bien organizada opinión crítica, ha disfrutado y disfruta de un prestigio inmenso y ha tenido y tiene tan numerosos admiradores, que necesariamente he de abandonar sendas trilladas ya, en lo que se refiere á semblanzas ó bocetos biográficos, para invadir el terreno de la íntima confianza identificando mi pensamiento con el de aquella que, durante largos años, fué para mí hermana del alma y es hoy objeto de una ternura infinita, de un sentimiento que se funde en sensible y doloroso recuerdo.

Describiré á grandes rasgos una de las inteligencias que, en la literatura americana contemporánea, ha logrado inconmensurable influencia en el desarrollo intelectual del Perú, su patria.

Mercedes Cabello es típica por sus muy hondos estudios filosóficos; por el carácter especialísimo de sus obras; por las doctrinas que ha defendido; por el ancho campo que invadió con varonil firmeza.



La profunda pensadora americana, la filósofa, la gallarda y estudiosa novelista, nació de antigua y esclarecida familia de rancio linaje español, pues que entre los apellidos de sus ascendientes figura el de Vargas Manchuca, patentizándose en ella, y bien á las claras, la valentía de su raza y la nobleza heredada que vibra en cuanto ha pensado y escrito Mercedes Cabello.

Si tuviera hábil pincel ó acertado lápiz, fuérame fácil retratar, sin omitir ningún detalle, el expresivo y hermoso rostro, tal y como era cuando yo conocí, de la que hoy está envuelta en el más hondo de los infortunios.

Aún me parece verla en el instante de amena conversación. La mirada franca y bondadosa, espejo fiel de su alma grande y de la elevación de sus ideas. Las pupilas, brillantes, bañadas en la suave luz que irradiaba en los ojos grandes y profundos de la escritora peruana. El rostro, semi-ovalado; las mejillas, tersas y frescas; los abundantes cabellos sedosos, algo ondulados y de un castaño casi negro; la cabeza, proporcionada; la frente, ancha, si bien suavemente comprimida hacia las sienes, traduciendo en sus proporciones un carácter reflexivo y observador.

Su cutis delicado, fino y ligeramente pálido, prestaba entonces al rostro encantadora melancolía, recordando algo de la raza árabe española.

En las líneas especiales, en los característicos rasgos, se reflejaba la alteza pensadora, la solidez inquebrantable del pensamiento y lo selecto, lo estético, diremos más, lo clásico de esta mujer excepcional, que vió la luz en Moquegua, en la antigua ciudad, en casa monumental llena de luz que entraba á raudales por los anchos balcones, embalsamados por el aura fragante de los jardines. Allí vivían los padres de Mercedes, don Gregorio Cabello, hombre ilustrado, filántropo é hidalgo, y su esposa amantísima, acariciados por los ambientes de la fortuna y de la felicidad.

Tres hermosas niñas, hermanas de Mercedes y menores que ésta, y dos apuestos mancebos, Gustavo, residente hoy en Lima, y Gerardo, ahora casado con bella argentina, y establecido en Buenos Aires, componían entonces el total de aquella familia que era en Moquegua ejemplo de la unión más hermosa y de las aspiraciones levantadas sobre sólidos cimientos morales é intelectuales.

Comenzaban por entonces en el Perú á difundirse en grande escala las aficiones literarias, y el nombre de Enriqueta Pradel invadió de repente los círculos y la prensa. No era posible adivinar que fuese pseudónimo de Mercedes, rico joyel que brillaba por su ingenio y su belleza en la sociedad moqueguana.

Es indudable que todo lo grande y todo lo superior se impone; por eso, al trasladarse á Lima la familia Cabello, entró Mercedes como en casa propia en el camino de las letras, y sin luchas, sin decepciones y ajena á dificultades que el genio encuentra siempre, hasta crearse un nombre, logró pronta reputación debida en su mayor parte al exquisito gusto clásico que acusaban sus escritos y á los profundos conocimientos que había adquirido en los estudios filosóficos.

Sus novelas, de escuela modernista, son exacto relieve de las costumbres peruanas y de la sociedad tal como es; pero donde verdaderamente se ve de cuerpo entero á la escritora, es en trabajos críticos, en el folleto, como *La Novela Moderna* ó en el examen de las obras de Tolstoy, profundo, grave, donde se destacan apreciaciones notabilísimas, hermanadas con el entusiasmo latente y justificado por los altos fines que ha perseguido el insigne ruso.

Las producciones de Mercedes Cabello son muchas y están forjadas en el molde de la originalidad; son vívidas, esencialmente nacionales y, á la vez de la galanura de su estilo, de la energía de los conceptos, de la atildada frase y de la gráfica erudición, hay en ellas derroche de filigranas y descripciones de la vida real que son la nota más culminante

Su carácter investigador ha dado á los personajes de sus novelas una realidad tal, que son copias fotográficas.

Tan asídua y penosa labor menguó lentamente la salud privilegiada de la pensadora americana, tanto más cuanto que ni casada, ni viuda muy joven, interrumpió sus tareas literarias.

Sobrevino el cansancio intelectual.

Hízose preciso un viaje á las orillas del Plata, donde en el hogar de un hermano querido, buscó el sosiego forzoso para renovar la savia cerebral y prepararse para nuevos y más culminantes trabajos.

Ya por entonces había dedicado su talento á polémicas de alta trascendencia, relacionadas con las doctrinas de Augusto Comte, en las que profundizó con toda la exaltada nerviosidad de su carácter. La tarea era ardua, atrevida y digna de las condiciones innovadoras de su talento, que ha de inmortalizarla en la memoria de los hombres y para las generaciones futuras.

En las alamedas de Belgrano, solitaria, tranquila, en un oasis de fresco verdor y de apacible quietud, permaneció durante algún tiempo entregada al descanso, vigorizándose, curando, digámoslo así, con el alejamiento del trabajo, aquel cerebro por demás fecundo, hasta que por último resolvió su regreso á Lima.

Más laboriosamente emprendió la vida de siempre y, aun cuando reflejábase cierta vaguedad de ideas en sus cartas y en sus escritos, continuó alentando intelectualmente hasta Octubre de 1900

De improviso, las tinieblas invadieron su mente; las ideas grandes, los pensamientos de alto vuelo abandonaron, tal vez para siempre, el santuario donde habían elaborado tan grandes concepciones.

Enmudeció aquella poderosa inteligencia.

Naufragó la razón en los sombríos mares de la locura ..

Mercedes Cabello ha dejado de existir intelectualmente...

El dolor nos abruma.

El llanto nubla nuestros ojos y niégase la pluma á dar el supremo adiós á la que ha dejado de pertenecer al infinito y maravilloso mundo de la idea.

LA BARONESA DE WILSON

J. CARDONA



EN EL MOULIN-ROUGE

NODRIZAS TERRIBLES

El Señor les libre á ustedes de necesitar nodrizas, amén!

Mejor dicho, la Divina Providencia libre á ustedes de que sus hijos necesiten madre artificial.

De cien nodrizas que vean ustedes por esos mundos de Dios, noventa y ocho son otros tantos tormentos inquisitoriales para casa de los padres.

Hace pocos días me encontré en la calle á la señora de un amigo, instrumentista de cuerda, que ha tenido recientemente un niño de viento.

—¿Qué tal se cría el rorro?—la pregunté.

—No me hable usted de eso,—me respondió—porque llevamos experimentadas catorce amas y el pobre chico está más encanijado cada día. Créalo usted, don Juan; me han dejado á la criaturita, que, si no fuera por la ropa, no se sabría si aquello era mi hijo ó si era un cornetín de llaves.

—¡Pobrecito de mi alma! ¿Y usted no le puede criar?

—No tengo *posibles*, amigo mío.

—¡Vaya por Dios!

—Y en verdad—añadió la esposa del violinista—que usted podría sacar partido de lo que me pasa y publicarlo en los papeles, entre otras tonterías.

—Mil gracias. ¿A ver? Cuente usted... Cuente.

—Basta la simple enumeración de las nodrizas que han desfilado por mi casa para que usted se forme idea de lo que yo habré sufrido.

—Veamos.

—La primera era montañesa y montañosa... muy guapa toda ella... ¡si viera usted qué ojos! ¡y qué boca! ¡y qué sonrisa! Tenía un cuerpo escultural, unas carnes blancas, apretadas, suaves... Cuando daba el pecho al niño llamaba la atención; en fin...

—Bueno, señora; no describa usted con esos detalles, que me dan vértigos.

—Pues á los dos meses recibió su novio una puñalada en la taberna y allí quedó seco.

—¡Ave María Purísima! ¡Pobre hombre! ¿Y ella qué...

—¿Ella? Pues ella con el disgusto se quedó lo mismo.

—¿Cómo?

—¡Seca! Enteramente seca.

—¡Qué lástima!

—La segunda, era el reverso de la medalla. Fea como un demonio; gallega por todos cuatro costados y casada por la Iglesia como Dios manda, según malas lenguas.

—¿Y esa no se secó?

—¡Cá! ¡No, señor! Tenía al chico que era propiamente un ternero. Como que todos al verle decían: «no niega la casta». Porque ya conoce usted á su padre.

—¡Sí; siempre tan robusto!

—Pues, bueno; con gran sentimiento de todos tuvimos que mandarla á paseo por descuidada y distraída. Aquello era el colmo del descuido y de la distracción. ¡Cuántas veces por meter al chico en la cuna le metía en la artesa!... A lo mejor se ponía á *jabonar* los pañales con una jícara, ó á peinarse con la badila... En fin, un día que salimos de visitas mi esposo y yo con ella y el niño ¿sabe usted lo que ocurrió?

—No, señora.

—Que la primera amiga á quien visitamos fué á descubrir á la criatura para darle un beso, y nos quedamos sorprendidos al ver que lo que llevaba el ama en los brazos no era mi hijo.

—¿Pues qué era?

—El violín de mi marido.

—¡Qué atrocidad!

—Estaba monísimo, asomando las clavijas entre las puntillas de la gorra; pero no sabe usted la mala impresión que me causó. ¡Hubiera estrellado al ama!

—¡Ya lo creo! El caso no era para menos... ¿Y el niño?

—¡Pobrecito mío! Se había quedado en casa, en un rincón del recibimiento, envuelto en un tapete. Y gracias al gato que le estuvo lamiendo toda la tarde no se desgañitó á fuerza de llorar el angelito!

—Tenía usted razón; el caso es digno de figurar en los papeles.

—Pues ya fuera de casa la gallega-distraída, entró una nodriza de tierra de Toledo, que no era guapa, ni fea, ni gorda, ni flaca. Tenía una leche de excelentes condiciones nutritivas, pero también tenía un defecto grande la indina de la mujer: era chismosa como ella sola, y en menos de ocho días, inventando líos y enredos, creó verdaderos conflictos en la vecindad y en la familia. Lió á mi marido con la portera, á la del segundo con el tendero, á la cocinera con el vecino del entresuelo; y todos mis amigos y mis parientes anduvieron revueltos y dentro de un infierno de cuentos y chismes. ¡Qué lengua, don Juan!

—Me la figuro.

—Como es consiguiente, la echamos con cajas destempladas y recibimos á un alma de Dios, toda bondad y mansedumbre. Nos tomó cariño á todos á la media hora de entrar en casa y nos pareció que habíamos tropezado con la piedra filosofal. Cada vez que iba á dar al nene la substancia láctea se persignaba, y no le mudaba jamás los pañales sin murmurar una oración hecha á propósito para estos casos por el cura de su aldea. Sabía una oración para el estreñimiento y dos ó tres para todo lo contrario, y no se daba golpes de pecho, porque de eso ya se encargaba el chiquitín.

—Pues, hija, era una nodriza santa. Estaría, por supuesto, casada legítimamente.

—Ah, no, señor; tanto como eso, no. Al menos no lo decía.

—¿Y cómo teniendo tan buenas condiciones no dura todavía en su casa de usted?

—Muy sencillo; porque se le fué estropeando la leche de un modo espantoso. Se le fué volviendo clara, clara. Luego se fué obscureciendo hasta que más bien que leche parecía café, y el niño se iba transformando en una especie de mochuelo que daba lástima. Por fin, al angelito le dió un cólico *apático*, como ella decía, y la causante se largó á otra parte, porque realmente, nosotros queríamos que el niño mamase leche y no zarzaparrilla echada á perder.

—¡Qué notable es todo eso que me cuenta usted!

—Pues aún hay más.

—Bueno, usted me dispensará de conocer el resto de la serie, porque se me hace tarde. Lo que celebraré es que la nodriza *reinante* les dure á ustedes mucho.

—¡Ay, amigo mío! Es muy buena mujer; pero se ha enamorado ciegamente de mi esposo y no hace más que ofrecerle sopas de chocolate y dirigirle unas miradas lácteo-facciosas que me tienen escamadísima.

—¡Uy! Malo, malo. Fuera con ella... A criar al nene con un botijo. Nada; lo que dije al principio:

¡Que el Señor les libre á ustedes de necesitar nodrizas. Amén!

Juan PÉREZ ZÚÑIGA







Jarrones de mármol y bronce, originales del escultor José Campeny, é instalados en el comedor de la torre del Marqués de Mapianao, en San Baudilio de Llobregat.

Fot. de A. Esplugas

ENRIQUE ESTEVAN



PARADOR



Cuadro de Juan Martínez Abades.

BELLAS ARTES

En la exposición que en la espaciosa sala del Círculo Artístico de esta ciudad organizó el Album Salón con las obras adquiridas á los artistas para ilustrar sus páginas en color, observábase á primera vista un señalado contraste entre las producciones de los artistas catalanes y los de las demás regiones de España, en especial de valencianos, madrileños ó andaluces; contraste que viene á dar fuerza á la teoría de la influencia del medio etnográfico en las obras de la imaginación, y que ya tuvimos ocasión de señalar en las columnas de un diario local.

Predominaban en las pinturas de autores catalanes las entonaciones grises, atmosféricas, diáfanas, como si las tonalidades se fundieran en un ambiente común, que las envolviera, afinándolas, como temerosas de herir demasiado bruscamente la retina.

Por el contrario, en las pinturas de las demás regiones, el sentimiento del color está llevado á su máxima expresión. Los azules, rojos y amarillos salen puros de la paleta, atrevidamente, metiéndose por los ojos por efecto de su misma franqueza, y componiendo brillantes gradaciones de color, contrapuestas á la manera de algunos pintores venecianos.

Aquéllos, más realistas, parece que mezclan aire al empastar los colores; éstos, más decorativos, hacen del color materia primordial de la composición.

El mismo contraste puede observarse en el presente número. Basta fijarse en la brillante *Pescadora* de Juan Martínez Abades, que decora la primera página, para darse cuenta del temperamento colorista de este pintor. Nada atenua la viveza de los tonos, lo que contribuye seguramente á dar al cuadro el aspecto de áspera solidez de las marinas oceánicas, y á hacer más vibrante la fuerza luminosa de la parte bañada por el sol. La pescadora es una garrida moza, firme como las rocas de la costa y sana como las emanaciones salubres de su mar. Es un bonito cuadro.

A su lado *La Purificación* de Arcadio Más y Fontdevila, con ser muy colorida, á causa de la índole particular del asunto, es un modelo de suavidad y armonía.

Esta sencilla pero bien sentida composición, ofrece la circunstancia de presentarnos á Más en un género poco trillado por él. Artista esencialmente moderno por sus gustos y sus tendencias, al abordar un asunto bíblico como éste, no se aparta un punto de su ingenua naturalidad, sin dejar por ello de imprimir extraordinario carácter á la escena. Tal vez dependa de esto el sentimiento casi idílico que se desprende de la composición, tan humana como permite la índole de sus personajes.

La *calle de las Tres Revueltas* (Soneja), de Buenaventura Pollés y Vivó, última página de este número, es una nueva demostración de los conocimientos de perspectiva del distinguido arquitecto y un nuevo alarde de su facilidad en la pintura á la acuarela.

Francisco CASANOVAS

PEDRELL Y "LOS PIRINEOS"

DIVAGACIONES

Aunque tarde, demasiado tarde, ha sido Barcelona la primera que ha pagado su tributo de admiración á la entera trilogía *Los Pirineos* del maestro tortosino.

¡Rudo calvario el del músico! Bullen las ideas en su cerebro, guarda en su mente los materiales de su producción, vierte con febril ardor los tesoros de su genio en el pautado papel y, cuando ya realizada la obra maestra, busca hacerla llegar al público por mediación de los sentidos, empieza para él la más terrible de las batallas: la de hallar empresa que se decida á dar á la luz de las candilejas la obra de sus afanes y vigilias.

Mientras tanto, pasan los años de la juventud, y el talento que, desarrollado á tiempo en el terreno práctico, podría mejorar sus aptitudes y producir obras que enaltecieran á su país, repliégase en el desengaño y el desaliento y acaba por enmudecer.

Necesitábase la fibra batalladora, incansable de Pedrell, para no perder la esperanza en su finalidad artística. Si cuando escribió *L'ultimo Abenzerraggio* y *Quasimodo* hubiese hallado quien comprendiera su vocación y su genio; si, en vez de favorecer la producción extranjera que ha dado á nuestras escenas infinidad de óperas interiores á lo que prometía Pedrell, se hubiesen secundado sus aptitudes, sin duda alguna que se hubiera impuesto á las escenas extranjeras y sería hoy uno de los maestros más solicitados y universalmente conocidos.

Esto, que compelía al país que le vió nacer, lo ha realizado el mismo Pedrell con sólo el esfuerzo de su voluntad, aunque únicamente en la esfera intelectual del libro. Toda la alta crítica de Europa conoce á nuestro compatricio por sus obras de erudición musical, más aún que en nuestra patria, en donde su fama de erudito ha llegado á ofuscar la del compositor. La ejecución de *Los Pirineos* en nuestro Gran Teatro del Liceo, ha venido á probar cuán injusto y desigual era el aprecio en que se tenía su talento. La erudición de Pedrell no ahoga, realza al maestro. Campeón de la música española, hace en su trilogía la aplicación práctica de sus principios, probando de hecho que sus teorías no son elucubraciones de un crítico impotente, sino la inspirada condensación del genio nacional. Por eso, *Los Pirineos* han de oirse con el fervor casi religioso con que se oye la tetralogía wagneriana. Con ser imponderable su valor técnico, que iguala al de los más grandes compositores modernos, es mayor aún su original inspiración.

* * *

Wagner, con su genio colosal, levantó á la forma lírica murallas casi infranqueables, ante las que se estrellan las fuerzas de los jóvenes compositores. Escribir, imitándole, es condenarse á la esfera del satélite sin personalidad propia. Pero ¿cómo huir de su avasallador influjo? ¿Cómo seguir adelante, sin caer en la extravagancia y en la exageración, como sucede ya con los adeptos del modernismo musical? ¿No es acaso el *¡torniamo all' antico!* de Verdi, la voz de alerta dada á los jóvenes avisándoles del peligro de agotamiento que amenazaba á la música moderna?

Pedrell, maestro, erudito, arqueólogo, ha evocado la música popular y sapiente de otros siglos, ha devuelto á la actualidad las formas musicales olvidadas en el polvo de los archivos, vistiéndolas con el ropaje moderno; ha enriquecido la politonía, sólo con aplicar la de escuelas que el tiempo y la moda dejaron en desuso. Este, en nuestro concepto, es el mayor servicio didáctico que ha prestado al arte, necesitado de que alguien le infundiese nueva savia



Mtro. FELIPE PEDRELL — *Fot. de Audouard.*
Autor de la ópera «Los Pirineos», estrenada en el Gran Teatro del Liceo.



Fot. de Esplugas.

A. PARSI-PETTINELLA

ENCARGADA DE LA PARTE DE «RAYO DE LUNA» EN LA ÓPERA «LOS PIRINEOS».

Si el maestro catalán no hubiese realizado más que esta parte de su obra, merecería por ello sólo pasar á la posteridad. Pero ha hecho más: predicado con el ejemplo, ha probado por modo indiscutible la eficacia de su sistema en la partitura de *Los Pirineos*.

Su trilogía, pues, sea cual fuese la suerte escénica que le depare el destino, quedará como piedra angular del edificio de nuestra música y puede ser el punto de partida del teatro nacional.

***

Mucho se ha escrito estos días respecto á la *teatralidad* de la música de *Los Pirineos*. Con frecuencia se han confundido los términos, achacando á deficiencias musicales, las que son en realidad deficiencias del poema. Libro puramente episódico, dividido en tres partes que ninguna anexión guardan entre sí, como no sea el espíritu patriótico que les eslabona, sin amor, sin pasiones humanas y predominando por encima del ambiente patriótico el de la reacción y la tiranía, por fuerza había de inspirar música gris, maciza, uniforme. Pero, en cambio, cuando el libro tiene unidad, cuando, por excepción, pierde su carácter episódico, Pedrell crea música inspirada, penetrando en el espíritu del poeta, ahondando en las situaciones y aplicando todos los recursos de su soberana técnica. Quien concibe la música del prólogo y la de la segunda parte, es y será siempre, aquí y en todas partes, un grande operista.

Y lo sería también en las demás partes, si, repetimos, fueran igualmente musicales. El certamen del primer cuadro lleva el pecado original de ser excesivamente prolijo, de ser tétrico. Imposible en tal ambiente crear *alegría*, sustraerse á la *intuición* de la catástrofe. Y, sin embargo, puede asegurarse que las únicas notas pintorescas y brillantes las suministra la música. Hay que decir, en honor á la verdad, que Pedrell no siempre sabe darse cuenta de la *proporción*. Semejante en esto á Wagner, quiere puntualizarlo todo, quiere describirlo todo, olvidando que las dimensiones son un coeficiente de primera fuerza en el teatro. Este es su mayor defecto. El primer cuadro adolece, pues, de plétora melódica, sin por ello dejarse de reconocer que cada uno de sus números es una obra maestra. El espíritu del libro ha pasado íntegramente á la música.

Lo mismo puede decirse de la tercera parte. El episodio mata el conjunto. Quiere el poeta concentrar en ella todos los entusiasmos del amor patrio simbolizados en la batalla de Panissars, y sólo le deja al

músico una interminable serie de pequeños incidentes casi sin ilación, por lo que sólo en contados momentos asciende Pedrell á las alturas de la épica. El abuso de diálogo abruma su inspiración, y la ausencia del hecho capital, la batalla de Panissars, no relatada siquiera en la orquesta, acaba por hacer más incomprensible é inesperada la apoteosis final.

Pero lo expuesto no arguye falta de teatralidad en la música de Pedrell. Si tuviera la fortuna de dar con un buen libreto, verdaderamente lírico, con unidad de fondo y forma, ha demostrado en *Los Pirineos* dotes sobrados para vestirlo con el ropaje del arte más selecto y hacer que interesara á la totalidad del público.

Constituyen hermosas páginas de arte todo el prólogo, narrativo en los recitados con que el Bardo expone la trama de la trilogía y grandiosamente lírico en los coros internos y el final.

En la primera parte quedarán como ricas joyas los bailables; el *ducttino* entre *Brunisenda* y *Miraval;* la *moresca* de *Rayo de Luna* y la *Canción de Juana;* el *Lai* de *Miraval,* el *Sirventerio* de *Sicart* y la grandiosa escena del *Cardenal Legado.*

Toda la segunda parte, pero muy particularmente la marcha fúnebre, una de las más bellas que se han escrito.

En la última parte, destácase sobre todo la melodiosa *Canción de la Estrella*, destinada á hacerse popular.

¡Cuántas óperas de las que el público admira ó tolera no pueden ofrecer un activo tan brillante!

***

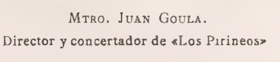
Pedrell ha triunfado; pero aún no ha recogido toda la gloria que merece. Su trilogía se engrandecerá con el tiempo, á medida que vayan desapareciendo los prejuicios de sus contemporáneos. Si tiene la fortuna de que su obra traspase las fronteras, el éxito franco y sincero nos vendría impuesto por la crítica de fuera, del mismo modo que nos ha dado á conocer al sabio erudito.

Barcelona debe agradecer á la empresa del Liceo le haya evitado la vergüenza de que *Los Pirineos* se estrenaran en otra parte. No por tardía, ha sido menos oportuna la reparación. Cierto que la modestia de los medios que ha puesto á disposición del maestro, no eran lo más apto para extrinsecar las bellezas de la trilogía; pero consuélese Pedrell pensando que, en general, no ha sido mejor tratada la trilogía wagneriana. La potencia del arte verdadero sabe redimirse siempre de estas pequeñeces.

Goula y la Parsi-Pettinella han sido las columnas de la ejecución, en las que han podido apoyarse sin detrimento de la obra la señorita Grassot y los señores Bensaude, Iribarne y Grani.

¡Pluguiera á Dios que con elementos semejantes se iniciara en el Liceo una corriente á favor del arte de nuestra tierra!

* * *



Mtro. Juan Goula.
Director y concertador de «Los Pirineos»



Víctor Balaguer.
Autor del poema «Los Pirineos».

Mauricio Vilumara. *Fot. de Martí.*
Pintor de las decoraciones de «Los Pirineo ».

ROSA

Taciturnos, silenciosos y, para ser franca, aburridos estábamos aquella noche, cuando la inesperada llegada de Enrique vino á animar nuestra melancólica reunión.

Con su gracia habitual comenzó á referirnos detalles de su reciente viaje á Asturias, y la relación que más se grabó en mi memoria y que más despertó el interés del auditorio, fué la siguiente:

—De lo que os voy á contar hará cosa de un mes,—empezó Enrique;—habíamos salido mis amigos y yo muy de mañana, con el caritativo fin de matar un oso que, según nos dijeron, rondaba por aquellos parajes; cansado de esperar al velludo animal que no se daba prisa en visitarnos, y, siendo como soy algo inclinado á la poesía, me eché el fusil al hombro y dejé que mis compañeros, más cazadores que yo, siguiesen aguardando con paciencia.

Subyugado por aquella hermosa naturaleza tan agreste y poderosa, miraba sin cansarme las llanuras que se extendían ante mi vista y las majestuosas montañas cuyas escarpadas rocas parecían servir de guarida á una legión de bandidos, como en los tiempos antiguos; una montaña más alta que las demás atrajo mi alma, iluminada una mitad por el sol no muy fuerte de Noviembre y quedando la otra en la penumbra; una roca que semejaba una cueva dominaba la altura de este monte, al cual determiné subir. La mañana estaba hermosa y nada hacía presagiar la tormenta que media hora después y por uno de esos fenómenos de la naturaleza estalló formidable, retemblando el estampido de los truenos entre las duras rocas y fulgurando el relámpago su luz vivísima que me cegaba. La lluvia me azotaba el rostro con tal fuerza, que me impedía ver el camino; mi situación era algo crítica; me encontraba separado de todos, y, medio perdido en aquellas soledades, sin saber por dónde iba, tropecé y caí varias veces, hasta que, rendido por la fatiga y calado hasta los huesos, me tiré al suelo, falto de alientos para seguir. Medio aletargado permanecí no sé cuanto tiempo; de repente una mano se posó sobre mi hombro, y levantando la cabeza me encontré con un monje.

Era un hombre joven, al parecer, y sus ojos azules claros... muy claros, me miraban con compasión y al mismo tiempo con rudeza; cubría su cuerpo tosco sayal y el capuchón caído dejaba al descubierto su cabeza y su frente ancha y despejada... Junto á él un hermoso mastín negro meneaba la cola con satisfacción: á él, como supe más tarde, debí el no permanecer más tiempo abandonado.

¿Quién era aquel monje? ¿Dónde vivía?

Mientras interiormente me hacía estas preguntas, mi salvador me ayudaba á ponerme en pie; quise explicarle lo que me había ocurrido, mas él, haciendo un ademán como significando que lo mismo le daba, echó á andar parándose después de unos veinte minutos de marcha. Sin darme cuenta había llegado en mi excursión al límite ambicionado y no fué poca mi sorpresa al hallarme de repente frente á la cueva que coronaba la



Rafael Grani
en la ópera «Los Pirineos»

cresta de la montaña y que resultó ser la habitación de mi guía.

Sin hablar palabra, éste me hizo entrar; con presteza que denotaba costumbre, encendió un fuego que devolvió á mis ateridos miembros la elasticidad perdida siempre en silencio, sacó una jarra de tosco barro y poniéndola sobre el fuego, me hizo beber un vaso de leche que acabó de reponer mis fuerzas.

Seguía yo con la mirada á mi extraña guía, cuando le vi estremecerse y fijar en mí con horror sus expresivos ojos que me atraían como con imán; sorprendido de este cambio tan brusco, hice un movimiento, pero él sin dejar de mirarme y con voz ronca, exclamó:

—Perdone usted, la vista de esa rosa que lleva prendida tiene la culpa de todo...

—¿Algún recuerdo doloroso? —me atreví á insinuar—llevándome instintivamente la mano al ojal de la americana donde mis amigos habíanme puesto una rosa para bromearse del *cazador-poeta*, como me llamaban, y que permanecía tan fresca como cuando se erguía altiva en su rosal. El monje movió lentamente la cabeza, observé que á pesar de su juventud parecía viejo, á causa de la demacración de su semblante rudo pero simpático; parecía sostener una lucha consigo mismo, pero de repente y como no pudiendo más, habló así:

—No sé lo que me mueve á hablarle como no lo he hecho á ningún otro hombre, exceptuando al pobre anciano que vivía aquí y el cual me dió albergue en esta cueva; quizá su rostro me inspira confianza... quizá sea á causa de la rosa... De todas maneras, voy á desahogar mi pecho.

«Vivía en un pueblecito lejos de aquí, el nombre no importa, era yo por entonces herrero y, como trabajaba con ahinco, no me faltaba qué hacer y nos íbamos sosteniendo mi madre y yo; frente á nosotros tenía su casa el tío Tomás, el cual vivía con su hija, llamada Rosa.

Decirle á usted que la quería, es poco; de niño y después de hombre la amaba con tal pasión que me hubiera dejado matar por ella, y una sonrisa que me concediera, me bastaba para ser feliz; pero también ¡qué guapa era! en todo el pueblo no había una que lo fuese tanto; sus ojos tenían el brillo del diamante, eran negros, negros como el azabache, alta, delgada y con cierta elegancia que me imponía; era la envidia de las mozas y la desesperación de los mozos, que se morían por ella; con esto ya comprenderá usted lo orgulloso que me tenía la preferencia de Rosa... ¿Por qué me la demostraba? No lo sé; sólo sé que por las tardes á la salida del trabajo acudía yo á la fuente donde Rosa iba á llenar el cántaro y más feliz que un rey marchaba á su lado hablándola con frases salidas del corazón.

Aquí se interrumpió el pobre monje y sus ojos se fijaron con cierta melancolía en el cielo, recordando aquellas tardes que, aún después de tanto tiempo, no había podido olvidar. Luego continuó, diciendo:

—Mi madre deseaba que una vez casado, viviésemos con ella; accedí gustoso, tanto más cuanto que Tomás tenía un hijo para cuidarle, y mi viejecita y yo éramos solos en el mundo; hablé de ello á Rosa y lo tomó mal, replicó no sé cuantas cosas que me indignaron, y aquella tarde por primera vez no acudí á la fuente; pero en mí duran poco los enfados, volví al día siguiente, no se habló más de la cuestión, y me pareció que Rosa seguía queriéndome como antes.

Cuando—aquí la voz de mi interlocutor se alteró—volvía yo hacia mi casa, había ido aquel día á un pueblo próximo y, antes de ver á mi viejecita, quise entrar á saludar á Rosa; cuestión de pasos, ya ve usted. Al llegar cerca, oí que hablaban, me paré, me parecía que la sangre se me helaba, hice un esfuerzo, me arrimé sin ser visto... y, á qué cansarle con detalles: lo de siempre, una mujer coqueta pisoteaba mi amor engañando á otro... En el que hablaba reconocí al hijo del barbero, muchacho algo tímido que de no ser impulsado por Rosa no hubiera nunca obrado así... Al ver lo que ocurría, di un grito, grito que debió de oirse en todo el pueblo; la sangre me cegaba, llevaba una navaja y la clavé en el corazón de la mujer que se había burlado de mí.

Rosa cayó sin decir ay,—continuó el solitario con voz ronca,—el que me la robaba huyó en cuanto me vió, sin duda alarmó al vecindario porque, cuando lívido y palpitando mi corazón como si fuera á romperse, no me atrevía á avanzar ni á retroceder, oí rumores de pasos. Entonces volví al sentimiento de la realidad y, antes que pudiera nadie tocarme, arrojé el ramo de rosas que la llevaba de regalo y que eran iguales á ésta que tiene usted en la americana, sobre el cadáver de la que tanto había amado, y huí, huí hasta llegar á estos montes. Un anciano vivía en esta cueva, era un santo varón, me acogió con dulzura y me ofreció este asilo seguro contra los que me perseguían; cuando la muerte cortó sus días, ocupé su lugar y desde entonces paso á los ojos de la gente de la aldea por el sucesor del que veneraban como un santo.

—¿Y nadie sabe su paradero?—pregunté después de largo rato de silencio.

—Nadie: supe porque lo oía contar, que me buscaban, supe que mi madre había muerto de pena, pero nadie reconoce en el austero penitente de la cueva al hombre que vengó su ofensa matando á una mujer...

Mientras hablaba, la tormenta había terminado, el arco iris extendía sus brillantes colores por el azul del cielo, un perfume delicioso embalsamaba el ambiente y un aire frío ensanchaba los pulmones.

Miré al reloj; era tarde y seguramente mis amigos, aunque hechos á mis correrías, me buscarían inquietos de mi prolongada tardanza; era forzoso partir y así se lo manifesté al que acababa de relatarme su desgracia, preguntándole:

—¿Y piensa usted permanecer aquí siempre?

—Siempre; en esta cueva hago penitencia de mi crimen, que Dios me perdone... Usted es joven, acuérdese de mi ejemplo y no olvide al pobre solitario que morirá entre estos breñales, cuando pudo ser feliz sin la traición de una mujer!...

Y cuando, ya al despedirme, me indicó el camino más recto que debía seguir y me saludó con la cabeza... le alargué la mano, en la que él depositó la suya, mien-

Elvira Grassot
en la ópera «Los Pirineos».



Mauricio Bensaude *Fot. de Martí.*
en la ópera «Los Pirineos»

ARCADIO MÁS



LA PURIFICAC

Y FONTDEVILA



CIÓN DE MARÍA

tras que las lágrimas brotaban en profusión de sus ojos... y por un movimiento impulsivo me arranqué la rosa, entreguésela, alejándome sin decir palabra.

Di algunos pasos y me volví: el sol empezaba á descender en el horizonte, pero su resplandor rojizo iluminaba aún las majestuosas montañas, uno de sus rayos envolvía como en un cerco de oro al pobre solitario. Lo último que le vi hacer, fué llevarse la rosa á los labios y despacio... muy despacio, imprimir en ella un beso!!

. . . .

Hacía ya tiempo que la reunión se había disuelto... asomada á mi balcón, mi pensamiento volaba á las montañas asturianas donde, escondido entre sus escarpadas cimas, habitaba el pobre monje que tan terrible misterio escondía en su vida!!...

María DE ECHARRI

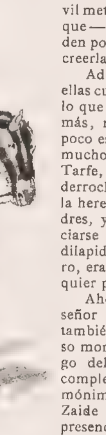
EL DESAFÍO DE TARFE

Este Tarfe no era el moro del clásico romance, aunque bien pudiera ser descendiente suyo. Era nuestro Tarfe una excelente persona; joven, de buena presencia, de carácter alegre y... bastante pobre.

Conque, después de adjetivar de tal modo, ustedes dirán si el Tarfe de nuestro cuento sería enamoradizo y si tendría partido entre el sexo contrario al varonil (que por eso de serle contrario trata de hacerle suyo). Lo último, lo de ser pobre, era lo peor; porque para alternar con el bello sexo hace falta tanto oro como amor. Pero ¡bah! no todas las mujeres se sacrifican por el vil metal; todavía restan algunas que — según ellas — sólo se rinden por cariño, y nada nos cuesta creerlas.

Además Tarfe, gastaba con ellas cuanto tenía, y al que gasta lo que tiene no hay que pedirle más, máxime cuando si gasta poco es porque antes ha gastado mucho, como le acontecía á Tarfe, que en pretérito tiempo derrochó con damas y galanes la herencia legada por sus padres, y al presente, para agenciarse un puñado de plata que dilapidar con prontitud y esmero, era capaz de cometer cualquier picardigüela.

Ahora presento á ustedes al señor Zaide, es de creer que también descendiente del famoso moro del romance, el enemigo del moro Tarfe; un tipo completamente contrario al homónimo de éste. Porque nuestro Zaide era feo, viejo, de pésima presencia, poco aficionado á faldas y mucho á las monedas. Sus padres le legaron tan sólo unos pantalones con más agujeros que una criba para los días de trabajo y para los de fiesta; pero supo ser hacendoso y ahorrar algo y con sus ahorros se dedicó á la usura y llegó á ser rico.



Pedro III de Aragón (Acto III).

Figurines de la ópera «Los Pirineos», dibujados por Apeles Mestres.

Lisardo (Acto III)

Los dos tipos tan antitéticos que ya conocen ustedes llegaron á encontrarse. ¿Dónde? ¿cómo? En casa de una bella. Zaide, aunque tarde, cayó en las garras del amor. ¿Por qué no, si Angelita era capaz de hacer enloquecer á un santo? Alta, esbelta, de tez blanquísima y sonrosada, de cabellera rubia, de alto seno y formas redondeadas, Angelita era un sér ideal, un verdadero querube. Para corroborar más este aserto vivía muy cerquita de la gloria, en un séptimo piso que, por habitarlo ella, era el séptimo cielo de Mahoma. No obstante alcanzar tal honor, aquella habitación rentaba mensualmente diez pesetas y Angelita se olvidó durante una larga temporada de hacerlas efectivas, lo que motivó que Zaide, que era el propietario de la finca, la visitase en cierta ocasión diciendo colérico:

—Señorita, sobra usted aquí y le voy á poner los muebles en la calle.

—No se moleste usted, señor mío. Tanto trabajo á su edad... Llamaré á un mozo.

—Recuerde usted que no me ha pagado en cuatro meses.

—Ya me lo daba á mí el corazón...

—Pues págueme usted ahora.

—Es que... mire usted, ahora me da el corazón que no tengo dinero.

—Esto no puede seguir así. Múdese usted inmediatamente.

—Ya me he mudado. Vea usted en aquella silla mi traje de casa. Como que voy á salir ahora. ¡Ay, qué poco considerados y qué descorteses son ustedes, algunos! Parece mentira que no rindan culto á nuestros encantos.

El casero miró á la joven atentamente y respondió:

—Pues es cierto... Es usted bastante guapa, ¡caracoles! ¿Y dónde va usted?

—¡Phs! A empeñar ese batín, recuerdo de una persona querida.

—¿A ver? (El señor Zaide examinó la prenda con mucha escrupulosidad). Era nueva, elegante, de excelente tela; forro de seda; adornos de terciopelo.



Rayo de Luna (Acto I).

—¿Le gusta á usted?—preguntó la cándida rubia.

—¡Hum! no es maleja. Si yo le comprase á usted ese efecto, para tener un recuerdo suyo... Tome por él este billete de veinticinco pesetas... y ya es mío.

—Muchísimas gracias.

—Si yo por usted soy capaz del mayor sacrificio. Véalo usted... y jamás cuente á nadie mi heróico rasgo. (Diciendo esto rompió los recibos de inquilinato). Ya no me debe usted nada, nada... mas que un poquito de amor... Porque desde ahora... la adoro á usted.. Mi pasión es inmensa; como que entre el batín y los recibos me cuesta usted cincuenta y cinco pesetas... no quiero pensarlo... ¿Quiere usted que la acompañe?

—Otra vez será. Vaya, abur.

Y la sensible señorita bajó la escalera cantando y dejando atónito al pródigo casero con el batín en las manos y un terrible desasosiego dentro del cuerpo. Al fin, malhumorado, soltó el batín y salió de allí murmurando:

—¡Juro que ella me lo pondrá con sus angélicas manos! ¡Once duros! ¡Qué caras cuestan las pasiones!

* * *

Sépase que Tarfe amaba á Angelita y que ésta quería á Tarfe como á las niñas azules de sus ojos, que eran dos niñas divinas que le servían á Tarfe de espejos, pues se miraba en ellas á diario de seis á diez de la noche en la habitación de su adorada, donde tenía tal confianza que al llegar se ponía el batín que conocemos y que ella le guardaba.

Angelita que comunicaba siempre á Tarfe cuanto le acontecía, corrió á buscarle y le narró lo acaecido. Juntos rieron, juntos almorzaron, pagando con el billete de cinco duros y juntos volvieron al anochecer á casa de la primera.

Tarfe se quitó la americana y se puso el batín, que halló en el suelo.

Entretanto Zaide, á quien todavía duraba el desasosiego fué avisado por su portero de que había llegado la inquilina del séptimo piso y subió á él echando la hiel. Llamó; franqueáronle la puerta y... ¡cielos! ¡su adorada con otro y el otro con el batín y él con once duros menos!...

¡Qué escena se desarrolló entonces! Zaide, cegado por la ira, se arrojó sobre Tarfe y... ¡pif! ¡paf! ¡puf!

Tres bofetadas ¡tres! vaya si fueron tres... Tarfe las contó muy bien. Después cogió un plumero que vió sobre una mesa y se lanzó contra Zaide con intención de sacarle los ojos con el mango y después atravesarle los oídos; mas Angelita se interpuso gimiendo.

Zaide entonces se acercó al dintel de la puerta murmurando:

—Caballero, nada de escándalo. Mañana al amanecer nos veremos las caras.

—¿Para qué?—interrogó Angelita lloriqueando.—La de ese ya la tiene usted bien conocida; bastante se la acaba de palpar.

—Al amanecer—replicó Zaide—estaré á las órdenes de usted. ¿Armas? ¿Sitio?

—Venga usted á buscarme. En la puerta de esta casa hallará dos coches; monte usted en uno; en el otro subiré yo. Sin testigos; me encargo de las armas.

Miraval (Acto I).



Sicart (Acto II).

Fotografías de Martí.



Raymond (Acto I).

Y salió, dando un portazo.

Angelita siguió llorando y rogó á su amante que no se batiera. Pretensión inútil; le escocía la cara y quería vengar aquel ultraje. No obstante, al despedirse de ella, ablandáronle sus lágrimas y algo le prometió muy bajito.

***

Ya el sol se preparaba á apuntar sus rayos, cuando Zaide, dispuesto á apuntar á Tarfe, bajó á la calle con un bulto y se metió en una manuela. Tarfe, que llegó también, apuntando tranquilamente con lápiz la cuenta de la lavandera, introdújose en otra y ambas rodaron hasta un sitio campestre bastante lejano de la población. Allí bajaron, saludáronse y Zaide le dijo á Tarfe, descubriendo el bulto citado:

—Puede usted examinar esta caja: contiene dos magníficas pistolas cinceladas con oro; las culatas son de nácar; valor de ambas, según factura, mil pesetas. Son de un individuo á quien presté doscientas con esta garantía y aún no me las ha devuelto. Pues bien, una de estas pistolas ha de hacer que fenezca uno de nosotros. Ya están cargadas.

—Está bien; batámonos á escape; lo estoy deseando—le contestó Tarfe á Zaide—con toda prosopopeya. Entre las muchas cosas que yo necesito están un gabán de invierno y la vida de usted. Me urgen.

La sangre fría de Tarfe heló la sangre de Zaide, quien ante su glacialidad fraseó tembloroso:

—Antes ha de concederme usted diez minutos; nada más que diez. Voy á retirarme bajo aquellas encinas para ponerme bien con Dios, por si expiro. No he tenido hoy aún tiempo para rezar mis oraciones.

—Está bien; á mí tampoco me gusta estar ocioso y aprovecharé bien ese tiempo.

Llamó al cochero, le dió ciertas señas y exclamó:

—¡Al galope!

Poco después el vehículo había desaparecido.

Zaide, después de orar, fuése al sitio donde había estado con su rival, y allí le aguardó impaciente.

Cuando ya había transcurrido más de una hora volvió el coche. Iba vacío.

Apeóse el auriga y entregó una carta á Zaide. Este la abrió y leyó:

«Dispense la tardanza. He tenido que esperar que abrieran la tienda de un mi amigo, prendero, á quien he vendido las pistolas por ciento cincuenta pesetas. Que se maten otros con ellas. — Tarfe.»

Zaide, después de leer aquello, quedó como alelado. ¡Qué pérdidas había experimentado en menos de veinticuatro horas! ¡Siguiendo así iba á arruinarse! Y todo por una mujer... Lanzó un suspiro enorme, dió un brinco atroz, y cayó en tierra. ¡Estaba difunto!

***

Tarfe había vencido sin armas, dejando á su enemigo cadáver en el campo del honor.

Julio VÍCTOR TOMEY

N. de la R. Si alguno de nuestros buenos lectores duda de la veracidad de este cuento, no tiene más que ir recorriendo archivos y bibliotecas, hasta encontrar los datos de que se sirvió el autor para escribirlo.



Conde de Foix (Acto I).



Brunisenda (Acto I).

EL MAR

(FACETA)

No existía aún la Tierra cuando yo era ya el señor y dueño de todo el mundo.

En el seno de mis aguas, en el fondo de mis abismos, tomó origen la vida universal que hace pensar á los hombres, cambiar de forma á las montañas, ser fértil á la tierra y conseguir que sustente todos los parásitos que roen su superficie, que estropean su corteza.

Mi respiración rítmica y poderosa engendra las brisas refrescantes, el agua que de mi seno evapora el sol produce las lluvias, mueve las máquinas que el hombre ha creado, engendra los ríos, fecunda los campos y hace que conciban y que su fruto alimente los estómagos, que nutren las células que segregan el pensamiento—última expresión de la materia.

Cuando yo duermo, descansando de la agitación diurna, no hay en el mundo paz que iguale á la mía, sosiego tan augusto. Mis olas apenas resbalan sobre el satinado pecho, mi voz deja de asustar á los hombres y les arrulla como madre cariñosa. Entonces hay que admirar la sosegada calma de mi superficie.

Cuando la cólera hierve en mi pecho, cuando enfurecido lucho contra los sólidos diques que de mi propio seno han emergido, cuando bato con el ejército inacabable de mis olas, el muro que me resiste, cuando las ondas se coronan de espuma antes de romper en la playa y surgen abismos y se yerguen montañas líquidas sobre mi superficie, entonces hay que temblar contemplando la fuerza de un elemento; entonces los hombres, esos pigmeos que imaginan poder ponerme vallas, invocan á sus dioses, se estremecen, tiemblan azorados y con sus voces raquíticas han de pedir clemencia al sér poderoso y fecundo, de fuerza incontrastable, de empuje soberano que así engendra la vida como la destruye, que acaricia y atormenta, auxilia y arruina, trabaja y descansa á un tiempo y que si un día lanzara al asalto de la tierra las fuerzas que laten ocultas en su masa, acabaría con los que se imaginan ser los dueños de esa mínima parte del mundo que se llama tierra.

* * *



Conde de Foix (Acto III).



Gemesquia.

Roger de Lauria (Acto III).

JUGANDO

Como Rosa de amor hablar oía
luego que ya creció,
de amor fueron á hablarla cierto [día,
y atenta lo escuchó.

Aunque sin entenderlo claramen- [te,
lo finge comprender,
complacencias mostrando que no [siente;
¡caprichos de mujer!

Y con simples mentiras de ternura
tan hondo mal causó,
que espantada, después, de su lo- [cura,
al fin lo comprendió.

Así, por causa de un capricho lo- [co,
nos suele suceder
que se esclaviza el alma po- [co á poco;
¡cuán ciego proceder!

Francisco
JAVIER LEFLER



Cardenal Legado (Acto I).



Inquisidor (Acto II).

Fotografías de Martí.



Acto I. — Gran sala de honor del castillo de Foix. Acto III. — Collado de Panissars. Acto II. — Claustro de la abadía de Bolbona.

EL SAQUEO DE ROMA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Uno de los actos de mayor importancia del reinado del emperador Carlos V es, sin duda alguna, el asalto y saqueo de Roma (1527).

En estas mismas columnas y con motivo de la célebre batalla de Pavía, nos hemos ocupado de la constante rivalidad del Rey de Francia, Francisco I, y del de España, Carlos de Gante.

El Condestable de Borbón al abandonar á su señor natural, el Rey de Francia, entró al servicio del Emperador, y deseoso de dar una lección al Papa Clemente VII, enemigo de su nuevo señor, dispuso el ataque y saqueo de la Ciudad Santa, ofreciéndola á sus soldados, *faltos de pagas*, como una rica presa, ya que entonces el saqueo *era la gran cosecha de la espada*.

Oigamos al eminente Castelar:

«En vano se pactó una tregua. Aquellos veinticinco mil hombres, italianos aventureros, españoles por profesión soldados, alemanes protestantes, se dirigieron á Roma como el hambre voraz de las legiones de Atila.

. . . .

» El Condestable pide paso para Nápoles. El Papa lo niega. A esta negativa sucede al asalto. El Condestable arrima con sus propias manos la escala terrible al muro de la Ciudad Santa. Un arcabucero lo mata. El, en la agonía, se cubre el cuerpo con una capa para que no lo conozcan sus soldados y no desmayen un punto en la empresa.

» Los españoles entran por los muros que avecinan á San Pedro, los alemanes por la puerta del Santo Espíritu, los italianos por la puerta de San Pancracio, como tres torrentes que van á confundirse en el mismo lecho. El Papa apenas tiene tiempo para ir del Vaticano á Santo Angelo, entre una lluvia de balas, y Pablo Jovio le arroja su mauceta violácea para que las albas vestiduras pontificales no sirvan de blanco á los arcabuces de los soldados. Parecía que se levantaban sobre la ciudad Genserico y Alarico, los godos y los vándalos. Aquí la pelea cuerpo á cuerpo: allá el incendio: en todas partes la matanza y el saqueo. Los unos, cortaban los dedos á los vencidos para arrancarles los anillos: los otros, violaban sobre el altar las vírgenes consagradas al Señor. Muchas doncellas se guarecían tras de sus padres y hermanos. La noche exarcerbaba la sangrienta bacanal. Robábanse los cuadros y las alhajas; bebíase el vino en los sagrados cálices; se remataban los cascos con mitras; se pronunciaban sermones ridículos... Carnaval espantoso, cuyo horror aumentaban la granizada de los mosquetes, el crujido de las ruinas, el chisporroteo del incendio».



Cuadro de FRANCISCO AMÉRIGO. *Fot. de J. Laurent y C.ª*

. . . .

Tal es el asunto que el distinguido pintor don Francisco Amérigo, eligió para trasladar al lienzo, y que le valió, con los mayores elogios de la crítica, la primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes del año 1887.

El Papa se salvó, refugiándose en el Castillo de Santo Angelo, pero tuvo que rendirse después de no haber tenido más alimento que carne de caballo y de asno; y, por extraña coincidencia, el mismo Hernando de Alarcón que fué encargado de custodiar al rey Francisco I en Madrid, después de la batalla de Pavía, recibió también la misión de guardar al Pontífice *por cuya prisión se cubrió de luto toda la cristiandad*.

El Emperador, comprendiendo lo grave de su situación, apeló al socorrido sistema de desaprobar en público lo mismo que había ordenado en secreto. Vistióse de negro, desautorizó el acto del Condestable y por una hipocresía, dice el Conde de Fabraguer, de que no hay ejemplo en la historia, ordenó rogativas y procesiones en todos sus dominios, para obtener la libertad del Papa, que él podía ordenar pronunciando una sola palabra.

Otro célebre publicista, tratando de este asunto, escribe:

«La historia no ha podido aclarar todavía hasta qué punto el Emperador formó parte en la cautividad del Papa Clemente VII. En las cartas de Carlos V, publicadas recientemente, el Emperador trata de justificarse, pero no dice nada terminante.»

Apenas supo el Rey de Francia el saqueo de Roma y la prisión del Pontífice, hizo dirigir un poderoso ejército para libertar al Papa, pero las tropas españolas salieron á su encuentro, derrotándole, obligándole á capitular delante de Nápoles, y volviendo á ocupar el disputado ducado de Milán. Entonces tuvo lugar la llamada Paz de Cambray, llegando á su mayor gloria y poderío el reinado del Emperador.

Puesto el Papa en libertad, según debía esperarse, ya que su prisión no era en realidad más que una arma política, se reconcilió con Carlos V, que fué á Italia, y en Polonia recibió la corona real de Italia y el cetro del imperio romano (1530). Más de cinco meses permaneció el Emperador bajo el mismo techo del Papa, arreglando todos los asuntos concernientes á Italia, indemnizando con suntuosos banquetes á aquel mismo Pontífice á quien encerró en el castillo de Santo Angelo y obligó á comer carne de caballo y de asno. Clemente reconoció que era punto menos que imposible luchar con el poder de aquel hombre de hierro, dueño de tantos estados, señor de tantas coronas, y jefe de tan valerosos capitanes y tan heroicos soldados. La prueba es que ya viejo, y retirado al Monasterio de Yuste, en Extremadura, vivió en él, no como un monje, según han pretendido algunos, sí como lo que había sido, como lo que era, como lo que fué siempre, como un Monarca poderoso á quien visitaban los embajadores, al que pedía consejo su hijo Felipe II, y que en momentos dados pudo decidir de la suerte de Europa y de América, ya que en sus dominios jamás se ponía el sol.

Aquel hombre extraordinario había nacido en Gante, el 24 de Febrero del año 1500.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

BUENAVENTURA POLLÉS Y VIVÓ



ACUARELA

¡DESILUSIÓN!

Había llovido la víspera, y con el fin de no ensuciar sus enaguas las llevaba recogidas con su mano fina y distinguida. Andaba ó más bien saltaba como un pajarito, con ondulaciones de cadera encantadora.

Sería á eso de las cinco de una tarde del mes de Octubre, hora en que la luz de los faroles públicos va luchando con los últimos resplandores del crepúsculo; los escaparates de las tiendas principiaban á alumbrarse y los transeuntes parados delante de ellos contemplaban los objetos expuestos.

. . . .

Yo iba detrás, á algunos pasos de distancia, empujando por aquí, empujando por allá, sin fijarme más que en ella, en aquellos pies tan monos, calzados de charol y medias de seda negra. Su andar era majestuoso; llevaba la cabeza erguida, mirando á derecha á izquierda con cierto descaro á los que con ella se cruzaban.

Su paso era tan ligero que apenas lo podía seguir su criada, una hija del campo cuya esbeltez hacía resaltar más aún las redondas formas que ella tenía.

Y yo pensaba, al ver aquellos atractivos, en lo feliz que debía ser el hombre que pudiese decirse: «¡Es mía!»

¿Dónde me conducía así? ¿Qué me importaba...? Habíamos dejado la calle Mayor y tomado á mano izquierda unas calles y callejones cuyos empedrados, de guijarros puntiagudos, debían lastimar sus diminutos pies.

Su presencia en un barrio semejante no dejaba de turbarme. ¿Quién sería ella?—preguntábame.—¿Qué motivo la induciría á hacer su paseo en sitio tan apartado? Y mis deseos aumentaban con mi impaciencia de saber á qué atenerme sobre aquella aparición celestial.

. . . .

De pronto, se paró á la puerta abierta de una casa de modesta apariencia y se puso á mirarme. Entonces me di cuenta mejor de lo apetitosa que era tan bella criatura, merced á la luz de un farol próximo al lugar.

Tenía unos ojos negros cuyas llamas filtraban entre la sombra de sus pestañas; sus cejas abundantes parecían acentos circunflejos colocados adrede para retener más tiempo la mirada; su nariz aristocrática con ventanitas rosas y movibles, declaraba una naturaleza ardiente; sus labios de carmín, un poco entreabiertos, descubrían unos dientes de blanco de marfil.

Mis piernas vacilaban, mi sangre latía como si fuese á salirse de las venas, y, contemplándola pasmado, me repetía: «Cuán feliz será el hombre que pueda exclamar, siquiera una hora solamente: ¡Es mía!»

Viendo ella que no le decía nada, pues la emoción me cortaba la palabra, se metió dentro la casa, alejándose la criada.

Examiné entonces la morada donde se albergaba el objeto de mi pasión. ¡Cuál no sería mi sorpresa al reconocer que era una de esas casas hospitalarias qne reprueba la moral y tolera la policía, como diría Prudhomme; una de esas casas donde se tarifa el amor!

De repente, desperté de mi sueño lisonjero. La poesía se desvaneció ante la realidad.

Me retiré.

. . . .

¿Hice bien ó mal? ¡Quién sabe! ¿No estamos expuestos á cada paso en este mundo á ver escaparse en un momento dado todas nuestras ilusiones?

Quizás hice mal, pues en las cosas del amor fugaz, como decía Alfredo de Musset, gran perito en la materia: «¿Qué tiene que ver la botella, con tal que se obtenga la embriaguez?»

José PELA ROBIN

LO QUE DICE EL MOVIMIENTO

(FACETA)

Sin mí nada existiría. Yo soy el alma del universo mundo. Los sólidos más compactos, inmóviles en apariencia, sólo subsisten por la eterna rotación de sus átomos. Si dejara yo de animarlos, caerían convertidos en polvo.

La vida, sólo es vida porque se agita. Permaneciera quieta, y se extinguiría. Yo hago que el mar levante sus olas que azotan con furia los acantilados y se explayan por la blanda arena. Yo transporto á los hombres. Por mí se acortan las distancias y corren las locomotoras y hienden las aguas los buques. El viento transporta la semilla—la vida—en mis alas; la lluvia fecunda los campos, el río corre al mar, las vidas á la muerte, la muerte se torna en nueva vida. Atomos de átomos engendran el pensamiento, y el pensamiento se convierte en verbo, y el verbo en acción. La física y la química no existirían sin mí.

Fuerza, luz, calor, belleza, arte, poesía, amor y voluntad, de mí dimanan. Yo soy el dueño de la creación.

* * *



Cuadro de J. Muñoz Lucena.

BELLAS ARTES

Una revista ilustrada, por poco importante que sea, es hoy una especie de pozo sin fondo, que está pidiendo sin cesar nuevos materiales con que nutrir su insaciable vorágine.

Pensar que todo cuanto venga reflejado en las páginas de un periódico adquiera las proporciones y el valor de la obra de arte, sería gollería. Los trabajos serios, profundamente meditados y construídos según los cánones de la conciencia, no se producen á porrillo, y los artistas más preciados pueden contarlos de memoria.

Pero el arte, tiene aspectos tan múltiples y caprichosos, limítase unas veces á tan pueriles aspiraciones, conténtase en otras con formas tan sencillas, que, mientras se desenvuelva en la esfera del buen gusto, lo admite todo, lo tolera todo y aún crea reputaciones bajo tan exigua base.

Al fin y al cabo, estas suertes de manifestaciones artísticas reflejan exactamente las de la vida. ¡Medrados estaríamos si tuviéramos que estar constantemente en escena cubiertos con la máscara de la seriedad y la meditación! ¿Quién resistiría á vivir en tales condiciones?

Sugiérenos estos pensamientos la contemplación de la bonita figura de mujer que figura en la primera página y que firma el distinguido artista Muñoz Lucena. ¿Qué representa? ¿Qué título podía ponérsele? Ni la hermosa mujer hace nada, ni el autor se propuso hacer más que un apunte de color, ni la cosa lleva más trascendencia que lisonjear á los ojos. Nosotros no sabemos aplicarle otro título que el de *buen gusto*.

En cambio, al fijarnos en el *Paisaje* de Modesto Urgell, tan rico de tristeza como sobrio de medios de expresión; al asimilarnos la frialdad de su ambiente, la humedad de su atmósfera, el adormecimiento de su naturaleza invernal; al enlazar las líneas arquitectónicas de los peldaños con las rígidas y severas de los árboles, vemos que hay trozos de naturaleza que hablan al espíritu, merced á la mágica evocación del artista.

Modesto Urgell es uno de los pocos artistas que han sabido interpretar el tácito lenguaje de las cosas inanimadas y hacer asequibles sus sensaciones al espectador. Sus cuadros hablan, cantan, lloran, porque son nada más que la apariencia objetiva de la subjetividad del pintor.

La simpática pintora de *Sobre el terreno*, es otra muestra de buen gusto, y Enrique Estevan lo suele monopolizar para hacer agradables sus fáciles improvisaciones. Bien encontrada la actitud de la figura, vestida con propiedad, con ser un *asuntito* de ocasión, tiene suficiente interés para conservarlo, aunque el artista se decidiera á desarrollarlo en mayores proporciones.

En este número continúa Gaspar Camps la ilustración en orla del poema *Amor* de Carrera. Con la intención simbólica que le caracteriza, sigue con rara fidelidad el espíritu de la letra, compenetrándose con la intención del poeta y enriqueciéndola con las galas de su fantasía.

Francisco CASANOVAS

A QUEROL



Grupo colosal de «Las Leyes», para el Palacio de Justicia de Barcelona.

AMORES DE MUERTE

Sueltos al aire los cabellos blondos,
fuego en los ojos y en los labios fuego,
la mordedura en sus entrañas sienten
de la fiera implacable del deseo.

Por eso las sirenas se deslizan
sobre las olas del rugiente océano,
en busca de un amante, deseosas
de celebrar fatídico himeneo.

Liras de nácar en sus manos gimen
al soplo temeroso de los vientos,
y de sus labios melodiosas brotan
raras canciones de confusos ecos.

Notas dispersas que, á la vez, parecen
voces que bajan del obscuro cielo,
voces que surgen del ignoto fondo,
voces que llegan de los cuatro vientos.

Dulces canciones que á la nave envuelven
y arrullan al confiado marinero,
poblando de fantasmas voluptuosos
el país encantado de sus sueños,

Dejándole ignorante del peligro,
hasta que ve su pavoroso espectro,
y al rudo choque tembloroso mira
los duros flancos de la nave abiertos.

Se hunde la nave; las sirenas lanzan
gritos de triunfo y, de pasión rugiendo,
á los convulsos cuerpos de los náufragos
ciñen y enroscan sus lascivos cuerpos.

Y gozan las caricias de los hombres
entre espasmos de amor y sufrimientos,
libando ansiosas, con febriles labios,
el estertor de moribundos besos.

F. BLANES VIALE

DRAMAS OCULTOS

El diminuto pie de Carolina estrujaba la rica alfombra. Los finos y brillantes dientes de Carolina, blancos en su pequeñez, herían sus perfumados labios, rojos como una fresa abierta. Su nariz delgada se hinchaba convulsa. La expresión siempre afable y juguetona de la esposa del banquero había desaparecido. Sola, en aquellos instantes de verdadera lucha, no mentía, era ella, tal cual era en su interior inviolable, desnuda en toda su fiereza. Sus ojos irritados, de mirada cruel, estaban fijos en la rica esfera del reloj de mármol con incrustaciones de oro que estaba sobre la piedra de la gran chimenea.

Y el tiempo pasaba, el brillante péndulo iba y venía incansable en su ruido monótono, envolviendo la canción de las horas.

Y Carolina, presa de una nerviosidad extraordinaria, se apretaba su pequeña frente que hervía. Se alzaba y andaba por el pequeño salón como una fiera enjaulada, y volvía á caer en el ancho sillón que la recibía con sus dos brazos de cedro abiertos; se revolvía en él haciendo crujir las sedas de su vestido, mirando tenazmente las agujas del viejo reloj, que le parecían, en su fiebre, dos dedos terribles que rodaban rápidos acercando el terrible momento, sumiéndola en la más horrorosa de las desgracias.

Y ella sufría de una manera atroz, inconcebible. El indomable bucle de su cabello negro tocaba su mejilla casi pálida.

Faltaba media hora.

Por todos sus nervios corrió como una descarga eléctrica. Se levantó de un salto, apretó el botón de porcelana y esperó apoyada en la chimenea. Su rostro se serenó rápidamente. Sus ojos recobraron aquella expresión que parecía envolver todo cuanto miraban en una tibia caricia. Sus facciones resplandecieron afables, mas su alma persistía negra, sin horizontes.

Apareció un criado.

—¿Está el señor?...

—Aún no...

—Podéis marcharos.

El sirviente se inclinó hasta el suelo y desapareció tras la pesada cortina.

Sola otra vez, dió libertad á su ira encarcelada

—¡Este hombre es un estúpido!... ¡Este hombre me pierde!...—murmuraba en el paroxismo de su desesperación, paseándose nerviosa, mordiendo sus uñas sonrosadas.—¿Qué hago?... ¡Es un bestia!... ¡Me pierde!...

Súbitamente, se serenó su frente, sus ojos tomaron toda la expresión de la picardía. Se sentó en una butaca, la aproximó á la mesa del centro, escribió muy aprisa y llamó otra vez al criado.

—Para Mr. de Richart.



CONCHA BORDALBA

Sólo faltaban quince minutos. El criado partió. Por los abismos insondables de Carolina pasaba un verdadero drama. Se sentó indolentemente en el ancho sillón, y casi calmada, se miró con cierta voluptuosa complacencia en el gran espejo y, arreglándose el bucle persistente nació espontánea y diabólica su acostumbrada sonrisilla, más juguetona que nunca. Había tenido una buena idea.

En tanto, en los grandes escritorios de la banca, parecía que no ocurriese nada. Los dependientes seguían cada cual en su negociado, volviendo y revolviendo las anchas páginas de los pesados libros, con la pluma en la oreja, sin que ni una sola línea de intranquilidad oculta surcara su rostro, lleno de estúpida importancia. Entre ellos reinaba la normalidad y monotonía de siempre. Sólo el cajero era el que sufría secretamente la peor de las agonías, era él solo quien conocía la terrible desgracia que pesaba sobre su caja. Derecho, convulso en su flaqueza de viejo activo, con sus gafas sobre la larga y estrecha nariz. Estaba grave, no bromeaba como de costumbre con los mozos de cobranza de las otras casas de comercio, pálido en su aturdido espanto, contaba y recontaba sus billetes, abría y ajustaba la pesada caja y se abismaba en reflexiones profundas mirando la esfera del redondo y negro reloj de aquellos escritorios. Cada vez que se abría la maciza puerta de la banca, el cajero, extremadamente pálido, atisbaba por encima de los vidrios de sus antiparras al nuevo personaje que entraba.

Faltaba media hora.

Don José penetró en el saloncito en que estaba Carolina, con la palidez de un muerto, como si huyera de alguien. Un sudor frío, bañaba su rugosa frente, sus ojos estaban velados por una poderosa nube de espanto.

—¿Y qué?—gritó ella al verlo entrar de aquella manera tan innoble, clavándole una mirada terrible y llena de desprecio.

El viejo banquero se quedó anonadado, sin saber qué hacer ni qué decir, inmóvil en su dolor, aplastado en sus sesenta años.

—Viejo, más que viejo, me lo esperaba de vos... ya no servís para nada... ni para satisfacer las necesidades de vuestra honra...

El pobre hombre cayó aplomado en una butaca frente la chimenea, su cabeza se inclinó sin fuerza, como herida, se apoyó en su aplastado pecho, su huesosa mano tanteó inconsciente su cabeza calva.

—¡Lo habéis logrado al fin!... ¡La quiebra!... ¡Ahí tenéis la quiebra!... ¡Viejo asqueroso!... ¡Habéis querido ir solo, sin saber andar!... ¡Reñísteis con vuestro socio, con el único hombre que podía salvar y enriquecer vuestra banca! Habéis perdido, como el último de los cobardes!... ¡Sois un estúpido!... ¡El vencimiento!... ¡Maldito vencimiento, maldito vos!... ¡Viejo!...

Carolina tenía la carne roja por el odio largo tiempo dominado, sus ojos eran amenazantes, hablaba bajo, pero sus labios se movían duros y las frases nacían terribles; cada palabra suya era un puñal que se clavaba en el corazón del viejo y le aniquilaba.

Allí, acurrucado en su sillón, medio muerto, miraba atónito y avergonzado á su mujer, aquella joven de carne fresca que se había unido á él por el interés y que él quería de una manera absoluta, bestial casi, doblándose á sus caprichos que le arruinaban y embrutecían su honra.

—¡Estoy hastiada de vos! Me marcho. No podéis satisfacer mis ne-

cesidades ni mis caprichos... Me habéis echado á vuestro lecho de placeres caducos y ahora queréis arrastrarme á vuestra ruina... ¡Me marcho!...

El pobre viejo cayó á sus pies, con la mirada suplicante, sus ojos grises se bañaron de lágrimas, temía de una manera horrorosa á la soledad. La joven le dominaba por completo. Carolina se dirigió hacia la puerta. Don José, llorando como un niño, se arrastraba por la alfombra besando el extremo del vestido de su mujer: estaba completamente subyugado. Carolina podía hacer de él cuanto quisiera. Satisfecha de sí, se volvió rápidamente y le dijo:

—Podemos arreglarlo.

El viejo sonrió estúpidamente, arrodillado en medio de la sala. Esperaba lleno de ansiedad.

—Volved á uniros con Mr. de Richart.

Richart, el apuesto y rico francés, de mirada azul y grandes bigotes rubios, tiempo atrás había sido socio del banquero. Richart se entendía con Carolina, don José se enteró y se rompieron las relaciones, liquidaron como buenos amigos y el drama quedó en secreto. Como á buenos actores nunca se negaron el saludo, y la alta sociedad no supo nada, á pesar del buen olfato de los podencos de salón.

Al sentir esta propuesta, dicha con tanta desfachatez por ella misma, las carnes agostadas del marido tomaron un tinte violáceo, se irritó al recordar la terrible escena de su deshonra, en vano sepultada en el silencio del olvido, cerró los puños y se levantó de una pieza á pesar de sus años, lleno de ira. Pero sólo duró un momento: la tremenda osadía de aquella mujer le aniquilaba. Temió su deshonra pública, moral y materialmente trompeteada á cuatro vientos por la ruidosa quiebra de su banca, la cárcel y la segura pérdida de Carolina, de aquella mujer imprescindible. Cayó otra vez, completamente anonadado, en el ancho sillón y se transigió con la idea vil, pero salvadora, de su compañera. Prefería la deshonra oculta.

Cedió.

Carolina, con todo el gesto de una gata, se apoyó en los secos hombros de su marido y acarició sus patillas blancas, besando con repugnancia la fría frente del viejo que sonrió bestialmente abrazando la redondeada cintura de la joven mujer de su perdición secreta.

Y en aquel instante abriéndose la pesada cortina apareció el criado que dijo, haciendo una profunda reverencia:

—Mr. de Richart.

Rafael NOGUERAS Y OLLER

COMO EL VIENTO

Era una pareja singular.

Clotilde rayaba, con todos los esplendores del mediodía, en los veinticinco Agostos de una existencia cuajada de alegrías y dulzuras. Era el conjunto, el compendio, el resumen de cuantos atractivos poseen las mujeres hermosas.

Ojos grandes, rasgados, negros; cabellera espesa y tan negra como los ojos, su tez como el jazmín, blanca, delicada; sus labios del color mismo que las cerezas, y su escultural figura revelando que había sido modelada por angelicales manos...



Fiesta de San Antonio de la Florida. — Cuadro de Angel Lizcano.

El osado que se atreviera á contemplar, aun por breves instantes, aquel movimiento de su seno, apacible, dulce, que obedecía á los latidos de un corazón que más bien que centro del mecanismo vital parecía ser un generador de encantos y de perfumes, forzosamente había de sentirse poeta, y poeta enamorado.

Roberto, en cambio, ofrecía un aspecto vulgar. De escasa estatura, rechoncho, sin expresión alguna en su rostro, poco poblado por el pelo; con un buen número de canas mezcladas con su cabello castaño, arrugada su tez, á pesar de contar solamente seis lustros de vida, manos muy grandes, ojos pequeños y verdosos... Sólo poseía la gallardía de un cuerpo robusto y un alma llena de sentimientos nobles.

Roberto se casó, con el corazón tiernamente ilusionado, sintiendo el afecto puro, intenso, grande, el afecto que nace en el pecho de los hombres honrados que ven sólo en una sola mujer la compañera de toda la vida, destinada á acariciar con sus blancas manos nuestras sienes, compensando con sus caricias las fatigas de nuestro trabajo, asíduo, constante, casi eterno...

Las amigas de Clotilde aseguran que ella también se casó enamorada.

Quizá quizá, después de mucho mirarse en el espejo, hizo lo que hacen los niños al caer en sus manos un libro de cuentos infantiles, que, tras de leerlos y releerlos por mera distracción, llegan á conocerlos de memoria... Y ella se convenció de que era muy hermosa.

¡Y el arte tuvo un capricho!

Los tres primeros años de vida conyugal pasaron para ellos risueños y hermosos, como una de esas nubes poéticas del estío, una de esas nubes blancas que son dignas hermanas de los jazmines de la tierra, allá, en las regiones del éter... Y que, porque son hermosas, porque son poéticas, porque son hermanas de las flores, como las flores, no tardan en desvanecerse.

Roberto cobraba un sueldo ni sobrado ni mezquino del Marqués de Montefé, cuyas fincas eran por él administradas. Cierta tarde en que estuvieron liquidando el trimestre finido, quedó durante un buen rato Roberto solo en el despacho del Marqués. Encima de la mesa, debido quizás á un involuntario olvido, se hallaba un libro pequeñito cuyas cubiertas de piel de Rusia ostentaban las iniciales del Marqués, en bien cincelada plata.

Roberto sintió la curiosidad de hojearlo y, tomándolo entre sus manos, lo abrió con cuidado. Era un libro de memorias; en él iba sentando su dueño un sin fin de curiosidades, los sucesos más notables de su vida, sus asuntos... Roberto leyó con avidez algunas de aquellas notas. Sólo fijó su atención en una página manchada (no diré escrita) con unos rasgos, más bien que letras, pero que, aunque con bastante dificultad, expresaban el concepto siguiente: «Hoy me he convencido de que para obtener el amor de la hermosa Clotilde daría mi fortuna entera».

El importuno se estremeció, sintió en su garganta un nudo terrible que le ahogaba, palideció, cerró los ojos y cubriólos con ambas manos, inundado su cuerpo por el escalofrío que produce el miedo, el terror á una sombra que nace y se desvanece, á una visión que va y viene como las ondas del Océano. A los pocos instantes recobró su ánimo la tranquilidad de siempre, porque conocía perfectamente á Clotilde... Mas, de pronto, aquel fantasma horrible tornó á surgir de entre el espacio, allí, ante sus ojos, para mofarse de él, vestido con extraña elegancia, con movimientos rigurosamente aristocráticos... Pero ya no era un sueño, ya no era un fantasma, ya no era una visión, ya no era una sombra, era el propio Marqués que penetró en la estancia y contempló por un momento la actitud nerviosa que se había apoderado del desgraciado.

Este sintióse enfermo y se retiró á su casa. Después vino el silencio de Roberto. Jamás supo Clotilde adivinar cuál fuera la pasión que le consumía; siempre más le vió triste, siempre melancólico. Su melancolía le abstraía de todo, y su mujer iba avezándose á una vida monótona, indiferente, desprovista de dulces palabras y de arrulladores besos...

Y así, él melancólico y ella triste en su aburrimiento, parecía que habíanse dado las manos para perecer los dos á un mismo tiempo entre las olas borrachas de ese mar sin orillas llamado del hastío, sobre el que jamás flotó ni el menos pesado madero, porque al contacto de su masa todo cruje, se quiebra y se sumerge.

Algunas noches, los esposos se asomaban al balcón y contemplaban con éxtasis el azulado tul del cielo, cuyas motas son estrellas, y aunque el espacio que mediara entre sus cuerpos no fuera bastante para que el más insignificante pajarillo extendiera las alas, permanecían completamente aislados, porque los pensamientos se habían alejado y los corazones marcaban distintos compases.

Por eso fijaban la vista en aquella bóveda. Cuando dos seres siguen el camino de la vida, por la misma senda y el eco sólo repite una pisada, no levantan la cabeza para admirar el cielo, inmenso, que lo buscan pe-

queñito como ellos; lo quieren en reflejos y lo encuentran en el fondo de los ojos...

El Marqués viajó durante algunos meses. Después volvió y visitó á sus amigos, entregando un hermoso regalo á Clotilde, consistente en una preciosísima pulsera adornada con brillantes. El encanto de Clotilde fué indecible; la tortura de Roberto fué inmensa.

***

Roberto, solo con su conciencia y su corazón, ideaba planes de venganza por aquella irrealidad, por aquel vacío... Por lo que carecía de forma.

Clotilde á su vez estaba maravillada de la amabilidad y el cariño con que les trataba el señor de Montefé.

Aquel día cenaron juntos, después el Marqués les ofreció su palco y los tres se dispusieron para asistir á una representación de *La Bohème*. Al dirigirse á la escalera, el Marqués presentó su brazo á Clotilde que lo hubiera aceptado, á no ser que Roberto, furioso, encolerizado, llevó sus manos al cuello del Marqués, diciéndole:

—¡Marqués de Montefé! ¡quiero matarte, quiero aniquilarte! ¡por que tienes el cuerpo hermoso y el alma de reptil!... ¡así!... ¡así!...

El iba estrujando cada vez con más fuerza... Pero, á tiempo, Clotilde dirigió una expresiva mirada de reprensión á Roberto, y obligóle á desistir de su propósito.

Estaba agitado; estaba verdaderamente enfermo. No fueron al teatro. El Marqués se despidió sólo de la esposa.

***

Por la noche, á la hora aquella en que se encuentran las almas, las de Roberto y Clotilde no se encontraron. La alcoba estaba iluminada por una lamparilla que Clotilde tenía buen cuidado de arreglar todos los días, para ofrecerla á la Virgen de los Desamparados, por la que sentía una devoción intensa.

Roberto se acostó, pero no pudo dormir. Durante largas horas, su corazón parecía barquichuela zozobrando sobre el mar, en las de tempestad y escándalo en las nubes. Sus ojos se cerraron, por fin, mas no para entregarse al sueño, sí á una meditación triste. Si su esposa le dirigía la palabra, era para reprenderle por sus ofensas al señor de Montefé.

Ella durmióse. Cuando dormía, Roberto se levantó, frenético, convulsivamente, y escapó de la habitación... Más tarde resonó por toda la casa el estallido de un tiro...

Despertó Clotilde y encontró á Roberto tendido en el suelo de la estancia contigua, completamente bañado en sangre... ¡Se había suicidado!

Ella lloró desesperadamente. Si su llanto fué tan amargo cuanto copioso, lo que sus ojos derramaron no fueron lágrimas, ¡fueron gotas de acíbar!

***

Al día siguiente, el cadáver de Roberto fué visitado por sus innumerables amigos, entre ellos el Marqués de Montefé, que con la muerte había olvidado el ultraje. Me atrevo á decir que fué él quien prodigó más dulces consuelos á la viuda.

Ella acogía sus cariñosas ofertas de apoyo y amistad con una sonrisa triste, digna de haber brotado en los labios de Juana la loca.

A través de los cristales del balcón veíase el panorama de la ciudad en la plenitud del día, dorada por el sol, brillante, hermosa... y Clotilde, abandonando la sala obscura donde dormía Roberto, posó sus miradas en aquel otro cuadro Natura, embriagándose con el ardor de una mañana de estío...

La acompañaba el Marqués...

Dos golondrinas iban y venían afanosas construyendo un nido, Clotilde exhaló un suspiro tierno, diciendo:

—Le adoraba, Marqués. ¡Pobre Roberto!

Montefé no dió gran valor á estas palabras, pero apoyóse en ellas para pronunciar estas otras al oído de su amiga, á la vez que mostrábale aquel par de avecillas...

—Distraed vuestros ojos, alejad vuestros pensamientos tristes, mirad estos pájaros, estos pájaros que sin duda alguna se adoran mucho...

Se puso pálido, sus ojos se convirtieron en dos ascuas... temblaba.

FRANCISCO MASRIERA



MARÍA DE MAGDALA

Clotilde le miró y en vez de repudiarle... dibujó en su boca un cariñoso gesto...

***

El espíritu de Roberto acababa de emprender la última carrera... ¡Iba á conocer lo desconocido!

Juan VENTURA RODRÍGUEZ



PAISAJE

ENRIQUE ESTEVAN



SOBRE EL TERRENO

EL SUEÑO DE FÁTIMA

La preocupación del Pretor romano aumentaba á medida que las masas vocingleras del azuzado pueblo judío se iban estacionando en las puertas del Pretorio. El temperamento de Pilato era enérgico, duro y casi cruel, cuando se trataba de alteración de orden, rehuyendo cuanto se opusiera al más estricto cumplimiento de los preceptos y leyes romanas que él en Jerusalén representaba y estaba encargado de hacer cumplir. Por eso, pues, ha maravillado y sigue extrañando su actitud conciliadora entre Jesús y los judíos; y, aún si se quiere, más que conciliadora, interesada, en pro del Mártir del Gólgota.

Obedecía, según unos, á la actitud digna, simpática y tranquila de Jesús, al serle presentado; según opinan otros, el estado de ánimo de Poncio era á consecuencia del miedo. El miedo á los suyos, el miedo al pueblo sanguinario y el miedo al mismo, á quien pudiendo amenguar sufrimientos, con sólo aprobar la sentencia de muerte que sobre Él pesaba, no le hacía matar, y estando en su mano el salvarles no lo libertaba.

Que todas las potencias de su alma estuviesen, en aquellos momentos, prescindiendo de su carácter y temperamento, sujetas á una labor colosal; que se encontrasen cómo atrofiadas, en fuerza del repetido martilleo de encontrados sentimientos; que el corazón se rebelase contra la infamia que se le exigía, condenando á un inocente; que la conciencia, aunque fuese de conquistador, rechazase las criminales exigencias de los Pontífices y sacerdotes judíos; que el orgullo del vencedor ¡y del vencedor romano! se alzase, y que la conciencia y tal vez el temor le obligaran á pasar, á medias, por lo que no quería, es muy posible. Pero lo cierto, lo positivo, lo seguro, y ello es algo más que tradición cristiana, es que si Pilato no firmó la sentencia redactada por Anás contra Jesús y presentada por Caifás, fué porque llenaban todo su cerebro, ocupaban toda su conciencia y oprimían su corazón las palabras que su esposa Fátima le había dicho, relativas al Nazareno, aquella madrugada.

La hermosa matrona había visto, en sueños, á Jesús que se le acercaba entre aureolas de luz celestial; siendo tan grande y tan dulcemente grata la impresión que le causaba la presencia de Jesús que, á partir de aquel instante, fué creyente. Completamente desvelada, saltó del lecho y esperó ocasión de poder comunicar á su esposo la aparición y sus sentimientos, previniéndole, de paso, para cuanto pudieran intentar los judíos contra el dulce Nazareno.

JOSÉ ECHENA



JESÚS EN EL CALVARIO — *Fot. J. Laurent y C.ª* (Madrid).

Y tan luego los gritos de las turbas que conducían á su víctima ante Pilato llegaron á oídos de Fátima, ésta penetró precipitadamente en la habitación de su esposo gritando con desaliento:

—¿Oyes, oyes? ¡Ya vienen...! ¡ya se acercan, sedientos de la sangre del inocente...!

Asombrado Pilato, no pudo menos de interrumpir á su esposa, al propio tiempo que con tierna solicitud intentó hacerla sentar junto á sí:

—¿Qué es eso? Esa exaltación me hace temer... ¿Estás enferma?

—Sí, enferma y muy enferma: pero tú, con una sola palabra, puedes curarme.

—Vamos, tranquilízate y dime de qué se trata.

—¿No lo has adivinado? Se trata de defender, contra la furia de los judíos, la víctima inocente que pretenden inmolar. Se trata de que tú no accedas á sus pretensiones, de que no secundes sus propósitos inicuos.

—Bueno, bueno... Cálmate, procuraré dejarte complacida...

—Sí, sí; hazlo, si en algo tienes mi amor... ¡Tú no le has visto! —prosiguió con calor la hermosa matrona. —¡Tú no has experimentado los efectos de su mirada, que llevan al alma dulzuras indecibles! ¡Tú no has escuchado su palabra persuasiva... santa! ¡Tú no has podido apreciar su doctrina, esa doctrina niveladora, justa, como emanada de Aquél único y solo Dios...

—¡Fátima!—interrumpió Pilato.

—No te asombre; digo lo que siento... Y tú pensarás como yo, si me escuchas...

—No; no puedo, déjame; el pueblo se impacienta y no quisiera tener que recurrir á violencias que tanto me repugnan.

—¿No quieres escucharme?

—No puedo...

—Ve, pues; pero ofrece antes á tu esposa, á tu amada Fátima, que no condenarás á Jesús; que no pondrás tu firma autorizando la injusta sentencia.

—¡Mujer...! ¡mujer!

—Prométolo, Poncio, te lo ruego; de esta manera evitarás que la sangre de ese justo caiga sobre nuestras conciencias...

. . . .

Pilato salió dispuesto á satisfacer los deseos de su esposa; y ya es sabido que apeló á todos los medios y á todo su imperio para salvar á Jesús.

No lo logró, porque no podía lograrlo.

La crucificación tuvo lugar, cumpliéndose, con ello, lo dispuesto en las Sagradas Escrituras. El último suspiro de Jesús había de ahuyentar las tinieblas, salvando al mundo con la luz progresiva de su doctrina... ¡y lo salvó!

R. B. GIRÓN

INMORTALES AMERICANAS

CLOTILDE URIOSTE DE ARGANDOÑA

PRINCESA DE LA GLORIETA

Entre oleadas de sol y ambiente de aromas, está envuelto el arquitectónico y hermoso edificio de moderna construcción; entre dos altos cerros descuella majestuoso mirándose en los raudales apacibles y cristalinos de un riachuelo, arteria fertilizadora de las hermosas huertas, que son vergel risueño y florido, en las cercanías de Sucre.

Lujosas quintas, como la Florida y el Recreo, ostentanse galanas componiendo fragante ramillete, cuyo hermoso florón es la Glorieta. Los feraces paisajes, las campiñas matizadas de florecillas y de espléndido verdor, recrean la vista y prestan reposo y solaz al abatido espíritu. Es un selecto jardín aquel lugar donde se levanta el hospitalario Asilo de «Santa Clotilde», donde la mano generosa de una mujer ha derramado todos los dones, ha prodigado las exuberancias de su inteligencia y de su fortuna en favor de los pequeñuelos que, sin nada, sin pan y sin albergue, tendían sus manos implorando el óbolo de la caridad. Allí encuentran los pobres desheredados el amor y el alimento material é intelectual. Allí, las hermanas sublimes y cariñosas, brindan sus cuidados á la infancia y sus alientos para el porvenir de los rapazuelos, creando ciudadanos útiles y futura generación de esposas y de madres; ellas también siembran en los juveniles corazones las grandes virtudes, inspirándoles el amor al trabajo en todas las esferas del saber humano.

El Hospicio de «Santa Clotilde» es no sólo orgullo de la ciudad de Sucre, sino honra y prez de la patria boliviana, que cuenta entre sus hijas esclarecidas á la insigne filántropa que albergó en su mente un ideal bellísimo, y que ha sabido llevarlo á terreno práctico, desarrollándolo con espléndida magnitud.

El oro ha sido, en las manos de la noble matrona, el auxiliar poderoso no para manifestaciones de frívola ostentación, no para saraos y festines, ni para envolver en raso y blondas la seductora belleza de la mujer; pero sí ha servido de hermosa palanca para levantar un santuario á la pobreza y á la horfandad.

Las altas serranías de la cordillera oriental andina se extienden y dilatan por el horizonte; el conjunto es por extremo pintoresco, y las nieves perpetuas prestan al cuadro un todo de hermosura sin par.

Honor y grande resulta para una mujer el anidar en su alma una alteza de sentimientos que se apartan por completo de lo vulgar; sobre todo porque cumplen la más augusta, la más noble, la más digna y hermosa de las virtudes: la caridad.

Le tocó en suerte á Clotilde Urioste de Argandoña, enjugar el llanto del desvalido; disminuir y endulzar sus escaseces; socorrer el infortunio del huérfano y convertir en plácida sonrisa su angustia y su desesperación.

Gracias al Asilo fundado por la compañera del millonario don Francisco Argandoña, no aparecerá la miseria en Sucre, tan sombría y tan desgarradora; gracias, repetimos, á esa entidad femenina boliviana cuentan los desamparados con un abrigo y con un futuro menos triste y desconsolador.

La extensión del edificio es considerable y su construcción acusa diferentes estilos arquitectónicos; el lujo brilla en los salones, en la hermosísima capilla donde la mano del artista ha grabado el sello de su talento en relieves admirables y gallardas demostraciones del arte decorativo.

Puede decirse que los detalles del cuadro y el marco suntuoso, se completan admirablemente, inspirando admiración y algo de sublime y elevado que suspende el ánimo y lo levanta hasta las regiones celestiales á la par que aleja de la imaginación la pequeña terrestre y las vulgaridades humanas.

Hay, en el que pudiéramos llamar palacio, un observatorio, desde donde se disfruta de un panorama prodigioso, reposando la mirada en el parque y jardines que son el complemento de la mansión señorial, donde la hidalguía, la bondad y la belleza tienen su altar.

Vive en Roma, en histórico palacio, un venerado y venerable anciano, modelo de virtudes y portento de sabiduría, augusto patriarca del siglo décimo nono; personificación del cristianismo y esclarecido adalid de los más santos y sagrados predominios.

Posee el privilegio de un rectísimo criterio, que le hace simpatizar con todo lo grande, lo perfecto y lo bello; juzgó la fundación de «Santa Clotilde» bajo su verdadero punto de vista; admiró la creación protectora para los desventurados; quiso festonear con un perfil la cúpula del edificio, con una diadema de príncipe que inmortalizara el recuerdo de la insigne fundadora de la Glorieta y del caballeresco consorte.

En país republicano, parecerá planta exótica un título, pero no lo es, considerado como galardón, como recompensa á obra tan meritoria y de tan trascendentales consecuencias.

El Papa León XIII ha deseado sin duda coronar con un nimbo de luz, á la mujer honra de su patria y de su sexo que ha interpretado magistralmente un pensamiento de inconmensurable vuelo. El Papa León XIII ha juzgado que hay seres que al escalar la inmortalidad se agitan en espacios superiores y se confunden con lo infinito, desdeñando preocupaciones ajenas á toda idea levantada y sublime.

La caridad, es como la historia; la evocación de lo heróico, de lo útil y de todo lo más hermoso que existe en la creación.

La idea soberana encarnada en los institutos, en los asilos, en los hospitales y en las casas de expósitos.

Clotilde Urioste de Argandoña, princesa de la Glorieta, es uno de estos seres que desde su infancia ha vivido en un centro de cariño, de paz y de bienestar, bajo el sano influjo que ejercía en la niña la placidez del hogar doméstico.

Desarrolláronse en ella los impulsos benéficos, y tal vez, allá, en sus sueños infantiles, vióse rodeada de niños llorosos y harapientos que imploraban su misericordia.

Tal vez, en su precoz imaginación tomó carta de naturaleza la idea de ser protectora de los infelices y de emplear en ellos las pingües rentas que hoy posee. Crecieron sus gracias al par que sus virtudes y su singularísima inteligencia. Niña, era bellísima, admirada y festejada por todos; mujer, fué un tesoro de perfecciones y de hermosura, revelándose en toda su magnitud lo generoso de los sentimientos y el ardiente afán de ser útil y de llevar á cabo grandes fines sociales.

Al despojarse de sus galas virginales, para vestir el traje de desposada, al unirse con el acaudalado boliviano don Francisco Argandoña, tuvo el doble alborozo de ver realizados sus ensueños de amor y de mirar en lontananza el cumplimiento de sus más fervientes deseos; sus ideales tomaban forma y en breve pertenecieron al dominio público.

No hubo dificultad que no salvara para dar cima á su proyecto.

No hubo inconvenientes ni escabrosidades en su camino.

Las asperezas huían delante de ella.

Nada escaseó para que el hermoso proyecto obtuviera completo éxito, secundada en todo por el hombre de gran corazón que le había dado su nombre y que compartía con ella el ardiente entusiasmo en favor de sus creaciones.

Debemos consignar que la fundadora de «Santa Clotilde» es tan bondadosa como modesta, tan gallarda como tierna y dulce.

Su vida es un hermoso libro abierto, exento de sombras, diáfano como un espejo en el que se reflejan la grandeza de su alma y la pureza de su corazón.

Ha viajado mucho, acompañando á su marido, que es á su vez una notable individualidad boliviana.

Ambos han sembrado por todas partes beneficios sin cuento; ambos han recogido bendiciones de la anciana desvalida ó de la huérfana menesterosa.

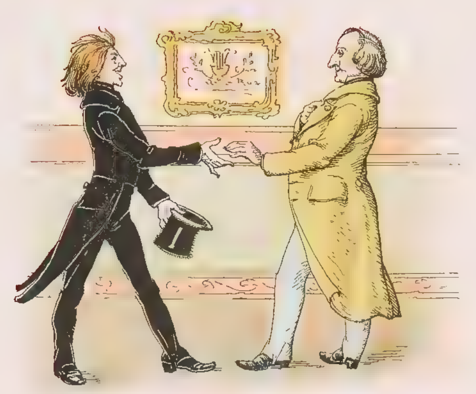
Ha recorrido Europa y varios puntos de América sin descuidar ni por un instante la más ardiente de sus aspiraciones; prodigar el bien y grabarlo en monumentos inmortales.

***

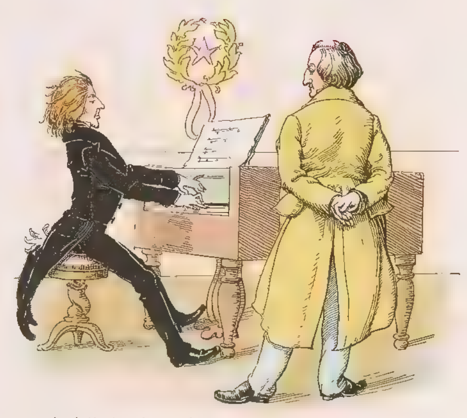
Hemos trazado á grandes rasgos el perfil divino de una mujer que rinde homenaje á la más egregia y digna misión y legará á las edades venideras un nombre envuelto en las bendiciones de la Humanidad.

El perfil moral, se entiende. Nada ó muy poco hemos dicho acerca de sus condiciones físicas, que sobradamente pueden apreciarse en el retrato que acompañamos, porque esta sección no se ha creado para ponderar bellezas, sino para tributar público elogio á espirituales merecimientos.

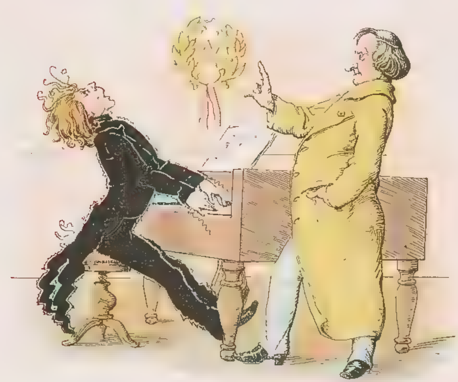
LA BARONESA DE WILSON



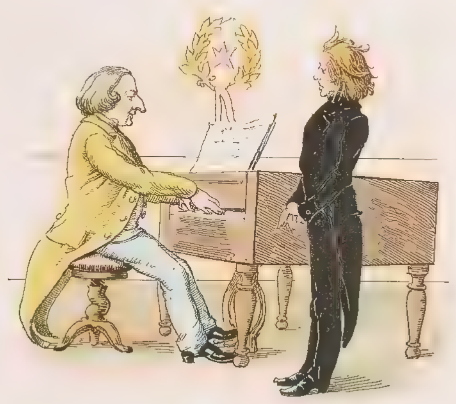
1. — En una cordial visita de un pianista famoso á su íntimo amigo el inmortal Rossini,



2. — invitóle éste á que ejecutara una difícil pieza que acaba de componer; lo que el concertista verificó magistralmente,



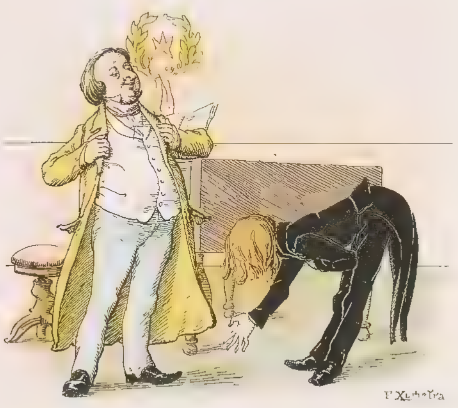
3. — hasta que, á lo mejor, mientras sus manos sostenían briosamente un dificilísimo trémulo, la partitura marcaba unas notas imposibles de ejecutar, ante cuyo obstáculo se paró en seco.



4. — Sonrióse Rossini y á su vez púsose á tocar dicha pieza, escuchándole religiosamente su amigo, que deseaba ver cómo se las compondría el célebre maestro para salvar aquel escollo, insuperable á su juicio.



5. — Y el maestro lo salvó con la mayor facilidad; empleando en el momento oportuno, á falta de una tercera mano, su portentosa nariz, para arrancar al instrumento aquellas notas ante las cuales había fracasado la portentosa ejecución del pianista,



6. — quien, confuso y admirado se deshizo en elogios y cumplimientos, reconociendo que su ingenioso amigo, además de eminente músico, era seguramente el hombre de más privilegiada nariz.

DON MARIANO ALVAREZ DE CASTRO

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

No es posible separar el nombre de Alvarez, del recuerdo de Gerona.

El heroico general y la indomable ciudad, son el brazo y el corazón de un solo individuo, formando un todo admirable, grandioso, inmortal.

Don Mariano Alvarez de Castro había nacido en Granada, el año 1749, si bien descendía de una ilustre familia de Castilla la Vieja, avecindada en el Burgo de Osma. Aunque de complexión débil y enfermiza, ingresó, en clase de cadete, en los Reales Guardias de Infantería Española (1768). Asistió, como alférez, á la desgraciada empresa de recobrar á Gibraltar, negándose á retirarse de su puesto de honor, á pesar de la triste noticia del fallecimiento de su querida madre. Asistió luego á la guerra en Portugal, siendo nombrado gobernador de Porta-alegre; y al firmarse la paz entró de profesor en la Academia fundada en Madrid por su coronel el Duque de Osuna.

Como capitán tomó parte en la guerra con Francia: en el ataque de Riversaltes; se apoderó de un cañón, en el de Bulon, con sólo una compañía; rechazó á la bayoneta una columna de 600 hombres; y en el sitio y rendición de Colliure permaneció tres meses á tiro del cañón enemigo, recibiendo una grave herida.

Coronel en 1794 y brigadier en 1795, era don Mariano Alvarez gobernador del castillo de Montjuich de Barcelona, el memorable año de 1808 El general Duchesne, que al frente de un ejército francés se había introducido en Cataluña, á pretexto de marchar contra Portugal, logró del débil Conde de Ezpeleta, capitán general del Principado, que sus soldados se introdujesen en la Ciudadela, y otro tanto intentó hacer con Montjuich; pero Alvarez, cuando vió avanzar los soldados imperiales, mandó levantar el puente y preparar los cañones. La insidia triunfó del patriotismo, y Duchesne logró de Ezpeleta la orden de entrega. Alvarez obedeció, pero desde aquel instante juró odio eterno á los pérfidos invasores de su patria.

Encargado por la Junta de Cataluña del mando de la división de vanguardia, que debía operar en el Ampurdán, en el mes de Febrero de 1809 fué nombrado gobernador de la plaza de Gerona, en cuya defensa debía inmortalizar su nombre; ascendiendo en Abril á mariscal de campo.

El día 6 de Mayo, después de haber acopiado todos los medios de resistencia que le fué posible, publicó su célebre Bando, sentenciando á la pena de muerte á cualquier persona, *fuera de la clase que fuese, que hablara de rendirse ó de capitular*.

Sitiada, por completo, Gerona, dió principio aquella lucha terrible que apenas tiene igual en la historia. El 12 de Junio el general Verdier, que mandaba el ejército sitiador, le envió un parlamentario intimándole la rendición, y el general Alvarez le contestó: «Que no se molestase en enviarle más parlamentarios, porque los recibiría á metrallazos.»

Entonces aumentó aquel horroroso bombardeo que nos hizo perder las principales defensas, cayendo sobre la ciudad, el día 24, más de 5,000 bombas, que destruyeron infinidad de casas.

Perdido el castillo de Montjuich, después de una enérgica defensa, la Junta de Cataluña pidió á la Junta Central que acudiese en socorro de Gerona, cuyos muros, *abiertos por mil partes, habían sido reemplazados por los incomparables corazones de sus defensores*.

El 19 de Septiembre, el llamado *gran día de Gerona*, es una página que espanta y admira. Los imperiales deciden el asalto, apoyados por 130 piezas de su artillería! La plaza enarbola bandera negra. Soldados y paisanos corren á sus puestos Alvarez, sereno, impasible, recorre las líneas, dicta, ordena, arenga, manda, pelea, y después de tres horas de horrorosa lucha, el general francés Verdier ordena la suspensión del combate, *dejando al tiempo, á las calenturas y al hambre la rendición de Gerona*. En el mes de Noviembre ya no



quedaba en la ciudad edificio habitable, ni lugar seguro, ni otro alimento que los pocos y escuálidos animales, que habían podido salvarle de tanto estrago, y aún éstos se vendían á un precio fabuloso.

Víctima de una fiebre aguda don Mariano Alvarez; levantadas nuevas baterías por los imperiales y fracasado el proyecto de la Junta magna celebrada en Manresa, para salvar á Gerona, el teniente-rey don Julián Bolívar, que asumió el mando de la plaza, convocó á una Junta en la que fué acordada la capitulación, el aciago 10 de Diciembre, bajo las siguientes condiciones: «Salida de la guarnición con todos los honores de la guerra, marchando prisionera á Francia: respeto á los habitantes, y á la religión »

Al entrar los imperiales en la ciudad quedaron asombrados, confesando no haber visto nada igual. Con efecto, su famoso Carnot había escrito que una plaza sólo puede defenderse cuarenta días, y Gerona se defendió *¡cinco veces, cuarenta días!* y aún así no la rindió el valor enemigo, sino el hambre, la falta de municiones y la dolencia de Alvarez, de aquel hombre de hierro que al preguntarle un jefe dónde se retiraba si era vencido, contestaba imperturbable: *al cementerio;* que al saber que uno de los defensores se había fugado, exclamaba: *Mejor, los cobardes sólo sirven de estorbo;* que para quitar á los defensores toda esperanza de salvarse huyendo, ordenaba hacer fuego *sobre aquel que retrocediera;* que lo mismo empuñó un fusil, que disparó un cañón, que curó á los heridos, soportando las fatigas y miserias como el último soldado, y entregó, para la defensa de la plaza, cuanto poseía.

Faltando inicuamente á la capitulación, el general Alvarez, que había pedido ir á curarse á un pueblo de la marina, fué enviado á Francia, encerrado en Perpiñán en el *Castillet*, en un aposento obscuro; luego á Sitgan; después á Narbona; más tarde á Embrum y, por último, al castillo de Figueras, á un inmundo calabozo donde falleció en el día 22 de Enero de 1810 La presentación de su cadáver al pueblo de Figueras, es el asunto del interesante cuadro de nuestro distinguido colaborador señor Muñoz Lucena que, en la Exposición de Pinturas de 1887, obtuvo uno de los primeros premios, y que hoy reproduce gustosísimo ALBUM SALÓN.

Según noticias, adquiridas después de su muerte, la mañana del 22 fué llamado al castillo el fraile franciscano Roviralta para confesar al general Alvarez *que debía morir en breve*. (?) La tradición asegura que murió sometido al cruel suplicio de privarle del sueño; y no faltan historiadores que afirmen murió *envenenado*.

La Junta Central le elevó á teniente general, antes de la caída de Gerona, y las Cortes de Cádiz á capitán general, ordenando que su nombre se grabase en letras de oro en el Salón de Sesiones, junto á los de Daoiz y Velarde, y otorgando á sus descendientes el título de marqueses de Gerona.

El ilustre Castaños al visitar su calabozo en 1815, le transformó en un glorioso monumento, aislando la estancia por medio de una verja, y colocando en una de las paredes una lápida con esta inscripción: «Murió envenenado en esta estancia al 22 de Enero de 1810, víctima de la iniquidad del tirano de Francia, el Gobernador de Gerona don Mariano Alvarez de Castro, cuyos heroicos hechos vivirán eternamente en la memoria de los buenos »

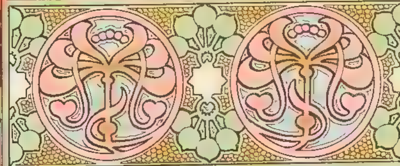
El año 1823, los soldados de Angulema destruyeron la lápida, que fué renovada á su partida. ¿Se concibe acción más villana?

Gerona guarda con piadosa solicitud sus restos, en la Colegiata de San Elix, y hace pocos años ha levantado á su memoria un hermoso monumento, obra del reputado escultor Parera.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

AMOR

POEMA ORIGINAL DE SALVADOR CARRERA



CANTO PRIMERO

¡Amor! bálsamo puro, santificada herencia
que todos los humanos recogen al nacer;
raudal que llena el alma de la divina esencia,
latido que sostiene la frágil existencia
del pobre, condenado á eterno padecer.

¡Amor! faro brillante que desde el Asia envía,
rasgando las tinieblas, destellos de su luz;
¡amor! dulce palabra, sublime melodía
legada á los mortales, en són de profecía,
del Gólgota en la cumbre, desde infamante cruz.

Amor inspira al bardo dulcísimas canciones,
fe en el estudio, al sabio, cuando á rendirse va,
al genio sus ideales fantásticas creaciones,
al héroe sus hazañas, al mártir oraciones,
virtudes al cristiano, al alma... un más allá.

En su indigencia altivo, modesto en su grandeza,
le nutre una esperanza, le mece una ilusión;
con flores y laureles adorna su cabeza,
arrúllanle las musas, su hermana es la pureza,
su patria el mundo entero, su hogar el corazón.

Penetran de igual modo en su morada hermosa,
la floreciente infancia, la helada senectud;
doquier deja su huella, doquier su planta posa,
al lado de la cuna ó al borde de la fosa;
lo mismo abre unos ojos que cierra un ataúd.

Purísimo deleite ó llama abrasadora,
cual va la sombra al cuerpo, del alma vuela en pos;
amor goza y padece, amor sonríe y llora,
se esparce con los rayos primeros de la aurora,
se encuentra en todas partes, porque el amor ¡es Dios!



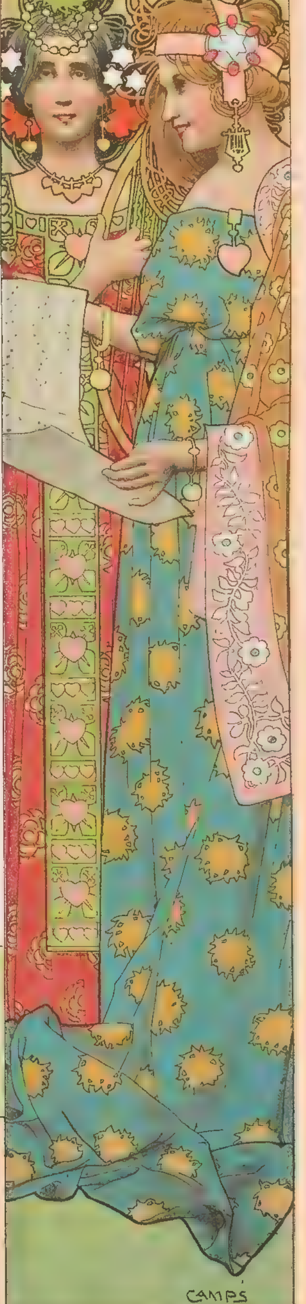


Ilustración de GASPAR CAMPS.

Empezó en el número 105.



EL CRISTO DE VELÁZQUEZ

Museo de pinturas. Madrid.

LA CRUZ



Sobre una planicie abrasada por los aires del Yémen, álzase la gigante sombra de la ciudad deicida, sin lágrimas con que endulzar su amargura, triste, sombría; limitado su horizonte por las plomizas cumbres de los montes de Moab; sin flores, sin verdura, sin agua y sin aves; debajo, imponente como una expiación, el valle de Josafat con su profundo seno.

¡Diez y nueve siglos nos recuerdan un nombre, un martirio, una agonía y una redención!

¡Jerusalén! Tus Césares se hundieron en el polvo; tus conquistadores, tus grandezas, tus héroes, tus poetas, tus historiadores han enmudecido; y morirán tus generaciones y se olvidarán tus profetas: sólo tu crimen no morirá jamás!

¡Cuántos recuerdos! ¡Cuántos consuelos para el creyente! El monte del Olivar, el de Sión, el sepulcro de la Virgen, la cueva de la Agonía, Gethsemaní, el Valle de Josafat, la torre de David, la vía Dolorosa, el Gólgota y el Santo Sepulcro.

En aquellos sitios reina el silencio de la muerte.

* *

A la vista del Calvario, se adivina todavía en sus entrañas el infamante leño que, alzado para ser suplicio, fué glorioso signo de la Redención humana.

El paganismo no pudo presentar nada tan patético como un Hombre-Dios muriendo en una Cruz con su Madre á los pies. La Cruz elevada sobre el Gólgota fué como el rayo del sol que desciende de improviso al seno de las tinieblas, y forma con ellas la aureola de su esplendor.

La Cruz tiene mucho de profético y providencial por su antigüedad.

Las cruces, constaban de dos maderos y eran de tres clases: la construída en forma de aspa X, que es la llamada hoy de San Andrés, por haber sido crucificado en ella dicho Apóstol, á la que se daba el nombre de *decussata:* la conocida con el nombre de *comunisa*, que tenía la figura de una T; y la llamada *inmissa*, que aunque de la misma forma de la anterior, el palo perpendicular subía un poco más que el horizontal, con el objeto de dejar sitio para fijar la sentencia del delincuente.

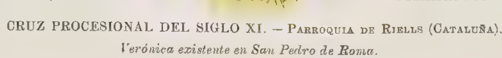
El árbol de la vida del Paraíso, el Arca de Noé, donde se salvan los restos del género humano, la vara de Moisés, que tantos prodigios realizó para salvar el pueblo de Israel de la esclavitud del Egipto, la escala de Jacob, que llegaba al cielo, la serpiente de metal, que hizo Moisés elevar en el desierto, la letra hebrea Thau con que el profeta Ezequiel vió que se marcaba á aquellos que habían de salvarse de la cólera del Señor, el leño que dulcificó las aguas amargas del desierto, los versos atribuídos á las Sibilas, en los que se habla de la Cruz, por la que ha de salvarse el género humano y otras figuras semejantes, de que hacen mención la historia sagrada y profana, fueron otros tantos símbolos misteriosos de la Cruz del Salvador.

Jesucristo, para realizar el gran misterio de nuestra Redención, quiso morir en un patíbulo tan ignominioso como la Cruz.

No obstante haber muerto Jesús en la Cruz, continuó por mucho tiempo siendo todavía el patíbulo ordinario de los mayores delincuentes, hasta que Santa Elena, madre del emperador Constantino, habiendo ido á visitar los Santos Lugares de la Palestina, encontró después de infatigables trabajos la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por los años 326. Entonces fué cuando el Emperador, á instancias de su madre y en obsequio á la Cruz del Señor y á la de aquella otra que se le apareció en el cielo al ir á combatir contra Magencio, junto al puente Milvio con la inscripción: *In hoc signo vinces*, mandó ponerla con el monograma de Cristo en el *Lábaro*, y luego en los demás estandartes de las legiones romanas: y dió un decreto aboliendo enteramente en el imperio el suplicio de la Cruz, prohibiendo que de allí en adelante se pudiese condenar á nadie á este género de muerte; cuya disposición se fué observando por todos los pueblos, entre los cuales el Cristianismo se propagaba.

Entonces, como dice San Agustín, pasó la Cruz, desde los suplicios, no sólo á los palacios y cámaras de los reyes, sino también á los templos y á los altares.

Los emperadores cristianos substituyeron á la figura de la victoria que dominaba el globo imperial, una Cruz, cuyo uso se ha perpetuado entre los monarcas católicos; y desde este tiempo se coloca la imagen de la Cruz en los muros, en las casas, en las puertas, y la señalamos en la frente, y al modo que



CRUZ PROCESIONAL DEL SIGLO XI. — Parroquia de Riells (Cataluña).

Verónica existente en San Pedro de Roma.

el soldado no deja las armas abandonadas, ni aún para comer y dormir, nosotros no abandonamos la señal de la Cruz ni en la mesa, ni en el lecho, ni en ningún lugar en donde nos encontramos, según la frase de San Juan Crisóstomo.

Tertuliano, Minuncio, Máximo, Justino y San Jerónimo, hacen curiosas observaciones sobre la Cruz, de las cuales cita Lipsio algunas, y entre ellas éstas:

«La Cruz no es otra cosa que la forma cuadrada del mundo.

Las aves, al volar, toman la forma de la Cruz.

El hombre, si reza ó nada, en forma de Cruz lo hace.

El piloto no saca partido del mar, sino valiéndose de la forma de la Cruz, ya haga uso de las velas, ya del remo.

El labrador se sirve de instrumentos con la forma de la Cruz para hacer producir la tierra.

El racional se distingue de las bestias por la rectitud de su cuerpo y extensión de sus brazos, cuyo conjunto forma una verdadera Cruz.»

San Cipriano, en su epistola á Nemesiano y compañeros, dice: «El siervo de Jesucristo reconoce siempre el signo, el sacramento y el símbolo de su salvación; el que es redimido con el leño para la vida eterna, por el leño es también ensalzado á la vida eterna.»

Tertuliano, San Cipriano y otros Santos Padres hablan del signo de la Cruz como del símbolo habitual de los cristianos. Hacían el signo de la Cruz en la frente para enseñar á confesar el Evangelio; en la boca, para animarse á profesarlo, y en el corazón, para textificar su adhesión inviolable á los preceptos de Jesucristo.

No parece fué representado en la Cruz el Redentor antes del siglo III, pues repugnando al genio griego retratar aquel tormento, le colocaban alguna vez en actitud triunfal con la banda regia ó la mitra pontifical. Posteriormente, fué pintado como el hombre de todos los dolores, y alguna vez se le representaba con los pies separados, acusándose, por el contrario, á algunos herejes posteriores el representarlo con los pies sobrepuestos. Le faltan la corona de espinas y la herida en el costado, porque lo pintan moribundo, no muerto, y ya algunos tienen la inscripción I. N. R. I. Solamente en el siglo VII aparece el Crucificado con las escenas de la Pasión entre las Marías llorosas y con el sol y la luna junto á su patíbulo. Cubríanle también de un traje largo que poco á poco se fué recortando; y Gregorio de Tours, dice: «que habiéndole presentado desnudo por primera vez en el siglo VI, en la Catedral de Narbona, hizo el Obispo que lo cubriesen.» Pero, en 680, el Sínodo de Constantinopla autorizó para que se representara á Jesucristo bajo la forma de un hombre clavado en la Cruz.

No puede decirse Misa en ningún altar que no haya entre las gradas, á la vista del celebrante, una Cruz con la imagen de Jesucristo.

A'gunos órdenes religiosas, como las de los Trapenses, ponen en su agonía á los monjes sobre un puñado de paja y una Cruz trazada en el suelo con ceniza bendecida, sobre la cual permanecen hasta que han expirado.

Los Patriarcas de Oriente obtuvieron en el Concilio IV de Letrán, siendo Pontífice Inocencio III, el permiso de llevar por uno de sus familiares una Cruz alta delante de ellos en ciertas ceremonias. Gregorio IX les prohibió usar de esta prerogativa delante de los Cardenales, y después fué concedido este permiso á los Arzobispos y á ciertos Obispos.

La Cruz del Papa tiene tres brazos ó trevitaños, dos la de los Arzobispos y uno la de los Obispos y Abades mitrados.

Distínguense hoy varias especies de cruces, á saber: la latina, que ha pasado á ser el símbolo de la iglesia romana; la griega, que es propia de la iglesia cismática ó disidente de la romana, y otras especiales que dan nombre ó son el distintivo especial de varias órdenes religiosas y militares,



CRUZ PROCESIONAL DE PLATA DORADA; TRABAJO ESPAÑOL DEL SIGLO XVI - CATEDRAL DE ASTORGA

Medalla de bronce, en el Museo Británico.

como la Cruz de Malta, Calatrava, Santiago, Montesa, Alcántara, Santo Sepulcro y otras.

En la Cruz, en fin, adoramos el lugar sagrado en que el Hijo de Dios colocó sus pies, su humanidad.

Recordemos brevemente el Camino de la Cruz y, sin separarnos de la Historia sagrada y profana, veamos cuáles fueron las amarguras y dolores de Jesús, desde que fué sentenciado á muerte.

I

El juez romano había reconocido la inocencia de Jesús. Pilatos, aunque idólatra, era más religioso que el pontífice de los judíos.

Conservaba aquel pueblo el privilegio de dar libertad á un preso en la Pascua, y, para hacerlo recaer en el Nazareno, Pilatos lo restringe á Jesús y á Barrabás. Pero la malicia de los judios frustra las intenciones de Pilatos; y ellos piden la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús.

Pilatos, débil para oponerse á los gritos de la multitud, quiere aplacarla, y condena al reo á una cruel flagelación. Este juez, por su cobardía, hace una acción intrínsecamente mala, aunque con una intención intrínsecamente buena.

De agudas espinas formó la ingrata Sinagoga una diadema para coronar á Jesús. Con esta corona traspasan los verdugos la sacratísima cabeza y, cubriendo sus espaldas con un trapo encarnado, le sientan en un banco, le ponen en sus manos una débil caña, por cetro, y le saludan con burla como Rey de los judíos.

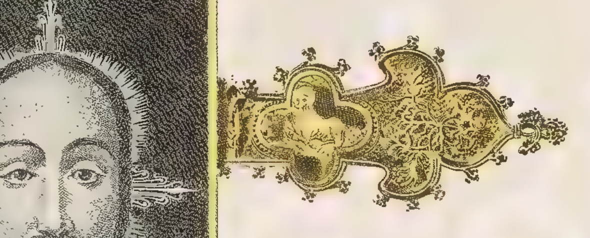
Pilatos, desde un balcón, presenta á Jesús en este estado, capaz de excitar la compasión del corazón más insensible. «*He aquí el hombre*», dice al pueblo amotinado. El furor de los judíos no se calma; los clamores sediciosos aumentan; crece el tumulto; «quítalo», gritan á una voz; «aparta de nuestra vista á ese monstruo, oprobio de la Judea, ruina de su gente, seductor infame; crucifícalo; y ten entendido, oh juez, que si no lo haces morir, no eres amigo del César».

Con este grito, el magistrado romano es vencido. Al oir el nombre del César, Pilatos ya no escucha ni las leyes de la justicia, ni la voz de la naturaleza, ni el grito de su conciencia. Ya Jesús es para él un seductor y digno de la última pena: y, aunque lava sus manos por una vana ceremonia, lo condena á muerte, y muerte de cruz. En la sentencia de Jesús se omitió, entre otras, la formalidad tan esencial, observada entre los judíos, de pregonar los nombres y el crimen del reo que iba al suplicio, excitando á todos, para que expusieran en el acto cuanto pudiese favorecer al condenado; á cuyo efecto, le acompañaban dos magistrados, autorizados para suspender la sentencia, si lo creían justo, en vista de lo expuesto, y proceder en seguida á la revisión de la causa.

Sin esta formalidad, usada con los mayores criminales, se condenó al Hijo de Dios, Juez de vivos y muertos.

II

La Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, según la opinión

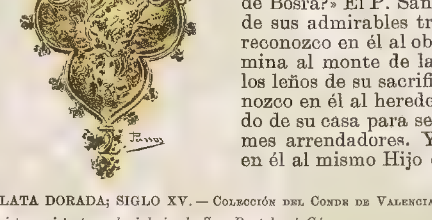


más general, tenía quince pies de largo, y ocho el madero que atravesaba, y fué de las llamadas *inmissa*, para fijar en ella la inscripción ó extracto de la sentencia de Pilatos.

Dicha inscripción estaba escrita en hebreo, en griego y en latín, para conocimiento de las gentes que de diversos países se habían reunido en Jerusalén, con motivo de la Pascua, y decía así, según San Juan: *Jesus Nazarenus, Rex Judeorum*. «Jesús Nazareno ó de Nazaret, Rey de los Judíos». Los artistas suelen suprimir en la inscripción las palabras hebreas y griegas, y aún de las latinas sólo acostumbran escribir I. N. R. I., iniciales de las cuatro palabras de que consta.

Llevó Jesús la Cruz á cuestas desde el Pretorio de Pilatos, teniendo colocada la corona de espinas en la cabeza, por toda la tortuosa calle de la Amargura, hasta la puerta Judiciaria, ó un poco más allá, según algunos escritores.

«¿Y quién es éste,» pregunta Isaías, «quién es éste que viene de Edom, teñidas de sangre las preciosas vestiduras que trajo de Bosra?» El P. San Bernardo dice en uno de sus admirables tratados: «Yo lo veo y reconozco en él al obediente Isaac, que camina al monte de la visión, cargado con los leños de su sacrificio. Yo lo veo y reconozco en él al heredero de la viña, arrojado de su casa para ser muerto por sus infames arrendadores. Yo lo veo y reconozco en él al mismo Hijo de Dios, cargado con



CRUZ PROCESIONAL DE PLATA DORADA; SIGLO XV. — COLECCIÓN DEL CONDE DE VALENCIA

Retrato de Jesucristo existente en la iglesia de San Bartolomé, Génova.

todas las maldiciones de su pueblo, para expiar sus delitos.»

III

Jesucristo prosigue su camino; pero, extenuado por la falta de sangre que derrama y debilitado por los tormentos que sufre, cae en tierra, abrumado con el enorme peso de la Cruz.

Sabemos bien que si Alejandro de Ales, Ambrosio Catarino, Estio y Juenin, enseñan que la sacratísima humanidad de Cristo, considerada en abstracto, merece adoración de latría, no absoluta sino relativa; otros teólogos con Santo Tomás, sostienen que debe tributársele culto absoluto de latría. Leemos en los anales de la Iglesia, que varios santos se dedicaron á honrar y reverenciar más particularmente diferentes estados de la vida de Jesús sobre la tierra, ó diferentes acciones de su vida santísima. San Jerónimo se declaró discípulo del pesebre y de la infancia de Jesús, enseñando tan santa devoción á las piadosas mujeres que atraía á la gruta de Belén. San Antonio Abad honró con especialidad la soledad de Jesús y su retiro en el desierto. San Simón Stilita, su ayuno de cuarenta días; San Agustín, el amor que á todos nos tuvo; San Bernardo, su pasión; San Francisco, su pobreza. Recorremos, en fin, los fastos de la historia y observamos que Roma y París rinden culto á la lanza que traspasó el sagrado costado de Jesús; Venecia, á la columna donde fué azotado; Turín, á la sábana en que fué envuelto; Jaén, al paño con que limpió su sudor la Verónica, y otras ciudades, á los demás instrumentos con que fué atormentado. Precedentes tan luminosos nos hacen inferir, por legítima conclusión, con cuánta justicia la ciudad de Mantua adora las gotas de sangre de Jesús, y porque los *Misioneros de la Preciosa Sangre* se esmeran en tributar los más reverentes cultos en obsequio de la sangre preciosa del Salvador, derramada toda, hasta el extremo de caer en tierra bajo la Cruz, al par que era insultado por una chusma impía.

. . . .

Aquel acontecimiento preocupaba á la populosa Jerusalén. Sus calles y plazas cubiertas de tumultuosos grupos... el desorden, la confusión, la agitación más espantosa cundían por todas partes... La pérfida Jerusalén, manchada con la sangre de todos los profetas, se disponía á consumar en aquel día el más horrendo deicidio... El furor se marcaba en la frente de sus habitantes;... sus ojos anunciaban crueldad y exterminio;... sus manos querían lavarse ya en la sangre del Justo. El pueblo, obcecado, lleno de iniquidad, quería en su furor la muerte del Mesías, de aquel mismo que el mundo había esperado con ansia más de cuatro mil años, de aquel mismo que dió vista á los ciegos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos, y los colmó, en fin, de un sinnúmero de bienes. Aquella espantosa procesión fué el más horrible espectáculo que vió jamás el mundo.

Los judíos pusieron de nuevo la Cruz sobre los hombros del Salvador y, rodeado de malhechores, marcharon haciendo ruido y algazara.

La afligida Virgen María, inquieta y asustada por la muerte de su Hijo, corrió tras el bullicio de la multitud. De repente, se la presentó aquella triste escena... sus ojos inquietos buscaron al amado de sus entrañas... y le vió en el estado en que le habían puesto sus enemigos, al tiempo mismo que el Salvador dirigía su vista á su querida Madre, y se encontraron sus miradas. Jesús bajó conmovido los ojos, y la Santísima Virgen quedó inmóvil y como muerta, según escribe San Bernardo.

IV

Temiendo los judíos que se les muriera Jesús antes de llegar al Calvario, no por aliviarle, sino por la gana que tenían de verle morir en la Cruz, obligaron á un hombre que pasaba por allí, natural de Cirene, llamado Simón, el cual tenía dos hijos entre los discípulos del Señor, á que cargara con la Cruz: y ése la llevó entonces sólo hasta llegar al Calvario ó lugar del suplicio, que ya distaba poco.

Ningún hombre de la soldadesca judía quiso cargar con la Cruz, y ella, no obstante, nos predica la *latitud*

CRUZ PROCESIONAL DEL SIGLO XV. — CONVENTO DE LA ENSEÑANZA (BARCELONA)

Medalla del tiempo de Justiniano.

de la misericordia, la *longitud* de la justicia, la *sublimidad* del poder de Dios y lo *profundo* de su sabiduría infinita.

Cristo dijo: *El que no lleva mi Cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.*

V

Una numerosa chusma caminaba al frente de Jesús, conduciendo en sus manos objetos de horror para el sacrificio... tenazas, martillos, cuerdas, escalas, hiel, vinagre y un sinnúmero de otros aún más horribles. El Salvador seguía en pos de ellos, atados su cuello y manos santísimas, vestido con su manchada túnica, acompañado de dos ladrones, cubierto de sangre de pies á cabeza, y conservando apenas la figura de hombre, según el vaticinio de un profeta.

Otra numerosa turba seguía á Jesús; unos le insultaban con palabras impías; otros le cubrían de salivas y de lodo; otros tiraban con ímpetu de sus ligaduras, hasta hacerle caer, y todos gritaban con sed insaciable de venganza.

Una piadosa mujer, llamada Verónica, vió aquel rostro divino *á quien deseaban contemplar los ángeles*, y movida de compasión quitóse la toca, atropellándolo todo y, acercándose al Salvador, le enjugó el rostro.

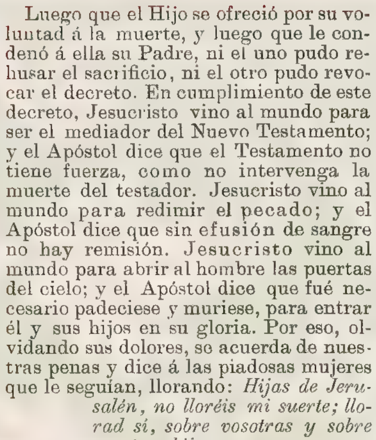
VI

¿No se dará ya por satisfecha la justicia de Dios? No: el orgullo desmedido del hombre pide todavía más y más humillación. Cesarán los azotes, será el reo desatado de la columna, habrá visto á su amada Madre, besó el polvo bajo el peso de la Cruz; pero sufrirá nuevos insultos, nuevas humillaciones. Humillaciones é insultos, dice un Santo Padre, para los que todos los dominios del infierno comparecieron en Jerusalén, y entraron en los corazones de los judíos humillando al Santo de los Santos.

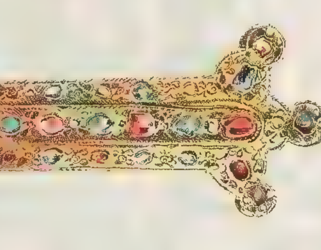
Jesús cae por segunda vez con la Cruz. Las injurias y golpes se redoblaron con los dolores y tormentos.

VII

El pecado exigía necesariamente una satisfacción infinita, y cuarenta siglos transcurridos desde la consumación de la primera culpa, habían testificado al hombre su impotencia para repararla.



Luego que el Hijo se ofreció por su voluntad á la muerte, y luego que le condenó á ella su Padre, ni el uno pudo rehusar el sacrificio, ni el otro pudo revocar el decreto. En cumplimiento de este decreto, Jesucristo vino al mundo para ser el mediador del Nuevo Testamento; y el Apóstol dice que el Testamento no tiene fuerza, como no intervenga la muerte del testador. Jesucristo vino al mundo para redimir el pecado; y el Apóstol dice que sin efusión de sangre no hay remisión. Jesucristo vino al mundo para abrir al hombre las puertas del cielo; y el Apóstol dice que fué necesario padeciese y muriese, para entrar él y sus hijos en su gloria. Por eso, olvidando sus dolores, se acuerda de nuestras penas y dice á las piadosas mujeres que le seguían, llorando: *Hijas de Jerusalén, no lloréis mi suerte; llorad sí, sobre vosotras y sobre vuestros hijos.*



VIII

Cuando se conduce algún criminal á quitarle la vida, se oculta de ordinario el instrumento de su suplicio, se usa de alguna compasión en estos momentos, aún con los más facinerosos; pero con Jesús se olvidó toda consideración, se sofocó todo sentimiento.

Debilitado, falto de sangre y de fuerzas, apenas podía sostenerse: cada paso era señalado por una caída; no hubo ningún lugar que no quedase teñido con alguna gota de la poca sangre de sus venas.

El *resplandor de la gloria del Padre,* consuelo de los mártires, hermosura y alegría del cielo, cae en tierra, primera, segunda y tercera vez.

El sumo abatimiento á que se vió reducido, lejos de mover á compasión, sirvió para exasperar más el furor de sus enemigos.

IX

La horrible procesión llegó al Gólgota. Los judíos, llenos de estúpida alegría corrían de una á otra parte preparando lo necesario para el sacrificio. Una tumultuosa oleada de aquellos malvados se acercó al Salvador arrancándole con ímpetu sus vestiduras. Si cuando nos curan una herida, por fino que sea el lienzo que la envuelve y por cuidado que tenga la más cariñosa madre, sentimos dolor al despegarse la tela de la carne viva, ¿cuál sería

CRUZ PROCESIONAL DEL SIGLO XIII. — CATEDRAL DE OVIEDO.

Mosaico existente en la Catedral de Rávena.

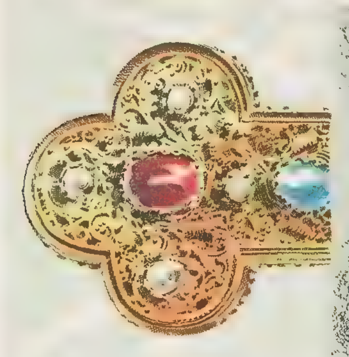
el tormento de Jesús al quitarle las vestiduras?

La afligida Virgen, viendo á su querido Hijo desnudo, lleno de rubor en medio de un inmenso pueblo, se arrojó entre la multitud, y, arrancando el velo con que cubría su rostro, según costumbre de las mujeres hebreas, envolvió con él el cuerpo sacrosanto del Redentor.

En seguida dióse principio al cruel sacrificio.

X

Clavado en la Cruz el Hombre Dios, fué levantado en alto y dejado caer en el hoyo con sacudimiento tan violento, dice San Buenaventura, que le hizo perder el sentido y renovó todas sus llagas.



Aun cuando hay muchas opiniones entre los autores, creemos que Jesús fué clavado con cuatro clavos, sin que la Cruz tuviera sustentáculo alguno.

Jesús fué puesto en la Cruz, no de cara, sino de espalda á la ciudad de Jerusalén, al Oriente y mirando al Occidente, entre otras razones, para que se cumplieran las palabras de Jeremías. Fué crucificado á la hora de sexta que, según el modo de contar de los romanos, era muy cerca del mediodía, y vivió, pendiente de la Cruz, sufriendo los más agudos dolores, tres horas largas, hasta la de nona, ó sea las tres de la tarde.

Era costumbre dar á los reos, con objeto de hacer menos dolorosos los martirios, una bebida compuesta de vino, mirra y otras substancias soporíferas; *vinum mirratum*.

Pero á Nuestro Señor Jesucristo, lejos de darle esta bebida, como solían practicar los hebreos desde el reinado de Salomón, tuvieron la cruel é inhumana com-



placencia de presentarle una mistura de hiel y vinagre.

XI

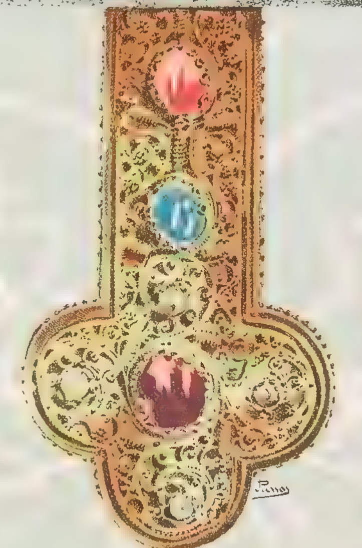
Fué crucificado el Señor entre dos ladrones, para mayor ignominia, en cumplimiento de lo vaticinado. «Ha sido contado entre los malos».

«Al subir con mis pensamientos sobre el monte Calvario, dice en uno de sus brillantes discursos, recientemente publicados, el incansable y virtuoso misionero Monseñor de Rojas, ante mis ojos aparece crucificado en la Cruz, Jesús, el Hijo único de la Santísima Virgen María. Pendiente de aquel madero con todo el peso del cuerpo, sostenido sólo por tres clavos, coronada la cabeza de punzantes espinas, lo veo entrar en la más penosa agonía. Jesús no puede sostener por mucho tiempo la vida en medio de tantos y tan atroces dolores».



«Jesús habla, dice en uno de sus brillantes discursos, recientemente publicados, el incansable y virtuoso misionero Monseñor de Rojas, y sus palabras dan claramente á conocer el deseo vivísimo que tiene de nuestra salvación. Jesús muere, y al morir quiere darnos á todos nueva vida; á todos llama para que oigan sus voces, que son palabras de caridad y de amor por nosotros. Y Dios habla con dulzura siete palabras, que son siete consejos divinos, en los cuales anuncia en compendio cuanto había enseñado en la predicación del Santo Evangelio. Son como siete sentencias llenas de sabiduría, en las cuales nos enseña cómo debemos portarnos con Dios, con nuestros prójimos y con nosotros mismos.»

Jesús pidió perdón para sus enemigos. Concedió al buen ladrón el Paraíso. Nos dió por Madre á su Madre.—¡Dios mío, Dios mío! ¿por



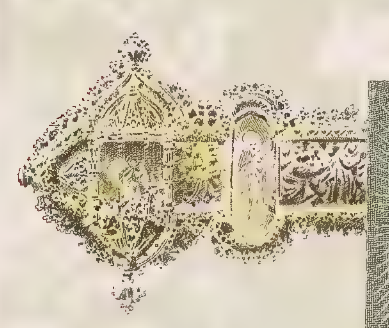
CRUZ-RELICARIO DE FILIGRANA Y PIEDRAS PRECIOSAS. SIGLO XV — COLECCIÓN DEL CONDE DE VALENCIA

Cartón de Leonardo de Vinci.

qué me has abandonado?—dijo en su dolor y desconsuelo. Sufrió sed espiritual y natural. Consumó la obra de la Redención y en las manos de su Padre encomendó el espíritu.

XII

Los judíos no podían imponer la pena de muerte en el día de la Pascua, ni los cadáveres de los ejecutados debían estar tampoco manifiestos aquel día en el lugar del suplicio. Era necesario, por tanto, arrancar el del Salvador de la Cruz, porque aquel mismo día, según unos expositores, ó al día siguiente, según otros, se celebraba esta solem-



nísima fiesta. Los soldados romanos inspeccionaron los cadáveres que habían sido crucificados y, al ver que Jesús era realmente muerto, como habían informado á Pilatos el Centurión y los sacerdotes judíos, uno de los que formaban la cohorte atravesó con una lanza el costado de Jesús. Y aquel corazón de fuego, según la hermosa metáfora de Jeremías, aquel incendio de amor oculto, no pudo contenerse ya en tan estrechos límites, dice Santo Tomás de Villanueva, y se manifestó á la vista de los mismos ingratos y sangrientos verdugos.

Era ya muy cerca de la noche cuando aparecieron los santos varones y, bajando de la Cruz al Salvador, lo entregaron á su querida Madre.

Entonces estrechando contra su pecho el cadáver del amado de sus entrañas, renovó los tormentos que había experimentado su alma durante el tiempo de tan cruel sacrificio.

La Historia nos pinta el desconsuelo de la reina Ariga, que, habiendo perdido á su esposo en lo más regio de un combate, lo halló al fin despedazado y cubierto de sangre, y, estrechándolo contra su pecho, murió por la vehemencia de su dolor. La Historia Sagrada nos describe el llanto universal del pueblo de Israel, cuando el desgraciado príncipe Josías fué muerto por sus enemigos, á la vista de sus hijos que le adoraban. Pero nada es bastante á bosquejar el dolor de la Virgen al contemplar muerto á su Hijo.

En proporción del amor es el dolor que se sienta por la pérdida del objeto amado. Cuanto el sujeto es más sensible y el objeto más digno, el dolor se aumenta en formidable incremento.

XIII

Jesús fué colocado en un sepulcro abierto en una roca, para darnos á entender cuál debe ser la firmeza de nuestro corazón. Estaba este sepulcro en un jardín: porque como en un jardín fué donde pecó el primer hombre y mereció la muerte, quiso el segundo Adán ser sepultado en un jardín, para resucitar-

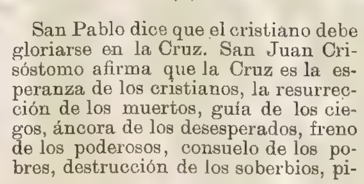


nos consigo y darnos una nueva vida.

El sepulcro en que fué enterrado Jesús no era suyo. Ya él lo había anunciado así, en otro tiempo. *Las bestias del campo tienen sus cuevas y madrigueras para recogerse; pero el Hijo del Hombre no tendrá sobre qué reclinar su cabeza.*

«María, dice también Monseñor de Rojas, necesitó hacer un esfuerzo sobrehumano para retirarse de aquel sitio donde su alma quedó sepultada con el Divino Jesús. Separada, por fin, de aquel sér que tan tiernamente amaba y la había amado, se encontró sola en medio del inmenso páramo del mundo, semejante á una flor á quien el furioso vendaval ha tronchado el tallo, ó como una enredadera á la cual falta de pronto el apoyo que la sostiene».

Al acercarse María, cae de rodillas, se abraza á la Santa Cruz con efusión y la adora con toda la ternura de su grande alma.



* * *

San Pablo dice que el cristiano debe gloriarse en la Cruz. San Juan Crisóstomo afirma que la Cruz es la esperanza de los cristianos, la resurrección de los muertos, guía de los ciegos, áncora de los desesperados, freno de los poderosos, consuelo de los pobres, destrucción de los soberbios, pi-

CRUZ PROCESIONAL DE PLATA, DE ESTILO OJIVAL, ARTE ESPAÑOL DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI. – IGLESIA DE AMUSCO.

El «Redentor del Mundo»; pintura de Aníbal Carracci.

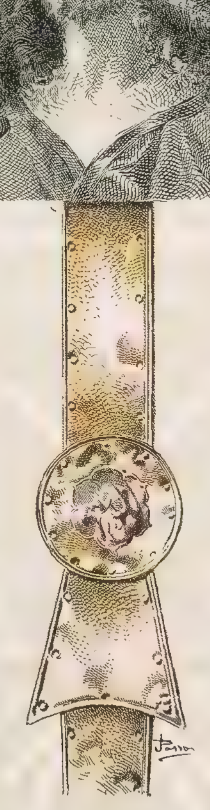
loto de los navegantes, padre de los huérfanos, apoyo de los desvalidos, custodio de los niños, ayo de los jóvenes, director de los hombres, y fin de los ancianos.

San Juan Damasceno dice que la Cruz es la llave que nos abre las puertas del Paraíso.

Y San Agustín dice, que cuando en el último día de los siglos venga el Señor á juzgar á los vivos y á los muertos le precederá la Cruz, á la manera que ante los soberanos preceden sus estandartes ó insignias.

A. Aragón Fernández

misionero apostólico



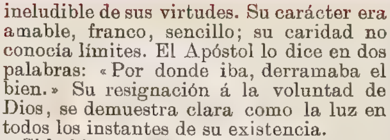


¡JESÚS!

La profecía se ha cumplido: el Salvador del mundo ha visto la luz en un rincón de la Judea. No ha nacido en un soberbio palacio, sino en un pesebre obscuro y solitario; no se ha revelado á los poderosos de la tierra, sino á los pequeños y humildes; no ha reunido en torno de su cuna á los felices, sino á los desgraciados; declarándose con preferencia por este primer acto de su vida, Dios de los pobres.

Jesucristo aparece entre nosotros lleno de gracia y todo verdad; la autoridad y dulzura de su palabra subyuga; en sus milagros, entra por más la bondad que el alarde del poder; para inculcar sus preceptos elige el apólogo ó la parábola, que se graban fácilmente en el espíritu de los pueblos. Ante las flores del campo, exhorta á sus discípulos á que esperen en la Providencia, que da vigor á las plantas y alimento á los pájaros; al contemplar los frutos de la tierra, les enseña á juzgar á los hombres por sus obras. Le presentan un niño y recomienda la inocencia; se ve entre pastores, y se titula pastor de almas, y se representa llevando á las espaldas la oveja descarriada.

No hay ejemplo en la historia de las antigüedades de un filósofo sin vicios, ni de un patriarca sin debilidades; Jesucristo es el único sin tacha; el impecable por naturaleza. Puro y sagrado como el tabernáculo del Señor, respirando amor divino y humano, lleva á cabo, en medio de sus dolores, la grande obra de nuestra redención, imponiendo su doctrina por el ascendiente



ineludible de sus virtudes. Su carácter era amable, franco, sencillo; su caridad no conocía límites. El Apóstol lo dice en dos palabras: «Por donde iba, derramaba el bien.» Su resignación á la voluntad de Dios, se demuestra clara como la luz en todos los instantes de su existencia.

Si hubiera venido al mundo de los pecadores, conservando su esencia divina, facilísimo le fuera practicar tantas virtudes y soportar males tan feroces; pero ¡he aquí lo sublime del misterio!: Jesús sentía el dolor corporal y sufría su corazón torturas cruentas, como cualquiera de los míseros mortales. Y, sin embargo, en sus labios sólo había palabras de amor, de consuelo, de perdón.

«Amaos los unos á los otros» predicaba constantemente, para que esta máxima, difundida por todos los ámbitos de la tierra, abriera á quien la practicara las puertas del cielo. «¡Perdonadles, Señor, que no saben lo que se hacen» pedía fervorosamente á su Padre, compadecido de sus implacables verdugos.

Derramó copiosas lágrimas al separarse de sus discípulos bien amados, presintiendo los terrores de la tumba y las angustias de la Cruz; sangriento sudor rodó por sus mejillas, y lamentóse amargamente del abandono en que le tenía su Padre.

Cuando el ángel le presentó el cáliz á él destinado, exclamó: «¡Oh, padre mío! aleja de mí ese cáliz; pero si he de apurarlo, hágase tu voluntad.» Y escapó de su boca aquella exclamación que respira la sublimidad del dolor: «Mi alma estará triste hasta la muerte.»

¡Ah! si la moral más pura y el corazón más tierno, si una vida consagrada á combatir el error y á endulzar las amarguras del linaje humano, son los atributos de la divinidad: ¿quién osará nunca discutir ó negar la divinidad de Jesucristo?

Modelo de todas las virtudes, la amistad le ve adormecido en el regazo de San Juan y legándolo como hijo á su Madre; la caridad le admira en la defensa de la mujer adúltera; la piedad le encuentra en todas partes, enjugando las lágrimas del infortunio; revélase en el amor que le inspiran los niños su candor y su inocencia; la entereza de su alma resplandece entre los tormentos de la Cruz, y su último suspiro es un suspiro de misericordia.

* * *

CRUZ DE PLATA Y ESMALTES TRASLUCIDOS, SIGLO XV. — Catedral de Vich

Retrato de Jesucristo; por Aníbal Carracci.

PROFECÍA DE LÁZARO



Lázaro despertó: sus grandes ojos
como dos rosas de color violeta,
se abrieron á la luz del sol; el cielo
de la Betania pareció más niño
á sus miradas; el paisaje todo,
como bañado en juventud, surgía
de un mundo nuevo, transparente y puro
cual si hubiese caído alguna lluvia
de salud y verdor sobre la tierra.
Allí estaba Jesús, el Nazareno,
ante la turba de judíos; Marta
y María, de hinojos y llorosas,
besábanle la fimbria de su túnica
y quedaba en sus labios luz.

Las gentes
contemplaban á Lázaro, que mudo
y pensativo, sus soberbios ojos
fijó en los de Jesús, y todos vieron
la sombra luminosa de Isaías
confundirse con Lázaro; su rostro
se iluminó como si en su alma hubiese
una encendida lámpara y dió un paso
hacia Jesús; tan hondo fué el silencio
que se sintió como el sollozo fúnebre
de una visión solemne. Las palabras
de Lázaro cayeron como enjambre
de nómadas luciérnagas de fuego
en las tinieblas de la noche: ardían.
La voz se alzó diciendo lentamente:

«Huyó, pasó como salvaje cisne
mi fresco sueño del sepulcro; un rayo
de tibio sol vivificó el follaje
del lúgubre ciprés que en mi alma llevo,
y á tu acento, Jesús incomparable,
como al de un arpa entre las viejas hayas
de la ignorada selva, el pensamiento,
hambriento buitre, se prendió en el árbol.
¡Oh! ¡No debiste despertarme! Tiene
la vida yo no sé qué amargo acíbar
ni sé qué impulsos de feroz combate
que al hombre niegan su divino origen;
siempre que miro en torno hallo en las bestias
como un fondo común con los humanos
que me detiene á meditar y siento
aquí en mi sér un animal de presa
que se alimenta con mi propia sangre
y con mi propia vida; y si hoy dormía
la torva fiera su mortal letargo,
¡ay! tú debiste comprender, ¡oh Cristo!
que no era bueno despertarle, que antes
era preciso penetrar en mi alma
para saber mis pensamientos últimos,
mis postrimeras ansias, que debían
ser las primeras, al venir de nuevo
al mundo del engaño. Tus palabras
que han prometido un más allá celeste,
donde la dicha es para el alma buena,
me convidaron á morir, y vuelvo
de largo viaje sin saber un algo
de la verdad de tus promesas dulces,
con sólo la impresión de haber dormido
solo y helado sobre blanda tierra,
después de murmurar á mis oídos
la voz de alguna virgen: «duerme, duerme
»el hondo sueño de la nada, olvida
»tu amor y tu existencia, y sobre todo,
»la caridad y la justicia eterna,
»el ultraje sangriento de los hombres
»que mienten y que engañan».

Y tú mismo,
¿no sientes en los hombros el tormento
de todas las falaces esperanzas
que, como alondras desbandadas, brotan
de la vivaz vegetación del alma
de las turbas creyentes que te adoran?
¡No las engañes más, Jesús! Recuerda
que porque sufren, porque están heridas
del cuerpo y del espíritu, se embriagan
con el olor bendito del ensueño
de la justicia y la igualdad; te buscan
y van en pos de ti, porque para ellas
eres la flor que se adelanta al suave
despertamiento de una nueva vida
de juventud y de ventura; siguen
por los caminos ásperos tus pasos
imaginando que eres Dios del mundo,
llamándote Mesías; ¡Cristo! ¡Cristo!
no las engañes más; ya que enseñaste,
enséñales verdad, Hijo del Hombre,
no más que la verdad, cristal sagrado
que agosta las mentiras de la tierra
y ve la paz del porvenir, que avanza
trayendo los tesoros de la ciencia,
como marchan cargados los camellos
con escencias de Arabia. Sé más grande
que los dioses mentidos de los hombres,
para vivir por siempre en su recuerdo.
Ve como Jehová flota en su tumba
de nubes cual un náufrago olvidado,
mientras guarda Moisés sus templos limpios,
olorosos á nardo, en la memoria
de los hijos de Israel. Olvida, olvida
el loco afán de tus creyentes, piensa
que no has de hacerte Dios porque los hombres
no dejarán de derribarlos todos
con un hacha mortal: su entendimiento.

Detén tus ojos de águila en los siglos
que han de venir, algunos, como buitres
del Setentrión, los otros, como cuervos
de negras alas que saldrán graznando
de monasterios y castillos, y otros,
como águilas bañadas en la lumbre
de un vasto sol que no hemos visto nunca:
el astro del Análisis, la Ciencia
clamará entonces que engañaste al mundo,
y que si fuiste Dios, fuiste pequeño;
mas si nacido de mujer, el sueño
de redención más bello y más profundo».

Y Lázaro calló. Con hondo espanto
ante él bajó Jesús la mustia frente,
y brotó la divina pasionaria
en el lugar que humedeció su llanto.

ROBERTO BRENES MESEN
(Costa-Rica).

NOTA. Las imágenes de Jesús que damos en el presente número, orladas por las cruces, son acaso las más curiosas y poco conocidas; por lo cual tienen á nuestro jucio gran valor artístico é histórico, y serán vistas con agrado por nuestros suscriptores. El artista señor Passos las ha reproducido, al efecto, con la escrupulosidad que le caracteriza, de documentos rigurosamente auténticos.

CRUZ PROCESIONAL DE PLATA DORADA, SIGLO XV AL XVI. — COLEGIATA DE OSUNA.
Fresco en las Catacumbas de Domitila. Roma.

JESÚS DE NAZARETH

El sol en el ocaso: la llanura
reflejando matices de oro y grana:
de la montaña de Safet, lejana,
orlada con festones de verdura,
bajan cálidas brisas perfumadas
por las flores silvestres: en el lago
Genesareth las ondas agitadas
murmuran con cadencia, y su eco vago
se pierde, entre selváticos rumores,
en las rocas con brillo de topacio
donde anidan los pájaros cantores
que, en raudos giros, cruzan el espacio.
En la ribera, un grupo numeroso
de humildes pescadores
escucha con silencio respetuoso
la voz sonora, dulce y persuasiva
de un joven nazareno
de mirada brillante y expresiva,
que, de entusiasmo lleno,
invocando de Dios el santo nombre,
la *buena nueva* por doquier proclama
de que se hará la redención del hombre
por la fe y el amor... ¡y él ora y ama!

Su elocuencia sencilla
no tiene ni la flora exhuberante
con que la clásica oratoria brilla,
ya en la *agora* de Atenas, impetuosa,
ya en el *pórtico*, pulcra y elegante,
ya en el foro romano, majestuosa.
Para el pueblo predica,
y en tono familiar y frase clara
con fáciles parábolas esplica
la doctrina sublime que anunciara
el profeta en sus *trenos* misteriosos,
cuando á los hijos de Israel decía
que habían de llegar tiempos gloriosos
en que Jehová á su pueblo enviaría
el *verbo* redentor, signo divino
esculpido en el libro del destino.

Jesús de Nazareth llama á su lado,
con tierno afecto, á aquellas pobres gentes
que, al nacer á la vida, traen marcado
el sello del dolor sobre sus frentes;
y en torno de él acuden con anhelo
los niños, los enfermos, las mujeres,
los viejos, los mendigos, cuantos seres
sobre la tierra lloran sin consuelo.
En sus almas sencillas, candorosas,
llenas de fe, sedientas de esperanzas,
inculca las promesas generosas
que condensan las bienaventuranzas;
y esa idea sublime
de una vida futura que repara
la injusticia social y que redime
al caído, y la gloria le prepara
al desvalido que en silencio gime,
arraigando en la ignara muchedumbre,
le presta aliento nuevo é inagotable
para sufrir la inmensa pesadumbre
de su infortunio rudo y perdurable.
Ya su existencia triste y azarosa
no abruma al pobre, porque al cielo mira...
¡Religión popular, grande y hermosa,
la que el *«Sermón de la Montaña»* inspira!

Un Dios único, eterno y justiciero,
padre común de todos los humanos;
la Paz triunfante sobre el mundo entero;
por la Fe y el Amor todos hermanos;
la mundanal riqueza despreciada;
la Virtud con respeto enaltecida;
la Caridad doquiera promulgada
con entusiasmo, como ley de vida;
la materia humillada ante la idea;
vencido el mal, triunfante la justicia...
¡Tal es el sueño hermoso que acaricia
Jesús de Nazareth en Galilea!

¿Profética visión consoladora
ó fantástica utopía irrealizable?...

Su misión redentora
cumplió ya el Cristo en hora memorable;
del Gólgota brotó la luz divina
que, irradiando doquier sus resplandores,
los ámbitos del mundo aún ilumina;
y, católica un día, la doctrina
tuvo apóstoles, mártires, doctores,
pontífices, concilios, ritos, leyes,
templos soberbios, culto esplendoroso,
homenajes de príncipes y reyes
y espiritual imperio poderoso.
Mas ¡ay! el ideal que acariciara
Jesús de Nazareth, ¡está muy lejos!
La sociedad que ayer se organizara
al calor de sus dogmas y consejos,
hoy á ciegas camina hacia el abismo,
presa de una mortal indiferencia
y un frío y desdeñoso escepticismo
que el alma hiela y mata la conciencia.
Se hace cínico alarde de ateísmo;
á la guerra se azuza á los hermanos
por fanáticos bandos, siempre hostiles,
y al pobre pueblo explotan, inhumanos,
rudos escribas, fariseos viles,
crueles é insaciables publicanos.
El dulce nombre de Jesús, que evoca
en toda alma piadosa una esperanza,
hay quien le niega con soberbia loca;
quien, blasfemo, contra él injurias lanza;
y quien, infame hipócrita, le invoca
como grito de guerra y de venganza.
¡Ah! no es posible, no, que Dios consienta
de una guerra insensata los horrores
con que sueña el fanático que alienta
en su alma vil los odios y rencores
de esa pasión maldita
que á hermanos contra hermanos precipita.

Yo, que la santa paz amo y bendigo,
aún la ilusión consoladora abrigo
de que un tiempo vendrá en que el mundo vea
triunfante, luminosa, pura y clara
la religión de amor que predicara
Jesús de Nazareth en Galilea.
Y, cual en sueños, ya en mi patria hermosa
miro surgir como visión luciente,
entre nubes de nácar y de rosa,
el Angel de la Paz resplandeciente
que, ahuyentando al espectro de la guerra,
canta, al par que sus blancas alas bate:
«¡Gloria in excelsis Deo! . . . . . .
. . . . Et in terra
pax hominibus bona voluntate.»

E. SÁNCHEZ VERA



CRUZ PROCESIONAL DEL RENACIMIENTO. — CATEDRAL DE TOLEDO
Medalla hebrea existente en el Museo de Oxford

A. MÁS Y FONTDEVILA



PROCESIÓN DE SEMANA SANTA EN UN PUEBLO DE LA COSTA — CATALUÑA.



Cuadro de José M. Tamburini. *Salón Robira, (Fernando VII, 59.*

AMOR QUE SALVA

Satanás observó un día que en su reino se habían dulcificado mucho los réprobos y que Belial, su segundo jefe, descuidando el importante ramo de los tormentos, se entregaba más de lo conveniente á viajes secretos, de los que siempre volvía con mejor humor y menos actividad.

Belial ¿iba á la tierra á pervertir á los humanos, como era su deber, ó se iba humanizando él?

Decididamente, urgía poner remedio á mal tan grave, y Satanás dedicóse á buscar substituto á su negligente secretario.

Necesitaba un auxiliar enérgico para su eterna obra de perdición y de crueldad; pero un auxiliar fiero y duro como él, como él insensible al bien, sordo á las humanas quejas, ciego para la belleza, soberbio con los grandes, cruel con los débiles, ajeno siempre á toda virtud, sin enmienda ni arrepentimiento posibles.

***

En el lindo pueblo de X halló Satanás á su hombre.

Allí, en aquella tierra linda, limpia y alegre como ninguna, encontró el diablo donde escoger.

Entre los mozos del pueblo, honrados y trabajadores, habíalos también perversos hasta lo inconcebible.

Decíase de alguno que, impaciente por disfrutar los bienes de su padre, asesinóle alevosamente en el tranquilo hogar; á otro, señalábale la opinión pública como verdugo de inocentes criaturas estranguladas por sus traidoras manos; aquél, era tildado de corruptor incorregible de tiernas muchachas; tal cual, huésped abonado á cárceles y presidios, era sin embargo reputado entre aquella calaña como tímido novato en tan *brillante* carrera, y entre todos ellos, como su jefe indiscutible, al que propios merecimientos y ajenos aplausos habíanle concedido tan suprema distinción, descollaba el *bravo* Rogerio, criminal empedernido, mozo cruelísimo y feroz, que desde sus primeros años mostró sus sanguinarios instintos, maltratando animales, saqueando tumbas, asesinando mujeres y niños y que más tarde, educado entre la *taifa*, fué el espanto y terror de la comarca por sus singulares é inauditos crímenes.

A él dirigióse Satanás, seguro de su elección y orgulloso de su futuro colaborador.

Pocas pero expresivas palabras bastaron entre ambos; ambición, soberbia, crueldad implacable, eterno odio á Dios y á la humanidad y guerra á la virtud. Tales eran los servicios que prestaría el nuevo secretario, á cambio de tener bajo su yugo á todos los condenados. Satanás, por su parte, contaba de antemano con el alma de Rogerio.

***

—Mira, Rogerio, ó tú ó yo nos hemos equivocado. Allá en el mundo te creí *malo;* hoy sospecho que me engañas. Tus crueldades son pasajeras, tus castigos leves, tus odios platónicos; entre Belial y tú hay mucha diferencia: mientras él rabia y maldice, tú ríes y sueñas; él castiga sin piedad, tú acusas sin rencor; él odia á los humanos, tú te acuerdas demasiado de la tierra. ¿Qué te ocurre? ¿Estás arrepentido de tu nuevo cargo?

—No, mil veces no. Quisiera tener entre mis manos la vida entera de la humanidad para ahogarla en sangre de inocentes; si yo pudiera, borraría del corazón de la madre hasta el amor á sus hijos, y de la mente de Dios hasta la idea de la justicia. No, no es lo que tú supones... Mira; hay en aquel rincón del mundo donde me encontraste, una mujer rubia como la miés en Agosto, blanca como la nieve que cubre los picos de la sierra, como el copo antes de posarse en el fango de la calle, inocente y pura como el sueño del hijo en el regazo de su madre, que desde niño fué mi único temor; de hombre, mi solo consuelo: cuando todos me despreciaban, ella me sonreía, y, al acariciarla yo, temblaba de gozó entre mis brazos, como los pétalos de la rosa que el viento agita...

—¡Basta! — rugió Satanás.—¡Estás enamorado de esa mujer! ¿No es cierto?

—Oh, sí, enamorado, loco; nada hay que pueda borrar de mí su dulce recuerdo.

—Pues bien; vete, imbécil, vete; no me sirves aquí. Yo soy todo ódio, sombra, pecado brutal, irredimible, y el amor es luz, esperanza, redención; no, no me sirves, huye de aquí; estás enamorado, tú te salvarás algún día y yo no puedo admitir aquí más que incrédulos y desesperados.

Ramiro SIERRA

¡POR SU MADRE!

En una buhardilla casi desprovista de muebles y sobre un camastro que medio cubría miserable colcha de indefinible color, veíase una mujer en cuyas facciones, estropeadas por larga y penosa enfermedad, aún se divisaban restos de pasada belleza. La enferma podría tener unos cuarenta y cinco años de edad, y hacía ya un mes que se hallaba postrada en el lecho sufriendo un reuma articular, muy agudo, al que prestaban escaso alivio los medicamentos prescritos por el doctor.

Para su curación, era de todo punto indispensable tomar ciertas aguas minerales; pero los recursos estaban completamente agotados; todo se había vendido ó empeñado para sufragar los gastos que la enfermedad ocasionaba, y la infeliz mujer veía que sus fuerzas iban disminuyendo y los sufrimientos aumentando.

Junto á la cama de la enferma trabajaba con afán, sin dar paz á las manos, que se ocupaban en confeccionar flores de trapo, una joven de hermoso y pálido rostro en el que se veían dos surcos que las lágrimas habían marcado.

—¿No descansas, hija mía?—preguntó la paciente á la obrera.—Te estás matando con tan continuado trabajo; suspende tu faena, te lo ruego.

—Ya concluyo, madre querida; es cuestión de un momento y, á mi regreso de la tienda, traeré esa nueva medicina que te ha de mejorar.

—¡Hija de mi alma!...—murmuró la enferma, mientras que se enjugaba los ojos que el llanto humedecía.—¡Qué abnegación la suya! ¡Es un ángel! ¡Dios la bendiga!

—Ya terminé mi tarea, voy á entregarla, y antes de media hora estaré de vuelta: ¿necesitas algo, mamá?—dijo la joven disponiéndose á salir.

—No, hija mía; vete tranquila.

Cambiaron un beso la madre y la hija, marchándose la segunda á entregar su obra.

Cuando regresó María, encontró á su madre presa de un fuerte ataque. La pícara enfermedad no cedía ante ninguna medicación.

—¡Qué martirio, Dios mío!—exclamaba aquella buena hija.—¡Es horrible ver sufrir á una madre y saber que, lo que la salvaría, no se halla á nuestro alcance! ¡Cuánto no daría yo por ser dueña de la suma necesaria para que la que me llevó en sus entrañas recobrase la salud!

Acercóse la joven á la enferma y la dió una cucharada del medicamento que había traído. En este momento, llamaron á la puerta. Salió María y volvió acompañada de un hombre de bastante edad, pero bien conservado. Era el dueño de la casa, que ocupaba el cuarto principal.

—¿Cómo se encuentra usted, señora?—preguntó á la paciente.

—Muy mal—respondió la interpelada.—Acabo de sufrir otro ataque.

—¡Vaya por Dios! No hay más que tener resignación y confiar en la Providencia. Los males del cuerpo son beneficiosos para el alma, si los soportamos con valor.

—¡Ay!...—suspiró la enferma, que añadió, dirigiéndose á su hija.—Da una silla á don Atanasio.

—No, gracias; tengo algunas cosas urgentes que hacer y me es imposible detenerme; no he subido más que para enterarme de la salud de usted.

—Es usted muy bueno—expresó la madre de María.

—¡Si supieras á lo que viene!...—díjose ésta mentalmente.

—Hasta luego, pues—añadió el *casero*.

—Vaya usted con Dios, don Atanasio; acompáñale, hija mía.

Obedeció la joven y, cuando llegaron á la puerta, volvióse el propietario de la finca, diciendo á la obrera:

—Ya lo ve usted; su mamá se muere, conoce usted el remedio que la salvaría y se lo niega.

—¿Y á qué precio lograré su vida?—murmuró la infeliz muchacha.

—Una hija debe sacrificarse por su madre—profirió don Atanasio,—y si usted quiere irá á los baños...

—¡Sí, irá con lo que produzca la venta de mi honra!—exclamó llorando María.

—Si prefiere usted su muerte...—insistió el viejo libertino.

—¡No!... ¡Quiero que viva! Es lo único que me resta en el mundo, adoro á mi madre y estoy pronta al sacrificio—prorrumpió la muchacha.

—Entonces...—balbuceó aquel infame.

—Traiga usted el dinero que juzgue necesario, el indispensable únicamente, no quiero un céntimo más, y dispóngase para recibir la mercancía que ha comprado. Voy un momento á la calle, subo en seguida y aquí le esperc—expresó rápidamente María bajando con precipitación la escalera.

Don Atanasio fué á su casa, tomó un billete de quinientas pesetas, subió de nuevo, colocóse junto á la puerta, y allí, con los ojos chispeantes y una sonrisa de *sátiro*, esperó la presa que tanto codiciaba.

No tardó ésta en llegar.

—¿Tiene usted ahí *eso?*—preguntó María.

—Aquí está—respondió el aludido presentando el billete de banco.

—Démelo que voy á guardarlo, é inmediatamente se cumplirán las condiciones de nuestro contrato. ¡Espere!

Entró María llevando en su mano el dinero y don Atanasio esperó.

Un instante después, se oyó un gemido, y la voz de María que, algo insegura, dijo:

—Puede usted venir cuando guste.

Apresuróse el innoble anciano y, cuando pisó el umbral de la puerta, retrocedió espantado.

En el centro del departamento, estaba María con los brazos cruzados; pero no la encantadora María de antes, sino otra cuyo semblante veíase desfigurado por profundas cicatrices. *¡Se había quemado el rostro con vitriolo!...*

—¿No viene usted por su presa?—manifestó la heróica joven dominando los atroces dolores que debía sufrir.—¡Aquí la tiene usted... es suya!

—¡Horror!...—balbuceó don Atanasio, y como un loco se precipitó por la escalera.

—¡Ya tengo tu salud, madre mía!—dijo la valiente María cuando se vió sola.—El remedio cuesta algo caro, mas no importa: ¡He perdido mi hermosura, pero he ganado una madre!

F. DE TORRES Y GISBERT



Cuantos tenían en alguna estima el esplendor de nuestro teatro nacional, lamentan sinceramente la pérdida de este insigne actor, último de aquella gloriosa pléyade que tanto contribuyó á enaltecerlo y que en la actualidad hemos de considerar irreemplazable.

Dotado de singular talento y de una intuición dramática de primera fuerza, fué á no dudar el que durante el postrer tercio del pasado siglo poseyó en mayor grado el don de entusiasmar al público, conmoviéndole con la energía de su fascinadora dicción y subyugándole, en bien estudiados momentos, con los geniales arranques á que se prestaba su arrogante figura.

Muchos de los autores que han conquistado alta reputación, le deben gran parte del éxito de sus obras, pues en el estreno de ellas sabía dar extraordinario realce á las bellezas y sortear con habilidad suma los escollos, que pasaban desapercibidos, para el espectador.

Entrado ya en el periodo decadente, casi agotadas sus facultades por largos años de asiduo trabajo, más honroso que productivo, la lucha por la existencia le obligó, bien á pesar suyo, á abandonar su patria y trasladarse al continente americano, con la esperanza acaso de realizar un pequeño capital que asegurara su vejez;... y allí acaba de pagar el común tributo á la tierra, llorado por sus compañeros de expedición y dejando á su amante familia sin el consuelo de rezar sobre su tumba.

¡Descanse en paz el ilustre artista, tan poco afortunado en vida como en muerte!

† ANTONIO VICO; eminente actor español.

BELLAS ARTES

El pintor de las bellezas soñadoras, de las mujeres espirituales, que tan marcada personalidad artística nos revela en sus obras, honra la primera página de este número con una hermosa media figura de mujer, que ostenta, sin ningún género de duda, el sello característico de su autor.

Con la cabeza baja, los ojos entornados, el libro que estaba leyendo abandonado en las rodillas, parece absorta y como escuchando las vagas armonías de la naturaleza, que habla á su oído en los murmullos de la brisa, en el último canto de los pájaros al recogerse en sus nidos.

Aunque obra ligera de forma, revela el innato buen gusto que José María Tamburini pone en todas sus producciones.

El laureado pintor andaluz, Salvador Viniegra, ha pintado para el Album Salón el cuadro que figura en la doble página central. Conocedor de las costumbres de su tierra, presentó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897 su conocido cuadro, *La romería del Rocío*, que dió ocasión á muchos y opuestos comentarios, pero que le reputaban como uno de los artistas que mejor saben agrupar un considerable número de figuras, cosa hoy poco común entre los artistas, á quienes les estorba más de una para sus composiciones.

Probablemente, el boceto que publicamos con el título de *A la Virgen del Rocío*, es alguno de los numerosos apuntes que habrá hecho Viniegra, preparatorios de su importante composición; y por sí solo constituye un vivaracho asunto, lleno de luz y de color, de ese color que sienten con tanta fuerza los pintores de Andalucía.

La *Añoranza*, de J. Nogué, es un sencillo estudio académico que acusa buenas cualidades, y académico también es el *Estudio de cabeza de viejo*, de Andrés Barceló Arneo.

Francisco CASANOVAS

† MASRIERA

No hay palabras para expresar el sentimiento que nos causó hace pocos días la noticia del fallecimiento del distinguido pintor cuyo nombre encabeza estas líneas.

Porque, á la par que admirábamos y aplaudíamos su talento, demostrado en multitud de cuadros que figuran en museos ó adornan los salones de aristocráticas familias europeas y americanas, le debíamos especial gratitud, como colaborador asiduo y valioso del Album Salón, cuyas páginas han reproducido con frecuencia primorosas producciones de su fecundo pincel, y le profesábamos desde la infancia un cariño casi fraternal.

Francisco Masriera—Paco, como le llamábamos vulgarmente los amigos,—gozaba de generales simpatías entre sus compañeros y conquistaba desde luego las de cuantas personas tenían ocasión de tratarle, por su carácter bondadoso y franco, su educación exquisita, su no común ilustración y su caballerosidad nunca desmentida. Poseía, en fin, todas las cualidades necesarias para desempeñar un primer papel en la buena sociedad. Como pintor, era de los más elegantes; como hombre, de los más corrientes, en la verdadera acepción de esta palabra.

Veces distintas le rogamos nos permitiera dedicarle un número extraordinario, como hemos venido haciendo con otros artistas de su talla; ¡ni él ni nosotros podíamos suponer, cuando al fin nos otorgó su venia, que la traicionera muerte no le permitiría presenciar la manifestación pública que nos proponíamos tributarle de admiración y agradecimiento!

Hoy que, ante su sepulcro recién cerrado, sólo nos queda el consuelo de pedir al Todopoderoso, con preces salidas del alma, que acoja en el cielo de los justos la de nuestro malogrado amigo, hemos de limitarnos á consagrarle estas líneas, fiel expresión de la pena que nos embarga, deseando á su desconsolada familia la resignación cristiana que tanto necesitamos todos los nacidos para soportar las terribles amarguras, análogas á la presente, con que de continuo nos amenazan las inflexibles leyes de la naturaleza.

Pero, el que de momento no nos sea dable rendirle mayor tributo, no quiere decir que renunciamos á ello; por el contrario, ha renacido en nosotros con más empeño y tan triste motivo el primitivo pensamiento, y estamos acopiando materiales para publicar muy en breve un número especial digno del finado y de la importancia que supo conquistarse en el mundo artístico.

Si Album Salón no pudo pagarle en vida las atenciones que le debía, probará, en cuanto permitan sus fuerzas, la estimación que profesaba á Francisco Masriera, contribuyendo á honrar y perpetuar su memoria.

* * *



Fot. de Esplugas.

EL EMINENTE PIANISTA ROSENTHAL

TAN APLAUDIDO POR EL PÚBLICO BARCELONÉS EN EL GRAN TEATRO DEL LICEO.

ROSA Y ROSARIO

Créame usted, nada más peligroso que pretender enmendar la plana ó tratar de poner los puntos sobre las *ies* en determinadas cuestiones.

—Es posible.

—¡Y tan posible! Oiga usted lo que me ocurrió por acometer semejante empresa.

—Rosa y Rosario, eran dos jóvenes á quienes yo conocía y trataba desde muy niñas. Ambas eran hijas de familias regularmente acomodadas, pertenecientes á eso que se ha convenido en llamar la clase media.

Los padres de Rosa, eran, como se dice vulgarmente, *gentes á la pata la llana*, sin ambiciones de ninguna clase, que sólo aspiraban á vivir del mejor modo posible; sin que esto quiera decir que no trataran, como cada hijo de vecino, *de arrimar el ascua á su sardina*, siempre que para ello se presentara ocasión.

En cambio, en casa de Rosario, la pretensión en todas sus manifestaciones tenía asiento, y asiento preferente.

Y como no podía menos de suceder en la vida de ambas jóvenes, no dejaron de ejercer influencias, las atmósferas en que cada una se había criado.

Rosa, que, si de niña era un ángel, de mujer era una santa, al morir sus padres, se encontró en los brazos del hombre á quien había querido toda su vida, el cual, á cambio de su mucho talento y una multitud de buenas cualidades, tenía una preocupación que concluyó por resultar defecto—el celibato.—Aquel diablo de pintor á manera del de su mismo nombre que la historia designa con el epiteto del *divino*, acabó por hacer de Rosa su Fornarina, y todo el inmenso amor que á la joven profesaba y la verdadera idolatría que sintiera por los hijos habidos con ella, no fueron fuerza bastante para que concluyera por aceptar la fórmula—matrimonio—todo menos eso.

En cambio, Rosario, que desde muy niña había tenido amores con un muchacho muy simpático y de porvenir, que ya comenzaba á darse á conocer favorablemente en el Foro y en la Tribuna, de pronto dejó á éste plantado, por casarse con un marqués sexagenario, asmático y que por añadidura no tenía una peseta. Y aquí tiene usted, que mientras todo el mundo, al designar á la infeliz Rosa lo hacía diciendo: «la manceba ó la querida del pintor», no había quien no dijera: «la marquesa, ó la esposa del señor marqués», al referirse á Rosario. Pero yo, que por aquel tiempo estaba en edad y condiciones de hacer lo que me dictaba el sentimiento, al nombrar á Rosa, decía: «la esposa del pintor» y «la querida ó la manceba del viejo marqués», al designar á Rosario.

Pues bien ¿sabe usted lo que me costó aquello? Que un primo de Rosario que era una notabilidad en el manejo de las armas, me diera una estocada, de resultas de la cual tuve que guardar cama tres meses.

M. GARCÍA REY

INMORTALES AMERICANAS

ANA LUISA JORDÀN

A raíz de la revolución de 1891 al 92, viajaba yo de Bolivia á Chile y encontrábame á bordo del hermoso vapor «El Imperial», que desde Antofagasta, hacía rumbo para Valparaíso.

Estaban demasiado recientes los acontecimientos, para que las conversaciones no tuvieran tendencia marcada de actualidad y no se citasen nombres que por aquel entonces habíanse popularizado. El repentino temporal político había no sólo sorprendido á toda América, sino también á Europa, y, como era natural, cada cual hacía comentarios, inclinándose ya hacia un partido, ya hacia otro, ya en favor de personalidades según el criterio propio, ó por la marcha de los sucesos y de las aptitudes de los que enarbolaban el estandarte revolucionario.

En el gran centro chileno, en la gran arteria donde se agitaba y palpitaba la política, habían descollado interesantes figuras femeninas, pues sabido es que la mujer, en todas las épocas, en todos los siglos y en la historia de cada nación, ha tomado siempre parte en las cuestiones que ponen en relieve el más hermoso de los sentimientos, el amor á la patria, fibra que jamás deja de responder en el corazón de la hermosa mitad del género humano.

El entusiasmo había sido como un raudal eléctrico que invadió las esferas, desde la más modesta á la más encumbrada, y Santiago era la colmena, la cabeza pensadora y á la vez el corazón de Chile.

Entre los nombres que se mencionaban, por las iniciativas que representaba, era uno de ellos el de Ana Luisa Jordán, hija de don Luis Jordán, diputado al Congreso por el distrito de Caupolicán, y de la señora doña Ana Swinburn de Jordán. El talento precoz de la bellísima niña, habíala conquistado el aprecio y la admiración, pues que en correctísimas cartas en inglés, publicadas en Nueva Yorck y en Inglaterra, daba fiel y exacta cuenta de la marcha de la revolución, detallándola con habilidad suma, y con todo el gráfico colorido de una pluma ya muy avezada en las lides periodísticas.



Avanzaba el vapor acercándose al hermoso desembarcadero de Valparaiso, sorprendiéndonos ya desde lejos por la belleza y suntuosidad de los edificios nuevos, que prestan al puerto chileno el aspecto de ciudad grandiosa, rica y por extremo civilizada.

Ya en sus calles, cautivó nuestra atención el cambio que durante algunos años habíase operado, muy particularmente por haber perdido su carácter de fortaleza con graníticas murallas, merced á que los enriscados peñones habían desaparecido casi por completo. Animadísima y bulliciosa aparecía la ciudad, y un sol espléndido iluminaba los muelles, los edificios soberbios y los lujosos comercios, cuando, en alas de la locomotora, continuamos nuestro viaje para Santiago, en donde tuvimos ocasión de consolidar las ideas y de ver corroborado cuanto habíamos oído á bordo del «Imperial» y que se relacionaba con las hechiceras mariposas del hogar chileno, no solamente al tratarse de aquellas que brillaban en suntuoso salón, sino también concerniendo á las humildes menestralas y modestísimas obreras.

Acudieron á visitarme antiguos amigos, damas distinguidas, y con agradable sorpresa mía me puse en contacto con la gallarda Ana Luisa, juzgando no había sido exagerada la opinión que había formado de aquella niña.

Frase correcta y concisa; facilidad de lenguaje; criterio razonado y, diré más, que ponía en relieve una clarísima inteligencia, más propia del hombre sesudo y pensador, que de una joven adornada con todas las gracias y á quien sonreían todas las ilusiones juveniles. Ana Luisa Jordán, ha heredado la seriedad de principios y el talento de su padre, así como también la alteza de miras y el despejado entendimiento de su madre, escritora de alto vuelo.

Por lo general, la mujer chilena, tiene el carácter elevado y hasta cierto punto severo, y es dada más bien al reposo del hogar, de la vida doméstica, que á las superficiales distracciones del gran mundo; por lo tanto más asombró por la actitud decidida que Ana Luisa tomó durante aquellos dos años luctuosos, rivalizando con otras damas en abnegación y sacrificio, ya en favor de la patria, ya para amparar y defender los sagrados intereses de la familia.

Cuántas veces en las tempestades político-sociales, ha sido la mujer no sólo auxiliar poderoso, sino elemento invencible que, ha derocado los altos fines gubernamentales de grandes hombres de Estado.

Con la pluma y con la acción, con ingeniosa invectiva, entre las arrebatadoras armonías de la música y en la algazara y alborozo del baile, solían ocultarse los planes y se apagaba el ruido de las prensas, que gemían bajo el peso de proclamas, de manifiestos ó de elocuentes comunicaciones, que al corazón de uno ó á la mente de otro, llevaban el pensamiento vigoroso, ó la orden de ejecutar los acuerdos tomados por ambos partidos en pugna

Cuando pasa el tiempo y se calman las pasiones y los enconos políticos; cuando todo vuelve á encauzarse en su lecho normal, entonces surgen con más diafanidad los hechos, y se aquilatan los sentimientos inspiradores de aquéllos; como en hermoso cuadro, se destacan las figuras de individualidades que dieron ejemplo inmortal de patriotismo.

La prensa inglesa y la norte-americana, rindieron homenaje á las correspondencias y á los artículos de la gentil publicista, que tan gráficamente daba cuenta de los acontecimientos y describía con atildado pincel los culminantes disturbios de aquellos días, narrando con sencilla elocuencia cuanto se relacionó con la azarosa vida que en tales momentos hubieron de soportar Ana Luisa y sus padres.

Con entusiasmo y valor ajenos á su edad, buscó y encontró recursos para sostener periódicos de oposición, publicando á la vez hojas sueltas, sostenedoras de las ideas en boga, viajando y acompañando á su madre en peligrosas excursiones políticas, compartiendo los azares y los heroicos esfuerzos de otras abnegadas y liberalísimas damas.

Ana Luisa Jordán, tuvo vasto escenario en el periódico norte-americano *Harper's Young People*, del que fué activo corresponsal, así como la señora Ana Swinburn de Jordán lo fué también del famoso *The Times*, de Londres.

En todas las esferas del saber humano, en todas las gloriosas iniciativas sociales, en todos los grandes desarrollos de las nacionalidades, sobresale alguna entidad femenina que caracteriza su época, que señala nuevos derroteros á la inteligencia, que ilumina horizontes no adivinados antes, dejando el recuerdo de sus virtudes, de su abnegación, de su patriotismo ó de las condiciones intelectuales que, en momentos supremos se revelaron y pusieron en evidencia é idealizaron nombres que tienen desde aquel instante un puesto singularísimo en los anales patrios.

Por esto hemos trazado el esbozo de Ana Luisa Jordán.

LA BARONESA DE WILSON

SALVADOR



A LA VIRGEN



DEL ROCÍO

LA ACEITUNERA

Novela de M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

Entre unos mozos aceituneros que contrató *Chano*, para mi finca de *Las Palomas*, aquel pobre *Chano*, aperador mío, que murió de una puñalada á manos de *Farran* delante de las ventillas, vi algunas veces á un tal Demetrio, —*Metrio* le llamaban todos en la sierra—y fijó mi atención por su carácter reservado y pensativo, sin esas expansiones tan corrientes y ruidosas en los mozuelos del campo andaluz. En las noches invernales, aquellas noches largas y frías de la sierra cordobesa, cuando mis aceituneros, al concluir su trabajo, empezaban á contar historias y á proponer acertijos, formando corros en cualquier lado de la cocina ó junto al mismo hogar, debajo de la gran campana de la chimenea, permanecía *Metrio* pensativo, sin mirar á nadie, desentendiéndose, si las mozuelas le dirigían alguna alusión, ó sonriendo á lo sumo, pero de un modo tan triste, que picó mi curiosidad algunas veces.



Yo no tenía con *Metrio*, como con *Chano* la tuve, aquella autoridad que me daban el largo tiempo que á mi familia había servido, y los muchos testimonios de liberalidad que había encontrado ocasión de ofrecerle; por eso no le hice pregunta alguna, pero me propuse observar sus actos en cuantas ocasiones pudiera. Mi trabajo no fué mucho; pronto, creí haber dado con las causas de la tristeza y taciturnidad de mi mozo de labor; le sorprendí constantemente,—de noche sobre todo, que era cuando mis indagaciones podían tener algún exito,—con sus ojos clavados en *Parralita*, una aceitunera, de las cuarenta que había entonces en *Las Palomas*. Supe el nombre de *Parralita*, su apodo mejor dicho, porque lo pregunté. No la conocía; la vi en tal ocasión por vez primera; pero bien pronto, *Parralita*, llamó mi atención, más vivamente aún que el muchacho. El mozo no cesaba de mirarla nunca, con triste recogimiento, pero sin hablarla, sin aproximarse á ella; ella, no miraba ni hablaba á nadie tampoco; de día, en su trabajo; de noche, metida en algún rincón. Manteníase así adusta, inabordable, sombría la frente y fijos los ojos en algún punto indeterminado, como absorta en un cruel pensamiento. Yo quería hablar con ella; porque en su modo de ser y en aquella eterna tristeza entreveía algo sombrío y misterioso: pero anduve algún tiempo indeciso; aunque fuese una infeliz asalariada; aunque yo ejerciese sobre ella el influjo *terrible* del amo, tratábase al fin de una mujer; esto es ya mucho. A la mujer hay que respetarla siempre, ya sea en el surco recogiendo aceitunas, ó ya en un trono, representando papel de reina. ¿No es verdad, lector mío?

Mi preocupación era que pudiesen los demás echarlo á mala parte, si me veían hablar á la muchacha con algún detenimiento; podía amontonar sobre ella rencores y odios, francamente, y esto no me parecía justo. Además, tampoco estaba yo porque creyesen de mí una cosa que no era. El amo tiene que parecer una especie de cariátide, de bronce ó mármol durísimo; ha de hacerse respetar, de las hembras sobre todo; deben pasar junto á él con recogimiento, como los devotos, junto al santo de su culto; no hay autoridad, no hay prestigio, todo viene abajo, en cuanto la aceitunera, esa abejita de invierno de los campos andaluces, se apercibe de que en el bronce ó el mármol de la cariátide puede clavar también su aguijón.

Pasaban los días; el frío era intenso; la temporada de la aceituna alargábase; la cosecha, como casi todos los años, fué magnífica; en Febrero, entraron á trabajar nuevas gentes... ¡Oh, coloristas! Vosotros hubiérais podido describir el hermoso aspecto de aquellas mañanas, con sus campos escarchados, como cubiertos de fino polvo de cristal, y aquel mundo de hombres y mujeres preparándose á la tarea, comiendo el pan sabrosísimo, con aceite *del nuevo* ó las migas humeantes, consolación y esperanza de afligidos estómagos! Había que verles, sí, á ellos, con sus zahones y sus zapatos claveteados, y á ellas, con sus pañuelos liados á la cabeza; encima, el gran sombrero de palma; más ó menos abrigado el busto,—que tampoco pueden pedirse gollerías,—la falda remangada, sujeta en un soberbio retorcido, y cubiertas las suavísimas formas con pantalones propios de hombre; horrible tocado, aunque cómodo, para esta clase de faena, que hay que hacer en cuclillas, con esfuerzo penosísimo; pero así y todo, encontrando algunas manera fácil de que la *toilette* resulte muy original, sin decir nada de lo tentadora.

Salí en una ocasión, poco antes que mi gente, á dar una vuelta por la finca; era de noche aún. Yo iba á caballo, bien resguardado del frío, con mis fuertes polainas, mis gruesos zahones de fieltro y mi manta de Palencia; y de la gente sospechosa, con mi fina escopeta terciada siempre en la grupa.

Más de tres horas anduve por la finca, y estoy seguro de que mi vigilancia de aquel día valió más que la de los guardas de *Las Palomas* en todo el año; dirigíame, como remate de mi excursión, al extenso olivar donde mi gente trabajaba. Tenía que salir de un angosto sendero y atravesar la carretera de Córdoba; pero antes de salir del sendero, por encima de un vallado, vi de repente, al pie de una gran adelfa que crecía al borde de un arroyo, un bulto informe, así, como un montón de trapos de color obscuro. Si hubiera ido á pie, no le habría visto. Me acerqué cauteloso. El agua del arroyuelo deslizábase con dulce rumor.

Me convencí cuando estuve cerca; no era un montón de ropa solamente lo que había llamado mi atención; el bulto informe hizo un movimiento, y entendí, ciertamente, que fué como de querer ocultarse á mi vista la persona, hombre ó mujer, que allí hubiera, aunque, comprendiendo al punto la imposibilidad de conseguirlo. Toqué el bulto con el cañón de mi escopeta, y dije en voz alta:

—¡Eh, buen amigo!

—¡Ni amigo ni amiga!—respondiéronme bruscamente. Fué una voz

femenil, y no me pareció desconocida. En efecto, al incorporarse la mujer un poco, me encontré con *Parrala*.

—¿No eres tú de mi gente?—La hice esta pregunta, sin saber qué otra cosa decir en el primer instante.

—Sí soy,—contestó con sequedad.

—Bien; ¿y qué haces aquí?—pregunté de nuevo, irritado por aquel tono que no me explicaba.—¿Por qué no estás en tu sitio con las otras? ¡Arriba!

Un sol tibio empezaba á dorar los objetos; á su luz suave, fuí contemplando por primera vez con alguna detención aquel rostro de blancura mate, como el de los enfermos en convalecencia; sus ojos negros, febriles, estaban clavados en los míos, sin pestañear, con fijeza imponente; he de confesarlo; en tal punto, sin más averiguaciones, entreví en aquella mujer un gran carácter. Tenía, como de costumbre, la cabeza liada en su pañuelo, viéndose solamente el óvalo de la cara, los ojos grandes, de una negrura intensa y sombría, la ancha frente, sobre la cual tendíase el pañuelo de la cabeza, como á especie de doselillo, la nariz fina, dilatándose por la cólera, y los labios, en fin, que no había tenido ocasión de admirar hasta entonces; unos labios delgados, sin color, pero de finísimo y correcto dibujo, cuyas comisuras se plegaban imperceptiblemente casi, dando á la boca una expresión marcadísima de desprecio y hostilidad. Se quedó sentada, con los pies en el suelo, dobladas las piernas, hasta dar casi en la barba con las rodillas, apoyados en las rodillas los brazos, y de las manos, largas y morenas, pendiente el sombrero de alas anchas, adornado con cintas rojas y azules.

—¿Qué haces?—repetí, viéndola inmóvil.

Se levantó, diciendo:

—Estaba mala; me tiré un rato.

—¿Qué tenías?

Y mi acento, sin querer, hízose más suave. Ella respondió, encogiéndose de hombros.

—Un dolor.

—¿Qué clase de dolor?

Me miró hoscamente y repuso, después de vacilar un poco:

—Dije que un dolor; ya es mucho preguntar, mi amo.

—¿Pero tú no sabes que en *Las Palomas* hay botiquín, y que yo sé bastante de medicina, y que el mal fácilmente hubiera desaparecido, con haber hablado tú una palabra?

Estaba *Parralita* de pie; se había puesto el sombrero; era imposible verle los ojos, por estar ocultos con las alas anchísimas. Pero levantó la cabeza cuando acabé de hablar y vi entonces aquellos ojos llameantes, y aquel rostro desencajado y lívido. Pensé al punto, por vez primera, que su dolor era de verdad, un dolor terrible, infinito, un dolor del alma, que no le podía curar nadie. ¡Ah, los grandes filósofos; los observadores profundos; los que sólo saben sorprender secretos de la ciencia psicológica, en los encopetados señores, y en las esplendentes damas, sin salir de sus misteriosos fantásticos camarines .. Vosotros, fisiólogos de *la grandeza* ¡qué impresiones tan extrañas sacaríais del estudio de cualquier personaje de éstos, aunque fuese una pobre aceitunera, tirada en un claro del monte, como res expirante que olvidó allí la jauría!

—Echa para el cortijo,—dije resueltamente.

—Sí que voy,—contestó, encogiéndose de hombros.—¡Como que lo tenía ya pensado para que me diese usted la cuenta!

—¿Te vas?—pregunté sorprendido.

—Sí, señor;—repuso lacónicamente, saliendo al sendero.

Yo eché detrás; de pronto, detuve mi caballo: al tender involuntariamente la mirada al sitio donde la aceitunera estuvo tendida, había visto brillar un ojeto.

—¡Eh!—dije,—¿qué es lo que te dejas aquí?

Lanzó una exclamación y volvió precipitadamente al pie de la adelfa; allí estaba el objeto á que yo aludía; lo cogió presurosa, pero por pronto que lo quiso ocultar bajo su falda, en la cintura de su pantalón de hombre, yo vi lo que era; era un cuchillo, de ancha y delgada hoja, tan delgada como los labios sin color de *Parralita*, al sonreir en aquel instante.

—¿Es tuyo eso?—pregunté admirado.

—Es mío;—repuso, mirándome risueñamente por vez primera.

—¿Y para qué lo guardas?

A lo que contestó, con aquel laconismo que expresaba tanto como un discurso:

—¡Quién sabe!

¡Y *Parralita* tendría diez y ocho años! ¡Tal vez no cumplidos!

—Anda para el cortijo,—le dije al salir del sendero.—Voy á dar un encargo al aperador. Espérame allí.

Se alejó la muchacha y yo salí á la carretera. Indudablemente, me hallaba impresionado por el misterio que creí entrever en la actitud y la conducta de *Parralita*, sin contar aquellos síntomas tan extraños de su carácter.

Sentía una viva irritación contra mí mismo. ¿Por qué preocuparme de aquello? En realidad, lo único que yo tenía que hacer, era dar su cuenta á *Parralita*, puesto que me la había pedido, y dejarla seguir su suerte.

Nada tenía que hacer con mi aperador; lo que dije á la muchacha, fué un pretexto para separarme de ella y reflexionar un poco... ¿Y qué iba yo á reflexionar? Por un instante, tuve idea de hablar con el aperador y hacer mis indagaciones. ¿Quién era *Parralita*? ¿De dónde había venido?... Pero desistí; el aperador de *Las Palomas* nunca me había inspirado verdadera confianza; además, no soy amigo de encomendar á nadie asuntos que puedo resolver yo en persona.

Anduve un gran trecho, embebido en mis reflexiones: de todas ellas saqué una conclusión que me dejó encantado; la de dar su cuenta á *Parralita* y que tomara el tole bonitamente, yéndose á otra parte, con la música fantástica de sus misterios y su cuchillo.

(Continuará).

Ilustraciones de Pablo Béjar.

J. NOGUÉ



AÑORANZA

GUILLÉN DE VINATEA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Extraordinaria fué la pompa con que se coronó en Zaragoza, año 1327, el rey Don Alfonso IV, apellidado el *Benigno* por su bondad y el amor que profesaba á sus vasallos. A ella asistieron los embajadores de los Monarcas de Castilla, Navarra y Bohemia, de los Reyes moros de Granada y Tremecen, infantes, prelados, caballeros, infanzones y síndicos de las principales ciudades de los tres reinos (Aragón, Cataluña y Valencia), con un gran séquito de pajes y escuderos con riquísimos trajes de seda y brocado, de paño de oro y armiño, según Muntaner.

La espada que lucía el Monarca *era la más rica que entonces se conocía;* el cetro de oro, con multitud de brillantes y piedras preciosas; estimándose lo que Don Alfonso llevaba aquel día en ciento y cincuenta mil escudos, gran suma para aquellos tiempos.

Por iniciativa de la Corte castellana celebróse la boda de Don Alfonso, viudo de Doña Teresa de Entenza, con la infanta Doña Leonor, hermana del Rey de Castilla Don Alfonso XI, en la ciudad de Tarazona y en el mes de Enero del año 1329.

El padre del nuevo Monarca aragonés, Don Jaime II, había otorgado en las Cortes de Tarragona un Estatuto determinando que los reinos de Aragón y Valencia quedaran tan unidos al Condado de Barcelona que nadie los pudiese dividir ni separar; si bien reservándose el derecho de poder dar á sus hijos y nietos ú otras personas que le pareciese, villas, castillos ú otros heredamientos. Su hijo Don Alfonso, ante las muchas liberaridades de su padre, que tanto habían empobrecido la Corona, dictó otro Estatuto, en Daroca, según el cual, no podía enajenar en diez años, villas, feudos, ni rentas.

Dicen que al saberlo la reina Doña Leonor, aconsejada por su aya Doña Sancha, negoció con el Papa Juan XXII, de acuerdo con el mismo Rey su esposo, de una manera tan hábil que Don Alfonso pudo declarar no haber sido su ánimo comprender en el dicho Estatuto, ni á ella, ni á sus hijos; en vista de lo cual y á pesar de haber dado á Doña Leonor, por contemplación de matrimonio, la ciudad de Huesca, con algunas villas y castillos, regaló al infante Don Fernando la ciudad de Tortosa, sin cuidarse de las reclamaciones de sus vecinos; después Alicante, Elche, Novelda, Orihuela, Guardamar y Albarracín; y por último Játiva, Alcira, Murviedro, Morella, Burriana y Castellón de la Plana, es decir, casi lo mejor del reino valenciano.

Al saberlo, pusiéronse en armas los valencianos, acordando marchar donde se hallaba Don Alfonso y *matar á cuantos allí encontrasen de la Corte, salvo el Rey, la Reina y el infante Don Fernando.*

Pero antes, según el analista Abarca, reuniéronse los Jurados de la ciudad, y uno de ellos, Guillén ó Francés de Vinatea, el más popular de todos, ofreció presentarse al Monarca y obtener la revocación de aquel contrafuero.



Cuadro de E. Sala. — GUILLÉN DE VINATEA OBLIGANDO Á ALFONSO IV, DE ARAGÓN, Á REVOCAR UNAS DONACIONES CONTRA FUERO — *Fot. de J. Laurent y C.ª*

Aceptada la propuesta llegó Vinatea ante el Rey, su esposa y su Corte, y le dirigió el discurso de quejas que vamos á extractar, y que prueba su valor y patriotismo:

«Las donaciones que habéis hecho nos han admirado y desconsolado.

»¡Mentira parece que vuestros consejeros, que debieran ser nuestros leales y justos procuradores, lo hayan tolerado, pusilánimes, lisonjeros y ambiciosos! Los Jurados y vecinos de esas villas y ciudades morirán primero que ceder.

»Como hombre no sois sobre nosotros; y como Rey *sois por nosotros y para nosotros.*

»Si tolerásemos esas donaciones, quedaría destrozada la patria, en peligro el reino y quebrantados los fueros.

»Y sabed,—añadió, dirigiéndose á los presentes,—que si yo muero, ninguno de vosotros escapará con vida, excepto las reales personas, cayendo degollados, en venganza, por nuestros conciudadanos.»

Afectado el Rey, volvióse y reconvino á Doña Leonor, la cual, derramando lágrimas de coraje, exclamó:—*Semejante desacato no lo habría consentido mi hermano el rey Don Alfonso de Castilla, antes habría mandado degollar á estas gentes;*—á lo que su esposo replicó:—*Reina, nuestro pueblo es más libre que el de Castilla; nuestros súbditos nos reverencian como á Señor, y Nos los tenemos como vasallos y buenos compañeros.*

Y las donaciones quedaron revocadas.

Este grave suceso, que se cree acaecido por el mes de Marzo, sirvió de asunto al hermoso cuadro de Emilio Sala con que hoy se honra Album Salón, que obtuvo, en la Exposición de Pinturas de 1878, el primer premio y figuró, con gloria, en la de París. ¡Qué resolución tan enérgica se admira en la figura de Vinatea! ¡Qué atención tan concentrada en la de Don Alfonso! ¡Qué humillación y vergüenza en la de la Reina! ¡Qué inquietud tan marcada en las de los cortesanos! Muchos elogios alcanzó Emilio Sala por su hermoso cuadro, y á la verdad que bien merecidos.

Elevado el infante Don Pedro, primogénito de Don Alfonso, á la gobernación del reino, por el mal estado de salud de su padre, cargo que desempeñó con una actividad y energía superior á sus años, apenas supo la elevación al Papado del nuevo pontífice Benito XII, envióle una embajada para felicitarle y pedirle no dispensase á los Reyes de los juramentos de no enajenar el patrimonio de la Corona; ordenando, al par, que sus amigos se posesionasen de los castillos y ciudades que pretendía la Reina estuviesen á cargo de sus parciales.

Temerosa Doña Leonor, abandonó á su esposo en Barcelona, en trance de muerte, tanto que falleció á los pocos días (Enero de 1336), huyendo á Castilla, de donde escribió al nuevo Monarca suplicándole que la tomara bajo su amparo, así como á su hijo Don Fernando. Contestóle Don Pedro en términos muy corteses, pero reconquistando, con gran contentamiento de los pueblos, todas las ciudades, villas y castillos que su débil padre la había donado.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



ESTUDIO; por ANDRÉS BARCELÓ ARNEO.

MALAGUEÑAS

I

Desde que murió mi madre,
cuando mis ojos se cierran,
miro entre sueños sus labios
que me nombran y me besan.

II

Los ojos de mi gitana
suelen decir muchas cosas
que sólo llega á entender
el gitano que te adora.

III

El amor mío se muere
y se me muere de frío,
que ya es de mármol el pecho
donde le dieron asilo.

IV

Yo soy viejo para ti
y tú para mí eres niña,
¡cómo has de querer la noche
si tienes la luz del día!

V

No hay quien de pena se muera
ni desengaño que mate,
¡cuando no me he muerto yo
no muere de pena nadie!

VI

A que el fruto madurase
esperé todo el otoño,
¡un momento me alejé
y lo recogieron otros!

VII

Palomita de mi gusto,
rosa del mejor jardín,
manojito de jazmines
que no será para mí.

VIII

No me mires, no me mires,
que es una broma pesada
hacer que adivine el cielo
para ocultarme la entrada.

IX

Los angelitos del cielo
cuando duerme mi morena
bajan á velar su sueño.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

ROSA Y VICENTE

Se amaban con pasión tan ardorosa
Vicente, el modestísimo escribiente,
y Rosa, la modista primorosa,
que Vicente moríase por Rosa
y Rosa se moría por Vicente.
Y, sintiendo latir sus corazones
desde el día feliz en que entablaron
aquellas amorosas relaciones,
á impulsos de un amor que no soñaron
ninguno de los dos hasta aquel día
en que eterno cariño se juraron,
como uno por el otro se moría,
primero que morirse... se casaron.
Tenía el tal Vicente, en Benavente,
un pariente llamado Juan Canosa
que no vino á la boda de Vicente
yo no sé por qué causa ó por qué cosa;
el cual pariente en carta cariñosa
le decía á Vicente, complaciente,
que fuera á Benavente con su esposa,
porque quería el bueno del pariente
ver á Vicente y conocer á Rosa.
Con tan extrañas muestras de alegría,
leyeron de la carta los renglones
en donde Juan Canosa les decía,
con tan sanas y buenas intenciones,
el placer infinito que tendría
en que fuera Vicente á Benavente,
acompañado de su buena esposa,
para pasar en grata compañía
una semana ó dos tranquilamente,
haciendo aquella vida deliciosa
que hacía en Benavente Juan Canosa,
que hubo de decidirse, al fin, Vicente
á aceptar el obsequio del pariente,
y á Benavente se marchó con Rosa.
¡Qué vida tan feliz, tan placentera,
disfrutaban allí Vicente y Rosa!...
Lo pasaban los dos de tal manera,
que solían decirse: «¡Quién pudiera
tener siempre esta vida tan dichosa!...»
Disponían de todo á su capricho,
lo mismo que en su casa exactamente;
pues su pariente les había dicho:
—«Obrad aquí con libertad completa.»
De modo que los dos en Benavente,
tenían, sin gastar una peseta,
cuanto para vivir cómodamente
un feliz matrimonio necesita;
pues hasta los criados del pariente
llamaban á Vicente, don Vicente,
y llamaban á Rosa, señorita.
Pero, pasando el tiempo, llegó un día
en que Vicente, con pesar profundo,
pensó con su mujer volver á casa,
porque el pobre Vicente, comprendía
que todo tiene fin en este mundo
y que tarde ó temprano todo pasa.
De manera, que el hombre, aunque sentía
dejar aquella vida tan hermosa,
decidido á partir, dijo á su esposa:
—«Mañana nos marchamos, hija mía.»
Y muy agradecidos del pariente
volvieron á Madrid, Rosa y Vicente.
Mas yo no sé por qué quiso el demonio,
tras aquella existencia venturosa,
turbar la dulce paz del matrimonio;
pues cuando fué al taller la pobre Rosa,
la dijo la maestra, con mal gesto,
que había otra oficiala ya en su puesto;
y al infeliz Vicente, al otro día,
sin darle en la oficina explicaciones,
le entregaron también la cesantía...
Y es natural; en estas condiciones,
del templo de su amor, ya derruído,
vieron huir sus gratas ilusiones;
pues ella y él habían advertido
que, hasta en los más sensibles corazones,
la base del amor ¡es el cocido!...
Vicente, el desgraciado, una mañana
de esas mañanas tristes del invierno,
deseando encontrar descanso eterno
á la calle se echó por la ventana...
Y Rosa, en situación tan angustiosa,
llorando por la muerte de Vicente,
se fué desconsolada á Benavente,
le contó la desgracia á Juan Canosa,
á poco se casó con el pariente...
y hoy son felices el pariente y Rosa.

DEUSDEDIT



Fot. Audouard.

DR. BARTOLOMÉ ROBERT

MÉDICO EMINENTE Y GRAN PATRICIO

† FALLECIDO EN BARCELONA, EL DÍA 10 DE ABRIL DE 1902.



Cuadro de Ricardo Brugada

LA RUINA DE PERICO

Hacía aquella tarde mucho frío. Era una de esas tardes invernales en que la niebla mete su vaho de pulmonía por todos los resquicios y se nota su contacto hasta en la médula del hueso.

Los concurrentes al casino se apiñaban como un rebaño en torno de una chimenea enorme, donde ardían gruesos troncos de carrasca.

Las llamas doradas en la base, azules y rojas al escurrirse caño arriba, chupaban con voracidades de sanguijuela en la robusta musculatura de aquellos pedazos de árbol. Y el fuego con su abrazo destructor arrancaba chasquidos á la resina y producía hirvores en la savia contenida por el hachazo; última protesta del leño húmedo y vigoroso antes de convertirse en brasa tranquila.

Era la hora de saborear el café y no tardó en formarse ruidosa tertulia al amor de la lumbre.

Llegó de los primeros un viejo horriblemente calvo. Luego, un caballero de ojillos grises con barba muy recortada y un gesto entre burlón é indiferente, pegado al labio caído, como marchamo á la mercancía.

Sucesivamente entraron hasta media docena de tipos sin relieve, mansos habitantes en los extensos dominios de la vulgaridad.

Llegó por último un jovenzano peripuesto, con agudo tufillo de traje nuevo y perfume barato. Se sentó aparentando indiferencia, pero deshacíase por atisbar con el rabillo del ojo el efecto de su terno reluciente entre aquella cáfila de señores deshilachados y grasientos, de partido judicial. Como los reunidos eran ya bastantes, empezó la dulce tarea del desuello.

Un socio humorista había bautizado aquel rincón con un nombre que por sí lo decía todo: *la Aduana*. En efecto, no había en el pueblo infundio, lío, ni sonada que resistiese al minucioso examen de los tertrilios de la chimenea; nada se salvaba de su fiscalización espontánea; era imposible el contrabando y solía cargarse la mano en el arancel; muchas veces se quedaba una reputación como no dijeran dueñas, entre las uñas de aquellos honorables convecinos.

El día de autos, no teniendo actualidad en que cebarse, se optó por la historia retrospectiva.

—¿Qué será de don Emeterio?

—¡Pobre diablo!

—¡Era un tunante!

—¡Un mozo sin entraña!

—¡Un miserablón zafio!

—¡Un republicanote soez!

—¡Le estuvo bien aquella mala pasada de la fortuna!

—¡Recibió el pago que merecía!

—¡Señores, señores!—clamó un tertulio silencioso hasta entonces.—Caridad para con el ausente: mejor aún para con el caído...

—Y de Blasillo *el estirao* ¿os acordáis bien?—arguyó socarronamente el viejo pelado.

—*Don Blas*, debió usted decir. ¡También fué buena caída la suya. Al fin Emeterio pulió lo que le pertenecía, lo que heredó de sus mayores. Pero, Blasillo, Blasillo fué un estafador de aquella pobre mujer que ligó á su existencia para ir martirizándola poco á poco. Aquel tío era un inquisidor...

—Y perdió más de dos millones, más de tres...

—Más; ella era hija sola y su padre mayorazgo de casa grande.

—La verdad es, que en pocos años «han caído» muchos. Porque cuidado con lo que le pasó al conde de la Laguna; y á Jerónimo el Antillano, y á don Juan José...

—¡Otros tres arruinados! de sus arcas repletas no queda ni un pavés...

—Ya puede calcularse en más de seis millones, sumando lo de este y lo del otro, lo que se ha llevado la trampa en un par de lustros...

—En seis millones... y el pico.

—¡Ea! yo he perdido más que todo eso...

El que así dijo era un hombre de una cincuentena de años, alto, verdoso de color, enjuto de carnes, con arrugas muy marcadas en la frente, á la que servía de encrespado dosel el pelo entrecano, hecho sortijillas; los ojos, ligeramente mortecinos, parecían mirar más para adentro que para afuera, eran ojos de soñador y sólo tenían llamear fugitivo cuando, merced á un soberano esfuerzo de la voluntad, aquel hombre se reintegraba al medio ambiente, sacando á la imaginación del albeolo de sus preocupaciones.

—Yo he perdido más que todos—repitió viendo sonreir burlonamente á sus contertulios.

—¡Este Perico es siempre el mismo!

—¡El eterno poeta!

—¡El visionario incorregible!

Y sonó una de esas carcajadas que tienen filo y suelen abrir tajo en la sinceridad ó en el amor propio.

—Reid cuanto queráis. El hombre puede arruinarse de muchos modos.

—Mal has podido arruinarte, cuando nunca tuviste capitales.

—¡Claro está!—adujo el señor del labio caído.—¿Qué ha hecho usted en este mundo? Viajar algo y escribir comedias por amor al arte. Ninguna de las dos cosas le ha dado á usted honra ni provecho. Con los viajes gastó sus pocos recursos, y con las comedias ha perdido el tiempo lastimosamente...

Entonces la carcajada fué estruendosa.

—¡Anda con esa, Perico!—exclamó el vejete socarrón, añadiendo:—Tú solo puedes presumir de que tuviste «que ver» con muchas...

—Y ya usted ve lo que le han valido: un vinagre de estómago que le hipoteca el buen humor...

—¡Anda con esa! ¡Anda con esa! ¡Buena pulla te ha puesto ahora el señor médico—volvió á exclamar el calvete atragantado á puro de reir.

—¡Las mujeres!—dijo otro tertulio sentenciosamente.

—¡Por mí no quedaría ni la raspa!...

—Pues por mí—rugió Perico, poniéndose en pie y sacudiendo sus escarolados cabellos con majestad tribunicia—tendría cada una un altar... Y conste que hablo así después de ser ellas la causa de mi ruina. Y conste también, que creo ser entre ustedes el único soltero. Ahora, saquen la consecuencia...

El silencio fué absoluto.

—¡Yo soy viudo!—dijo irónicamente el calvo, y añadió reanudando la conversación:—¿A cuánto, á cuánto asciende Perico, ese capitalazo que has consumido con tus favoritas?

—¿Tiene usted prisa en saberlo? Voy á darle gusto.

Asciende, á cuanto vale mi sangre, á cuanto vale mi vida, á cuanto pudo valer mi porvenir.

Todos los presentes pusieron ojos de susto y abrieron boca de á palmo. Era la primera vez que oían aquel tono y apreciaban aquella fosforescencia en las pupilas de su interlocutor.

Iban á saber algo interesante. Había caído en *la Aduana* una buena presa. Aquel era otro Perico; el Perico «de las comedias» quizá, que ellos conocían únicamente por rumor lejano de gacetilla periodística ó por relato de forastero, siempre puesto en cuarentena.

—Tengo ya algunos años. Siento el cansancio de los que han amado mucho. Siento la vejez peor porque mis arrugas caen por dentro. Me han dicho infinitas veces mis amigos y mis maestros, que sería siempre pobre. ¿Sabéis por qué delito? Porque nací con mucho corazón.

Yo no lo creí nunca. Cuando un hombre tiene corazón, tiene la fortuna mayor de todas. Eso sí; ha de ser fatalmente pródigo. Y el ser rico de ese modo tiene otro peligro; la riqueza hay que gastarla con las hembras.

Pocos años tenía cuando empezó á pesarme mi renta nativa. ¡Había que derrocharla á todo trance!

Bien lo recuerdo: mi primer impresión amorosa coincidió con una lectura funesta; me sedujo el arquetipo romántico de Lamartine. Encarné en *Rafael*, sentí con su alma novelesca y, claro está, corrí la primer aventura. Entonces era estudiante; al decir de muchos casi una promesa.

Yo pasaba de largo por aquellos augurios. Me escarabajeaba la musa platónica, hacía endecasílabos cojos en vez de practicar el algebra, y agradecía más una mirada de mi novia que una nota de sobresaliente.

Cinco años pasé en pleno idilio. Un día leí el *Werter* con voracidad y adelantado ya en mi adolescencia, sentí inquietantes plenitudes masculinas. Mi adorada tornóse Carlota, apetecida con todo el vigor de la sangre que pasa por el rescoldo de un corazón de veinte abriles.

Y cuando sufrí el primer fustazo del desdén, sentí la ola roja del suicida y llegué á pensar en la pistola del protagonista de Gœthe como en un punto final digno de la epopeya.

Con el primer desengaño, mi romanticismo sufrió un golpe de muerte; pero, en cambio, me declaré luchador abierto en terreno más resbaladizo. Amé otra vez... para dejar de amar.

Cayó en mis manos Tasso. Le acompañé en sus noches y tuve una Leonor casi tan ideal como la del poeta. Me conmoví luego columbrándo en sus divinas amarguras al retirado en Vancluse, y amé á una Laura que debo confesar dió á mis pingües *caudales*, el mejor pellizco.

En esta etapa fué cuando planeé comedias y dramas, comencé muchos y no acabé ninguno. ¿Cómo? Mi inspiración y mi cariño eran paralelos. No podían nunca coincidir. Llegué á leer el plan de algunas obras á literatos hechos. Casi, casi, me proclamaron genio.

—«Sí, acabe usted eso. Es una concepción.» ¿Acabarlo? Dos horas sobre las cuartillas, eran dos horas de abandono para mi amante que maldecía su viudez con desperezo felino. Y en esta lucha entre muchas obras y muchas Lauras, vencieron siempre las segundas. Para mí tuvo más imán una sonrisa que una tirada de cuartetas...

Así llegué á los cuarenta; con un bagaje enorme de pasiones y de libros; todo á medio empezar, torpemente esbozado, á trechos con algún borrón de los que se echan en instantes de fiebre y de deseos alocados. Multipliqué mis amores, me arrojé á su corriente, fuí un *spormant* de la emoción, un caprichoso. Llegué á cifrar mi porvenir en una noche de placer.

Escribí lo necesario para vivir vida bohemia, para rescatar el mendrugo. Trabajé muy poco y muy aprisa para robar al menos tiempo posible á mis mujeres.

Por ellas arrostré desidias, soporté desastres, lloré muchas derrotas; pero me lo cobré á buen precio, á ellas les debo mis horas más felices.

Y aquella renta nativa se fué poco á poco consumiendo hasta que, dilapidador incorregible sentí la atrofía del sentimiento, la caducidad de la sensación...

Hoy, ya me veis; soy un vencido. Repaso mi historia con cara tan triste como cualquier don Emeterio, como cualquier *Blasillo* que girara inspección á sus bienes raíces desposeídos.

Se me arruinó el corazón. Perdí mi capital, un capital que podía haberme dado la gloria, ¡lo único que no tiene precio en este mundo!

Ahora, decidme ¿quién ha perdido más que yo?...

Y por toda respuesta, el vejete irónico, con los ojos humedecidos, murmuró:

—Señores: ¡creo en la ruina de Perico!...

Angel ALCALDE



Fot. de Reutlinger

WANDA BORISSOFF

Es una artista de grandes alientos, llamada á figurar en primera línea entre las celebridades musicales.

De arrogante y hermosa figura, haciendo alarde de propiedad y buen gusto, hasta en los mínimos detalles, encarna con verdadero *amore* el personaje que le está encargado, lo que contribuye al realce de sus privilegiadas facultades vocales.

Dotada de una voz agradable y extensa que se mantiene siempre en la misma fuerza y flexibilidad, canta con expresión y sentimiento, ganándose desde luego las simpatías y admiración de los públicos, aunque sean tan exigentes como el de Barcelona, en cuyo teatro del Liceo ha cosechado entusiastas aplausos durante las dos últimas temporadas; prueba evidentes de su mérito superior.

La señorita Borissoff nació en Rusia, de una distinguida familia.

Su vocación por el arte dióse á conocer muy pronto, y Viena y París, dos centros musicales de la mayor importancia, perfeccionaron sus dotes artísticas, debutando luego con los mejores auspicios en los grandes conciertos clásicos de Montecarlo.

De allí pasó á Alemania, precedida de excelente reputación, la que confirmó y acrecentó en Bremen, donde hizo una creación del oratorio del célebre Rubinstein, titulado: *Christus*.

Las aprobaciones de los músicos más inteligentes fueron un nuevo estímulo para ella, y desde entonces ha sido constantemente solicitada por las empresas de los países en que se cultiva la ópera, pues la aplaudida contralto tiene un vastísimo repertorio en cuatro idiomas.

Entre sus obras favoritas, merece particular mención *Sansón y Dalila*, en la cual, desempeñando la protagonista, alcanza grandes triunfos por su belleza plástica, su hermosa voz y sus dotes de actriz que tan perfectamente encajan con el dramático papel de «Dalila». * * *



Novela de M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(Continuación).

Volví pues á *Las Palomas*, no sin lanzar una última mirada á la carretera, que se extendía en los declives de las colinas, festoneada de pitas y nopales: aquellas colinas que constituyen, por la parte de Córdoba, las primeras estribaciones de la sierra; acá y acullá, las casitas microscópicas, como puntos blancos, que irradian sobre el verde sombrío de las arboledas; más lejos, el Guadalquivir, como festón de plata que borda el campo, y entre el festón de plata y los primeros declives de la sierra, extenso caserío gris, como bandadas de palomas que se apiñan en los surcos disponiéndose á levantar el vuelo... ¡Oh, Córdoba... Córdoba mía!

Después de mi resolución deseaba llegar al cortijo cuanto antes. Corté por la trocha de *la Cárcava; la Cárcava* es un socavón que hay en el camino á la derecha, formado por un hundimiento formidable de rocas; las aguas se despeñan allí con pavoroso fragor. Pasé *la Cárcava*, dejando pronto atrás aquel ruido del torrente al precipitarse y caer en lo profundo, repercutiendo con grave solemnidad en el silencio de la campiña. Poco después, hallábame en *Las Palomas*, y tenía delante de mí, á la muchacha, esperando su cuenta, para emprender el camino.

Hacía yo números en un papel, con los ojos fijos en la punta de mi pluma. Estando resuelto, más que antes, á no decir una palabra, sin saber por qué, sentíame nuevamente con deseos de hablar de su dolor... y de su cuchillo.

La puse en la mano algunas monedas, que guardó indiferente. Iba á salir y le pregunté de pronto:

—¿Eres sola?

Fué una pregunta escapada inconscientemente de mis labios.

—Sola;—repuso, dirigiéndose á la puerta. Se comprendía: pareció que vacilaba, como si algún otro detalle quisiera añadir, pero su paso era firme y resuelto. Alejábase. De pronto, añadió sombríamente:

—¡No lo sería, si no fuera por un hombre!

—¿Por qué te vas? ¿Te cansas de estar sola? ¿Vas á buscarle?

—¡Buscarle!—repitió con risa amarga.—Me voy porque está aquí.

—¿Qué dices? ¿Quién es?—pregunté vivamente.

Parralita se encogió de hombros y fué á salir.

Lo confieso: sentí un instante rubor por mi afán de inmiscuirme en historias que no eran mías, pero dominé mi rubor. La curiosidad y ¿por qué no confesarlo?, el interés —porque no todo ha de ser egoísmo en la vida,—el interés que en aquel punto la suerte de *Parralita* me inspiraba, sobrepúsose á todo, y la llamé resueltamente.

Volvió hasta la mesa; su lindo entrecejo arrugábase; las aletitas de su nariz se aventaban, como por un impulso de cólera, que no se advertía sin embargo en el timbre de su voz. Díjome muy serena:

—Pero ¿qué manda usted todavía, mi amo?

—¿Quién es ese hombre?—pregunté sin dominio suficiente para disimular mi despecho.

—¡Ah! ¿Lo quería usted saber?—repuso en tono de burla.—¡Pues vaya si es usted curiosa! Pero se lo diré, para que no pase usted mal rato.—Y se echó á reir. Sin explicarme la causa, me acordé oyendo reir á *Parralita*, del filo de su cuchillo.

Permaneció un instante como suspensa y encogiéndose después de hombros, de una manera graciosa, muy suya, prosiguió tranquilamente:

—Es *Pepillo*... Es decir, por *Pepillo* no le conoce usted todavía, mi amo; en el libro, lo tendrá usted con el nombre de José Alonso.

Hojeé el libro; era cierto; allí constaba el nombre: era uno de los que habían empezado á trabajar aquella mañana.

—¿Te abandonó?—pregunté confuso, sospechando que *Parralita* fuese quizás una de tantas infelices á quien un hombre vil, después de su triunfo, abandonó á su destino.

—¿A mí?—gritó *Parralita* fieramente. Se calmó al punto, como confusa por haberse dejado arrebatar de aquel modo, y añadió con gran calma:

—Mi amo, sepa usted que á mí no me abandona nadie.

¿Lo creeréis? Tenía los ojos clavados en mí—aquellos ojos inmensos, que brillaban como con calenturas de leona, haciendo resaltar fuertemente el pálido mate de su rostro oval, de líneas purísimas... Y yo recliné los míos, sin fuerzas para sostener aquella mirada. Yo había dicho cuando la vi, que *Parralita* era un carácter.

Pero sentía yo en aquel punto secreta rabia de no haber podido sostener la mirada de una aceitunera y dije bruscamente, cortando la conversación:

—Bueno, adiós ya.

—No,—contestó de pronto, arrojando sobre la mesa el dinero que acababa de darle;—lo pensé más despacio y ya no me voy. Ahí está eso; guárdemelo usted, mi amo... ¡No me voy, no!... Quiere decir,... ¡si es que mi amo no me echa de verdad!

De repente, como si su naturaleza, contenida hasta entonces por una poderosa voluntad, se desbordara con algún poderoso recuerdo, estalló en sollozos roncos, salvajes, que parecían salir entre rugidos de la garganta de una fiera. Y así, ahogándose, escupió estas palabras:

—¡Mi amo; ese hombre fué mi ruina!

—¡Te perdió!—dije con una piedad inmensa.

—Me perdió, sí, pero no como se pierde á una mujer, engañándola con la palabra mimosa y la dulce promesa; me perdió como un vil, dándome, sin yo saberlo, un zumo de hierba que me durmió; me perdió así, cuando mi padre, el pobrecito, acababa de morirse; cuando sólo tenía á mi madre, la pobrecita, medio ciega, y cuando tenía mi corazón y mi esperanza puestos en un hombre de bien que me quería de verdad, y á quien yo de verdad quería... ¡Ay, ay mi amo... así me perdió ese hombre!

¡Callé! No sabía qué consuelo darla. Por otra parte, ¿no es verdad que hay desdichas que no tienen consuelo?

—¿Y tu novio?—pregunté á *Parralita*, conmovido.

—Está aquí también.

—¡Aquí!—repuse, con viva inquietud.

—Está aquí, desde el principio de la aceituna, como yo lo estoy... No le miro ni le hablo. Es *Metrio*.

¡Ah, *Metrio!* Casi lo había adivinado! Sentí una profunda tristeza.

—¿Te abandonó...? ¿Fué él entonces?—pregunté á *Parralita*.

—Le abandoné yo—dijo con más firmeza aún. Antes de casarme, le conté con lealtad mi pesadumbre. Dudó y le desprecié. ¡Sola... Sola!

—¿Y sabe *Metrio* que fué José Alonso?

—Le confesé la ofensa, sin decirle quién me la hizo; callé el nombre por no comprometer á *Metrio*. Porque callé, dudó; porque dudó, lo he despreciado.

—Pero, desventurada, ¿qué hiciste después de tu desdicha? ¿Qué hizo José Alonso?

—¿Qué hizo José Alonso? Perderse. ¿Qué hice yo? Buscarle. Hasta anoche no le encontré; anoche, cuando llegó con la gente nueva. Por eso esta mañana no quise ir al trabajo; porque no me viera... Pero ya quiero... Ya quiero ir.—Y *Parralita* reíase de un modo que infundía pavor.

Lo digo sinceramente; no supe en aquel instante qué decisión tomar; permanecí silencioso y pensativo; ella dejó de llorar y secaba nerviosamente sus lágrimas; la cólera y las lágrimas, habían animado un poco su color, dándole un matiz muy dulce, de rosa; se quitó el pañuelo, de golpe, tirando de una punta, y pude admirar una mata hermosísima de pelo negro; que cayó largo y brillante, con relámpagos azules; para arreglar el pelo, se puso las horquillas entre los dientes. Inclinando un poco la cabeza, con gracia infantil, torcía el pelo y lo trenzaba con movimientos febriles; concluyó la trenza, se la enroscó en la nuca—un poco más arriba,—dándole varias vueltas y se la apuntó con las horquillas, que fué quitándose de la boca. Cuando estuvo lista; cuando el rodete lució majestuoso, con todo su clásico plasticismo, inmediatamente, como luz que se extingue en un violento soplo, desapareció la línea de la cabeza gentil en el feo pañolón; se encasquetó encima el sombrero, ocultando con la sombra de sus alas de adornos de colores aquellas otras sombras de sus ojos profundos, y, restregándose fuertemente las manos, dijo, riendo, pero con una exaltación que no le era posible contener.

—Mi amo; y aquí no pasó nada.

—Pero ¿á dónde vas?—le pregunté vivamente.

—Al trabajo.—Y salió sin mirarme.

Aquel día, lo pasé con una preocupación grandísima; luego, de noche, absorto con unas cuentas de mucho interés, y entretenido además, por unos corredores que me compraron el orujo, dejé de pasar algunas horas, como era mi costumbre, sentado en mi sillón, fumando ó leyendo, cuando no me entretenía en oir á mi gente, aunque, sin mezclarme nunca en sus conversaciones. No bajé, y confieso con ingenuidad que mi sueño no fué tranquilo. La gente del campo andaluz es muy enérgica en sus pasiones; una palabra, un ademán, el acto más insignificante, podría traer el conflicto. Lo más prudente era echar á José Alonso, por ser el último que había entrado á trabajar en *Las Palomas*, y porque un hombre de tan infame condición no debía permanecer un instante más al lado mío. ¡Oh, lector! perdóname este alarde de rectitud, que te parecerá quijotesco; pero en aquella época estaba yo seguro de que los hombres, con excepciones ligerísimas, como la de José Alonso, eran unos benditos... ¡Los hombres... triste de mí!

Me levanté con la intención muy sana de decir prontamente á mi aperador que el tal José Alonso no podía estar en mi hacienda ni un sólo minuto. Salí al campo, llegué á los olivares y pregunté por el aperador.

—Allá, en la otra banda,—dijéronme.

Iba á seguir en la dirección que me indicaron, pero quedé inmóvil, oyendo, como si observase atentamente un olivo enfermo, el diálogo que mantenían dos aceituneras, alegremente, escondidos los rostros morenotes y expresivos bajo las alas de sus sombreros; no reproduzco el diálogo porque sería imposible: se solazaban al recordar lo que se habían divertido la noche antes; el tal José Alonso, tenía unas manos como un querubín para la guitarra; se bailó y se cantó lo que había que ver; pero lo portentoso, lo que pasmó los corazones fué *Parralita* bailando. Nadie pudo competir con ella... ¡Y eso, que había en *Las Palomas* cada mujer para cosas de baile y cante, que era ya perder el juicio! «—Hija,—exclamó una muchacha—pero ¿tú viste? Bailó como un diablo; cantó como un ángel... ¡Y qué risas y qué primor de lengua tan resalada!» «—La verdad, hasta la noche anterior no se supo en *Las Palomas* quién era *Parralita*. Los hombres estaban locos; las mujeres locas también; los hombres de celos; las mujeres de coraje.» Y las muchachas, relamíanse el hociquillo de gusto, al pensamiento de que aquella noche también habría jolgorio.

Un zagal que estuvo oyéndolas, y que, indudablemente, no concurrió la noche antes á la fiesta, preguntó, mezclándose en el diálogo:

—¿Y con quién bailó *Parralita*?

Y la del discurso, respondió prontamente:

—Con José Alonso.

—¡Ah, pobre *Metrio!*—pensé con tristeza. Y me fuí por otro lado, sin ganas ya de ver al aperador.

Quedáronse las muchachas y el zagal, haciéndose lenguas del donaire de *Parralita*, y de los talentos singularísimos del tal José Alonso. Yo volví á la casa, repitiendo una vez y otra: «—¡Oh, mujer! ¡oh, arcano!»

Aquella noche no había chalanes que me entretuviesen, ni cuentas que ajustar; muy temprano estaba yo en mi sillón cerca del fuego; arriba, en el cañón de la gran chimenea, sentíase silbar el aire con solemne gemido; sonaban fuera los canalones al chocar con las paredes. Hacía un frío horrible. Mujeres y hombres, venían al fogón á tender un instante las manos ateridas, por encima de las llamas, y alejábanse para dar paso á otros, porque junto al fogón no cabían todos. Algunos hombres, roncaban tendidos en el suelo ó en los poyetes, con los sombreros sobre la cara; otros, fumaban sosegados, sin preocuparse de lo que ocurriera alrededor; las mujeres, tendíanse también en los rincones más obscuros,—las viejas, por supuesto, que las jóvenes ya tenían qué hacer con criticarse unas á otras y hablar de fulanito y menganito.—Esa mezcla de gentes es inevitable en las noches del campo, después de concluída la faena; el aplanamiento de una labor ruda de muchas horas, no impide que se ría, que se cante, que se cuenten historias y cuentos, que se propongan acertijos ¡oh, pasmo! y hasta que se representen comedias improvisadas sobre el terreno, con una espontaneidad parecida á un tiro, y de un éxito que colmaría las esperanzas del autor dramático más *pulcro*.



Ilustraciones de Pablo Béjar.

(Continuará).

JOAQUIN



LA TRILLA

AGRASOT



Salón Robira (Fernando VII, 59).

A EN ARAGÓN

LAS NOTICIAS

Cuando, á raíz de la aparición de *El Liberal* en Barcelona, le dedicó una página el Album Salón, contrajo tácitamente el compromiso, bien agradable por cierto, de dispensar igual deferencia á todos sus demás colegas, pues aquel acto no implicaba exclusivismo ni predilección alguna, sino la manifestación del fraternal aprecio que le inspira la prensa en general.

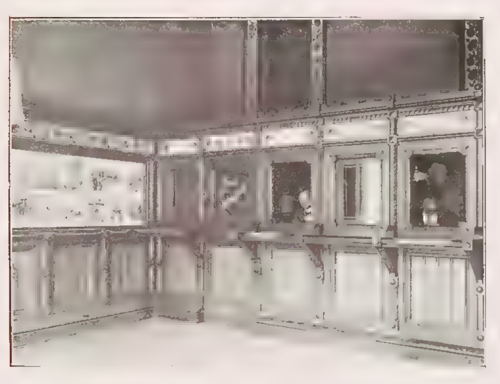
De fijo, ésta en su buen criterio, comprendiólo así; y, sin embargo, hoy que se nos presenta segunda ocasión de satisfacer nuestro compañarismo, nos complacemos en hacerlo constar; ofreciendo rendir, en lo posible, al mismo obsequio, si como obsequio puede considerarse, á los demás periódicos de importancia que lo soliciten ó acepten.

Dicho esto, entremos en materia.

Hacer un diario en la segunda capital de España, en la que más periódicos se publican y en donde menos se lee, relativamente, es tarea que sólo pueden acometer almas grandes que fían en sus propias fuerzas, ó espíritus templados en una fe rayana en el fanatismo.

Pero, si grande es la empresa, en cuanto á las circunstancias de lugar y de tiempo, es mayor aún, la de llevarla á feliz realización en cinco años; porque en este corto intervalo, *Las Noticias*, sin afiliarse á partido alguno político; sin recabar de centros y sociedades listas recomendadas de suscriptores; sin apelar á las influencias de los jefes de partido para hallar prosélitos; sin contraer, en fin, compromisos por nada ni con nadie, ha logrado imponerse, por su imparcialidad en todas las cuestiones. y ha llevado la confianza al seno de las familias, entre las cuales ha echado raíces tan hondas y ha cobrado vida tan próspera é independiente, que hoy puede considerársela asegurada contra toda vicisitud y competencia.

Los que sabemos lo que son periódicos; lo que cuestan moral y materialmente considerados; las energías que agotan y los capitales que consumen; los que sabemos, en fin, lo poco que se lee en España, y lo atrasado de su cultura, no podemos menos que ver con extrañeza y admirar sinceramente la obra realizada por *Las Noticias*.



Un ángulo del salón de «Las Noticias».

Los 18.000,000 de habitantes conque cuenta España sólo permiten que un periódico alcance 100,000 ejemplares de tirada, mientras que en Francia, sus 38.000,000 de habitantes dan contingente para que varios periódicos tiren 1.000,000 de ejemplares; esto da una idea exactísima del abandono en que los gobiernos han dejado la instrucción pública en España, y del esfuerzo titánico hecho por *Las Noticias*, para lograr en tan corto espacio de tiempo ganarse la voluntad del público y ser uno de los periódicos de mayor circulación de Cataluña.

Para conseguirlo, ha vaciado su publicación en moldes nuevos; ha hecho lo que pudiéramos llamar con toda exactitud un periódico á la moderna; periódico que responda á necesidades cuotidianas de los lectores, y no alce bandería de enganche para creyentes en este ó en la otra comunión política.

Su tarea no era cosa sencilla: estábamos acostumbrados á leer periódicos cuya única misión, como los políticos que actualmente se publican, es decir á sus lectores lo que piensan los jefes de su partido y mantener el fuego sagrado hacia estas ideas; periódicos que, con arreglo á sus creencias y á sus miras políticas, interpretan el rumor que corre y dan á la noticia más ó menos importancia, más ó menos alcance, según su color político, y nunca la exactitud que una gran neutralidad exige, y que una independencia absoluta reclama.

Y como estábamos acostumbrados á todo esto; y como veíamos siempre alterada la noticia, adulterado el concepto, cambiada la ciencia de las cosas, hemos abierto al corazón y la inteligencia al periódico que, siendo político, porque de política se ocupa, ha hecho de sus columnas, tribuna desde la cual se propalen todas las doctrinas legales, de modo que podamos conocer cuanto se dice y cuanto se piensa, sin acudir á los órganos de partido, campo de controversia de todas las ideas políticas y sociales; pero sin abrigar ninguna, sin recomendarlas, sin hacerlas verbo de su redacción ni bálsamo cicatrizador de todas las heridas.



Despacho del Director.

Pero no ha sido ésta toda la obra, ni la parte más difícil de la realizada por *Las Noticias*. Violento y hasta increíble parece que puedan los redactores de un periódico dejar á las puertas de la redacción sus creencias, su temperamento, sus ideales, todo aquello, en fin, que constituye su manera de ser, para que en sus escritos resplandezca la imparcialidad más refinada; pero es más difícil, más grande aún convencer de todo esto al público, inspirarle confianza, ganarse su voluntad; y ésta es á nuestro juicio la labor más fecunda que ha llevado á cabo *Las Noticias*, y la victoria más grande que ha podido obtener en Cataluña.

Es claro que todo esto, con ser mucho y base de los nuevos moldes de ese periódico, no lo sería todo, si el diario no respondiera al mismo tiempo á una necesidad indiscutible, porque en Barcelona, no nos engañamos, se ha de ser práctico para tener derecho á la vida; los periódicos han de llenar un vacío, y este vacío, no puede ser la literatura, que ni de literatura viven los pueblos, ni es la literatura la afición de las regiones industriosas y mercantiles.



Las cajas.

Con gran sentido práctico, lo ha entendido así *Las Noticias* y ha sabido intercalar entre la nota política de actualidad, saliente y nerviosa. el cuento escogido de nuestros primeros literatos, la doctrina sociológica, el suceso saliente, el movimiento industrial y comercial de la región, aspiraciones y quejas de la localidad, información amplísima y exacta de sus bancos y sociedades de crédito, movimiento artístico y literario, agrí-

cola y comercial... todo, en fin, lo que constituye una manifestación de la vida en este gran orbe, brazo derecho de España, porque es energía y es fuerza; cerebro, porque es iniciativa; y corazón, porque es cuna de nobles y elevados sentimientos.

Por eso el público, unánimemente, sin distinciones de color político ni de clases sociales, ha hecho de *Las Noticias* un órgano predilecto; porque el texto ameno y variado de sus columnas tiene igual interés para



Un Ángulo de la Redacción.

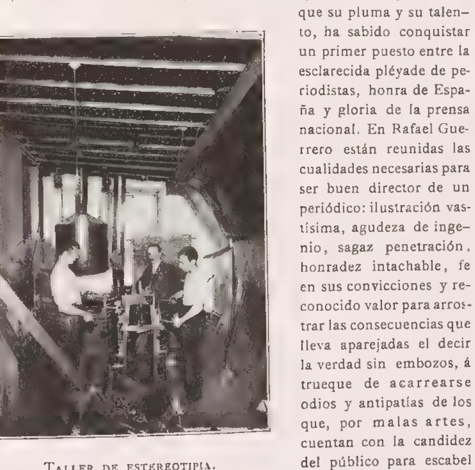
el obrero que para el capitalista, para el político que milita en las filas de un partido que para el indiferente, para el militar que para el sacerdote.

Esfuerzo tan poderoso se ha realizado, claro está, merced á las iniciativas de una empresa que, á la vez que salvaba los obstáculos que entorpecían el camino que debía recorrer, se ha mostrado pródiga hasta el dispendio, pues no basta la concepción de una idea feliz, si, al llevarla á la práctica, se desmaya y se retrocede con mezquinos regateos. Y á más de esto, ha necesitado la ayuda eficacísima de una inteligencia vigorosa que secundara con leal nobleza la iniciativa y la adaptara á las exigencias del público.

***

Si plácemes y aplausos merece la empresa que ha expuesto sus capitales para la realización de una obra tan magna, no deben escatimarse tampoco al que con admirable acierto ha sabido transformar la idea en realidad evidente, salvando escollos y allanando dificultades que sólo logran vencerse á fuerza de constancia y de incesante trabajo.

Al nombre de *Las Noticias* va íntimamente unido el de Rafael Guerrero, su director indiscutible, escritor ilustre que, sin más patrimonio que su pluma y su talento, ha sabido conquistar un primer puesto entre la esclarecida pléyade de periodistas, honra de España y gloria de la prensa nacional. En Rafael Guerrero están reunidas las cualidades necesarias para ser buen director de un periódico: ilustración vastísima, agudeza de ingenio, sagaz penetración, honradez intachable, fe en sus convicciones y reconocido valor para arrostrar las consecuencias que lleva aparejadas el decir la verdad sin embozos, á trueque de acarrearse odios y antipatías de los que, por malas artes, cuentan con la candidez del público para escabel de su engrandecimiento.



Taller de estereotipia.

Cuanto *Las Noticias* supone y representa, cuanto vale y cuanto pesa en la opinión, á Rafael Guerrero tiene que agradecerlo.

No ha de echarse en olvido, la cooperación de los redactores que, secundando los nobles propósitos de su director, trabajan con ardoroso entusiasmo por el fomento y la prosperidad del periódico. A ellos se debe parte, y no escasa, de la popularidad y del prestigio de que goza en Cataluña y en España entera el periódico *Las Noticias*.

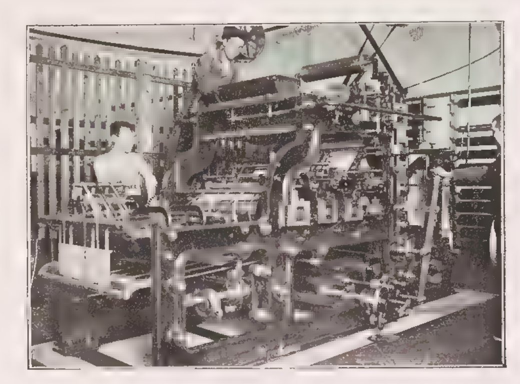
***

Elogios aparte, que aunque merecidos y justos parecerían interesados, por la amistad que nos une con la empresa y con el director y los redactores del periódico de que hablamos, *Las Noticias*, como entidad mercantil, debe colocarse entre las primeras de Barcelona.

En *Las Noticias* ganan honradamente el sustento de sus familias cerca de doscientos individuos, contando el personal de la redacción, los empleados administrativos, los operarios de la imprenta, talleres de estereotipia y grabado, plegadores, repartidores, corresponsales, ordenanzas, mozos, etc.

Haciendo el cálculo muy por encima y despreciando partidas importantes, puede decirse que la empresa tiene de gastos 1,500 pesetas diarias. No es exagerada esta cifra, teniendo en cuenta que las oficinas están instaladas en un local lujoso y amplio en la Rambla del Centro, donde los alquileres son exorbitantes; que los talleres de imprenta, estereotipia y grabado ocupan espaciosos almacenes de la calle de Guardia; que el papel anda por las nubes y la tirada de *Las Noticias* se equipara por lo menos á la del periódico de más salida en Barcelona; que la corriente eléctrica empleada por los dinamos motores de la potencia rotativa cuesta un dineral y que tiene corresponsales telegráficos en todas las capitales de España, los cuales diariamente transmiten sus impresiones, amén de los corresponsales del extranjero que cobran todos sin excepción su sueldo exiguo ó crecido.

Desgraciadamente, no está nuestra nación á la altura de Francia, Inglaterra, Bélgica y otras naciones donde las comunicaciones telegráficas y telefónicas para la prensa cuestan una bicoca. Aquí, vale tres pesetas un minuto de conferencia telefónica con Madrid, y cobran cinco céntimos por palabra los telegramas de provincias, y cada noticia, cada sesión de Cortes, cada declaración ó discurso que se transmite por telégrafo representa una importante suma.



La rotativa.

***

Si se atiende á que las empresas periodísticas luchan con todos estos inconvenientes de que están exentas las del extranjero, y que, por añadidura, el público (en su inmensa mayoría) no ha llegado á considerar el periódico como necesidad imprescindible, podrá comprenderse cuán digna de loa y de admiración es la empresa que, como la de *Las Noticias*, dedica sus energías y su dinero á la fundación y al sostenimiento de un periódico diario.

Menos mal si el público corresponde á esos esfuerzos y con su decidido apoyo premia los dispendios de la empresa y el trabajo de los redactores: entonces (y en este caso está *Las Noticias*) pueden darse por bien empleadas las energías que se gastan, y los favores del público sirven de estímulo para acometer reformas y llegar al perfeccionamiento de la obra, acerca de la cual no se ha dicho todavía la última palabra. — * * *

LA VORÁGINE ROJA

A orillas del Volga vivía un mocetón de colosal estatura, de fuerzas hercúleas, sano, fuerte y de humor alegre.

Querer y poder era todo uno para él. No había quien se opusiera á su voluntad. Nada era bastante difícil para su inteligencia.

Aquello que al común de los mortales cuesta años de continuos esfuerzos, lo lograba él en pocos meses; á veces en pocos días.

Y ocurrió que un día sintió amor por Maiakina, hija de un millonario que poseía veinte remolcadores y cien barcazas que llegaban hasta Perm en sus viajes.

Maiakina era tan voluntariosa como Skornieff, y tan decidida como él, por lo menos. Su padre no quería darla en matrimonio á un pelagatos; pero la muchacha se mantuvo en sus trece y se casó.

* * *

Skornieff era un hombre distinto de los demás. Durante el banquete y cuando ya todos los invitados no sabían á qué hora sonaba mediodía, dijo á Maiakina:

Tú eres tan pobre como yo, puesto que el dinero es del padrecito. Pero yo seré dentro de poco tan rico, más rico que tu padre. Acuérdate de ello, para que no se te ocurra hablarme de otro modo que como debe hablar una mujercita cariñosa á su esposo. Si se te olvidara lo que te digo, arderían en una sola noche todas las barcazas y remolcadores de tu padre.

Maiakina, en vez de contestar, miró á su esposo y estrechó su mano.

* * *

No hubo matrimonio mejor avenido desde Arkangelsk á Astrakán. Maiakina sometíase á las voluntades de su esposo y éste, cumpliendo su palabra, era ya rico como un boyardo y la mitad de los buques y almadías que acarreaban maderas y trigo por el majestuoso Volga, le pertenecían.

Maiakina, aun cuando había ya tenido dos niños, era linda y cuidaba de su persona como una ciudadana. En Pauvliov tenía fama de hermosa y los bachkirs y los markdovs que la veían, sentíanse con ganas de caer de rodillas ante ella, como ante la Virgen de Kazán.

Una noche, poco antes de acostarse, y cuando ya habían cenado con toda tranquilidad y de un modo abundante, Ignacio Skornieff dijo á Maiakina:

—Te quiero como te quería hace cuatro años al casarnos. De grado ó por fuerza me has de querer, ó respetar cuando menos. Te advierto que no soy de la madera de los que perdonan. Todas las aldeas cosacas de Macalania, donde nació tu padre, arderán como pajares el día que no puedas mirarme cara á cara sin temblar.

* * *

Skornieff era de gigantesca estatura. Tenía el pelo negro y rizoso, la barba espesa y enmarañada; negros los ojos. Cuando se enfadaba, poníase pálido y los ojos parecían redondos en fuerza de dilatarse los párpados.

Juan Fulke, el ingeniero inglés que iba á tender un puente sobre el Volga, era de mediana estatura, de pelo rubio, de ojos azules. Al enfadarse, poníase colorado como un pimiento y su breve acento de mando hacía mucha gracia á Maiakina.

* * *

—Te digo que esta noche no salgo y que, por lo mismo, no sales tú de casa.

—Me parece que te equivocas, amigo mío. No hay motivo alguno para que deje de cumplir la palabra que he dado á los Smolkine.

—Pues no la cumples.

Relampagueó en los ojos de la joven la cólera que hizo devastar á sus padres ambas orillas del Duiefer.

—¡Bachkir!—murmuró.

Ignacio Skornieff la miró cara á cara, poniendo sus anchas manos sobre sus hombros. Maiakina tembló.

* * *

¿Por qué chillan desesperadamente todas las viejas y maldicen todos los hombres y huyen tierra adentro mujeres y chiquillos?

Es que el Volga no acarrea agua sino fuego. Todos los buques, grandes y chicos, se han convertido en inmensos brulotes. En la orilla derecha, una mano gigantesca ha pegado fuego á la selva inacabable y todas las aldeas de la Macalania arden como pajares. La inmensa corriente es más roja que el sol, más roja que la sangre, es tan roja como el odio que ha hecho estallar el incendio.

Atados al bauprés de un barco incendiado, gesticulan como trágicos mascarones de proa Maiakina y Juan Fulke. Un hombre de talla colosal les mira desde la orilla.

La corriente empuja al buque incendiado hacia la orilla derecha, hacia el gran brasero. El bauprés se hunde en el mar de fuego de la selva.

A. RIERA

COMPOSICIÓN Y DIBUJO de J. PASOS

INMORTALES AMERICANAS

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

En la hermosa pléyade de escritoras colombianas, hemos de colocar á la insigne novelista, historiadora y publicista que ha llenado con su nombre y con su gloria Europa y América y que legará á la posteridad la extensa é ilustrada serie de sus obras, que iniciaron una nueva era en los estudios de la mujer y en sus aficiones literarias.

Talento elevado, riqueza de ideas nobles y generosos pensamientos, *fácil decir*, amenidad en el relato y en los argumentos han sido las altas condiciones que pusieron en relieve á la sabia y erudita escritora neo-granadina.

Su ilustre padre, el general don Joaquín Acosta, hombre de altos dones intelectuales, patriota esclarecido, inculcó en el corazón y en la mente de su hija el amor á los grandes ideales, desarrollando su entendimiento privilegiado que ya se revelaba y que había de ser fuente de hermosos lauros para el porvenir.

Noble linaje, educación perfecta y ejemplos de singular trascendencia, fueron la sólida base del pedestal sobre el cual descolló la gallarda figura de esta mujer, acreedora por tantos títulos á la admiración de sus conciudadanos y á ser una de las glorias más culminantes y más puras, en el grandioso círculo de las letras americanas.

En las producciones de Soledad Acosta se saborea el buen gusto clásico, y el ánimo disfruta y se expande con la gallardía de la frase, la profundidad y el alto vuelo de la idea.

Todos sus escritos acusan que ha invadido con atrevida pluma los terrenos en que la literatura presenta mayores dificultades, y si en artículos de viajes deleita por la galanura de su forma, no menos cautiva en los notables episodios nacionales, muy particularmente en aquéllos consagrados á la época colonial, cuando los corsarios de todas las naciones, principalmente las de Francia é Inglaterra, se paseaban por los mares de América llevando sus naves á los puertos más ricos del Nuevo Mundo, conducidos por la envidia hacia España y por la sed del saqueo y del exterminio.

Hay torrentes de inspiración, cascadas de filigranas en cada página de sus hermosas novelas, resaltando en su fondo no sólo el estudio perfecto fisiológico, sino también el pensamiento social que ha guiado á la autora.

Aquilatado, correcto y exactísimo, es el colorido local y descollante en los cuadros de costumbres colombianas; la escritora se ha identificado de tal modo que, á semejanza de nuestra Fernan-Caballero, serán esos libros reflejo el más gráfico de su época.

Con singular maestría se ha internado en el escabroso campo de la historia, siendo lozana muestra de esto mismo su obra *Biografías de hombres ilustres*, y los numerosos artículos que tienen por base sucesos contundentes de la historia patria; de estos trabajos, uno de los principales es aquel en el cual hace prolija investigación del asesinato de uno de los hombres más caballerescos, más honrado y más glorioso de la historia de la independencia americana, el general Sucre.

Legendario es el personaje, y Soledad Acosta, con sus hondas investigaciones ha dado intensa luz para que los historiadores puedan con riqueza de datos poner más en claro un suceso de tan alta magnitud. Ha tenido la autora fuertes obstáculos que vencer, entre otros, el de escudriñar correspondencias y rancias crónicas; buscar hasta en las familias los recuerdos íntimos, las tristes tradiciones populares que han trasmitido el drama de Berruecos, y por último apartar concienzudamente todo aquello que fuera inverosimil ó ajeno á un acontecimiento que es página de luto en los anales históricos.

En la vida de Soledad Acosta hay circunstancias especialísimas que han contribuído á realzar y á desarrollar en grande escala sus ventajosísimas aptitudes literarias, siendo la más favorable y de mayor influencia, haberse unido con el sagrado lazo del matrimonio á un hombre notabilísimo como escritor y más tarde como diplomático; don José María Samper.

La comunidad de ideas, el amor á las letras, el entusiasmo por la patria, dieron mayor impulso á la erudita publicista, y entonces tuvieron origen sus más serias labores intelectuales, en cuyo número podemos la asidua tarea de encausar el porvenir de la mujer, instruyéndola y educándola; aureola tal vez de mayor brillo para la ilustre é incansable bogotana. Con tan laudable propósito, con los generosos fines que la impulsaban, fundó el periódico *La Mujer*, dando cabida en él á las producciones que por su mérito eran dignas de ser conocidas. Con su eficaz iniciativa estimuló á la pléyade femenina juvenil, para que de lleno y sin temor á las añejas preocupaciones, invadiera el campo de las letras y conquistara frescos y hermosos laureles.

¡Cuántos lozanos ingenios brotaron á la sombra de la escritora insigne! ¡Cuántos nombres han alcanzado un puesto en el templo de la gloria, debido al generoso apoyo de Soledad Acosta de Samper.

Señalaremos otra página quizás la más radiante en la fecunda y laboriosa vida de aquella que hoy es inspiradora de estos párrafos.

Para llenar por entero la misión augusta que se había impuesto, quiso en terreno más extenso y más práctico que el de su periódico ser útil á su sexo, creando un ameno plantel de educación, donde desarrolló extensamente sus bellos ideales para la instrucción de la mujer.

La que en tantos y tan hermosos libros legaba su nombre á generaciones futuras, convirtióse en afanosa é infatigable educacionista, consagrando sus desvelos y horas y días á tan elevado pensamiento.

Veíasela incesantemente preocupada de sus educandas, y esto sin que ni por un momento abandonase sus profundos trabajos literarios, enriqueciendo los espacios de la idea con sus originales producciones.

Los crespones de luto sombrearon la inteligente y bella fisonomía de la escritora; la esposa amantísima sufrió el dolor acerbo, la pérdida del compañero que por largos años compartió con ella sus alegrías, sus glorias y los honores prodigados á su inteligencia, y á los servicios que como ciudadano prestó á su país en anchísimo cauce.

Soledad no se ha consolado jamás; ha viajado mucho, buscando sino un bálsamo para su agudo sufrimiento, por lo menos una tregua en las horas más sombrías de su vida, incrustando en su mente nuevas inspiraciones, nuevos y hondos conocimientos para sembrarlos en folletos, en periódicos y en discursos que son otro rico florón de su corona. En el famoso certámen del centenario de Colón en Madrid, vióse rodeada de agasajos y admiración, y más de uno de nuestros celebrados poetas rindió homenaje á la dama ilustre, á la pensadora y á la noble educacionista.



Dibujo de Dieguez.

En París, festejáronla sus compatriotas y todos aquellos hijos de las diferentes nacionalidades americanas. Pocas mujeres hay como Soledad Acosta, que reunan á sus capacidades intelectuales, á la educación esmeradísima, á la ilustración extensa y á la riqueza propia de un talento poco general, un trato más suave, más femenino y más amable.

Su existencia en el hogar doméstico ha sido un poema de abnegación conyugal y maternal; sus hermosas hijas, una de ellas astro brillante en el mundo idealista, fueron objeto siempre de sus desvelos, de sus dulzuras y de todas sus aspiraciones.

Hablaría á mi gusto y en mayor espacio de varias colombianas que cultivan la gaya ciencia, y esto no sólo en los grandes centros, no sólo en ciudades más ó menos populosas, sino también en los campos risueños, en las casitas modestas escondidas en frondosidades que engalana eterna primavera, en pueblecitos y aldeas donde la inspiración es tan natural, tan variada y tan pintoresca como lo es la naturaleza en aquel suelo privilegiado.

Se ha dicho y se ha repetido que Colombia es el país de América más rico en ingenios, y Bogotá ostenta con orgullo el dictado de Atenas del Nuevo Mundo. En aquel centro de refinado buen gusto literario y de delicioso aticismo, brilla, piensa y escribe, la mujer que á grandes rasgos hemos presentado á los lectores del Album Salón.

La Baronesa de Wilson

AMOR

POEMA ORIGINAL DE SALVADOR CARRERA

CAMPS

CANTO SEGUNDO

Apenas nace el niño; apenas, tierno infante,
rasgar el capuz logra del seno maternal,
ama la luz primera que baña su semblante,
la libertad anhelada, que no gozó un instante,
el aura que ya es propia, la ráfaga vital.

Amor le dió la vida; á su calor florece,
de la dichosa madre en el regazo fiel;
y busca con cariño la mano que le mece,
los ojos que le velan, la voz que le adormece,
los lábios que en su frente deponen dulce miel.

Llorando acoge el ósculo que sella su mejilla,
quizá por no saberlo pagar con otro igual;
mas,... pone en la sonrisa su gratitud sencilla,
concentra en la mirada, que cariñosa brilla,
todo el amor que siente su pecho angelical.

Despierto, de las sombras su mente es prisionera;
ni lo que ve comprende, ni acierta á discurrir;
dormido, forja el ángel que vió á su cabecera,
y sueña en la caricia amante que le espera
cuando, al rayar el alba, los ojos vuelva á abrir.

Mil veces, entre sueños, parece que murmura
y á intervalos sus labios se agitan sin querer;
intuitivamente, estar se le figura
sobre el materno pecho, libando la dulzura
del néctar de la vida que mana á su placer.

Ya sílabas informes en su lenguaje crea;
ya frases incorrectas comienza á balbucear;
¡y cómo hablar pretende á cuanto le rodea!
¡con qué amoroso encanto modula y saborea
el nombre de sus padres que acierta á pronunciar!

Después,... ideas vagas, sin forma y sin aliño,
despiertan su cerebro, le asaltan en tropel;
el ínfimo juguete conquista su cariño,
lo mira embelesado, y adora en otro niño
que va sus puros goces á compartir con él.

Robadle su tesoro, tratadle con despego
los bellos ideales que forman su ilusión;
veréis que languidece y se marchita luego,
cual planta que se agosta porque le falta riego,
cual lirio que sin agua murió por consunción.

El natural instinto le grita, al fin: «disponte
á ver otras regiones, más tierras que labrar;
traspón el llano, trepa, escala el alto monte,
y busca entre las brumas, allá, en el horizonte,
la aurora de un mañana que en breve ha de asomar.»

El porvenir le indica sus sendas ignoradas,
escala poco á poco los montes del saber;
y á amar empieza entonces las máximas sagradas,
la fe de sus creencias, las glorias heredadas,
la patria en que primero vió al sol amanecer.

¡Niñez! de tu alma virgen conserva la belleza,
y ve que nunca vuelven las horas que se van:
¡feliz el que en su infancia adora, estudia y reza!...
¡aquellos que se lancen al mar de la impureza,
batidos por las olas, al fin zozobrarán!



Ilustrado por Gaspar Camps.

Véase los números 105 y 109



Número extraordinario, en memoria del malogrado pintor Francisco Masriera.

FRANCISCO MASRIERA



Cuando, en el penúltimo número, dimos cuenta del sensible fallecimiento del notable artista cuyo nombre encabeza estas líneas, hicimos constar el dolor que nos embargaba, ofreciendo anticipar en lo posible, para honrar cumplidamente su memoria, el número especial que teníamos acordado dedicarle en vida y que, por circunstancias especiales, se había ido retrasando.

Inútil creemos consignar hoy la satisfacción que nos causa el ver realizados nuestros deseos, con la publicación del presente, que implica un público testimonio de consideración y duelo.

No hemos de llamar la atención acerca de lo mucho que en su totalidad vale, ni pretendemos atribuirnos por ello el menor mérito; lo primero, porque su importancia salta á la vista; lo segundo, porque nunca se nos ha ocurrido considerar meritorio el cumplimiento de un deber.

Todos los grabados que en profusión lo ilustran, salvo, como es consiguiente, el retrato y las vistas fotográficas del suntuoso taller de la calle de Bailén, son reproducción de cuadros, inédito todavía alguno, que produjo el malogrado pintor en su laboriosa existencia, más por ferviente culto al arte que por necesidad material; cuadros que figuran en museos ó adornan los salones de aristocráticas familias europeas y americanas, encargados exprofeso en su mayoría y hasta satisfechos por anticipado.

Por lo que hace al texto, como Masriera era para nosotros, más que un colaborador desinteresado y asiduo, un cariñoso amigo de la infancia, temíamos con razón que se nos tildase de apasionados si decíamos de él todo lo que sentíamos, al mismo tiempo que nos juzgábamos sobrado humildes para juzgarle. Ambas consideraciones nos imbuyeron la feliz idea de dirigir un llamamiento particular á los artistas y literatos españoles que á nuestro juicio debían haberle tratado ó por lo menos conocido sus obras, á fin de que individualmente nos subministraran materiales de sólido y desinteresado origen; no sin comprender que nos exponíamos al riesgo—y suplicamos se nos dispense si así ha sucedido—de caer en falta con alguno de ellos, por olvido involuntario, hijo tan sólo de la precipitación, comprensible en estos casos.

Para apreciar cumplidamente el alto concepto de que en general gozaba Francisco Masriera, basta leer lo que acerca de él dicen á continuación personalidades eminentes ó de alta consideración en el palenque de las artes.

Esa reunión de valiosísimas firmas constituye la mejor corona que el Album Salón pudiera depositar en la tumba de su querido y nunca bastante llorado amigo y colaborador.

* * *

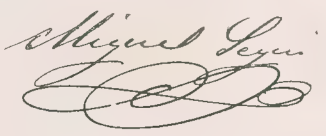


Taller de los hermanos Masriera, en la calle de Bailén.

HOMENAJE
Á FRANCISCO MASRIERA

(JUICIOS, FRASES Y PENSAMIENTOS)

El vacío que Francisco Masriera ha dejado en las páginas artísticas de ALBUM SALÓN, podrá llenarlo la eficaz cooperación de otros artistas no menos distinguidos: el que deja en el libro de mis afecciones, no se llenará nunca.



He perdido en él un cariñoso amigo; pero no lo he perdido para siempre. La muerte nos ha separado: ¡la muerte nos reunirá!

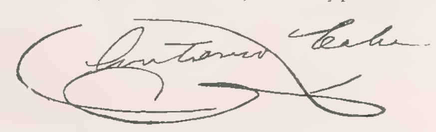


¿Qué puede significar mi opinión, ante la dolorosa pérdida del campeón del arte que embellecía cuanto tocaba, conquistando por doquiera amistades y simpatías, desarrollando alegría y belleza en su morada, en el barrio y en la ciudad y aumentando con sus obras el número, ya considerable, de artistas de fama de nuestra Patria?

Apasionado por el Arte, sólo se preocupaba en su manifestación; deseoso de emocionar por la belleza y la gracia, le faltaba tiempo para desarrollar sus ideales; siendo esto quizá el motivo de dedicarse á un género atrayente que le acreditaba más de hábil que de sabio, y en el que ha dejado profunda huella su personalidad.

Era, á mi entender, un verdadero artista, ciudadano y patriota.



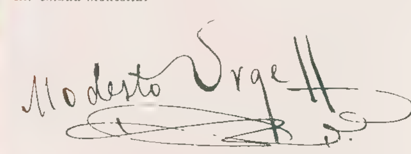


La muerte de Masriera ha sido una pérdida irreparable. Era todo un caballero. Era un franco y leal amigo.

Yo no sé si como pintor era un genio ó un talento; pero indiscutiblemente era una personalidad, una gran personalidad que fué creciendo y adquirió relieve de tal manera, que hoy sus bellísimas creaciones adornan salones, palacios y museos, siendo infinitas las damas aristocráticas (y hablo en sentido artístico) retratadas por el malogrado pintor.

¿Que entre sus compañeros y críticos tuvo enemigos? Naturalmente; como todo el que vale, tuvo en su contra los envidiosos, esos tontos y soberbios *eunucos* que, no sabiendo hacer nada propio, muerden pedestales, ya que no pueden llegar á los ídolos; mas dejemos á esos... desgraciados y concretemos mi opinión acerca de las cualidades artísticas que concurrían en Paco Masriera, á mi juicio, las siguientes: fantasía, distinción y buen gusto, factura franca y delicada, color finísimo y brillante, y siempre, siempre, siempre, *todo suyo, propio, original;* en una palabra y como he dicho en un principio: *personal.*

En cuanto á defectos... yo le he conocido uno solo: *su extremada modestia.*





Masriera era, para los artistas, digno de imitación, tanto por el entrañable amor que profesaba al Arte como por su inagotable laboriosidad.

Lo que más debe admirarse en sus producciones es que, en esta época de tan diversas tendencias y tantas vacilaciones, no se dejara arrastrar por ninguna, manteniéndose siempre sincero, siempre personal. Si anduvo acertado procediendo así, no hemos de juzgarlo sus contemporáneos: corresponde á la posteridad.

En los retratos de damas barcelonesas, lo más culminante de su obra, supo satisfacer con un talento especial las exigencias del lujo y la faustosidad, imperantes en las sociedades modernas.

A. Mas y Fondevila

Si no siempre ni en absoluto, puede decirse que el estilo es el hombre, no hay duda que en las variadas facetas de un temperamento, el estilo es el reflejo de las más íntimas, de aquellas que constituyen su esencia, aun cuando las más de las veces no sólo no se traslucen en el trato corriente de la vida social, sino que en la antinomia peculiar á ciertos caracteres, parece como que haya especial empeño en ocultarlas, presentándolas bajo un aspecto completamente distinto del suyo propio.

En Paco Masriera, por el contrario, se mostraba por entero y de una vez todo su carácter, compenetrándose éste de tal modo con el de sus producciones artísticas, que los temas de sus cuadros y sus armonías de color respiran el *confort* y la vida de la alta sociedad, á la que sus gustos le habían inclinado, y las suntuosidades de su taller armonizaban perfectamente con el acicalamiento de su persona y la finura y caballerosidad de su trato, así como el brillo deslumbrante de las joyas y la nitidez de los esmaltes, trabajos de su primera juventud como artífice, siguieron siendo siempre los matices predilectos en sus espléndidas visiones de colorista.

Juzgar á un artista desapasionadamente en la encarnizada lucha de los tiempos presentes no lo creo factible. A los artistas de otros tiempos les juzgamos con más serenidad, anteponiendo, como es debido, á sus diversas y aún opuestas tendencias, aquellas condiciones esenciales que informan su personalidad.

Por ello, Paco Masriera ha sido en el Arte Español contemporáneo uno de sus más caracterizados cultivadores.

J. M. Tamburini

Poseía todos los matices y finuras de la paleta, para trasladar al lienzo la más delicada y bella creación de la naturaleza.

Román Ribera

El Album Salón me pide algunas frases para honrar la memoria de un amigo y compañero; y lo hago con el mejor deseo, aunque nada puedo añadir á las que todo el mundo le había consagrado, durante su vida artística. Gran colorista y de un gusto extraordinario, en el pensamiento, composición y ejecución de un cuadro, había logrado conquistar el ideal de todo el que produce: que inteligentes y profanos le admiraran

J. Moreno Carbonero

Finura, elegancia, distinción, son las características del estilo de Francisco Masriera. Su fecunda labor, bien merecido tiene el homenaje que le dedica Album Salón, cuyas páginas han sido ilustradas con aplauso del público hispano y americano, mediante la reproducción de obras del ilustre pintor.



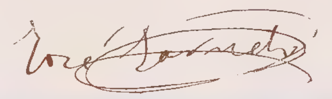
Francisco Masriera respondió con sus obras al estado de cultura de nuestro pueblo, contribuyendo al mismo tiempo á dignificar la consideración personal de que disfrutan los artistas en la industrial Barcelona.



La vida parece un campo de batalla á cada paso; la guadaña de la muerte asoma su cortante acero, y amigos y parientes, y seres amados, nos abandonan para siempre. Hoy unos, mañana otros. Las lágrimas de la humanidad, no cesan nunca de correr por el tenebroso río de sus amarguras y todos en él habremos de depositar nuestro tributo.

Devolvemos el espíritu á Dios, el cuerpo á la materia y pasamos como un sueño; no poseemos nada, y acabamos del todo para el mundo.

Del todo no, el sabio, el héroe, el artista creador, nos dejan su obra, ya su nombre sigue viviendo y se perpetúa á través de los siglos: por eso Masriera vivirá entre nosotros; por su trabajo de artista, sus cuadros serán siempre reflejo vivo de un alma delicada y soñadora. La historia de la pintura contemporánea hará justicia á sus méritos, y nosotros, los que gozamos de su amistad, lloraremos por siempre al amigo irreparable.





Tuve la satisfacción de conocer á Masriera en París, cuando comenzábamos la carrera artística, y fuí testigo de sus entusiasmos y de su fe en el Arte.

Su amor por la pintura rayó en el fanatismo, y para rendirla verdadero culto no se conformó con menos que con erigirla un verdadero templo en el suntuoso taller que se hizo edificar en Barcelona.

Su distinción y buen gusto, en unión de su laboriosidad, le abrieron bien pronto un lugar muy distinguido entre los artistas, y la Escuela modernista tuvo un representante más, que la dió estimación y gloria; sus brillantes retratos que, tanto como los cuadros, contribuyeron á su reputación, por llevar un sello de personalidad inimitable, y le hicieron ser solicitado para reproducir la imagen de muy ilustres y bellísimas damas.

Ha muerto, cuando en la plenitud de su talento luchaba por dejar consagrada su gloria, pero habiendo conseguido lo bastante para que su pérdida sea llorada por infinito número de admiradores.

Sebastian Gessa



Don Francisco Masriera, era noble, franco y generoso en extremo; dotado de un criterio recto é independiente, no veía de la naturaleza más que lo bello y lo bueno, cualidades que reflejábanse en sus obras á las que imprimían aquel sello de distinción, que era su nota característica.

Antonio Rigalt

Con la muerte de Francisco Masriera, ha desaparecido el pintor predilecto de la aristocracia barcelonesa.

R. Casas

En poco tiempo hemos perdido para siempre unos cuantos hombres de la pasada generación, de los que más contribuyeron á la cultura y adelanto de Cataluña. Entre otros, recordamos en estos momentos, á Pellicer, Soler y Rovirosa y Masriera.

No queremos juzgar del mérito de sus obras, porque no somos llamados á ello, pero sí nos creemos obligados á encomiar la admirable labor que realizaron. Hay que situarse en su época para apreciar debidamente la magnitud de su empuje. Todo estaba por hacer; el ambiente les era completamente contrario; era preciso, en primer término, roturar el terreno. Su tarea fué una tarea de iniciadores, la faena ruda del *pionner* que llega á un suelo inculto é inhabitado, y que lo prepara para recibir á una gran población. Cuando las legiones de emigrantes han sacado la riqueza que yacía inerte en las entrañas del suelo y han fundado las grandes ciudades, los que gozan de los beneficios de aquella civilización y cultura, fueran impíamente ingratos si no recordaran con efusión creciente á los primeros que llegaron y sembraron en la tierra yerma los primeros gérmenes.

Federico Rahola

Hay que agradecer que en una tierra parca en otorgar consideración social á los artistas, haya existido uno de ellos —y éste fué don Francisco Masriera— que recabara para su profesión todos los honores.

Manuel Rodriguez Codola

Si faltaran ejemplos de que *el estilo es el hombre*, Francisco Masriera sería uno de ellos.

Pulcro, limpio, primoroso, cortesano y afable: su pintura refleja tan á lo vivo su temperamento, que, por cualquiera de sus cuadros puede adivinarse su personalidad.

Francisco Casanovas

Honrar la memoria de los que se distinguieron en las diferentes manifestaciones del Arte es un deber sagrado.

Honremos la memoria de Paco Masriera y su imaginación fecunda; honremos al artista pulcro, al buen amigo y compañero, al maestro siempre inspirado, cuya fama pocos llegan á conquistar, que abrió un camino en la pintura, que nos señala con su calor radiante por donde pasó en ésta nuestra querida Patria Catalana.

José Campeny

Nadie puede sustraerse á la influencia del medio en que vive; siempre entre joyas, Masriera, la suntuosidad caracteriza su pintura.

Eugenio Alvarez Dumont

Con la muerte del malogrado artista don Francisco Masriera, el arte pictórico pierde uno de los que más comprendían no dejar en el olvido que siempre las obras artísticas «han de ser nobles y bellas».

Así salían de sus manos, poseyendo él dos cualidades: suma distinción y agradable colorido.

José Serra y Porson

Me honraba con su amistad, sabía lo que valía por sus espontáneas esplendideces, como hombre y amigo, y del mismo modo comprendo y admiro cuál fué su talento de artista y pintor excepcional, de difícil sucesión.

Franco Torrescassana



En la muerte del amigo queridísimo, sólo me consuela que ni muere el genio ni muere el alma. Como dejó al Arte un nombre inmortal, así ruego á Dios por el descanso eterno de su alma.



Idealizar la naturaleza, fué la obra de Paco Masriera.





IN MEMORIAM

Del pintor, del humorista, fino observador de las cosas de Arte en general, del artista de nacimiento por proceso fisiológico de herencia, del gran carácter, lleno de enterezas varoniles, que formaba la personalidad moral de Paco Masriera, no he de hablar. Cedo á otros todo lo mucho que de él dirán.

Para conmemorar íntimamente su recuerdo, quisiera evocar aquel medio ambiente de afectos y de calor que se sentían en el centro encantador en que vivió Paco, aquel medio ambiente de arte formado por una familia de artistas en cuyos ejemplos de laboriosidad y de claras intuiciones de arte aprendí tan bellas enseñanzas y hallé tantos estímulos.

No podría ni sabría hacerlo, porque lo más bello de la vida no sale jamás del corazón del hombre. Es el caudal que con avaricia se reserva uno para embellecer las postreras horas de la vida, evocando el recuerdo de las más hermosas de ayer.

Queda Pepe, queda Federico, queda la bien dotada tercera generación que, por sentimiento, quizá más que por ley de herencia, proseguirá la tradición del tronco-artista de esta familia en la cual parece vinculado el Arte. Mas ¡ay! falta él, falta Paco, la nota alegre del hogar artístico...

¡Tuve el consuelo de estrechar, últimamente, su mano amiga, sin pensar que podría ser por última vez y que se lloraría en aquel hogar y lloraríamos todos los que hemos hallado calor en él!



La obra de arte, sólo es completa, cuando á la admiración que causa en el público, se une la que produce en los profesionales.

Pintar para obtener los aplausos de todos, es poseer el secreto para contarse entre los escogidos, que son muy pocos.

Poned entre esos pocos á Francisco Masriera.

Fernando Alberti

La muerte de Francisco Masriera ha sido para el arte catalán, la pérdida del artista que en sus obras reunía la distinción, gusto y brillantez.

Ramon Tusquets

DEL ESTILO DE FRANCISCO MASRIERA

Convenciérame de haber llegado el momento oportuno de hablar de la escuela de los pintores elegantes catalanes, y dijera entonces en qué puesto se había colocado Paco y cuya es la significación de esa escuela entre nosotros, pues cuando tan poco contamos entre los pueblos de España por nuestra finura y delicadeza, algo habrá muy hondo en nosotros sobre el sentimiento de la elegancia, cuando la escuela galante de la pintura española no tiene nombres que anteponer á la escuela elegante catalana, tan ricamente representada por Fortuny, Caba, Masriera, Miralles y Tamburini.

¿Pero podemos los viejos amigos de Paco entretenernos en discusiones psicológicas sobre el fondo del carácter catalán y el de los pintores elegantes delante de una tumba apenas cerrada? ¡Podemos aquellos de sus viejos amigos, á quienes ni siquiera nos ha sido dado el consuelo, por la distancia, de darle un último ¡adiós! hacer más, hoy por hoy, que sentir amargamente su marcha!





Quédese pues para otro día hablar de nuestra pintura elegante, y quédeme yo con la pena de no haberme podido despedir del amigo, ni consolar á su familia.

Pompeu Gener

Nunca como ahora me he dolido de mi insignificancia artística, ante el temor de que mi testimonio de admiración hacia el artista por cuya pérdida visten de luto las Artes Patrias, se pierda por su pequeñez.

F. Cabrera Cantó

Con toda mi alma uno mi nombre á los que por honrar una vez más á nuestro querido compañero Masriera, le dedican este recuerdo en señal de admiración y cariño.

A. Parlade



Último cuadro de Francisco Masriera.



Para estudiar y comprender al malogrado artista Francisco Masriera, precisa recordar que empezó é hizo sus estudios artísticos en el extranjero para dedicarse más tarde á desarrollar sus actividades como artífice.

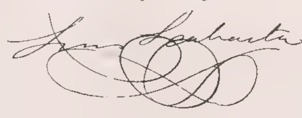
Esta educación, necesaria para pintar un esmalte, influyó siempre en su obra artística, prestándola un tinte especial de finura y elegancia que fué á nuestro entender, el principal carácter de su personalidad.

Añádase á esto su personal modo de ver, que no le permitió cambiar de ideas, sosteniéndolas en sus últimos tiempos con la misma fe que en sus años juveniles. Por esto no evolucionó como tantos otros con el «Naturalismo» que privó por el año 1870, por ser esta manifestación artística incompatible con su modo de apreciar el Arte y hasta con su modo de sentir como hombre, ni más tarde con el «impresionismo», por ser él uno de los pintores que más se deleitaba acabando y apurando su labor.



Esta última cualidad fué precisamente la que hizo tan apreciados sus cuidadísimos retratos mujeriles, entre la alta sociedad, y por la elegancia con que sabía componerlos para hacer brillar las cualidades físicas del modelo, á la par que el buen gusto de los accesorios de que los rodeaba.

En conclusión, creemos que su obra quedará, por ser tan personal como propia de su artístico temperamento y manifestación característica de un tiempo y una sociedad, como la por él retratada durante el último tercio del pasado siglo.



Francisco Masriera es el último de una pléyade de artistas, á los cuales debemos, en gran parte, el florecimiento del Arte en Cataluña.

Entre las impresiones que recibo de los artistas, recuerdo, que estando varios de ellos delante de un retrato de la señora Giraudier de Muntaner, pintado por Paco Masriera, llegó el celebrado pintor Modesto Urgell y, al ver dicho retrato, quitándose el sombrero, dijo que hacía años no había visto ninguna cabeza tan bien pintada.

MASRIERA EN EL MUSEO DEL ARTE MODERNO

Diríase que la luz de la gloria está hecha con ingredientes mortuorios, tan escaso es el aprecio que, durante su vida, se concede á un artista, por altos y excepcionales que sean sus merecimientos.

No por otra razón que la expresada iba decayendo en importancia el histórico *Museo del Prado*, — sin rival en el mundo — cuando por feliz iniciativa del rey Don Alfonso XII se crearon las salas que llevaron su nombre y que han sido germen y base de las que hoy componen el *Museo de Arte Moderno*, en la parte alta del edificio denominado *Bibliotecas y Museos*.



Allí se van reuniendo las obras — no siempre las mejores por desgracia — que, no teniendo destino fijo, pueden ser adquiridas por el Estado, evitándose así el frecuente caso de que al fallecimiento de un artista, cuando su fama — libre de envidias y pequeñeces mundanas, — ocupa el debido lugar, no puede su nombre figurar en el catálogo, cuando lo ostentan con orgullo otros museos nacionales ó pinacotecas particulares.

Esto aconteció con Fortuny, de quien á duras penas se ha podido adquirir á *posteriori*, *La batalla de Wad-ras*, y la *Visita de la reina Cristina al Ejército liberal*, y casi casi ha sucedido con el pintor cuya muerte lloramos y celebramos á la vez.

¿Qué cuadros, del que ya en vida tuvo templo propio en Barcelona, figuran en el *Museo de Arte Moderno*, donde tienen sus mejores lienzos Pradilla y Rosales, Gisbert y Ferrant, Haes y Casado? Tan sólo dos, titulados *¿No viene?*, y *Estudio de pintor*, inhábiles uno y otro para dar clara idea de sus poderosas facultades.

Poseyó Masriera el don exquisito de saber hermosear la belleza, al modo de los Madrazos, y de aunar la luz y el color con tonalidades que pudieron ser excesivas de pronto, pero que amortiguadas por el tiempo producirán indecible encanto, sin dar lugar á las tristezas grises de los retratos antiguos. No de otra manera se enciende en las costas faro de enérgica luz, pero que, como atravesando las brumas, llega natural y sencilla á los navegantes. Algo y aún mucho de esto se nota en el cuadro *¿No viene?* concordando el color con la idea y en la hora.

En el *Estudio de pintor*, hay el derroche de color y de forma que era su característica y, probablemente, recuerdo imperecedero del local de donde salió el retrato de la señorita de Cuyás y tantas otras obras maestras.

Algunas de éstas debiera buscar y adquirir el Estado (corrigiendo deficiencias) á fin de que el ilustre artista tuviese digna y merecida representación en los locales más visitados y que por su índole están llamados á perdurar.

La prematura y reciente muerte del ilustre pintor don Francisco Masriera, que juntamente llora el arte patrio, se explica fácilmente, porque objeto de duelo es la pérdida de un artista que, como Masriera, consagró, con feliz éxito, su inteligencia artística en pro de la Pintura, así como también, por ser uno de los contados, entre nuestros pintores, que rinden homenaje en sus obras, no sólo á la fiel reproducción de la naturaleza, sino que además se afanan porque ésta no esté despojada de sus lienzos de poesía, — alma de toda creación artística, — ora apelando al claro-obscuro, siguiendo las magistrales huellas del genial Rembrand; ora demandando aquélla al colorido por medio de armónicas y brillantes combinaciones que fascinan y deleitan al espectador, á la manera que lo hicieran Rubens, Veronés, Tiepolo, Tintoretto, etc., etc.

El propio Velázquez, el pintor por excelencia de la verdad, dejó hermosísima muestra, cuando en la plenitud de su gran arte, pintó *Las Hilanderas*, que aún tratándose de asunto tan poco poético como es *Una Fábrica de Tapices*, y nada espléndido, por cierto, hizo el incomparable pintor una obra que los inteligentes todos reputan como admirable, realizando por sabias combinaciones de luz y más aún, por un colorido transparente, sinfónico y maravilloso, un cuadro lleno de poesía y de exuberante realidad.

Por las obras que conozco del llorado Masriera, en mi modesto concepto, no dudo en creer que dada su imaginación poética, no podría

avenirse y menos conformarse con la servil y vulgar imitación de la naturaleza, tal cual la reproduce, y con ventaja, la máquina fotográfica; y el culto artista tendría, sin duda, pobre concepto de los pintores que no aspiran á más; esto es, que se satisfacen con sólo el *cuerpo* y vuelven la espalda al alma, produciendo á lo sumo flores sin fragancia.

Asocio, pues, mi sincero sentimiento al de los muchos artistas que estimaban los talentos indiscutibles de Masriera, gloria de Cataluña y de España entera.

Bartolomé Maura



Es imposible para un artista haber visto un cuadro de Masriera y olvidarlo; tan extraordinaria es la exuberancia de su colorido, la riqueza de sus tonalidades, la fluidez, la gracia, el seductor encanto de sus obras. Están éstas ejecutadas de tal modo, que el medio empleado para hacerlas, esto es, los colores, desaparecen del lienzo para dejar en su lugar irisados matices, cual rayos divinos jugueteando entre corolas de flores.

Si España no tuviera fama de haber producido buenos coloristas, bastarían las deliciosas obras de Masriera para atestiguarlo, proclamándole «Poeta del color».

Morell

Espinoso y difícil el camino del Arte, honrar al que llegó, merecerá la simpatía de todos; pero el monumento más duradero elevado á su memoria, lo labró él con sus obras.

Tomás Campeny

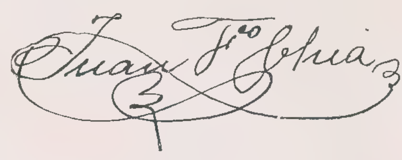
Enaltece la pintura de género, por más que sea circunstancia por muchos artistas afectadamente desdeñada ó escasamente percibida, el buen gusto en la elección de asunto. La labor de depuración mental que significa este buen gusto, que no es al cabo otra cosa que reflejo de un temperamento superior, algo así como una aristocracia del pensamiento que se manifiesta sin aparente esfuerzo de la voluntad, exteriorízase en la obra, cuando existe, por medio de una corrección, una pureza, una harmonía de líneas y colores que constituyen el mayor encanto de esos cuadros, por lo general de poco empeño, y elevan en grado sumo su jerarquía artística, dándole singular relieve.

Esta es una de las cualidades que constantemente brillan en la obra del notable pintor cuya muerte llora hoy el Arte, y ella bastaría, aunque no fuera acompañada de la maestría especial de que hacía gala en todo caso Masriera, para justificar la general admiración de que era objeto y debía serlo, en época tan tocada de exageraciones é impresionismos malsanos, como la que cruzamos hoy, con escaso provecho para el verdadero arte.

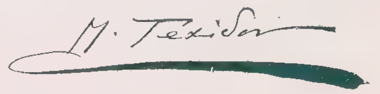




El Arte está de luto por haber perdido uno de sus hijos predilectos, con él y para él vivió, hasta que la parca implacable cortó el hilo de su existencia. Los artistas deben recordarle siempre, por haber sido Paco Masriera un entusiasta compañero y un verdadero amigo.



A mi modo de ver, la obra que nos deja el distinguido pintor Francisco Masriera, muy abundante por cierto, es ante todo *personalísima* revelando un temperamento artístico por excelencia.





Chaplin como Masriera consagraron su talento á interpretar en sus lienzos todos los encantos de la mujer hermosa.

Raros y privilegiados maestros que hallaron en vida la mejor compensación que puede desear el artista; ser admirado por ellas y vivir en una atmósfera de admiración que siempre le prodigaron los amantes del Arte.

Felices ellos que hasta después de muertos nos hacen sentir las dulzuras de tantas sonrisas.

Jaime Moreno

Los indiferentes en materias de Arte son un estorbo para el progreso artístico. Si alcanzáramos todos el mérito de hacernos nuestro el público, como lo alcanzaste tú, Paco, no habría de fijo indiferentes en materias de Arte.

Admirador entusiasta del eminente artista don Francisco Masriera, me asocio de todo corazón al profundo sentimiento que su muerte ha producido á todos los amantes del Arte de la Pintura.

Francisco Masriera ha sido uno de los que más han contribuído á la cultura artística general de Barcelona. Con sus viajes á París y con su buen gusto innato, introdujo, primero el Arte en la Joyería, y con la colaboración inteligentísima de sus dos hermanos (otros dos artistas notabilísimos), hizo una verdadera revolución en el decorado de las joyas. Como muchos grandes artistas medioevales florentinos, de la joyería pasó á la pintura, y ya sea en el retrato, ya en el cuadro, siempre conservó la misma magnificencia. A más, con sus *causeries* llenas de *sprit*, é influyendo en las varias asociaciones artísticas de que formó parte, contribuyó poderosamente á que se elevara en Barcelona la afición á las Bellas Artes y á que se afinara el gusto. Barcelona, por tanto, debe de estarle siempre agradecida y conservarlo, en sus recuerdos, como uno de sus hijos predilectos.

Pompeyo Gener



AL ARTISTA MASRIERA

Los secretos del Arte te dió Apeles,
en rico manantial de inspiraciones,
espléndidas brotando tus creaciones
al roce de tus mágicos pinceles.
De tu genio á la voz, surgieron fieles
tesoros de infinitas perfecciones,
formando los eternos eslabones
de tu inmortal corona de laureles.
El Arte que te llora, te proclama
por hijo predilecto, cuya gloria
es clara luz que su fulgor derrama.
Ciñen tu frente lauros de victoria
y en el sagrado templo de la fama
se levanta un altar á tu memoria.

Narciso Díaz de Escovar

La muerte de Francisco Masriera, pintor de talento extraordinario y trabajador incansable, ha dejado un gran vacío para los que en la belleza buscan la idealización elegante y distinguida. ¿Quién como él ha sentido el crujir de las sedas, la suavidad de las blondas y las carnaciones de ángel?

Aurelio Tolosa

Don Francisco Masriera era el pintor de las mujeres hermosas, y esto acredita su buen gusto; como color, sus cuadros se distinguen por la fineza, y en conjunto su pintura tiene una cualidad envidiable é importantísima, que es: Personalidad.

Juan Francés



Entre los pintores españoles más aptos en general para sentir la fuerza que la gracia, Masriera era una excepción; en sus obras palpitaba siempre un culto apasionado al *eterno femenino*, y su estilo acariciaba la forma al revelarla.

José Parada y Santin

Soler y Rovirosa, Moliné, Pellicer, Miralles, Paco Masriera... ¡Cuán ferozmente se ha cebado la muerte, en el espacio de algunos meses, en la plana mayor del Arte Catalán!

¡Estrechad las filas, jóvenes soldados rasos de hoy, que entre vosotros están los llamados á ser los grandes capitanes de mañana!

Apel·les Mestres

La inmensa familia de los artistas llora hoy la pérdida de Francisco Masriera.

En sus obras, nos dejó vida, luz, elegancia y ternura.

El contraste no puede ser mayor; su muerte nos causa tristeza y lobreguez grandísima.

Se me invita á que colabore en una obra profundamente humana: la de honrar y enaltecer la memoria del distinguido pintor don Francisco Masriera. Desde luego la idea me resulta altamente simpática y digna, bajo todos conceptos, del más sincero aplauso.

Es muy significativo que en este país, donde todo, después de la primera impresión, desaparece, se evapora, se esfuma, nos acordemos de los muertos. Aquí, donde á fuerza de no rendir homenaje á los más altos ideales que puede escalar la Humanidad, donde se atrofia por grados inductivos la sublime idea del Arte, y donde, en fin, á fuerza de olvidarlo todo, nos olvidamos hasta de nosotros mismos, resulta una idea meritísima la de enviar un afectuoso saludo al que ha desaparecido del *estadio* de la humanidad.

¡Cuántos y cuántos han desaparecido de los límites de las Artes, de las Ciencias y de las Letras, sin que, pasados los primeros momentos, nos hayamos acordado más de ellos! Ayer honraron nuestra generación con sus impulsos, con el fruto del árbol de su cerebro y la fuerza impulsiva de su espíritu. Pero ¡ay! pasaron ante la humanidad cual rápida constelación que se pierde en el ocaso. Se les nombra, sí, alguna que otra vez; pero solamente para recordar otras cosas.

Al ocuparme del hombre, muy poco podré decir acerca de don Francisco Masriera, pues no tuve intimidad con él. Le traté, sí, y le reconocí siempre como excelente persona, muy ameno en el trato, muy fino y muy francote.

De su labor artística no me es dable ocuparme, por la distancia que existe entre su producción y mi manera de ver y de sentir el Arte. Pero sí diré, para hacer justicia á su nombre, que en infinitas ocasiones pude reconocer su actividad laboriosa y fecunda. Era un hijo del trabajo; y si su producción no alcanzó los límites del Arte, en el fondo la culpa no era suya, sino del medio ambiente en que vivía. En mis *Crónicas de Arte* he señalado con detención esos caracteres. Es difícil que un artista sienta la idea del Arte en medio de un público que solamente puede comprender sentimientos análogos á los que ellos experimentan. Los altos sentimientos y las elevadas ideas, por bien expresados que estén, no les causa, ni puede causarles, impresión alguna.

Los ojos miran, pero no ven; y el espíritu no siente.



HONRÉMOSLE

De los vacilantes imperios, de los helados tronos, de los tristes hogares, de los palacios, tumbas donde vive muerta la paz santa del espíritu, de los viejos templos, de los míseros albergues, de los campos estériles, de toda la tierra, surge, llenándolo todo, el inmenso clamor que el género humano lanza, por la gran derrota de fin y principio de siglo, la gran derrota de todos los ideales, de todas las grandilocuencias, de todas las valentías... de la justicia, del honor, de la verdad. El poeta, rota la lira, sin inspiración, sin fe, contempla atónito la espantosa retirada. Todo cae, toda rueda, todo huye del espectro que viene. Los corazones, aterrados, saltan sobre los corazones, las ideas sobre las ideas. Todo precipítase, invertido, desquiciado, como rodar de mundos, los imperios,



los tronos, las multitudes, rodando siempre, rugiendo, revolviéndose. Allá va el hombre. Sus cien heridas encontradas, escupen hieles, veneno y sangre.

¡Masriera ha muerto! ¡Dichoso el que se muere... el que se va, sin haber analizado lo que se va con él; sin haber podido despejar la incógnita de lo que se aproxima, algo que no llegó aún, y que asfixia ya nuestros pulmones, tritura ya nuestros huesos, calcina ya nuestra carne. ¿Es renacimiento? ¿Es decadentismo? Allá, lejos, en el fondo, en ese fondo insondable, donde oculta Dios el arcano del porvenir de las naciones, se presienten siluetas pavorosas, risas tétricas y crujir de tralla.

¡Masriera ha muerto! En medio de la gran tragedia; entre el estallido formidable de la sociedad que se desgaja, de todo que se derrumba, de todo que rueda, de todo que se precipita en la propia fosa, sin lápida, sin rótulo, sin cruz, que ella misma se labró, cavando firme, con su lengua, con sus uñas, con sus dientes... con su alma, con sus religiones, con sus fanatismos, con sus apostasías, con sus perversas curiosidades y sus enciclopedias horribles; en medio de todo eso, hay seres, algunos, muy pocos, señalados con particular sello, que no ruedan en el montón, que no ruedan y dejan al deslizarse un misterioso, suavísimo rastro, albor único, presentimiento del lejano día, alborada de otro mundo, en la espantosa, eterna noche. ¡Es un pintor, un músico, un poeta!...



Ellos, los más humildes tal vez, en su origen, en su vida, en sus actos, son á manera de monolitos gigantescos donde el desgajamiento humano que se precipita, detiénese un segundo para mirar atrás, gritando: *¡Esperanza!* Para mirar atrás, engañándose siempre y rodando de nuevo, porque en vez del redentor misterioso que ha soñado, cree entrever, allá, en la lejanía pavorosa, de flotantes masas grises, obscuras, imágenes deformes, apocalípticas, y cree oir risas tétricas y crujidos de tralla y huesos rotos.

¡Masriera ha muerto! Masriera fué un elegido. Sentía el culto de lo bello. Practicábalo sin pensar en la ola de veneno, hieles y sangre, que le envolvía, al ir como los demás en la gran avalancha; pero aspirándola, viviéndola, muriendo sin saber cómo en la vida más deliciosa. No fué Masriera un personaje que hizo bien ó mal un papel en la comedia humana, representación sin fin, donde el telón no cae nunca, donde los personajes son los mismos, donde los días, las palabras, la lucha, el triunfo, la derrota, son lo mismo; donde los odios no se extinguen, el amor no ennoblece, el pecho no late con generosas resoluciones, pugilato de miserias, de calumnias, de envidias, donde todos nos odiamos, todos nos envilecemos, todos fingimos, siempre más... ¡Siempre más! como rameras enfermas de placer, y más avaras de placer aún, cuando más podridas y más locas se retuercen y rugen en sus rabiosos espasmos. No, Masriera tenía un alma grande, un gran cerebro. Pintor de la belleza, fué la belleza su culto; la mujer su musa... ¡La mujer, lo más divino, lo más imperfecto de lo creado!

Masriera ha muerto. Era un artista; era un carácter. Miraba á los hombres de frente y al sol en la altura; el sol que todo lo ilumina, y el hombre que es el gran libro de Dios.

¡Murió Masriera! ¡Honrémosle!

El Arte es el alma de las naciones... ¡Oh, España, aún vives!

Martínez Barrionuevo

La distinción de la personalidad de Francisco Masriera, así en la esfera del Arte como en cuantas se distinguió por su excepcional cultura, deja un recuerdo que jamás caerá en olvido.

Ricardo Martí

Francisco Masriera era artista de verdad. Nadie negará á sus obras la elegancia y la brillantez de colorido que constituían su preocupación principal. Por esto no irán á parar, como tantas otras, al montón.

José Ferrer Vidal y Soler

Al recordar la gloria alcanzada en esta vida por el artista don Francisco Masriera, suplica al Señor le conceda la Eterna.

Juan Vacarisas y Elías

Si la personalidad en Arte es esencial, y la habilidad es siempre estimable por ser producto del estudio constante y concienzudo, debemos admirar la obra del distinguido pintor Francisco Masriera, que alcanzó ambas cualidades en grado superlativo.

Ricardo Bengadu

Artista ilustre, que inmenso vacío dejas en nuestra ciudad, tu memoria perdurará con justicia, y hoy todos los amantes del Arte te rendimos el merecido homenaje.

Alberto Avila

La luz del genio en tu serena frente
brilló con tal potencia,
que apagó su fulgor resplandeciente
la luz de tu existencia.

Y al ascender al cielo por la escala
que soñara tu anhelo,
para ver tu *Toilette,* visten de gala
los ángeles del cielo.

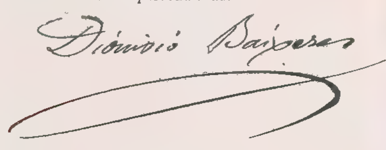
Conde Cano

Hay quien con la pluma tiene el dón de expresar lo que no siente: yo que, por el contrario, aun sintiéndolo, no me juzgo capaz de escribirlo, limítome á formar en las filas de los admiradores de Masriera y á deplorar su prematuro fin.

S. Vniegra

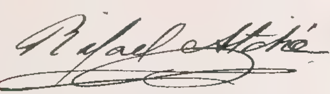


El glorificar la memoria de los que con su genio honraron á la Patria, es alto deber que deben cumplir cuantos aspiran á su esplendor, ya que con ello se estimula á los que caminan por la espinosa senda del estudio, guiados por el ejemplo de los que, como Masriera, llegaron al pináculo de la gloria.



Algunas especiales cualidades tendrá la obra artística de Francisco Masriera, cuando por tantos años ha disfrutado del favor del público.

En mi concepto, su cualidad predominante, es la franqueza con que sinceramente ha manifestado en todas sus obras su bien marcada personalidad.



A PACO MASRIERA

¿Un monumento corpóreo en la tierra que perpetúe tu memoria? ¡Para qué! Tú solo te lo has eregido.

Con tu clara inteligencia llena de bellas creaciones, con tu nable trato, tu amistad *verdad;* con sólo estas tres preciosas cualidades (en mal hora arrebatadas), te lo has conquistado en la mente de los que teníamos la honra de haberte admirado.

Rafael Estrué

Una de las muchas cualidades buenas que en mi concepto tenía el inolvidable Francisco Masriera, era la originalidad; imposible que sus cuadros puedan confundirse con los de ningún otro artista.







La personalidad de Paco Masriera tenía dos aspectos, á cual más simpáticos y atractivos.

La manera espléndida como sentía el color y la distinción con que vestía sus figuras y componía sus cuadros, le proclamaba verdadero artista; y á sus cualidades de pintor que yo no he de tratar porque ya lo hacen otros, con más autoridad y conocimiento, reunía un carácter de bondad y modestia que encantaba.

Su reputación y sus relaciones con el mundo del Arte le llamaron diversas veces al Jurado de nuestras *Exposiciones bienales,* por desgracia desaparecidas, y cada vez que se le hizo semejante indicación, siempre fué su contestación la misma: — *Me conozco y no sirvo para esas cosas. Bastante trabajo tengo en hacer mis cuadros para ir á juzgar los de los demás.*

Para él una obra de Arte representaba una suma de esfuerzos intelectuales y de sanas intenciones que se hacían acreedores por lo menos á la consideración de los que por obligación debían ser instruídos y educados. Sostenía, con fe y convencimiento, la opinión de que en toda obra de arte, por defectuosa que fuera, concurrían cualidades que exigían respeto y equivocaciones que merecían indulgencia.

Siempre recordaré entre otros muchos, que conservo apuntados, un caso, en que estaba presente nuestro malogrado artista.

Nos hallábamos en uno de los últimos días del periodo de presentación de obras de la tercera Exposición de Bellas Artes, y en una de las grandes salas de la sección de Pintura, había, hacinados unos al lado de otros, apoyados en el arrimadero, gran número de cuadros de todas clases, tamaños y condiciones, entre los cuales figuraban los presentados por nuestros principales pintores. Sentados ó en pie, delante de aquellas obras, estaban entregados á la curiosidad y á la *maledicencia,* según sus temperamentos, opiniones y pareceres, algunos de nuestros más conocidos artistas, jurados de admisión ó sin jurar, que, á cencerros tapados, saboreaban las primicias de la Exposición.

Después de un derroche de opiniones, chascarrillos, bromas y seriedades, que á cada uno sugerían tantas y tan diversas obras, reinó un silencio, que tenía más de tregua que de indulto.

Uno de los concurrentes que más se había distinguido por su verbosidad y por las desgracias *que había hecho,* al notar el silencio de Masriera, le dijo: — *Y bé, Paco, ¿qué t'en sembla de tot aixó? Estás molt callat. ¿Qué pensas?*

—*Pensaba* — contestó rápidamente Masriera con aquella ingenuidad en él tan característica — *en la casaca que'm tallariau si jo no fos aquí...*

Una espontánea y unánime carcajada demostró la oportunidad de la respuesta, dada por el artista y el amigo cuya pérdida hoy todos lamentamos.

Carlos Pirozzini

Con la muerte del pintor Masriera se ha apagado una existencia de labor artística, agotándose el manantial de un sentimiento profundo y los productos de un temperamento verdadero. Es triste, ver como se extinguen uno á uno los hombres que han hecho sentir, conmoviendo con el poder emocional que de sus obras brota, los corazones de los que ven en el arte un medio de educación del espíritu y de educación de la sensibilidad.

Bajo este último aspecto, es Masriera insubstituíble. Ha sido un artista delicado, exquisito, casi femenino, y esta cualidad de su alma brilla en sus obras, siendo la esencia de ellas. Su pincel, lleno de tintas suaves y dulces, ha sabido interpretar las finas elegancias y las tenues ondulaciones del cuerpo de la mujer, siendo el creador de una serie de tipos ideales tan exquisitos como pudiera soñarlos la imaginación más fantaseadora.

Con su muerte ha terminado la producción de este especie de obras tan personales que sólo podían salir de su mano movida por la fuerza de su alma. Pero los que hizo en vida bastan para constituir una estela de luz brillante alrededor de su existencia extinguida para siempre.

Joaquín Agrasot

Con la muerte de Francisco Masriera, ha perdido España á uno de los maestros del arte pictórico; Cataluña, á uno de sus ilustres hijos; el arte, á uno de los que más le enaltecían.

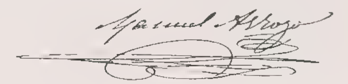
José Mª Marqués

Se me pide un recuerdo al inolvidable Paco Masriera. Solamente tengo que decir que desapareció para mí un amigo del alma, á quien me será imposible olvidar mientras viva.

El retrato del Rector de Vallfogona y *un estudio de anciana cosiendo*, son dos fragmentos de pintura que evidenciarán una personalidad muy saliente en nuestro arte contemporáneo

Enrique Galwey

Como la distinción ha sido la cualidad preferente en la pintura de Masriera, su muerte será siempre una pérdida para el arte, hoy que el prosaísmo impera tanto.



Regido el mundo por la ley de las compensaciones, en los momentos angustiosos en que el poderío de España se hunde en el ocaso, como un sol nuevo que ilumina su presente y su porvenir, surge el arte con su luz esplendorosa, con su encanto infinito, para recordar al mundo que la grandeza de esta nación es inextinguible.

La obra de los conquistadores es perecedera. Sólo perdura la gloria del arte.

España pudo conquistar y perder en el transcurso de los siglos, Portugal y Flandes, parte de Italia y América, todo un imperio; pero el imperio de la gloria que conquistaron Velázquez y Murillo, no se pierde jamás.

Hoy, abatida en sus intereses materiales, en el orden espiritual levantan sus artistas perdurable pedestal á su legendaria gloria. Uno de estos artistas, uno de estos genios que salvarán á España del naufragio de sus grandezas, acaba de bajar al sepulcro. ¡Gloria á los muertos! Francisco Masriera ya no existe para nosotros. Pero resurgirá para las generaciones del porvenir.

Angel D. Huertas

El apellido Masriera es en nuestra patria sinónimo de talento y generosidad. Conocí á Paco, allá en los albores de mi carrera, cuando me disponía á partir para Roma, pensionado por algunas personas de buena voluntad y entusiastas por el arte. Entre ellas estaba el malogrado artista que todos lloramos. Pintor de la belleza y de la elegancia, jamás profanó su paleta con las extravagancias que, de allende los Pirineos, han medrado en nuestro país.

¡Descanse en paz el amigo querido! Y los que lo hemos conocido y apreciado, guardaremos en nuestra mente y en nuestro corazón recuerdo imperecedero de su talento y de su carácter noble y bondadoso.

Enrique Serra





ESCUDO REAL DE ESPAÑA

CORONACIÓN DE S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

17 de Mayo de 1902

Esta fecha constituirá una efemérides culminante, trascendental, en la Historia de la nación española, pues señala el término de una Regencia, azarosa como todas, que la fatalidad ha hecho tristemente célebre, y el principio de un reinado sobre el cual no cabe anticipar juicio, porque nadie ha conseguido todavía leer en el libro del porvenir.

Con la solemne coronación que en el citado día presenciarán los representantes del país y los de las potencias extranjeras, la Patria otorga al que ha sido hasta ahora el Rey niño, y cuenta diez y seis años de edad, pues nació en 17 de Mayo de 1886, una patente de hombre, y de hombre capaz de administrar sus sacratísimos intereses. ¡Quiera el Señor dotarle de la inteligencia y energía necesarias para cumplir acertadamente tan elevada misión, y poner á su lado consejeros leales que no tuerzan las disposiciones felices con que sube al trono que por herencia le ha correspondido!

El nuevo Monarca lleva los siguientes nombres y títulos, inherentes éstos á la Corona de España:

Alfonso, León, Fernando, María, Santiago, Isidoro, Pascual, Antonio, Majestad Católica, rey de España, de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de Algarve, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, de la India y del Continente Oceánico; Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante y de Milán; Conde de Hapsburgo, de Flandes, de Tirol y de Barcelona; Señor de Vizcaya y Molina, etc., etc.

EL PALACIO REAL EN MADRID

El Alcázar

Poquísimas y muy aisladas noticias de la que hoy es Villa y Corte se tienen, hasta muy promediado el siglo x. Ningún historiador ha logrado desentrañar sus orígenes, por falta de datos. Madrid no ofrece una genealogía clara; la formación de este pueblo queda envuelta entre las nubes de la Historia, pudiendo únicamente descubrirse parte de su antigua leyenda en Toledo.

Creen antiguos historiadores que durante los tiempos de la dominación árabe latinizóse el nombre de la Villa tomando el de *Mayoritum*, variación del de *Magerito* que anteriormente había usado.

Hasta ostentar el nombre actual de Madrid, la Villa y Corte ha sido conocida durante diez siglos con los de *Magerit*, *Magerito*, *Mayoritum*, *Majeridum*, *Majeritum*, *Madritum* y *Madrit*.



Escalera principal.

Ya quienes se ocupan por primera vez de Madrid en el siglo x, hablan, como de lo más notable de él, de su Alcázar, palacio-fortaleza. Los códices de la mentada época discrepan al detallarlo, incurriendo en contradicciones respecto á su origen, pues mientras unos afirman que el Alcázar se construyó durante la época de Alfonso VI, otros aseveran que fué durante el reinado de Don Pedro, no faltando quienes digan que en tiempo de los moros, lo que es más fácil de creer, por haber sido su primitivo nombre *Alcassar*, nombre genérico con que los árabes designaban las fortalezas edificadas en lugares muy altos, para atender desde ellas á la defensa de los pueblos.

De modo concreto es imposible, pues, señalar los principios de aquel edificio que resistió victoriosamente al ejército de Tejufín, rey de los almoravides, en 1109.

Don Pedro I lo reedificó y amplió bastante, dotándole de mejores condiciones estratégicas (y este es el primer dato cierto que conocemos), con el fin de batir, en 1369, á las tropas que, acaudilladas por su hermano Don Enrique de Trastamara, cercaron Madrid en dicha fecha.

Reinando Enrique II, algunos años después, sufrió el Alcázar un horroroso incendio y se arruinó, siendo reedificadas sus torres por León V, rey de Armenia y señor de Madrid, varios años más tarde.

El edificio comenzó á tomar la forma de palacio en 1405, durante el reinado de Enrique III, quien ordenó que se hicieran grandes obras. Señalaremos entre éstas las más notables que fueron unas torres magníficas, en substitución de las derruídas. Bajo estas torres hizo depositar los valiosos tesoros que ordenó restituir á ciertos grandes del reino.

En 1466, parte de la fortaleza, á causa de un terrible terremoto, volvió á quedar en ruinas, lo que no dificultó que fuera un lugar inexpugnable desde el que Enrique IV resistió á 400 hombres aguerridos, elegidos entre los partidarios de la *Beltraneja*.

Muchos y variadísimos acontecimientos se sucedieron en el Alcázar que tan á la ligera reseñamos, terribles los unos, los otros hala-

güeños. Citaremos uno de entre los más salientes; la celebración de las primeras Cortes, convocadas, según mención de una crónica de tal época, para el día 10 de Marzo de 1419, *en la sala rica del Alcázar*.

No deja de causar admiración que los Reyes Católicos, cuando hicieron su solemne entrada en Madrid, en 1477, no se albergaran desde el primer momento en el Alcázar, lugar, seguramente, el más á propósito para su aposentamiento, y fuesen á vivir á una de las casas que don Pedro Laso de la Vega poseía en la Plazuela de la Paja, pudiéndose deducir de este hecho que la virtuosidad de Don Fernando y de Doña Isabel no les permitió habitar desde luego un palacio en el que se habían sucedido tantas escenas terroríficas y tan reñidas con la moral.

No obstante, la Reina solía asistir al Alcázar y aun moró en él temporalmente en varias épocas, como puede deducirse de la lectura de varios códices; y allí daba audiencia á cuantos solicitaban justicia.

Reunidos bajo el cetro de los Reyes Católicos los reinos de España y expulsados primeramente los moros y después los judíos, perdió el Alcázar el destino á que debió su origen y dejó ya de ser fortaleza para convertirse poco á poco en palacio, hasta llegar á serlo totalmente.



Salón de Gasparini.

El Palacio antiguo

La reedificación del Alcázar, su conversión de sitio de defensa en morada de reyes, debióse principalmente al emperador Carlos V. Encargóse de las obras el arquitecto don Luis de la Vega, quien, seguramente, no las imprimiría gran impulso, puesto que al subir al trono Felipe II, expidió desde Toledo una carta que condujo un propio, con gran urgencia á dicho arquitecto, en la que le ordenaba siguiera los trabajos del edificio con mucha mayor rapidez, puesto que su deseo era ir á habitarlo dentro de breve espacio de tiempo.

La contestación de Vega fué que no le era posible acceder á los reales deseos por insuficiencia de trabajadores. Faltábanle brazos para cumplimentar el mandato. Sabedor de ello Felipe II mandó al Corregidor que cuantos operarios había en la Villa se pusieran inmediatamente bajo las órdenes de Vega hasta que la fábrica quedase terminada, lo que se ejecutó al pie de la letra.

Los reyes que sucedieron á aquel Monarca continuaron las obras del edificio, remendándolo según sus gustos. Encargáronse de esto, sucesivamente y en distintas épocas, los arquitectos Juan Bautista de Toledo, Juan de Herrera, Juan Gómez de Mora, Alonso Carbonell, Juan Bautista Crescenti y marqués de la Torre.

Pocos, poquísimos datos se tienen respecto á las tales obras. Tan sólo se sabe de ellas como cosa cierta que durante el reinado de Felipe III, en 1606, lleváronse á efecto variadas reformas, una de las cuales fué el arreglo de los pasadizos.

En 1608 construyóse un aposento especial para la Reina, cuya obra fué tasada en *doscientos cincuenta mil ducados*, cantidad muy grande en aquel tiempo y que por su enormidad se encargó de pagar la Villa, gravando durante una larga temporada los comestibles, por cuya venta se creó cierto impuesto.

También en 1608 se construyó en el edificio una riquísima estantería de nogal tallado y se adornaron algunos techos con frescos de Jordán y de Becerra.

En 1622 abriéronse varias ventanillas ó *escuchas*, para que el Rey pudiese enterarse, sin ser visto por sus consejeros, de cuanto en los Consejos se tratara.

En 1630 procedióse al embellecimiento del Salón de Embajadores, decorándose de nuevo, enriqueciéndose con mármoles y jaspes sus paredes, con vistosas pinturas la bóveda y sufriendo las claraboyas algún ensanche. Costaron estas obras 19,000 escudos y en ellas perdieron la vida dos obreros y otros cuatro algunos de sus remos, por haber caído de los andamios. La fachada principal y la torre llamada *de la Reina* fueron reedificadas por el privado Valenzuela.

No obstante tantas reformas, el antiguo Palacio no fué nunca un edificio recomendable por su belleza. (1) Las fachadas—á excepción de una, que era de piedra—eran de cantería, tierra y argamasa y no guardaban entre sí simetría alguna. Las torres eran de ladrillo. Un pórtico enorme conducía á dos patios con arcos sobre los cuales había terrazas en las que descansaban grandes estatuas de mármol. La escalera principal estaba al fondo del tal pórtico; era amplia, con adornos dorados y pasamanos de piedra. Al final de ella estaba la sala de guardias, vasto recinto abovedado, lo mismo que las diferentes habitaciones destinadas á diversos Consejos. En el patio central, bajo otras bóvedas, escribían los llamados *covachuelistas*.

La capilla, los aposentos de la real familia (2) y un enorme salón

(1) Todos los escritores que se ocuparon de él convinieron en que nada de artístico tenía exteriormente, ni mucho menos era aquélla una mansión higiénica, ya que en su interior se notaba, muchas veces, un olor pestilente, ocasionado por las aguas inmundas de la Villa, que tenían su vertedero junto á uno de los muros.

(2) En una de las habitaciones del Rey había un pasadizo secreto que llegaba hasta el Campo del Moro.

destinado á recepciones, fiestas y comedor, en las ocasiones en que había gran número de invitados, formaban la casi totalidad del piso principal. Este salón tenía 170 pies de largo por 51 y medio de ancho y estaba decorado con pinturas de Jorge Viñas. El resto de este piso componíanlo bastantes habitaciones para la alta servidumbre; una gran sala en la que se reunían las Cortes; la llamada *Torre dorada;* la galería del *Cierzo*, denominada así por ser la parte más fría de la casa (miraba al Norte y soplaba en aquel lado siempre el aire seco del Guadarrama); otra galería en la que se veían multitud de pinturas; varios oratorios, retretes, gabinetes para la conservación de las ropas y otra para la de las joyas. En total tenía el palacio cerca de 500 habitaciones, sobre las puertas de muchas de las cuales leíase la inscripción:

CAROLUS V, ROMANORUM IMPERATOR ET HISPANIARUM REX, O PHILIPUS II HISPANIARUM REX. A. MDLXI.

En general casi todas las habitaciones de aquella mansión eran obscuras; bastantes de ellas ni tenían ventanas y otras las tenían demasiado pequeñas. Los patios eran tristes y de aspecto conventual. No se respiraba alegría alguna en aquella casa que parecía, por su aspecto, más abadía que palacio, extremo que hizo exclamar á muchos de los extranjeros que la visitaron: «¡Lástima grande que en salones tan sin luz haya tanto que ser admirado debiera con toda la del sol!»

Y, efectivamente, había allí mucho digno de admiración. En pinturas, y sobre todo en tapices, conservábase una gran riqueza. Estaban éstos almacenados, por cierto, en cuartos muy poco propios para ello, en número de 800. (En la actualidad está muy aumentada esta colección, pues consta de más de 1800, repartidos entre el Real Palacio de que nos ocupamos y los de el Pardo, Escorial y Sevilla. De algunos de ellos daremos cuenta más adelante.

La noche de Navidad del año 1734, mientras la corte estaba en el Real sitio del Pardo, un horroroso incendio, cuya causa se desconoce, envolvió en llamas el edificio, arruinándolo en el espacio de pocas horas.

Tres años después, en 7 de Enero de 1737, comenzóse á demoler lo poco que el fuego había dejado en pie y Felipe V ordenó se construyese en el mismo lugar que había estado asentado el descrito Palacio, y antes de él el Alcázar, otro edificio más suntuoso, *todo él de fábrica, sin más madera que la de ventanas y puertas, para libertarle del temor de un nuevo incendio*, encargando del asunto al abate y notable arquitecto italiano don Felipe Jubarra, que á la sazón se hallaba en Turín. Este ideó una obra tan enorme y colosal que para levantarla no hubiera habido capital suficiente con todos los tesoros del reino. (1)

El Palacio moderno

Murió al poco tiempo Jubarra y para proyectar y dirigir las obras fué nombrado don Juan Bautista Saquetti, su discípulo, natural, como aquél, de Turín. Este formó nuevos dibujos y modelos, sujetándose á la voluntad del Rey en cuanto al sitio y extensión y lo más posible á la idea de su maestro, en cuanto á los planos, reduciéndolos, naturalmente.

En 7 de Abril de 1738, segundo día de Pascua Florida, se colocó la primera piedra del Palacio Real hoy existente, á las cuatro de la tarde. (2) El arzobispo de Tiro bendijo las obras, que se efectuaron con gran rapidez, no obstante haber durado 26 años, 7 meses y 23 días, siendo coste total 262.763,687 reales y 5 maravedises.

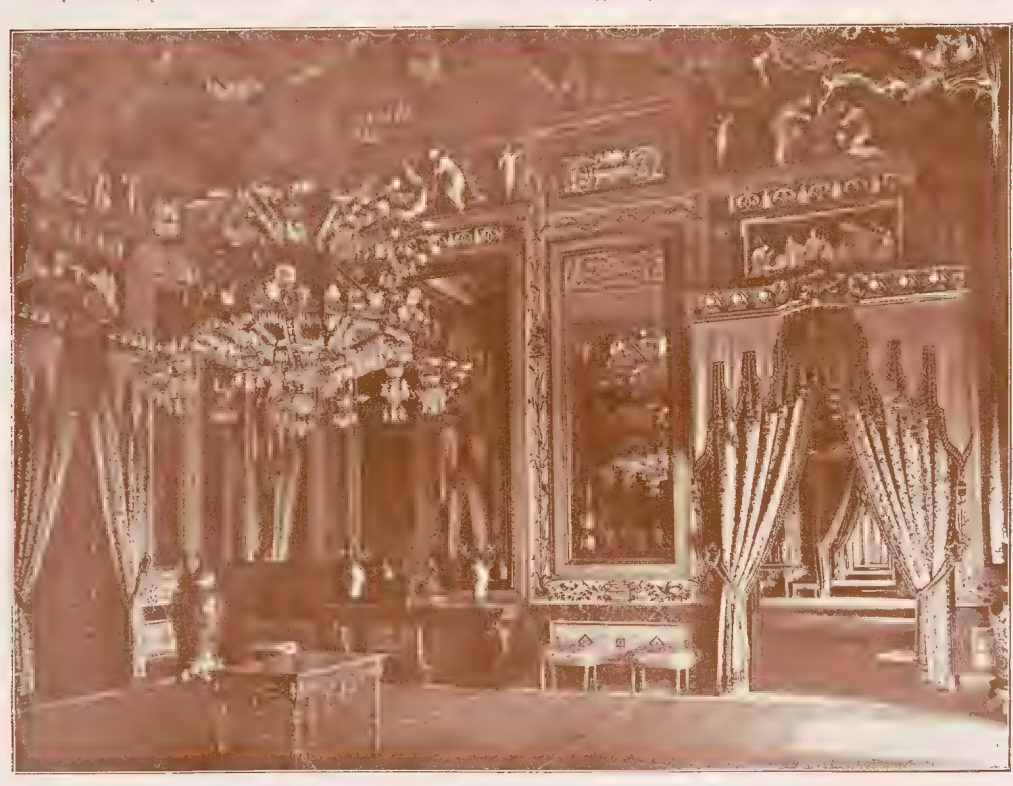
En 1 de Diciembre de 1764, al regresar del Escorial la real familia, domicilióse por primera vez en este Palacio, habiendo vivido mientras se verificaron las obras en el del Retiro.

JARRÓN JAPONÉS.

(1) Cuando Jubarra recibió la orden de formar un proyecto de este palacio, delineó é hizo construir un precioso modelo de él, hecho de madera, el cual estuvo expuesto durante muchos años en el gabinete topográfico del Retiro. Costó este modelo 83,639 reales y 3 maravedises. Componían el plano ideado cuatro fachadas con una superficie total de 2.890,000 pies.

(2) Esta piedra, que es de granito, ó berroqueña, se asentó en el centro de la fachada principal, á 40 pies de profundidad, contados desde la superficie de la plazuela. En un hueco de la misma piedra se introdujo una caja de plomo que contenía, en monedas corrientes de oro, plata y cobre, de las fábricas de Madrid, Sevilla, Segovia, Méjico y el Perú, 7,063 reales y 50 maravedises. Dicha piedra lleva grabada la siguiente inscripción:

Œdes Maororum quas Henricus IV composuit, Carolus V amplificavit, Philippus III ornavit, Ignis consumpsit octavo Kalendas januarii anno MDCCXXXIV, *tandem Philippus V spectandas restituit aeternitati anno* MDCCXXXVIII.



SALÓN DE LOS ESPEJOS.



Salón del Trono ó de Embajadores.

La planta del edificio viene á ser casi un cuadrado (1) de 470 pies de lado, pues la fachada del Sur, que es la principal, tiene 464 pies y la de Oriente 474. Tiene de altura 100 pies, con salientes en forma de pabellones en los ángulos. En los que forma la fachada S. con las de E. y O., hay, además, dos alas laterales, mandadas construir por Carlos III. En ésta hay cinco puertas y en la de Oriente tan sólo una, llamada del *Príncipe*. En las otras dos fachadas no hay puertas. Pocos adornos escultóricos decoran el Palacio; pero nada más sólido que su fábrica, tanto por el espesor de las paredes como por la profundidad de sus cimientos, la fortaleza de las bóvedas y el gran número de columnas. Los materiales para la construcción fueron piedra blanca de Colmenar y berroqueña, riquísimos mármoles y solamente la cantidad de ladrillo más indispensable para las bóvedas y el acompañado de la cantería. Los terrados y tejados están cubiertos de planchas de plomo y en ellos hay hasta 18 pararrayos.

Jarrón japonés.

Al entrar por la puerta del Mediodía hállase un suntuoso vestíbulo y después de él el patio principal, que es un cuadrado de 140 pies de lado, rodeado de un pórtico y una galería con 9 arcos en cada uno de sus cuatro lados. Entre ellos están las estatuas de los emperadores romanos nacidos en España; las de Arcadio y Trajano, en la parte N., ejecutadas por Felipe de Castro; las de Honorio y Teodosio en la parte S., hechas por Domingo Olivieri.

La escalera principal es grandiosa; sus peldaños son de excelente mármol, cada uno de ellos de una sola pieza; también son de la misma piedra las balaustradas é igualmente los dos leones que adornan el descansillo. A esta escalera mira una hornacina donde se ve la estatua de Carlos III, con armadura y manto á la romana. En la bóveda pintó Conrado Giaquinto el *Triunfo de la Religión y de la Iglesia*.

Hállanse en el piso bajo la intendencia, el archivo, la biblioteca, contaduría y otras oficinas. En el principal las habitaciones de la familia real y la capilla. En el segundo las habitaciones de los más inmediatos servidores de SS. MM. y AA. Además de la escalera principal hay otras dos de segundo orden, una en el ala del E., frente á la puerta que da á la Plazuela de Oriente; otra estrecha, de dos ramales, que conduce desde el piso bajo á la terraza; cuatro más de servicio; otras cuatro reservadas, situadas en cada uno de los ángulos y varias secretas (2).

La decoración de las habitaciones del primer piso es verdaderamente suntuosa; los muebles, colgaduras, arañas, etc., son de enorme riqueza. Las pinturas que por doquier se admiran convierten en museo las tales habitaciones.

He aquí algunos asuntos en que se inspiran las pinturas citadas:

Sala 1.ª *El Tiempo descubriendo la Verdad*. Autor: Mariano Maella. —Sala 2.ª *Apolo premiando los Talentos;* por Antonio González Velázquez.—3.ª *Caída de los gigantes que pretendieron asaltar el Olimpo*. (Francisco Bayeu).—4.ª *Juno ordenando á Eolo que desate los vientos contra Eneas*. (Maella).—5.ª *La apoteosis de Hércules*. (Bayeu).—6.ª *La institución de las órdenes del Toisón de Oro, de Carlos III, de Calatrava, Santiago, Alcántara y Montesa*. (Bayeu).—7.ª *Hércules entre la Virtud y el Vicio*. (Maella).—8.ª *La apoteosis de Adriano*. (Maella).—9.ª *Alegoría referente á la orden del Toisón de Oro*. (Domingo Tiépolo).—10. *Poderío y grandeza de la monarquía española*. (Juan Bautista Tiépolo).

Sala 11. Con el nombre de *Salón de Embajadores* es conocida esta suntuosísima sala, la más grande y espléndida del Real Palacio. Ocupa el centro de la fachada principal, en la cual tiene cinco balcones. Juan Bautista Tiépolo pintó en la bóveda *La majestad de la monarquía española ensalzada por los seres poéticos, asistida por las Virtudes y rodeada de sus diversos Estados*. Las paredes están revestidas de terciopelo bordado de oro; del techo penden dos hermosísimas arañas y entre los adornos mencionaremos doce magníficos espejos venecianos de gran valor, ante los cuales hay otras tantas mesas riquísimas, con bustos de mármol, con pies dorados y otras preciosas ornamentaciones. Frente al balcón del centro de la fachada levántase el trono cubierto por dosel de terciopelo carmesí, bordado de oro. A la derecha del trono está la estatua de la Prudencia; á la izquierda la de la Justicia; en los dos ángulos que trazan las gradas hay cuatro leones de bronce dorado.

Sala 12. *Apoteosis del emperador Trajano*. (Antonio Rafael Mengs). —13. *(Salón de columnas). Aparición del sol y júbilo de la Naturaleza*. (Conrado Giaquinto).—14. *(Sala de guardias). Eneas conducido al templo de la Inmortalidad*. (J. B. Tiépolo).—15 *Apoteosis de Hércules*. (Mengs). —16. *Las virtudes que deben adornar á los que ejercen cargos públicos*. (Luis López).—17. *(Fachada de Poniente). La potestad soberana en el ejercicio de sus facultades*. (Vicente López).—18. *San Fernando en la gloria*. (Juan Rivera).—19. *Institución de la orden de Carlos III*. (Vicente López).—20. *Juno en la mansión del sueño*. (Luis López).—21.

(1) *Téngase en cuenta que hablamos del Palacio tal como se fundó, del cuerpo central del edificio, sin incluir las alas que lo prolongan en la plaza de Armas, de construcción moderna*.

(2) Para dar idea de la altura del edificio diremos que la escalera que conduce al segundo piso, llamado *galerías de damas*, consta de 120 escalones.



SILLA DE MANOS DEL REY FELIPE V





Cuadro de J. Cusachs

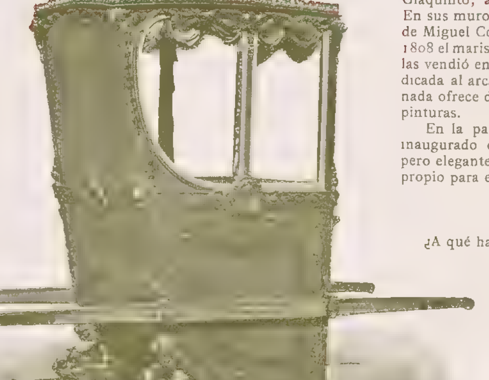
S. M. EL REY DON ALFONSO XIII

Extraordinario del ALBUM SALÓN



EL PALACIO REAL VISTO DESDE LA PLAZA DE ORIENTE

La Aurora. (Mengs).—22. *Colón ofreciendo á los Reyes Católicos el nuevo mundo.* (Antonio González Velázquez). — 23. *Rendición de Granada.* (Bayeu). — 24. *La Benignidad, acompañada de las Virtudes.* (Luis G. Velázquez). — 25. *Poder de España.* (El mismo). — 26. *La Providencia presidiendo á las Virtudes y á las Facultades del hombre.* (Bayeu). —27. *Recompensa del mérito y de la fidelidad.* (Velázquez). Desconócese cuál de los tres hermanos. — 28. *Unión de las Virtudes cardinales.* (Maella). — 29. *La Felicidad pública.* (Bayeu). — 30. *La Virtud y el Honor.* (El mismo). En cinco piezas que hay en el ala del ángulo de Oriente, habilitadas hace muchos años para biblioteca, hasta que ésta pasó á otro lugar, hay los siguientes frescos: En la 1.ª *Una joven, mostrando la sala principal.* (Bayeu). —2.ª *El triunfo de la Virtud.* (Maella).— 3.ª *La verdadera gloria.* (Maella).—4.ª *Apolo protegiendo á las Ciencias.* (Bayeu). — 5.ª *La Historia escribiendo sus memorias sobre el Tiempo.* (Maella).



Silla de manos del rey Fernando VI.

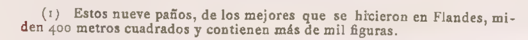
La colección de tapices que posee el Palacio Real es notabilísima; una de las mejores que se han conocido. Con muchos de ellos decoran, en determinadas festividades, las galerías. Citaremos las siguientes: 9 representando *Escenas de los Apóstoles.*—11 *Historia de Alejandro el Grande.* — 10 *Amores de Pomona y de Vertumno.* — 7 *Batallas del archiduque Alberto.* — 4 *Tentaciones de San Antonio.* — 6 *Historia de la Virgen.* — 4 *Historia de Noé.* — 6 *Fundación de Roma.* — 9 *Vicios y virtudes.* — 5 *Historia de San Pablo.* — 9 *Los honores* (1).—4 *Las esferas.* — 5 *Las poesías.* — 12 *Conquista de Túnez*, de Juan Vermay (quien empleó ocho años en su confección). De estos 12 tapices se han perdido dos; el 8.° representando la *batalla de los Pozos de Túnez* y el 11.° que figuraba *el ejército acampado en Rada.* Tan extraordinario es el valor artístico de estas piezas que el 2.° paño, el llamado *Revista de Barcelona*, en la última Exposición de París fué tasado en 1.500,000 francos. — 7 *Los pecados capitales.*—5 *Pasión de Jesucristo.* — 3 *David y Betsabé.* — 1 *Los pastores*, de Teniers. — 1 *La cena del Señor* (que se exhibe en la ceremonia del lavatorio, el día de Jueves Santo). — 1 *La Minerva*, de Amiconi. — 1 *La Misa de San Gregorio.* — 1 *Los funerales de Turnus*, muerto por Eneas. Entre estos tapices consérvanse buen número de ratazos de otros y bastantes colgaduras de cama.

La Capilla Real se halla en la parte N.; es de orden corintio y no muy espaciosa. Es muy rica en mármoles y en dorados. Pintó la bóveda Giaquinto, así como las pechinas y cúpula. En sus muros existieron soberbias pinturas de Miguel Coxis, de las cuales se apropió en 1808 el mariscal Belliard, quien años después las vendió en Bruselas. Esta capilla está dedicada al arcángel San Miguel. La sacristía nada ofrece de particular, aparte de algunas pinturas.

En la parte S. O. hay un salón teatro, inaugurado en 1849. Es un local reducido, pero elegante y perfectamente decorado, muy propio para el objeto á que se destina.

* * *

¿A qué hablar más del Palacio Real? Son tantas las riquezas que en él se atesoran, tanto lo notable que encierra, que con sólo una ligera descripción de todo ello pudieran llenarse millares de páginas. No es nuestro objeto relatarlo, sino dar una pequeña idea de tan hermoso edificio y una brevísima reseña de parte de lo que contiene, á lo que van encaminados los anteriores datos.



(1) Estos nueve paños, de los mejores que se hicieron en Flandes, miden 400 metros cuadrados y contienen más de mil figuras.

LAS CABALLERIZAS REALES

Construyóse el edificio destinado á caballerizas en tiempo de Carlos III, bajo la dirección de Sebatini. Tiene la figura de un polígono irregular cuyo lado mayor, el que corresponde á la Cuesta de San Vicente, mide 700 pies. La fachada principal da á la calle de Bailén, siendo el edificio de que nos ocupamos una prolongación del de el Palacio Real.

En el interior hay varios patios y las correspondientes galerías ó caballerizas en las que holgadamente pueden acomodarse 300 cabezas de ganado. Entre los muchos que hay allí vense hermosos ejemplares de caballos árabes, ingleses, andaluces, gran número de las castas de Aranjuez pertenecientes á la yeguada propiedad del patrimonio real y varias magníficas mulas.

El *guadarnés general* ocupa una espaciosa nave de tres crujías y 160 pies de extensión. En ella, colocados en 62 armarios, se ven lujosísimos atalajes, sillas, artolas, mantillas, bridas, bocados, estribos, espuelas, penachos, caparazones, látigos y multitud de objetos, algunos de ellos muy antiguos, así como uniformes de diario, de gala y de media gala, de cocheros y lacayos.

La cochera fué construída en tiempo de Fernando VII, en la explanada N. de Palacio. Dirigió las obras el arquitecto don Custodio Moreno. Guárdanse allí coches muy notables, algunos por su antigüedad y mérito artístico y otros, como el de la Corona, por su valor. El mejor de ellos,



Carroza de la reina Doña Juana la Loca.

indiscutiblemente, por su artística confección y por constituir un recuerdo histórico, es el llamado *carroza de Doña Juana la Loca*, el primero, según algunos cronistas, que rodó en España.

Supónese que perteneció á la desventurada hija de los Reyes Católicos, y de ahí el nombre por que es conocido. Es de roble, barnizado de negro, y está admirablemente tallado, formando las tallas preciosos adornos, geniecillos, flores y medallones, obra de Alonso de Berruguete. Conserva en su interior el primitivo almohadillado, de terciopelo negro, igual que el revestimiento, el cual se halla en relativo buen estado, dada su antigüedad, notándose en los asientos las huellas de personas.

Aunque, como de todo lo referente á esta *carroza*, no hay datos ciertos que lo confirmen, dícese que las ruedas que hoy la sostienen no son las primeras que se colocaron en ella.

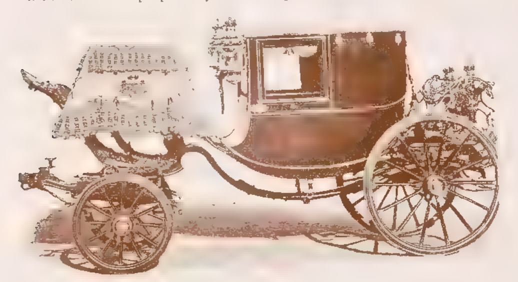
Según la leyenda, en este coche Doña Juana de Castilla y de Aragón llevó consigo el cadáver de su amadísimo marido Don Felipe el *Hermoso*, desde la Cartuja de Miraflores, donde expiró, al convento de Santa Clara, en Tordesillas, — en cuyo descanso está inspirado el célebre cuadro de Pradilla *Doña Juana la Loca*, — el 25 de Septiembre de 1506. (1)

El Picadero Real, construído en una de las explanadas que miran al Campo del Moro, tiene 190 pies de largo por 60 de ancho.

En el centro del lienzo occidental de este edificio hay una pequeña capilla, bajo la advocación de San Antonio Abad..

LA ANTIGUA GUARDIA REAL

Pareciéndonos ocioso el describir aquí el origen de este extinguido Cuerpo, pues sabido es que en todos los ejércitos del mundo, desde los tiempos más remotos, han existido Cuerpos privilegiados que han tenido su cuartel perpetuo junto á las gradas del trono, vamos á dar una



Carroza de gala que sirvió para la boda de la reina Isabel II.

idea de lo que era la Guardia Real Española en sus mejores tiempos, ó sea en el año 1821.

Formaba esta Guardia una división de Infantería, otra de cuerpos de Milicias provinciales; una división de Caballería y un escuadrón de Artillería ligera, con tres baterías. De modo que formaba un cuerpo de ejército compuesto de las tres armas.

Era la tropa de estos Cuerpos gente escogida, veterana y de probado valor. Sus oficiales, si bien pertenecían á familias distinguidas y estaban animados de un noble espíritu, eran gente joven, tanto, que, quizá por espíritu de envidia, los oficiales de los demás Cuerpos decían de ellos que todavía tenían amas de cría que los llevaban en brazos durante las marchas.

La base de la Guardia Real fué el viejo tercio de los *Morados* que Felipe V hizo ir á Madrid desde Barcelona, donde se hallaba.

Al principio constaba esta fuerza de 6,000 hombres distribuídos en dos regimientos, uno nacional y otro walón, destinándose 1,200 de éstos á reemplazar en la guardia de Palacio á las compañías de archeros y alemanes introducidas por Felipe I y Carlos V.

Estos regimientos alternaban de vez en cuándo, uno de servicio en la corte y otro en provincias.

Andando el tiempo reformóse esta tropa y se crearon dos regimientos de caballería, uno de *línea* y otro *ligero*, con fuerza de 500 caballos cada uno, de modo que en el año 1828 la Guardia Real contaba con 8,268 plazas repartidas entre la capital de España y sus provincias.

Los oficiales que figuraban entonces en dicha Guardia eran

Carroza con plafones dorados, del rey Carlos IV.

los después generales Fernández de Córdoba, O'Donnell, Elío, España, Imaz, Reina, Concha, Patricio Escosura y muchos otros.

Al estallar la primera guerra civil los Cuerpos de la Guardia Real, deseando acreditar que no sólo eran aptos para guardar el trono en los alrededores del Alcázar sino también en los campos de batalla, pidieron por sus jefes puesto en la guerra, y allá en los campos de Navarra, los imberbes oficiales dieron muestras de su valor y sangre fría, llegando, algunos de ellos, á ser después los grandes generales cuyos nombres hemos apuntado.

Terminada la guerra civil, el 3 de Agosto de 1841, las dos divisiones de la Guardia Real se refundieron en dos regimientos de á tres batallones cada uno, y en el mismo año, por causa de los sucesos políticos en que aquéllos tomaron parte, fueron disueltos, desapareciendo para siempre la Guardia Real Española.

REAL CUERPO DE ALABARDEROS

Fué creado para la custodia de las reales personas y presta su servicio dentro del Palacio Real.

Para buscar su origen habríamos de remontarnos á Dinamarca, nación donde primeramente se dotó de alabarda á ciertos soldados distinguidos, pasando después el uso de tal arma á Suiza, y más tarde á otras naciones.

La creación de este Cuerpo en nuestra patria data del año 1504. Instituyólo Fernando el Católico y lo formó con 50 hombres escogidos entre los principales mozos de espuela de sus caballeros cortesanos, nombrando jefe de ellos al capitán don Gonzálo de Ayora.

El traje que usaron estos primeros alabarderos era jubón, gorra y calzas de paño morado, con sayo heráldico divisado por los colores rojo y blanco de las armas de Castilla y de León; coselete sencillo, es decir, peto, faldón, espaldar y capacete, y por armas espada y alabarda.

Andando el tiempo los cincuenta hombres mencionados se aumentaron hasta formarse con ellos un cuerpo mixto de infantería y caballería, llamándose á los primeros *Estradiotes* y á los segundos *Guardias de la lancilla*.

Con los inválidos que resultaban de esta guardia formó Carlos I otro Cuerpo llamado *Guardia vieja*, para el servicio de los Infantes cuando á éstos se les ponía casa aparte. Esta sección tomó después el nombre de *Guardia amarilla*, debido sin duda al color de su uniforme.

En 1561 y bajo el reinado de Felipe II, se estableció una Ordenanza para estos Cuerpos, en la cual se señalaban las pensiones, sueldos y sub-



Carroza nupcial de los reyes Fernando VII y María Cristina.

(1) Según un viejo cronicón, trajo á España, de Flandes, Don Juan de Austria el primer coche que se vió en nuestra nación, generalizándose de tal manera su uso que en breve espacio de años construyéronse centenares de ellos, y no sólo los usaban los personajes y gentes ricas, si que tambien quienes no lo eran dieron en tenerlo, por cuanto fué preciso prohibir el coche por una pragmática en 1577.

venciones que debían disfrutar el Capitán, Teniente, Alférez y demás clases é individuos de las dos armas; determinándose también las circunstancias especiales que debían reunir los que desearan ingresar en el Cuerpo.

Así continuaron formando tres compañías bajo la dicha denominación de *Guardia Amarilla*, hasta que el rey Don Felipe V, por Ordenanza de 6 de Mayo de 1707, fundió en una sola las tres compañías con el nombre de *Guardia de Alabarderos*, considerando á este Cuerpo como complemento del de *Guardias de Corps*, creado por R. D. de 1704.

En 1821 fué extinguido este último Cuerpo, y el de Alabarderos, aumentado convenientemente, se encargó de todo el servicio interior de el Real Palacio.

En 1822 se dividió en dos compañías.

En 1823 se formaron cuatro compañías de 80 guardias cada una. En el mismo año se restableció el cuerpo de *Guardias de Corps*, y el de *Alabarderos* quedó reducido á una sola compañía.

En 1841, suprimido definitivamente el Cuerpo de Guardias de Corps, creáronse de nuevo dos compañías de Alabarderos y se les dió Reglamento propio, pues hasta entonces se habían regido por el de los Guardias de Corps.

En 1852 estas compañías tomaron el nombre de Real Cuerpo de *Guardias de la Reina* y se aumentaron hasta componer una brigada de infantería y otra de caballería.

Silla de manos del rey Carlos IV.

En 1854 se suprimió la brigada de caballería, y los Alabarderos volvieron á tomar su antigua denominación.

En 31 de Octubre de 1868 fué disuelto el Cuerpo por orden de la Junta del Gobierno provisional.

Por último, por R. D. de 19 de Febrero de 1875, se reorganizó en la misma forma que antes tenía, aunque más reducida su fuerza, constando de dos compañías, y organizado de la siguiente fuerza:

Plana mayor: Un Comandante General, Grande de España ó Título de Castilla, de la clase de Capitán ó Teniente General de Ejército, que es el Director general del Cuerpo; un segundo jefe, Mariscal de Campo; un tercer jefe, de la clase de Brigadier; un secretario, de la clase de jefe; un primer ayudante, de la clase de Coronel; un segundo ayudante, de la de Teniente Coronel; de un sargento primero brigada, de la de Capitán; de un capellán de término; dos médicos; un músico mayor; un maestro armero y treinta músicos.

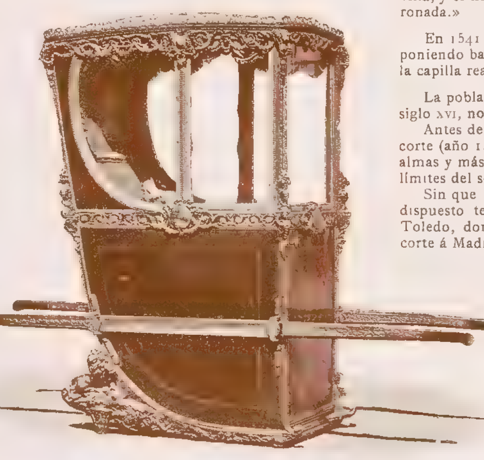
Cada una de las dos compañías consta de un capitán (Coronel); dos tenientes (Tenientes Coroneles); dos alféreces, (Comandantes); un sargento primero, (Capitán); cuatro sargentos segundos, (Tenientes); ocho cabos, (Alféreces); cien guardias, (sargentos); varios tambores y un pito.

Para ingresar en este cuerpo como guardia se requiere: ser sargento de cualquiera de las armas ó institutos del Ejército ó Armada; tener 25 años cumplidos de edad y no pasar de 40; contar cinco de servicios efectivos y uno de efectividad en el empleo; tener buena conducta; contar 1 metro 690 milímetros de estatura y no tener defecto visible alguno.

***

Ofrece una nota muy pintoresca ver á los Alabarderos formados, recorriendo todas las mañanas, á la hora del relevo, el espacio que separa su casa cuartel, situado en la calle de San Nicolás, del Palacio Real.

El jefe que manda la fuerza va distanciado de ésta. Abren la marcha los tambores y pito, sigue á ella la música y luego la sección de Alabarderos.



Silla de manos del rey Carlos III.

En los días crudos de invierno acuden al relevo cubiertos con su gran capotón blanco con vivos rojos y plateados.

Cuando están de centinela, marcan con sendos golpes dados en el suelo con la contera de la alabarda, el paso de las regias personas.

. . . .

Durante el reinado de Don Amadeo substituyóse á los Alabarderos por una compañía de guardias, hombres de altísima estatura, que aún parecía mayor por el enorme morrión de pelo negro que usaban. Vestían un cuerpo encarnado cruzado, calzón blanco y polainas de paño negro.

***

Muy distintos fueron en tiempos anteriores los estatutos, uniformes y costumbres de los soldados encargados de custodiar á las personas reales en Madrid.

Sólo citaremos, de tiempo antiguo, el regimiento de *schombergos*, uniformado á la francesa como los soldados de Schomberg, adoptado para su guarda por la esposa de Carlos II, en 1665. El pueblo no vió con buenos ojos al tal regimiento y entre aquél y éste estuvo á punto de estallar un conflicto en la fecha mencionada, á consecuencia de lo cual poco después quedó disuelto.



PRINCIPALES EFEMÉRIDES DE LA REALEZA MADRILEÑA

En el siglo XV, 1477, hicieron su solemne entrada en Madrid los Reyes Católicos, quienes aposentáronse en la casa de don Pedro Laso de la Vega, situada en la plazuela de la Paja.

En 1478 los Reyes Católicos prodigaron títulos nobiliarios á los caballeros y nobles de Madrid, siendo esto el origen de la corte.

En 1507, á la muerte del rey Católico, los gobernadores del reino Cardenal Cisneros y Lovaina trasladaron su residencia á Madrid, aposentándose también en las casas de Laso de la Vega (plazuela de la Paja). En dichas casas, una junta de grandes de España y prelados acordó la proclamación de Carlos I, que se hallaba en Flandes, como rey de España, en 1520.

En 1528 hubo Cortes en San Jerónimo, para la jura del príncipe de Asturias Don Felipe, reuniéronse otras dos veces estas Cortes en 1534; concediendo el Rey á los procuradores de ellas la colocación de una corona real sobre el escudo de las armas de la villa, y el título para ésta de «Imperial y coronada.»

En 1541 reedificó Carlos V el Alcázar, poniendo bajo la advocación de San Miguel la capilla real.

La población de Madrid á principios del siglo XVI, no pasaba de 3,000 vecinos.

Antes de que Felipe II fijara en ella su corte (año 1561) contaba ya con 25 á 30,000 almas y más de 2,500 edificios dentro de los límites del segundo ensanche.

Sin que el referido Felipe II lo hubiera dispuesto terminantemente, en 1561, desde Toledo, donde se hallaba, se trasladó á la corte á Madrid, trayendo á ella el sello real de los tribunales, y la servidumbre. En aquella fecha la villa sufrió importantes reformas.

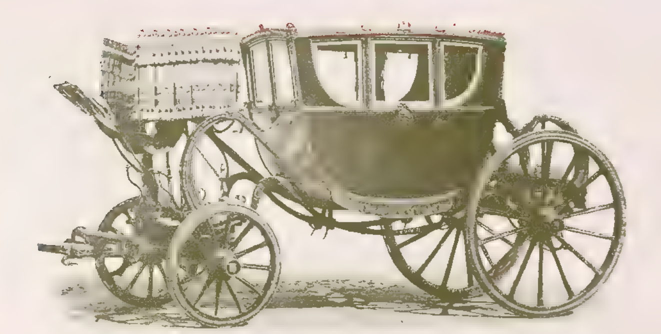
En 1568 fué preso en su cámara el príncipe Don Carlos, por orden de su padre.

En 1570 entró en Madrid la reina Doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, celebrándose con tal motivo solemnes fiestas.

En 1573 fueron trasladados al Escorial los restos del príncipe Don Carlos.

En 1578 nace en Madrid Felipe III.

En 1580 sale de Madrid Felipe II para posesionarse de la corona de




Carroza de gala del rey Carlos IV.

Portugal. En este mismo año llegaron á Madrid tres embajadores del Japón, y fué jurado el infante Don Diego príncipe de Asturias.

En 1598, con motivo de la proclamación de Felipe III, hubo en Madrid grandes fiestas.

El año siguiente, 1599, hace su entrada en la Corte la reina Doña Margarita de Austria y vuelven á celebrarse magníficas fiestas.

En 1601 traslàdase la corte á Valladolid.

En 1602 vuelven los Reyes á Madrid y se hospedan en el edificio de Las Descalzas.

En 1603 marchan de nuevo los Reyes á Madrid y se aposentan en casa del duque de Lerma.

En 1606 vuelve la corte á Madrid, para la cual la Villa contribuyó con 250,000 ducados.

En 1625 muere Felipe III y es proclamado Felipe IV en medio de grandes fiestas.

En 1623 llega el príncipe de Gales, después Carlos I de Inglaterra. Hospédase en San Jerónimo y luego en el Alcázar.

En 1661 nace Carlos II.

En 1665 muere Felipe IV y es proclamado Carlos II.

En 1675 es Carlos II declarado mayor de edad y destierra á su madre.

En 1680 hace su entrada en Madrid, María Luísa de Borbón, primera esposa de Carlos II, siendo causa de grandes fiestas en la villa.

En 1689 muere la reina María Luisa de Borbón.

En 1700 muere Carlos II.

En 1701 es proclamado Felipe V, el cual, á poco de haber entrado en Madrid, púsose al frente de sus tropas para combatir al archiduque Don Carlos, que le disputaba el trono.

En 1707 nace en Madrid Luis I.

En 1713 nace Felipe VI.

En 1714 muere la reina María Luisa de Saboya.

En 1716 nace Carlos III.

En 1722 hace su solemne entrada en Madrid el príncipe de Asturias con su esposa Luisa de Montpensier.

En 1724 es proclamado Luis I. En el mismo año muere este Monarca á causa de la viruela, encargándose del reino Felipe V.

En 1746 muere Felipe V, siendo proclamado Fernando VII.

En 1759 muere Fernando VI en Villaviciosa, encargándose de la regencia la reina madre Doña Isabel de Farnesio, hasta la venida de Carlos III, rey de las Dos Sicilias, que hizo su entrada en Madrid en el mismo año, celebrándose grandes fiestas.

En 1766 se traslada la corte á Aranjuez.

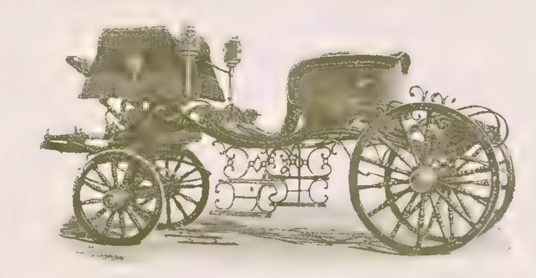
En 1788 muere Carlos III, proclamándose á Carlos IV.

En 1808 abdica Carlos IV en su hijo Fernando VII.

En 1814 da Fernando VII su célebre golpe de estado.

En 1829 entra en España la reina Cristina y sus padres los reyes de las Dos Sicilias, por lo que hubo suntuosas fiestas.

En 1830 nace Isabel de Borbón, celebrándose nuevas fiestas. El Rey por medio de un decreto deroga la ley Sálica. En 1832 la restablece llamando á sucederle á Don Carlos, pero la infanta Doña Luisa Carlota



Carroza de los maceros de las Cortes.

logra que Fernando deshaga lo hecho por lo cual queda habilitada la reina Doña Cristina para el despacho de los negocios durante la enfermedad del Rey. En el año antes mencionado, es desterrado Don Carlos y su familia á Portugal y se reunen Cortes en San Jerónimo para la jura de Doña Isabel como princesa de Asturias, con este motivo vuelve Madrid á estar de fiestas.

En 1833 muere Fernando VII quedando su esposa Doña Cristina, regenteando el reino durante la minoría de su hija Doña Isabel II. En este mismo año es proclamada esta última.

En 1840 sale la Reina gobernadora de Madrid para Barcelona.

En 1841 las Cortes nombran regente al Duque de la Victoria en lugar de Cristina.

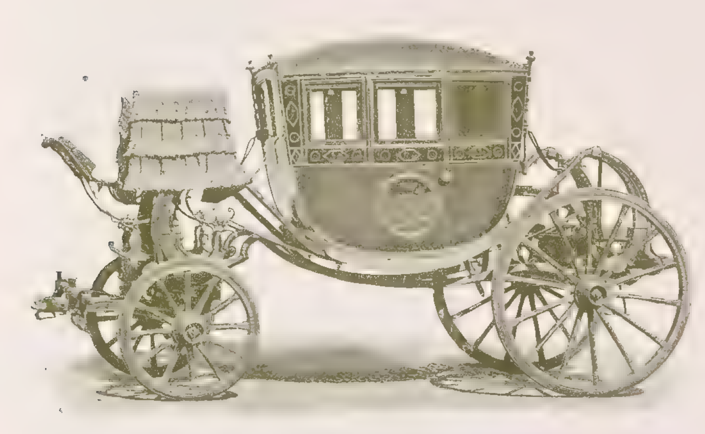
En 1854 es desterrada de España Doña María Cristina.

En 1868 sale Isabel II y su corte para San Sebastián, y de allí para el extranjero al ser destronada por la revolución.

En 1874 el general Martínez Campos proclama en Sagunto á Don Alfonso de Borbón y Borbón, hijo de la reina destronada Doña Isabel II.

En Noviembre de 1885 muere el rey Don Alfonso XII quedando de regente del reino su viuda Doña María Cristina.

En 17 de Mayo de 1886 nace Alfonso XIII, hijo de los anteriores monarcas.



Carroza nupcial de los reyes Fernando VII y María Luisa.

Fotografías de J. Laurent y C.ª (Madrid).



(Palacio Real).—RELEVO DE LA GUARDIA EN LA PLAZA DE ARMAS



Cuadro de Ricardo Brugada.

BELLAS ARTES

Encabeza este número un tipo de *chula* de Ricardo Brugada, uno de los artistas que mejor interpretan la gracia mujeril.

La cabeza en cuestión es un bonito estudio, donde el pintor ha tenido ocasión de lucirse al modelar las suaves tintas del rostro y al pintar con vigorosos toques el pañuelo de seda.

El lindo cuadro *La medallica*, que ocupa la doble página central, lleva la firma de Juan José Gárate, un aragonés que, como á tal, conoce á fondo las costumbres de su tierra.

En efecto, sería difícil á otro cualquiera penetrar en la médula del espíritu baturro que resplandece en este delicioso cuadrito, de no haber crecido á orillas del Ebro y bajo la sombra de las cúpulas del Pilar. La escena es completamente aragonesa, en su concepción y en su forma, en sus tipos y en sus detalles. Todo respira aquella bondadosa travesura del *maño*, que ha dado motivo á tantas leyendas y chascarrillos.

Gárate, sin embargo, no es sólo un buen observador de las costumbres; es al propio tiempo un artista que posee medios mecánicos de expresar con corrección sus ideas; y esto se ve en este cuadro que publicamos, de composición agradable, dibujado con envidiable justeza y pintado con una pulcritud que recuerda las miniaturadas obras de la escuela fortunyana, cuyos secuaces van desapareciendo al soplo de los nuevos ideales artísticos.

No importa; cuando la gracia y la realidad se sobreponen, no hay moda que valga, el arte es de todos los tiempos, lo que sucede con *La medallica*, de Gárate, de perenne actualidad.

Cierra este número la bella ilustración del poema *Amor*, (canto tercero) de Salvador Carrera, que presta nueva ocasión á Gaspar Camps para lucir su inagotable vena decorativa. En una hermosa mujer simboliza el amor en la plenitud de su potencia avasalladora; el amor juvenil y ardiente, que determina la unión legal de dos seres para la continuación de la especie. Al simbolismo contribuyen otros atributos, que Camps dispone en forma ornamental con el buen gusto de siempre.

Francisco CASANOVAS

PACO MASRIERA [1]

Con la misma facilidad con que la onda borra las líneas trazadas sobre la arena de la playa, borra Dios una vida en el libro de los destinos humanos. Sólo tenemos la certeza de la vida, en el momento que pasa, en el *ahora* fugaz que apenas tiene límites por su pequeñez. Todo lo demás es incierto y obscuro como un enigma. El adiós de la víspera puede ser siempre la despedida para la eternidad, la expansión más plena del bienestar físico y moral, acontece que es á menudo el prólogo de la muerte; tan de cerca sigue ésta nuestros pasos, que sienta el pie en la huella que deja el nuestro. Somos unos condenados á muerte que nos paseamos, con la ilusión de que estamos libres, arriba y abajo de esa capilla que llamamos mundo, que han adornado para nuestro solaz con campos llenos de sol, montañas cubiertas de verdor, ciudades con su arte y su frenesí, y que estamos siempre en peligro de dejar, sin apelación, cuando desde la puerta de nuestra cárcel el juez pregona nuestro nombre para subir á la fatal carreta.

Siempre que muere uno de nuestros amigos á quien no había alcanzado todavía la vejez, se me renueva esa visión de la muerte, y todo ese afanar y pretender con que los hombres agotan sus fuerzas hasta desalentarse, se me representa como juegos de niños ambiciosos, ó tristes pantomimas de un patio de manicomio; tan quebradizo y pueril es todo aquí abajo, hasta aquello que la vanidad humana ha llamado grande y majestuoso.

Murió Miguel y Badía, con quien dos ó tres horas antes había conversado expansivamente en la puerta de su casa: al recibir la noticia, recordé el amistoso «hasta mañana», ese *mañana* en que se han de realizar proyectos, resolver asuntos ó conseguir deseos, y pensé en lo desrazonado y vano que es imaginar vivir un día más de aquel en que vivimos y diferir al día siguiente la realidad de nuestras esperanzas é ilusiones. A nuestra sentencia de muerte no le falta más que el «guárdese y cúmplase» y éste se escribe tal vez en el instante en que mayor seguridad tenemos de indulto.

Ahora con la muerte de Paco Masriera me sucede algo parecido. Aunque de algún tiempo á esta parte los presentimientos de que había llegado su turno eran, entre sus amigos, insistentes y sin esperanzas, es lo cierto que la caída sorprende siempre, llevándonos de nuevo á la página fatal de nuestra ejecutoria, en cuyos considerandos se estiman todas las pequeñeces de la vida. A Masriera, artista, le conozco desde hace veinticinco años; poco después, bien ó mal, juzgaba en las letras periodísticas sus obras. Al Masriera amigo, hace poco menos de dos años. Pero bastaba hablar con él un par de veces para conocerle casi á fondo, para descubrir que, aparte de las cualidades que le adornaban, carecía de un defecto que desluce enormemente la gloria y los méritos de un artista: este defecto es la pedantería, esa deformidad de la inteligencia abierta á medias, por una cultura incompleta y trivial. Paco Masriera era, por el contrario, sincero y expansivo en sus sentimientos, generoso en sus juicios al aplicarlos á las obras de sus colegas, á los que jamás trató con rigor ni mucho menos con esa causticidad malsana, con que los impotentes hablan de sus émulos; es claro, Masriera se hallaba satisfecho con su arte y no buscaba en la envidia el desahogo de las naturalezas improductivas.

Debo confesar que me admira y atrae mis simpatías, el artista á quien toda obra de arte le parece buena, aún la que no lo es: lo que otros tomaran por cortedad de inteligencia á mí me parece una grandeza de alma excepcional. Y Paco Masriera tenía de eso mucho; el espíritu de negación no entró en él jamás; siempre encontraba motivos para un elogio y nunca pasó ante una obra de arte, desdeñoso ó satírico; sin duda sabía cuánto cuesta crearla, aún siendo modesta, para que se la regale con una sonrisa de desprecio ó una mirada de Júpiter Olímpico.

¡El arte de Masriera...! ¡Cuidado si había sido celebrado antes de los felices tiempos de las cosas grises, de las montañas simbólicas, de los mares color de amaranto y de las democráticas telas en que danzan y se barajan esa innúmera variedad de lisiados de ambos sexos, como los engendros de una pesadilla! ¡Qué no se ha dicho, con justicia, de la aristocracia de su paleta y de su pincel, de su portentosa habilidad en reproducir gasas y joyas, flores y encajes! ¿Quién no le ha dado su voto al tratarse de concederle la primacía en la interpretación de la belleza femenina? Esto es harto conocido, harto hablado de todos, para que yo deba repetirlo.

Salidas de su pincel conozco obras de este género que compitieron con las románticas Madonas de Bouguerau; orientales desnudos de mujer, de una frescura y juventud incomparables; carnaciones, como dijo el poeta, de leche y rosas; morbideces apasionadas, quizás menos castas que opulentas. Recuerdo testas de mujer, fantasías ó retratos, de una poesía intensa y penetrante. Todo esto sin afectaciones, sin buscar la impresión por el artificio; porque esto era lo natural en Paco Masriera, era su predilección, como lo era para los pintores de la Commune la interpretación de las figuras harapientas y de las camas roñosas y llagadas por la común acción de la suciedad y de la miseria.

Y tanta era la fe que en su arte tenía, que fué de los pocos en Barcelona que lo conservó virgen, no aceptando nuevas doctrinas que le llevaran al Capitolio; con sus esclavas y odaliscas, con sus mujeres de opulentos contornos y rosada piel, envueltas en una magnificencia de velos cuajados de oro y piedras finas; con sus retratos de grandes damas y de jovencitas aristocráticas, con sus sentimentales testas alegóricas y sus composiciones de género en las que invariablemente la mujer figura como tema principal; con todo ese repertorio llegó á labrarse un nombre, y no quiso ser ingrato dando en sus lienzos un sitio á esa pintura, que aún no ha puesto en claro si las montañas vistas por tres artistas distintos, á la misma luz, son verdes, rojas ó moradas.

Esto significa que la personalidad de Masriera era brillante y sólida y que en el camino de los siglos es probable que avance más que otras muchas, de las que puede decirse que como los árboles de hojas caducas, ostentarán su esplendor mientras caliente el sol que los hizo nacer.

Que el arte de Masriera era falso. No lo discuto. Pero ¿acaso el arte nuevo no es feo?

Por consiguiente no son lógicos los que producen arte nuevo, en atacarle, si le atacan, por su arte falso, ya que así como puede haber verdad en una obra fea puede haber belleza en una obra falsa, y entre la verdad y la belleza ¿quién va á dictar sentencia?

S. TRULLOL Y PLANA

(1) Este hermoso artículo no tuvo cabida, con harto sentimiento nuestro, en el número conmemorativo del difunto pintor, á quien está dedicado. Lo publicamos en el presente, previo el conocimiento de su autor para no privar de él á nuestros suscriptores.

INMORTALES AMERICANAS

LASTENIA LARRIVA DE LLONA

Hay mucho de novelesco en la vida de la inspirada poetisa á quien hoy dedicamos estas líneas.

Desde su más tierna infancia sintió la graciosa limeña que la inspiración desbordaba en su mente, y sin darse cuenta expresaba sus pensamientos en versos ternísimos, aun cuando por entonces tenían la incorrección propia de la edad y de la falta de estudios literarios.

La precoz inteligencia de la niña desarrollábase rápidamente y era de ver el afán, la consagración por la lectura, con la que puede juzgarse educaba sus especiales condiciones, ensanchándolas con pasmosa facilidad.

Y pasaron los años y la modesta joven continuaba en secreto, muy apartada de comunicárselo ni á su más íntima amiga, su fraternidad con las musas, acariciando la más hermosa de sus aspiraciones.

Pocos, muy pocos, fueron los escogidos para que participaran de las esperanzas de Lastenia y de las alegrías que la novel poetisa sentía cuando empezaron los laureles á coronar su frente.

No era ambiciosa de gloria, pero tenía tanto amor á los versos que sin pensarlo derramaba en los suyos todas las perlas, todas las filigranas de su fantasía, todas las bellezas, todos los tesoros de su corazón purísimo y de su galano entendimiento.

Dotada de un carácter vehemente y apasionado, y de una belleza que la hacía notable en los salones, no tardó en verse pretendida por jóvenes de la sociedad más escogida, obteniendo uno de aquéllos, con el amor de la poetisa, la promesa de entregarle su mano.

Adolfo La Jara fué el electo de su corazón.

En un viaje de Montevideo al Perú, había yo conocido al joven peruano, que sobresalió después como uno de los más esforzados campeones en aquella guerra infausta y en la cual regó La Jara con su sangre los campos de Miraflores.

Allí perdió la vida, y Lastenia, loca de dolor, cambió sus juveniles galas por los negros crespones de la viudez.

Es de advertir, que una de sus hermanas perdió á la vez á su esposo, otro de los valerosos La Jara, y ambas lloraron juntas y ambas mútuamente se enjugaban el llanto y se prodigaban consuelos, si les era dable, en la ruda lucha que su desgracia y su situación las imponía.

La lira de la insigne limeña tuvo sonidos de pesar supremo; sus cantos reprodujeron con suma exactitud el estado de su alma, y después de la inspiración producida por la honda pena que la aquejaba, abandonó el laúd, lo olvidó, digámoslo así, y por largo tiempo se divorció de las musas sus hermanas.

Uno de los placeres de Lastenia había sido la música y buscó en el piano el recurso eficaz para atender á las más apremiantes atenciones de la subsistencia. Precisamente el poema de su vida comenzó á dibujarse por aquel entonces.

Una mañana, la joven viuda cruzaba las calles de Lima en tranvía, cuando, al detenerse éste, subió *al coche de todos* un caballero de buen porte, de arrogante presencia y de expresiva fisonomía. Tomó asiento al lado de Lastenia, y su mirada insistente y magnética se fijó en la belleza de su vecina.

No se cruzaron palabras entre los dos, pero sí fué más que elocuente el lenguaje de los ojos, á pesar de que la gentil poetisa procuraba sobreponerse á la impresión nueva que sentía.

Al bajarse Lastenia, descendió á su vez el desconocido, y á distancia, respetuosamente, sin alardes de conquistador, la siguió hasta que al volver de una esquina perdiósele de vista.

Días después la encontró en una iglesia; sus miradas se cruzaron nuevamente, pero era ocasión de gran fiesta, y entre el gentío fuéle imposible seguirla.

Volvieron á encontrarse en el teatro; la noche entera fué corta para que mutuamente se expresaran la simpatía que les había unido, y esto á distancia, sin frases, y sólo con la expresión que se reflejaba en los semblantes.

Feliz casualidad le dió á conocer al enamorado joven el nombre de su amada, y desde entonces su pensamiento fijo fué acercarse á Lastenia Larriva, declararla su pasión y hacerla su esposa.

De improviso presentóse en su casa; la habló con la voz del corazón; con el fuego y el entusiasmo propio de una imaginación vehemente y soñadora, la hizo comprender que sus almas habíanse identificado desde su primer encuentro, que poseer su amor era el norte de todas las aspiraciones del poeta.

Supo Lastenia que eran dobles los lazos de unión entre ambos; porque Numa Pompilio Llona era el bardo originalísimo que tantas veces habíala encantado con sus arrogantes conceptos, con sus inspiradas composiciones filosóficas.

Desde aquel día establecióse entre ellos una intimidad sencilla y purísima.

Hiciéronse mutuas confidencias, y Lastenia, con la ingenuidad propia de su carácter, le franqueó las puertas de su corazón para que pudiese leer en él como en un libro. Su dignidad, sus sentimientos generosos, las leyes y consideraciones sociales, la impedían entregarse por entero á un afecto que para lo futuro la brindaba dicha cumplida; pero por el pronto prodigaba al entusiasta ecuatoriano, todas las ternezas de un lazo fraternal.

Numa Pompilio Llona sintió crecer su adoración por la limeña á medida que encontraba mayores dificultades para alcanzar la felicidad soñada.

Ya por entonces habíase reconciliado la poetisa con las abandonadas musas, y sus correctos y armoniosos versos, desbordó la inspiración que de larga fecha había huído de su mente.

La constancia, las pruebas miles del sólido cariño y el que ella misma sentía, vencieron por fin su delicada obstinación, accediendo á ser la virtuosa compañera del notable escritor.

Desde aquel instante cultivó Lastenia las letras con mayores vuelos, porque la atmósfera literaria que la rodeaba fué poderoso estímulo, y abandonando su peculiar timidez, publicó sus más notables composiciones y la novela *Un drama singular*, donde campean como lluvia de perlas los ideales de su despejado entendimiento.

Numerosísimas son las poesías que han visto la luz pública, no sólo en el Perú, sino en el Ecuador y en toda América.



Dibujo de Diéguez.

Nuestra poetisa ha vivido algunos años en Guayaquil, ciudad natal de su marido, ha publicado un notabilísimo periódico literario bajo su exclusiva dirección, en él que colaboraban los más insignes literatos de todo aquel continente.

El ingenio de Lastenia Larriva de Llona toma á veces giros épicos, y su romance *Pro-Patria* no lo desdeñaría el poeta más elevado y enérgico.

La imaginación de las limeñas es vivísima y están dotadas de talento natural. Si unimos á ello el estudio, la inspiración, el sosegado reposo de una vida tranquila, embellecida con todos los encantos de un hogar feliz, con todos los halagos de hijos amantísimos y de un compañero sin par, se comprenderá que Lastenia haya tenido de día en día más brillante, más extensa y más rica inspiración.

Hay en la vida de la mujer, épocas de anonadamiento, de marasmo, de tristezas infinitas, en que el corazón plega sus alas y no desea sino aislamiento y tinieblas; días en que suben las lágrimas del corazón á los ojos, como único y supremo consuelo en las penas hondísimas.

No sé si Lastenia Larriva de Llona habrá sentido esas amarguras que agobian, que desgarran el alma, que la dejan para siempre entre sombras y duelos.

Pienso que no, pienso que afortunada desde la segunda época de su existencia, no ha tenido horizontes nebulosos, si no alegres y diáfanos, y que, en vez de zarzas y espinas, no ha encontrado en su camino si no lauros y flores conque está tejida la corona que ciñe la frente de la cantora del Rimal.

LA BARONESA DE WILSON

ENTRADA EN MADRID DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

La guerra de Africa en 1859 ha sido uno de los sucesos que mayores entusiasmos han despertado en nuestra patria, y si grandes fueron los aplausos con que su declaración fué recibida, mayores fueron los vítores con que fué acogida la paz, después de las gloriosas jornadas del Serrallo, de los Castillejos, de Wad-Ras y de la toma de Tetuán por nuestros bizarros soldados.

El regreso del ejército y su entrada en Madrid, es una de esas alegrías nobles, purísimas, elevadas, que no podrán borrarse jamás de las gentes que tuvieron la dicha de presenciarlo.

El jueves 10 de Mayo de 1860, juntáronse las tropas llegadas de Africa en el campamento levantado en la dehesa de Amaniel, á las puertas de Madrid, en el mismo lugar en que ahora se alza el pueblo Tetuán de las Victorias, que surgió de la nada y hoy perpetúa el recuerdo de aquella gloriosa campaña; las cuales debían hacer su entrada triunfal en el siguiente día.

Al campamento acudieron los generales que habían guiado al ejército en aquellos sangrientos combates, durmiendo aquella noche en las tiendas mismas y al lado de los sufridos héroes que muchos habían compartido las fatigas de la guerra, el azote del cólera, el furor de los marroquíes, el frío, las borrascas y el hambre.

Tal fué la multitud que acudió á visitar el campamento, que llegaron á darse cincuenta duros por un viejo coche.

El viernes, al amanecer el día, el campamento vióse inundado por una formidable masa de gente en la que se hallaban representadas todas las clases sociales.

Al tocar las bandas la diana, un clamor universal, un *viva el ejército* salió de todos los labios, grito que repercutió en el corazón de España entera, grito cuya duración no es posible señalar. ¡Tan largo fué! Madrid cumplía como bueno victoreando á aquellos soldados, honra de la patria, en nombre de toda la nación, á la que en aquellos solemnes instantes representaba.

Luego de una ligera visita de Doña Isabel II, que se presentó en el campamento acompañada del rey consorte don Francisco, del Infante D. Sebastián, y varios generales, la tropa hizo y comió allí mismo el primer rancho.

De repente sonó un cañonazo y las tiendas se plegaron instantáneamente, y las tropas se formaron en columnas y emprendió la marcha á la capital entre aplausos atronadores que no cesaban un instante, antes bien, se repetían con mayor entusiasmo, si cabe, á medida que el ejército avanzaba. Procedían á las tropas los estudiantes con las banderas de sus respectivas facultades y los alumnos del Conservatorio, cantando el himno compuesto expresamente para esta fiesta por el maestro Hernando.

Seguía un piquete de la Guardia Civil.

Luego los heridos en carretelas descubiertas, sobre los cuales cayeron infinidad de coronas, flores y varias palomas.

Los generales Prim, Echagüe, Latorre y Ros de Olano fueron objeto de estrepitosas aclamaciones.



Cuadro de J. Sigüenza. *Fot. de J. Laurent y C.ª*—(Madrid).

Al aparecer el general en jefe don Leopoldo O'Donnell, cuya pericia, valor y altos dotes de mando elogiaban por igual propios y extraños, la multitud que á su paso se apiñaba para verle mejor, le hizo una verdadera ovación, que se repitió al pasar bajo el magnífico arco de triunfo que el Ayuntamiento había ordenado levantar en honor del ejército de Africa.

Aquel solemne momento inspiró al renombrado artista don Joaquín Sigüenza el cuadro que hoy trasladamos á nuestras columnas, cuadro lleno de verdad, en que se pueden estudiar los tipos de los principales caudillos de aquel ejército, y que valió á su autor el nombramiento de pintor de Cámara que le concedió la reina Doña Isabel II con aplauso de la crítica y del público.

Las casas particulares, aún las más modestas, lucían vistosas colgaduras, y por todas partes se veían gallardetes, banderas y cintas con los colores nacionales. En los balcones y ventanas, en los tejados y azoteas de los edificios; en las aceras de las calles, sobre bancos y sillas, sobre los guardacantones ó sobre los faroles del alumbrado veíanse miles y miles de personas ansiosas de abrazar á sus parientes, saludar á sus amigos, felicitar á sus conocidos, admirar á aquellos soldados modelos de abnegación, sufrimiento y heroísmo.

Se lloraba y reía á la vez.

El corneta del regimiento de Borbón, aquel niño de trece años que viéndose rodeado de moros, subido en un árbol tocó paso de ataque para ahuyentarlos y salvarse, era llevado en una silla, conducido en triunfo; hasta el perro del batallón de Baza que servía de escucha, avisaba la proximidad del enemigo y señalaba cuando algún soldado caía herido, y que al morir su amo fué aprohijado por el batallón con quien regresó, fué objeto de los mayores cariños.

En las frecuentes paradas del ejército, las gentes que rodeaban á los soldados, les ofrecían cigarros, flores, coronas y palmas; y de los cafés y casas particulares les obsequiaban con licores, pastas, refrescos, fiambres, vinos y frutas.

Pocas veces Madrid ha realizado un hecho tan grande.

Era su deber. Madrid representaba, como hemos dicho, á España, y debía cumplir la deuda contraída con sus valerosos hijos.

Por la noche las iluminaciones fueron espléndidas, sobre todo la del Casino y la de la Casa del Ayuntamiento.

Ejército y pueblo, unidos en un solo pensamiento, el amor á la patria, fraternizaron en aquel día y los siguientes; y por donde quiera que un soldado iba, á un café, á un baile, á un teatro, veíase rodeado de gentes que se disputaban el placer de verle, de oirle, de obsequiarle.

Para colmo de dichas, las noticias que se recibían del ejército de ocupación no podían ser más halagüeñas; el estado de salud de las tropas mejoraba diariamente. Los bizarros hijos de España que en Africa habían quedado cumpliendo sus deberes militares, merecían toda clase de alabanzas. Los obsequios que Madrid había tributado á sus hermanos de armas, les pertenecían en una buena parte. Por su pronto regreso, y por mostrarles la gratitud que merecían y el amor con que sus compatriotas se aprestaban á recibirlos, hacían los más fervientes votos los nobles hijos de la madre patria.

E. RODRIGUEZ-SOLIS

EXPOSICIONES ROSALES Y GRECO

De dos grandes pintores españoles, que el lugar del nacimiento de uno de ellos poco importa, se celebran en Madrid exposiciones de sus obras durante las fiestas reales.

De uno de ellos, de Eduardo Rosales, hijo de Madrid, se puede asegurar que sólo en Madrid puede ser conocido y juzgado, pues no falta ninguna de las obras que le dieron gloria en vida desde el primer día de su presentación hasta el día en que venció definitivamente por ser el de su muerte, desde la *Nena* á los *Evangelistas;* mientras del otro, del casi



Testamento de Isabel la Católica.
Cuadro de E. Rosales. *Existente en el Museo Nacional.*

madrileño, porque la mayor parte de su obra, la principal, no está lejos de Madrid — Toledo y el Escorial — y la secundaria en su mayor parte está en Madrid, no se encuentra ni en la Corte, ni en el Museo Nacional de pintura, ninguna de aquellas obras que hacen indiscutible el nombre del Greco, que no hay motivo para esperar, cuando tan tacaño se ha mostrado el Gobierno con estas dos Exposiciones, que los particulares, que los poseedores de las primorosas obras de uno y otro grande artista que están fuera de Madrid, vayan á la capital por unos días. Por esto han de ser forzosamente las dos Exposiciones muy desiguales, pero aún así entrambas serán muy curiosas, pues si para Rosales hay posibilidad de juntar enteramente su obra, para el Greco también hay posibilidad de juntar todo lo secundario que no es poco, y que será de mucho estudio, si cuantos poseen Grecos en Madrid los envían á la Exposición, porque en lo secundario del Greco, hasta en lo que ha llegado á conservarse de entre lo malo y de lo abocetado, hay siempre tan geniales rasgos de su genio artístico, que no sin fundamento se ha opinado y se opina que pudo tener en los últimos tiempos de su Domenikos Theotocopoulos perturbadas sus facultades mentales.

De uno y otro, de Rosales y del Greco puede aún continuarse el paralelo diciendo que ni sus contemporáneos ni la posteridad les hicieron, ni les han hecho toda la justicia que se merecen, porque uno y otro chocaron con sus contemporáneos, así de uno y otro puede decirse y se ha dicho que cambiaron de estilo; Rosales para que no se le dijera que pintaba con la paleta de los museos, el Greco para que no le persiguieran diciéndole que pintaba con la paleta de Ticiano, y lo chocante es, que mientras unos censuraban el nuevo estilo de Rosales, el estilo de la *Muerte de Lucrecia*, y le pedían que volviera al estilo del *Testamento de Isabel la Católica;* hoy del Greco, los que censuran su segundo estilo lamentan que no continuara fiel á su estilo ticianesco, mientras que los que deploran no continuara fiel al estilo del *Expolio* deploran que pintara la gloria del *Conde Orgaz*, el *S. Mauricio* del Escorial, los cuadros de la *Vida del Cristo* que están en el Museo de pintura ó sea en la Exposición. ¿Y por qué es esto chocante? porque lo que se reprende, lo que se reprendió en Rosales y en el Greco, es el pintar claro y franco, el abandono de la tornasolada paleta de los venecianos que con tanta fortuna empleó Rosales en el *Testamento de Isabel la Católica* y el Greco en *la Asunción* de S. Domingo el Antiguo, hoy en Aranjuez, en el *Expolio* y en otra grande, admirable obra, en la *Anunciación*, que se encuentra... en donde sabe don Manuel Arroyo, secretario de la escuela de Bellas Artes de Madrid.

Lejos estamos de querer establecer comparación entre Rosales y el Greco, ni de hacer paralelismo alguno entre los dos grandes pintores, por más que haya puntos de relación en la historia de su desenvolvimiento artístico con relación á su tiempo y personalidad; con lo dicho hemos querido sólo llamar la atención sobre dos hombres que supieron ser lo que es más difícil de ser en este mundo, dos independientes, *sí mismos*, como dirían los alemanes.

Avara fué la fortuna con Eduardo Rosales, persiguióle la miseria y de las privaciones que pasó en su juventud no se repuso su naturaleza cuando le sonrió tal vez al verle ya en plena juventud, maltratado por la muerte, que se lo llevó á los 36 años, en Roma el día 13 de Septiembre de 1873, y en esto sí que no se parece al Greco, que de privaciones no pasaría tantas, y en caso que las pasara iguales, gozó largos años de felicidad y vida larga, pues de 67 ó 77 años murió en 1614.

Ni uno ni otro se parecen tampoco en los elogios fúnebres que se les tributaron al dejar de ser ya para otros obstáculo que vencer en la vida, única ocasión en que la alma humana demuestra ser buena en el fondo, hermosa protesta de su encadenamiento por las miserias de la vida que le hacen parecer y aún ser lo que no es, pues mientras le faltaron á Rosales los elogios de los amigos y de la literatura, al Greco, sus dos grandes amigos, Luis Góngora y Fray Hortensio Félix Paravicino y Arteaga, los dos literatos más influyentes en su tiempo, *divinamente* dijeron de su memoria, y por cierto que es de notar que por haberse olvidado lo que Paravicino escribió al morir el Creco, han venido griegos y alemanes á descubrirlo, pues así el rector de la Universidad de Atenas Bikelas, como el profesor de la Universidad de Bonn, don Carlos Justi, han creído ser los que averiguaron que fué Cretense Domenicos Theotocopoulos, cuando esto mismo escribió Paravicino en 1614, como es de ver en el siguiente soneto:

> Del Griego aquí lo que encerrarse pudo
> yaze, piedad lo esconde, fee lo sella,
> blando le oprime, blando mientras huella
> zafir, la parte que le hurto del nudo.
> Su fama el orbe no reserva mudo,
> humano clima, bien que a obscurecella;
> se arma una embidia, y otra tanta estrella,
> nieblas no atiende de orizonte rudo.
> Obro a siglo mayor, mayor Apeles,
> no el aplauso venal, y en estrañeza
> admiraran, no imitaran edades.
> *Creta* le dió la vida y los pinceles,
> Toledo mejor patria donde empieza
> a lograr en la muerte eternidades.

Y no es que Rosales como el Greco no empleara su pincel en inmortalizar á sus contemporáneos, que muy celebrados fueron del primero sus retratos, entre otros, del *duque de Fernán Núñez*, de *don Cándido Nocedal, don Antonio de los Ríos y Rosas, don Manuel Cortina*, etc., pero es que no encuentra un agradecido, pues yo no recuerdo sino á Fernández Flores lamentando su muerte en la *Ilustración Española y Americana* por cierto no á raiz de su fallecimiento, sino bastante después, como si dijéramos, en un artículo dedicado por la *Ilustración* á cumplir con el gran muerto.

Después, sí, después se ha hablado con elogio de Rosales, y gracias á una nota biográfica que se circuló con el catálogo de sus cuadros en venta, expuestos en la Platería Martínez, meses después de su muerte, podemos hoy sin dificultad seguir su carrera, pues dicha nota se recogió por Osorio en su *Galería biográfica de artistas españoles* del siglo XIX, y por los autores del *Diccionario enciclopédico hispano-americano;* pero un estudio serio sobre la obra de Rosales no se ha hecho y... probablemente no se hará, no porque no haya quien lo haga, sino porque luego de hecho no se encuentra quien lo imprima, de modo que como para otros artistas españoles será necesario que vengan á decirnos el gran artista que perdimos en la flor de su edad, los mismos maestros ó sus compatriotas que ya nos contaron quien fué Velázquez, quien fué Goya y quien fué el Greco.



Presentación de D. Juan de Austria al emperador Carlos V, en Yuste
Cuadro de E. Rosales. *Fotogs. de J. Laurent y C.ª* (Madrid).

En este artículo que no tiene otras pretensiones ú otra finalidad que llamar la atención sobre las exposiciones de Rosales y del Greco, no hemos de entrar en honduras: en algunas nos metían en la *Revista de la Asociación Artístico Arqueológica Barcelonesa* y en *Hispania* respecto del

Sigue en la página 136.



LA M

ARATE



EDALLICA

Greco, y algo añadiremos á lo dicho para que no quede atrás el ALBUM SALÓN y para que no nos lo digan todo mañana los extranjeros que nos descubren. Así sólo es de recordar para Rosales que nació en Madrid en 4 de Noviembre de 1835, que á sus costas y fatigas pasó á Roma en donde años después le alcanzó una pensión del Gobierno, y que el hombre que en la Exposición de Madrid de Bellas Artes del año 1862 no hizo más que hacerse notar con su cuadro la *Nena*, una muchacha italiana jugando con un gato, dos años después, en 1864, presentaba el *Testamento de Isabel la Católica* que llevado tres años después á la Exposición de París, conquistaba para España uno de los mayores éxitos que nuestra pintura haya alcanzado en Europa en el siglo XIX.

Pero en París como en Madrid se atravesaron los émulos, y aunque grandemente honrado en una y otra Exposición el gran cuadro de Rosales, ni en uno ni en otro país se le hizo justicia porque... porque Rosales era aún jóven y había viejos como el Florentino Ussi que no podían esperar, y viejos españoles de quienes no queremos hablar en este artículo.

Díjose entonces del *Testamento* que estaba bien pintado y bien compuesto, pero que fuera de la figura de Isabel la Católica no había idealidad en el cuadro, sino vulgaridad, vulgar *ordinariez* como decía el dispensador de gracias y favores de la época, el crítico Cañete. Díjose igualmente de su color que era falso, que se había pintado con la paleta con que se copian los cuadros antiguos de los museos, y como del mal que se dice de uno ó de una obra, se dice lo del ruido, que agua lleva, Rosales, que ya en su *Testamento* quiso huir de la crítica que por aquel entonces se hacía de los *cuadros de historia*, esto es, de su *teatralidad* é *idealismo*, resolvió pintarlos en lo sucesivo con la paleta de los modernistas de nuestros días, con la paleta de *La muerte de Lucrecia* que presentó en 1871 en la exposición de Madrid, obra que obtuvo la primera medalla y la reprobación unánime de la crítica.

Cuánto hubo de sufrir en aquellos días Rosales que se sentía minado por la tisis recuerdo que lo dejó dicho Fernández Flores. «¿Qué importa que el árbol se seque si ha producido su mejor fruto?» decía el gran artista refiriéndose á *La muerte de Lucrecia* que veía preterida por su otro cuadro *Presentación de Don Juan de Austria al emperador Carlos V*, en Yuste. ¿Es que Rosales se equivocó como se equivocó Cervantes prefiriendo y anteponiendo el *Persiles y Segismundo* á *Don Quijote*?

Para la crítica, para el público, era la



SAN FRANCISCO.

Cuadro del GRECO; propiedad de don Ignacio Zuloaga.



LA MUJER DEL GRECO; cuadro del mismo.

Propiedad del Marqués de la Vega de Inclan.

Presentación de Don Juan, una vuelta al *Testamento de Isabel la Católica*, pero con un progreso, con la pérdida de la ordinariez de los personajes que tan duramente le censuraban en *La muerte de Lucrecia*, y nosotros no hemos de decir que no hubiera en esto razón, que no la habría en representar á Napoleón el grande, bajo y barrigudo, de no saber que era hombre de pequeña estatura y buena barriga, que lo que agranda el tiempo no tiene y no puede representarlo pequeño y bajo el artista.

Recuérdese la disputa de pocos años antes con motivo de *La muerte de César*, de Ventura de la Vega, representada por Romea; recuérdese á Romea en el *Guzmán el Bueno*, etc., en una y otra obra el gran actor se permitía cruzar sus brazos detrás de sus espaldas, lo cual, si era muy propio y familiar y característico de Romea, no consta, esto es, el tiempo no nos lo metió en la cabeza ni para César ni para Guzmán.

Tocamos la tremenda cuestión del naturalismo que quien sabe á donde hubiera llevado con el tiempo á Rosales de vivir tanto como el Greco. El grande artista que nos lega como testamento sus grandiosos *Evangelistas* de la iglesia de San Tomás de Madrid, sin exageración dignos de Miguel Angel, de vivir, hubiera acabado mucho antes de que con ellos acabara el Siglo XIX, con todos los que llevan demasiado lejos el principio de que en arte todo es convencional.

«Dar al César lo que es del César», esto no se lo propuso ni Romea ni Rosales y en esto se equivocaron, en lo que no se equivocaron fué en combatir, lo mismo en el teatro que en la pintura, cada uno dentro de su círculo, el melodramatismo.

Cuando Greco resolvió cambiar de estilo cansado de oir de sus cuadros que se parecían á los de Ticiano, que es lo que dirían los críticos de su tiempo; el Greco no cambió como se cambia de traje, que uno pasa en un momento de tiros largos á tiros cortos. El Greco está entero en lo que se puede presentar de él como más ticianesco, como Rosales está entero en *Isabel la Católica*, *La muerte de Lucrecia* y los *Evangelistas* y no menos en la *Presentación de don Juan*, que las elegancias que aquí se notan son las de la moribunda Isabel.

Los genios son grandes individualidades y así son sus obras, individualistas; el socialismo artístico produce obras sin individualidad, es decir que de la primera como de la última obra

del artista ó del grupo artístico se conoce toda su ascendencia, todo tiene de la familia.

Dígasenos del Greco, cuando deja de ser un individualista, dígase de qué figura suya, de qué retrato suyo no sentimos la individualidad, aún cuando acaban por sernos familiares sus modelos. De aquí que los retratos del Greco se impongan á primera vista, tanto, que uno está convencido, á la vista de ellos, que los retratados fueron y no pudieron ser de otra manera que como son sus retratos; de aquí su grande valor como iconográfías.

Posee el museo de Madrid magníficos retratos del Greco, y en Madrid, y por consiguiente en la Exposición se encuentran algunos muy notables, tal la magistral cabeza que ya dubitativamente presenté en *Hispania* como siendo la de Paravicino, propiedad de don Pablo Bosch.

Retrató el Greco á Paravicino y bien conocido es el soneto que con este motivo escribió el famoso poeta y predicador de la corte de Felipe III, pero hoy tengo conocido sino el cuadro pintado por el Greco y tan celebrado por el retratado, su imagen.

Figura en la colección de dibujos de Valentín Carderera que se conservan en la Biblioteca de Madrid, una copia de un cuadro, hecha al lápiz con poco donaire por cierto, del célebre trinitario, que reproducimos. Este dibujo, de un cuadro al parecer hoy perdido,—tal vez publicándolo aparezca,—nos da un Paravicino de los últimos tiempos, fallecido en 1633, un Paravicino enfermo, y si tuviéramos que calcular de su enfermedad por la caída de sus ojos y desplome de su cuerpo, recordándole como más joven y sano se nos presenta en el magnífico Paravicino del señor conde de Oñate, diríamos que Paravicino padeció largo tiempo una enfermedad incurable.

Todavía en Madrid se encuentra otro Paravicino, pero es sólo su cabeza, hoy propiedad del señor marqués de Casa Torres, antes propiedad del señor Mugiro de Sevilla. Nosotros sentimos verdadera satisfacción de poder á la vez deshacer un casi error nuestro y dar á conocer á la patria la vera efigie de uno de los más grandes apóstoles del culteranismo.

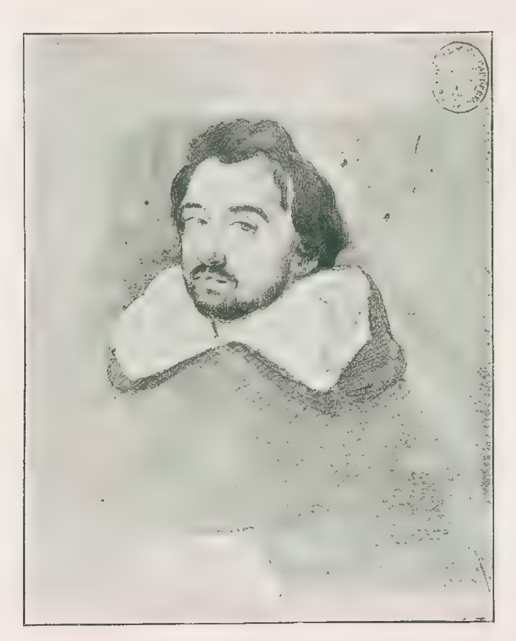
Pero, ¿por qué no notar todavía que ni el Greco ni Rosales mostraron gran predilección por la forma femenina, por la belleza viva en la tierra? Esto parece contradictorio con las repetidas *Asunciones* y *Anunciaciones* que del Greco existen en Toledo y Madrid, que sino enseñaron á Murillo á componer las suyas, le indicaron por qué camino había de tomar; con sus glorias llenas de *ángelas* tan soberbiamente bellas como las que se ciernen sobre los mártires tebanos del Escorial; pero nótese una cosa: cuando encontramos del Greco casi á porrillo retratos de hombres, de mujeres no sabemos de otro más que el de su mujer, que podrá verse en Madrid si presenta el que posee el señor marqués de la Vega de Inclán. ¿Sería que fuera esa señora tan celosa que le tuviera prohibido á su marido retratar á las bellas de su tiempo?

Nosotros celebramos el poder dar á conocer el cuadro del señor Marqués que viene á justificar lo que escribimos sobre la familia del Greco, pues nadie dudará de que en el cuadro en cuestión tenemos de mayor edad, y de menos salud, á la misma mujer conocida como la hija del Greco, famoso cuadro que posee en Londres uno de los hijos de Stérling-Maxwell, uno de esos afortunados á quienes por ser extranjero le fué posible estudiar nuestros artistas y publicar sus estudios.



Retrato de Fray Hortensio Félix Paravicino y Arteaga.

Cuadro del Greco; propiedad del Conde de Oñate.



Retrato de Fray Hortensio Félix Paravicino; pintado por el Greco.
Dibujo original de Valentín Carderera.
Existente en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Merece á mi vez todavía notarse que Rosales y el Greco no fueron amigos de la naturaleza.

De paisajes, el primero no nos dejó ninguno y aún cuando del segundo tenemos una *vista de Toledo*, si decimos que debe reputarse como una vista arquitectónica queda dicho que allí estará Toledo pero no el paisaje; no un paisaje toledano como pinta don Aureliano Berruguete, quien, sin duda alguna, por lo mucho que admira al Greco, habrá enviado á la exposición sus Grecos que son de lo mejor que se encuentra en Madrid y en España, fuera de Iglesias y Museos, con excepción, perdónenos dicho señor, de los dos Grecos que don Leopoldo Eguílaz tiene en Granada, de los que yo publiqué malamente uno, el *Julián Romero*, que espero poder enmendar en breve, pues son en toda la plenitud de la palabra verdaderos cuadros de museo.

¿Cómo se esplica que pintores tan individualistas como Rosales y el Greco no sientan la alma de la naturaleza, ellos que tan fuertemente sintieron la de los seres humanos, ellos que sabían hacer reir, sufrir y morir sus modelos, como ellos entendían que había de ser? Del Greco tal vez se pueda reputar cuadro de paisaje el que posee don Ignacio Zuloaga y reproducimos. Es indudable que en ese cuadro hay un paisaje y, cosa admirable, un paisaje que no necesita de la presencia del San Francisco, de una *ordinariez* que levantaría á los críticos muertos del año 60 si lo llevaran á sus tumbas, para que todos digamos que en aquel paisaje está también el Greco. Privilegio éste que sólo disfrutan los que saben andar por este mundo no tirados de la zaga sino tirando de ella, privilegio que sólo alzanzan los genios, porque sólo ellos tienen derecho á estampillar sus obras.

Pero... ¿por qué no hemos de acabar observando que si Madrid no ha levantado una estatua á su hijo inmortal, tampoco se lo ha levantado al Greco?

¿Por qué no notar en estos días en que tanto se habla y tanto se lleva de un lado al otro el exclusivismo catalán, la mala voluntad de Cataluña por los castellanos y Castilla, y cuando tan duramente se acusan las pretensiones de Barcelona, que es aquí, en Barcelona y en su provincia, en donde Rosales y el Greco tienen las únicas estatuas en España levantadas para enaltecer su memoria, y que si á Rosales se la erigieron los hermanos Masriera, al Greco se la levantó Rusinyol?

Nosotros queremos creer que cuando de esto se enteren los artistas no catalanes, pues no queremos decir anticatalanistas, no creerán en nuestro exclusivo ni en nuestro desamor á las glorias españolas.

S. SANPERE Y MIQUEL

FERROCARRILES ECONÓMICOS

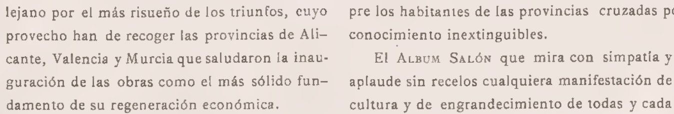
DE VILLENA A ALCOY A YECLA Y ALCUDIA DE CRESPINS

Las comarcas atravesadas por este Ferrocarril están de enhorabuena.

La rehabilitación de la concesión por el Estado para acabar de construir la línea y el nuevo rumbo que ha tomado el procedimiento judicial á que, desde 1887, está sujeta dicha empresa ferroviaria, hacen suponer fundadamente que la labor é iniciativas de los individuos del actual Consejo de Administración, han de verse coronados en plazo no lejano por el más risueño de los triunfos, cuyo provecho han de recoger las provincias de Alicante, Valencia y Murcia que saludaron la inauguración de las obras como el más sólido fundamento de su regeneración económica.



Sr. Marqués de Santa Ana
Presidente.



Dr. D. Juan Giné Partagás
Vice-Presidente

A ello han de contribuir y contribuyen con sus energías, su abnegación y su capital los que, siendo depositarios de la confianza de los accionistas, obligacionistas y acreedores de la Compañía, representan y defienden sus intereses y derechos.

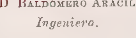
Y que el resultado ha respondido cumplidamente á aquella confianza, operándose en la manera de ser de la Compañía una transformación completa en beneficio de todos, lo demuestra, por modo elocuente, el hecho de haberse conseguido la rehabilitación de la concesión en el orden administrativo; y la aprobación del convenio que la Compañía presentó á sus acreedores, en el orden judicial; resoluciones ambas con las cuales se puede augurar un porvenir de prosperidad para la empresa y de mayor consideración para las provincias de Levante, surcadas por el Ferrocarril de que se trata

D. Alberto Pellicer
Gerente.

D. Rafael Lopez Arenas
Representante.

Tan halagüeña perspectiva está determinada por la intervención en los asuntos de la Compañía, de una persona de la penetración, arraigo y cultura del excelentísimo señor don Fernando Puig y Mauri, marqués de Santa Ana, que ostenta la Presidencia del Consejo de Administración; de la ilustración y talento, universalmente reconocidos y admirados, del ilustrísimo señor doctor don Juan Giné y Partagás, Vice-Presidente de dicho Consejo; y de la infatigable actividad, pericia y honradez de don Alberto Pellicer y Castanys, Director Gerente de la empresa.





D. Baldomero Aracil
Ingeniero.

Con dirección tan acertada y discreta como la que supone la meritísima labor de los expresados señores, bien ha podido hacerse frente á las contrariedades de todos géneros que ofrecía la situación casi ruinosa del Ferrocarril del Villena y acometer la resolución de los diversos problemas que semejante estado de cosas demandaba, para llevar á digno remate la obra emprendida, allanando dificultades, venciendo resistencias y dominando victoriosamente la oposición sistemática de los detractores de esta Compañía.

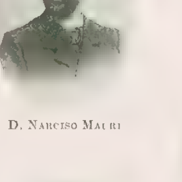
A los individuos de su nuevo Consejo de Administración y, por modo especial, á los señores Presidente, Vice-Presidente y Director Gerente, secundados por el ilustre diputado á Cortes del distrito de Yecla, don Luis García Alonso, cuyo prestigio, significación é influencia políticas puso con generoso desprendimiento al servicio del expresado Ferrocarril, deberán siempre los habitantes de las provincias cruzadas por la línea, gratitud y reconocimiento inextinguibles.

El Album Salón que mira con simpatía y aplaude sin recelos cualquiera manifestación de cultura y de engrandecimiento de todas y cada una de las regiones de España, se complace en publicar las fotografías de los individuos del actual Consejo de Administración y algunos de los edificios y paisajes de la citada línea.

D. Juan Moles

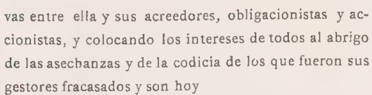


D. Narciso Mauri



D. Honorato Noguer

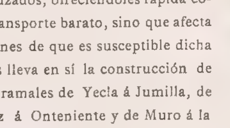
Bien merece esta distinción una Compañía que, como la de que se trata, ha sabido, merced al impulso de su actual Consejo, sacudir el yugo de sus primitivos administradores, poniendo fin á á las contiendas judiciales y administrativas entre ella y sus acreedores, obligacionistas y accionistas, y colocando los intereses de todos al abrigo de las asechanzas y de la codicia de los que fueron sus gestores fracasados y son hoy sus implacables enemigos. Y merece además la distinción de referencia, porque al rehabilitarse como se ha rehabilitado la concesión de este Ferrocarril, no sólo se benefician los pueblos por el mismo cruzados, ofreciéndoles rápida comunicación y transporte barato, sino que afecta á las ramificaciones de que es susceptible dicha concesión, pues lleva en sí la construcción de los importantes ramales de Yecla á Jumilla, de Virgen de la Luz á Onteniente y de Muro á la línea de Alcoy á Gandía. * * *



D. Miguel Ybern



D. Juan Verdaguer





D. Rafael Pérez Granados
Secretario.

Fotografías de A. Cañellas.



ESTACION DE BIAR-1885

VILLENA

CASETA DE SEÑALES-VILLENA

AMOR
POEMA ORIGINAL DE SALVADOR CARRERA



CANTO TERCERO

De acordes nunca oídos anuncia la armonía
que adórnase natura con todo su esplendor;
y llegan los veinte años, la edad de la poesía,
estío que las gracias inundan de ambrosía
formando un solo grupo en torno del amor.

En esa edad florida, en ese fértil prado
donde se agita y bulle la hermosa juventud,
los ondulantes céfiros, del ciego niño alado
esparcen el armónico acento enamorado,
envuelto en los acordes de olímpico laúd.

Amor, en su apogeo, aviva como el viento
la llama que del pecho surgió en la cavidad,
de dos sonidos hace brotar un solo acento,
fundiendo dos ideas en solo un pensamiento
y dos aspiraciones en una voluntad.

Atrae, amor, las almas que van á la ventura,
hacia un desconocido recóndito verjel;
á pares las enlaza en íntima clausura,
y juntas de la vida comparten la amargura
y juntas de la dicha traspasan el dintel.

Le turba una mirada, un eco le amedrenta
y de ocultarse trata; mas,... ved en derredor:
asómase á los labios, en la pupila alienta,
agítase en el seno y... en fin, se transparenta
flotante entre los múltiples matices del rubor.

Revolotea en torno del joven que reposa
cegado todavía por tímido cendal;
retoza entre los sueños de niña candorosa,
y baja hasta su lecho á hurtar, rosa por rosa,
la que era de su frente corona virginal.

Entonces,... por sorpresa, despiertan los dormidos,
purísimos espíritus, de amor al dulce són;
y en ansiedad creciente embargan sus sentidos,
primero una esperanza, después vagos latidos,
incógnitos deseos y al cabo una pasión.

Fecunda es la semilla y el fruto sazonado;
de fuego era la chispa, de allí saldrá el volcán:
los seres cuyas almas amor ha entrelazado
irán donde las lleve ambiente perfumado
ó en brazos de violento, horrísono huracán

Acaso, desoyendo tiernísimas querellas,
arranque tristes ayes y ¡lágrimas también!
mas, presto, bondadoso elige las más bellas,
transfórmalas en perlas y va á regar con ellas
la senda deliciosa que guía hasta el edén.

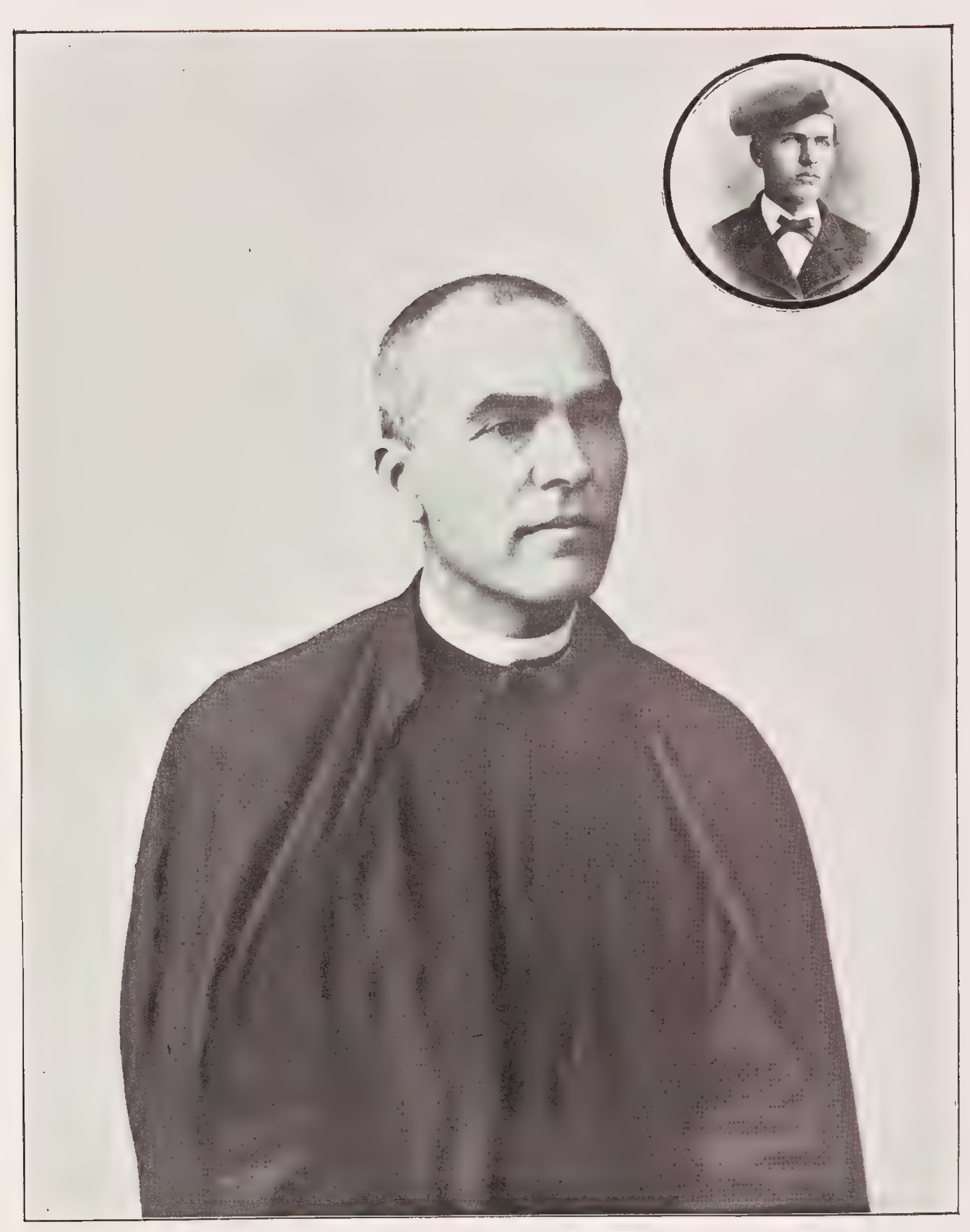
¡Bendita una y mil veces, hermosa edad de flores
que truecas en paraíso el limbo terrenal!
¡benditos seais siempre, castísimos amores
que arrullan los sonoros festivos ruiseñores
y sella junto al ara la bendición nupcial!



CAMPS

Ilustrado por Gaspar Camps.

Véase los números 105, 109 y 112.



Fot. de Esplugas.

MOSÉN JACINTO VERDAGUER

EMINENTE POETA CATALÁN

† FALLECIDO EN VALLVIDRERA (BARCELONA) EN EL DÍA 10 DE JUNIO DE 1902.

ALBUM SALÓN



NÚMERO MEIFRÉN

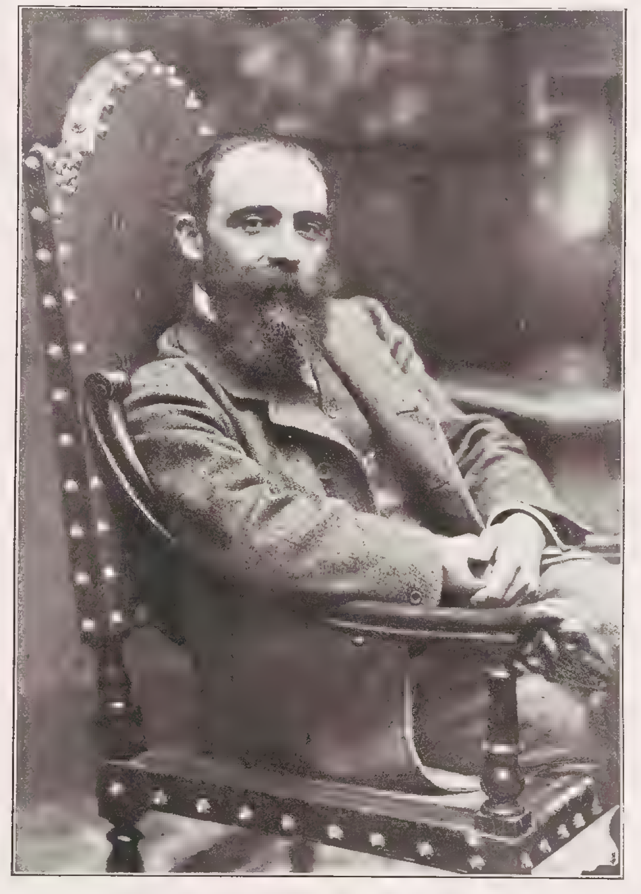
ELÍSEO MEIFRÉN

La reciente exposición de sus obras en el «Círculo Artístico», después de algunos años de eclipse debido á largas ausencias, y más que todo á su propia voluntad, ha hecho sonar otra vez con simpatía el nombre de este esclarecido artista.

Pocos podrán contar en su *biografía* las peripecias de ese espíritu movedizo é inquieto que ha pasado por todos los grados de la prosperidad, incluso los del mayor abatimiento. Unas veces, trabajando para vivir, otras viviendo para estudiar, Meifrén ha unido su nombre al renacimiento de la pintura catalana, á la que honra con su incansable actividad y con la calidad de sus obras, imprimiéndolas sello personal, tan difícil de poseer en nuestros tiempos de imitación y de moda. Como todos los verdaderos talentos, ha sabido evolucionar viviendo con su época; pero su evolución, más que reflejo de agenas maneras de ser, ha sido el perfeccionamiento continuado de sus propias cualidades, que, por espíritu innato en él, coincidían con las nuevas corrientes.

Si las impurezas de la vida no le hubieran obligado en sus principios á buscar el camino más breve para crearse un nombre y una posición, Meifrén hubiera sido un artista enciclopédico dentro de la pintura, pues hay en él estofa para abarcar cumplidamente todos los géneros. Las especiales circunstancias de su vida, sin embargo, han hecho que brillara más comunmente en el *paisaje* y en particular la *marina* de la que se ha hecho notabilísimo cultivador.

Su facilidad mecánica es realmente asombrosa, hasta tal punto que por mucho tiempo creimos que su excesiva facilidad le impediría realizar obras maduras y reflexivas, como compete á artista que desee perdurar en la posteridad. Hemos de confesar lealmente el error en que estábamos, al ver los cuadros que ha producido durante el último lustro; y tal vez en esto consista su verdadera evolución. Porque, á nuestro juicio, el Meifrén actual conserva casi íntegras las facultades que caracterizaron sus obras en los comienzos de su carrera; sólo que su órgano visual se ha refinado, su mano ha adquirido la reposada habilidad del maestro y su inteligencia, regida por su fuerza de voluntad, ha completado su orientación por los senderos del buen gusto.



Fot. de Audouard.

Es un hijo predilecto del *plen air*. De su paleta están desterradas todas las entonaciones bituminosas que tanto han privado en nuestra región, y hay que hacerle la justicia de reconocer que en este punto fué más bien precursor que secuaz. Sus tonalidades grises no fueron obra de imitación sino de temperamento, y á ello debe sin duda que sus cuadros sean los de un colorista que sabe distinguir los infinitos matices de la naturaleza. En efecto, si contemplamos una exposición como la que celebró en el «Círculo Artístico», vemos en el conjunto de sus sesenta obras cierta uniformidad general que á la primera ojeada las confunde á todas en el mismo ambiente gris. Pero si nos fijamos en cada cuadro en particular, sorpréndenos la manera cómo se disgregan las varias tonalidades, destacándose en ocasiones bruscamente unas de otras, pero enlazadas, aproximadas, en el aéreo ambiente con que las funde el autor.

Así es como ha podido lograr efectos tan opuestos y de gama tan compleja como los que corren entre la naturaleza á pleno sol y las fosforescentes entonaciones nocturnas á la luz de la luna, sorprendiendo el carácter de cada hora del día, sin apelar jamás á recursos artificiosos.

Así, también, ha podido robar al mar sus calmas de lago durmiente y sus oleajes tempestuosos; sus transparencias de topacio y sus indecisos horizontes; á la tierra la aspereza de sus rocas, las líneas movedizas de sus arboledas, la diafaneidad de sus sombras; y al cielo la variedad infinita de sus fugaces coloraciones.

¿Cómo ha aprendido todo esto? Es un misterio, como lo es que los pájaros nazcan perfectos cantores. Tenemos la convicción de que sus primeras lecciones en la Academia de Bellas Artes debían llevarle por muy distintos senderos de los que ha seguido, y hemos de creer en su innata fuerza impulsiva cuando le vemos, apenas principiante, empezar la asidua labor á que le obligara la lucha por la existencia, labor continua de productividad, que servía al propio tiempo de estudio y de modo de vivir. La naturaleza ponía las imágenes y Meifrén su sensibilidad artística y su facilidad. Los años y el bienestar han añadido la conciencia.

La exposición del «Círculo Artístico», algunas de cuyas obras damos en el presente número, fué como el compendio de su personalidad artística. Presentábase, bajo el punto de vista del género de sus cuadros, como marinista y como paisajista; y, en esta última acepción, en el subgénero de pintor de interiores, patios y portales. Como eterno peregrino, sus cuadros eran trasunto de los más opuestos climas, pues los había de la Argentina, de Canarias, de Cadaqués, de Nápoles, de Venecia, de Barcelona y de Charenton (Francia). Había entre ellos simples apuntes, estudios acabados, trozos de una corrección minuciosa, como el *Tarajal gigante* (Canarias) y cuadros de gran tamaño, como la *Barranca de la Virgen* que publicamos. Recordamos aun con fruición la marina caprichosamente titulada *Azul y oro* prototipo del talento colorista de Meifrén, sin que debamos echar en olvido las demás marinas *Playa de los ingleses* (Argentina), *De 11 á 12*, *Mi hora*, *Desde can Gala*, *La hora sublime*, *Silencio y Mediodía;* y entre los paisajes, además del citado *Tarajal gigante*, *Tarajales*, *El huerto de Rosendo*, *Vallcarca*, *Torrente*, *Pleno sol*, *Venecia* (noche), *Un trozo del «Freser»*, *Armonia, rosa y naranja* y *Los pantanos;* y entre los interiores, que es en donde rayaba á su mayor altura, recordamos el *Patio de la Aurora*, *Desde casa Agustí* y el *Portal de casa Rahola* por no citarlos todos, pues todos lo merecerían.

El éxito artístico de su exposición correspondió, sin duda, á sus esperanzas; no así el financiero, pues, con dolor hemos de hacerlo constar: los primates del dinero hicieron coro con los artistas á sus alabanzas, pero no se dieron por entendidos en punto á manifestar de una manera

contante y sonante su cultura. Verdaderamente, el único gran señor fué Meifrén que tiró por la ventana quince mil pesetas *para contribuir al progreso moral de esta región*, como diría cualquier estadista de menor cuantía.

Meifrén se consolará fácilmente de este desengaño, pues su temperamento es de los que se crecen con la contrariedad; batallador incansable, seguirá su camino con la satisfacción de haber dado á su país mucho más de lo que ha recibido. Sus dos terceras medallas y una segunda de Madrid, sus dos terceras de París, su medalla de oro de Valencia y sus tres primeras de Barcelona atestiguan su afán de buscar la ajena consideración en el glorioso campo de los certámenes. Da fe de su modestia el haber rechazado la cruz de Carlos III, por la que le propuso el Jurado de Madrid; y sus cuarenta años y la plenitud de sus hermosas facultades son garantía de lo mucho bueno que hay que esperar de su actividad.

Francisco CASANOVAS

EXPOSICIÓN MEIFRÉN EN LA ARGENTINA

(Año 1900)

Párrafos sueltos de un juicio crítico

Un deber de solidaridad artística para con el fuerte pintor que visita hoy nuestras playas, trayendo consigo la muestra luminosa de su claro talento, nos induce á darle la bienvenida; y la circunstancia de hallar en él un fervoroso adepto del amplio credo estético que nosotros profesamos, nos mueve á presentarle á los visitantes de su Exposición.

Eliseo Meifrén es un pintor español; nació en Cataluña en 1857; es un hombre joven, de estatura mediana y complexión robusta; una frecuentación asidua del paisaje le ha dado una fisonomía en cierto modo agreste, una franqueza pastoril y una independencia de ideas y de gustos que sería montaraz si no estuviera temperada por una jovialidad campechana, cuya risa espontánea y comunicativa suele dejar el sitio á vibrantes entusiasmos.



Organizado para la pintura, se dedicó á ella relativamente tarde, como si hubiera tenido la obscura noción de que este dón, que requiere en los otros un prolongado cultivo, fuera en él una función natural para cuyo ejercicio bastara ser adulto; así, pues, entró en la carrera como el terranova entra en el agua; nadó, es decir, pintó desde el primer momento

Pero también, si un oculista forrado de pintor—el doctor Lagleize, por ejemplo,—observara su retina como nosotros podemos analizarla á través de su obra, hallaría un receptáculo maravilloso para la sensación colorida, en donde cada vibración de la luz queda registrada con singular precisión, en donde cada matiz se ubica, como en el prisma, en el casillero de Iris. La atmósfera, ese eterno crisol, en el que la aurora, el día y la noche funden perennemente su hálito, su lumbre y sus vapores, no tiene secretos para este oficiante de los cultos exteriores, que escruta sus misterios con la clarividencia del creyente.

La índole de su temperamento, la llaneza de su carácter y la exquisita percepción de su óptica, le llevaron derecho al seno de la naturaleza libre, á la orilla del mar y á la campiña agreste. Allí instaló su caballete y, mientras la brisa marina oreaba su frente, en donde bullía la inspiración decorativa, la mano obediente trazaba la síntesis del espacio visible y edificaba, mediante la acción de los colores primarios, la intangible arquitectura de una calma, la amenaza de una tempestad, la sugestión del viento frío, el gran latido y el sollozo augusto del océano.

Entre la vasta obra que nos presenta el señor Meifrén, detengámonos un momento frente á aquellos de sus cuadros tipos, que caracterizan más acentuadamente sus tendencias y revelan la extensión de sus facultades y recursos.

El artista nos ofrece sus impresiones de las costas de España, de Ca-



narias, de la campaña de Francia, de mar del Plata y de Palermo; efectivamente, dentro de la unidad decorativa de su estilo, que presta un aire de familia á la obra entera, no solamente las horas se destacan desgranando en el ambiente la suma exacta de sus vibraciones sonoras, correspondientes á la mañana, al medio día, al crepúsculo vespertino y á la noche, sino que también los climas varían de acuerdo con la latitud geográfica, y no es éste el menor elogio que debemos á la sinceridad de su visión.

¿De qué medios dispone el pintor para contarnos así las aventuras de su mente? Es menester averiguarlo, ya que no hay crítica sin análisis descarnado, ni obra de arte sin ejecución y factura. ¡Ah, la factura! Candil de verano, donde los insectos se queman las alas.

Y bien, delante de los cuadros de Meifrén, lo menos visible es la factura; ellos reflejan la naturaleza, como pudieran hacerlo los espejos... si fueran impresionables. Al fin, nos es dado ver en este país un grupo de pinturas contemporáneas, que no imiten de muy lejos á Fortuny y que dejen en paz las banales preocupaciones del oficio, la prestidigitación con todas sus monerías y gracias amaneradas.

La factura de Meifrén es amplia, llena de espontaneidad y de franqueza; sabe detenerse á tiempo en el justo punto en que la insistencia sería inútil y por lo tanto penosa; sus indicaciones son elocuentes á fuerza de ser sumarias; su habilidad está siempre sometida á las necesidades del conjunto, á las exigencias del valor de los tonos, á la intimación de la síntesis.

Por esto, su obra es verídica, variada, persuasiva é interesante, precisamente porque su autor es un artista, es decir, un individuo capaz de contrariarlo todo, con excepción del enjambre de caprichos que constituye su propio temperamento.

Eduardo SCHIAFFINO

LA FERIA DE SEVILLA

(Al empezar y al concluir).

Y digo concluir, porque todo lo que está fuera del orden regular trae el desquiciamiento y, por lo tanto, la terminación.

Esta época del año en que Sevilla trastorna, por más de un concepto, al que tiene la suerte de poderla visitar, es indescriptible; su ambiente, perfumado por el simbólico azahar, las melancólicas acacias, los alegres claveles y las exhuberantes rosas, hace exclamar al que lo percibe: «¡El Paraíso está, indudablemente, en Sevilla!» Su cielo, de puro y limpio azul, no puede compararse con ningún otro; el de Italia, tan cantado en poéticos himnos, es pálido y triste.

Sólo contemplando á Sevilla en sus noches primaverales ó al radiante y claro sol que llena sus días de alegres cantos, se comprende la poesía que encierra.

La Feria era en sus comienzos verdaderamente típica y, únicamente viéndola, podía formarse idea de ella.

Las casillas de lona, rayadas en blanco y azul (que se calaban si llovía) encerraban bajo sus telas lo mismo al modesto labrador que iba á vender sus guindos, que al opulento aristócrata; á la linajuda dama, como á las de las clases medias de la sociedad. Por un pequeño donativo al Ayuntamiento, para los Asilos de Caridad, todos los sevillanos adquirían el derecho de poseerlas.

En la casilla de los Condes del Aguila se daban almuerzos y fiestas constantes en esos tres días; pero fiestas á la andaluza, en donde las hermosas mujeres que entonces llenaban á Sevilla de esplendidez — porque indudablemente en todos los pueblos hay épocas en que las mujeres son más hermosas, — con derroche de gracia, donosura, flexibles talles y diminutos pies, bailaban llevando el traje de majas, bien con la airosa mantilla de tira, bien con el chispeante sombrero calañés de ancho barbuquejo; habiendo lucido allí su hermosura y arrebatador conjunto la entonces Condesa de Teba, hoy triste Emperatriz que fué de los franceses.

Los bailes al són de las melancólicas guitarras, pulsadas por encopetadas y hermosas señoritas, fueron típicos, notabilísimos, inolvidables.

Epoca de alegría franca, de refinada distinción, no hubo quien la presenciara, sin que años después y cuando muchos de sus protagonistas

habían ya fenecido, las recordasen con pena, diciéndose: «época tan brillante no volverá jamás.»

Casi desde los comienzos de la Feria, SS. AA. RR. los Duques de Montpensier instalaron también su caseta, de forma redonda sobre pequeña tarima de madera, á la que se entraba por dos rotondas que á sus extremos tenía; rayada también de azul y blanco, y sin ningún signo de la realeza que en ella se encerraba. En aquellos tres días los augustos Príncipes pasaban allí de la mañana á la noche; dispensando toda etiqueta, en compañía las más veces de todos los Príncipes de la casa d'Orleans, así como de la Santa Reina Amelia en 1854, y sentando en su mesa á las autoridades y personas de su intimidad y servidumbre, mientras los niños de éstas jugaban con los Infantitos en el pequeño jardín que rodeaba la caseta real, á la vista del público. Esta sencillez y unión de todas las clases sociales llamaba la atención y hacía crecer cada día más el cariño y respeto que á los Infantes profesaban los sevillanos en general.

Cuanto al principio existía de grande, de bello y de hermoso, respirando alegría y distinción, ha desaparecido; la mayor parte de las linajudas damas que la prestaban encanto han pagado el común tributo á la tierra; las que restan, agoviadas por los años y los sufrimientos físicos y morales, viven completamente separadas del mundo.

Aquellas beldades que llenaron á Sevilla de esplendor, entre las que tanto sobresalieron la Princesa de Anglona, Pepita Montelirios (Condesa), la de Albentos (Marquesa), Salvadora Negron (Marquesa), Valentina y Felisa Monteagudo (Condesa), la abandonaron para siempre, y seguramente será muy difícil vuelva á reunirse tanta hermosura aristocrática como la que por entonces fué gala de la capital andaluza.

Los distinguidos jóvenes que se llamaron Juan Ponce (Conde de Cantellán), Pepe Sales (Marqués), Antonio Albentos (Marqués), Enrique Montelirios (Conde), García Costelleja (Marqués) y otros muchos que tampoco existen, vistiendo también el traje característico del país, hacían derroche de finura y galantería en torno de las lindas hembras, á lo que les ayudaban no menos galantes, apuestos y distinguidos jóvenes de Madrid y de otras provincias, entre los que se vieron siempre en primer término los hijos del Duque de Rivas, á quien tanta poesía inspiró Sevilla y su Guadalquivir. El transcurso de los años y las conmociones sociales, han hecho cambiar por completo el aspecto de la Feria de Sevilla, quitándole todo lo típico que en ella se admiraba. Sus casetas se han ido transformando; hoy son de madera, cubiertas de zinc, (ya no se calan) les ponen cortinas de raso, grandes lámparas, alfombras y todo género de adornos propios de salones, de suerte que resultan pesadas y desdicen de lo que representaron en sus buenos tiempos. Por las noches, caballeros y señoras se visten casi de etiqueta; costumbre altamente ridícula y agena á toda distinción y buen tono; habiendo cambiado en el mismo sentido ridículo hasta los puestos en que antes se ponían las graciosas, bellas (algunas), y dicharacheras jitanas; hechos entonces con blancas telas, cuya transparencia apenas resguardaba de los rayos del sol, y á los cuales iban á tomar el chocolate con los clásicos buñuelos, á las siete de la mañana, las damas y señores de más fuste, y en donde se oían á cada paso chistes de buen género y chispeantes agudezas.

En uno de esos sitios, paróse un día delante de la Infanta María Luisa, que á su lado llevaba á su augusta y pequeñita hija, hoy Condesa de París, la hermosa jitana Mercedes, y con la finura que en su clase aquella mujer tenía, exclamó: *Bendiga un Dibé á la rosa y su capuyo*. A la condesa de Teba, Eugenia Montijo, también una de aquellas jitanas, al verla tan hermosa, le dijo: *Anda, que Emperatriz has de ser;* frase que después se ha tenido por predicción.

Hoy, también los descendientes de los Caldeos están fuera de lugar, queriendo hacer de sus limpios puestecitos de antes, casas de señores, llenos de cortinas y flores artificiales; un compuesto heterogéneo de trapos y adornos de mal gusto.

Hoy en todo domina la ambición y el lujo aparatoso; por más que las ventas de ganados se realicen con mayor ó menor ventaja, el aspecto típico de la Feria no es el mismo; ya no existe la primitiva, la verdadera, la clásica del siglo XIX.

Nada en la vida acaba como empieza. Ayer, elegancia, distinción, poesía. Hoy, lujosa vista, mas sin la realidad encantadora que, en tiempos lejanos, hizo un encantador edén de la Feria de Sevilla.

LA CONDESA DE BLANCA LUNA







EL CIEGO DE LA ESQUINA



Había aparecido allí, podía decirse, casi de improviso. Su presencia anuncióse una mañana por los dulces sonidos de un violín admirablemente tocado.

La gente hizo círculo en derredor suyo los primeros días; á la curiosidad siguió la indiferencia, y al poco tiempo ya nadie se acordaba de detenerse un instante ante el pobre violinista.

Su figura era, á pesar de sus harapos, severa, rígida, elegante; emanaba de él, algo noble, algo grande.

Tanto en invierno como en verano, llegaba conducido por una anciana á la esquina achaflanada que formaba suntuoso palacio, propiedad del Marqués R...

En cuanto desaparecía su vieja acompañante, el ciego, colocaba el sombrero á sus pies, como en demanda de muda limosna, y sacudiendo con cierta fiereza su rizada melena, desenfundaba un pequeño violín, en el que un inteligente hubiese reconocido al famoso constructor *Stradivarius*, y comenzaba su diaria tarea de *scherzos, andantes y gavotas*, de *Betloven*, *Mozart*, *Chopin* ú otros autores clásicos.

La generalidad del público pasaba sin fijarse apenas en la esbelta silueta del joven músico.



De vez en cuando, algún artista, quizá músico también, deteníase un momento ante la interesante figura del ciego, y dejaba caer algunas monedas en su sombrero.

Este jamás daba las gracias ni formulaba peticiones; solamente cuando percibía que alguien había depositado su óbolo compadeciéndose de él, las cuerdas de sú violín producían un sonido más dulce, más delicado; hablaban, por decirlo así. El divino instrumento agradecía la limosna.

Los vecinos del barrio y los transeuntes que, á diario, pasaban por aquel sitio, habían concluído por creer que el ciego de la esquina reunía también á su desgracia la de ser mudo.

Inmensa agitación notábase en el hasta entonces tranquilo y cerrado palacio del Marqués de R...

Una legión de albañiles, pintores, estucadores y doradores, habían invadido la vieja y antigua mansión señorial, restaurando techos y escalera, pintando paredes y lienzos, decorando la fachada, y pulimentando balaustradas, balcones y remates.

A la quietud y al reposo había sucedido la algazara y el ruido. Trabajábase sin descanso bajo la dirección de reputados maestros, y á su influjo el viejo palacio se rejuvenecía y cobraba nueva vida.

Dorados trenes ocuparon bien pronto las cocheras, y fogosos caballos piafaban impacientes en las caballerizas.

Lujosos y elegantes muebles, procedentes de las mejores fábricas del extranjero, llenaron salas y gabinetes, y los cortinajes, de pesado terciopelo y vaporoso encaje, decoraron puertas, balcones y galerías.

Formábanse animados corrillos entre los vecinos del palacio, que murmuraban á su placer y comentaban sabrosamente las inopinadas y fastuosas innovaciones introducidas en el suntuoso edificio.

Hablábase de que el viejo Marqués de R.. deseoso de apartar á su hija de un amor funesto y desigual, contraído hacia algunos años por un pobre músico, habíala conducido á un convento y casa de educación en París, de donde volvía, al parecer, curada y dispuesta á dar su mano á un opulento aristócrata.

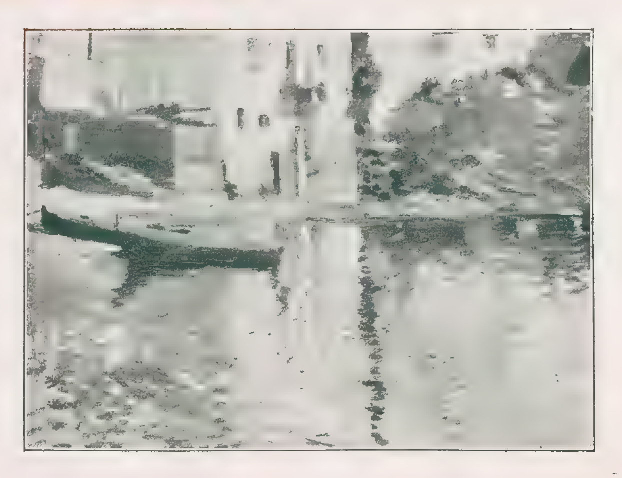
Algunas viejas comadres de vecindad, guiñando maliciosamente los ojos aseguraban sin embargo que era imposible que la encantadora Luisa hubiese olvidado tan pronto aquel primer amor por el que tanto había sufrido, y al que aún rendía culto. A todas estas murmuraciones y habladurías permanecía impasible el joven ciego de la esquina, el cual continuaba como una estatua de piedra, sacando cada vez melodías más dulces de su pequeño violín.

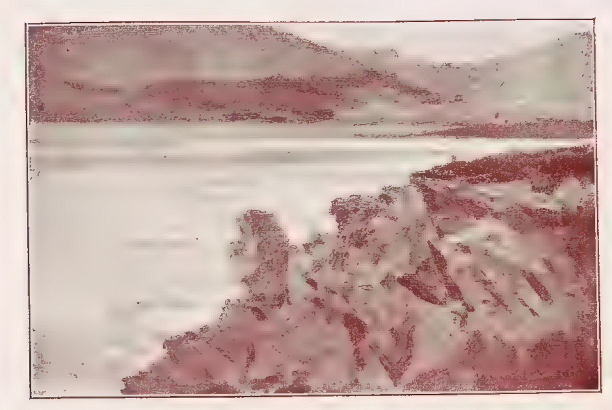
Una mañana, creció la animación en el palacio.

Luisa, la elegante Marquesita de R... había llegado la noche anterior, acompañada de su padre.

Avanzó la tarde y el crepúsculo invadió la tierra.

Los preludios de magnífico piano percibíanse á través de un entreabierto balcón correspondiente al gabinete de Luisa, y que precisamente se abría en la esquina donde se encontraba el ciego.





Este, por primera vez desde que estaba en aquel sitio, cesó de tocar, y sus ojos sin vista alzáronse como afanosos de descubrir la imagen de algún sér querido.

Aquellas notas perdidas fueron acentuándose, tomando forma, cobrando vida, y pronto desarrolláronse en dulce y prodigiosa armonía.

La pianista ejecutaba esa inimitable creación que roba el alma y produce delicioso éxtasis: *El Ave María de Gounod.*

Muy pronto al piano unióse en prodigioso concierto el violín.

El joven ciego pasaba dulcemente el arco sobre las cuerdas, y el Stradivarius gemía, sollozaba y entonaba la divina p egaria. Las notas se entremezclaban, se confundían y completábanse en un torrente de armonía delicioso, indescriptible.

La gente comenzó á detenerse: aquello era un concierto improvisado, con el que nadie contaba; era la transfiguración del divino arte; la idealización de aquella sublime plegaria.

El joven músico doblóse sobre las rodillas tocando sin cesar; ya el piano había callado y el Stradivarius seguía, sin embargo, produciendo lamentos, quejidos, ruido de lágrimas...

De pronto, todo esto cesó bruscamente; el ciego de la esquina dejó caer el divino instrumento, exhaló un débil gemido y cayó sobre la acera, muriendo con la última nota de la sublime plegaria que inmortalizó al gran *Gounod.*

Miguel ALDERETE GONZÁLEZ

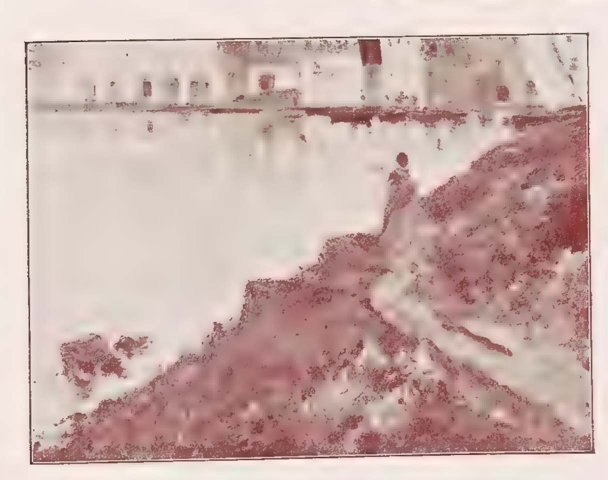


EL ODIO

Juan estaba desesperado. El amo acaba de despedirle porque ha llegado tarde al trabajo. Y si tardó en llegar es que su hija, una pequeñuela de seis años, está enferma, tanto, que el médico municipal ha dicho brutalmente que se moría. Ha cobrado dos días de jornal y con las cinco pesetas vuelve á su casa. Hay pan y medicina para un día. ¿Y después? Juan masculla entre dientes amenazas é imprecaciones. Pero más que el latigazo del odio, siente el aplanamiento del que advierte que tiene todas las puertas cerradas, todos los caminos obstruídos. No piensa en hundir las puertas ni en aterrar los obstáculos. ¿Para qué? Su vida entera agotaríase sin conseguir allanar los caminos, abrir las puertas.

Juan camina con la cabeza baja. Sus ojos parecen no reflejar la luz y son opacos y obscuros, como el barro que pisan sus pies mal calzados. Anda maquinalmente sin fijarse en nada ni en nadie. Se aparta si le empujan, empuja si no le evitan. Para pasar del arrabal en que trabajaba al arrabal en que vive ha de atravesar el gran paseo central de la ciudad.

¡Cuán preciosas las tiendas de las casas que limitan el paseo! Brillan los barnices, deslumbran las joyas. Los árboles pomposos, exuberantes de savia, forman una bóveda de verdura que aquí y allá atraviesan los rayos del sol manchando de luz el suelo. El aire, fresco y puro, saturado como de un perfume tiernísimo que llega de los bosques y de los montes, anuncia el reinado de la primavera. Bajo la verde fronda pasan centenares de carruajes, jinetes que rigen con garbo y elegancia potros y caballos. Y en los paseos laterales una multitud de hombres y mujeres con trajes limpios y lujosos, hechos de telas suaves y flexibles, discurren perezosamente, aspirando con delicia aquel primer soplo de la edad florida. En todas las caras resplandece la alegría. Unos á otros se saludan aquellos paseantes; unos á otros se sonríen. Los peatones se inclinan y se descubren á veces, en tanto que los que van en los carruajes contestan con exquisita finura á su inclinación y sonríen con benevolencia al saludar á su vez.



Juan atraviesa uno de los paseos laterales, tropezando con los que no se apartan y que hacen una mueca de disgusto al ver la facha del que ha tocado sus flamantes ropas. El miserable no se fija en nada, nada le importa de toda aquella gente. ¿Son acaso criaturas de su casta? Atraviesa también cabizbajo el paseo de los coches. De repente, un cuerpo duro y flexible azota su cuerpo, oye una voz ruda que le manda apartarse, una masa movible roza su cuerpo con tanta fuerza que Juan se tambalea. Dentro del coche,

tirado por un soberbio tronco, reclinadas contra el fondo de seda obscura, van dos mujeres. Una, lleva traje claro con adornos de encajes; cuenta á lo sumo veinticinco años y sus ojos tienen un azul más puro que los zafiros que brillan en sus orejas diminutas. La boca tiene una expresión alegre. Si en vez de un paseo fuera un bosque ó una floresta el sitio por donde pasa su carruaje, las abejas se pararían en sus labios. A su lado, sonriente, alegre, con traje blanco de seda sin adorno alguno, está una niña de seis ó siete años. Se parece mucho á su madre; pero su belleza tiene el inmaculado sello de la flor nacida en el bosque, aún no profanada por ojos humanos. Su carita blanca y sonrosada se vuelve para mirar á Juan.

El miserable mira á su vez aquella obra maestra de la naturaleza, sana, pura, sin tacha. Recuerda que su hija agoniza sobre un camastro infecto, en una habitación sin luz y sin aire. Y los ojos de Juan lanzan una luz vivísima, contráese su entrecejo, se crispa su boca en una mueca horrible y sus labios murmuran unas palabras tremendas. Es la formidable maldición del odio, que se formula una vez más.

La nieve alterna con la lluvia, y el piso de las calles está cubierto de un barro helado que mancha los zapatos é introduciéndose por las costuras produce una impresión de frío inaguantable. Cuanto más se anda más frío se tiene.

Son las doce de la noche. Todas las puertas de las casas de las tiendas están cerradas. De cuando en cuando un hombre bien arropado, cubierto con un chubasquero ó amparado por un paraguas, pasa rápidamente. Con más frecuencia pasan al trote largo de sus caballos, coches de lujo ó de alquiler. La noche es de perros: ¡pobres de aquellos que no tienen un techo que les cobije! ¡Desdichados de los que en tal noche sienten la mordedura del hambre!

Pálido, sin abrigo, calado por la lluvia y por la nieve implacables, con paso lento se acerca Juan á una puerta de cristales de la que se escapa una claridad vivísima Juan no ha cenado aquella noche; no sabe cómo comerá al día siguiente. Ave nocturna, que en las tinieblas esconde su miseria disputando á los perros callejeros las piltrafas, aquella luz le atrae.

Se acerca á la puerta y mira á través de los cristales. Advierte detrás de ella una cancela formada también por tres cristales enormes, pulidos y biselados. Y más allá de la cancela ve un gran salón pintado de blanco con adornos de metal blanco, con cientos de lámparas que engendran una lluvia de blanca luz que cae sobre unas mesas cubiertas de cándidos manteles, cuajadas de flores y de cristalería que refleja y descompone la luz, produciendo un centelleo que deslumbra. Y junto á las mesas ve á unos hombres vestidos de negro que sirven á unas mujeres que llevan trajes claros, de blanca tez, de animados ojos. Y los criados se deslizan sin ruido por la alfombra, sirven manjares exquisitos, vierten vinos de color de cereza, de color de topacio, rojos, verdosos. Y los comensales sonríen y tragan, y tragan y beben, y sonríen de nuevo y en sus rostros se refleja la alegría del estómago ahito y á veces brilla en las miradas de ellos y de ellas — de ellas sobre todo — una luz de amor que Juan no ha visto jamás reflejada en los ojos de su mujer — cuando la tenía.

Una de las mujeres que comían, mira por casualidad hacia la puerta y queda pálida y temblorosa como si hubiese visto la máscara de la Gorgona que hiela de espanto al que la contempla.



Es que ha visto el rostro trágico de Juan, pegado á los cristales; es que su mirada ha tropezado con los ojos obscuros del miserable, que en aquel instante despiden una luz más poderosa que la que brota de las lámparas.

La visión se desvanece. Entre la lluvia y la nieve Juan continúa su ronda desesperada, disputando las piltrafas á los perros, en el corazón de aquella ciudad sin misericordia, cuyas puertas son de hierro, como las de las fortalezas, para el miserable.

Augusto RIERA



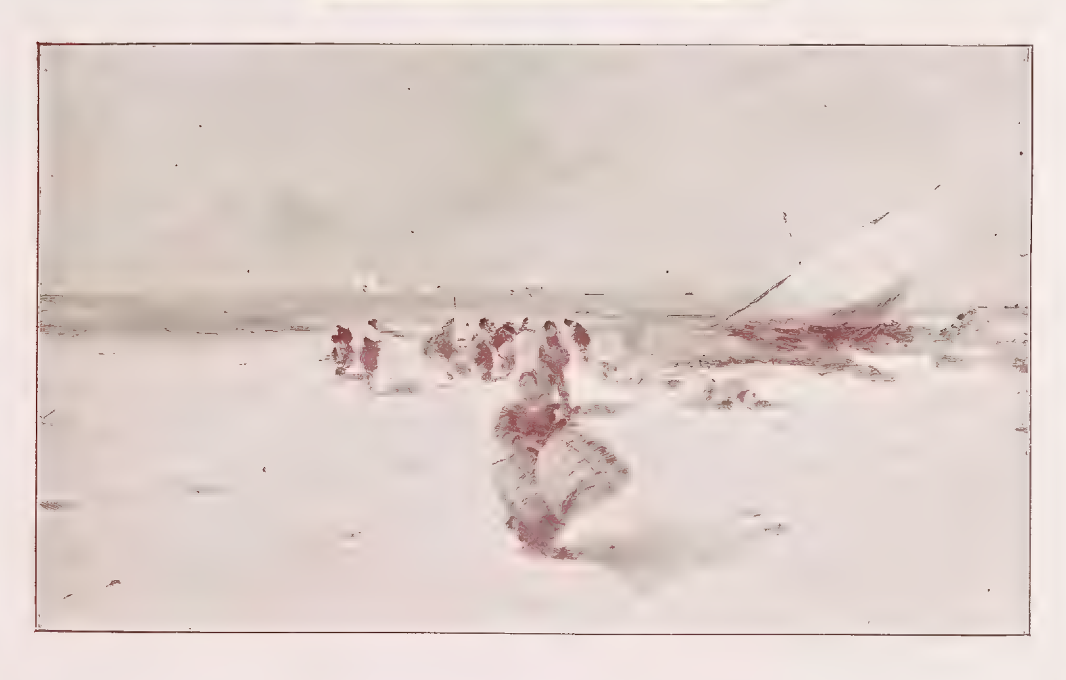
INTIMA

Ya no tiene el viejo bardo
tesoros de fantasía,
ni dulces notas de amores
en las cuerdas de su lira.

Ya, cuando enmudece llora
y cuando canta suspira,
ya, tan sólo con recuerdos
reviven sus alegrías.

Pero en el fondo del pecho
caudales de amor abriga
y sueña como soñaba
en su juventud perdida.

Narciso DÍAZ DE ESCOVAR



ACUARELA

A Joaquín Navarro Riera.

Muy bellos son los destellos
que al éter dan arrebol;
mas, comparados con ellos,
son más bellos tus cabellos
que los destellos del sol.

En tu boca, que es de fresa
y finísimo carmín,
quien te besa, deja impresa
una oración, porque besa
los labios de un querubín.

Y lánguida en su ternura
tu mirada angelical,
la mente se la figura
que es la Gloria que fulgura
tras un mágico cristal.

Breve ilusión de tu cara
que se rebela al pincel,
tu sonrisa bosquejara
si un relámpago cruzara
por el cáliz de un clavel.

Granates en porcelana
que trasluce hebras de azur,
forman tu seno, que emana
tus perfumes de sultana
de rosas de Pompadur.

Alma casta y luminosa
de apocalíptico dón,
metamórfosis preciosa
que diera forma de diosa
á tu humana concepción.



Tú pasas, y sus rumores
saben las fuentes lucir,
las estrellas, más fulgores,
y hasta suspiran las flores
por no poderte seguir.

Y si en la noche sombría
vas el bosque á visitar,
los pájaros su alegría
cantan, creyendo que el día
ha empezado á despuntar.

Cuerpo de Venus, fecundo
por Cupido en el Edén,
tienes el poder profundo
de dar tus leyes al mundo,
y al cielo darlas también.

Que desde el mísero lodo
hasta el cielo adonde irás,
si Dios está sobre todo,
tú estás, de idéntico modo,
sobre todo lo demás.

Manuel María MUSTELIER

Habana.

Á ELÍSEO MEIFRÉN

SONETO (1)

Si su alma á mi alma le prestara
El intenso sentir de la belleza
Y de un poder oculto la grandeza
Su paleta en mi lira transformara;

Oh! ¿qué canto á mi canto se igualara,
Con tantas notas de sin par pureza?
¿Tuviera otro cantor naturaleza
Que con más esplendor la interpretara?

Mas, ¿para qué escuchar la lira mía?
¿No es poeta el artista que ha grabado
En notas de color tanta armonía?

Y escuchando esos cantos que ha elevado,
¿No sentís la esplendente poësía
Del poema eternal de lo creado?...

Guillermo P. RODRIGUEZ

(1) Leído por el doctor Juan Zorrilla de San Martín, en un banquete con que obsequiaron á Meifrén sus admiradores de Montevideo (1900).







Cuadro de Enrique Estevan.

BELLAS ARTES

La primavera, la hermosa y gentil estación de las flores, ha sido siempre fuente de inspiración para cuantos sienten y comprenden la gracia voluptuosa del despertar de la naturaleza.

Las flores son su manifestación externa. Y la mujer, con ese maravilloso instinto de adaptación que la distingue, apenas percibe los tibios efluvios primaverables, adorna con ellas la mata de su pelo, las prende en vistosos ramos en su cintura é, imitando sus claros y brillantes coloraciones, cubre su cuerpo con esas telas frescas y diáfanas que tan estéticamente harmonizan con el medio ambiente, verdadera adaptación de su delicado instinto floreal.

Es tan íntima la relación que existe entre la mujer y la primavera, que los antiguos la simbolizaban por medio de una adolescente coronada de flores. Hoy ha desaparecido el símbolo, pero no ha desaparecido la mujer, que, con las flores, sigue siendo la manifestación real y sensible de la primavera.

Así lo ha creído, sin duda, Enrique Estevan, al pintar para la primera página de este número del Album Salón la hermosa media figura que motiva estas líneas. La juventud y la belleza hacen las veces de símbolo; y aunque no podría titularse el cuadro *La primavera* por lo mismo que no existe la alegoría, son primaverales los medios de expresión: la figura, el colorido y la florida vegetación del fondo.

Idéntica relación ofrece el cuadro de J. Agrasot *¡Cuánto tarda!*, con la diferencia de que aquí el asunto es el *amor*, suprema manifestación de la primavera.

La hermosa campesina de la huerta espera apoyada en el alféizar de la ventana al ídolo de sus amores. La tibia estación parece creada exprofeso para exteriorizar esos sentimientos que el cierzo invernal recluye en las intimidades del corazón y del hogar. La bella huertana espera y no teme exponer públicamente sus amorosos afanes por la tardanza de su amado.

El gracioso cuadrito es una de esas *cositas* que adquiere valor por el de la firma que figura al pie. Y el arte de Agrasot es de tan buena cepa, que presta interés á cuanto toca.

De Ricardo Brugada es el agradable boceto *Lavanderas*, impresión de un asunto pintoresco siempre, pues á pesar de haber sido tratado infinitas veces, préstase á otras infinitas combinaciones y modos de ver.

El ingenio inagotable de Gaspar Camps, ha enriquecido con una nueva orla ornamental el poema *Amor* de Salvador Carrera. El amor tranquilo de la familia, plácido como las nacaradas tardes de otoño, halla sintética representación, merced al lápiz y á la fantasía del joven y distinguido artista.

Francisco CASANOVAS

EL MUERTO ERRANTE

Murió... ¿cómo lo diré?... de una indigestión de sentimiento. Tanta grosería, tanta sinrazón é iniquidad, su corazón, que era el estómago del alimento espiritual, no las pudo digerir; interrumpiéronse sus latidos y acabó para siempre aquella vida. Los médicos, poco versados en la materia, calificando de una hipertrofia de dicha entraña la mortal dolencia, firmaron la papeleta de defunción y remitieron con ella el muerto al hoyo. Pero en el hoyo, espacio limitado y breve, no cabía aquella alma inmensa cuyos sentimientos, cuyas aspiraciones rayaban en lo sublime. Abandonando, pues, á la tierra sus despojos, el muerto voló al cielo, en el umbral de cuya luminosa puerta oyó á San Pedro que decía:

—Alto ahí, no puedes entrar.

—¡Será posible!

—Y tan posible. Al cielo es necesario traer algo, algo bueno ó grande, y tú nada nos traes. Conozco, y los admiro, tus nobles sentimientos, tus sublimes aspiraciones; pero sé también que unos y otras quedan en el mundo encenagados, corrompidos, desbaratados por la perversidad humana. Anda, pues, hijo mío, vuelve allá abajo, vuelve y tráete, si puedes, algo de lo que allí perdiste ó te robaron, y entonces, no lo dudes, te abriré con mucho gusto.

El venerable santo cerró, al proferir estas palabras, la resplandeciente puerta, y el infeliz difunto, no sintiéndose con ánimo para entresacar del mundo en que viviera un puro adarme de abnegación, de bondad ó de nobleza, hizo rumbo al purgatorio.

—Alto ahí, no puedes entrar.

—¡Dios mío, aquí... tampoco!

—Es necesario traer alguna culpa y no tienes tú ninguna. Esta, además, no es una morada eterna, sino que de ella se sale para el cielo, y en el cielo, yo lo oí, te negaron la entrada.

El pobre muerto sintió frío y, en la necesidad de buscar un albergue, llamó, no sin reparos, á la puerta del infierno.

—Ahí, al menos, me calentaré.

Mas una sardónica y estruendosa carcajada contestó á su llamamiento.

—¿Vienes á burlarte de nosotros? ¡Una criatura buena y pura como un ángel pretende albergarse en la mansión del mal! Aquí hacen falta tizones, tizones de impureza y de perfidia. ¿Qué hoguera atizaríamos contigo, si no traes nada combustible? ¡Atrás, querube, santo, espía!

Y por la entreabierta y negra puerta vió el cuitado un diablo colosal de retorcido rabo y agudos cuernos, echando llamas y armado de una horca formidable con la cual le amenazaba.

Alejóse volando del infierno y distinguió allá, hacia occidente, una enorme gota de rocío, congelada en el espacio, que reflejaba la luz del sol con clarísimos fulgores. Al aproximarse á ella en busca de un abrigo, pudo leer en su blanca superficie: *Venus*.

—La diosa de la hermosura, el planeta del amor... ¡No, jamás! Harto me engañaron, harto me dieron que sentir allá, en la tierra.

Tropezó, al retroceder, con un diamante gigantesco de rojizos destellos, y murmuró al reconocer á *Marte:*

—¡El mundo de la guerra! Se matarán en él unos á otros sus feroces habitantes, será mucho peor que el mundo en que he vivido.

Siguió retrocediendo el desgraciado y encontróse envuelto en una red de estrellas, cuatro de las cuales, las más hermosas y brillantes, cerraban aquella constelación á modo de cuadrilátero.

—*¡El Pegaso!*—pensó al enterarse de lo que veía.—El caballo alado, engendrado por la sangre de una furia, el que hizo de una coz brotar la fuente de Hipocrene; la inspiración, la poesía... las causas, precisamente, de mis congojas, de mis miserias de allá abajo.

Desenredándose como pudo, loco de espanto y de dolor, el pobre muerto emprendió una vertiginosa carrera por el éter. Pasó junto á *Sirio*, dando un salto para evitar la mordedura del rabioso *Can;* atropelló á *Cástor y Pólux*, oyó el balido de las *Cabrillas*, hizo al pasar un quite á los cuernos del *Toro*, desniveló la balanza de *Libra*, esquivó el veneno de *Escorpión* y la saeta del *Centauro* y, describiendo un ancho semicírculo, fué á parar á una gran constelación de siete magníficas estrellas en forma de *Carro*, que allá, en el mismo Septentrión, resplandecían. En ninguna de las siete pudo el cuitado hallar abrigo.

—¿A qué vienes, imbécil? Somos la *Osa Mayor* y eres tú muy poco para nosotras. Largo, largo de aquí; harto en la tierra hiciste el oso.

Descorazonado, el infeliz permaneció un momento inmóvil en el éter, sin saber á donde dirigirse. Al sol no podía ir si no quería consumirse en un instante; la luna era un astro muerto, lleno de grietas y de abismos, de mares y de yermos, completamente deshabitado y sin condición de vida alguna. ¿Qué hacer? ¿Volver á la tierra como el Santo le ordenara? El pensarlo no más le daba horror. No, hubiese preferido, á ser posible, mil veces el infierno; prefería, á no haber otro remedio, errar eternamente de astro en astro, de planeta en planeta, de mundo en mundo, sin hallar abrigo ni descanso en ninguno de ellos.

Así lo hizo y sigue haciéndolo durante largos años; y aquella alma noble, inmensa, cuyos sentimientos y aspiraciones rayaron en lo sublime, no encuentra en su infinita peregrinación por el espacio, un modesto asilo, un pobre albergue donde cobijarse.

Juan TOMÁS SALVANY



Fot. de Audouard.

Srta. Isabel Martínez.

Autora de la pieza de música que acompaña al presente número.



Fot. de Napoleón.

EXCMO. SR. D. MANUEL RUIZ RAÑOY

GENERAL DE BRIGADA Y COMANDANTE GENERAL DE LOS SOMATENES ARMADOS DE CATALUÑA

EL bizarro militar cuyo nombre y retrato honra esta página, nació en Gerona el 29 de Diciembre de 1849, ingresando en el Ejército como caballero Cadete, en 7 de Julio de 1865.

Terminados los estudios y encontrándose en prácticas, fué promovido al empleo de Alférez.

Todos los demás ascensos los ha obtenido por méritos de guerra El empleo de Capitán, por la herida recibida en la acción del Grao de Olot; el grado de Comandante, por la herida recibida en el asalto de Cantavieja. Fué prisionero de los carlistas en la acción de Prades, cuando la muerte de Maturana. Ascendió á Teniente Coronel, por antigüedad, y con este empleo marchó á Cuba, mandando el batallón de Luchana, que embarcó en Barcelona el 22 de Agosto de 1895.

En aquella campaña asistió á muchos hechos de armas, concediéndosele por su brillante comportamiento la efectividad de Coronel, en Julio de 1896, y luego, por la herida recibida cuando acudió con su columna en auxilio de Santiago de Cuba, sitiada por el ejército Norte-Americano, el empleo de General de brigada, para el que ya estaba antes propuesto con motivo de la evacuación de Giguani, Bayamo y Cauto, á él confiada.

Mandó la división de Manzanillo, y después, una brigada compuesta de los batallones Union, Alcántara, Andalucía, Álava, Cazadores de Puerto Rico, y el 4.º de Zapadores minadores, y cuatro escuadrones de caballería, para la evacuación del río Cauto.

Está en posesión de las siguientes condecoraciones:

Dos cruces rojas de 1.ª clase. — Mención honorífica. — Cruz blanca de 1.ª clase. — Medalla Alfonso XII, con pasadores Olot, Cantavieja y Seo. — Medalla de la guerra civil con pasadores Puente Guardiola y Castellón de Nue. — Cruz de Benemérito de la Patria. — Medalla del sitio de Puigcerdá. — Medalla de prisionero. — Cruz de la R. O. de San Hermenegildo. — Cruz de 2.ª clase del Mérito Militar blanca. — Cruz de 2.ª clase del Mérito Militar roja. — Cruz de 2.ª clase del Mérito Militar roja pensionada. — Placa de San Hermenegildo. — Cruz roja de 3.ª clase. — Cruz roja de 3.ª clase, pensionada. — Cruz de María Cristina y Gran Cruz de San Hermenegildo.

Durante el pasado mes, ha girado una visita de inspección á los Somatenes, congregados en distintas poblaciones de Cataluña, pudiéndose convencer de que si en la capital goza de gran consideración y muchas simpatías entre sus amigos y compañeros, no es menor el aprecio que le profesan sus numerosos subordinados.

* * *

EL VENTISQUERO

A los tres años de matrimonio, el marqués estaba tan enamorado de su esposa como el día antes de su casamiento, lo cual podrán no alcanzarlo á comprender algunos maridos, pero esto no es un inconveniente para que el amor del marqués resultara un hecho.

En cuanto á Elvira, que había querido á su primo Arturo, de esa manera especial que ama la mujer, cuando lo hace por vez primera, parecía estar satisfecha de su posición social.

Sin el consejo de ambas familias, Elvira y Arturo hubieran concluído por casarse; pero como ni uno ni otro contaban apenas con bienes de fortuna, se convino por parte de todos, en que aquel matrimonio era un disparate en toda la extensión de la palabra; que no había ni siquiera que pensar en él, pues *contigo pan y cebolla*, era una frase vacía de todo sentido y cursi por añadidura; por lo que los primos, atendiendo á los sentimientos de la realidad, más que á los de sus corazones, hicieron punto y aparte en su mutuo y recíproco amor.

Y el marqués de G... que por lo ilustre de sus blasones, al par que por su cuantiosísima fortuna, había sido el candidato suspirado por cuantas jóvenes de la más encopetada aristocracia se encontraban en estado de merecer y del que se aseguraba, como cosa resuelta, el enlace con una joven algo su pariente, modelo de todo género de virtudes y bella hasta ser la admiración de los salones á que por entonces concurría, vió á Elvira, se enamoró como un loco de ella, y concluyó, con gran escándalo de todos, por dejar plantada á su futura, la que desde entonces no volvió á dejarse ver en público.

Elvira, por su parte, no dudó un momento en aceptar aquel ventajosísimo partido, y el linajudo y archimillonario marqués concluyó por tener el mismo trágico fin que cuenta Víctor Hugo cupo al capitán Jebs.

El primer año de matrimonio, ó sea el convenido en llamar el de la luna de miel, se lo pasaron los nuevos esposos recorriendo las principales capitales de Europa. Desgraciadamente para el marqués, durante este viaje, Elvira tuvo el capricho de que les acompañara una prima suya, la cual no volvió á separarse de la nueva marquesa.

Aquella prima fué el primer punto negro en la vida del enamorado marqués, porque el segundo, ó sea el ex amante y primo también de Elvira, más que punto negro resultó punto filipino.

La presencia de Arturo en la casa del marqués acabó por constituir, para éste, una verdadera contrariedad.

Las atenciones que Elvira dispensara á su primo, las continuas visitas de éste, y otra multitud de detalles, nimios en la forma, pero no en el fondo; concluyeron por despertar los celos del marido. Este no ignoraba las relaciones amorosas habidas entre Elvira y Arturo, hacía algunos años, pero hasta que los celos no comenzaron á germinar en su corazón, aquello había pasado inadvertido. Pero desde entonces, no.

Las miradas que se cruzaran entre Elvira y Arturo, las confianzas que mutuamente se permitieran, las coincidencias naturales, ó que al menos había que confesarse que debían serlo, resultaban para el celoso marido una serie de suposiciones que comenzando por preocuparle concluían por constituir su desesperación. La figura imprescindible de aquella prima que parecía multiplicarse, cuando Arturo se encontraba allí, era para el marqués el mayor de todos los torcedores. Y procurando ocultar en lo más recóndito de su alma aquellos, para él unas veces fundados y otras hasta criminales pensamientos, acudiendo á lo mejor á su memoria la figura de aquella otra, de la que había labrado la eterna infelicidad, y sumido en el más hondo de los dolores y en la más acerba de las amarguras, mirando siempre desvanecerse las pruebas de cuantas sospechas concebía, en una palabra, sufriendo todo el horroroso martirio que experimenta todo aquel que tiene la desgracia de concluir porque se apodere de él, el no sin razón llamado demonio de los celos, el buen marqués sufría espantosamente, sin que á este sufrimiento alcanzara siquiera el lenitivo de la comunicación; hasta que la figura de Arturo desaparecía y, como consecuencia de esto, la de la imprescindible prima se restaba y el enamorado esposo, al encontrarse á solas y en presencia de su mujer, comenzaba por olvidar y concluía por arrepentirse y hasta avergonzarse de aquella serie de dudas y sospechas.

* * *

Por primera vez desde su matrimonio, al concluirse los meses de primavera, Elvira y su esposo decidieron pasar una temporada, en una magnífica posesión que tenían en el Pirineo y de la cual colindaban los terrenos con una propiedad de los padres de aquella primera prometida del marqués y en donde la joven se había instalado desde poco después del casamiento de aquél con Elvira.

El tiempo continuaba, por no variar, en un todo contrario á lo predicho por el almanaque. Hacia ocho días que los marqueses se encontraban en su finca del Pirineo, y ni uno solo se había dejado ver el sol, cuando se presentó Arturo.

Para el marqués resultó éste el mayor de todos los nublados.

Dos días después, amaneció uno espléndido. El contraste que presentaban los rayos del sol, al tocar huyendo las capas de nieve que cubrían el suelo, era realmente hermoso.

Después del almuerzo, se convino en dar un paseo en carruaje, y en atención á que el lugar en que el paisaje resultaba más bello y donde la nieve debía encontrarse en mayor cantidad era el de los ventisqueros, se decidió ir por aquél.



ARTE ARISTOCRÁTICO — Cuadro de Ricardo Madrazo.



¡COSECHA PERDIDA! — Cuadro de ASTERIO MAÑANÓS.

Si el marqués á consecuencia de la llegada de Arturo, no hubiera estado tan preocupado, seguramente que no habría dejado de fijarse, en que de los cuatro caballos enganchados, á los dos delanteros que eran muy jóvenes y briosos, habían tenido la imprevisión de no darles cuerda. Este detalle para un tronquista, cual lo era el marqués, no hubiera tenido importancia alguna, al no tratarse de un camino tan estrecho como el que tenían que recorrer y al cual rodeaban multitud de precipicios, en el fondo de los cuales se hallaban los ventisqueros.

En el momento de subir al carruaje, que sólo tenía cuatro asientos, resultó una de aquellas coincidencias, que el marqués acababa siempre por confesarse que debían ser naturales. La imprescindible prima bajo el pretexto de que en los de detrás se mareaba, se empeñó en ir en el asiento delantero, y como no era cosa de no complacerla, Arturo y Elvira ocuparon los asientos traseros.

Trataba el marqués con toda su habilidad y pericia, de hacer que los caballos que tan pronto se iban hacia la izquierda como querían volverse á la derecha, entraran en camino, cuando al fijarse en la sombra que proyectaba el carruaje, creyó ver que Arturo rodeaba el talle de su prima y que ambos unían las cabezas en actitud de darse un beso. Y al levantarse como movido de un resorte y ver cómo la sombra no le había engañado, abandonó las riendas, y tendiendo los crispados puños, rugió «¡miserables!»

Pero antes que el marqués acabara de pronunciar esta imprecación, los caballos, que al sentirse sueltos hacia el precipicio, rodaron por éste, y en unión del carruaje y de cuantos iban en él, desaparecieron un instante después en uno de los próximos ventisqueros.

***

Desde aquel día y siempre á la misma hora en que ocurrió la catástrofe que acabamos de relatar, sobre una peña desde la que se dominaba todo el lugar donde se hallaban los ventisqueros, se veía la figura de una mujer, de la que ni la distancia, ni el amplio manto en que iba envuelta, eran bastante á ocultar la juventud, la distinción y la belleza. Y aquella figura, al retirarse de aquel sitio, lo hacía siempre por el camino que conducía á la finca colindante de la que por ahí se sigue conociendo como propiedad de los marqueses de G...

M. GARCÍA REY

EL PAGO DE UNA DEUDA

El rico caballero don Ramón Ariza era grande aficionado á la caza. No dejaba ociosa su escopeta, ni en descanso su perro, en ninguna de las épocas del año en que es permitido por las ordenanzas el noble y antiguo ejercicio de Nemrod. Así es que siempre se le veía por campos y montes, andando, andando con su inseparable Huracán, hermoso perro que era su compañero de glorias y fatigas.

Cierto día de Otoño, salió, como de costumbre, de caza. El tiempo no se presentaba en realidad con muy buen aspecto, por lo cual hizo provisiones de boca en previsión de cualquier caso inesperado.

Ya en el campo, seguido de su perro, comenzó á caminar á buen paso, deteniéndose sólo cuando creía escuchar el tímido canto de algún pájaro.

Levantóse á poco un ligero vientecillo fresco, no del todo molesto, pero sí precursor de la tormenta; y no bien habían pasado algunos minutos cuando comenzaron á caer gruesas gotas de lluvia. Aligeró el cazador el paso, y ya cuando acertó á alcanzar una corpulenta encina, bajo cuya protectora techumbre de hojas se cobijó con su fiel perro, que le seguía, habíase desatado una terrible tempestad. Allí, en aquella forzosa choza natural, resistiéronla ambos durante dos horas que duró el período álgido de la misma; y habiendo cesado algo en su furia, y siendo entrada la tarde, sacó don Ramón las provisiones que llevaba, y púsose á almorzar con su compañero no sin darle los mejores bocados, que el animal aceptaba agradecido lamiendo la mano de su generoso bienhechor.

A media tarde redobláronse los furores de los elementos desencadenados. Los relámpagos vivísimos sucedíanse sin cesar, acompañados de truenos espantosos y resolviéndose algunos de ellos en formidables rayos.

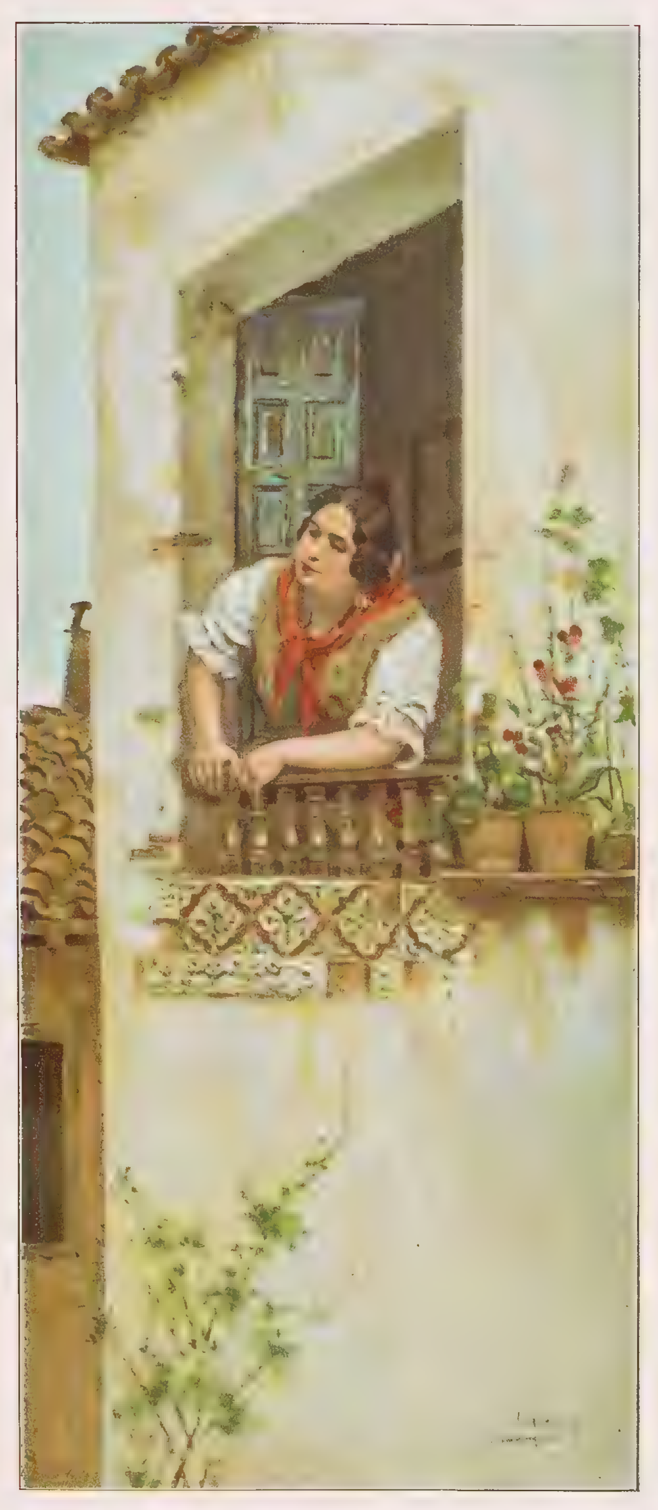
Era imponentísimo el espectáculo. El mismo perro Huracán, animal valiente y ciego defensor de su amo temblaba de miedo.

—Ven, ven acá, querido amigo mío, — le dijo don Ramón, cobijándole bajo de su capote de monte.

Y como á un sér que se ama tiernamente, se lo arrimó á sí, envolviéndolo cuidadosamente en su abrigo.

Así permaneció largo tiempo, y viendo que el cielo amenazaba con prolongada borrasca, se puso á pensar como había de ponerse en salvo, antes de que se echara encima la noche.

Recordó entonces que no muy lejos debía hallarse una casa de campo



¡CUÁNTO TARDA! — Cuadro de Joaquín Agrasot.

antiquísima; y hacia ella, seguido de Huracán, encaminó sus pasos. Ya anochecido, llegó á la misma que estaba situada al borde de un camino, y desde la puerta pidió cortesmente hospitalidad.

—¡Adelante!—contestó una voz femenil.

—Buenas noches — dijo el cazador presentándose con su perro en la cocina, en cuyo testero principal, sobre ancha losa de piedra, ardía una brasada de leña, en torno de la cual estaban reunidos varios campesinos que, al amor de la lumbre, confortaban de las inclemencias del tiempo.

Todos respondieron con amabilidad al saludo del cazador, y haciéndole sitio, debajo de la ancha campana de la chimenea, después de quitarse el capote que estaba chorreando, tomó el hombre asiento teniendo á su perro á los pies.

La dueña de la casa de campo, que era una labradora ya entrada en años, se apresuró á ofrecerle cena.

Este agradeció la atención, diciendo:

—Yo con cualquier cosa me conformo; con que haya cena para mi perro me doy por contento.

Los circunstantes no pudieron menos de sorprenderse de las palabras del recién llegado, de modo que uno de ellos se atrevió á decirle:

—Es extraño,—repuso don Ramón—pero muy justo. Si supiesen ustedes el motivo que tengo para tratarle bien, no me preguntarían si le quiero. Mi conducta para con él no es comprensible sin conocer una anécdota de mi vida.

Entonces todos á una, llenos de curiosidad, le suplicaron que la contara si en ello no había inconveniente.

—No lo hay,—repuso amablemente el caballero; — antes me congratulo siempre en contarla á quienes tienen interés en oirla.

Yo, señores míos, he corrido mucho mundo; y antes de reducirme á la honrosa y pacífica orden del matrimonio, he gustado de toda clase de aventuras. Sin decir que he sido propiamente militar, he estado muy junto á la milicia, y tanto que he asistido á algunas batallas, poniendo mi vida á servicio de la causa que he creído mejor para la grandeza de mi patria.

Habiéndome, pues, en cierta ocasión encomendado una misión tan delicada como peligrosa, me puse en marcha en compañía de este fiel é inseparable compañero mío, quiero decir de este hermoso perro que veis. Era yo entonces joven é iba bien armado y nada temía de los hombres.

Cogióme la noche por el camino, como ha sucedido ahora, y llamando á una venta, para mí desconocida, recibiéronme con grandes muestras de contento. Cenamos yo y mi perro á satisfacción; y diéronme para dormir un buen lecho instalado en un aposento del piso bajo con una ventana que daba al campo. Nada había en aquella habitación de misterioso ni que pudiera inspirar la más mínima sospecha. Era noche de verano y lucía una luna clarísima. Así es que me acosté sin luz, pues era bastante la que entraba por los cristales de la susodicha ventana.

Rendido por el cansancio iba á quedarme dormido, cuando sentí gruñir á mi perro, con un gruñido especial que sólo yo entiendo y que me indica siempre haber descubierto algo anormal.

Me incorporé, miré á mi amigo y vi que no quitaba los ojos de la parte del techo que caía encima de mi cama. En efecto; allí brillaba algo extraño que parecía dotado de movimiento descendente. Salté de un brinco de la cama y no bien habíalo hecho, cuando vi caer rápidamente una enorme cuchilla de acero, á manera de guillotina, que á haber estado yo debajo, hubiérame dividido en dos pedazos.

Me había acostado vestido; así es que no hice más que tomar mi escopeta, y saltar por la ventana seguido de mi perro. Cuando acordaron entrar los criminales, ya estaba yo en salvo.

A todos interesó la historia del cazador. Todos acariciaron al perro, que era en verdad un hermosísimo y noble ejemplar de su raza.

Y como alguno le objetara que era exagerada la gratitud que demostraba al animal, repuso con vehemencia el cazador:

—No, señores; no hago nada de extraordinario. No hago más que pagar una deuda de sangre; y una deuda como ésta, no se paga con nada... Acaso, sólo con la vida!

† J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE

RICARDO BRUGADA



LAVANDERAS

LA ACEITUNERA

NOVELA DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(Continuación).

Yo no parecía darme cuenta de nada; el fuego que ardía en el hogar, alimentado constantemente por los que iban á calentarse, y las cuatro luces que brillaban en los mecheros enormes de un velón de Lucena, más enorme aún, colgado por un gancho del alero de la chimenea, dábanme luz muy suficiente para leer los periódicos á mi sabor, y en mi lectura abstraíame, como si nadie hubiera en el cortijo. Esto era costumbre en mí, ya lo dije; pero aquella noche ponía poca atención en la lectura.

No era á *Parralita*, ni á José Alonso á quienes quería yo observar. Era á *Metrio*. No quise llamarle, ni preguntar por él, para que los otros no se fijaran; pero entre tanta gente me era difícil, sino imposible, poderle hallar con la vista, mirando sin parecer que miraba, al doblar ó desdoblar el periódico, como por la exigencia de la lectura. En esos momentos, sólo abarcaba una parte de la cocina; no viéndole allí, buscaba otra vez en otra; pero la cocina, desde el hogar al fondo, era de gran extensión, y allá, en lo último, las figuras de los aceituneros se distinguían confusamente, por estar todo hundido en vaga penumbra.

De un grupo de mozuelas próximo al hogar salió en esto una risa como un estallido; una risa de mujer, alegre y sonora, como trinar de pájaro. Me sorprendió esta risa; volví los ojos al grupo de las mujeres, y aunque ya lo sospechaba, adquirí la evidencia. Fué *Parralita* quien así rió. Yo, en tanto, intrigábame, por no poder hallar con la mirada á *Metrio*. Un hombre había entre aquel grupo de mujeres; era José Alonso; las miraba y reíase con aire ufano; creí sorprender que me miraba furtivamente, á la vez que escupía sus donaires para hacer reir á las mozuelas. Todo esto fué rápido; al mismo tiempo de sentirse la risotada de *Parralita* y de encontrarse los ojos de José Alonso y los míos, se removió algo á mi lado, á mis pies, tocando casi con mi sillón. Bajé los ojos y vi á *Metrio*. Me acordaré siempre; estaba sentado en el suelo con las piernas encogidas; apoyábase de espaldas en la pared. Le podía hablar sin que me oyeran.

—Hola, *Metrio*,—le dije—tengo que hablarte.

—¿En qué puedo servirle, mi amo?—preguntóme abatido. Y fué á levantarse á la vez.

—No, espera—repuse, inclinándome para coger una astilla con que encender mi cigarro.—*Metrio:* sabes que el capataz de la *Dehesilla* dejó el destino y se fué á Córdoba. Hay muchos que quisieran irse allí, en su lugar, pero yo quiero que vengas tú. Tengo confianza en tu prudencia; y si yo mejoro tu suerte mandándote de capataz á mi mejor finca, estoy seguro; tú has de darme buen pago. Hoy he tenido noticias de allí, que me tienen de muy mal humor; aquello está manga por hombro. No me es posible faltar un instante de *Las Palomas*, pero iré contigo para hacerte entrega. Mañana mismo nos vamos.

No puedo explicar la consternación que fué pintándose en el rostro del mozuelo á medida que yo hablaba; yo me lo figuré: aquella noticia que en otra ocasión le hubiera vuelto loco de felicidad, porque colmaba todas sus aspiraciones, fué una puñalada que le atravesó el pecho. Se pasó las manos por la frente como si quisiera apartar de allí alguna idea tenebrosa. ¡Pobre mozo! ¡Cuán ajeno estaba de que yo conocía el motivo de su gran aflicción! ¡De que yo veía su pensamiento, antes siquiera de que él lo concibiese! ¡Irse en aquel trance! ¡Dejar á *Parralita*, por quien sentía verdadera locura, no obstante su mancha y á pesar de las dudosas explicaciones que de ella obtuvo. Además, *Parralita*, había cambiado de conducta. — un nuevo tormento que le mataba.—A sus reservas, á sus mutismos, á sus ansias de soledad, sucediéronse de repente, en veinticuatro horas, una alegría sin trabas, una verbosidad inconcebible, un gracejo hasta entonces nunca demostrado; habíase vuelto risueña, decidora, comunicativa; en sólo una noche se hizo notar por su gracia en el baile, por su oportunidad en las respuestas, por sus méritos físicos, que, hasta entonces también pareció empeñada en que pasasen inadvertidos. ¡Y todo por aquel José Alonso! ¡Pobre *Metrio!* ¡Y para él los desdenes! ¡Y para él las penas...! Hubiérase podido hacer un verdadero estudio, por la contracción de las facciones solamente, en aquel corazón de hombre, virgen y sin doblez. Quería hablarme, quería darme las gracias con explosión de alegría, mirándome no obstante sin hablar, con los ojos espantados y volviéndolos sin querer, furtivamente, al grupo donde estaban *Parralita* y José Alonso. Las llamas del hogar levantándose vivas y alegres, iluminaron temblorosas con gran vigor aquel semblante lívido, de líneas acentuadas, desencajado ahora por el dolor de una nueva feliz que le desesperaba, y de unos celos mortales que le enloquecían. Miré á *Parralita* colérico, encontráronse nuestras miradas casualmente, y creí sorprender en sus labios finos una sonrisa imperceptible casi de triunfo, al pasar su mirada de mis ojos á los del triste desdeñado. *Metrio* no pudo observar esta sonrisa. Le abrumaba la pesadumbre.

Al día siguiente, pretexté una ocupación grave para no salir de *Las Palomas*, por lástima á *Metrio*, como supondréis. No fuimos pues á la *Dehesilla*... Desde aquella noche *Parrala* y José Alonso, no dejaron de aproximarse siempre que les era posible. Pude observar en ella una viveza, una alegría inexplicable; no he visto nunca coquetería de mujer más graciosa, más alegremente sostenida; no puedo decir de donde robaba espacio para su acicalamiento y compostura; no se la echaba de menos, no faltaba á su trabajo un solo segundo. Observé entonces que la mujer en las más rudas y apremiantes labores, en las más desoladas horas, en las crisis más grandes y solemnes de la vida, dispone sin excepción, sin que se advierta, para más asombro, de todo el tiempo necesario para su *toilette;* por lo demás, la aceitunera, con su traje abigarradísimo,... con su sombrero anchote que guarda desairadamente el



rostro; con el pañuelo, que cubre también su garganta, su cabello y su nuca; con el otro pañuelo, guardador estúpido del talle; con el pantalón y la falda caída encima, que oculta y deforma la cadera ¿puede hallar medio de distinguirse de algún modo, con una *toilette* más ó menos detenida, siéndole imposible salir de esa singular indumentaria? ¡Oh, portento femenino! *Parralita* sabía lograrlo. *Parralita* empezaba á volver loco á todo el mundo en *Las Palomas*, sin excluir ¡ay! á su dueño. Era preciso, indispensable, tomar una resolución con *Parralita*.

Manifiestamente estaba demostrado, para mí al menos: *Parralita* se propuso excitar la pasión de su antiguo novio, mortificarle, herirle. Yo no podía observar todos sus actos, porque no podía estar entre mi gente á todas horas; pero lo que observaba era bastante para que mi compasión por *Metrio* fuese mayor. De José Alonso nada quiero decir: era un hombre repulsivo. *Metrio*, sin hablar con dadie, sin sospechar ni remotamente que el amo pudiese estar tan en pormenores de lo que en su corazón pasaba: sufría en silencio, desesperábase; algunas veces le sorprendí, con su mirada centelleando de odio y sangre, puesta en *Parralita* y José Alonso. ¡Ah, *Metrio*, si tú hubieras sabido quién era José Alonso y lo que contigo tenía pendiente!

¡Caso singular! Ni una sola de aquellas miradas de amenaza y desolación escapábasele á *Parralita*. Siempre, en tal momento, los ojos de *Parralita* buscaban los del afligido muchacho, como para confundirle más, haciéndole ver la dicha de su corazón. ¿De dónde puede sacar una mujer sin educación, sin principios, sin conocimiento del mundo, criada en la soledad del campo, ese dón admirable de leer en el corazón del hombre, de ahondar allí, como con un escalpelo, hasta descubrir la fibra más sensible y herir ó acariciar hasta matarle?

Parralita y José Alonso entendíanse; yo estaba seguro; pero no creía que hubiesen tenido ocasión de hablar despacio y á solas; además, estaba yo equivocadísimo, ó ella negábase absolutamente á conceder aquella cita á solas al tenorio aceitunero.

Una tarde iba yo, á pie, al olivar donde trabajaba la gente; próximo ya, vi venir á *Parralita* con un cántaro á la cabeza; el cántaro al aire, sostenido por su asiento, nada más, sobre la airosa cabecita. No llevaba sombrero ni pañuelo. Detúvose al verme y se echó á reir. Pensé que el cántaro iba á caer, pero siguió en su sitio, moviéndose solamente para seguir, sin que yo me explicase como, las oscilaciones del cuerpo y la cabeza de *Parralita*.

No era *La Parralita* que encontré días antes tirada al pie de la adelfa; en su rostro advertíase una animación muy singular; sus bellos ojos negros habían perdido aquella expresión dura y hostil y aparecían, como sus labios, húmedos de vida y juventud; en los labios, sonrosados ahora, de un dibujo purísimo siempre, llevaba una matita de oliva.

—Oye, — la dije con dureza; — lo siento bastante, pero tendrá que ser al fin.

—¿Y qué tendrá que ser, mi amo? — preguntó sorprendida, con un ligero tonillo de burla que me confundió un poco.

—Que te vayas,—repuse irritado contra mí mismo, por mi confusión.

—¡Irme! — Y su sorpresa crecía. — ¡Pero si cambié de pensamiento, mi amo! ¿No se acuerda usted? Cambié de pensamiento y le dije que me quedaba.

—Te has quedado, sí, pero no me conviene lo que haces. Si no te vas, te echaré yo. Quedas enterada.

Creí confundirla con mis frases duras y el tono más duro aún con que las pronuncié, pero el confundido fuí yo cuando la vi hacer un gesto gracioso, á la par que decía mimosamente:

—Ni me abandona... ni me echa á mí nadie... Y usted mucho menos, mi amo.

—¡Te irás ó te echaré mil veces! — repuse indignadísimo.

—Ni me voy ni me echará usted, — respondió; y reía... reía. De pronto contuvo su risa y exclamó, con un gracioso mohín:

—¿A que no me echa usted?

Y arrojándome á los ojos la macita de oliva, que tenía entonces en la mano, se alejó sin volver la cara, canturreando una copla.

¿Por qué no la eché? ¿Qué influjo misterioso ejercía aquel diablo de hembra en los seres que la rodeaban? Quedé como petrificado, confieso que no era odio, ni repulsión, ni menosprecio lo que en aquel punto inspirábame. No pensé en su cuchillo ni en sus coqueterías, no pensé en



su transformación ni en sus palabras enigmáticas de algunas veces, es decir, sí pensé, pero como un recuerdo lejano, como si todo aquello hubiese ocurrido hacía ya tiempo y con otra persona que nada tuviera que ver con *Parralita*.

Aquella tarde fué de emociones: á los pocos pasos encontré á *Metrio*. No me extrañó. *Metrio* agonizaba; *Metrio* moría. Sentí un impulso de cólera. ¡Oh, mundo! La cólera que no despliegué, por falta de valor, contra *Parralita*, salió desbordándose contra *Metrio*.

—¿A dónde vas? — le pregunté con rabia.

No supo qué contestarme; se sintió aturdido, acobardado; no tenía costumbre de tales maneras en mí. No tuve compasión. Dios me perdone; me cegaba la ira.

—¡Contéstame! — repetí, — ¡contéstame! ¿Dónde vas? ¿O es que no soy nadie en mi casa? ¿O es que aquí se burlan todos del amo, y que todos los golpes han de ir á él?

Metrio estaba más blanco que su camisa; aquella actitud de su amo, que siempre en todas ocasiones le demostró preferencia, unido á las congojas que ya le consumían, fueron el colmo. No pudo contenerse; un ronco suspiro se escapó de su pecho y se sentó, sin fuerzas, sobre un pedrusco.

—¡Levántate y mírame! — grité furioso; pero sintiendo ya secreta consternación por haberle abrumado tan sin piedad.

Se levantó sumiso; un lagrimón enorme formábase en aquellos ojos negros, grandes, noblazos, de mirada inteligente y dulce como la de un niño; la lágrima rodó al fin y *Metrio* volvió la cara avergonzado, porque no le viesen llorar. Mi furor, al ver aquella lágrima, no tuvo límites.

Le cogí de un brazo violentamente y grité, cimbrándolo con toda mi fuerza:

—Pero ¿no ves, imbécil, que se burla de ti? ¿No ves que no es acreedora á tu cariño? ¿No ves que coquetea con todo el mundo y que da la preferencia á José Alonso, ese hombre antipático y repulsivo? ¿No comprendes que, después de su mancha, todo lo que hace es en contra suya, y que una mujer en su caso, si es buena, lo que tiene que hacer es morirse de sentimiento, por las dos cosas más grandes que podía perder? ¿Por su honor y por tu cariño?

Estuve para gritar, también, que la culpa de *Parralita* era más grande, por ser José Alonso precisamente el hombre que la sedujo. Me detuve aterrado; comprendí, de repente, el efecto que mis palabras le hubieran podido hacer.

Pero más todavía que la andanada que cayó sobre la cabeza del pobre *Metrio*, aturdíale y le volvía loco la idea de que era yo quien así le estaba hablando. El asombro le impedía hablar á él. ¿Cómo podía haberme yo enterado y con tanto detalle de aquella historia íntima de su alma y de su existencia?

Le dejé con su asombro y añadí como complemento:

—Mañana á la *Dehesilla*, ¿entiendes?

Hizo un ademán desesperado, como indicándome que obedecería. Lo mismo era ya para él una cosa que otra.

—¿A dónde ibas? — pregunté entonces más tranquilo.

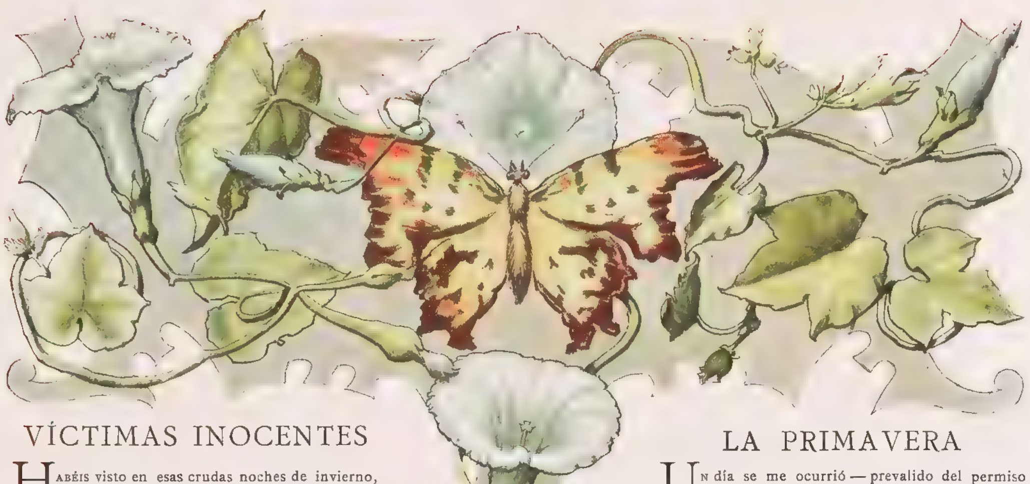
Guardó silencio, con la cabeza baja, y conocí su intención de volver á los olivares; seguí hablando, porque estaba seguro de que él no diría una palabra mientras continuasen mis preguntas sobre el mismo tema.

—Ibas siguiéndola ¿no es verdad? ¡Como si estuviese eso bien! Siguiéndola y pensando que quizás iba buscando á José Alonso. Estoy seguro: José Alonso tampoco estará en el sitio que le corresponde... ¿Es así como se cumple con un amo bueno, que paga con religiosidad y es amigo y protector de sus trabajadores?

—Perdone usted, mi amo, — dijo *Metrio* como enternecido, — no volveré á hacerlo; que me riñan por lo que quieran, pero no porque falte á mi trabajo.

(Continuará).

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.



VÍCTIMAS INOCENTES

Habéis visto en esas crudas noches de invierno, al retiraros á vuestro lecho, un niño arrinconado en el quicio de un portal, tiritando de frío y procurando en vano apartar de la lluvia sus menudos pies?

Aquella voz débil con que implora generoso apoyo, semejando el último gemido de una agonía cruel, ¿no ha inculcado en vuestro pensamiento dolorosas reflexiones? ¡Oh, sí; no hay alma tan despiadada que no se sienta estremecida de pena ante espectáculo tan sensible como por desgracia frecuente!

Aquel niño ha tenido padres como todos los demás seres; padres que han desaparecido de la tierra ó le han abandonado en medio del revuelto fango de la vida.

¡Qué amargas son las lágrimas que le arranca el frío de la noche! Ni aún tiene el pobre desvalido un trozo de lienzo con que secarlas.

¡La madre que le albergara en sus entrañas no le oprime sobre su seno para prestarle su calor!

Más de un transeunte, al contemplar su desnudez, siente helarse la sangre en sus venas, sube más el embozo de la capa y no se decide á sacar la mano para alargarle una moneda, temeroso de que la lluvia ó la nieve estropee su cutis ó atarace sus nervios.

Aquella es la perpétua cama del niño: un lodazal de barro por lecho y una piedra por cabecera; y tal es su dolor y tanto llora, que acaso la almohada llegará por fin á taladrarse.

Así pasa una noche, dos, un mes, años enteros, y solamente encuentra algún descanso cuando la benéfica policía, tal vez por compasión, le conduce á uno de esos lugares llamados Prevenciones, ó bien á la cárcel pública, de donde después es conducido de pareja en pareja por caminos y carreteras, cuyas piedras ensangrientan y deshacen los tiernos pies de aquella extenuada criatura.

—¡Madre! ¡Madre mía! — murmura de vez en cuando—¿por qué no vienes á ampararme?

Y su profundo martirio se hace más terrible cuando ve pasar á su lado una robusta campesina acariciando y besando otro niño parecido á él.

Todos estos detalles del desvalimiento se pierden en la indiferencia del egoísmo, y no perturban la paz de las familias encerradas en su caliente hogar, disfrutando los goces del amor y los beneficios que hasta los perros tienen derecho á compartir con el hombre.

Pero cuadro tal, abandono social tan punible, ¿ha de ser eterno? No hay razón alguna que lo disculpe, y en cambio, hay muchas que reclaman un pronto y eficaz remedio que arranque y salve tantas víctimas del abandono.

Llamar la atención sobre ello es nuestro firme propósito; no cejar un punto de requerir al Estado, padre de todos los ciudadanos, para que vuelva de una vez su mirada compasiva al niño desvalido y le ponga en vías de cruzar dignamente el áspero sendero de la vida, llena de sinsabores y abismos, es la misión que nos hemos impuesto.

Procuraremos, por cuantos medios estén á nuestro alcance, llegar al buen resultado de nuestro objeto, cumpliendo con el deber de hacer algo por la humanidad, *amparando al niño desvalido.*

† Luis VEGA-REY

LA PRIMAVERA

Un día se me ocurrió — prevalido del permiso superior de que disfrutaba de inquirir cuanto en gana me viniera — recorrer el Palacio de las Estaciones, que se levanta en una de las regiones más agradables del país de la Imaginación.

Satisfice mi curiosidad; pude contemplar de cerca las habitaciones lujosas y tapizadas de triple alfombra del Invierno. A mi sabor examiné los jardines maravillosos, cubiertos de flores y frutos, por los que pasea el Verano en un traje que nada tiene que envidiar á nuestro progenitor Adán, como no sea la hoja de parra. Me extasié buen rato ante las habitaciones coquetuelas del Otoño y trabé conversación con el propio interesado, conversación que quizá algún día revelaré en forma de verídica interview.

Iba á salir ya del Palacio de las Estaciones, satisfecho é instruído, en lo que cabe, cuando se me ocurrió preguntar á mi amable cicerone por la Primavera.

—No le he hecho pasar,—porque actualmente está la pobre muy atareada y temo que la estorbemos.

—¿En qué se ocupa esa señora?—pregunté asombrado.

—¿Olvida usted acaso que dentro de breves días ha de salir á escena?

—Es verdad; pero no quiero desaprovechar ocasión tan oportuna. Le ruego que me lleve á presencia de la Primavera.

Echamos á andar, y por el camino mi amable guía me dijo:

—Paréceme que se ha de arrepentir usted de su curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque ya sabe usted que analizando de cerca las cosas se pierden muchas ilusiones.

—¡Bah! ¿No he visto acaso mil veces los encantos de la Primavera? ¿Querrá usted hacerme creer que la realidad no superará á la ilusión?

Mi guía murmuró unas palabras que sin duda le sugería su mal humor y, de pronto, señalando una puerta, me dijo:

—Puede usted pasar; ahí está la Primavera.

Penetré en una habitación más perfumada que tienda de peluquero.

Sentada en un diván, con un pincelito en la mano izquierda y una borla de darse polvos en la derecha, estaba una viejecita, llena la cara de afeites y el cuerpo de alifafes.

—Dispense usted, señora,—dije, después de haberla examinado;—sin duda me equivoqué.

—¿Por quién pregunta?

—Deseaba ver á la señorita Primavera, y...

—Servidora de usted,—contestó la bruja.

Quedé de piedra. Ella, que vió mi asombro, soltó una carcajada, y dijo:

—¡Ya, ya comprendo! Pero imagine usted, hombre de Dios, que cuento ya muchos siglos de existencia, y que la juventud no dura eternamente. Como todas las cosas, estoy sujeta á cambios, y en mí, como en todo, la ilusión de los demás es lo que me presta encantos.

Y al decir esto sonrió y su sonrisa resultó horrible mueca de su boca desdentada.

No quise ver ni oir más. Y desde entonces miro con desconfianza los encantos de la Primavera.—***

EL PATRÓN DE ESPAÑA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Santiago y Juan, llamados por Jesucristo á la predicación del cristianismo, eleváronse bien pronto, de humildes pescadores de Galilea, á Santiago *Apóstol* y San Juan *Evangelista*.

Según la tradición, á la muerte de su divino Maestro embarcóse Santiago en el puerto de Joppe, viniendo á predicar el Evangelio á España, y especialmente á Galicia, donde nombró por obispos de Lugo y Orense á sus discípulos Capiton y Arcadio. De vuelta á Judea el tirano Herodes Agripa, á instigación de los judíos, le mandó degollar el año 44. Algunos de sus discípulos, conocedores de su grande amor á España, lograron traer su cuerpo á la Península, depositándolo en Compostela, en cuyo lugar le descubrieron el obispo Teodomiro y el rey Don Alfonso el *Casto*, quienes se apresuraron á levantar, al pie de su sepulcro, la ciudad de Santiago, trasladando á ella la silla episcopal de Teodomiro, *Iria Fladia* (Padrón). Bien pronto se extendió su culto, pasando de Galicia á España y de España á Europa, por todo el orbe cristiano, y su sepulcro fué objeto de una peregrinación,—dice el señor Murguia,—que diariamente traía á Santiago y á España los conocimientos, las ideas, las pasiones y los ecos de aquella Europa que se estaba formando.

Ramiro I, al heredar el trono de Alfonso, tiene que luchar contra las conspiraciones de los condes palatinos Nepociano y Aldroito y del prócer de Asturias, Piniolo, á los que vence y castiga duramente; contra la invasión de los bárbaros, que logró derrotar, arrojándolos de Galicia; y contra el poder del rey moro Abderrahman, que era inmenso.

En tan grave situación, en una época en que la fe lo era todo, luchando con dos pueblos dos religiones, la cruz y la media luna, sin ejércitos para realizar la grande obra de la Reconquista era preciso hallar una fuerza, un poder, siquiera fuese sobrenatural, para combatir y vencer.

Pero ¿dónde encontrarle?

Según el arzobispo don Rodrigo, Ramiro I marchó con el ejército cristiano al encuentro de Abderrahman, hallándole en Albelda, cerca de Logroño, reforzado por los moros de España y Marruecos. Trabada la batalla, ésta fué desgraciada para los soldados cristianos y el Monarca se retiró á llorar su infortunio al vecino cerro de Clavijo. Aquella noche, y en medio del sueño, se le apareció el apóstol Santiago y le alentó para volver á la pelea al siguiente día, seguro de vencer, *pues él mismo* iba á combatir á la cabeza del ejército de la cruz. Atónito Ramiro, apenas amaneció comunicó lo que le había acontecido á los prelados, nobles y soldados y, locos todos de alegría, recibieron los Santos Sacramentos y comenzaron la batalla á los gritos de *¡Santiago! ¡Cierra España!*, costumbre que quedó desde aquel día al entrar en combate. Apenas comenzada la sangrienta lucha, aparece por los aires un arrogante guerrero, montado sobre un caballo blanco, que dirige la pelea, se bate delante de todos, y al golpe de su terrible espada hace caer por cientos y por miles á los africanos, que huyen despavoridos.

El eminente artista don José Casado pintó, para la Iglesia de San Francisco el Grande, aquel sublime instante, en el hermoso fresco que reproducimos, y que tantas y tan justas alabanzas le conquistó.

Por aquel triunfo, tan grande y completo como inesperado, el rey Don Ramiro otorgó el llamado *Voto de Santiago*, — tan combatido después, hasta el punto de que las Cortes de Cádiz de 1810 le abolieron, á petición de muchos pueblos y ciudades. — Voto según el cual España entera debía pagar, anualmente á la iglesia de Santiago, cierta medida de los primeros y mejores frutos de todas las cosechas; ofreció igualmente al Santo Apóstol una parte del botín que se cogiera en las expediciones contra los moros; y ordenó fuese contado como el primer soldado de caballería de los ejércitos cristianos.

Superstición ó política, — escribe el conde de Fabraquer, — el sueño de Ramiro debía ser uno de los principales elementos de la Reconquista, dando á nuestra patria muchos días de gloria.

Con efecto, á partir de este supremo instante Santiago, declarado patrón de España, sería el genio tutelar de la Península, y con su nombre por escudo y por bandera ganáronse las principales batallas contra la morisma. No volverá á aparecer en los aires, pero nuestros soldados lo llevarán en su mente y lo sentirán en su corazón. Invisible, ó visible irá siempre con los guerreros de la cruz, con ellos peleará y por él lograrán el triunfo.

El prodigio, la fuerza, el milagro que Ramiro buscaba se había realizado. ¿Alguno le aconsejó el relato del sueño y de la aparición? ¿Fué inspiración suya? ¿Se vió en efecto? Lo ignoramos. Lo indudable es que el Apóstol Santiago fué en adelante la espada que debía triunfar de los árabes invasores.

En Osma, luchará Santiago al lado de los Reyes de León y Navarra y del conde de Castilla, derrotando al feroz Almanzor la sola invocación de su glorioso nombre.

En las Navas, peleará junto á los Monarcas de Aragón, Castilla y Navarra, y al grito mágico de *¡Santiago y cierra España!* caerá vencido el emir Miramolin con sus poderosas y aguerridas huestes.

En el Salado, prestará el apoyo de su invencible espada á los Reyes de Castilla y Portugal contra los de Granada y Marruecos, á los que obligará á huir, cerrando para siempre á las tropas moras la entrada en la Península.

¡Cómo extrañar que á cada nuevo triunfo creciera la fe en el Apóstol Santiago!

Santiago, apellidado por el mismo Jesús el *hijo del trueno*, fué en nuestra patria el rayo de la guerra.

Podrá el Apóstol Santiago haber nacido en Galilea, mas España le tendrá siempre por su hijo predilecto, le proclamará su patrón, instituirá una Orden Militar en su honor, la Iglesia le ofrecerá sus sagrados cultos, el guerrero las inmortales palmas de la victoria, las artes los primores de la paleta y del cincel, los poetas las galas de su peregrino ingenio, el pueblo sus fervientes oraciones.



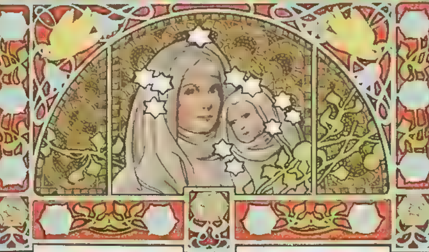
LA APARICIÓN DE SANTIAGO APÓSTOL EN LA BATALLA DE CLAVIJO

Y el nombre de Santiago se invocará, no sólo para lograr la independencia, sí que también gara reconquistar la libertad. Así, de igual manera que el gran capitán Gonzalo de Córdoba gritará contra los moros de Granada *¡Santiago y cierra España!*, Juan de Padilla gritará en los campos de Villalar *¡Santiago y libertad!*

Y es inútil que la crítica se empeñe en destruir el sueño de Ramiro, y en negar la batalla y el triunfo de Clavijo, porque, como dijo el inolvidable Castelar, la leyenda y la poesía son en muchas ocasiones más verdaderas que la historia.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS





CANTO CUARTO

El tiempo vuela rápido y en su veloz carrera
rastrojos de sus huellas extiende por doquier;
otoño, en triunfal carro, recorre la pradera,
se escuchan los lamentos del aura plañidera,
las hojas de los árboles empiezan á caer.

Agrúpanse las nubes, encréspanse los mares,
el ave busca el nido que á intento fabricó,
se van las golondrinas de nuevo á sus hogares,
se van las ilusiones, dejando los pesares;...
las golondrinas vuelven, ¡las ilusiones, no!

Al borde de un ribazo abrupto y pedregoso,
bajo la espesa copa de encina secular,
se acoge con sus hijos un padre cariñoso,
pidiéndole al ramaje les guarde del copioso
torrente que los cielos arrojan sin cesar.

Ajenos á las iras de nube pasajera,
buscaban en los campos tendidos á sus pies
la amante madreselva, la verde enredadera,
la tierna pasionaria, la célica palmera,
el álamo gigante y el fúnebre ciprés.

Cual vino la tormenta se corre avergonzada,
huyendo las miradas del astro celestial;
regresa presuroso el padre á su morada
y entrega de sus brazos la carga idolatrada
á la intranquila esposa que espera en el umbral.

Se mezclan las caricias; la madre inicia un beso
que á un tiempo los dos ángeles procuran recoger
y locos de alegría devuelven con exceso:
¡comunidad de goces, dulcísimo embeleso
que sólo á la familia le es dado conocer!

El iris que aparece, la tarde que declina
á aquel conjunto prestan un tinte seductor:
¡cuán plácida y serena la noche se avecina!
¡con cuánto regocijo se siente ó se adivina
que allí mora la dicha, que allí reina el amor!

No ya el amor volcánico de extenso y raudo vuelo,
sino el que paz y calma pidió á la soledad;
otoño laborioso, sembrando en fértil suelo
las flores que, cuidadas con amoroso celo,
perfumarán mañana su triste ancianidad.

Amor que de los años nutrido en la experiencia,
comprende cuán sublime, cuán santa es su misión,
y ve en el terso claro cristal de su conciencia
lo que es la deleznable y frágil existencia,
lo que es un desengaño, lo que las penas son.

Amor acrisolado, exento de egoísmo,
que forma con los hijos las gradas de su altar
y amante les enseña, juzgando por sí mismo,
en dónde hay un escollo, en dónde está el abismo,
la ley que seguir deben, los pasos que han de dar.

¡Dichosos habrán sido los que dejar merecen
detrás de sí quien pueda su nombre bendecir!
¡felices los que en muerte renacen y florecen!...
¡los míseros que, aislados, sin hijos encanecen,
ni viven, ni han vivido,... ni saben qué es vivir!

Orlado por Gaspar Camps.

Véase los números 105, 109, 112 y 115.



PRIMER PREMIO — Aleardo Villa (Milán). "AMOR".

Carteles premiados en el Concurso Universal realizado en Buenos Aires por don Manuel Malagrida, propietario y fabricante de la marca de cigarrillos Paris.

BELLAS ARTES

CONCURSO DE CARTELES DE LOS CIGARRILLOS «PARÍS»

Es curioso cómo el fabricante-propietario de la marca de cigarrillos «París», don Manuel Malagrida, ha llegado á interesar á la opinión europea con su famoso concurso. Porque hay que advertir que el señor Malagrida se halla materialmente imposibilitado de vender un solo cigarrillo fuera de la República Argentina, tantas son las trabas comerciales y arancelarias que se oponen á su expansión.

Por esto resulta más inexplicable su viaje de exposición por Europa, tan brillantemente iniciado por Barcelona, puesto que, á lo sumo, podrá adquirir justa fama de industrial de buen gusto, cosa que ya todo el mundo le concedía, sin necesidad de que ello le obligara á los cuantiosos gastos que su viaje ha de ocasionarle indefectiblemente.

SÉPTIMO PREMIO



Alvin Gaspary (Buenos Aires).

Nos explicamos, sin embargo, sus intenciones. Hay en su viaje algo de ese íntimo goce que da la realización perfecta de un proyecto; y no es extraño que busque en los países de aquende los mares la sanción de cuanto ha hecho en pró del arte universal.

Don Manuel Malagrida es un catalán que hace algunos años se estableció en Buenos Aires y, merced á su actividad y á sus innegables dotes de talento comercial, llegó á implantar la mejor fábrica de cigarrillos que existe en aquella República. Audaz y emprendedor, comprendió que la *réclame*, que no puede dar patente de buenos á los malos productos, es una gran palanca para mover la opinión, cuando se trata de popularizar productos legítimamente acreditados; y con afán de extender más y más su marca de cigarrillos «París», promovió su primer concurso de carteles entre los artistas del país, prometiendo seis premios que ascendían á la suma de tres mil pesos.

Ciento diez y ocho fueron los carteles remitidos á aquel certamen, cifra tan extraordinaria é inesperada, que obligó al propietario á doblar la suma destinada á premios.

El éxito de aquel primer concurso, que se celebró en el último mes del año 1900, animó al señor Malagrida á proyectar un concurso mayor, en el que pudieran tomar parte los artistas del Universo. Empresa que hubiera arredrado á otro espíritu menos emprendedor y que requería por otra parte un generoso desprendimiento, una verdadera fortuna arrojada á la curiosidad pública. Precisaba que la suma destinada á los primeros premios fuese bastante cuantiosa para que sirviera de cebo y acicate á buenas firmas, decidiéndolas á cruzar el mar en busca de premio proporcionado á sus sacrificios. Viajes, circulares, un número especial de propaganda con el título de «París», todo cuanto pueda intentar el enamorado de una empresa para asegurar su éxito lo intentó el señor Malagrida, gastando únicamente en preparativos un verdadero caudal. En cambio, vió coronados sus esfuerzos con el mayor éxito que registren los anales de la *affiche*. Los 118 carteles del ya numeroso concurso primero, se convirtieron en una avalancha de 555 en el segundo, cosa inaudita, aún en la misma Europa, donde por sus facilidades están esos concursos más á la orden del día.

Comprendemos perfectamente las dificultades con que debía tropezar el jurado en vista de los 31 proyectos premiados que son, sin duda, la *crême* de la exposición, y de las hermosas cualidades que adornan á los carteles merecedores de los tres primeros premios, de los que puede discutirse el orden de prelación entre sí, mas de ninguna manera la innegable superioridad de la terna sobre los restantes.

Es más, creemos merecido el primer lugar para el titulado *Amor*, del milanés Aleardo Villa, cuya belleza de líneas, cuyo harmonioso colorido, cuya corrección y cuya originalidad lo hicieron tomar por un auténtico Hohenstein. Ninguno, como éste, realiza el *símbolo* en su más genuina expresión.

Este afán de hallar el símbolo nos hace vacilar respecto de la prioridad del segundo sobre el tercero. En aquél no sabemos ver más que un cuadro de género, mientras que en éste vemos el tipo refinado de la parisién, algo que encarna en sí el título de los cigarrillos. Y si bien es cierto que el cartel de Leopoldo Metlicowitz, de Milán, tiene una corrección de dibujo y una harmonía de color que se resuelve en una gama gris-amarilla de insuperable buen gusto, no lo es menos que el de nuestro Ramón Casas le aventaja en brillantez de color y en arrebatadora belleza. Por lo demás, éstas son diferencias de criterio que dejan á salvo la imparcialidad del Jurado. No nos detendremos á enumerar los demás premios y accésits que realmente se distinguen por notabilísimos méritos. La novedad de las ideas y la habilidad técnica con que están ejecutados, generalmente, prueban la importancia que los mismos artistas dieron á este certamen, luchando de buena fe por vencer.

OCTAVO PREMIO



Charles Michel (Bruselas).

Pero sí hemos de llamar la atención sobre el éxito que el arte español obtuvo compartiendo con el italiano lo más abundante y mejor de los frutos. Torcuato Tasso, Manuel Mayol, José Sanz, Laureano Barrau, Javier José, Pedro Ribera, Fernando Alberti y Luis Palao se llevan con Ramón Casas nueve de los 31 premios concedidos.

PRIMER ACCÉSIT



Manuel Mayol (Buenos Aires).

Los artistas residentes en la Argentina han hecho muy buen papel, como lo hubieran hecho en Europa si hubiesen tomado parte en algún concurso. Esto pone de relieve la importancia que el arte adquiere en aquella República, que no tardará en poseer artistas propios de no común valor. Por de pronto, el cuarto premio lo ganó el argentino Pío Collivadino, que reside en Roma, honrando á su país natal con su talento.

La leyenda de «cosas de América» debe hoy entenderse, no como una monstruosidad en que entran por partes iguales el charlatanismo y la exageración. El señor Malagrida la ha reducido á términos tan intelectuales y artísticos, que su propia *réclame* resulta educativa para aquel país. De hoy más, ningún industrial que se estime podrá valerse de vulgares mamarrachos para anunciar sus productos y tendrá que asociarse al arte para hacer atractivos sus anuncios. En esto consiste el verdadero triunfo del señor Malagrida, á quien hemos de agradecer nos haya facilitado los 31 carteles originales con la autorización competente para reproducirlos en este número extraordinario del Album Salón.

Francisco CASANOVAS



Leopoldo Metlicowitz (Milán).

COMO SIEMPRE

La vi niña, la hablé siendo joven y la conocí por completo en la hora de la muerte.

Paseando por el Retiro, saltando con la cuerda, correteando con el aro, con el blondo cabello agitado por el viento, nimbo de oro rodeando su purísima frente; brillantes los azules ojos, diáfanos cristales donde se reflejaba el color del cielo, entreabiertos los labios, como rojo clavel partido en dos mitades, jadeante, sofocada, sonriente, así la vi muchas mañanas de primavera en aquel lugar, que yo solía escoger para repasar mis lecciones antes de entrar en el colegio de medicina.

Estudiaba entonces el primer año.

¡Cuántos han pasado desde entonces y cuánto he tenido que aprender, más que en la sala de autopsias del colegio, en el vasto anfiteatro del mundo!

Cada vez que Angela, que así se llamaba la niña, llegaba en sus locas carreras delante de mí, se detenía sorprendida al verme leyendo, y permanecía silenciosa hasta que le decía:

—Corre, monina, corre; juega, salta. No me molestas.

—¿Qué haces?—me preguntaba con esa encantadora franqueza de los niños.

—Estoy estudiando,—la contestaba.

—¿Tiene estampas ese libro?—decía empinándose sobre las puntas de sus diminutos pies para ver mejor.

—No, hija mía ¿y tú no estudias?

—Mamá no me deja.

Y se encogía de hombros al darme esta contestación y se alejaba haciendo rodar el aro de cascabeles.

ACCÉSIT



José Sanz y Arizmendi (Sevilla).

Durante toda la primavera la estuve encontrando diariamente

Después pasaron años, concluí la carrera, me hice doctor y, sin saber por qué, entre los pocos recuerdos que me quedaban de los primeros años, el de aquella niña no se podía borrar de mi memoria.

Precisamente, por la profesión que ejercía, y más por la especialidad en que había adquirido alguna celebridad, en mi clientela había mujeres de todas clases y condiciones.

—¡Cuántas miserias hube de conocer y de cuántas dolorosas historias fuí confidente!

En todas aquellas miserias y en todas estas historias siempre había una víctima y un verdugo.

La víctima era la mujer. El verdugo el hombre.

En el jardín del mundo, siempre que se encuentra una flor violentamente arrancada de su tallo y pisoteada en el fango del arroyo, puede asegurarse que el hombre la cortó, aspiró su aroma un instante y la arrojó al suelo con desdén, después.

De cien mujeres lanzadas al abismo de la desdicha, noventa fueron empujadas hasta el borde por el hombre.

. . . .

Una noche, me llamaron con urgencia para que fuese á visitar una enferma que estaba de mucho peligro.

Cerca de la mía, estaba la casa donde debía ir.

La camarera que vino á avisar esperaba para acompañarme.

Cuando llegamos á la casa, sorprendióme el lujo que resplandecía en ella.

Un caballero joven, buen mozo y elegante, salió á recibirme con la angustia y la zozobra retratadas en el rostro.

—Sálvela usted, doctor, sálvela usted,—me dijo tendiéndome la temblorosa mano y arrastrándome hacia la estancia de la enferma.

Tendida en suntuoso lecho yacía ésta; movimientos convulsivos la agitaban y de sus labios se exhalaban gemidos de dolor.

En el primer momento, no pude ver más que un bosque de cabellos rubios como el oro removiéndose sobre las almohadas.

Sin saber por qué, recordé aquella niña del Retiro á quien no había vuelto á ver.

—Angela,—dijo el caballero,—Angela mía, aquí está el doctor, ten ánimo, él te salvará.

ACCÉSIT



Laureano Barrau (Barcelona).

—Me muero. No hay remedio para mí,—murmuró la enferma á la par que se incorporaba, sin duda por efecto del dolor que sentía. Entonces pude verla perfectamente. Era ella; ya no podía dudar.

¡Y en qué situación la volvía á ver!

Me quedé aterrado.

Aquella mujer estaba envenenada.

¿Se trataba de un suicidio ó de un crimen?

—Ha sido una locura de Angela.—me dijo el caballero, al ver que fruncía el entrecejo al apreciar por los efectos la causa del mal.—Una verdadera locura, doctor; pero usted la salvará ¿no es cierto?

—Haré lo que pueda,—repuse lacónicamente.

Llegué á tiempo y pude salvarla.

Un día recordé á Angela el lugar donde la conocí niña.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y me contestó con un acento que no he podido olvidar:

—¡Ojalá pudiera volver á aquel tiempo! Desgraciadamente, el camino no se anda más que una sola vez y ya no puedo retroceder.

En estas palabras estaba encerrado todo un drama.

No quise averiguarlo. ¿Para qué?

Aquel caballero que con tanta angustia me rogaba que la salvase era el conde D...

Rico, galante, de apuesta figura, poseía todas las condiciones para seducir á una mujer.

Pirata de guante blanco, cada una de sus excursiones por el mar del mundo le proporcionaba una presa y de cada una de estas presas resultaba una víctima.

Una vez restablecida Angela, supe qne se había marchado á Italia con su seductor.

La hoja caída del árbol social iba arrebatada por el viento del destino. ¿Dónde se detendría?

. . . . . .

. . . . . .



ACCÉSIT



Alvin Gaspary (Buenos Aires).

Pasaron siete años.

Yo era médico de una de las salas del Hospital.

Una mañana, al hacer la visita, me dijo el practicante, que la noche anterior había entrado una pobre mujer, cuyo estado era desesperado.

—¿Qué número tiene?—pregunté.

—El número siete.

En el hospital desaparece la personalidad para convertirse en una cifra.

En ese inmenso depósito donde se hacinan los girones de la miseria humana y del vicio social, ¿qué falta hace un nombre?

La persona, al entrar allí, no es más que una cifra negativa en el libro mayor del mundo

ACCÉSIT



JAVIER GOSÉ (París).

y ya tiene suficiente con el número de la cama que ocupa.

Me aproximé al número siete.

En el primer momento, sólo pude distinguir un rostro blanco, muy blanco, con esa blancura amarillenta de los cadáveres, rodeado de un bosque de cabellos rubios que se escapaban de la gorra que mal encubría su cabeza.

Después... después lancé una exclamación de dolorosa sorpresa.

Era Angela, la niña del Retiro, la hermosa envenenada del palacio, la mísera hoja arrastrada por el viento de la deshonra que por fin había encontrado el lugar donde detenerse. El hospital.

Ella también me reconoció. Abrió los ojos, su mirada se cruzó con la mía y me tendió su enflaquecida mano.

Aquella mano ardía.

—Ahora sí que no puede usted salvarme, doctor— me dijo sonriendo tristemente.

La infeliz conocía su estado. La vida iba extinguiéndose rápidamente en aquel pobre cuerpo.

Entonces conocí su historia.

Lo de siempre. El conde D... la vió, la deseó, la obtuvo, y cuando ella le exigió el cumplimiento de su promesa, no fué atendida y en su desesperación trató de envenenarse.

—¿Por qué me salvó usted entonces?—me dijo con un acento que no he podido olvidar nunca.

El conde, arrepentido por el momento, la prometió cuanto quiso y se la llevó á Italia.

Allí la dejó abandonada. ¿Para qué le servía la flor cuyos pétalos purísimos él mismo había marchitado?

La pobre mujer, viéndose sola, en país extraño y falta de recursos, tuvo que vender su cuerpo para comer.

Después, siguió rodando aquella dolorosa escalera, peldaño por peldaño, dejando en cada uno un girón de honra y un átomo de su vida, como tantas otras que, nacidas para la virtud, son al cabo víctimas inocentes de la perversidad humana, que las arroja al lodazal del vicio.

Regresó á España; todos los suyos la desconocieron. Los ajenos, únicamente, la tomaron, hasta que llegó el día que éstos la rechazaron.

Entonces el hospital reclamó su presa y allí la encontré para asistir á sus últimos momentos.

¡Pobre Angela!

El día en que murió, un rayo de sol que entraba por la ventana de la sala envolvía su cabeza, dando tonos tan brillantes á su blonda cabellera, que semejaba un nimbo de oro rodeando el rostro de una mártir.

J. M. UBACH

ACCÉSIT



EUGÉNE VAVASSEUR Asniéres (París)

LAS TRES GRANDEZAS

Los salones de la Condesa iban despejándose. Había terminado la elegante *matinnée* con que obsequiaba los viernes á sus aristocráticos amigos. Casi todo el Madrid elegante y entonado desfilaba en estas tardes por delante de la ilustre *prócer*, cuyos blasones se remontaban á la época de la Reconquista. Aquellos nobles antepasados representaban para ella un timbre de honor que no hubiese cambiado por todo el oro de nuestro siglo positivista.

Las hazañas de aquellos esforzados caballeros que habían defendido con su sangre, primero la patria y más tarde la Religión, en las famosas guerras de las Cruzadas, le inspiraban una especie de culto...! Era pues una *Grande*, en toda la extensión de la palabra.

En sus soberbios salones se respiraba aquel ambiente que siglos atrás hizo de los españoles los héroes caballerescos con tanta gala descritos por trovadores y novelistas.

El mobiliario era regio y severo como las costumbres de la noble dama que, aunque toleraba el modernismo, no entraba en ninguna de sus manifestaciones. Respetaba las corrientes de la época; pero no se amoldaba á ellas.

Terminada la fiesta, se quedaban siempre á discurrir y charlar con aquella digna representante de la verdadera nobleza, el grupo de sus predilectos, compuesto en su mayor parte de hombres y mujeres notables por su talento ó por sus virtudes. Esta última parte de la fiesta, era para la Condesa la más amena.

Había escuchado indiferente las adulaciones de los que, cual se derrama el incienso en los templos, las arrojan á puñados ante el altar de los poderosos, esperando por ese medio participar de las gracias del poder. Miraba con desdén aquella turba de hombres y mujeres más ó menos jóvenes y bellos, que delirantes se entregaban al baile para murmurarse al oído lo que no podían decirse en la conversación sosegada ó lucir trajes, joyas y condecoraciones con más aparato y esplendor.

Las murmuraciones, mejor ó peor revestidas ó disfrazadas por la educación, tampoco la atraían. ¡Por eso, cuando desaparecía la máscara social con sus groserías entonadas, la *Grande* de verdad, reinaba en su propia corte; la de la grandeza del espíritu.

Los íntimos de la Condesa sentían por ella una especie de veneración; amaban y respetaban á la noble cual merecía. La conversación versaba casi siempre sobre puntos interesantes para la resolución del problema social, y todos admiraban en la Condesa, no sólo el talento, sino sus generosos ideales.

Uno de los más notables del grupo, sociólogo notable, discutía con calor la necesidad de poner pronto remedio á la lucha entablada tantos siglos ha, entre el noble y el plebeyo, el pobre y el rico.

¡Según su entender, era preciso dar mayor importancia á la dignidad humana! Había que acabar de una vez con repugnantes privilegios que conservan todavía la esclavitud, á pesar de estar abolida por las leyes.

Una señora respetable y poco devota del sociólogo no pudo menos de tomar el asunto en serio. Su marido se había enriquecido en breve tiempo con su trabajo, según ella aseguraba, y por sus méritos le habían dado un título nobiliario, que ostentaba con todo el aparato necesario para que no pasase desapercibido.

— Me parece — dijo algo molestada — que á pesar de la opinión de nuestro contertulio, no existen ya desheredados, y que esos que tanto vociferan, gozan de todos los derechos, puesto que la ley los admite en concurrencia, pudiendo por tanto llegar á ser ricos y señores.

— No quiero contradecir á mi buena amiga — contestó el sociólogo; —pero no puedo menos de decirle que, si medita bien, comprenderá que esa igualdad es sólo aparente, porque, estrechado por la peor de todas las esclavitudes, la esclavitud del hambre, el pobre es siempre vencido.

Todos escuchaban atentos á los dos paladines sin atreverse á contradecir á ninguno. La situación se agravaba y el asunto había tomado aquella noche mal giro. Sólo el talento y discreción de la Condesa podrían unir aquellos dos polos.

ACCÉSIT



V. P. TAPIN (Buenos Aires).

TERCER PREMIO



Ramón Casas (Barcelona).



Pio Collivadino (Argentino). Roma.

ACCÉSIT SEGUNDO



P. Téra (Buenos Aires).

—Propongo un arbitraje—dijo un abogado ilustradísimo y gran admirador de la Condesa.

—Aceptado—contestaron los dos contrincantes,—la Condesa será el amigable componedor á cuyo fallo nos sometemos.

Todos asintieron, y la Condesa no tuvo más que aceptar.

—Supongo, amigos míos—dijo—que mi opinión no molestará á ninguno de ustedes y en esa confianza me atrevo á exponerla. Como representante de la nobleza opino que la cuestión debatida tiene soberbia solución. El noble, no lo es sólo por un legado de sus mayores, sino por la nobleza de su alma, la cual le manda amar y respetar á todos los hombres, que son sus hermanos. Como rica,—continuó—acepto el Evangelio, que sólo nos reconoce como administradores de los bienes que Dios quiere repartir entre sus hijos. Como sér racional, creo que sólo la virtud y el talento merecen respeto. Cumpla el mimado por la fortuna su noble misión, amando, respetando y ayudando al desvalido; aleje éste de su mente las ideas de utópica igualdad contrarias á la naturaleza que, en la diversidad de objetos que la componen, no ha formado dos iguales, sin que esta desigualdad implique menosprecio hacia ninguno, puesto que todos son necesarios para la armonía del conjunto. El día en que esto se realice, amigos míos, la cuestión habrá quedado resuelta por el convencimiento general de que la sociedad es una cadena cuyos eslabones son las llamadas clases sociales que no pueden vivir separadas, como no pueden separarse la cabeza del tronco para sostener la vida. Ese día, repito, habremos llegado á la perfección posible dentro de la humana imperfección, porque habrán desaparecido el egoísmo y el error, fuentes de toda humana desdicha; y brillarán la caridad y la inteligencia, cuyo reinado es el de Dios, que nos dió esta última como un destello de sus perfecciones, y nos impuso aquélla como su propio amor.

ACCÉSIT SEGUNDO



Manuel Mayol (Buenos Aires).

Todos los concurrentes quedaron admirados. Los enemigos se reconciliaron y aquella íntima asamblea terminó declarando que la Condesa era *Grande* entre las *Grandes*, puesto que en ella se encontraban unidas las tres *Grandezas humanas:* la del *alma*, la del *talento* y la de la *cuna*.

Dolores GONZALO MORÓN

LOS TRES SEXOS

Para hacer un hospital,
un alcalde, hombre muy recto,
comisionó á un arquitecto
de renombre universal.
Y por ahorrar dilaciones,
en bien del mejor servicio,
del benéfico edificio
le explicó las condiciones.
Y añadió:—No ha de olvidar
que aislados, como es de ene,
este santo asilo tiene
los tres sexos que albergar.
—¿Tres sexos? ¡Rayos y truenos!—
dijo airado el constructor;
y el alcalde:—Sí, señor;
tres sexos, ni más ni menos.
Su extrañeza es natural,
porque no ha echado de ver
que este hospital ha de ser
un hospital general.
Y, marchando viento en popa,
dará albergue en su mansión
á los tres sexos, que son:
hombres, mujeres y tropa.

Carlos CANO

ACCÉSIT SEGUNDO



Francisco Benesch Lomas de Zamora (B. A.)

AMOROSA

Más blancos que la nieve inmaculada,
esmaltando la yerba de un jardín,
una rosa y un lirio se mecían
al soplo blando del lluvioso Abril;
de encarnado el pudor pintó la rosa
cuando una tarde la besaste tú,
y de celos el lirio que lo viera,
tornóse azul.

Melchor DE PALAU

TRANSMIGRACIÓN

Sobre su labio superior Mercedes
de tafetán llevaba un parchecito,
tan mono, tan pulido, tan bonito,
que tentaba á besarlo. Oigan ustedes.
Era en el tren la escena,
y de la bella al lado,
un joven de bigote ensortijado
y que á rosas olía y á verbena,
hallábase sentado.
De pronto, un túnel en la férrea vía
pasamos... y de nuevo
al ver la luz del día,
desparecido el parchecito había...
¡Miento! Estaba en los labios del mancebo.

Ricardo PALMA

ACCÉSIT SEGUNDO



Belmiro de Almeida (Rio de Janeiro).

SEGUNDO ACCÉSIT

282

Hermann Pfeiffer Budapesth (Hungría).

ENSEÑAR AL QUE NO SABE

Miren ustedes que se necesita habilidad, y más que habilidad, mérito, y más que mérito, virtud, para conseguir — en los tiempos que corremos de liberalotes empedernidos y escépticos, — todo un perfecto ejemplar de cura de misa y olla, sér respetado, querido y hasta convertido en consultor general de jóvenes y viejos, mozas y ancianas, en un pueblo semisalvaje de lo más intrincado de la sierra de Guadarrama, al que en esta relación conoceremos por Villabrutanda de Arriba.

Pues, sí señores; esa suerte le había tocado, en medio de su desgracia, de caer de pastor de almas en aquel lugarejo, donde las mujeres no conocían más perifollos que el refajo amarillo y el pañuelo de yerbas, y los hombres el pavero de fieltro que parece lija y la capa parduzca de paño como tabla y hechura pluvial, al padre Anselmo, el hombre más bueno que come pan y que quizás, por esto mismo, el veterinario del lugarejo vecino á Villabrutanda de Arriba, ó de Villabrutanda de Abajo, cuando se deshacía en elogios para su amigo, coronaba el ramillete de los tales con esta gráfica expresión:

—Es un *cacho é rosca*.

Salvando lo que de irreverente tiene, el veterinario no andaba muy desacertado al elegir tal calificativo, particularmente si se tiene en cuenta que, en las dos Villabrutadas, el pan que de ordinario se comía era, y sigue siendo, de centeno y que una rosca madrileña no era saboreada por las villabrutandeses más que cuando repicaban gordo ó recorría el distrito el diputado á Cortes por el mismo.

Arbitro en todas las cuestiones, juez en todos los litigios, fiscal cuidadoso de las costumbres, maestro voluntario de chicos y grandes, el Padre Anselmo vivía allí como el pez... zambullido de repente en una pecera de agua estancada y mal oliente. Pero su conformidad era tan grande como sus virtudes, aunque en honor de la justicia y la verdad, su resignación era mayor que sus talentos. Y no porque no tuviera el Padre Anselmo sus luces naturales; nada de eso, que en ocasiones difíciles supo demostrarlas, sino porque al infeliz no le había sido posible acaparar más savia científica y teológica que la puramente indispensable para ejercer su ministerio pronunciando unos cuantos latinejos con conocimiento de su significado.

SEGUNDO ACCÉSIT



Gatchino (San Petersburgo).

El pobre cura se desvivía por hacer á sus feligreses todo el bien que en su mano estaba; enseñaba á los chicuelos la doctrina, preparaba á las muchachas para hacer la primera comunión, aconsejaba á los mozos y mozas cuando observaba que su conducta era poco conforme con los fueros de la moral, y los instruía cuando habían de contraer matrimonio. Por nada del mundo hubiera consentido en dar un mal ejemplo, un consejo de dudosa intención ó una riña sin fundamento. Era un buenazo en toda la extensión de la palabra, y en tal concepto, no sólo le tenía el pueblo en masa, sino que hasta se tenía él mismo, permitiéndose como goce supremo en el mundo esta inocente vanidad. Quiero decir con esto, que no sólo le manaba la bondad del fondo del corazón, sino que la cultivaba con el mismo anhelo y coquetería con que una muchacha de quince abriles puede cultivar, para que no se marchiten, las rosas de sus mejillas.

SEGUNDO ACCÉSIT



J. Simont Guillen (París).

No teniendo otro defecto, si defecto puede constituir el practicar al pie de la letra el aforismo célebre «conócete á ti mismo», bien se le podía tolerar, por las consecuencias beneficiosas que al fin y á la postre colocaban á Villabrutanda bajo el protectorado de un hombre honrado, íntegro, inflexible y bondadoso.

Puedo dar del Padre Anselmo los informes que acabo de reseñar, porque tuve ocasión de tratarle cierto día, y después de aquél, otros, y de convencerme de que no pecaban de exagerados los que se habían hecho lenguas de lo que era y valía moralmente el Padre Anselmo, de quien yo quisiera haber dado á los lectores un retrato cabal, con el esbozo que de él he trazado, antes de decirles que hace unos cuantos días, en que me marché de caza por los andurriales de Villabrutanda y pasé á saludar al bueno del Padre, le hallé, —contra costumbre, naturalmente, y por lo mismo extrañándome más, — todo sulfurado, con aspecto de apoplético, renegando de su caletre y hasta de su bondad.

¿Qué podía haber ocurrido?

Confieso que me alarmó aquel cambio tan brusco é inopinado en persona tan sesuda é inalterable, y después de procurar, lográndolo por fortuna, calmarle los nervios, que parecía se le habían puesto de punta, el pobre sacerdote me dijo:

— Dispénseme usted, amigo mío; pero al pensar que por mi falta de mundo ó sobra de bondades, me sucede lo que me sucede, me daría de calabazadas contra las paredes de este cuarto.

—Pero ¿qué ha sido ello? — le repliqué.

— Comprendo que la ira es un pecado, — contestó —y si es ira lo que siento en estos momentos, me debe ser perdonada por Dios y por usted, porque no va diri-

SEGUNDO ACCÉSIT



Wladimir Zupanski Prague (Austria).

QUINTO PREMIO

359



Aleardo Villa (Milán).

SEGUNDOS ACCÉSITS



Pedro Ribera (París).



Giovanni Carpanetto (Turín).



Fernando Alberti (Madrid).



Max Hubener (París).

DE BUENA RAZA

No lo dude, mi querido conde,—concluyó Luisa Carvajal, sonriendo con picante intención.—en sociedad nos burlamos mútuamente y, merced á este perpétuo engaño, vivimos siempre con la preocupación de *bordar* ¿no lo dicen así los críticos teatrales? nuestros papeles respectivos.

—Así, pues, usted, amiga mía, nos engaña.

—Y engaña usted y engañamos todos, conde, pues pretendemos ocultar nuestros defectos y poner de relieve nuestras buenas cualidades; queremos siempre que nos juzguen mejores que lo que somos, y sólo mostramos la parte iluminada; la otra queda entre sombras.

—Sin embargo, hay existencias luminosas...

—¡Qué raras, amigo mío!

—La de usted, sin ir más lejos, Luisa, á pesar de ese misterioso nimbo que rodea su pasado y que da origen á tantas leyendas; viéndola á usted se comprende que, desde luego, pertenece usted á una raza superior, á esa parte selecta de la sociedad, á la que por derecho de nacimiento pertenecemos.

—Se equivoca usted pensando que la cultura exquisita, elevación moral y hermosura física, son patrimonio de una clase; con energía y perseverancia se alcanza todo, hasta lo más difícil, y para lograrlo no crea usted que es necesario haber nacido selecto, como usted dice. Yo soy una prueba evidente de mi teoría.

—¿Usted?

—Yo, sí, que he logrado con esa leyenda misteriosa á que usted se refería, que usted y otros como usted estén dispuestos á sostener á capa y á espada que soy una princesa de rancio y purísimo abolengo.

—Es usted tan hermosa como original, querida amiga, pero no me convence usted. Por mi parte no podré creer nunca que su distinción, su naturalidad y su *esprit* sean dones adquiridos.

—Pues se equivoca usted lamentablemente, conde; toda esa naturalidad, distinción y espiritualidad que cortesmente acumula sobre mí, no serían, caso de poseerlas, más que un triunfo de mi voluntad.

—Será como usted dice, mi bella amiga, pero toda esa filosofía encantadora, como suya, no consigue convencerme. Precisamente, usted misma me ofrece armas para combatirla y mantener mi creencia.

—Querido *selecto*,—contestó sonriendo Luisa.—Es usted muy tenaz; veamos esas armas.

—Me las sugiere su talento y su ingenio que, en general, salvo muy contadas excepciones, sólo poseen las personas que han nacido y vivido en un ambiente favorable al desarrollo de aquellas cualidades...

—No prosiga usted; está usted hoy muy desgraciado, amigo mío; niego, pero en absoluto, que para tener ese talento y esa exquisita finura de espíritu de que hablamos, sea preciso el ambiente á que usted alude... Nacemos todos con nuestra parte de inteligencia; á unos se les desarrolla, á otros se les atrofia; los primeros ocupan el sitio que conquistan en el escenario social, los otros viven y mueren siendo parias, víctimas de su falta de voluntad, de la negación de su energía. Así, pues, verá usted familias, muchas por cierto, en que algunos de sus individuos representan preeminentes papeles en nuestro teatro, mientras otros de su misma sangre, viven miserablemente, como miserables que son...

—¡Imposible! querida Luisa, no puedo comprender que la misma sangre dé origen á seres antagónicos y á cualidades negativas.

—Pues yo lo sostengo.

—Confiese usted amiga mía, que su argumentación, es por lo menos exagerada.

—Con que, exagerada, ¿verdad conde?—repuso Luisa, impaciente y deletreando sus frases con una ironía que llamó la atención del aristócrata.

En aquel momento, nuestros interlocutores observaron que el acto que presenciaban desde un palco, había terminado, percibiéndose el confuso rumor de los espectadores al abandonar sus localidades. Luisa Carvajal, la enigmática hermosura de moda en los círculos aristocráticos, levantóse también y acompañada por el conde de Casares se dirigió al vestíbulo, sonriendo nerviosamente:

—¿Habrá venido su carruaje, Luisa?

—Creo que no, pues di orden para que me viniesen á buscar más tarde;... pero como no es cuerdo esperarlo aquí, sea usted galante y acompáñeme á buscar uno de alquiler.

—Como usted guste.

Por la espaciosa plazoleta pasaban algunos vehículos de alquiler con sus cocheros gesticulando, visible el *alquila* y restallando sus látigos sobre los míseros lomos de sus cansados jamelgos.

Luisa Carvajal los examinaba con curiosa atención, como si esperase descubrir algún rostro conocido.

—¿Qué hacemos?...—interrogó el conde.

—Espere usted; quería ofrecer á usted una prueba...

—¿De qué?

—De lo que antes hablábamos...

De pronto avanzó un coche, cuyo conductor, de abrutado semblante congestionado por el abuso del alcohol, volvió el rostro al pasar frente á la aristocrática pareja, murmugeando con avinado acento:

—¡Hola, Luisa!

—¡Adiós, Juan!... Para, hombre...

Y volviéndose al conde estupefacto, agregó Luisa sonriendo:

—¿Sube usted?

—¿Pero quién es este hombre?—preguntó el de Casares.

—Mi hermano, señor conde...

Enrique BAYONA

SEGUNDOS ACCÉSITS



Ettore Bigliardi (Milán).



Francisco Benesch (Bs. Aires).



Luis Palao (Madrid).



Arthur Foache (París).



A. Vaccari y T. Tasso (Buenos Aires).



Cuadro de A. Torres Fuster.

BELLAS ARTES

El campo del Arte está abierto á todas las especialidades. Hay artistas que se dedican constantemente á una misma nota, que llegan á tratar magistralmente, y con ella adquieren merecida reputación. Serían innumerables los ejemplos que podríamos citar de ese *caso*, y no sería de las menos favorecidas nuestra ciudad, que cuenta con egregias especialidades pictóricas.

Sin querer decir que Antonio Torres deba ser considerado en absoluto como un especialista, precisa convenir en que pocos son los que han cultivado con tanto éxito y con tan indiscutible idoneidad la *cabeza de mujer*. Su gusto personal, la galanura de su pincel se prestan admirablemente á esa *especialidad*, que tiene la inapreciable ventaja de ser siempre bien quista por el público, poco aficionado á disquisiciones artístico-filosóficas.

Antonio Torres sabe *condimentar la cabeza de mujer* en todas las formas y aspecto de la idealidad más refinada. Tiene la habilidad de embellecer lo bello, y por esto sus mujeres son verdaderos trasuntos de la gracia femenina. Nos remitimos á la que reproducimos en la fachada de de este número, en la que el lector verá recopiladas todas nuestras elucubraciones, sin que sea necesario añadir ni una palabra más.

Y pasemos á la doble página central, sitio de honor que honra Tomás Moragas con uno de los cuadros más perfectos que haya producido su pincel.

El nombre de Tomás Moragas va estrechamente unido al renacimiento de la pintura catalana. Desde su *Miguel Angel velando el cadáver de su hija* hasta este *Canto de amor*, han transcurrido treinta años de historia artística, en los que Moragas ha luchado constantemente en primera fila, siempre dispuesto á predicar con el ejemplo el amor al Arte, que en él ha constituído una especie de obsesión.

Hijo de su tiempo, compañero de Fortuny y del núcleo de artistas de todas procedencias que tan acentuada y característica corriente dieron al Arte europeo, ha conservado á través de las nuevas tendencias su típica personalidad; siempre aficionado á los orientalismos que tanto han privado en su tiempo, y manteniendo siempre su culto por el cuadrito de género, pacientemente miniaturado y enriquecido por las galas de un pincel pulcro y cuidadoso.

Y, sin embargo, su cultura es tan completa y generosa que halla motivos de admiración en todas aquellas obras que, militando en opuesto campo, representen afirmaciones conscientes de un Arte no por nuevo menos sincero. Por esto, y por su acrisolada modestia, son amigos suyos cuantos le conocen; y todos están contestes en afirmar que es Moragas un maestro que hace sentir á sus discípulos la menor cantidad posible de influencia personal, encaminándoles más bien, según sus disposiciones, á tendencias marcadamente hostiles á la suya propia. Y este es, en suma, el mayor servicio directo que ha prestado al Arte de Cataluña.

El trovador del *Canto de amor* que publicamos, es un compendio de las cualidades de la escuela á que pertenece el artista. Correctamente dibujado, colorido con aquella admirable precisión que tiende á dar calidad á todos los objetos, diferenciando los procedimientos; con un fondo de rica arquitectura inspirada de nuestro patio de la Audiencia; justo, atildado, elegante, es el prototipo del cuadro de caballete.

Uno de la orquesta se titula la nota de color que aparece en la página final, debida al pincel del joven artista Julio Borrell, que varias veces en esta sección ha sido objeto de nuestros elogios y cuya personalidad requiere ser juzgada en obras de mayor importancia que la presente.

Francisco CASANOVAS

AMOR CRIMINAL

Si el amor puro y desinteresado produce el bienestar en los inefables goces de la familia, no es menos cierto que las pasiones violentas y mal contenidas llevan en sí el gérmen de desdichas y desventuras.

En una población de Extremadura, residía en amoroso conjunto un matrimonio con el suficiente capital para que los hijos pudieran ser perfectamente educados, y educados hasta con lujo, como vulgarmente se dice. De estos dos hijos, la segunda del matrimonio llamábase Laura, y era hermosa como el sueño de un poeta.

Su cabello se parecía á las madejas del sol; los ojos rasgados y expresivos, eran de un purísimo azul de cielo, y el rostro y los labios de aquella belleza, tan grande como la de la más adorable sultana, competían con la nieve y el coral. Era lo que se llama una soberbia hermosura.

Pero, bajo aquel primoroso manto de perfecciones, latía un corazón ardiente y poderoso como la lava de los volcanes.

El exceso de amor paternal le había hecho dueña por completo de sus acciones, y puede decirse que sólo en ella se reconcentraban todos los goces del hogar doméstico.

Federico, su hermano, casi constantemente alejado de la casa paterna en su calidad de militar, oficial pundonoroso y valiente, era modelo de caballerosidad, y aunque ausente, no podía considerarse dolorosa esta separación, pues su correspondencia no interrumpida era causa de que se le creyese al lado de la familia.

Aquellos padres eran por tanta dicha, que completaban sus virtudes, envidia de todos los matrimonios de la ciudad.

Pero ¡ay! que jamás ha existido en este valle de lágrimas felicidad completa y duradera.

En el diáfano cielo de aquel hogar no tardaron mucho en aparecer negras nubes que en breve espacio habían de aglomerarse en terrible tempestad sobre tan venturosos y descuidados seres.

Por premio á sus méritos fué Federico ascendido, dando con tal noticia en una carta á sus padres la mayor de las alegrías, al ver colmada en su hijo toda la ternura de su amor.

Con tal motivo, Federico, en uso de licencia, llegó á visitar á sus padres en compañía de su predilecto amigo Alfredo, también militar, aunque de mayor graduación, y destinado casualmente á recoger los reclutas que había en depósito en el punto en donde residía la familia de Federico.

¡Qué de caricias, qué de abrazos, qué de prodigalidades de cariño al hijo y al amigo!

Sobre todo, éste fué desde luego el objeto preferente de la atención de Laura. Verle y sentir la hermosa joven dentro de su pecho el fuego voraz de la llama del amor, fué obra de un instante. En el jardín, en el paseo, en la mesa, los ojos de aquella mujer no separaban su ardiente mirada del rostro de Alfredo.

No se ocultó al joven militar el objeto de tales demostraciones, pero, ruboroso más que excitado, procuraba disimular.

Como todos, se asombraba de la arrebatadora hermosura de Laura, pero su corazón pertenecía ya á otra mujer que, aunque no tan bella, había logrado aprisionarle en las redes de una pasión casta y circunspecta. En suma: estaba comprometido por palabra formal de casamiento con su prima Margarita, joven virtuosa y modesta, que allá en humilde aldea esperaba el plazo en que había de verificar su boda.

Deseando poner término á las asechanzas de los ojos de Laura, reveló á la familia de ésta lo que queda relatado, manifestando á la vez su deseo de pasar algunos días al lado de sus padres y Margarita, que vivían en el mismo pueblo, pero Laura, al conocer esta determinación, en lugar de poner veto á su creciente amor, se propuso arrebatar el afecto de Alfredo á su desconocida rival.

Su ardiente é indiscreta voluntad, no reprimida por sus padres, se impuso á todos los miramientos sociales, sabiendo encontrar muy pronto ocasión de revelar abiertamente á Alfredo aquella imperiosa pasión que tantos disgustos había de producir.

Alfredo, como pundonoroso caballero, no dijo una sola palabra de tal lance, pero decidió desde luego dejar aquella casa y precipitar su unión con Margarita.

Partieron por fin los jóvenes militares á su destino y quedó Laura indignada y presa de oculta desesperación; jurando en secreto ser esposa de Alfredo ó vengarse de sus desvíos.

. . . .

En seis meses, el aspecto de aquella tranquila morada varió por completo. Malos negocios y azares de la suerte dejaron casi arruinados á aquellos desdichados padres, y entonces Laura, persiguiendo con tesón su ideal, les propuso, para serles menos gravosa, trasladarse al lado de su hermano, el cual, consultado, aceptó gustoso el pensamiento.

Nunca el mal viene solo. Cuando aún no hacía un mes que Laura se había unido á su hermano, una traidora pulmonía arrebató á éste del mundo de los vivientes, y, por natural resultado de la fatalidad, Alfredo recibió de los labios del moribundo el encargo de velar por su hermana y conducirla al lado de sus padres.

Después, Satanás procuróse el medio de penetrar en el corazón del joven, y se consumó la obra del demonio.

Una infeliz criatura fué la víctima primera de aquella desdichada pasión, porque, después de ser padre, Alfredo, engañando á Laura con el pretexto de ir á otro punto, corrió á cumplir la palabra empeñada, efectuando su enlace con Margarita.

. . . .

¿Qué fué de aquella alucinada amante?

¿Creéis que corrió arrepentida á implorar su perdón en la casa paterna? No: avergonzada, herida en lo más profundo de su sér y sin olvidar un instante al hombre origen de sus desgracias, al que consideró siempre perdido para ella; tomó una resolución extrema. Pobre, sin más bienes que su hermosura, dejando encomendada su inocente hija á brazos mercenarios, pasó el mar, y á los pocos años moría en el hospital de una hermosa ciudad de la gran Antilla, entre los horribles martirios del remordimiento y la enfermedad contraída en los excesos de una vida de crápula y vicios de todos géneros, después de escribir á Alfredo una carta en la que le rogaba buscara y amparase á su hija, educándola en las severas máximas de un padre bondadoso, «ya que yo,—decía—por estar entregada á mi voluntad y capricho, no he tenido ni aún el respeto del deber que me imponía pedir perdón á mis ancianos padres».

Buscó Alfredo á los padres de Laura, que ya habían muerto de vergüenza y dolor por tan inmensas desgracias, y buscó y no encontró, á las personas encargadas por Laura del cuidado de su hija, á la que aún busca en vano, presa de horrorosos remordimientos.

¡Ah, lectores! ¡á lo que conduce la excesiva bondad y mal entendido cariño de los padres!

¡Una mujer perdida para el bien, y una niña abandonada, y quién sabe si también más tarde víctima de ese abandono!

† Luis VEGA-REY



Fot. de J. Martí.

EXCMO. SR. D. FRANCISCO MANZANO Y ALFARO

GOBERNADOR CIVIL DE BARCELONA

La semblanza de este dignísimo funcionario, puede resumirse en cuatro palabras: es un político honrado. Con esto, está dicho todo, y no es poco, atendiendo á que, en los tiempos que corren, difícilmente se encuentran hombres á quienes se deba, en justicia, aplicar el mismo dictado.

El señor Manzano, antes que político liberal, obligado á transigir con ciertas tolerancias que lleva consigo el partido en que milita, ha sido un gobernante recto y severo, un político moralizador, á quien no han asustado amenazas, que ha sabido mantener con integridad sus propósitos. Dígalo Barcelona, convertida en inmensa Corte de los Milagros, bajo el mando de otros gobernadores, cambiada en la actualidad en una capital culta y civilizada donde no tienen asiento las gentes de mal vivir; saneada en lo posible de vicios y malas costumbres, que son la lepra de las capitales populosas.

Mucho y muy bueno podría decirse de las mejoras que el señor Manzano ha introducido en los servicios, desde que está al frente del gobierno civil de Barcelona; pero no entra en la índole de esta Revista tratar ciertos asuntos de que siempre hemos permanecido alejados.

Don Francisco Manzano y Alfaro, nació el año 54 en la hermosa Granada; allí estudió la carrera de Derecho, obteniendo el grado de licenciado á los 19 años. Dos años después se doctoró y, amante del estudio, se matriculó en Filosofía y Letras, graduándose de licenciado en 1880.

Comenzó entonces su carrera política, que no ha podido ser más rápida ni más brillante.

Fué elegido diputado provincial por Granada en 1881, y en Febrero del mismo año, una Real Orden le nombró vocal del antiguo consejo provincial. Resultó elegido por segunda vez diputado provincial en 1883.

Nombrado secretario de la Academia de Jurisprudencia de Granada, ejerció de abogado en el colegio de aquella capital, al que está adscrito todavía, obteniendo en el foro brillantes y merecidos éxitos, que sirvieron para enaltecer su fama de letrado. Dejó su país natal, trasladándose á la coronada villa, donde no tardó en crearse una posición honrosa y envidiable.

En 1891 fué nombrado juez municipal del distrito de Palacio, y, poco después, juez de instrucción del mismo distrito.

Seis meses más tarde, en el poder el partido del señor Sagasta, en cuyas filas ha militado siempre Manzano, fué designado para el gobierno civil de Canarias, donde se reveló como modelo de gobernantes escrupulosos y expertos. Hizo una campaña hermosa en favor de los puertos francos, rompiendo lanzas contra los grandes navieros y poderosas entidades mercantiles opuestas á la concesión de tal mejora.

Ciudad Real fué el segundo gobierno civil que desempeñó el señor Manzano, siendo trasladado después á Santander, en una época aflictiva para la patria.

Era en 1898; habíase consumado la iniquidad del tratado de París, y comenzaba la repatriación de los valientes soldados que lucharon en nuestras colonias sin gloria ni provecho. Todo el mundo recuerda los horrores de aquellas tristes jornadas. Manzano dotó de sanatorios á Santander, creó hospitales, organizó juntas que funcionaban bajo sus auspicios, y los hijos de la patria que desembarcaban en la capital castellana, recibían grato consuelo á sus penalidades y olvidaban su mísera situación.

En 1899 fué nombrado gobernador de Huelva, y en Marzo de 1901 gobernador de Málaga, no tomando posesión de este último cargo por haber sido designado para el gobierno de Cádiz, de donde salió presentando la dimisión.

A Sevilla fué en Noviembre de 1901, dejando en aquel gobierno gratísimos recuerdos.

En Barcelona está desde Febrero del año actual, y su acertada gestión le ha valido el aprecio y la consideración de las personas honradas.

Don Francisco Manzano es uno de los políticos que tienen porvenir más brillante si, como hasta ahora, persevera en su conducta noble y en su administración honrada.

***

LA ACEITUNERA

NOVELA DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(Continuación).



Soltó un suspiro que hizo retumbar su pecho, y añadió destempladamente:

—¡Es que esa mujer me trae loco!

—Y por eso, porque estás loco, no puedes reflexionar un instante; si reflexionaras no pasarías tanto apuro. ¿Qué te ocurrió con *Parralita*? ¡Vamos á ver! Cuenta.

Me miró irresoluto y confundido.

—Te pasó, — proseguí impaciente, — que ibas á casarte con ella, pero antes del casamiento, ella, de quien no teníasentonces pesadumbre ninguna, te cogió y te dijo con lealtad, francamente: «Mira *Metrio*, me pasó esto y esto.» ¿Qué te contó? Que se había cometido una infamia con ella. Te contó el milagro, pero no te dijo el nombre del santo. ¿Por qué no te lo nombró? Por no comprometerte ¡porque no le buscaras y no os matárais! pero tú no la creíste... Si no tenías confianza en ella ¿por qué, entonces, empeñarte en resucitar un muerto? O tenías confianza ó no; si no la tenías, á morir los caballeros y á no hablarle más; si la tenías, á casarte con ella y á no pensar más en cosas tristes; los malos sueños, son como el humo; se sopla, se aventan y se van; pero tú, ni una cosa ni otra; ya lo ves: y hoy, ella está mareándote; ¿qué tienes tú que decir? ¿Con qué derecho vas á ponerte con ella?

—¡Pero, por los clavos de Jesús divino, — gritó *Metrio*, como si el corazón se le escapara por la boca; — aunque yo me muera por *Parralita;* aunque yo me mate, porque yo me mataré, si no me muero, ¿cómo quiere usted que la hable ni que la mire, con estas dudas que me abrasan? Si ella me quería, y lo que pasó, pasó como ella dijo, ¿por qué no me dijo quién fué, y por qué no me lo señaló, gritándome, ¡ese!... ¡ese! y ¿por qué no me ayudó á matarlo también, si yo no podía?— Y *Metrio* retorcíase las muñecas desesperado.

En este punto volvimos la cabeza rápidamente; una mujer pasaba junto á nosotros; era *Parralita*. ¿Cómo llegó hasta allí sin que lo hubiéramos advertido antes, por absortos que estuviésemos? Pasó de prisa, con su cántaro en la cabeza; no saludó, no habló; balanceaba un brazo al compás de la marcha; el otro caía á lo largo del cuerpo, y sus dedos nerviosos jugueteaban con un pliegue del vestido.

¡Allá iba!... Fué perdiéndose el rumor que hacían sus zapatos en las piedrecillas de la senda; el cántaro vidriado recortábase á lo lejos, y el sol, arrancándole risillas, parecía complacerse en formar con un prosaico cántaro de agua el nimbo brillante para la alegre cabecita morena... ¡Allá iba!...

Metrio y yo nos mirábamos suspensos; no se habló más. Aquella noche, precisamente, hubo jolgorio como nunca en el cortijo de *Las Palomas*. La gente se desbordó por ser día de mi santo; no era, por otra parte, de extrañar; de noche, en el tiempo de la aceituna, cualquier cosa basta para armar en un cortijo un fandangazo de mil demonios. Excuso decir que con *Metrio* no iba aquello. Yo estuve gran parte de la noche, sentado en mi sillón como un patriarca, sin preocuparme al parecer, poco ni mucho, de las mezquindades de la tierra.

Parralita era el alma del jolgorio: en sus ojos de negrura intensa, resplandecía un fuego febril; José Alonso, como un perro, seguíala á todas partes; había *el conquistador* abdicado de todas sus ínfulas; como *Metrio*, no hacía más que mirar á *Parralita* y sufrir su yugo; pero sin la dignidad, sin la altivez de *Metrio*, iba detrás de ella, halagándola, adulándola, suspirando, con ojos pedigüeños, frases de súplica y cara contrita.

Salí al llano á eso de las diez, y *Metrio*, como si le aterrara quedarse solo al pie de mi sillón, sin el amparo y la ayuda que de mí pudiera recibir, salió detrás. Observé al salir, y *Metrio* debió observarlo como yo, que *Parralita* y José Alonso, después de terminar un baile, cuchicheaban misteriosamente. José Alonso pedía algo con verdadero ahinco. *Parralita*, en el instante preciso de pasar nosotros, exclamó resueltamente:

—Bueno, en la *Cárcava;* á las doce... Junto al peñón.

Y se alejó corriendo, entre la multitud, á la vez que nosotros salíamos y José Alonso lanzaba un suspiro de triunfo, alejándose por otro lado.

Fué una cita; yo quedé reflexivo; ella había hablado en voz alta, como si no se diese cuenta, en aquel instante, de lo que ocurriera á su alrededor; pero una mujer, y una mujer como *Parrala*, ¿pierde tan pronto, aun suponiendo que esté muy conmovida, total noción de las cosas? ¿No dijo aquellas palabras... no las dijo en aquel tono, para que las oyese *Metrio* al pasar? ¿Para que, así mismo, las hubiese podido oir yo, tal vez?

Aunque mi cabeza trabajó mucho para explicarse esto, quedé en la misma confusión é incertidumbre.

Una idea absorbíame sobre todo; cuando *Parralita* indicaba la hora y el sitio, para verse con su amante á solas, aquella misma noche, y por primera vez sin duda, envolvió á *Metrio* al pasar en una mirada inmensa, y sus pupilas brillaron en la sombra como diamantes heridos por la luz.

Paseé por el llano, preocupadísimo; *Metrio*, sentado en el poyete, permanecía inmóvil con la cabeza inclinada. Una pregunta me hice entonces: «¿La habría oído *Metrio*?» ¡Quién sabe...! Pero, ¿no era estúpido abrigar duda alguna...? La habría oído tan bien como yo. Sin embargo, me propuse saber la verdad, sin preguntárselo. Si, milagrosamente, no la oyó, ¿para qué abrir más una herida que manaba ya sangre? Hacía una noche espléndida, sin frío, sin calor; el aire no movía las hojas; de allá lejos, como un vago clamor, venía el ruido de *la Cárcava;* el cielo, sin una nube, mostrábase en toda su magnificencia; la atmósfera, limpia, permitía ver el cielo estrellado, en toda su clara y bella diafanidad. No había luna. ¿Qué será que siempre, aún en los trances más difíciles de mi vida, me sentí conmovido y absorto en la contemplación del cielo en estas magníficas noches? ¡Oh, Herschell! ¡Oh, Byron! ¡Oh, Flammarión, y tantos otros divinos cantores del cielo! Decidme: en esas estrellas de

brillo purísimo, lejanos misteriosos mundos, átomos brillantes, polvo de oro del infinito, ¿habrá seres animados también?... ¿habrá *Parralitas* aceituneras, de ojos negros, brillantes, que quemen el corazón?... Pero pronto dejé de pensar en las constelaciones de estrellas de arriba, para pensar en otra constelación de abajo; en la constelación de una loca, de un tonto, de un pillo y de un Quijote... ¿Necesitaré decir que era yo el Quijote, *Metrio* el tonto, José Alonso el pillo, y la loca *Parralita*?

Yo fumaba y paseaba nerviosamente; interesábame *Metrio*, sí; pero mi nerviosidad, mi irritación, eran por comprender que *Parralita* no me interesaba menos; quiero decir aquí, como si quien esto lea fuese mi confesor que no era un interés material el que *Parralita* me inspiraba; era otra cosa cuya explicación no me di hasta más tarde; era el interés que nos inspira una persona á quien creemos de talento y comete una torpeza; un hombre á quien se cree honrado y comete un crimen. Y después de esto, amonestábame yo mismo, furioso, por haber encontrado en *Parralita* una superioridad de que carecía y una honradez, que, como el talento, nunca existió. Realmente ¿era una gran decepción la que yo había sufrido? ¿No era *Parralita* lo que yo pensé, al verla y oirla aquella mañana, al pie de la adelfa, al borde del arroyo? ¿Era una coqueta, casquivana, embrollona, intrigante, sin el sentimiento de dignidad innato siempre en la mujer? Y pensando así, sentí el rosecillo de la matita de oliva, como si acabase de arrojármela á la cara.

Pasó tiempo; la gente iba recogiéndose. Cerca ya de media noche, mandé á *Metrio* con un recado al molino; el molino está muy próximo; lindante con la casa; pero *Metrio* debería entretenerse allí; el molino trabajaba de día y de noche.

La misma diligencia suya en aquel momento para ir al molino, me hubiera hecho comprender, si no hubiese estado seguro, que oyó las palabras de *Parralita* citando á José Alonso. Adiviné su intención; para convencerme, le seguí sin que me viera. En efecto; *Metrio*, anduvo en dirección del molino; pero, cuando creyó que nadie le veía, deslizóse junto á los muros, y echó luego á correr hacia la *Cárcava*.

Yo le seguí sin apresurarme; había tiempo; *Parralita* y José Alonso, tardarían aún, y con seguridad no irían temprano ni tarde. Hay, para la gente del campo, un reloj en el cielo, que nunca se equivoca; cuanto más años tiene el campesino, más adelanta en la ciencia de su reloj; hay viejos que dicen la hora con sus minutos y sus segundos. Pronto empezó á oirse con más fuerza el rumor de las aguas. Pocos instantes después hallábame en el lugar de la cita. La *Cárcava* presenta á todas horas un espectáculo imponente, pero de noche es aterrador, sugestivo: el agua de un riachuelo, precipítase con ronco clamor por aquellas peñas enormes, salientes, revestidas de verdín; deslízase por un cajón accidentadísimo de rocas; se precipita por allí con furia, saltando, volteando, rugiendo, retrocede hervorosa como feroz enemigo que se retira, buscando un hueco en el muro para acometer otra vez con más fuerza; en la balumba espantosa, salpican las espumas alrededor como veneno escupido por un monstruo, en su fantástico cubil de bloques; lentiscos, adelfas, higueras bravías, crecen en todas partes como nacidos en las mismas rocas y unen sus ramas sobre el cauce profundo; con esta poesía de las hojas verdes, enlazadas, y del cielo azul transparentándose por ellas, resulta quizás más lúgubre el rugido del fondo, cual súplica eterna de millones de réprobos que se revuelven allí, clamando piedad á las alturas sonrientes... Y allá, en las alturas, la inmensidad silenciosa y magnífica, poblada de mundos solitarios, de eterno, misterioso brillo.

—*¡Metrio!* —grité de pronto,—*¡Metrio!*—Mi voz confundióse al punto entre el ruido de las aguas; pero *Metrio* me había oído. Una sombra se adelantó hasta mí. Era él. No le vi el rostro, pero estoy seguro; su confusión, por haberse alejado de *Las Palomas* sin mi permiso, era entonces tan grande como las angustias de su alma. No pudimos hablar. *Metrio*, se replegó inmediatamente. Sus ojos acostumbrados al campo, de noche, habían divisado, allá, en el fondo, un bulto; me escondí con él, detrás de una gran piedra que había al borde casi de la *Cárcava*. A los pocos instantes, llegó José Alonso. *Parralita* no se hizo esperar.

José Alonso salió á su encuentro; detúvose allí, donde se habían encontrado, pero *Parralita* llegó hasta la piedra que nos ocultaba. No nos separarían ni tres pasos. La respiración de *Metrio* era anhelante, estertorosa; yo le así fuertemente de un hombro; hallábame tras él.

—¡Espera!—le dije muy bajo,—¡espera!

Veíamos á José Alonso de perfil, á *Parralita* de frente el brillo de las estrellas, la dulce diafanidad del cielo, permitían ver hasta el movimiento de las facciones de *Parralita*. La *Parralita* de ahora, no era la que poco antes había atolondrado el cortijo con su verbosidad y sus carcajadas; no era, no, la del baile y el jolgorio; no la que caminaba por el sendero de *Las Palomas*, con su cuerpo gentil, con su cantarito en la cabeza y su matita de oliva en los labios risueños, para arrojarla al rostro del primero que se presentase.

Se mostró á José Alonso, seria, adusta.

—Ya estoy aquí—díjole secamente;—¿Qué querías?—Yo escuchaba tembloroso, tan tembloroso quizás como *Metrio*. ¿Era que *Parralita*, la *Parralita mía*, empezaba á reaparecer?

Contestó José Alonso con protestas de enamorado: «él no podía vivir de aquella manera; estaba muriéndose de afanes y cariño. Vivir así, era peor que morirse».

—Bueno, ¿Y qué quieres? — preguntó *Parralita* con una insistencia singular. — ¿Fué ilusión mía? Me pareció que miraba furtivamente al enorme pedrusco, como si nos presintiese detrás de él; más aún, como si estuviese segura de que estábamos allí. No sé decir si estas observaciones pudo hacerlas *Metrio*. Creo que no.

—¡Que me quieras! — había contestado José Alonso, apenadamente.

Y *Parralita*, como si de pronto hubiese dado con un tema de conversación ansiadísimo, repuso con espantosa ironía:

—¡Que te quiera! ¿Y qué falta te hace á ti que te quiera ninguna mujer? ¿No es bastante con que la quieras tú? Si te quiere, bueno; si no te quiere, también. Si á buenas no, á malas.

—¡Cállate, *Parralita*, cállate!—exclamó el mozuelo, en voz temblorosa;—de aquéllo no se habla más.

—¿Que no se habla?—continuó *Parralita*.—¿Por qué, si es una gloria para ti? ¿Que una mujer no te quiere? Pues tú vas y sales al campo, coges unas yerbas,—que para eso tienes gran sabiduría,— las machacas, coges el zumo y, si por casualidad la que tú quieres es una pobre chiquilla que vive sola con su madre, en un chozón á todos los vientos, no tienes más que meterte sin que te vean, echar aquéllo en el comistrajo de las dos, y entrar á media noche en el chozón perdido en mitad de la campiña... Entrar tranquilamente, y salir de tu empeño con honra. ¿Y qué? ¿No es para eso, para lo que Dios hizo á los hombres? ¿Para ganar siempre, sea como sea?

—¡Oh, *Parralita!...—Metrio* bramaba sordamente detrás del peñón.

—¡Cállate! ¡Cállate!—decía yo, sujetándole con todas mis fuerzas. En el fondo rugían las aguas; en lo alto, la inmensidad brillaba llena de sonrisas.

—¡Perdóname! — decía José Alonso, con la voz ronca por las lágrimas;—¡Perdóname!

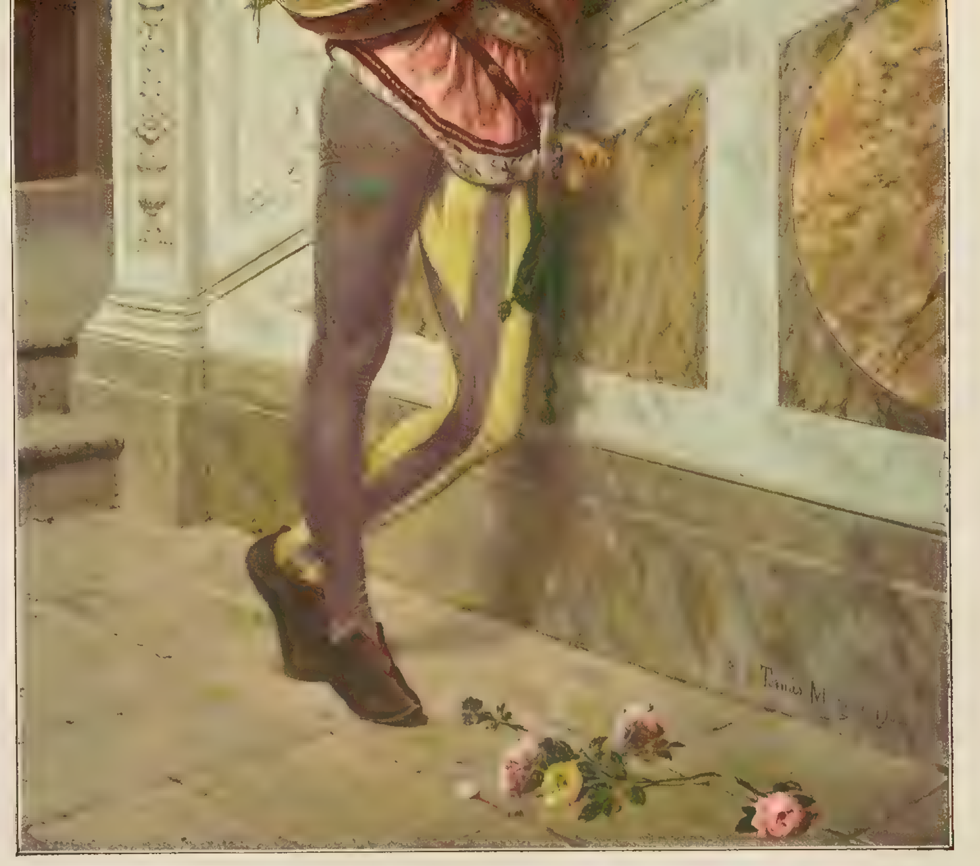
—¿Que te perdone? — repuso *Parralita*, echándose á reir de aquel modo que yo no había olvidado.

(Concluirá).



TOMÁS MORAGAS





CANTO DE AMOR

INMORTALES AMERICANAS

INÉS SPRINGER

Es la hermosura un dón del cielo y ha tenido en todos tiempos el privilegio de la inmortalidad. En la remota historia de los pueblos, han quedado consignados los nombres de aquellas mujeres que ejercieron singular influjo por sus encantos sin par, y llegaron á ceñir diadema regia, conquistada por sus perfecciones físicas y por el relieve del talento, la varonil energía ó la alteza de las virtudes, que dieron á Suziana Pantea, una página perdurable en los anales históricos del Asia Menor.

La beldad de Semíramis la hizo compañera de uno de los soberanos más poderosos de la antigüedad, y la gran reina fundadora de Babilonia paseó triunfante sus banderas por los pueblos Medas, por las agrietas y enmarañadas soledades de Abisinia, por lugares donde jamás habíase posado planta humana.

Aquella mujer de belleza arrebatadora contempló con la mirada de guerrero inmensos territorios, y con la iniciativa que le era característica, con la fuerza de su voluntad, acometió empresas gigantescas, cambió la marcha de ríos caudalosos, y transformó en edenes risueños y pintorescos, las áridas é incultas cimas y los empinados peñascales.



Gran parte de sus triunfos los debió Semíramis á la magia de sus gracias incomparables, que paso á paso la encumbraron hasta donde jamás hubiera soñado su ambición.

En Francia, en Italia y en España, en todo el universo entero, tuvieron, en épocas no muy lejanas, y casi en nuestros días, grande importancia en la política, algunas mujeres que brillaron tanto por su viveza intelectual como por los hechizos conque la naturaleza las había dotado; sería prolijo enumerar á todas aquellas que han ejercido poder omnímodo y han dominado á grandes y á pequeños, con el incontrastable imán de sus hermosos ojos y con la seducción de su tiránica hermosura.

Dicho está que si la gentileza atrae y cautiva, que si la gracia ejerce tan poderoso imperio, la gráfica belleza en todo su esplendor domina sin rival, y es en ocasiones la fuerte palanca en los más trascendentales acontecimientos que señalan época en la historia de las naciones.

En el antiguo pueblo romano, belicoso, dado á la vida del campamento y al continuo guerrear, se demostró más de una vez el incontrastable dominio de la seducción femenina y de la grandeza de alma unida á las perfecciones físicas.

Confieso que he tenido siempre preferencia por la belleza correcta, inspiradora de las sublimes creaciones artísticas.

Me enamora el buen gusto, la elegancia natural, y todo aquello que pueda realzar los atractivos de mi sexo en el terreno clásico, apartándome por entero de lo vulgar que empequeñece y anula á la mujer diosa, á la mujer reina, á la mujer astro de luz, de armonía y de aromas, á la mujer verdaderamente hermosa, en toda la extensión de la frase, que posee además del singular atractivo físico el arte incomparable de seducir con los celestiales ojos, con su porte airoso, con su sonrisa, y que al atraer las miradas por el conjunto de su persona, habla á la vez al corazón, porque el alma generosa se refleja en el semblante.

Admiradora de lo escultórico, de la belleza en suma, obra maestra de la naturaleza, rindo culto á esos tipos que son el ideal de artistas y poetas, no vacilando en conceder puesto privilegiado en nuestra galería de «Inmortales» á las arrogantes hermosuras del mundo americano.

Tracemos ahora el marco que ha de encerrar el bellísimo retrato de Inés Springer.

La conocí en Nueva-York, cuando la hechicera joven vestía ya el traje largo y el cuerpo ceñido, que dibujaba el gallardo busto, aún no completamente desarrollado, y el talle esbelto, que tenía y tiene las ondulaciones de la palmera tropical.

El todo típico de Inés se completa moralmente por la dulzura de carácter, por la encantadora modestia y por la sencillez, compañera inseparable de la joven en todos los actos de su vida.

Obsérvase en su perfil, algo de altivo: es porque su gentil cabeza, se destaca en la esbeltez del cuello y sobre la garganta admirable. Sus ojos pueden calificarse de soñadores; tienen ese color indefinible, entre garzos y azules, que con una mirada aseguran su triunfo.

La boca es adorablemente hermosa.

Inés Springer nació en Cuba, en la ciudad de los Dos Ríos; las brisas de las playas cubanas y el murmullo de las ondas serenas del Yumurí arrollaron su cuna; bajo aquel cielo, siempre limpio y azul, se deslizaron sus primeros años, entre los halagos maternales y la paz del hogar, el cual recordaba la vida señorial de los barones de Springer que allá en Suecia tuvieron torreón feudal.

Aún existen, entre riscos y malezas, las ruinas del antiguo castillo de aquellos nobles suecos; uno de ellos se trasladó, por los años de 1645, al Delaware, donde ya existía una colonia fundada por compatriotas. Allí se radicó la primera familia Springer que tanto debía señalarse en la famosa lucha de independencia norteamericana:

Un abuelo de Inés soportó con heroísmo las terribles dificultades de aquel famoso invierno de 1776, cuando el ejército independiente hubo de luchar contra el rigor del frío, de la nieve, de la escasez de víveres y de la desnudez, y á la vez contra el enemigo tenaz que todo lo esperaba de la estación más ruda y cruel que habían registrado las crónicas.

También, si mal no recuerdo, tomó parte en la célebre batalla de las noches de Navidad, en la que Washington, arrastrando la copiosa nevada y el granizo, atravesó el río Delaware y, cayendo de improviso sobre el campo enemigo, obtuvo la victoria más completa.

La sangre generosa de los Springer regó los campos de la patria, compartiendo con su ínclito caudillo los azares de la guerra, las penalidades de la contienda prolongada, así como también los bélicos triunfos obtenidos y, por último, la gloria de la emancipación, no desmintiendo jamás lo heróico de su linaje ni lo esclarecido de su estirpe.

Los Estados Unidos conquistaron el rango de nación y la noble familia Springer alcanzó la recompensa de sus altos patrióticos servicios.

Años después y durante largo tiempo, fué la risueña isla de Cuba país elegido por los padres de Inés para su residencia.

La madre era bellísima matrona y la joven Springer ha tenido el privilegio de heredar con sus gracias, la nobleza de su alma y lo caracterisco de la raza. Bien á las claras se manifiesta en Inés la riqueza de la presente generación sajona que, compuesta de razas diferentes, ha constituído la suya, dotada espléndidamente, robusta, saludable, vigorosa y que, en la mujer, ha llegado á disputar á la francesa, la gracia y la coquetería que anteriormente era privilegio de la *parisiense*.

La dama norteamericana ha hecho caso omiso de la moda, bien al contrario de la dama española que se sujeta á ella por rara ó incómoda que sea.

Siguiendo su capricho, viste con elegancia irreprochable, arregla su abundante cabellera con artístico buen gusto y procura cautivar por la conversación ya amena y animada, ya profunda é interesante.

Luce en los salones por la gallardía de su porte, por lo correcto de su atavío, por la sencillez de su traje.

Tiene todas las inspiraciones del artista de corazón y de talento.

En bellísimos cuadros, ejecutados por su hábil pincel, campean los detalles que el arte ha señalado, como delicadísimo relieve del conjunto.

Siente la música, la expresa en el piano; traduce el pensamiento de los grandes maestros y la embarga el arrobamiento y el deleite ante las grandes creaciones musicales.

Tales son las condiciones, tal es el tipo de la mujer nacida en Boston, en Nueva York ó en Washington.

Tal es el retrato de cuerpo entero de Inés Springer.

LA BARONESA DE WILSON



APUNTE; por A. MÁS Y FONTDEVILA.

ENSEÑAR AL QUE NO SABE

(Conclusión) (1)

Comprendo que la ira es un pecado—contestó—y si es ira lo que siento en estos momentos, me debe ser perdonada por Dios y por usted, porque no va dirigida más que contra mí mismo. ¿Ve usted que, aun cuando no está bien que yo lo diga, procuro dar ejemplo á mis feligreses?

—Y lo da usted, indudablemente—le dije, tanto por creerlo así, como por calmarle.

—¡No es mal ejemplo, zapateta! Pero bien sabe Dios que no lo he hecho con intención. ¿Cómo había de hacerlo, y en el confesionario? Pero amigo don Carlos; en este mundo, el que no corre es porque vuela, y no parece sino que los hombres nacen ya con alas. Pues verá usted: el año pasado, por Pascua Florida, que es cuando hay más trabajo en el confesionario, el tío Cosca, el posadero que habrá usted visto que hay á la entrada del pueblo, conforme se viene por la carretera Real, á mano derecha, fué á cumplir con la iglesia, como yo tengo mandado á todos los vecinos. Pues bien; como yo sé que el tío Cosca tiene sus mañas para hacer una buena hucha á costa de trajinantes y arrieros y el hombre cree que nada de eso es pecado y no lo confesaba, tuve que irle confesando poco á poco. Las mujeres todo lo charlan, pero los varones se figuran que en nada faltan con lo que hacen. De modo que tenía yo que interrogarle: —¿Has hurtado algo á tus huéspedes? —No padre, me respondía.—¿Has oído misas todos los domingos?—Ninguno, padre. —¿Has deseado la mujer de tu prójimo? —Unicamente las guapas, padre.—¿Has untado con sebo los dientes de las caballerías de tus parroquianos para que no puedan comer cebada?—No padre, nunca.—Y... ¿para qué seguir? Sería faltar al secreto de la confesión. Esta mañana, la posadera me llamó á escape y corriendo porque el tío Cosca se moría y quería hacerlo como cristiano... Efectivamente, lié los bártulos y di con mis huesos en la alcoba donde agonizaba ó poco menos el posadero. Quiso que le confesara y así lo hice, con arreglo al interrogatorio acostumbrado: —¿Has hurtado algo? —No padre. —¿Has jurado? —Alguna que otra vez.—¿Has santificado las fiestas?—En la taberna, padre. —¿Has untado con sebo los dientes de las caballerías? —Sí padre... á todas las que han venido á la posada. —¡Bonito modo de enmendarse, tío Cosca, —le dije. —El año pasado no untaba los dientes de las bestias, y después sí...—¡Vaya una contrición! —A lo que el moribundo me replicó con tono más zumbón de lo que era propio en tal caso:

—Es que hasta que usted, padre, me enseñó esa maña, ¡yo no la sabía!...

C. OSSORIO Y GALLARDO

(1) Por un lamentable error de compaginación, este artículo quedó incompleto en el número anterior; subsanamos en lo posible la falta, publicando la conclusión del mismo, desde el principio del párrafo truncado.



APUNTE; por A. MÁS Y FONTDEVILA.



LA TRADICIÓN

CÉLEBRE ESCULTURA DE AGUSTÍN QUEROL

RIÑA DE VIEJOS

Al sol de estío un zagal
afrentó, de amores ciego:
—¡Qué mortecino es tu fuego,
viejo marchito y glacial!
Ante el sol de mi cariño
¿qué es tu llama? ¡niebla fría!—
¡Bien pinta la alegoría
al viejo Amor siempre niño!
Abrasó la indignación
á Febo y, con gesto airado,
contra el pobre enamorado
fulminó una insolación.
Mas el mundo embaidor
le creyó muerto de amores
¡y dió el Sol con sus furores,
un nuevo triunfo al Amor...!

JUAN ARZADUN



Facsímil de un pergamino artístico regalado al señor Marqués de Santa Isabel por el Somatén Armado de San Martín de Provensals

Composición y dibujo de Fernando Xumetra.

A TAL SEÑOR, TAL HONOR

La prensa local dió cuenta oportunamente de la hermosa fiesta dedicada á la Santísima Virgen de Montserrat, en el día 27 del próximo Abril, por el Somatén armado de la barriada de San Martín de Provensals con motivo de la bendición de su bandera; solemne ceremonia presidida y celebrada por el sabio Obispo de Solsona, en representación de Su Eminencia el Cardenal Casañas, y á la que asistieron, además de otras distinguidas personalidades, el Gobernador civil, señor Manzano, el Comandante general de los Somatenes, señor Ruiz Rañoy y el Barón de Viver, Presidente de la Diputación.

Verificóse en los jardines y dependencias de la «fábrica d'en Ricart», sita en aquella barriada y propiedad del señor Marqués de Santa Isabel,



Fot. de Napoleón.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FELIPE RICART DE CÓRDOBA
MARQUÉS DE SANTA ISABEL

quien, con su característica amabilidad, dispuesto siempre á prestar su valioso concurso á toda empresa ó corporación beneficiosa al país, cedióIo incondicionalmente para dicho acto, contribuyendo con los muchos elementos de que dispone á su importancia y brillantez.

El Somatén armado de San Martín de Provensal ha regalado al mencionado señor, en testimonio de respetuosa gratitud y como recuerdo de tan memorable fiesta, el precioso pergamino artístico cuyo facsímil damos en la precedente página, original de nuestro colaborador, Fernando Xumetra; y el ALBUM SALÓN, por su parte, aprovecha esta ocasión para publicar el retrato del ilustre barcelonés que si en el mundo industrial es una primera figura, brilla no menos en el de la nobleza, por su ilustración vastísima, su bondadoso carácter, exento de todo orgullo, y sus humanitarios sentimientos.

* * *

¡MIA Ó DE NADIE!

En la lucha á que altivo te provoco
no mendigo piedad, amor reclamo:
mi ardiente corazón te adora loco
y tú debes amarme como te amo!
Yo sabré dominar tu necio orgullo
en el afán de mi ardoroso empeño:
si en mi loca pasión soy todo tuyo,
nada más justo: yo seré tu dueño!
No pretendas con fútiles agravios
gozarte de mi cuita en los despojos:
he de juntar mis labios con tus labios
y embriagarme en la lumbre de tus ojos!
La horrible sed de mi pasión maldita
me arrastra del delirio á los excesos:
toda la vida que en tu sér palpita
la beberán con frenesí mis besos!
Te venceré mujer sin la más leve
súplica triste de amoroso ruego:
tu virgen corazón es todo nieve,
mi joven corazón es todo fuego!
No ablandaré tu corazón de roca
con la música triste de mis penas:
serán los besos de mi ardiente boca
los que enciendan la sangre de tus venas!
Vano es que finjas desdeñosa calma;
tuya ha de ser por fuerza la derrota:
siempre se inclina la flexible palma
cuando furioso el vendaval la azota!
Aunque la fiebre que me abrasa es mucha,
nunca el volcán á mi pupila asoma;
pero... ¡guárdate bien! que en esta lucha
yo soy el gavilán, tú la paloma!
No pienses que á la angustia me abandono
al verte relucir entre tus galas:
para llegar mujer hasta tu trono
de mi ciega pasión tengo las alas!
Ufana de mi ardiente idolatría,
tu insensato desdén y orgullo crece;
mas, te sabré vencer y serás mía,
—¡mía ó de nadie!—tu destino es ese!

PRIMAVERA DE VERSOS

SUEÑO.

He soñado
que en mis brazos con mis besos te adormía.
Era un bosque perfumado...
Se escuchaba de las aguas el murmullo;
tú eras mía,
yo era tuyo!
Toda trémula y miedosa,
no te he visto más hermosa
que esa tarde, sobre el musgo recostada...
¡Breves horas de embelesos!
¡cuánto fuego en tu mirada,
en tus manos y en tus besos!
He soñado
que en el bosque, sobre el musgo perfumado,
toda trémula de goce, la pasión tu seno henchía...
que me hablabas con la plácida dulzura del arrullo.
que eras mía,
que era tuyo!

CORAZÓN FRÍO.

No me quejo de ti!... No es culpa tuya
que tengas de granito el corazón;
yo haré que cedas á mi afán continuo,
como cede á las olas el peñón!
Si Dios, como un sarcasmo á tu hermosura,
puso en tu seno un corazón helado,
yo, con el fuego que en mi sér rebulle,
te daré lo que el cielo te ha negado!
Mírame siempre así!... Puede que logre
en un rapto de ardiente desvarío,
dar á tu corazón que ya se entume
el fuego abrasador que hay en el mío!
Pobre mujer! Sacudiré el letargo
donde tu corazón dormita opreso;
para animar tu cuerpo no me importa
darte toda mi vida con un beso!
. . . .
No compares mi amor con tu capricho;
eres hermosa y por lo mismo fátua:
tú no sabes sentir... en tus caricias
hay el hielo de muerte de la estatua!

A. MAURET CAAMAÑO

Valparaíso, (Chile).

JULIO BORRELL



UNO DE LA ORQUESTA



Cuadro de Juan Francés.

BELLAS ARTES

La portada de Juan Francés tiene, aparte sus propios méritos, el indiscutible de representar en forma gráfica la *actualidad fugitiva*. El *veraneo* es la única ocupación seria á que se dedican los españoles, y las españolas que pueden, en estos calurosos meses emparentados estrechamente con la canícula. Los unos escogen las playas del Norte; los otros las cumbres de las montañas; y ya sea que temple su ardor la frescura salubre del mar, ya la baja temperatura de las mayores latitudes, todos intentan burlar la estación refugiándose en aquellos sitios donde parece que no penetra el estío.

La elegante mujer que ha pintado Francés, simboliza ambas tendencias. Amiga del mar y de la montaña, ha hallado medio de enseñorearse de los dos refrigerantes, compartiéndolos con el goce artístico que produce la contemplación de la naturaleza. Es una figura sin pretensiones, pero por lo bien dibujada y colorida, no desmiente la firma.

Ricardo Brugada, en un ligero apunte de color, nos da la impresión de la gracia sevillana en sus dos *Floristas*, cuyo gracejo especial sólo puede percibirse y copiarse en el propio país donde se crían. Y Brugada, es sabido que bebe en la fuente original.

Nota de color también, no exenta de encanto, es *El Alegre prisionero* de Tomás Muñoz Lucena, quien parece ha arrancado su cuadrito de una escena de familia, presenciada *d'après nature*. No se puede ser más espontáneo con tan sencillos y parcos medios artísticos.

La preciosa orla con que Gaspar Camps exorna una de las páginas del poema *Amor* de Salvador Carrera, es tal vez una de las mejores que ha producido su lápiz. La figura de la mujer tiene la belleza de Junio, esplendente de madurez y de hermosura. Indudablemente, es hoy Camps, el primero de nuestros dibujantes decorativos, y lo prueba que ya Francia nos disputa sus obras.

La figura de mujer, *Una de rompe y rasga*, de Carlos Vázquez, no puede negar ciertamente su abolengo español. No tiene belleza física y, sin embargo, por su aire, por su sal, y hasta por el mismo realismo de su tipo, resulta una mujer excitante como las que se conciben en este país.

Al contemplar esta figura, no podemos eximirnos de recordar, salvando las distancias, las mujeres de Zuloaga.

Francisco CASANOVAS

MI ÚLTIMO SUEÑO

No es posible que yo acierte á describir con perfección como era el misterioso personaje que se presentó ante mí, apenas me quedé dormido. Era un anciano de copiosa y argentada barba, que caía en graciosos rizos sobre el amplio y robusto pecho; el cabello, blanco y sedoso, resplandecía con fuerza, tomando apariencias de nimbo al encuadrar la arrogante y bien modelada cabeza. Todo su rostro revelaba inexplicable dulzura y su despejada frente delataba de tal modo superioridad é ingenio que, insensiblemente, movía á veneración profunda, que no llegaba á temor, porque sus azules ojos miraban acariciando. Bien se echaba de ver que aquellas canas habían causado admiración y respeto á muchas generaciones; pero aquel extraordinario viejecito erguía tan majestuosamente su bien proporcionado busto, que pronto se adivinaba que el tiempo, ese implacable destructor, era impotente para aminorar los inacababes bríos del anciano.

Yo no había visto hasta entonces á aquel viejo singular y, sin embargo, me parecía tener delante á un antiguo y buen amigo que fué poco á poco adquiriendo tono y figura, hasta quedar convertido en el retrato viviente del viejecito cariñoso y bueno que nos enseñan á respetar y querer en nuestros primeros años. El sonreía para alentarme, pero yo no acertaba á recobrar el ánimo, porque después de reconocerle, recordé con miedo que, los que de *El* me habían hablado, más me enseñaron á temerle por cruel que á desearle por bueno. Falto de palabras, quise mostrar mi admiración cayendo á sus pies arrodillado, pero el anciano se apresuró á detenerme y con imperioso tono, que me hizo olvidar al viejecito bondadoso, para pensar en el Dios colérico, me dijo, al propio tiempo que me marcaba mi camino con el dedo:

—Tu sino es caminar, caminar siempre; no te detengas, sigue adelante.

—Y, ¿á dónde iré, Señor? — me resolví á preguntar.

—¡Dónde has de ir sino adonde fatalmente caminan todos los hombres!

—¿Dónde acaba mi camino?

—Ese es mi gran secreto. Camina con confianza, sin vacilaciones; sufre y camina, que el punto de llegada no está muy lejos.

—Tendré que seguir errante y sin compañía, sin rumbo y sin tener quien me guíe.

El viejo sonrió de un modo extraño. Acabó de reir y dijo:

— ¡Siempre habéis de ser tan ciegos, nunca aprenderéis á ver! Abre una vez los ojos y aprende, para no olvidarlo, quién te acompaña en tu penosa excursión.

Miré y me quedé anonadado. Casi tocándome con su descarnado cuerpo, infectándome con su nauseabundo hedor y helándome con su hábito, estaba un repugnante esqueleto, que se cubría de la cabeza á los pies con amplio sudario que sólo le dejaba libre dos grandes y sombríos huecos, correspondientes á los ojos, con los que parecía mirar con afanosa constancia.

El temor más intenso se apoderó de mi alma y, por natural concatenación de lúgubres pensamientos y de infinitos temores, me pareció que el espectro se aproximaba tendiendo hacia mí sus amarillos y crujientes brazos.

El anciano volvió á sonreir y me tranquilizó, diciendo:

—Todavía no, no temas. Camina, sin olvidar que viajas acompañado y este recuerdo te dará energía; mas, ten presente, que la primera parada que después de partir hagas, la ha de aprovechar tu compañero para estrecharte en formidable y eterno abrazo.

Maquinalmente empecé á moverme. El anciano había desaparecido después de pronunciar su postrer mandato; el espectro no se veía tampoco; pero adiviné que me espiaba de cerca, porque sentía aún el frío que penetraba en mi cuerpo y me helaba el corazón.

Tenía ante mí una hermosísima pradera; las flores la perfumaban, el sol, como nunca esplendoroso, la alegraba con sus rayos, el canto de los pájaros, mezclado con el débil murmurio de los arroyuelos producía inefable y jamás oída sinfonía. Correr por allí era tan delicioso, que no me limité á andar, sino que, alocado y ciego, emprendí vertiginosa carrera y ¡desgraciado de mí! con tal rapidez marchaba, que ni pensé en detenerme á saborear las bellezas que por todas partes se me ofrecían, ni acerté á ver que al poco tiempo llegaba al final de la pradera y el sol se quedaba atrás, se perdía el aroma de las flores, que yo había neciamente destrozado con mis pies, y la música dejó de oirse. Acabó la pradera (¡era tan corta!) y se me ofreció á la vista una alameda, á la que corpulentos y añosos árboles daban aspecto sombrío. Vacilé un momento y ya pensaba en volver atrás, cuando oí resonar la potente voz del desaparecido anciano que me gritaba: — « Adelante, siempre adelante. »

La alameda no era más que un corto paseo, ni alegre ni triste, que ponía en comunicación la inolvidable pradera con un angosto callejón, que no acierto á comparar con nada porque nunca hasta entonces había visto camino tan espantoso. Limitaban por los lados el tétrico callejón dos altísimas murallas de grueso y negruzco granito; ambas paredes se elevaban hasta perderse en la inmensidad del horizonte donde casi se juntaban para no dejar paso más que á un débil rayo de luz que, no sirviendo para alumbrar el terreno por donde yo caminaba desconcertado y á tientas, acababa de hacer más horrible la excursión, porque me llevaba á pensar en el sol potente y vivificador que hasta entonces me había alumbrado. El piso, desigual y guijoso, estaba además plagado de víboras ponzoñosas, y cada paso que daba equivalía á una tortura que me causaban á un tiempo las cortantes aristas de las piedras y el aguijón agudo de los reptiles.

Quise buscar relativo consuelo á mis dolores oteando con ansia para buscar la salida, y mi mirada se perdió en la obscuridad más espantosa; volví la cabeza para solazarme con la contemplación del pasado, y me encontré con la obscuridad de nuevo.

Tuve miedo y quise retroceder. Apenas me detuve, oí á mi lado terrorífica sonrisa y espantoso tablilleo. Me acordé de la advertencia del anciano, y, creyéndome ya en los brazos de mi feroz compañera, grité con desesperación y eché á correr desolado; mis pies desnudos se posaban sobre puntiagudas piedras y mis brazos chocaban con los punzantes salientes de las paredes, pero yo no me detenía. Por dos veces caí sudoroso, rendido, medio muerto y, sin tomar ni el tiempo preciso para pronunciar un ¡ay!, me levantaba y seguía corriendo, temeroso de que me alcanzara el espectro amenazador. No sé cuanto tiempo duró aquella cruel huída; tal vez unos pocos minutos, yo jurara que fué un siglo; sólo sé que no acabó hasta que falto de alientos, porque con la sangre que vertían mis heridas me abandonaron las fuerzas, con el corazón que me golpeaba el pecho con la fuerza de un batán, las fauces abiertas, los ojos desencajados, me arrojé al suelo dispuesto á perderlo todo. La formidable voz del anciano llegó de nuevo á mi oído para advertirme que quien sin luchar ni padecer se entrega, renuncia insensatamente al galardón ofrecido: « Un poco más y has triunfado. » Hice un esfuerzo sobrehumano y corrí de nuevo.

Momentos después llegaba á una pequeña abertura que daba salida á aquel maldecido túnel. ¿Qué me esperaba en premio de mi constancia? No iba á tardar en saberlo.

Avancé resueltamente y ¡fiera desilusión! desemboqué en un recinto mil veces más sombrío que el callejón que acababa de atravesar; aquel extraño paraje estaba sembrado de cruces y repleto de cadáveres: no era más que un cementerio.

—¡Por fin llegamos! — exclamó otra voz á mi espalda.

Era la de mi fúnebre perseguidora que, al hallarse con la presa codiciada, arrojó lejos de sí el sudario y ciñó con furia indecible mi endeble cuello con sus prepotentes brazos.

. . . .

El miedo me despertó. Me palpé con afán y me restregué los ojos para extinguir el recuerdo de la horrible pesadilla. Quise olvidar este sueño, pero yo no sé con qué fuerza han quedado profundamente esculpidos en mi memoria hasta los nimios detalles, que muchas veces, despierto, vuelvo á pensar en la siniestra peregrinación, veo el tétrico cementerio como fatal único punto de llegada de la fatigosa senda que se llama vida, y, en vez de atemorizarme, es mi alentadora esperanza el macabro y salvador abrazo de la constante y precisa compañera del terrorífico viaje.

Miguel TOLEDANO



Fotografías de A. Esplugas.

A CASARSE TOCAN

El pobre Julián, enamorado de veras de la hermosa Matilde, lamentábase sin cesar del desdén de su adorada, y expresaba en sus amargas quejas el pesar intensísimo que su corazón sentía por tal causa.

Ella, Matilde, sacrificaba en Julián sus ilusiones marchitas, y hallábase dispuesta á realizar un matrimonio sin amor; pero Julián, aunque el suyo era sincero é inacabable, no se resignaba, y hacía bien, á tan dura suerte.

Veía en Matilde un cariño sin entusiasmo, una pasión fría é insulsa que en verdad no podía satisfacer sus deseos.

Era Julián completamente infeliz. Amaba con esperanza cierta de unirse para siempre con la mujer idolatrada; pero no veía en ella nada de eso que expresa claramente un cariño inextinguible; notaba más bien un deseo de realizar el enlace, sin pensar para nada en el porvenir, siempre negro cuando el amor no existe.

Y Julián me hablaba mucho de los pesares que le creaba su situación especialísima.

Yo intentaba disuadirle de sus creencias; pero las tenía tan arraigadas, hallábase tan convencido de la veracidad de sus sospechas constantes, que cejé en mi empeño, dejándole obrar á su antojo.

. . . .

Julián tenía razón.

Se ha casado con Matilde.

Su casa es un infierno, una babel irresistible.

Matilde no quiere á Julián.

Su indiferencia de antes se ha trocado hoy en odio profundo.

Ha hecho su matrimonio, que de ello no más se trataba; pero le hastían los amores que Julián le ofrece y se desespera al ver que, por su propia culpa, le faltan aquellos otros que no apreció hasta que les hubo para siempre perdido.

Fernando FRANCO



LA ACEITUNERA

Novela de M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(Conclusión).

—¿Por qué? ¡Si hubieras hecho alguna cosa mala! ¿No estuviste á mi lado hasta que desperté, para contarme, riéndote, lo que hiciste? ¿No te alejabas con aquella gran risa, dándome memorias para mi novio?... ¿Qué más quería yo?—¡Por Dios, mi amo!—rugía *Metrio*, queriéndose soltar.—¡Por Dios, que me muero!—Yo luchaba por retenerle é impedir que gritara. Mi corazón oprimíase; gruesas gotas de sudor bañaban mi piel. José Alonso repetía sumiso:

—¡Perdóname, *Parralita*!

—¡Que te perdone! ¿Me hiciste algo?—añadió *Parralita*, riéndose.—Seguí tu consejo. No le di memorias tuyas á mi novio, porque nombrándote os hubiera comprometido á los dos; os hubiérais buscado, os hubiérais matado; pero le conté lo que me pasaba; se lo conté, y no quiso creerme. ¡Puede venir la deshonra sobre una mujer, de tantas maneras! Se quedó con sus dudas... Yo me quedé con mis alegrías. Ya lo estás viendo; está ahí ¡ahí!... En el cortijo. Ni me mira ni me habla... Y yo, ¡buscándote! ¡buscándote siempre!

—¡Buscándome!—exclamó José Alonso, con necio orgullo, olvidando el perdón que demandaba por la vileza cometida.

—¡Buscándote!—repitió ella, riendo aún.—¡Como que tenías que hacer algo en el mundo todavía! Pero no daba contigo... Para que veas; y de pronto, nos hemos encontrado aquí... ¡Aquí!... ¡Y con *Metrio*!—añadió *Parralita*, con una insistencia extraña.—¡Qué cosa tan particular!

—¿Y qué tenía yo que hacer? ¡Dímelo, dímelo; verás que pronto!—exclamó el mozuelo, feliz con la idea de que los cargos iban á terminar.

—Poca cosa; hacerle ver á *Metrio*,... probarle tú mismo, que yo no le había engañado.

—¿Hacer yo eso?—exclamó José Alonso con rabia.

—Hacerlo, sí; y en seguida, darte yo mi recompensa... ¡Si tú no sabes, loco,—añadió con acento apasionadísimo,—lo que te tengo yo guardado!

—¿Y cómo lo haré?—preguntó José Alonso, sin saber lo que decía.

—Confesándolo aquí. ¿Lo oyes? Confesándolo en voz alta, como si él estuviera oyéndote; ya ves qué poco; con eso me contentaré; es una manía; pero luego... ¡Ya verás luego! ¡Confiésalo! ¡Confiésalo, José Alonso!

Y José Alonso, con voz vibrante, como salida de unos labios de metal fundido y á impulsos de un poder superior é irresistible, vencido, sugestionado, gritó:

—¡Sí, lo confieso! ¡Yo lo hice! ¡Yo cometí la mala acción contigo, porque me despreciabas siempre y porque juré vengarme!—Y de pronto, en un arranque misterioso, como si creyese estar hablando con su rival infortunadísimo, añadió con rabia poderosa: —¿Lo sabes, *Metrio*? ¡Yo fuí! *¡Metrio! ¡Metrio!* ¿Lo sabes?

Lo que sucedió entonces, fué rápido, espantoso: *Parralita* lanzó un grito salvaje de placer. *Metrio*, desprendiáse de mí, forcejeando como un león. *Parralita* rugía al otro lado de la peña:—¿Lo oyes, *Metrio*? ¿Ves como no te engañé? ¿Lo oyes? ¡Si para eso lo traje aquí! ¡Si para eso te traje á ti también, sin hablar contigo siquiera! — José Alonso, como perdida la razón, lanzóse á *Parralita*; *Metrio*, en una sacudida horrible, se desprendió de mí; pero, aunque estaba José Alonso tan cerca de él, y aunque él se precipitó á su enemigo como un rayo, *Parralita*, rápida como el rayo también, había tenido tiempo de sepultar antes, por tres veces, su enorme cuchillo, en el pecho de José Alonso, gritando á cada golpe, con clamor horrible de lágrimas y furia:

—¡Por tu traición! ¡Por mi honra! ¡Por el penar de mi *Metrio*!

José Alonso, cayó á la *Cárcava*, sin dar un grito; fué rebotando de roca en roca con golpes horribles y se oyó al fin un zumbido espantoso en las aguas. El cuchillo se fué con él dentro de su carne.

Metrio y yo, corrimos á *Parrala;* estaba en el suelo como sin vida. La llevamos entre los dos á *Las Palomas*. En aquel mismo instante, salí para la ciudad con *Metrio*, dejando á *Parralita* muy recomendada á los capataces. Desde Córdoba mandé médicos. Estuvo á la muerte muchos días.

En Córdoba trabajé lo indecible. Hubo cabildeos, declaraciones, idas y venidas; pero, por último, salí vencedor. A José Alonso se le sacó de la *Cárcava* como Dios quiso y fué enterrado. A *Parralita*, no la molestó nadie. Cuando se puso buena, hubo casorio y bastante bulla. Mi mujer y yo, fuímos los padrinos.

Parralita y *Metrio*,—mis capataces de *La Dehesilla*, son hoy, como antes lo fueron, dos buenas personas que viven felices, con un chiquitín que es un diablo, pero un diablo lindísimo y juguetón; que se arrastra por aquellas eras, como una florecilla del campo que barre el viento.

No voy mucho á *La Dehesilla*, pero cuando voy y recae la conversación sobre cierta historia, y *Parralita* muda entonces y pálida de terror, coge mis manos y las besa y las moja con sus lágrimas, ¿por qué no decirlo? me conceptúo feliz. Esta felicidad no me impide ver á *Metrio*. *Metrio*, vuelve el rostro, para ocultar su emoción y estampa un beso que suena como un tiro en la boca risueña de la florecilla del campo.

FIN

Ilustraciones de Pablo Béjar.

EL HAZ DE CAÑAS

(FACETA)

Había en una aldea un mocetón fornido, bruto como un alcornoque, que no sabía que las fuerzas sirven para trabajar y no para reñir. Su brutalidad nativa inducíale á pelearse de continuo y era el terror de los demás mozos y el escándalo de hombres y mujeres. Un día que el alguacil quiso reprenderle, trabó conocimiento con sus puños de jayán y desde entonces campó por sus respetos.

En el mismo pueblo habitaba un chico muy listo, muy bondadoso, muy querido de sus iguales y de sus superiores.

Quejábanse un día en su presencia de los desafueros del jayán cinco ó seis muchachos á quienes había dado un soberano pie de paliza por un quítame allá esas pajas. Todos convenían en que aquello era intolerable, pero convenían también en que era preciso sufrirlo, bien así como se sufre una epidemia ó una sequía.

—¿Creéis que el mal no tiene remedio?

—Tal creemos.

El chico listo, que era quien había hecho la pregunta, dirigiéndose á los demás y señalando un haz de cañas que había junto á ellos, dijo:

—Coged una de estas cañas y probad á romperla.

Hizo la prueba uno de los oyentes y sin esfuerzo rompió la caña.

—¿Cuál es el más forzudo de vosotros?

—Yo,—contestó uno.

—Bien. Coge seis cañas á la vez y rómpelas.

—Ya está,—contestó de allí á un rato el que hiciera la prueba, rojo y jadeante aún, por el esfuerzo que hiciera.

—¿Te atreverías á romper doble número de cañas á la vez?

—No.

—¿Y á romper el haz entero?

—Ni por pienso.

—Pues ahí tenéis el remedio que buscáis. El que os aterroriza y os doma, lo hace porque sabe que puede pelear con vosotros uno á uno. Tomad ejemplo del haz de cañas. Preste cada uno de vosotros á los demás su fuerza; uníos para un fin común y no habrá quien se atreva con vosotros.

Surtió efecto el consejo y, en lo sucesivo, el matamoros se convirtió en mansa oveja.

* * *



Fot. de Napoleón.

Señorita doña Enriqueta Fabregat y Pérez.
Autora de la pieza musical que acompaña al presente número.



FLORISTAS SEVILLANAS — Cuadro de Ricardo Brugada.



EL ALEGRE PRISIONERO — Cuadro de Tomás Muñoz Lucena.



EL HERRERO HULLUS

En el libro, en el lienzo y en la escena se ha descrito hasta la saciedad, en tonos magistrales, con pinceladas vigorosas y con acentos conmovedores el cuadro tristísimo de la miseria del hogar, de un hogar sin pan y con niños, de una miseria sin esperanzas de redención. Este cuadro, pero con tonos señaladamente sombríos, presentaba la triste morada de Juan Hullus, al mediar el siglo XI.

Hullus era un herrero inteligente, honrado, trabajador infatigable, buen padre, buen esposo, creyente convencido y cristiano de la vieja cepa. Tantas y tan buenas cualidades no le redimían de la miseria que, con frecuencia, se alojaba en su casa como huésped molesto. Cuando transcurrían semanas enteras sin que Hullus encendiera su fragua y venían consiguientemente eslabonados los días sin pan, el herrero no maldecía su destino, ni procuraba olvidar sus penas, como tantos otros, en los goces de la taberna; siempre animado por la fe y por la esperanza, corría la población entera buscando trabajo y, si no lo encontraba, volvía á su fábrica, en donde, encerrado, entregábase á un llanto silencioso é invocaba en sus oraciones á San Lamberto, patrón de Lieja, en quien Hullus ponía toda su confianza.

Era el día 1.º de Noviembre del año 1049.

Apenas comenzaba á despuntar la aurora, cuando el prolongado tañido de una campana que tocaba el *Angelus* despertó al herrero de sus meditaciones.

Hacía muchos días que los tres hijos de Hullus no habían visto el fuego, á pesar del horrible frío que se dejaba sentir en el lóbrego camaranchón, agrietado, desnudo y sin cristales. Los infelices llevaban muchas horas sin alimento alguno, sin un pedazo de pan duro que roer; lloraban en silencio, acurrucados en un rincón, ateridos de frío y defendiéndose de él con cuatro malos harapos. La madre contenía sus sollozos para no afligir más á sus hijos y aumentar la pesadumbre del herrero, quien, sentado en el suelo, tapábase el rostro con las manos, ocultando gruesos lagrimones que rodaban por sus huesudas mejillas.

Dejóse oir el tercer toque del *Angelus*. Antes de que su vibración conmovedora se apagase, Hullus se levantó y con paso torpe y pesado, entumecidos los miembros, estropeado el cuerpo por una noche de hambre, de frío y de insomnio, salió á la calle, alimentando una vaga esperanza de consuelo.

Creyente devoto, encaminóse seguidamente á la iglesia de San Pablo, que guardan encerrados en una urna, los restos mortales de San Lamberto.

Como día de Todos los Santos y fiel á su tradición, la naturaleza vestía los más tristes ropajes de una triste otoñada: la niebla del río Meuse que baña á Lieja, una fría niebla que se diluía en gotas de helado rocío, envolvía las calles en triste penumbra; las campanas que á intervalos rompían el silencio y cuyas notas parecían lamentos de dolor que el mundo cristiano exhala por las almas de los que fueron, aumentaban la tristeza de aquel despertar del día.

Hullus penetró en la iglesia resueltamente y fué á colocarse delante de la urna del Santo en aquellas frías, obscuras y desiertas bóvedas. Allí, de rodillas, humillada la cabeza sobre el pecho y entre lágrimas, suspiros y sollozos, el sencillo herrero pedía con fervorosa piedad al Santo descendiese á la desnuda buhardilla y llevase un pedazo de pan á las desconsoladas criaturas.

Largas horas permaneció Hullus en la iglesia entregado á la oración y á piadosas meditaciones.

Al salir del sagrado recinto era ya más de medio día; en la calle, y por primera vez en su vida, aun cuando se hallaba curtido en los sufrimientos de la miseria, sintió herido su corazón por la punzante espina de la envidia, viendo cómo sus convecinos, vestidos á toda gala, se disponían á dar buena cuenta de una comida suculenta y abundante que no se amargaría por el recuerdo de los muertos á quienes, según Hullus, podía honrarse con el estómago repleto. A través de los cristales de hosterías, tabernas y figones, miraba con fruición los platos cargados de viandas codimentadas, pensando que aquellos manjares suponían tal vez un derroche y que, mientras los barrigudos patronos y los obreros afortunados embanastaban sendos trozos de carne, su mujer y sus hijos continuarían gimiendo en la buhardilla desamueblada, rechinando de frío, rumiando por la sed devoradora que sigue al hambre. Así pensando, aumentaba su coraje, le subían desde el corazón á los ojos oleadas de rabia, se le crispaban los puños, el vértigo de la desesperación loca iba apoderándose de su cerebro y cuanto más se olvidaba de San Lamberto tanto más se acercaba á las puertas del crimen, dispuesto á descargar sobre cualquier inocente y como maza de hierro fundido todas las lágrimas de su mujer y de sus hijos, acopiadas en un año de privaciones, en un mes de necesidad, en ocho días de hambre.

Un golpecito amistoso dado en la espalda á Hullus bastó acaso para salvar á un creyente. Volvió nuestro herrero la cabeza, hosca y brillante la mirada, y encontróse con un mercader de paños, grande amigo suyo desde la infancia y á quien no veía hacía largos años.

—¡Pobre Hullus! ¡qué triste estás!—le dijo el mercader adivinando la verdad por el semblante iracundo y por el destrozado arreo del herrero.

—¡No!... Pensaba... ya ves... como es hoy el santo de los muertos... y los vivos se entregan al placer... me indignaba... porque...

Y cuanto más hablaba el herrero, más colegía el pañero, por las vaguedades é inherencias de su amigo, que á éste le taladraba el cerebro un pensamiento amargo.

—Vaya, ven, ven conmigo y deja para otra ocasión esas honradas filosofías. Entremos en la taberna á beber algunas jarras de cerveza y á charlar de las travesuras de nuestra infancia.

Hullus se resistió; recordó á su familia que le esperaba, que acaso tenía puesto el oído en la escalera esperando la brusca aparición del pan llovido del cielo por providencia milagrosa, arrancado á la limosna á cambio de un girón de vergüenza; pero, fuese como fuese, pan al fin. Al representarse tal cuadro en su imaginación, pensó que sería un crimen abandonarse á los goces de la taberna mientras los suyos padecían y esperaban; pero tanto y con tan melosas frases le instó el pañero, y, por otro lado, era Hullus tan aficionado á la cerveza... que al fin cedió.

Las tabernas de Lieja rebosaban de consumidores, no porque lo des-

apacible del día obligase á buscar un refugio en ellas, sino porque tal era la costumbre.

Por extraño que parezca, es cierto que los pueblos cristianos ofrecen raros contrastes en sus costumbres. La de honrar la memoria de los muertos comiendo, bebiendo y cantando, no es privativa sólo de los moradores de Lieja y de otras poblaciones de Bélgica. En España, en algunas provincias del Norte, es tradicional la merienda de Todos los Santos, como es también tradicional la cena de media noche junto al alumbrado cuerpo del difunto cuando éste tenía en vida el carácter de jefe de familia. Es dudoso que la costumbre de visitar las tabernas en la tarde de Todos los Santos la importaran á nuestra patria aquellos soldadazos de nuestros gloriosos tercios al volver de Flandes; pero sí es positivo que esa especie de cena fúnebre, al lado de las velas amarillas que iluminan el cadáver, celebrada con un panegírico en que alternan la risa, el llanto y las libaciones, data de aquellos remotísimos tiempos en que los éuskaros levantaban sus tiendas en los bosques de las más altas montañas.

Hullus pertenecía al grupo siempre inmenso de los mantenedores convencidos de la vieja tradición; la embriaguez no perdía en él su carácter de accidente, de acto inconsciente que no se oponía á sus creencias religiosas; antes bien, éstas se exaltaban con los vapores de la bebida y provocaban visibles enternecimientos. «El cristiano viejo quiere vino añejo» decían nuestros antepasados del mismo siglo en que vegetó Hullus; y la embriaguez producida por el vino determinaba en ellos más ardor bélico en la defensa de los principios religiosos.

Entre repetidas profesiones de fe, entre multiplicadas expansiones de la esperanza, Hullus menudeó los sendos tragos de la buena cerveza flamenca y pasó largas horas entregado á los placeres de la libación y á las confidencias de la amistad.

Cuando nuestro herrero abandonó la taberna, era ya de noche. Salía enteramente aturdido por los vapores de la cerveza y olvidado de su familia. Una lluvia menuda, fría y penetrante enfangaba el piso de las calles y traspasaba las ropas hasta dejar aterido el cuerpo. El brusco cambio de temperatura despertó la razón de Hullus, embotada por la bebida.

—He olvidado el cuadro triste de la desolación de mi familia,—murmuró, al recordar su situación,—soy un padre indigno, un mal esposo.

Atormentado por esta idea, incrustada en su cerebro con la tenacidad y fijeza de un remordimiento, pronto el delirio se apoderó de aquella cabeza debilitada por el prolongado sufrimiento de muchos días. Taladrado su corazón por la pena, desatentado, loco, vagando sin norte ni ventura, corrió la población entera. Luchaba su fe con la desesperación, su hombría de bien con su remordimiento, y entre invocaciones salidas de los labios y deprecaciones que se revolvían en su cerebro desequilibrado, llegó á orillas del Meuse.

El rumor vago de la corriente, la obscuridad, más bien la negrura de aquella noche, la soledad de aquel paraje y sobre todo la disposición de ánimo de Hullus, hicieron concebir al herrero la idea del suicidio.

Disponíase ya á depositar en las aguas el secreto de sus miserias y sufrimientos... Un segundo más y el honrado trabajador hubiera borrado con un crimen toda una leyenda de abnegaciones y de virtud.

Pero, en el mismo instante en que Hullus se inclinaba al borde de la orilla, surgió de las sombras la figura de un hombre respetable que, tocando en el hombro al infeliz, le dijo:

—¿Me invocas, y sin embargo pierdes la fe que en mí tenías?... Encamina tus pasos á la vecina montaña donde habitan solitarios los monjes consagrados á la oración; no detengas tu marcha hasta que encuentres un montón de nieve; una vez allí, cava con ahinco, profundiza hasta que tu pico tropiece con un cuerpo muy duro; verás entonces una piedra negra como tus pesares, brillante como tu fe; esa piedra hará en tu fragua el mejor fuego que se haya visto jamás y te dará la fortuna.

Chispeantes los ojos por los vapores de la cerveza y moviéndose espontáneamente dentro de sus ojos, Hullus escuchaba con admiración las palabras de la noble y respetuosa aparición. Borróse ésta y el herrero, comprimiéndose las sienes, exclamó:

—¿Es un sueño ó es una realidad lo que he visto y escuchado? ¿No es mi pobre razón que estalla por el exceso del dolor ó que se trastorna por los vapores de la bebida? Pero no; yo he visto su porte majestuoso, su figura respetable...

Animado por la fe, dirígese Hullus á su casa, ármase de azadón, saco y linterna, sale de la ciudad en el silencio de la noche y pronto la silueta del herrero se pierde en las sombras de la montaña. Sube, sube fatigado, más por las ansias del anhelo que por el cansancio físico, llega al montón de nieve, cava con ardor indecible y al poco rato ya su saco contiene una gran cantidad de piedra negruzca y reluciente.

Cuando, á la siguiente mañana la esposa de Hullus se dirige á la fragua con ánimo de increparle por su criminal abandono del día anterior, quédase atónita contemplando los resplandores de un fuego más vivo, más intenso que el acostumbrado.

Ennegrecido, sudando, con movimientos de energúmeno, Hullus agitaba febrilmente la cuerda del gran fuelle y cantaba como Estentor en medio de una tempestad de fuego.

Ya tenían pan sus hijos y su mujer; ya no vendrían más aquellos días de horrible pesadumbre.

No tardó mucho en divulgarse la noticia del descubrimiento de un carbón maravilloso; de Lieja y de sus contornos acudían en peregrinación las gentes, ansiosas de ver el prodigio, deseando poseer la piedra negra y brillante.

Cuando el carbón se generalizó, Hullus era ya rico. Agradecido á San Lamberto, construyó para éste una urna de oro que pasa hoy por una de las maravillas que encierra la industriosa Lieja.

Aquel carbón tomó el nombre de carbón de piedra y no tardó en hacerse una necesidad para la industria; pero, en obsequio al descubridor, cambióse después el nombre de carbón de piedra por el de *hulla* con que hoy lo conocemos.

Si la fe no hubiese animado á Hullus, si lo que juzgó realmente aparición, lo creyera visión fantástica de un sueño exaltado por los vapores de la cerveza, tal vez hoy la industria, falta de ese combustible, no hubiese llegado á adquirir las gigantescas proporciones que ha tomado; tal vez la existencia del carbón de piedra fuese todavía un secreto encerrado en las profundas entrañas de la tierra; acaso no se levantarían los ejércitos de chimeneas de New-Yorck, de Liverpool, de Manchester, de Lieja y de Barcelona, ni subiría hasta el cielo la oración del trabajo envuelta en humo, ni se multiplicarían las fraguas de Vulcano en donde se agitan los hombres, convirtiendo las chispas del carbón en pan bendito.

José OSÉS LARUMBE





CANTO QUINTO

Ya invierno con sus nieves los montes ha cubierto,
ya arroja sobre el llano sus hielos con furor;
el que era fértil prado, es ya páramo yerto,
escarcha es el rocío, el valle está desierto,
sin pájaros ni flores, perfumes ni color.

El lobo carnicero aulla enfurecido,
bajando de la sierra famélico y febril;
lejana la corneja da al viento su graznido,
sus alas bate el cuervo y lúgubre silbido
delata la rastrera presencia del reptil.

Si el sol vence á las nieblas rasgando sus crespones,
despéñanse furiosos, en vértigo infernal,
aludes y avalanchas de mónstruas proporciones;
ablándanse los témpanos, cascajos y terrones,
y el campo es cenagoso, inmundo lodazal.

Si encima de la nieve los rayos se reflejan
de luna entrevelada por triste palidez,
espectros y fantasmas los árboles semejan,
enjutos esqueletos que sus mortajas dejan,
haciendo alarde impío de torpe desnudez.

En tarde obscura y fría, de rústica cabaña
anciano venerable está junto al hogar;
más blanca que la nieve cuajada en la montaña
ostenta su cabeza en que, con ruda saña,
trazaron hondos surcos los años y el pesar.

Su lánguida mirada desmiente al rostro enjuto,
suspiro entrecortado del pecho es delator,
si lágrimas no brotan, el alma viste luto,
que todo cuanto amaba pagó el común tributo,
llevándose la dicha, dejándole el dolor.

Perdido, solitario, camina silencioso
en un continuo invierno... ¡pues tal es la vejez!
y espera que á su oído el ángel del reposo
murmure con benévolo acento cariñoso,
que de partir es hora, que al fin llegó su vez.

Se hiela... mas aún siente del alma los latidos,
que así como la llama le presta su calor,
del cuerpo reanimando los miembros ateridos,
al fuego de recuerdos pasados, nó perdidos,
su corazón revive, reanímase el amor.

¡Recuerdos!... ¡siemprevivas de fúnebre corona!
¡brillantes engarzados en carcomida sién!
el viejo los coordina, sus himnos les entona,
los acaricia amante y á ellos se abandona
que, báculo postrero, le sirven de sostén.

¡Recuerdos!... ígneos rayos, á cuyos resplandores
se abarca cuanto ha sido y nunca volverá;
conjunto de placeres, reflejo de dolores,
compendio venturoso de todos los amores,
resumen de una vida que agonizando está.

¡Bien hayan los recuerdos! ¡tesoro de elocuencia
que del ingrato olvido quebranta la mudez!:
¡en paz descanse el justo que, al fin de su existencia,
sin uno que torture, que amargue su conciencia,
espera en su sepulcro la voz del Sumo Juez!

Orlado por Gaspar Camps.

Véase los números 105, 109, 112, 115 y 117.

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Cristóbal Colón ó *Colombus*, el afortunado descubridor del Nuevo Mundo, vió la primera luz en Génova, el año 1436; pero su verdadera cuna y patria fué España, la nación generosa que le amparó en su proyecto, que tuvo fe en su empresa y que le prestó los medios para realizarla.

Dedicado desde niño al estudio de las matemáticas y de la cosmografía, después de haber recorrido todo el mundo conocido entonces, establecióse en Lisboa en compañía de su hermano Bartolomé, casándose en esa ciudad con la hija de un hábil y experto marino que había logrado llevar á cabo muchas y muy importantes exploraciones.

Estudió con la atención del navegante y el afán del descubridor, los mapas y cartas geográfica de su suegro; siguió una extensa y crudísima correspondencia con el ilustre florentino Pablo Toscanelli, uno de los hombres más sabios de su tiempo, buscando siempre el camino que por Occidente le llevase á las Indias Orientales, sin doblar el Cabo de Buena Esperanza, sin poder encontrar en la incompleta cosmografía del siglo XV la luz que debía guiarle, luz que Colón llevaba en su hermoso cerebro.

En busca del camino que le llevase hasta las tierras vírgenes que veía en su mente, llenas de montañas con riquísimos metales, de caudalosos ríos que arrastraban arenas de oro, de valles fertilísimos, hizo diversos viajes, procurando mover, no el corazón, pero sí la codicia de las repúblicas de Génova y Venecia y del reino de Portugal.

—No hay tierra más allá del mundo conocido,—repetían los gobiernos haciéndose eco del parecer de los sabios que, unánimes, calificaban de locura los planes del marino.

Una voz secreta hizo á Colón venir á España, y una hada misteriosa condújole al Monasterio de Santa María de la Rábida, mendigando un pedazo de pan y un vaso de agua no para él, para su inocente hijo (1486). El guardián del convento, Fray Juan Pérez de Marchena, dolido de su miserable estado, se apresuró á socorrerle, y quiso conocer su rara historia, que escuchó con lágrimas en los ojos. Admirado de los proyectos de Colón, y deseoso de que España fuese la nación que realizase el prodigio de descubrir un Nuevo Mundo, dióle una carta de recomendación para el confesor de Doña Isabel la *Católica*. La gran Reina le escuchó atentamente, y mandó juntar en Salamanca una asamblea de astrónomos y cosmógrafos, la cual dió por *vanos é imposibles* los planes de aquel pobre hombre que tenía al parecer, más de aventurero y de mendigo, que de marinero y de sabio. Pero aquellos ilustres *sabios* se equivocaron, y su oposición no hizo más que paralizar tan grande empresa, como la negra sombra no hace más que obscurecer por unos instantes los rayos del sol.



PRIMER DESEMBARQUE DE CRISTÓBAL COLÓN EN AMÉRICA

Cuadro de D. Puebla. — *Fot. de J. Laurent y C.ª* (Madrid).

Siete años de penalidades sin cuento, de humillaciones sin número, de miserias inenarrables, trajeron de nuevo á Colón al Monasterio de la Rábida, en busca de su hijo, dispuesto á salir de España. Opúsose el P. Marchena, y con esa fe que horada las montañas y salva los torrentes, partió para la Corte, habló con Doña Isabel, trasmitióla su fe, y la magnánima Reina mandó llamar á Colón, y no encontrándose con recursos para llevar á cabo la soñada empresa, decidió realizarla, *empeñando para ello sus joyas*.

Una vez contando con la cantidad necesaria, Cristóbal Colón, ayudado eficazmente por los hermanos Martín y Vicente Pinzón que, entusiasmados con la idea, pusieron á su dispocición sus bienes, su crédito como navegante y hasta sus vidas, logrando el enganche de los marineros necesarios,—dispuso las tres famosas carabelas, la *Pinta* y la *Niña* que mandaban Martín y Vicente y la *Santa María* que hacía de capitana,—saliendo del puerto de Palos de Moguer el inolvidable 3 de Agosto de 1492.

Nuevas luchas debía sostener Colón antes de llevar á cabo su empresa. Los marineros enganchados para la expedición, dudaron y temieron al ver los muchos días que llevaban de viaje sin descubrir la tierra prometida, sublevándose por último, y exigiendo del almirante la vuelta á Castilla. Colón tuvo que apelar el halago, á la amenaza, á la súplica, para reducirles á la obediencia. Al fin, y después de *sesenta* y *cinco días* de navegación, vióse la ansiada, la prometida *tierra*, produciendo en Colón y en los expedicionarios el júbilo que es de suponer.

El desembarco del almirante y sus compañeros, aquel acto á la vez tan grande y sencillo, acto de inmensa trascendencia, que debía cambiar la marcha de la humanidad, es el asunto del cuadro de don Dioscoso Puebla que hoy figura en el Museo Nacional y con el que honramos Album Salón.

Conocidas son las vejaciones, calumnias y hasta prisiones de que Colón fué víctima después de realizar su colosal empresa. ¡Ah, es que empresas de tal magnitud, no se llevan á cabo sin muchos dolores, dolores que parecen ser como el sello de su grandeza!

Muerta su noble protectora la reina Doña Isabel, las recompensas que luego obtuvo, verdaderos actos de justicia, no pudieron impedir que el insigne marino falleciera en Valladolid el día 20 de Mayo del año 1506 en la más espantosa miseria y en el más cruel abandono.

El hombre que realizó la obra quizá más grande que registra la historia de la humanidad, aquel que lucía por mote en su escudo el glorioso lema,

«Por Castilla y por León
Nuevo Mundo halló Colón,»

escribía desde Cádiz:

—Las calumnias de hombres infames me han hecho más daño que me han aprovechado todos mis servicios. . . . . si quiero comer ó dormir, tengo que llamar á la puerta de una hostería y muchas veces no puedo pagar ni mi comida ni mi sueño.

Sus restos mortales han vagado de Valladolid á Sevilla, de Sevilla á la Isla Española, de la Isla Española á la Habana.

¡Qué importa que sus restos mortales se encierren en un pequeño sepulcro si no hay lugar bastante grande en la tierra para el genio de aquel hombre inmortal que dió al mundo la cuarta parte de la tierra conocida!

E. RODRÍGUEZ-SOLIS



UNA DE ROMPE Y RASGA



PALACIO CONTARINI — VENECIA (ESTUDIO).

Salón Parés.

DOMINGO FERNANDEZ Y GONZALEZ

Unicamente á título de presentación, por ser la vez primera que nos cabe la honra de reproducir en nuestra Revista alguna de las bellísimas creaciones de este distinguido pintor, le consagramos las presentes líneas, que ni tienen carácter de crítica ni pretensiones de añadir un solo quilate á su bien cimentada reputación.

Hay artistas sobre los cuales no es necesario llamar la atención del público, porque, dotados de un mérito superior, se imponen desde luego, se revelan en la más insignificante de sus obras.

Tal le sucede á Fernández y González, poco conocido hasta ahora de los barceloneses y á quien ha bastado una pequeña presentación de estudios y bocetos en el Salón Parés, para acreditarse de consumado maestro. ¡Lástima grande que en élla no haya podido figurar ninguno de los cuadros de verdadero empeño con que sus inspirados pinceles han enriquecido el arte nacional y que, según noticias, se disputan los *amateurs* extranjeros, cotizándolos á precios que asustarían á nuestros capitalistas; pero, como por el hilo se saca el ovillo, en esa modesta exhibición han encontrado reunidas los inteligentes, todas las cualidades y prerrogativas que el genio concede exclusivamente á sus elegidos.

Establecido en Roma desde el año 1887, en que fué allí pensionado por la Diputación provincial de Sevilla, donde vió la luz primera y pasó su juventud consagrándose desde niño al estudio de la pintura, para el que se le reconocían felices disposiciones, puede decirse que Italia es su segunda patria; pues en aquel ambiente saturado de poesía, aromatizado por el recuerdo de tantas y tantas celebridades artísticas, perfeccionó su natural talento y alcanzó envidiables triunfos, de que otros menos modestos se mostrarían legítimamente orgullosos.

El deseo natural de abrazar á la familia y mitigar en su seno la nostalgia de la ausencia, le trae de vez en cuando á su España querida; y á esta circunstancia debemos el placer de haberle tratado ahora, durante su accidental estancia en esta ciudad; placer del que, gracias á la galantería con que el señor Fernández y González ha accedido á nuestras reiteradas instancias, participarán no poco los suscriptores al Album Salón, apreciando en todo su valor al mérito indiscutible de los originales que dicho señor se ha servido facilitarnos para ser reproducidos en este número.

Y cuenta que, al igual de lo manifestado antes con referencia al Salón Parés, los que engalanan nuestras páginas no pasan de ligeros estudios ó notas de color, excepción hecha de *El viático*, que figura en la doble página, y de los titulados *La lección de guitarra* y *La partida de ajedrez*, que hemos podido reproducir en negro, merced á las fotografías que conserva el autor.

Aparte de que todos ellos avaloran la firma, los tres citados, — únicos que el señor Fernández y González nos ha permitido calificar de cuadros, — acreditan de un modo evidente la mano experta que los ha trazado y la potencia creadora de la imaginación que los ha concebido.

Activo por temperamento é idólatra del arte, su vida está enteramente consagrada al trabajo; y lo mismo allá, en su taller, que cuando viaja, la paleta y los pinceles son sus inseparables compañeros; tanto, que ha aprovechado muy de veras el poco tiempo que lleva de residen-



LA LECCIÓN DE GUITARRA — Cuadro de Domingo Fernández y González.

cia entre nosotros, haciendo, por encargo de personas que deseaban adquirirlas, algunas copias de los estudios antes citados; tomando apuntes de curiosidades artísticas, entre las muchas que encierra la capital; y trasladando al lienzo varias de las impresiones de color que á cada paso ofrecen los hermosos paisajes de sus alrededores.

A este último número pertenecen las tituladas *Vallcarca* y *El puerto de Barcelona*, que reproducimos también, y en las que, á pesar de la rapidez con que han sido ejecutadas, hay una riqueza de detalles admirable, dentro de una precisión que pudiéramos llamar matemática.

Seguramente, el señor Fernández y González sacará en su día gran partido de esos bocetos, convirtiéndolos en cuadros de verdadera importancia, celebrados como todos los suyos; porque no es de los que se duermen sobre sus laureles, sino, por el contrario, de los que profesan las saludables máximas de que la práctica constante conduce, en materia de arte, á la relativa perfección, y de que cuanta mayor fama adquiere el artista, tanto mayor empeño ha de poner en el trabajo, aunque de él no necesite, para legar al país en que ha nacido y á quien enaltecen los triunfos de sus hijos, un nombre glorioso que aumente el catálogo de sus legítimas glorias.

Cuantos en estos pocos días han tenido la satisfacción de conocer personalmente al señor Fernández y González han quedado prendados de su exquisita finura, de su palabra siempre fácil y exenta de afectación, de su trato afabilísimo, en que no se advierte ni sombra de vanidad; dotado de lo que vulgarmente se llama dón de gentes, se conquistará, de fijo, en todas partes, como en Barcelona, generales simpatías y buenas amistades.

Agradecido el Album Salón á las deferentes atenciones que le ha dispensado el señor Fernández y González, faltaría á un deber que considera sagrado, si no le rindiera este público testimonio de consideración y aprecio. Acéptelo cordialmente, como se lo ofrecemos, y reciba al propio tiempo nuestro sincero parabién por el favorable juicio que acerca de su obra han emitido unánimemente los críticos barceloneses y el selecto público que honra con su presencia las manifestaciones artísticas del Salón Parés. El señor Fernández y González dejará en breve la Ciudad de los Condes para, tras una transitoria parada en Madrid, pasar una temporada en Sevilla, al lado de los suyos, y volverse á Roma, en donde tiene su campo de operaciones. Deseámosle un feliz viaje y toda suerte de prosperidades en su brillante carrera.

* * *



ESTUDIO, de Domingo Fernández y González.

Salón Pares.



BAPTISTERIO DE SAN MARCOS (Venecia) — Estudio de Domingo Fernández y González. *Salón Parés*

DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



PUNTA DE TRAGARA — Isla Capri (Italia).

DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZALEZ



SAN LORENZO (Boceto).

EL ANGEL DE LA CARIDAD

Santiago Chías se hallaba en su taller, preparada la paleta y los pinceles, impaciente, nervioso, dado á todos los diablos. Su imaginación de artista exageraba las consecuencias que pudiera acarrearle la falta del modelo, en vano esperado durante dos sesiones seguidas.

—Inútil, completamente inútil,—murmuraba.—Seguro que hoy tampoco viene... Todas son lo mismo. . Sólo la necesidad que de ellas tenemos hace no sean tan aborrecibles como la peste... Habría de estar aquí, según su propia oferta, á las dos en punto y, no tardarán en sonar las cuatro, sin que haya parecido... Van ya veinte las veces que me hace la misma partida... ¡Ah!... si yo encontrara otra que tuviese sus brazos, ¡cómo me las pagaría todas juntas...! Nada; no tengo más remedio que el de echarme á la calle en busca de otro modelo, so pena de perder la paciencia y, lo que es peor, el cuadro...

Chías, para alentarse á sí mismo, comenzó á pintar con verdadero furor. Cuando al cabo de algunos minutos se inclinó hacia atrás para apreciar el efecto de su trabajo, desatóse en improperios contra sí propio.

—Soy un imbécil, un bruto; cualquier pintamonas lo haría mejor... Está visto... Esos brazos no van á salir á mi gusto... ¡Cá!... Imposible... Y ella sin venir... Otro día perdido; el cuadro estacionado, y yo sin paciencia para aguantar más...

Arrebatado por la cólera, arrojó paleta y pinceles al otro extremo del taller, diciendo:

—¡Dios de Dios! ¿A que resulta que hoy tampoco viene...?

En aquel instante, un campanillazo que oyó en la puerta, calmó su furor. Precipitóse sobre sus pinceles y paleta que volvió á empuñar, gritando, desde el fondo del taller:

—Adelante; empuje la puerta...

Se abrió la de entrada, apareciendo en ella la silueta, silenciosa y fría, de una hermanita de la caridad.

—Usted dispense, caballero,—profirió dulcemente.

—¿Qué se le ofrece?

—Una limosna para los huerfanitos pobres del Asilo.

El pintor quedó estupefacto, verdaderamente asombrado; dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo y, mirando con sarcasmo á la joven religiosa, repuso:

—¿Qué? ¿Qué ha dicho usted?

—Pido limosna para los huerfanitos...

—¡Bah! Déjeme usted de huérfanos, hermana; he de acabar mi trabajo y viene en un momento en el que yo también estoy abandonado, huérfano de esa modelito Adela, que el diablo cargue...



LA PARTIDA DE AJEDREZ — Cuadro de Domingo Fernández y González.

—Un segundo, nada importa, caballero. Deme usted algo, por poco que sea y me voy, — contestó la monjita, sin desconcertarse por el enojo del artista.

—¡Limosna...! Limosna me pide usted, cuando no tengo ni un perro chico... Como no lleve á esos huérfanos algún tubo de pintura ó de laca...

—Tal vez no recuerda eso, — replicó con igual tranquilidad la religiosa, señalando con la vista dos monedas de cinco pesetas, que había sobre un velador.—Pero yo no pido tanto... No, señor; no...

—¡Ah!; eso es el jornal de Adela, la modelo que espero; por tanto, no puedo desprenderme de ellos... Digo... á menos que usted pudiera reemplazarla...

La hermanita bajó los ojos y preguntó:

—¿Qué se ha de hacer para ganar...

—Casi nada; tener los brazos desnudos y colocarlos hacia adelante, con las manos juntas, en actitud suplicante. Si quiere probarlo... Es asunto de media hora escasa...

El pintor, en tanto, interrogaba con la vista á la joven entre esperanzado, sospechoso y lleno de ansiedad.

—¿Y me dará usted por ello?...

—Esas diez pesetas... Es decir, el jornal de Adela; pero la advierto que tiene unos brazos... Si usted los tuviera por el estilo....

La hermanita de los pobres, rápidamente y en voz muy baja, repuso:

—Durante el día de hoy, que toca á su fin, no he podido recoger nada. Ya se ve; nos hallamos en pleno verano y las personas caritativas están en el campo... Sin embargo, precisa alimentar, vestir y cuidar á los pequeñuelos... Por ellos, pues, voy á probar...

—¿De veras? — interrumpió el pintor con alegría infantil. — Pues nada, mientras yo arreglo mi paleta, puede usted prepararse ahí, detrás de ese biombo...

En medio del silencio sepulcral que sucedió á las últimas palabras del artista, oíase el ruido de las ropas y, al ser llamada la hermanita, presentóse tranquila, con el heroísmo propio de los mártires; las anchas mangas levantadas hasta los hombros, los brazos desnudos y las manos juntas. El pintor, silencioso y conmovido, la colocó, poniéndose á trabajar en seguida. Media hora escasa después, dando los últimos toques, satisfecho el artista, dijo:

—Ha sido usted mi providencia... Jamás he visto brazos tan hermosos, tan finos y tan blancos. El codo es soberbio, la muñeca ideal y la mano... ¡oh, qué Magdalena voy á sacar, gracias á usted! . . . .

. . . .

La hermanita recibió las diez pesetas en pago de su trabajo, diciendo, al par que se alejaba, silenciosa y fría:

—Gracias, en nombre de los huerfanitos pobres, caballero... que Dios se lo pague...

R. B. GIRÓN

DOMINGO FERNANDEZ Y GONZÁLEZ





EL VIÁTICO

Salón Parés.

DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



MERCADO DE FLORES

DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



VILLA BORGHESE (Roma)

SABIDURÍA ÁRABE

(FACETA)

RESPETA siempre el derecho de defensa. La acción que parece mas vituperable puede ser gloriosa. La intención más dañina la más noble. En el *Rimzan Mayah*, el libro inmortal de los beduínos, se canta la gloria sublime de Hescham ben Ahmed.

«El estandarte verde del Profeta esparce sombras de muerte sobre las tierras de Europa y centellean los rayos de la gloria entre sus pliegues sagrados para los islamitas.

»Pero mientras el gran Alí dispersa los ejércitos cristianos, como el viento de tempestad arroja á lo lejos el polvo impalpable en los alrededores de Stambul, un ejército enemigo se dirige hacia la fortaleza de Makeros, donde hay encerradas millares de vírgenes, bajo la salvaguardia de doscientos jinetes del desierto.

»No quieren éstos aguardar la acometida del enemigo. Montan en sus corceles raudos como el huracán y dicen al marchar: «Si véis aparecer el enemigo es que habremos muerto todos.»

»El ejército cristiano lo componen más de cincuenta mil combatientes. Pero con los doscientos islamitas combate el aliento invencible del Profeta, y antes de llegar á Makeros existe un desfiladero que corre entre ingentes rocas.

»Han pasado dos días. Las murallas donde muriera Jokhanan se coronaron de gente. Un pastor ha dicho que los cristianos han retrocedido dos veces, pero que al fin han pasado.



Fot. de J. Manetes.

IGNACIO GRAU

Autor de la pieza musical que acompaña al número.

»La puerta de la fortaleza aún está abierta. Las vírgenes, los viejos y los niños, se miran consternados. ¿Habrá sido profanado el suelo glorioso de la patria?

»Un niño avisa que á lo lejos se ve un hombre que llega á pie, apoyándose en un largo palo. No lleva albornoz ni alfanje. Será algún fugitivo que busca refugio en Makeros.

»El fugitivo se acerca. Está cubierto de polvo, como si hubiera caído muchas veces.

»De pronto se oye una maldición. Un viejo soldado advierte que en los pies del que huye brillan las espuelas de guerra. El sol poniente ilumina al miserable, que aparece rojo.

»—¡El color de la vergüenza cubre su cuerpo infame! grita un viejo.

»—¡Es Hescham-ben-Ahmed! —clama un niño.

»—¡Maldito, maldito!

»Las puertas de Makeros se cierran.

»—¡No corras tanto, valiente!

»—Nos deshonrarás la ciudad con tu presencia inmunda.

»Una virgen se adelanta. Es la prometida de Hescham. Este mira la puerta que se cierra, ve á la joven que se adelanta, que le lanza un puñado de barro, y extendiendo los brazos cae hacia atrás, ¡muerto!

»Hescham-ben-Ahmed era el mensajero glorioso que escogieron sus camaradas para llevar á Makeros la noticia de su muerte heroica, de su victoria sublime sobre cincuenta mil cristianos.

»Y Hescham-ben-Ahmed murió maldito por aquellos que le debían honra y vida y que le lloran eternamente. Pero Alah le ha recogido en su seno, y por una virgen sin fe halló miles de huríes que se disputan el amor del héroe. *¡Alah akbar!*

* * *



EL DIQUE DE BARCELONA, RECIENTEMENTE INAUGURADO

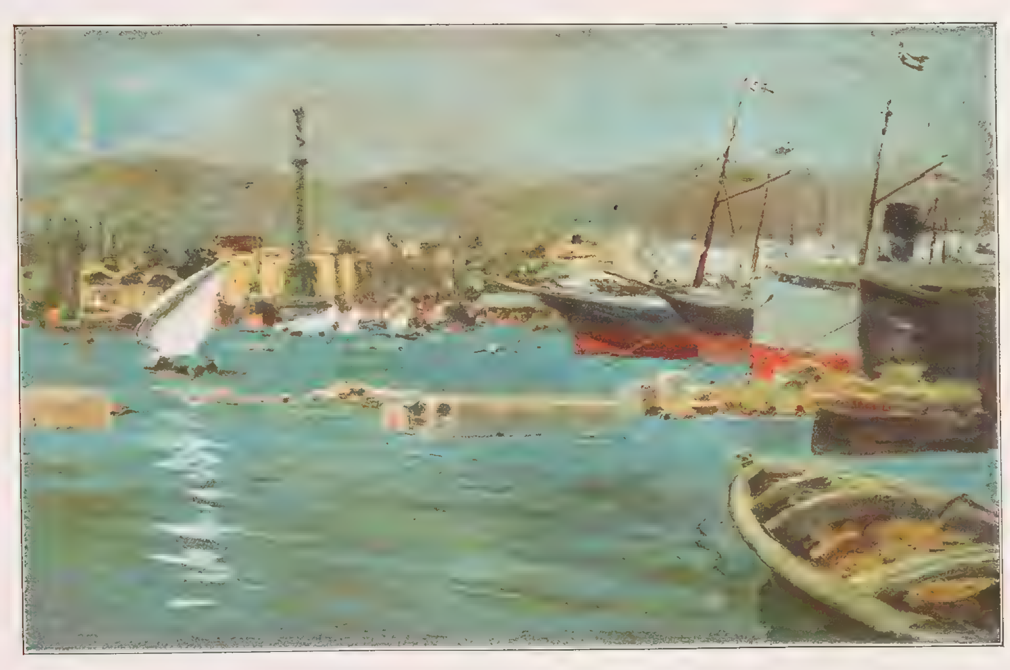
Instantánea de A. Merletti, para el ALBUM SALÓN

DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



VALLCARCA (Barcelona) — Impresión de color. *Salón Parés.*

DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



EL PUERTO DE BARCELONA — Impresión de color *Salón Parés.*

RAMÓN MIRALLES Y VILLALTA

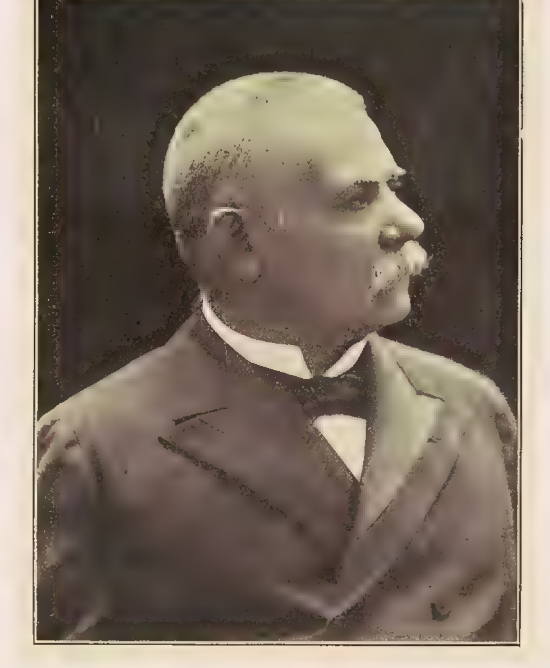
VEMOS á cada paso, en los actuales tiempos de desbarajuste social y político, hombres que, sin merecimientos conocidos, no perdonan medio de exhibirse, de exteriorizarse, en cuantas coyunturas se les presentan, deseosos de alcanzar una popularidad que les eleve algunos palmos sobre el nivel de su insignificancia. En cambio, otros que por sus meritorias cualidades son dignos en alto grado de general consideración y aprecio, se encierran modestamente en un retraimiento casi absoluto, bastándoles para vivir tranquilos y felices la satisfacción de su propia conciencia.

A aquéllos se les encuentra en todas partes, aunque siempre estén de sobra; á éstos hay que buscarlos con afán cuando se pretende ofrecerles el sitio que en justicia deben ocupar.

Así nos ha sucedido con la persona, ilustre por muchos conceptos, á quien ALBUM SALÓN dedica la presente página; pues nuestro propósito de ir rindiendo tributo á las muchas entidades de valía que han visto la luz en tierra española, ha luchado hasta ahora, por lo que se refiere á Miralles, con su repugnacia á todo género de exhibiciones.

Un reciente acto filantrópico de dicho señor, muy laudable en sí, pero seguramente inferior á los que de continuo brotan de su bondadoso corazón y que él cuida bien de ocultar, han dado á su nombre resonancia tal, que éste es ya del dominio público; nos cabe, en su consecuencia, el derecho de estamparlo á la cabeza de estas humildes líneas, y lo hacemos á palo seco, sin tratamiento alguno, tanto por considerarlo muestra de mayor cariño, cuanto por amoldarnos más á la característica modestia del que lo lleva.

Se trata de un paisano, al que nos liga, sino íntima amistad, una viva simpatía, lo cual podría hacer que nuestra pluma se quedara corta, ante el temor de parecer apasionada; preferimos, pues, según costumbre en ocasiones análogas, que la nota encomiástica venga de fuera, reproduciendo al efecto los siguientes parráfos de un artículo que en Marzo último publicó la importante revista madrileña *Patria Moderna;* sobre cûyo apasionamiento no habrá dudas y que desde luego aceptamos como propios.



Fot. de Napoleón.

Pocos hombres existen en Cataluña que gocen de mayores simpatías que las conquistadas por Ramón Miralles.

Hemos escrito simpatía, y nos parece pobre la palabra para expresar el efecto que por él sienten los vecinos de Sarriá: digamos admiración, porque el señor Miralles es casi un ídolo en aquel lindo y pintoresco pueblo.

Manda él en todos los corazones de sus conciudadanos; soberanía que vale mucho más que la que impone la fuerza.

Su historia es brillante; brillante, porque es la historia del hombre honrado que ama el trabajo y que por su propio esfuerzo conquista una hermosa posición social y un capital considerable. ¡Legítimo orgullo es éste, por ser empresa que no todos son capaces de realizar!

Nada debe al favoritismo ni á la influencia política, dos grandes males que padece la sociedad actual.

Preguntad á los vecinos de Sarriá por su alcalde; el nombre de don Ramón Miralles saldrá de sus labios entre alabanzas y elogios. Decid á cuantos conocen su vida laboriosa y honrada, si son ciertas de toda certeza las afirmaciones que aquí consignamos; ellos os contestarán que aún no le hacemos toda la justicia que él merece.

¡Ah, si existiesen en España muchos hombres como él, otro sería el estado actual de ella!

Es inútil que frente al Sr. Miralles los Gobiernos desdichados que nos rigen desde hace mucho tiempo, traten de imponer otro candidato para la presidencia de la Alcaldía; los vecinos de Sarriá sabrán imponer su voluntad; lo cual demuestra que contra la voluntad de los pueblos no existen leyes detentatorias á su derecho, y que esta voluntad sólo se conquista con la noble conducta que en todos sus actos ha desplegado el importante personaje á quien van dedicadas estas líneas.

Es razón que la gratitud haya nacido en todos los pechos de sus conciudadanos, porque durante el tiempo que lleva al frente del Municipio, y ya va para muchos años, ha emprendido reformas importantísimas y mejoras que reclamaban la higiene y el ornato público.

Puede decirse que no *hace política* el Sr. Miralles; pero hace otra cosa que vale más: hace administración; hace, si es preciso, el sacrificio de su tranquilidad y de sus propios intereses; hace, en una palabra, la felicidad de sus convecinos.

Tiene nuestro biografiado grandes posesiones; pero entre todas merece ser citada su hermosa «Quinta Juana», que sin duda es una de las más ricas de toda la comarca. Lleva el nombre de su esposa, dama de gran talento y virtud acrisolada.

Ella y D. Ramón ejercen la caridad cristiana y tienen la bendición de todos los desgraciados y menesterosos.

Hasta aquí el artículo de referencia. Desde entonces acá, Miralles ha realizado el acto filantrópico de que antes hicimos mención, prodigando eficaces auxilios al insigne cuanto infortunado poeta catalán, Mosen Jacinto Verdaguer, durante la enfermedad que le llevó prematuramente al sepulcro, y poniendo á su disposición la pintoresca *Villa Juana* que posee en Vallvidrera y en donde aquélla tuvo el fatal desenlace de que guardarán por largo tiempo triste recuerdo las amantes de nuestras glorias nacionales.

Para que todo en él sea extraordinario, Miralles acaba de dar una lección á los vanidosos de la tierra con un rasgo sublime del que acaso no exista otro ejemplo. La plazoleta del collado de Vallvidrera llevaba su nombre; á *indicación suya* y por acuerdo del Ayuntamiento que presidía, su nombre ha cambiado, y en la actualidad, la lápida colocada en ella ostenta esta inscripción: *Plaza de Mosen Jacinto Verdaguer.*

Ultimamente, cuando ese rasgo, que por sí solo basta para enaltecer á un hombre, había puesto dignísimo remate á su generosa obra, ha renunciado, con carácter de irrevocable, su cargo, sin duda para buscar en el descanso una compensación á las fatigas y desvelos que le ocasionaba; llevando á su voluntario retiro la íntima satisfacción de dejar floreciente el pueblo cuyo hijo predilecto es, y ¡caso raro! libre de toda deuda el erario municipal.

No le faltarán sucesores, y sucesores dignos, si, inspirándose en tan ejemplar modelo, siguen el derrotero que él les ha marcado; pero, por buenos y probos que éstos resulten, la personalidad más prestigiosa de Sarriá, mientras el cielo guarde su preciosa existencia, será siempre Ramón Miralles.

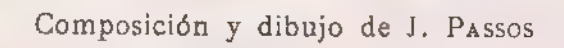
SALVADOR CARRERA

DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



ESTUDIO PARA UN CUADRO *Salón Parés.*

Album Salón á Verdaguer



Composición y dibujo de J. Passos

HOMENAJE Á JACINTO VERDAGUER

Día de luto fué para la literatura patria, aquel en que, prematuramente, pagó el común tributo á la tierra el insigne cantor de *La Atlántida,* con tanta justicia enaltecido por propios y extraños.

Las condiciones especiales del ALBUM SALÓN, sólo le permitieron de momento dar en el número inmediato una hoja suplementaria con el retrato del malogrado vate; acariciando, empero, la idea de consagrar después á su memoria, pues para honrar al mérito todo tiempo es oportuno, un número extraordinario, digno en lo posible de aquella alta y merecida reputación.

Nuestros deseos se han cumplido, cabiéndonos hoy la satisfacción de ofrecer al público estas hermosas páginas, inspiradas todas ellas en versos del insigne Verdaguer: versos que insertamos en catalán, para no desvirtuar su sabor y grandeza, y de los cuales damos á continuación una traducción libre que exprese con relativa fidelidad el pensamiento del autor.

(Página 215)

LA MUERTE DEL ESCOLANO

Todo llora de ayer acá en Montserrat, porque en aquel monasterio ha muerto un escolano . . . .
A enterrar lo llevan sus compañeros de coro
Los cantos funerales comienzan á entonar; . . .

(Página 216).

HESPERIS

Cuando, á medio cerrar el edificio, se reían ya del furor de las aguas, ven, á la claridad de resinosa tea, sierra abajo, entre torbellinos de espuma y maleza, huir al héroe; mas ¡ay! llevando en brazos á Hesperis, su hermosa madre.
Arrójanle las férreas alzaprimas y peñascos, y, arrastrados por las capas de tierra que ceden á la violencia de sus esfuerzos, descienden, como al mar los ríos, apoyando sus brazos en los troncos de plátano que les servían de palanca

(Página 217).

HACIA EL CALVARIO

Me dirigía yo al Calvario, por un camino sembrado de cruces ¡Cuántas espinas herían mis pies! ¡qué agonía la de mi corazón!
Cargado con la cruz, encontré al amor; quise ayudarle á llevar la suya; pero cuando á este intento le arrimé el hombro, me vi libre de la mía.

(Página 220).

¿POR QUÉ CANTAN LAS MADRES?

En un pequeño piso, el más humilde del callejón de la Cera, canta, como el pájaro en la estación primaveral, una gentil madre.
Canta una canción hermosa, la del *niño* y la *nodriza,* cuyo sonido alegra al hijo que tiene en brazos.
Su esposo, víctima de una apoplegía, yace extendido sobre vieja estera; ayer vendieron la cama, obligados por el hambre . . . .
La tierna criatura carece de cuna, la madre no tiene silla; pero canta como un ruiseñor, en tanto que su marido suspira.
—¿Por qué, esposa de mi corazón, cantas alegremente, cuando yo, sumido en la mayor tristeza, canto mis penas ¡ay! que son tantas? . . . . . .
Ya nunca volveré á ser útil para el trabajo; mi dolencia va siempre en aumento; camino hacia la sepultura y ¡ay! tú me acompañarás . . . . .
¿Y cantas? ¡Válgame Dios! ¿Quieres acaso que se ignore mi pena? ¿Por qué cantas, amor mío?
—¡Para que no llore nuestro hijo!

(Página 221

GALILEA

Una mañana, al despuntar la aurora, el buen Jesús asciende á la cumbre de la montaña en cuya falda tiene asiento Narareth. . . . .
Le sonríe el sol de Grecia y le da aliento el de la Arabia; ve desde allí el Egipto enterrado en su cementerio de pirámides,; presencia la ruina de Cartago y la preponderancia de Roma, que se apodera del mundo entero por el solo placer de ofrecérselo.
Mirando el Universo á sus pies, derrama á raudales sobre él las ternuras de su alma, ¡ay! y á los hombres, sus hermanos, tiende sus brazos, prenda de amor infinito, cual si quisiera anticipar el momento de redimirlos.
El primer rayo del sol dibuja en el monte su cuerpo, y de aquellos abiertos brazos la sombra crece y se agiganta por la sierra y la llanura, hacia la lejana Europa, uniendo en un inmenso abrazo el Carmelo augusto y el mar que le sirve de espejo, el cielo y la tierra, la humanidad y Dios.

Página 222).

YO SOY HIJA DE MARÍA

Yo no sé canciones profanas que hacen llorar á María, mis canciones son cristianas y hasta en el cielo quiero cantarlas. Canta, canta, lengua mía: *Yo soy hija de María*
Los placeres de esta vida, en copa de oro, me saben á amarga hiel; pero la virgen me brinda con los placeres del cielo. Por eso digo noche y día: *Yo soy hija de María.*
Si el demonio quiere cogerme en sus lazos, otros lazos buscaré: ¡oh María, cuándo me cabrá la dicha de dormir en vuestros brazos! diciendo, como en sueños: *Yo soy hija de María.*

(Página 223 .

CATALUÑA EN EL AÑO OCHO

En la hermosa cumbre del Pirineo paró un día su vuelo el águila francesa y, dirigiendo en torno suyo la codiciosa mirada, vió al león de España que dormía
— Esta es la hora, — gritó, — mía es la España; — y, rapiñándola con fiera acometida, de su corona y de ella y de todo hizo presa, que oprimía entre sus férreas garras
El esforzado catalán, que estaba alerta, al contemplar cautiva á su madre patria, exclamó, echándose el trabuco al hombro:
Mientras despierta el león de España, yo, alzando contra ti el somatén, voy á esperarte, águila altiva, en los despeñaderos del Bruch.

Página 224).

DESENCANTO

Trepa del Canigó á la alta cima, para ver qué se mueve en su circuito; para idear cómo podría redimir al Rosellón; que tanto ama, del yugo que sobre él pesa.
Cuando allí encuentra á Gentil, hacía tres días que pensaba en él, loco de inquietud; y sin la espada que le ciñó le veía, y con collar al cuello, como un esclavo.
Ve engalanado con joyas y flores al que ayer dejó de hierro cubierto; ve al hijo de Tallaferro convertido en juglar; Sansón despojado de su cabellera por alguna Dalila.
Cuando el moro, por su culpa, lo aterra todo, le ve, sujeto de hadas á la fascinación y el hechizo, vendiendo á cambio del amor su patria, y, como se desborda la presa de agua, una vez llena, desbórdanse sus iras
Del primer empujón, le derriba y arroja al precipicio, en donde resuena un moribundo ¡ay!, llenando el valle de pesadumbre y tristeza.
Rueda con él de peña en peña el arpa, hiriéndolas con entrecortados gemidos que se alejan y van apagándose á medida que se apagan los latidos de aquel pecho agonizante.

Doble página).

LA MARGARITA

Pastorcilla que en el prado, cual una amiga á otra, vas buscando la humilde margarita, no la deshojes preguntándola quién te ama ó no te ama: ¿qué sabe de ello la pobre flor?
Consúltaselo á su Reina. Ella tu estrella sabe; Ella la encamina y gobierna; siendo como es madre cariñosa ¿no ha de velar por su hija?
Más que á las perlas y al oro, ama á las vírgenes; reside en el cielo y á su lado te llama. Para conocer el porvenir, consulta á María





LA MORT DEL ESCOLÁ

(FRAGMENTO)

A Montserrat tot plora,
tot plora d'ahí ensá,
que allí a la Escolanía,
s'es mort un escolá.
. . . .

Sos companyons de cobla
lo duen á enterrar.
. . . .

Lo cant de les absoltes
comensan d'entonar;
. . . .

JACINTO VERDAGUER

(Del libro *Cansons de Montserrat*).

Cuadro de A. MÁS Y FONTDEVILA



HESPERIS

FRAGMENTO

Quan, mitg clos l'edifici, ja del ayguat se reyan,
serres avall, d'escumes y llenya en lo borboll,
á la claror de l'atxa reynosa, l'hèroe veyan
fugir, y ¡ay! ab Hesperis, llur mare hermosa, á coll.

Los alçaprems de ferre li tiran y rocaços,
y derrera'ls esqueixos de serra, al engegá'ls,
com rius al mar devallan, apuntalant los braços
en plátanos sens branques que'ls feyan de parpals.

JACINTO VERDAGUER

(Del libro *La Atlántida*).

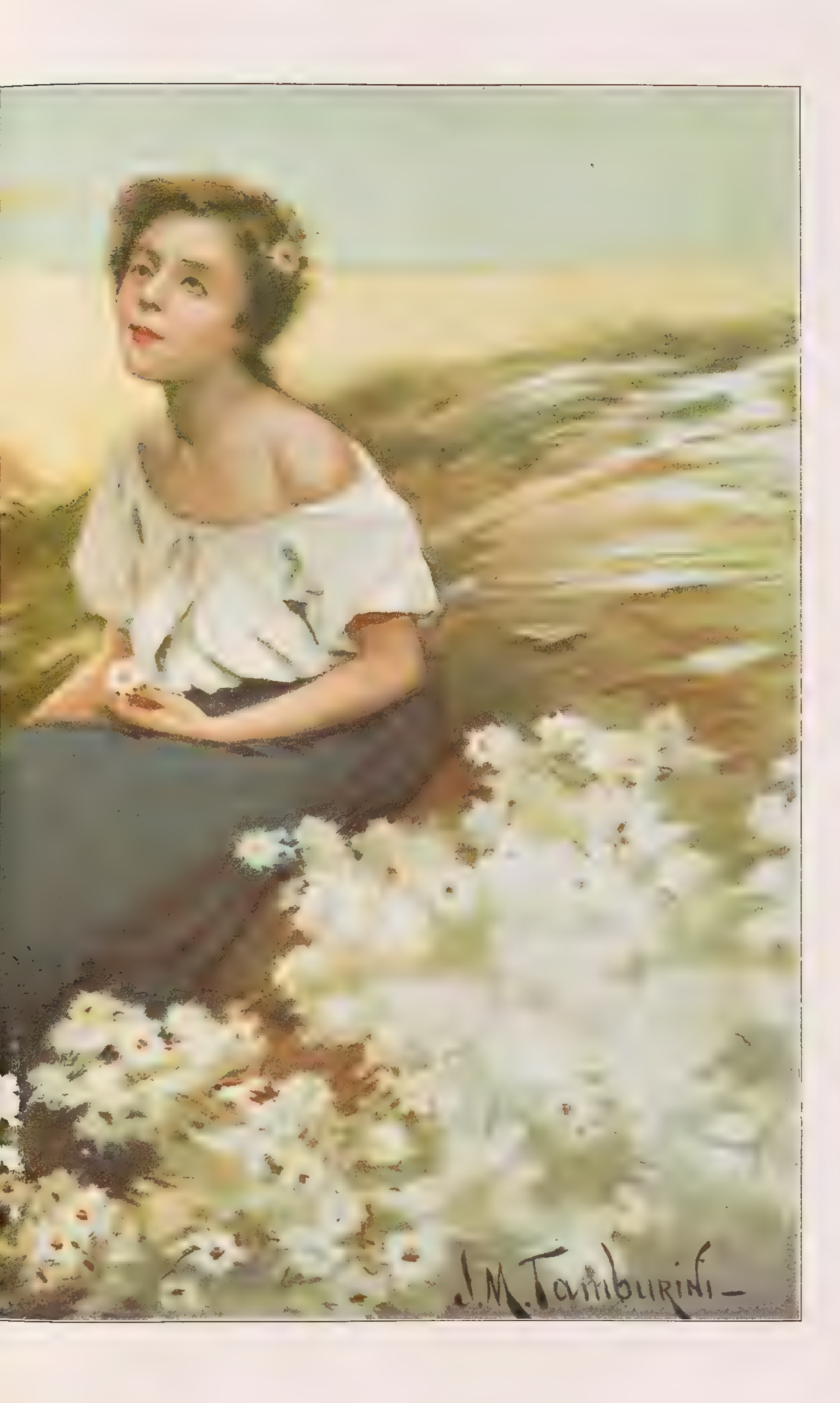
Cuadro de PABLO BEJAR.

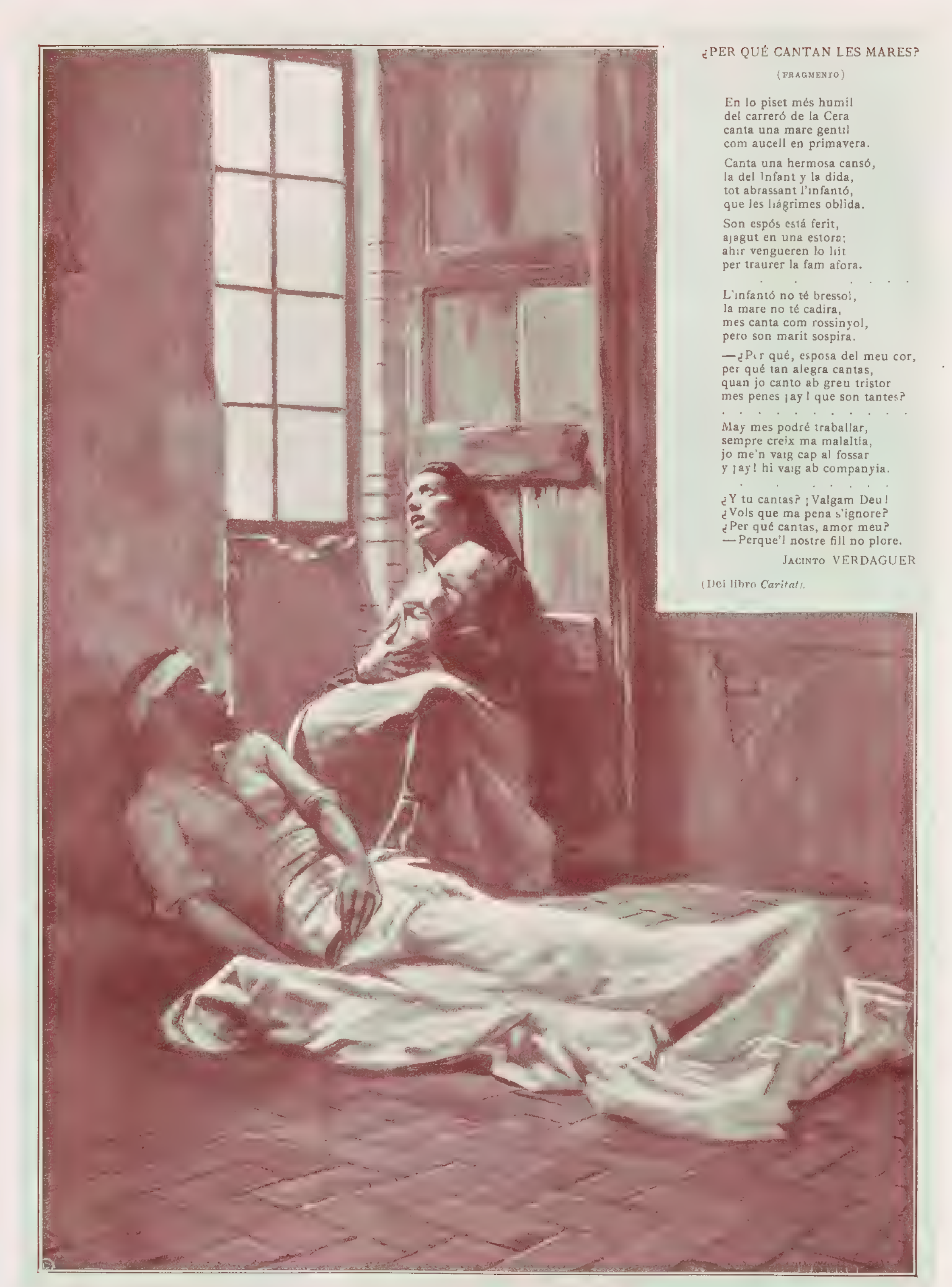


Cuadro de V. Buil.



Cuadro de José M. Tamburini.


J.M. Tamburini



¿PER QUÉ CANTAN LES MARES?

(FRAGMENTO)

En lo piset més humil
del carreró de la Cera
canta una mare gentil
com aucell en primavera.

Canta una hermosa cansó,
la del Infant y la dida,
tot abrassant l'infantó,
que les llágrimes oblida.

Son espós está ferit,
ajagut en una estora:
ahir vengueren lo llit
per traurer la fam afora.

. . . .

L'infantó no té bressol,
la mare no té cadira,
mes canta com rossinyol,
pero son marit sospira.

—¿Per qué, esposa del meu cor,
per qué tan alegra cantas,
quan jo canto ab greu tristor
mes penes ¡ay! que son tantes?

. . . .

May mes podré traballar,
sempre creix ma malaltia,
jo me'n vaig cap al fossar
y ¡ay! hi vaig ab companyia.

. . . .

¿Y tu cantas? ¡Valgam Deu!
¿Vols que ma pena s'ignore?
¿Per qué cantas, amor meu?
—Perque'l nostre fill no plore.

JACINTO VERDAGUER

(Del libro *Caritat*).

Cuadro de PABLO BÉJAR.



GALILEA

FRAGMENT

Lo bon Jesús un matí
s'enfila per la montanya,
respatller de Nazareth,
á l' hora en que hi munta l alba.
. . . . . .
Lo sol de Grecia li riu,
l' alena 'l sol de l' Arabia,
veu l' Egipte soterrat
en son fossar de Piràmides,
veu á Cartago cayent
y veu á Roma que s' alça,
afalconat ab lo món
sols per férlin presentalla.
Mirant lo món á sos peus
hi vessa á dolls la seva ánima,
¡ay! y als hòmens sos germans
sos braços petits aixampla,
al seu amor infinit,
com si la creu li trigava.
Ab son primer raig lo sol
lo dibuixa en la montanya,
y d' aquells braços oberts
l' ombra creix y s' ageganta
per la serra y per la vall,
cap á l' Europa llunyana,
unint lo Carmel august
y la mar que l' enmiralla,
cel y terra, l' home y Deu,
ab una immensa abraçada.

JACINTO VERDAGUER

(Del libro *Nazareth*)

Cuadro de NICANOR VÁZQUEZ.



JO SÓ FILLA DE MARIA

(FRAGMENTO)

Jo no sé cançons profanes
que á María fan plorar,
mes cançons son cristianes,
fins al cel les vull cantar.
Canta, canta, llengua mía:
Jo só filla de María.

Los plahers de aquesta vida
en vas d'or me donan fel,
mes la verge me convida
ab plahers que son del cel.
Per axó dich nit y día:
Jo só filla de María.

Si'l dimoni'm para llaços,
jo altres llaços cercaré;
¡oh María, en vostres braços
quan será que hi dormiré!
Tot dihent com qui somía:
Jo só filla de María.

Si ab vestits y riques joyes
me temptás la vanitat,
que encamina tantes noyes
al abisme del pecat,
mes modesta'm vestiría:
Jo só filla de María.

. . . .
. . . .

JACINTO VERDAGUER

(Del libro *Flors de María*).

Cuadro de JUAN LLIMONA.

CATALUNYA Á L'ANY VUYT

Dalt al bell cim del Pirineu un día
son vol parava l'áliga francesa,
y girant al entorn l'ullada encesa,
vegí'l lleó d'Espanya que dormía:

—Ara es hora,—cridá,—l'Espanya es mía;
y afalconantla ab pérfida escomesa,
de sa corona y d'ella y tot feu presa
que de ferro ab ses urpes estrenyía.

Lo ferreny catalá que estava alerta,
sa mare pátria al contemplar cativa
exclamá, al coll posantse lo trabuch:

—Mentre'l lleó d'Espanya se desperta
jo alçante'l somatent, áliga altiva,
vaig á esperarte en los turons del Bruch.—

JACINTO VERDAGUER

(Del libro *Patria*).



Cuadro de JOSÉ PASSOS.



DESENCANTAMENT

(FRAGMENTO)

Del Canigó s'enfila á l'alta cima
per veure en sa rodalia qué s'hi mou,
per veure'l Rosselló, que tant estima,
cóm lo podría deslliurar del jou.

Quan hi troba á Gentil, tres dies feya
que ab ell pensaba, de quimera foll;
y sens l'espasa que ell cenyili'l veya,
y com esclau ab un collar al coll.

Veu al que ahi'deixá cubert de ferro,
de pedrería y flors enjoyellat;
veu fet joglar lo fill de Tallaferro,
Samçó que alguna Dálila ha xollat.

Quan, per sa culpa,'l moro tot ho aterra,
apar de fades encisat y ull-prés,
lo veu venent á son amor llur terra,
y, com resclosa plena, no pot més.

A la primera empenta que li dona
lo cabuça y rebat per l'estimball,
ahont un ¡ay! de moribunt ressona,
umplint de pena y de tristor la vall.

L'arpa rodola ab ell de timba en timba,
ferintles ab trencada gemegor,
gemegor que s'allunya y minva, minva
d'acort encara ab aquell pit que mor.

JACINTO VERDAGUER

(Del poema *Canigó*).

Cuadro de TOMÁS ARGEMÍ



Cuadro de Ricardo Brugada.

BELLAS ARTES

Tantas veces hemos hablado del cariño que á la tierra andaluza tiene Ricardo Brugada y de la rara intuición con que traslada al lienzo los tipos y costumbres de aquella región de las flores y las mujeres hermosas, del sol y de las ardientes pasiones, que nada nuevo podemos añadir para caracterizar con más fuerza al artista catalán.

La *Gitana* que hoy reproducimos, es un trasunto más de aquellas mujeres de rostro moreno que parece llevan impreso en su semblante una tristeza secular, que tan bien reflejan sus melancólicos cantares de gamas y ritmos casi incoherentes.

La cabeza, con su doble efecto de luz, y el botijo de cobre, de irisados reflejos, muestran al pintor como hábil dominador de la técnica.

Con este número da término Gaspar Camps á sus preciosas orlas para el poema *Amor*, de Salvador Carrera, y se despide con una obra que recopila de una vez sus eximias cualidades de artista decorador y ornamentista á la moderna.

Es curioso analizar el procedimiento moral que usa Camps para sus ilustraciones. Cualquier otro dibujante buscaría en la poesía los elementos para producir una composición sensible, que integrara en sus líneas la acción directa de los versos. Pero á Gaspar Camps, la poesía le da pie para otra poesía en líneas y colores que sea la materialización simbólica y quintaesenciada de la idea del poeta. Así, sus orlas, más que un comentario al verso, parecen el punto de partida de inspiración del poeta; tan íntimamente se compenetran el autor de los dibujos y el autor del poema.

Las *Maniobras de Artillería*, de Enrique Estevan, son una nueva demostración del talento de este aventajado artista, que tiene el dón singular de abarcar todos los géneros, hallándose en todos ellos como en casa propia. La celeridad de sus improvisaciones, que casi siempre son espejo fiel de lo que se propone, no le impide, como en el caso presente, enriquecer su trabajo con detalles de observación y de calidad que sólo se poseen estudiando concienzudamente la naturaleza. Quien con tanta fidelidad sorprende esta escena militar, bien puede figurar dignamente entre nuestros mejores costumbristas militares.

El *Tipo alicantino*, de J. Nogué, es un buen estudio al carbón, del que hay que mencionar con elogio la cabeza, por su dibujo firme y correcto; y la *Modistilla parisien*, de J. Cardona, sin más pretensiones que las de un rápido apunte, tiene color local y, lo que es más, ese agradable *chic* que saben dar los franceses á este género igualmente distante de la caricatura que de la verdad.

Francisco CASANOVAS

DURA PRUEBA

Nadie, en tales instantes, hubiera reconocido en aquel rostro dolorosamente transfigurado, las facciones aunque someramente tristes, nobles y apacibles de Javier Rodoreda, del joven bolsista, del hombre puesto á la sazón de moda por la caprichosa fortuna, de quien, según fama, recibiera los más señalados favores... Parecía un beodo en el *delirium tremens* de su fatal dolencia. Las preñadas nubes que oprimían su alma habíanse cerrado del todo sumiéndole en la más cruel asfixia: sus nervios se habían convertido en cuerdas tirantes por las cuales circulaban, con furiosas acometidas, electrizadas chispas comunicando á su cerebro la asoladora tormenta.

De pie en medio de su lujoso despacho, tenía fijos los ojos en la chimenea de alabastro de donde partían, en irisadas lenguas, mil blanquecinas llamas destructoras. El combustible que en tal momento devoraban, eran papeles: era un voluminoso paquete de cartas, guardadoras del amor de su vida, escritas de puño y letra de la mujer amada, y que Javier acababa de arrojar á las llamas por mandato de aquélla. Era la prueba mayor que podía exigirle, y se la había dado casi sin titubear, haciendo caso omiso de su sér, el cual á pique estuvo de romperse, agobiado por su propio cruento sacrificio.

Javier tiritaba á pesar de lo templado de aquella noche de Octubre: rechinaban sus dientes y, por un movimiento instintivo, se llevó las manos primero al corazón, en donde notaba un enorme vacío y después á las sienes creyendo iban á estallar... Las llamas se habían ya extinguido y quedaba en su lugar un promontorio de rescoldos á manera de encendidos ojos puestos en espiral. A su lado, bruñida caja de hierro, sobre la que se entrelazaban artísticamente multitud de estrías de oro, permanecía en el suelo abierta y vacía. Javier se apoderó de ella y la acercó á su rostro con ansia... ¡Cuán suavemente notó que trascendía! era la única huella que habían dejado las cartas de que durante veinte años se hizo depositaria... Sintió que se ahogaba y fué á abrir una ventana. El aire penetró por ella yendo á desmoronar en la chimenea el promontorio de sutiles rescoldos que, como mariposas de fuego, volaron á posarse sobre el pavimento y los muebles y una de ellas á los pies de Javier cual en rendida actitud de agradecimiento. Quiso el cuitado cogerla: ¡era polvo! Un estremecimiento convulsivo agitó su cuerpo y, cediendo á una necesidad suprema, corrió á su mesa bufete, cogió la pluma y, autómata del exaltado espíritu, su trémula mano fué trazando lo siguiente:

«Perdóname, idolatrada Lidia de mi alma; perdóname, sí, que desobedeciendo tu súplica te escriba: si lo hago es porque sé que tu noble corazón no me negará este postrer desahogo: necesito de él en este momento solemne en que, por mandato tuyo, acaba de extinguirse el único lazo que pudo librar de sucumbir á mi espíritu durante el triste interregno de nuestra fatal separación, después de tu para mí tan desdichada boda... en este instante en que, sumiso á tu voluntad, temblando como un azogado, vengo de arrojar á las llamas tus cartas queridas, ¡todo mi tesoro! Ya no existe; no existen, no, esas preseas de tu alma que indiscreta fe daban de aquellos días dichosos en que tus brazos ceñidos en torno de mi cuello eran lazos que me ataban dulcemente á la vida, cuando en tus claros seductores ojos vislumbraba la promesa de un paraíso; cuando tu boca, como flor que entreabríase al beso de mi aliento, me mostraba en su purpúreo cáliz el néctar de la existencia, dejándome presentir la codiciada posesión de las más inefables dulzuras... ¡Todo, ay, pasó! Mi ausencia, tu enlace, á raíz de éste mi casamiento desesperado, de cuyo hastío vino protectoramente á librarme prematura viudez... Pero yo, que sólo por amor á ti soporté el peso de tanto infortunio sin desplegar los labios, sin exhalar una queja, no fuí dueño de contener la ternura que rebosaba de mi alma encauzada en tu recuerdo y hube de confiarla á varias cartas que llegaron sigilosamente á ti y que tú, Lidia mía, leíste. ¡Ay! á ninguna contestaste jamás; así pasaron diez años. Dos cumplían que te dirigí mi última misiva cuando tuve de nuevo necesidad de escribirte. Lo hice, Lidia de mi alma, aprovechando tu permanencia en el Castillo de *** á donde me constaba habías llegado sola... Hace dos días un desconocido dejó en mis manos un sobre escrito; al reconocer tu letra estuve á punto de caer arrodillado; mi propia suprema ansiedad me sostuvo y devoré tus renglones que así decían:

«Javier: te prohibo, no, te lo ruego, que jamás vuelvas á escribirme. Tus frases me emocionan al extremo de hacerme muy dichosa, pero al mismo tiempo me espantan, me hacen temblar: las deseo y no las quisiera. ¡No vuelvas á escribírmelas! La casualidad podría hacer que una de esas cartas cayese en sus manos... si tal llegase á suceder, creo que me moría. Para evitar tal percance, acabo de quemar todas las que me has escrito, y quiero que tú hagas lo mismo con las mías sin omitir ésta con que oso por primera y única vez infringir las leyes que mi deber me impone... Quémalas, Javier de mi alma. No consientas que jamás nadie con su concepto profane nuestro secreto... ¿Por ventura el fantasma bendito de tu amor no ha de seguir persiguiéndome á donde quiera que vaya, como esencia emanada de mi propio sér? Cónstete, mi bien, que la comunión de nuestras almas persistirá siempre flotando como vapor sagrado por cima de la fatalidad que nos separa; pero es preciso que nuestro corazón conserve sólo en su fondo la esencia de estos amores, cerrándose á toda manifestación externa, como triste pasionaria que á la llegada de la noche cierra cuidadosamente sus hojas para guardar en su seno el licor dulcísimo...»

Al llegar aquí, Javier se levantó bruscamente y, cual persona ébria, fué tambaleándose hasta un sofá en donde cayó preso de un vértigo... Febril lucidez invadió de pronto su cerebro. Javier abrió los ojos y creyó distinguir tenuemente iluminados todos los objetos de su despacho. En la chimenea brillaban aún algunos rescoldos como inyectadas pupilas. Una puerta se abrió blandamente y apareció en su dintel una mujer hermosa, de mediana estatura, joven, esbelta, el pelo obscurísimo, grandes y de amoroso mirar los hechiceros ojos, de tez nívea, de rosadas mejillas, de labios ebúrneos y graciosos... Llevaba peinado bajo y holgado *matinnée* de abiertas mangas velábale seductoramente las divinas formas.

Con andares de hada llegóse al sofá en donde se hallaba tendido Javier y, medio arrodillándose junto á éste é introduciendo sus finos dedos en los cabellos del joven, comenzó á decirle queda y amorosamente:

—Soy yo, tu Lidia. ¿No me reconoces? me encuentras vieja, con muchas canas ¿sí? ¡No en balde ha luchado este maldito corazón por espacio de dos lustros! Pero al fin ha triunfado; vengo sugestionada y enloquecida por tus cartas; desde que las leí me ahogo en medio del vulgarismo de mi vida monótona y secundaria. Quiero confundir mi alma con la tuya, quiero levantar mi vuelo á tu lado; huir de lo efímero, de lo material, para volver á vivir de tu *gran vida* y ser así feliz.

Javier callaba: temía estar sujeto á la alucinación de un sueño y despertar de improviso; además, se sentía vivamente emocionado. Aspiraba con deleite aquel tibio y perfumado aliento y devoraba con los ojos las puras y delicadas líneas de aquel rostro...

—¡Mujer amada, luz bendita de mi espíritu, ilusión hondamente querida!—pudo al fin articular. Pero al propio tiempo se incorporó con sobresalto: detrás de ellos, las ya extinguidas llamas habían vuelto á revivir. Un hombre enlutado penetró en la estancia y, cogiendo férreamente á Lidia por un brazo, mostraba empeño decidido de arrojarla á ellas. Javier dió un salto apercibiéndose á una lucha sangrienta; pero en el mismo instante, como visión de cinematógrafo, borróse todo á sus ojos que, atónitos y deslumbrados, sólo contemplaron ante sí un río sobre cuyas transparentes aguas, veladas por perpetua sombra, flotaba con caracteres de estrellas esta inscripción: *Leteo, Río del olvido.*

Airosa góndola avanzaba rápidamente en él conduciendo á un niño de rubias guedejas, colorados mofletes y de ojos vivarachos y alegres. El angelote hacía señas á Javier de que subiera á su embarcación. Rodoreda se embebecía mirando su cara que le era muy conocida, cuando oyó junto á sí una vocecita infantil é impaciente que exclamaba:

—Buenos días, papá; papaíto, *despielta, ¡despielta, homble!*

Javier abrió los ojos y se encontró con la riente carita de su hijo, un niño rubio de seis años, todo vestido de blanco, el mismo de la góndola: de tan larga pesadilla, la única realidad.

Y hostigado por ésta, Javier despertó...

Josefa CODINA UMBERT

EXCMO. SEÑOR DON EDUARDO DE CÁLVARI

CÓNSUL GENERAL DE LA REPÚBLICA ARGENTINA EN ITALIA Y ESPAÑA

(† EN GÉNOVA EL DÍA 3 DE AGOSTO DEL CORRIENTE AÑO)

Cuando hace algunos meses, lleno de vida, nos prodigaba finas atenciones y nos honraba con su afectuosa amistad, estábamos bien ajenos de sospechar que le perderíamos antes de rendirle en estas páginas el tributo á que sus merecimientos como funcionario y como caballero le hacían acreedor. Pero el destino lo dispuso de otro modo y lo que ayer hubiera sido grata satisfacción para nosotros, es hoy un triste deber, en cumplimiento del cual le dedicamos las presentes líneas y publicamos su retrato, envuelto en las banderas de las tres nacionalidades en donde su muerte ha dejado más doloroso recuerdo: la de la República Argentina, su patria adoptiva, cuya representación ostentaba, la de Italia, su patria efectiva y la de España, en que pasó los últimos diez y seis años de su existencia.

En 1860 fué enviado el señor Cálvari por el Gobierno argentino al Consulado de Roma. Posteriormente ocupó los de Liorna y Génova, hasta que en 1886 fué trasladado al Consulado general de España, fijando su residencia en esta capital, en unión de su distinguida familia.

Su elevado cargo sirvióle para conquistar el aprecio de cuantos á él se acercaban para asuntos en que tuviera que ejercer una intervención oficial. Este proceder explica las simpatías que el señor Cálvari contaba entre el comercio y los navieros de esta plaza, quienes le miraban como un ferviente protector de sus intereses y del intercambio comercial entre nuestra Península y aquella República.



Fot. de Napoleón.

El señor Cálvari era decano de los cónsules argentinos y podía ostentar este título con orgullo. Llevaba cuarenta y dos años de servicios, entre ellos algunos de importancia suma que le acreditaron como hombre de envidiables dotes diplomáticas, tanto en los que realizó con el carácter de cónsul, como en los que intervino como agente confidencial.

Además de otras misiones delicadas, se le confió, cerca de la Santa Sede, por el presidente de la República, doctor Avellaneda, la de entregar al Papa la carta de felicitación por haber sido exaltado al trono pontificio. Su gestión principal consistió en el fomento de las relaciones bancarias entre el país que representaba y los Estados en que figuró como acreditado, lo propio que en el del comercio y movimiento marítimo.

En Barcelona, donde durante diez y seis años, según hemos dicho, residió el señor Cálvari, la noticia de su fallecimiento produjo penosísima impresión, pues lo mismo él que su distinguida familia estaban relacionados con las más aristocráticas y pudientes. Casi todos los consulados pusieron su bandera á media asta, en señal de duelo, y fué infinito el número de caracterizados personajes que, personalmente ó por tarjeta, dieron inmediato testimonio de su dolor en el domicilio oficial del finado, ó telegrafiaron directamente el pésame á la afligida esposa é hijos que en Génova recogieron su último suspiro: siendo de los primeros en verificarlo el ilustre general Roca, presidente de la República Argentina.

El Album Salón se asocia al sentimiento que en las tres naciones ha causado tan lamentable pérdida y hace fervientes votos porque el Todopoderoso haya concedido al alma del señor Cálvari la eterna paz de los justos.

***

EL LEÓN MORIBUNDO

ESCENAS DE LA VIDA ARTÍSTICA

Ni un sitio vacío, ni un rincón desocupado. El vasto recinto del Teatro del Liceo, radiante de luz, lleno á rebosar, ofrecía lo que en lenguaje reporteril se llama el aspecto de las grandes solemnidades artísticas: desde las alturas del paraíso, en cuyos dos pisos se apiñaban centenares de espectadores, hasta la espaciosa platea, donde no se veía ya un asiento vacante, la multitud lo había invadido todo, extendiéndose por la cuadruple hilera de palcos y por los pasillos, en que se estrujaban los *dilettante*, ó simplemente los curiosos menos afortunados, los que llegaron demasiado tarde para conquistar un puesto y se resignaban á escuchar la ópera, en pie.

Había transcurrido ya la hora fijada en los carteles para comenzar la representación, y de aquella muchedumbre brotaba ese murmullo que revela la impaciencia, creciente á cada minuto que pase, y amenaza convertirse, por poco que la apuren, en enfado. De las altas regiones, en donde los estudiantes, empleados de comercio y menestrales filarmónicos formaban compactos núcleos, salían ya voces destempladas, apóstrofes, cacareos, exclamaciones irónicas, en tanto que del público más correcto de butacas y palcos, levantábase el rumor de las conversaciones entabladas; y con esos confusos murmullos mezclábanse los incoherentes sonidos de la orquesta, de los músicos preparando sus instrumentos: trinos de clarinete, modulaciones de flauta, gemidos de violín, lamentos de viola y de violoncello.

Era, aquélla, noche de debut, de «primera salida» y la impaciencia del público la explicaba más que la tardanza en comenzar el espectáculo, el prestigio de un nombre que pronunciaban todos los labios y que resplandecía, impreso en letras de fuego, en la fachada del teatro; nombre ilustre entre los ilustres, casi legendario y que al ser ahora repetido por millares de bocas producía casi el efecto de una resurrección; era tan antigua la celebridad de Nadini, del gran Nadini, hacía tanto tiempo que se le creía definitivamente retirado de la escena, que su reaparición, al par que suma curiosidad, motivaba extrañeza, mezclada de evidente desconfianza. Habíase establecido dos corrientes opuestas y levantádose dos bandos rivales, aún antes que hiciese el artista su primera exhibición: en tanto, los hombres viejos, ó de edad madura, los que habían podido oir á Nadini cuando estaba en el apogeo de sus facultades y de su esplendorosa fama, soltaban, al evocar el brillante recuerdo, exclamaciones de aún no extinguida admiración; los jóvenes, los que no conocían del tenor de antaño más que el glorioso renombre, encogíanse de hombros con mal disimulado desdén, sonreían escépticos, viendo sólo en el entusiasmo de sus mayores el prurito de ensalzar cosas del tiempo pasado.



Además, hay siempre entre todo público dos elementos diametralmente en pugna: el optimista y el pesimista; el primero bonachón, predispuesto por temperamento á tributar el aplauso, á conceder el éxito, á perdonar defectos; el segundo á extremar la severidad, á regatear méritos, á mostrarse exigente, duro, inflexible. Y de la lucha entre esos dos elementos, que en un momento dado chocan, nacen esas tempestades teatrales, cien veces más pavorosas para el artista que una tormenta en alta mar: y antes que la tempestad, se forma en el mismo coliseo una atmósfera preñada de amenazas, saturada de electricidad, que los habituados olfatean y presienten desde los primeros momentos, mucho antes de que se levante el telón.

—Esta noche tendremos bronca — decía en un palco de proscenio un gomoso.—Lo huelo.

—¿Y por qué?...—preguntaba una cabeza gris.

—Pues porque, á lo que parece, ese Nadini está ya fuera de uso; apenas si puede dar algunas notas en su cuerda media y aún.

—¡Bah!... no tema usted, anoche le oí en el ensayo y quedé sorprendido.

—¿De lo malo que es?... —preguntó irónicamente el gomoso.

—Señor mío: un artista como Nadini no es nunca malo, aun cuando esté en decadencia; y con todos sus achaques y sus años, vale cien veces más que todos esos herreros, lampistas y zapateros de España y fuera de España, que se ponen á cantar sin saber lo que es arte, y á quienes ustedes los *inteligentes* del día aplauden rabiosamente, sólo porque sueltan un dó de pecho y hacen cuatro muecas.

—Sin embargo, — murmuraba un tercero — creo que á la edad de ese hombre, que toca ya á los sesenta, no se puede hacer prodigios, y sin poner en duda sus grandes facultades de otros tiempos, temo... temo...

—No tema usted nada, vuelvo á decir—replicaba la cabeza gris con acento autoritario — aun cuando la voz no sea, naturalmente, lo que era treinta años há, Nadini posee siempre grandes recursos y...

—Engañifas y socaliñas, dirá usted mejor, — interrumpía brutalmente el pollo—habilidades que ya no timan á nadie; y créame usted: si ese buen hombre resulta filfa, se le silbará ¡ea!

—¡Silbar á Nadini!...—prorrumpió indignado y escandalizado el veterano,—¡silbar al artista á quien Rossini estrechaba en sus brazos, después de oirle en el *Guillermo!...*

—Amigo, lo que ha sido y no es, lo mismo que si no hubiese sido; nosotros pagamos, y muy caro por cierto, no para oir tenores pasados, sino tenores presentes, y según tengo entendido, el de hoy, no es más que una ruina mal conservada.

—Pero ¿cómo se explica que esa celebridad que se había ya retirado de las tablas, hace quince años, vuelva hoy al teatro? — preguntaba otro espectador.

—¡Toma!... para poder comer. Nadini se había retirado con un bonito capital y pensaba tener una vejez asegurada y tranquila; pero el banquero que guardaba sus fondos quebró el año pasado... y ahí tienen ustedes; el pobre viejo canta otra vez para no morirse de hambre él y su hija.

Un golpe seco, producido por la batuta del director sobre el atril, interrumpió las conversaciones; apagáronse gradualmente los murmullos, oyéronse algunos siseos imperiosos, imponiendo silencio, y la orquesta preludió los compases que sirven de introducción á la *Favorita*.

Alzóse, majestuoso, el vasto telón, apareció el interior de un convento, salieron por entre bastidores los monjes de la comunidad para entonar, puestos en semicírculo, el coro, que fué escuchado con indiferencia, retiráronse luego con las cogullas echadas sobre el rostro, metidas las manos entre las anchas mangas de los hábitos... y un murmullo vibró por todos los ámbitos del teatro, acompañado de una ondulación de cabezas, en tanto que un palmoteo de cortesía y bienvenida acogía al ilustre vestigio de ya lejanas épocas de arte y de juventud.

Sobre la escena, dos hombres permanecían en pie, inmóviles y todas las miradas se clavaban curiosas é impacientes sobre él, que vestido con los amplios y albos ropajes de novicio quería disimular el estrago de los años bajo una profusión de negros cabellos, cuyos ensortijados rizos medio cubríanle la frente, en complicidad con la tintura del bigote y el bermellón que tapaba los surcos abiertos por la vejez en las mejillas. Allí, temblando de miedo, palpitándole con violencia el corazón á impulsos del recuerdo embriagador del pasado y de la siniestra inquietud del presente, contestaba el *héroe* con reverentes inclinaciones al aplauso con que se recibía su aparición.

Y por cierto que había, en aquel momento, otros corazones que latían conmovidos al par del suyo. Allá, en uno de los palcos bajos, disimulando su presencia tras la fresca belleza de dos mujeres jóvenes y llenas de vida, una aristocrática dama, ya encanecida y mustia, hacía heroicos esfuerzos para dominar la agitación que cubría alternativamente de pálidas tintas y ruborosos matices su marchitado rostro, de tan ponderada hermosura algunos lustros antes. También en su alma los recuerdos levantaban mil ecos, ya dulces, ya adoloridos, que la transportaban



con intensa precisión de detalles á la ya remota época en que, apasionada é inexperta, concibiera por el adulado artista un amor que sólo podía concluir—así al menos lo creyera ella—con la muerte. ¡Qué arrogante y seductor era entonces Nadini, el tenor que todo Europa aclamaba delirante, que las mujeres más encopetadas y más bellas se habían disputado, el incomparable intérprete de Rossini y de Verdi, de Bellini y de Donizetti, el rey del canto, el modelo de la elegancia, el amigo lisonjeado de los magnates y de los reyes!...

Había sentido *ella* una pasión loca por el ídolo en moda; y él, el hombre hastiado ya de inspirar femeniles caprichos, habíase dejado aprisionar por el ardiente cariño que hasta la escena le enviaban dos ojos grandes, negros, enamorados, que buscaban afanosamente los suyos; dos ojos que resplandecían dichosos cuando el astro se presentaba en el escenario y se velaban entristecidos cuando desaparecía entre bastidores... No tardó en entablarse entre la joven y el cantante activa y amorosa correspondencia, único desahogo que podían permitirse aquellos platónicos amantes, pues apenas si lograron en el transcurso de los cuatro ó cinco meses que duraron sus relaciones, tener algunas furtivas y cortas entrevistas, en la calle ó en el templo... Breves palabras, cruzadas rápidamente, algún misterioso apretón de manos dado al pasar ó al encubridor abrigo de una capilla sumida en la obscuridad; el trueque clandestino de tiernas frivolidades, flores prendidas la víspera sobre el pecho palpitante de la doncellita, dorados rizos de su rubia cabellera ó un negro mechón de las melenas del ídolo, la *drugona* de seda y oro que aquél llevara una noche en el puño de su espada... luego, otra noche, el cambio de un beso que aún después de tantos años quemaba deliciosamente sus labios de mujer casada y virtuosa... he aquí á cuanto se redujo la realidad de aquella pasión...

Sus amores terminaron un día bruscamente. Los padres de la niña, nobles, ricos, chapados á la antigua, descubrieron la clave del enigma que tanto les atormentaba; el origen de aquellas melancolías seguidas de incomprensibles extremos de alegría, de aquellas palideces alternando con súbitos rubores, de aquellas horas de profundo ensimismamiento ó de nerviosa agitación, que sólo disipaban los acentos celestiales del sér amado. Mucho admiraban los consortes el talento del cantante, pero no hasta el punto de sacrificarle á su única hija; no podían admitir en su respetabilidad de gente superior la idea, siquiera, de semejante matrimonio. Mostráronse inflexibles á súplicas y lágrimas, tomaron enérgicas medidas, cayó enferma la niña, curó al fin y dos años después casó con un buen muchacho, bien entroncado, con dinero y sin ensueños ni gloria artística, ni ganas de ello. Cuanto al tenor, que se había marchado muy afligido á su hermosa Italia, lloró durante tres meses su malogrado idilio y puso término á sus penas, casándose con una *prima donna*.

¡Y de todo eso habían pasado treinta años!... ¡qué fugaz vuela el tiempo y los recuerdos añejos qué lejanos están y qué rápidos vuelven á la mente que los llama! Modulaba el viejo tenor las primeras notas de su cavatina con voz cascada y trémula, en medio de un silencio sepulcral, y la dama angustiada, reconoció apenas el timbre soberano de aquella voz famosa... ¡qué metamórfosis, Santo Dios, y qué contraste entre la brutal realidad de ahora y el eco embelesador de lo que fuera!...

Parecíale á la enamorada de los antiguos días que un acento cantaba en su alma la frase del último acto de *Luccia* con que Nadini, puestos en ella los moribundos ojos, le enviaba una noche, ante tres mil espectadores conmovidos, toda la intensidad de su ternura:

Dell'alma innamorata...

Y como ella, el público lloraba, dominado por el artista... ¡ay! ¡qué lejos estaba todo eso! tan sólo, como una evocación de aquella antigua historia, quedaba una ruina viviente, cuyo canto, remedo de extinguidos esplendores, parecía implorar compasión...

Finió la cavatina, sonaron aplausos benévolos, ahogados al instante por un siseo que descendió de las alturas como una ráfaga helada precursora de tormenta cercana y, tras el corto diálogo entre Fernando y Baltasare y la *stretta* que pone término al primer cuadro, cambió la decoración, y principió el bailable que precede al inspirado dúo del tenor y de la messo-soprano. La desilusión, ya iniciada, tomó entonces graves proporciones. En vano mostró Nadini grandes dotes de estilo, en vano desplegó los recursos de su talento dramático en ciertos arranques geniales; el público permanecía frío y desdeñoso, guardando una actitud hostil, impresionado desagradablemente por la asperidad y dureza de aquella voz cascada, que al elevarse un poco producía acentos guturales y temblorosos.

Bajó el telón en medio de un silencio sepulcral: silencio terrible para el artista desdeñado á quien envuelve como un sudario; y el tenor demudado, abatido, atravesó los bastidores. Una jovencita sencillamente ataviada le esperaba allí, tras uno de los portantes: apoderóse de sus manos, estrechándolas cariñosamente, miróle con entrañable expresión y murmuró en ese armonioso lenguaje que parece nacer de las brisas del Adriático:

—*Coraggio, padre mio...*

Pero el anciano movió desalentado la cabeza y, sin pronunciar una palabra, apoyado en el brazo de su hija, subió lentamente la escalera que conducía á su cuarto.

Entretanto, una agitación extremada se difundía en la inmensa sala y se extendía hasta los corredores, donde se formaban grupos compactos, apiñados corrillos, areópagos indispensables en las noches de debut, en los cuales se diseca hasta lo vivo al artista á quien se acaba de oir. El pobre Nadini era despellejado con una furia indecible: sus antiguos partidarios, los de treinta años atrás, andaban consternados y no se atrevían á levantar la voz en defensa del héroe derribado: si alguno osaba proferir tímidamente una objeción, rememorando los laureles que un día fueron, callábase á las pocas palabras, confundido por un diluvio de pullas y de sarcasmos: no faltaba quien llegaba hasta á poner en duda que el viejo tenor hubiese sido tanto como pretendían sus contemporáneos... el prurito de ensalzar lo antiguo ha existido siempre, y por fin, admitiendo que Nadini hubiera sido en sus mocedades un rey del



canto ¿qué? el caso es que ya no servía para nada, absolutamente para nada. El teatro no debía ser un asilo de inválidos, y la empresa estafaba dos veces al público, ajustando á un artista inadmisible y doblando por ello los precios. Verdaderamente, contra ese argumento no había refutación posible.

Ezequiel BOIXET

(Concluirá)

Ilustraciones de J. Passos.



CANTO SEXTO

¡Allá va la material La muerte bajó al vuelo
y en paternal abrazo con ella le estrechó;
al fin, llegó el anciano al templo de consuelo:
amor cerró sus ojos, clavados en el cielo;
amor cerró sus labios ¡y en ellos se quedó!

CONCLUSIÓN

No importa que en continuas, violentas convulsio-[nes,
los siglos se atropellen, sin descansar jamás;
no importa que perezcan las razas y naciones;
que al cabo rompa el globo sus férreos eslabones:
la muerte es transitoria, no acaba todo... ¡hay más!

Día vendrá en que rasguen los míseros mortales
sus fúnebres sudarios, de nueva vida en pos,
y rompan sin esfuerzo sus losas sepulcrales
y crucen las inmensas regiones celestiales
y lleguen á la gloria y vean á su Dios.

Confía, alma, confía; la vida es un momento,
veloz el tiempo corre, la hora va á sonar,
la tierra exhala débil el último lamento,
sus ondas nacaradas te brinda el firmamento,
los ángeles te llaman, prepárate á volar.

No temas que te abrasen los célicos fulgores;
remonta los espacios, elévate al Señor,
confíale tus penas, cuidados y temores.
Corred los escogidos, volad los pecadores,
llegad ante su trono... *¡allí estará el amor!*

Orlado por Gaspar Camps.

Véase los números 105, 109, 112, 115, 117 y 120.

ENRIQUE ESTEVAN



MANIOBRAS DE ARTILLERÍA

INMORTALES AMERICANAS

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ

Hay tierras clásicas para las artes, para las ciencias, para la industria y para la literatura.

Hay países privilegiados y que están orgullosos por haber sido cuna de numerosas entidades, honra de su suelo natal.

Hay zonas que por su cielo, por sus brisas, por sus campos, por los risueños atavíos de la naturaleza, son fuente fecunda de inspiraciones, donde las inteligencias surgen, brotan, se desarrollan con facilidad suma, dando gallardas muestras de sus capacidades y de las condiciones hijas tal vez de cuanto ha rodeado su infancia y fué móvil de sus primeros pasos.

La isla de Cuba ha logrado tener una gran pléyade de literatos notabilísimos y no menor número de literatas de alto vuelo.

La patria de Gertrudis Gómez de Avellaneda y de Luisa Pérez de Zambrana guarda, en el templo de la inmortalidad, hijas predilectas que han rendido culto á las letras y á las artes, conquistando inmarcesibles lauros y prestigioso nombre.

En las postrimerías del siglo XIX y en los comienzos del XX descuellan en el campo literario no pocas damas de singular talento que, en Europa y América, ocupan elevado puesto como prosistas y poetisas.

El hermoso retrato que engalana estas páginas, es el de una de esas mujeres tan admirables por su belleza, como por su clarísimo entendimiento; al hablar de ella como mujer, podrían citarse aquellos versos:

Pero qué te diré, si eres cubana
y como todas las que allí nacieron
es la belleza tu gentil hermana;
es tu melosa voz, como la brisa
que columpia las flores;
son tus arrullos manantial de amores,
tus imágenes son puras y bellas,
y tu *fácil decir* me las presenta
como en un cielo azul limpias estrellas,
. . . .



La arrogante escritora tiene en sus ojos toda la expresión que presta el pensamiento siempre activo y la mente creadora; revélase en la mirada, el alma grande, generosa y el corazón de nobles aspiraciones.

En su pensadora frente irradia el genio y en su boca juguetea la sonrisa amable, que es traductora de bondadoso carácter.

Nació en Puerto Príncipe, la ciudad clásica que brinda con sus auras leves la dulzura y la inspiración fácil, fecunda y rica. Desde sus más juveniles años dió rienda suelta á sus ideales en galanos y fluídos versos, siendo su primer ensayo los que se titulan «En la muerte del lugareño».

Aurelia Castillo, viajó por Europa, y en Alemania tuvo residencia durante algún tiempo, enriqueciendo, tal vez con el estudio de clásicos alemanes, su viva é impresionable imaginación.

Desde su regreso á Cuba, fué infatigable para sus producciones literarias. tanto en prosa como en verso.

Hay en sus artículos «Reflexiones sobre la conciencia», «La mujer cubana» y sobre todo en «Biografías americanas» un fondo filosófico, un sabor de esclarecido patriotismo, que resalta más y más en su oda «Al pueblo de Cuba», publicada en 1879.

Sus dotes de escritora se revelan en las hermosas poesías «Una incógnita» que vió la luz en la *Revista de Cuba,* «La duda» y también en su gallardo soneto «Saludo á América».

Ha colaborado en la *Revista de Cádiz*, en *El Eco de Asturias*, en la *Crónica Meridional* (Almería), en *La Familia* y en otros numerosos periódicos.

Por el año de 1879 crujieron las prensas en Cádiz, para dar al público un precioso tomo de fábulas ó, mejor diremos, atildados poemitas morales, con un prólogo de nuestra eximia Patrocinia de Viedma. En el librito abundan las filigranas; rebosan las galanuras, la sencillez del estilo y al propio tiempo lo florido de una pluma muy docta y muy profunda.

«La Manzana de Newton», «La paloma y la encina», «Las dos nubes», «La zarza y el labrador», «El filósofo y el loro», «El jilguero y el oasis», «Las piedras y el corcho», «El buzo y la esponja», son los que más merecen mencionarse por la originalidad.

Un amigo y admirador de la bella escritora cubana y que también me honra con su amistad, ha elogiado con entusiasmo un poema inédito «Eva» que, al decir del escritor cubano don Francisco Calcagno, ha de dar honra y prez á la insigne poetisa cuando sea del dominio público.

Aurelia Castillo de González, tiene estilo suyo, propio, y todas sus obras la retratan al natural, resaltando en ellas, á más del buen gusto literario, el fondo por extremo instructivo y moralizador; su lema es enseñar, regenerar y activar la propaganda de lo mucho que gana la mujer ilustrándose y dulcificando con su educación, lo áspero ó irritable que pueda tener el hombre en el hogar doméstico, donde las preocupaciones y la buena ó mala marcha de los negocios le hacen á veces susceptible y tiránico.

El desarrollo de los sentimientos más puros que tienen morada en el corazón, es el impulso que domina en los escritos de la publicista cubana, la nota culminante, el ardiente afán de sus aspiraciones.

Con habilidad y tacto empleó su pluma para la crítica, y acusa sus tendencias de orden y provechoso celo para inculcar en su sexo ideas más profundas y serias, al anatematizar la influencia de la moda, en la mujer frívola, esclava de aquélla y expuesta por esto á no llenar la noble misión á que está llamada.

Aurelia Castillo de González, es benéfica en alto grado, filántropa, amantísima de prodigar el bien, dulce, ingenua, sencilla, modesta y, tal vez, desconfiada por sí misma, cuando se trata de sus producciones literarias y de lo mucho que su ingenio pudiera dejar á la posteridad.

A la par con los sentimientos más tiernos y con la sensibilidad más exquisita, vive y alienta en su pecho el amor sagrado de la patria, y bien lo ha demostrado en las valientes y bellas estrofas á Cuba, en las expansiones de su espíritu, en las francas idealidades que rebosan en sus versos.

Como en ameno jardín brotan las flores, embalsamando la atmósfera con sus perfumes, así han brotado las poesías de su mente, dejando en el ánimo del lector, que en sus manos tiene un libro de la hermosa hija de los trópicos, algo de sereno, de risueño, de fresco, de diáfano, al identificarse con las ideas y con la inspiración que ha dictado sus páginas.

El mérito real, la facilidad del estilo, el ingenio clarísimo de la poetisa, pudiera brillar en escenario más vasto aumentando su fama y los laureles de su corona si, menos tímida, diera mayor ensanche á los vuelos de su inspiración que, á no dudarlo, produciría más, mucho más de lo que hasta hoy la ha dado envidiable renombre y popularidad.

Pero ¡quién sabe si prefiere ya las suavidades de su hogar, la existencia tranquila y apacible, los goces de la misión más bella, cumplidamente realizada, á los aplausos y á los agasajos sociales que se prodigan al precioso esfuerzo intelectual!

En ese caso ¿nos tocaría censurar ó aplaudir el retraimiento?

Desde el punto de vista de amor á las letras, haríamos lo primero, pero, comprendiendo las nobles y generosas satisfacciones íntimas que superan á las de la gloria y prestan á la mujer eterna aureola, optaríamos por lo segundo.

¡Loor á la literata que ciñe la doble diadema del talento y la que se concede á las virtudes más excelsas!

LA BARONESA DE WILSON

JUEGOS FLORALES EN ALICANTE

(Agosto de 1902)

MIS AMORES

Poesía premiada con la Flor Natural

(FRAGMENTO)

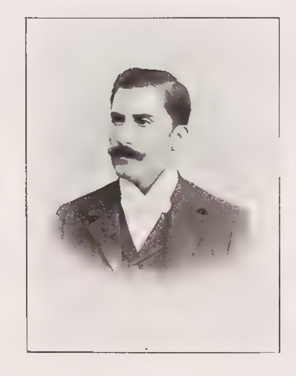
Venid los trovadores con vuestras dulces liras;
honor dad á las Musas en sus Florales Juegos
y, en fe de la cultura de las hispanas letras,
llevad á sus paladios las flores del ingenio.
Las inmortales glorias de nuestra madre Patria
la vibración inspiren de vuestros cantos épicos;
al cielo las estrofas la Fe cantando suban
igual que en los altares las nubes del incienso.
Y si por dicha vuestra, ternuras amorosas
subyugan vuestras almas en dulce cautiverio,
como las aves cantan al murmurar del río,
cantad vuestros amores al són de vuestros plectros.

. . . .

¡Amor! Virtud creadora, poder vivificante,
calor fecundo á cuyos germinadores besos
sobre la faz del orbe palpita la existencia
y es toda la Natura vital renacimiento;
por ti las aves cantan, por ti forman sus nidos,
por ti bullen miriadas de seres por el suelo,
por ti los peces pueblan los mares y los ríos
por ti brillan y zumban libélulas é insectos;
hasta por ti las plantas con sus vistosas flores
son gala de los campos y pompa de los huertos
y saben dos palmeras, venciendo la distancia,
cual dos almas ausentes besarse desde lejos.
Amor, en fin, es lazo que liga misterioso
moléculas y mundos, lo mínimo y lo inmenso:
afinidad secreta los átomos agrupa,
por atracción los astros navegan en el cielo.
Un mundo que finjamos donde el amor no exista
será mansión esteril de sepulcral silencio;
eternidad inmóvil de páramos de muerte,
indiferente calma de solitarios yermos.

. . . .

El corazón, Dios mío, sin el amor ¿qué fuera?
Un búcaro sin flores, un astro sin destellos,
un cántico sin notas, un nido ya vacío,
un mísero latido monótono en el pecho.
¡Amar y ser amado! Qué bellos horizontes,
qué verdes son los campos, qué azul el firmamento,
qué flores más fragantes alfombran los caminos,
qué bellas esperanzas halagan los ensueños!
Amor ciñe por eso, como divino lauro,
con sus purpúreas rosas las sienes de los buenos;
la gloria refulgente de amar y ser amado
iluminar esquiva las almas de los réprobos.



Gaspar Esteva
Autor de la poesía *Mis Amores.*
Fot. de A. Torres García (Granada

Las adorables dichas de tan celeste gloria
son los mayores bienes que Dios nos ha dispuesto;
las bienaventuranzas del libro del Profeta
las brindan las huríes en un amor eterno.
Amor también consigue con redentor influjo
purificar las almas en su crisol de fuego;
«haber amado mucho» por eso, perdonada,
obtuvo Magdalena la palma de los cielos.
«Amáos, en fin, dice, los unos á los otros»
la Religión divina del Santo Nazareno:
y perdonando muere por el amor del hombre
el Dios crucificado en Gólgota sangriento.
¡Amor! Dulce mirada de luz inolvidable;
dulcísima sonrisa de mágico recuerdo:
abrazo de dos almas que en éxtasis creciente
se cuentan y adivinan al par sus pensamientos.
Un ansia misteriosa que dos vidas enlaza,
dos vidas confundidas en un mismo deseo,
y un sér que en una cuna sonríe y balbucea,
al par que sus mejillas inúndanse de besos.
¡Los besos de las madres! El habla de los hombres
enaltecer no sabe tan celestial efecto;
los besos de las madres son notas de un poema
que sólo versifican los ángeles del cielo.
Pero el amor más grande de todos los amores
es el amor que dentro de mis entrañas llevo:
¿quién es? el labio mudo; velar su nombre debe
la castidad augusta del íntimo secreto:
las más bellas ternuras, el alma las encierra
en el rincón más hondo del amoroso pecho:
las perlas más hermosas en cárceles de nácar
los mares las esconden en sus profundos senos.
¡Los mares! cuán inmensos con sus inquietas olas;
¡los cielos! qué infinitos en su extensión sin término:
así son mis amores, sin término, sin calma,
amores infinitos que asombran por inmensos.
¡Amores de mi vida! ¡Tesoros y laureles,
al lado de vosotros, qué bienes más pequeños!
mis rimas, ¡pobres rimas! merezcan el olvido;
en cambio, mis amores merecen muchos premios.

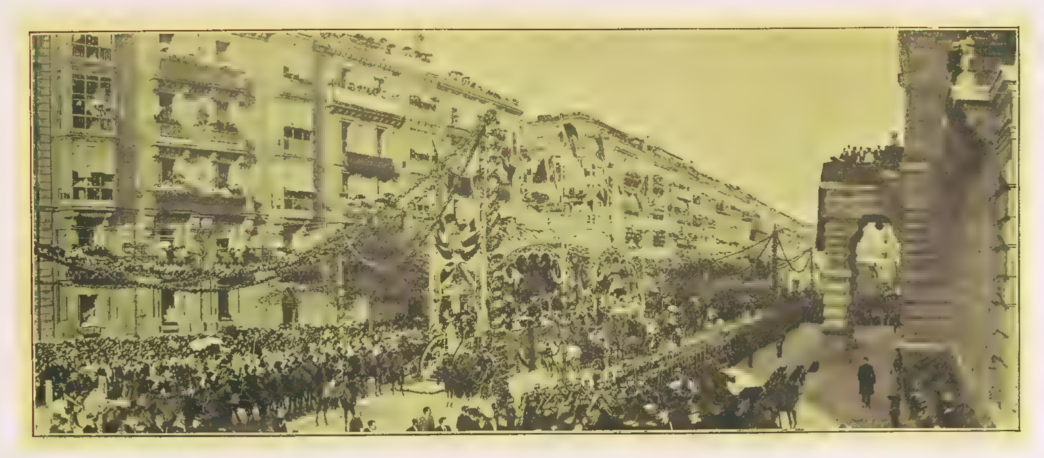
Gaspar ESTEVA



LA REINA DE LA FIESTA Y SU CORTE DE HONOR

Pepita Carretero. María Alarcón. Margarita Campos. María Torrontegui.
Remedios Gadea. PAULINA CAMPOS Sara Seguí.

Fot. de A. Torres, aficionado. -(Alicante).

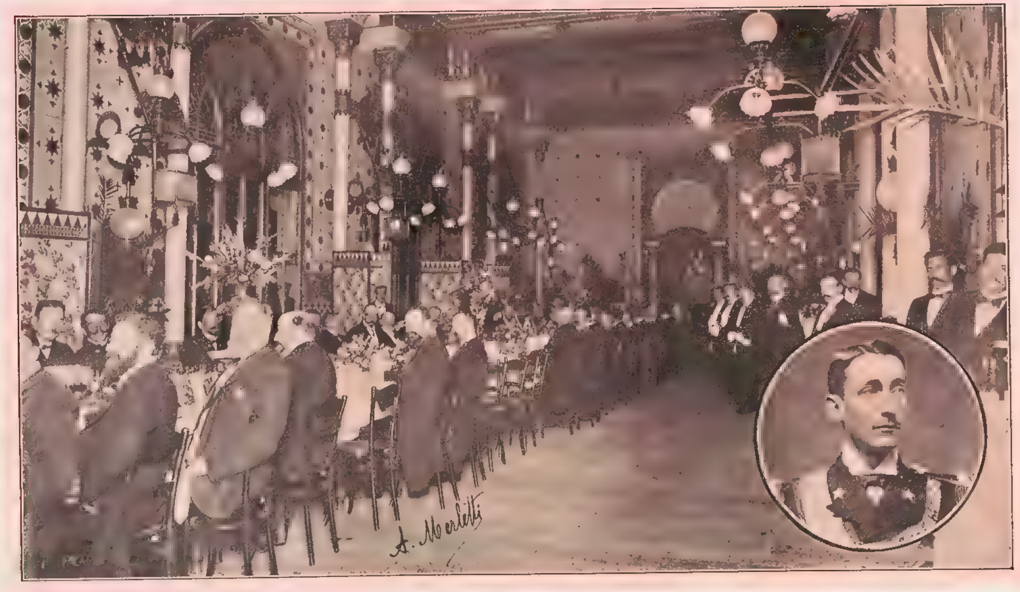


Fiestas en Bilbao por la visita de S. M. el Rey Don Alfonso XIII.

Instantánea de M. Abarcoartú (Bilbao).



«La Liguria», fragata que manda el Duque de los Abruzos.



Banquete ofrecido por el Ayuntamiento de Barcelona al Duque de los Abruzos en el Restaurant Tibidabo.

Instantáneas de A. Merletti.

GUZMAN EL BUENO

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Don Alonso Pérez de Guzmán, apellidado más tarde el *Bueno*, por su heroica acción, es una de las más grandes figuras de nuestra historia.

Cuando el rey Don Alfonso el *Sabio* emprendió su viaje á Francia, deseoso de ceñirse la corona de Alemania, los moros de Andalucía, faltando á las pactadas treguas, llamaron en su ayuda al Rey de Fez y Marruecos, Aben-Jucef, y en sangrientas batallas derrotaron á don Nuño de Lara, al príncipe Don Fernando y al arzobispo de Toledo, don Sancho. Dos hombres valerosos salvan á España y vengan á la Cruz; don Diego de Haro, Señor de Vizcaya, y el príncipe Don Sancho. Con el primero vino de León el joven Don Alonso de Guzmán, á la sazón de veinte años, quien en la reñida batalla de Jaén hizo prisionero al influyente moro Aben Comat, favorito del rey Jucef. Vuelto á Castilla Don Alfonso, por mediación de Guzmán y Comat se firmaron nuevas paces, el año 1276. Sabedor Guzmán que al nombrarle como uno de los que en ellas más habían lucido, su hermano mayor y el rey Don Alfonso le habían designado con el mote de *hijo de ganancia*, que así se llamaban entonces los hijos de *mujeres no veladas*, pidió permiso al Monarca para desnaturalizarse y dejar de ser su vasallo, y obtenido marchó á presentarse al rey Jucef, con varios parientes y amigos, ofreciéndole su espada contra otros reyes moros, costumbre muy común en aquellos tiempos.

Puesto Guzmán al frente de los cristianos que otros jefes moros tenían prisioneros y cuyo rescate logró de Jucef, realizó verdaderas maravillas.

Bien pronto la historia de sus hazañas se hizo pública en Castilla, alterada por las luchas entre Don Alfonso y su hijo Don Sancho, á quien el Monarca pretendía, á pesar de su valor y sus triunfos, privar del Trono, para darlo á los hijos de su primogénito Don Fernando, acto que produjo la rebelión de los grandes y la decisión de las Cortes, juntas en Valladolid, que le declararon *inhábil para gobernar*.

En tan duro trance, acordóse Don Alfonso del joven Guzmán, á quien tanto había ofendido, y apelando á sus *nobles sentimientos* le escribió una tierna carta para rogarle suplicase á Jucef le prestase sobre su rica Corona la cantidad que quisiera. Conmovido el Rey moro por las razones de Guzmán, envióle á Sevilla con 60,000 doblas de oro y la promesa de acudirle con sus tropas, como lo hizo, contra las de Don Sancho. Graves disturbios separaron á los Monarcas, y Jucef tornóse al Africa con Guzmán y su mujer, la noble Doña María Coronel, doncella virtuosísima, con la que Don Alfonso le había casado para premiar su noble acción y valiosos servicios.

Tanto como Jucef quería á Guzmán, le odiaban su hijo Aben Jacob y su sobrino Amir, envidiosos de sus altas prendas. Muerto Aben-Jucef envióle Jacob con una *reducida* escolta á cobrar varios tributos de numerosos árabes, avisándoles previamente. Súpolo Guzmán por su prisionero y amigo Comat, y detuvo el aviso, substituyéndole por otro en que participaba á los moros iba sobre ellos el caudillo cristiano con numerosas fuerzas. Temerosos los moros, salieron á su encuentro y le entregaron cuanto debían, repartiólo con sus soldados y, en las naves que previamente había dispuesto, embarcóse para Castilla, entrando en Sevilla entre aplausos y vítores (1291).

Muerto Don Alfonso, el rey Don Sancho le acogió con el mayor cariño,



Cuadro de S. Martínez Cubells. — *Fot. de J. Laurent y C.ª* (Madrid).

le conservó á su servicio, enteróse por él de la situación interior de Africa y dispuso el asedio de la importante plaza de Tarifa, para cuya empresa adelantó Guzmán el dinero. Tomada ésta, el maestre de Calatrava la defendió un año, pero, no atreviéndose á más, pensóse en desmantelarla, cuando Guzmán se ofreció á defenderla y conservarla para España, reparando á su costa los muros, y encerrándose en ella con su familia.

El Infante Don Juan, asesino del Señor de Vizcaya, traidor á su patria, desleal á su hermano, *tan ambicioso como cobarde*, ofreció su espada á Jacob, que soñaba con la conquista de Andalucía, y el cual le envió con 5,000 jinetes, mandados por su primo Amir, para sitiar á Tarifa, llave del Estrecho. Don Juan, que no era un caballero, sino un malsín, ofreció un tesoro á Guzmán por Tarifa, contestándole el insigne caudillo: *Los buenos caballeros ni compran ni venden la victoria*. Recordó entonces, el miserable, que tenía á su disposición un hijo de Guzmán, que éste le había confiado para llevarlo á la Corte del Rey de Portugal, con quien tenía deudo, y lo presentó desde el campo moro á su padre, ofreciendo devolvérselo por la entrega de Tarifa. —«No engendré yo hijo para que fuese contra mi tierra, — contestó el noble castellano,—antes engendré hijo á mi patria, para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si Don Juan le diese muerte, á mí dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en el mundo y condenación eterna después de muerto. Y para que vean qué lejos estoy de rendir la plaza y faltar á mi deber, allá va mi cuchillo, si acaso les falta arma para completar su atrocidad.» Tal es el asunto del interesante cuadro del señor Martínez Cubells presentado en la Exposición del año 1884 y grandemente elogiado por los críticos y por el público.

Don Juan cumplió su bárbara amenaza: el inocente niño fué bárbaramente asesinado, y el heroico padre, al escuchar los gritos de cuantos presenciaron tan horrible espectáculo, salió á enterarse de lo acontecido y, volviéndose á la mesa, exclamó: —«Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa.»

Tan heroica acción elevó á Guzmán, quien desde entonces fué apellidado el *Bueno*, á la mayor altura; las gentes corrían á verle y admirarle; las madres le enseñaban á sus hijos como modelo de caballeros y, al recibirle Don Sancho, dijo á sus grandes, donceles y servidores:—*Aprended á sacar labores de bondad, cerca tenéis el dechado*, — regalándole para sí y sus descendientes toda la tierra que costea la Andalucía entre las desembocaduras del Guadalquivir y el Guadalete. Sintiéndose morir, encargóle partir á Andalucía y defenderla por Doña María de Molina, su esposa y gobernadora del Reino, contra tantas facciones sublevadas, como lo ejecutó contra Portugal y Granada.

Coronado su hijo Don Fernando, y emprendida la conquista de Algeciras, en la serranía de Gamin cayó mortalmente herido por una lluvia de flechas de los árabes, el 9 de Septiembre de 1309. Guzmán, á quien el mismo rey Don Sancho comparó con Abraham, es uno de esos hombres extraordinarios que excitan á la vez piedad, admiración y fervor.

E. RODRÍGUEZ - SOLÍS

J. CARDONA



LA MODISTILLA PARISIENSE



Cuadro de Antonio Torres Fuster.



LAS FIESTAS DE LA MERCED

No es posible formarse idea, sin haberlo visto, del aspecto hermoso, de la animación extraordinaria que ofreció esta capital durante los pasados festejos en honor de su excelsa Patrona.

En los últimos diez años, á causa de las tristes circunstancias porque atravesaba el país, sólo la Iglesia conmemoró la festividad del 24 de Septiembre, con tanto esplendor celebrada en las épocas de nuestra Exposición Universal y del Centenario de Colón; pero en el presente, no porque en realidad la situación haya mejorado, sino porque la opinión pública pregonaba á voz en grito la conveniencia de regocijar un tanto al decaído espíritu y patentizar lo mucho que de entonces acá ha progresado Barcelona, en todos conceptos, la Corporación Municipal tomó el feliz acuerdo de resucitar las fiestas de la Merced, poniendo de su parte cuantos medios podía para que resultasen dignas de aquellas que por su suntuosidad y brillantez dejaron imperecederos recuerdos.

Y como sembraba en terreno abonado, el vecindario no se hizo sordo á su llamamiento, acogiendo la idea con tal entusiasmo, que la iniciativa

Calle de Fernando VII. — Calle de la Unión. — Calle de la Boquería. — Masía catalana en la Plaza de Sepúlveda (Huerto).



oficial, preciso es confesarlo, resultó muy pálida, al lado del desprendimiento y esfuerzo de los particulares; pues á éstos se debe principalmente el brillante papel que la Ciudad de los Condes acaba de desempeñar ante los miles y miles de forasteros que atraídos por lo sugestivo del programa acudieron á visitarla; á pesar del manifiesto empeño con que las nubes se propusieron deslucirlo y dificultar su cumplimiento, enviándonos frecuentes chubascos á cual más inoportuno y fastidioso. Salvo esa contrariedad, que no es pequeña tratándose de diversiones en su mayoría al aire libre, estamos seguros de que ninguno de los visitantes tuvo por qué arrepentirse de su venida. Todos los espectáculos anunciados en el Cartel oficial, aunque el mal tiempo obligó á aplazar alguno de ellos, se realizaron con el brillante éxito que se propusieron sus organizadores, siendo muchos los que llamaron la atención y fueron objeto de entusiastas alabanzas.

En la imposibilidad de detallarlos minuciosamente, consagraremos algunas líneas á los más importantes; pero antes hemos de dejar consignado que en aquellos ocho días de jolgorio y expansión popular, cuando apenas se podía andar por las calles y los establecimientos públicos se hallaban atestados de gente, no se registró un solo acto criminal, ni hubo que reprimir el menor desorden, cosa que habla muy alto en pro de la cultura barcelonesa.

Calle de Condal. — Calle del Carmen. — Masía catalana en la Plaza de Sepúlveda (Patio). — Puertaferrisa.



LECCIÓN DE

ORRELL



ANATOMÍA

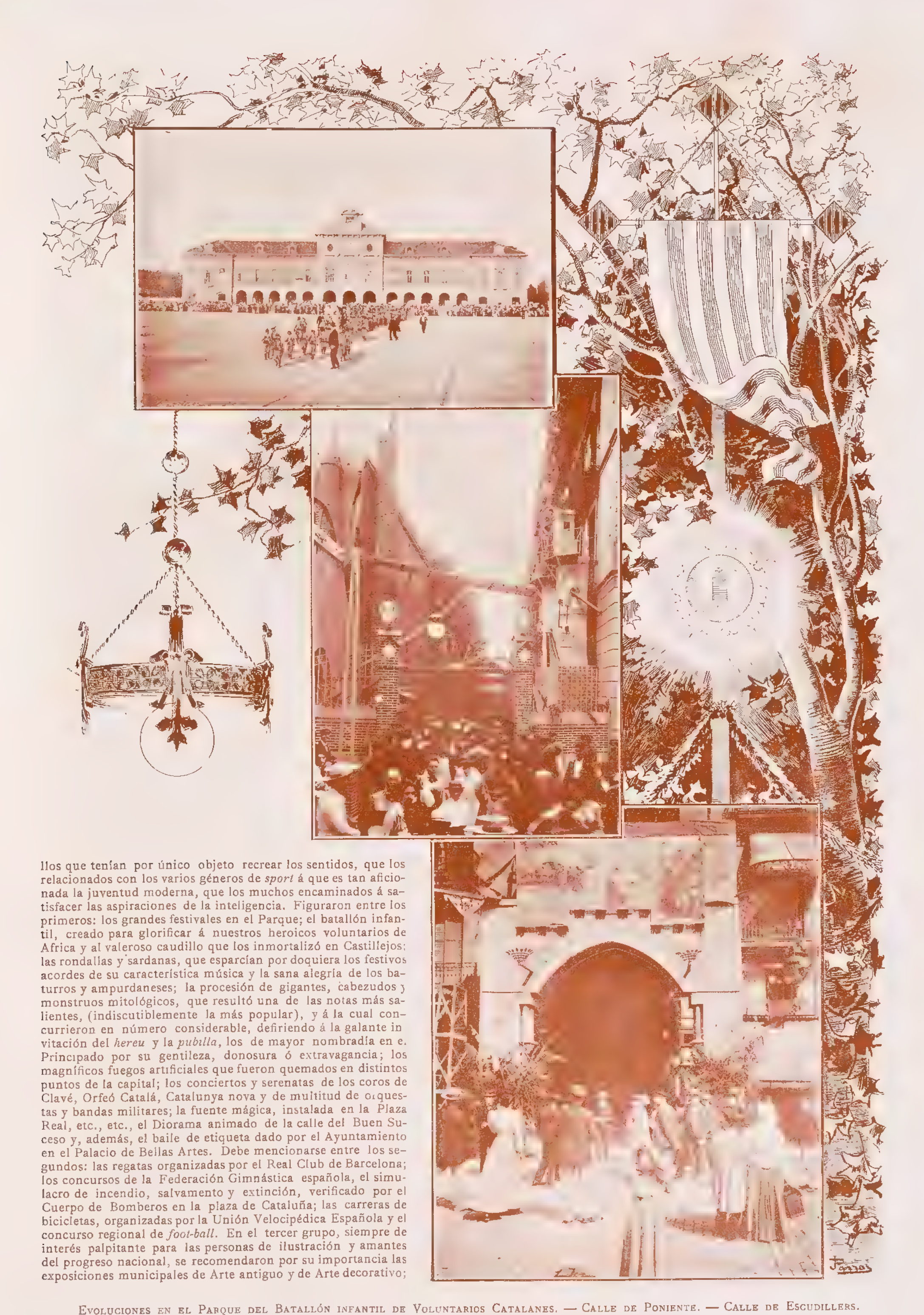


El decorado é iluminación de las plazas, calles, fachadas y aberturas exteriores, fué mucho más general y aparatoso que en las ocasiones antes aludidas, imperando el mayor gusto y, en vez de las notas rutinarias y vulgares de otras veces, las ingeniosas y elegantes, realzadas por el poderoso elemento de la electricidad, que caracteriza los tiempos actuales. Distinguióse en primera línea por su originalidad y riqueza la calle de Fernando, que obtuvo gran diploma de honor y medalla de oro; mereciendo especial mención entre las infinitas que se presentaron hermosamente engalanadas, además de la típica *Masía catalana*, instalada en la Plaza de Sepúlveda, las calles de la Unión, Boquería, San Sadurní, Carmen, Brosolí, Condal, Ancha, Puertaferrisa, Robador y Tallers; lo propio que las tiendas de Aurigemma y Santamaría (á las que se concedió igual distinción que á la calle de Fernando), el balcón de la fotografía Puig y el kiosco de la Rambla de Canaletas. La falta de espacio nos impide insertar el fallo del Jurado; nos limitamos á decir, para satisfacción de cuantos contribuyeron á tan grandioso espectáculo, que aquél hubo de crear, procediendo con justicia, no pocos premios extraordinarios, varias medallas de mérito y multitud de diplomas de cooperación.

Se comprende desde luego que la animación del vecindario correría parejas con el derroche de gasas, flores, colgaduras variadas y luces que imperó en todas partes; así fué: en los diez días que duraron las fiestas se bailó, con el entusiasmo propio del pueblo catalán, hasta altas horas de la madrugada, lo mismo en los barrios de gran circulación que en los más retirados y modestos, al són de nutridas orquestas ó de esos organillos callejeros que marcan al compás si no deleitan los oídos.

Había en el programa números para todos los gustos, y todos se vieron muy favorecidos por el público; lo propio aque-

Concurso de Gigantes y Cabezudos en el Parque. — Calle del Conde del Asalto. — Balsas de San Pedro.



llos que tenían por único objeto recrear los sentidos, que los relacionados con los varios géneros de *sport* á que es tan aficionada la juventud moderna, que los muchos encaminados á satisfacer las aspiraciones de la inteligencia. Figuraron entre los primeros: los grandes festivales en el Parque; el batallón infantil, creado para glorificar á nuestros heroicos voluntarios de Africa y al valeroso caudillo que los inmortalizó en Castillejos; las rondallas y sardanas, que esparcían por doquiera los festivos acordes de su característica música y la sana alegría de los baturros y ampurdaneses; la procesión de gigantes, cabezudos y monstruos mitológicos, que resultó una de las notas más salientes, (indiscutiblemente la más popular), y á la cual concurrieron en número considerable, defiriendo á la galante invitación del *hereu* y la *pubilla*, los de mayor nombradía en el Principado por su gentileza, donosura ó extravagancia; los magníficos fuegos artificiales que fueron quemados en distintos puntos de la capital; los conciertos y serenatas de los coros de Clavé, Orfeó Catalá, Catalunya nova y de multitud de orquestas y bandas militares; la fuente mágica, instalada en la Plaza Real, etc., etc., el Diorama animado de la calle del Buen Suceso y, además, el baile de etiqueta dado por el Ayuntamiento en el Palacio de Bellas Artes. Debe mencionarse entre los segundos: las regatas organizadas por el Real Club de Barcelona; los concursos de la Federación Gimnástica española, el simulacro de incendio, salvamento y extinción, verificado por el Cuerpo de Bomberos en la plaza de Cataluña; las carreras de bicicletas, organizadas por la Unión Velocipédica Española y el concurso regional de *foot-ball*. En el tercer grupo, siempre de interés palpitante para las personas de ilustración y amantes del progreso nacional, se recomendaron por su importancia las exposiciones municipales de Arte antiguo y de Arte decorativo;

Evoluciones en el Parque del Batallón infantil de Voluntarios Catalanes. — Calle de Poniente. — Calle de Escudillers.

DOMINGO MUÑOZ

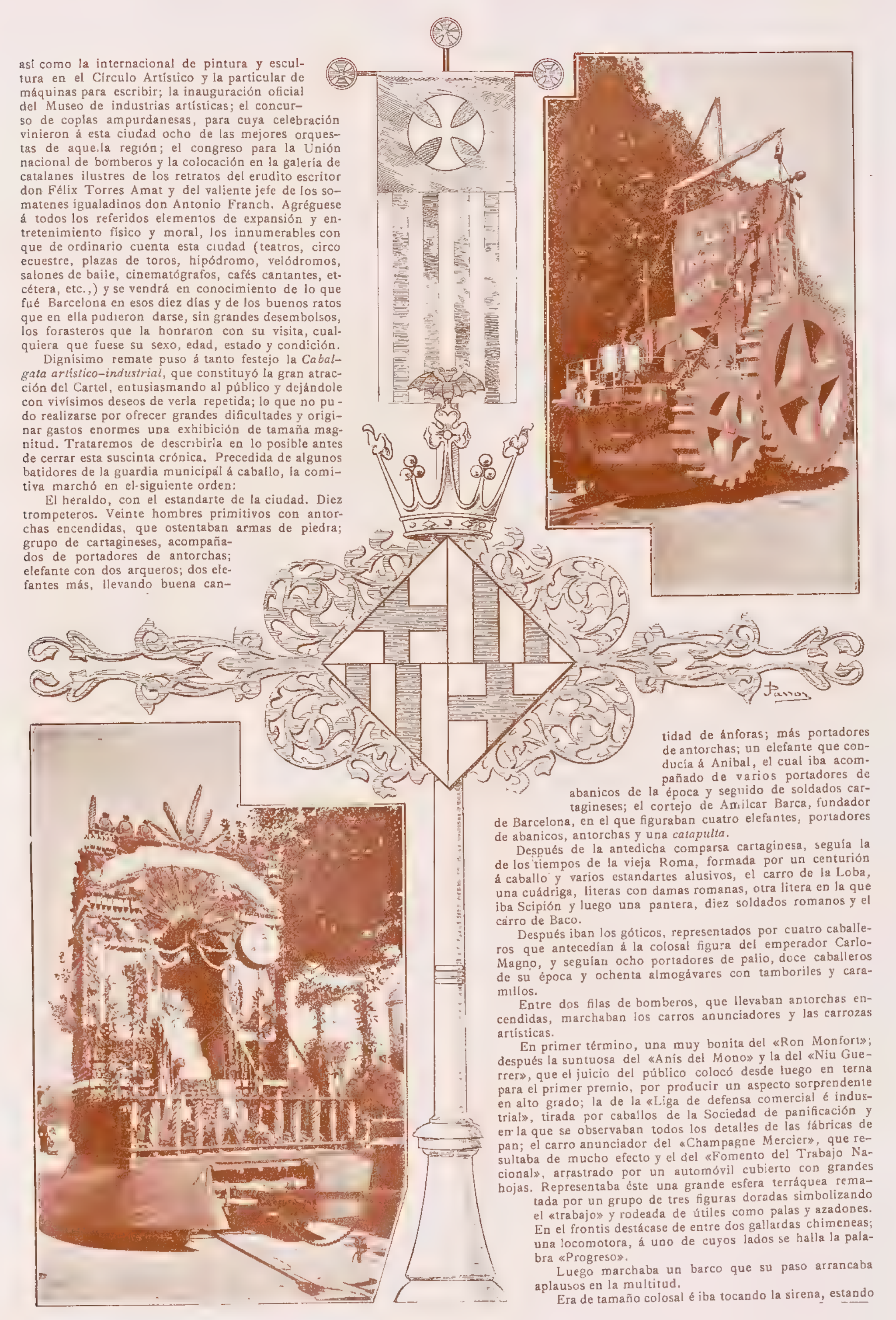


LA VUELTA AL CORRAL

así como la internacional de pintura y escultura en el Círculo Artístico y la particular de máquinas para escribir; la inauguración oficial del Museo de industrias artísticas; el concurso de coplas ampurdanesas, para cuya celebración vinieron á esta ciudad ocho de las mejores orquestas de aquella región; el congreso para la Unión nacional de bomberos y la colocación en la galería de catalanes ilustres de los retratos del erudito escritor don Félix Torres Amat y del valiente jefe de los somatenes igualadinos don Antonio Franch. Agréguese á todos los referidos elementos de expansión y entretenimiento físico y moral, los innumerables con que de ordinario cuenta esta ciudad (teatros, circo ecuestre, plazas de toros, hipódromo, velódromos, salones de baile, cinematógrafos, cafés cantantes, etcétera, etc.,) y se vendrá en conocimiento de lo que fué Barcelona en esos diez días y de los buenos ratos que en ella pudieron darse, sin grandes desembolsos, los forasteros que la honraron con su visita, cualquiera que fuese su sexo, edad, estado y condición.

Dignísimo remate puso á tanto festejo la *Cabalgata artístico-industrial*, que constituyó la gran atracción del Cartel, entusiasmando al público y dejándole con vivísimos deseos de verla repetida; lo que no pudo realizarse por ofrecer grandes dificultades y originar gastos enormes una exhibición de tamaña magnitud. Trataremos de describirla en lo posible antes de cerrar esta suscinta crónica. Precedida de algunos batidores de la guardia municipal á caballo, la comitiva marchó en el siguiente orden:

El heraldo, con el estandarte de la ciudad. Diez trompeteros. Veinte hombres primitivos con antorchas encendidas, que ostentaban armas de piedra; grupo de cartagineses, acompañados de portadores de antorchas; elefante con dos arqueros; dos elefantes más, llevando buena cantidad de ánforas; más portadores de antorchas; un elefante que conducía á Aníbal, el cual iba acompañado de varios portadores de abanicos de la época y seguido de soldados cartagineses; el cortejo de Amilcar Barca, fundador de Barcelona, en el que figuraban cuatro elefantes, portadores de abanicos, antorchas y una *catapulta*.



Después de la antedicha comparsa cartaginesa, seguía la de los tiempos de la vieja Roma, formada por un centurión á caballo y varios estandartes alusivos, el carro de la Loba, una cuádriga, literas con damas romanas, otra litera en la que iba Scipión y luego una pantera, diez soldados romanos y el carro de Baco.

Después iban los góticos, representados por cuatro caballeros que antecedían á la colosal figura del emperador Carlo-Magno, y seguían ocho portadores de palio, doce caballeros de su época y ochenta almogávares con tamboriles y caramillos.

Entre dos filas de bomberos, que llevaban antorchas encendidas, marchaban los carros anunciadores y las carrozas artísticas.

En primer término, una muy bonita del «Ron Monfort»; después la suntuosa del «Anís del Mono» y la del «Niu Guerrer», que el juicio del público colocó desde luego en terna para el primer premio, por producir un aspecto sorprendente en alto grado; la de la «Liga de defensa comercial é industrial», tirada por caballos de la Sociedad de panificación y en la que se observaban todos los detalles de las fábricas de pan; el carro anunciador del «Champagne Mercier», que resultaba de mucho efecto y el del «Fomento del Trabajo Nacional», arrastrado por un automóvil cubierto con grandes hojas. Representaba éste una grande esfera terráquea rematada por un grupo de tres figuras doradas simbolizando el «trabajo» y rodeada de útiles como palas y azadones. En el frontis destácase de entre dos gallardas chimeneas; una locomotora, á uno de cuyos lados se halla la palabra «Progreso».

Luego marchaba un barco que su paso arrancaba aplausos en la multitud.

Era de tamaño colosal é iba tocando la sirena, estando

CARROZA DE LA ASOCIACIÓN COOPERATIVA DE FONDISTAS. — CARROZA DE LA LIGA DE DEFENSA INDUSTRIAL Y COMERCIAL DE BARCELONA.

iluminado y adornado con profusión de banderas y bombillas eléctricas.

Después marchaba un enorme dragón, presentado, según se dijo, por *La Veu de Catalunya*, que arrojaba fuego por la boca, tenía por ojos dos luminosos focos y cuyo inmenso cuerpo se iluminaba con bombillas eléctricas.

Admirábanse en pos, una magnífica carroza perteneciente al grupo de las construidas por el Ayuntamiento, que figuraba el «Parnaso», y la no menos grandiosa del gremio de confiteros y pasteleros, muy bien adornada é iluminada con gas acetileno.

El Círculo de la Unión Mercantil presentó una magnífica carroza de un efecto sorprendente, representando un majestuoso trono, á cuyo alrededor se hallan esparcidos los atributos y emblemas del Trabajo, Industria y el Comercio simbolizados respectivamente por una preciosa colmena, diversas piezas de maquinaria y el elegante casco alado de Mercurio.

Su armazón es de madera blanca y dorada; y se halla profusamente iluminado por bombillas eléctricas de diversos colores, colocadas artísticamente en el centro de caprichosos espejos reflectores.

El fluído se produce por medio de un motor de cuatro caballos que se halla oculto en el interior de la carroza.

La colmena del trabajo alberga en su interior la instalación completa para la producción de luz Drumont,



cuyas proyecciones son de tan hermoso efecto. La carroza puede considerarse dividida en tres partes: en la primera, un grupo de genios rodean el escudo de la Merced; sigue luego el trono monumental en el que se destaca un grupo formado por soberbias matronas con riquísimos trajes. Una de ellas personifica España que contempla extasiada los símbolos del progreso que Cataluña le presenta.

Por fin, en el reverso del trono, dos genios alados muestran la inscripción «Círculo de la Unión Mercantil.»

Su altura alcanzaba á siete metros 50 centímetros; la arrastraban ocho caballos con arneses blancos y adornados con bombillas eléctricas, rodeándoles treinta peatones con artísticos faroles encendidos.

La opinión popular señalóla, por su importancia y suntuosidad, merecedora del primer premio, en competencia con la ya citada del «Niu Guerrer.»

Una de las que llamaron la atención también, fué la carroza representativa de la gloria de Colón, perteneciente

Carroza Barcelona.—Carroza á la memoria de Colón.—Barco del Real Club de Regatas.—Carro anunciador del «Champagne Mercier.»

también al grupo del Ayuntamiento. A continuación marchaban una carroza muy bonita, construída por la Asociación cooperativa de fondistas y la del Instituto Agrícola Catalán, que resultaba de magnífico efecto; llevava detrás dos bandas militares, carros de bomberos, automóviles adornados, «Xiquets de Valls», batallón infantil, grupo de bohemios y otras carrozas; cerrando la cabalgata el artístico carro del Ayuntamiento representando á Barcelona, al cual seguía la banda del regimiento de Albuera y una sección de la guardia municipal montada.

En suma; el espectáculo resultó brillantísimo, superior á todo encomio y como seguramente no volveremos á ver en bastante tiempo. La ciudad entera presenció á pie firme en las calles del tránsito ó desde los balcones las personas que tuvieron la fortuna de que les pasara por su casa ó de que un amigo les ofreciera sitio en los suyos, sin que arredrara á nadie la humedad acentuada de la noche ni lo avanzado de la hora en que comenzó el desfile.

A la en que cerramos el presente número, no se ha reunido todavía el Jurado de Premios, para formular el fallo definitivo; de suerte que, contra nuestra voluntad, no podemos incluirlo en esta reseña, como tampoco, por razones análogas, nos ha cabido la satisfacción de mencionar los correspondientes á los diversos concursos que formaban parte del programa; pero, por lo que á la cabalgata se refiere, creemos con fundamento que la









primera distinción recaerá en una de las dos carrozas anteriormente mencionadas y que se otorgarán muchas recompensas extraordinarias, en relación con los méritos contraídos por los muchos concurrentes á ella.

Diremos, para terminar, que la Ciudad Condal, á pesar de que su santa patrona no nos favoreció acaso por razones particulares que nuestra mente no alcanza á puntualizar, con los días bonancibles de que solemos disfrutar casi siempre, quedó á la altura de su buen nombre, afianzando la fama de morigerada, rica y hospitalaria que tanto la enaltece á los ojos del mundo civilizado; y que fiestas como las pasadas deberían celebrarse con frecuencia, cada año á ser posible; pues con ello ganaríamos todos, el comerciante, el industrial, el artista y hasta el humilde jornalero que, condenado eternamente á penoso trabajo, se siente feliz cada vez que las clases acomodadas inventan placeres de que le es dable participar.

***

Elefantes que figuraban en el cortejo de Amilcar Barca—Carroza del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro.—Carro anunciador del «Ron Monfort».—Camión del semanario «Cucut.»

Orlas de J. Passos.



Carroza del Instituto de Fomento del Trabajo Nacional.—Carroza del Niu Guerrer. —Carroza del Círculo de la Unión Mercantil —Carroza del Ayuntamiento «La Vendimia».—Carro anunciador del «Anís del Mono». -El dragón de la «Veu de Catalunya».

Orla de Ramón Costa.



Cuadro de Carlos Vázquez.

BELLAS ARTES

La elegante figura de mujer con que Carlos Vázquez da principio al presente número, es de las que dan campo á fantasear libremente por los espacios imaginarios de la novela. Una mujer bonita, sola en un café, dadas nuestras costumbres, no es posible se limite á saborear el sabroso brebaje. Esa mujer espera á alguien. ¿A quién? La imaginación del lector puede entregarse á todas las suposiciones que le sugiera su fantasía. El artista recoje una impresión y la perpetúa con febriles trazos. No hay que exigirle más en la rápida sucesión del tiempo.

Decimos mal, puede exigírsele corrección y buen gusto, y esto es lo que nos da Vázquez con su bien hecho *pastel*.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto una obra casi juvenil del artista que en poco tiempo escaló las altas cimas del arte. El *Parador catalán* que damos en la doble página central, á pesar de sus largos años de fecha, nos anticipa ya la medida del talento de Urgell; talento que se manifestaba en una manera personalísima de apreciar la naturaleza y en la fugosa pincelada que tanto le ha caracterizado siempre.

El fondo del cuadro representa una de esas anchurosas cocinas catalanas, que son al propio tiempo comedor, bodega, establo y corral; y que precisamente por eso ofrecen al artista materia por demás pintoresca para sus cuadros

Urgell pintó con singular cariño toda la parte derecha del cuadro, determinando con maestría los planos y tocando con minuciosa factura los cacharros del vasar.

Pero el cuadro no es todo de Urgell; su amigo Comelerán pintó las figuras, acertando á colocarlas en su verdadero punto perspectivo, que no es poco, porque esas colaboraciones en pintura siempre resultan difíciles. La tendencia llamada modernista, ha dado sus frutos. Ha saneado la atmósfera de prejuicios académicos, y sin romper decididamente con la tradición, á la que ha robado muchos de sus elementos, espigando en el campo prerafaelista y en el *japonismo*, ha refrescado el color y ha ganado con la incomparable gracia de sus líneas lo que perdía en suntuosidad.

Nuestros artistas no se han quedado rezagados en el movimiento de transformación del arte, y, especialmente en lo que atañe á su aspecto decorativo, algunos han logrado crearse una reputación de originalidad, laudable en nuestro país, hostil á todo cuanto signifique innovación en el terreno tradicional.

A las finuras de Gaspar Camps y de Triadó, que en Barcelona han dado tan ópimos frutos, tendremos que agregar muy pronto, á juzgar por la muestra, la de O. Vilá, autor de la orla que adorna la novelita *Fugitiva* que publicamos en este número. Por su intuición simbólica y por la gentil manera de componer las líneas y colores hay en Vilá la estofa de un decorador que, con el estudio, puede ir muy lejos.

El concienzudo Juan Llimona presta hasta en los más fútiles juguetes el sello de su temperamento severo y acentuadamente realista. Su cuadro *¡Triste desengaño!* tanto ó más que un problema de sentimiento resuelve un problema de color, con el seguro aplomo de quien posee las cifras exactas de todos los colores. El dibujo magistral de la figura corre parejas con la justa valoración de los tonos que se presentan en contraposición con la luz, mientras la cortina, que vela la cruda reverberación de la ventana, dibújase con violentos trazos luminosos que dejan en una blanquecina penumbra todo lo demás del cuadro. Y hasta, por caso excepcional, la pincelada, que es en Llimona ordinariamente brusca y valiente, empástase aquí en una suave caricia que funde y envuelve todas las partes del cuadro.

Francisco CASANOVAS

EN EL CEMENTERIO

(HISTORIA TRISTE)

El brazo de mi amigo se agitó como si una corriente eléctrica lo invadiese; se detuvo en seco, cual obedeciendo á un imperioso mandato. Su mirada, brillante por la fiebre, escudriñaba las grisáceas calles de nichos, ayer solitarias, silenciosas, en olvido; á la sazón animadas por grupos de mortales, fingidos, curiosos ó abiertamente profanadores del reposo que se debe á los que fueron.

El tributo rendido antaño á los difuntos, en el reposo del hogar y en el religioso silencio del templo, se ha trocado en una de tantas fiestas casi gentílicas; ogaño se prescinde del recuerdo y del ruego; pero se visita la ciudad de los muertos, del mismo modo que se va al Museo, de igual manera que se penetra en el teatro, en los jardines comunales ó en cualquier salón público.

¡Qué amarga es para el espectador que siente, la visita al cementerio de la gran urbe, en día semejante!...

El pálido rostro de mi amigo se animó de súbito.

—¿Ve usted eso?—díjome señalando con mal reprimida ira los bulliciosos y abigarrados grupos de curiosos que recorrían las calles, comentando á voces, desvergonzados, las inscripciones de las lápidas.

Y soltando mi brazo se dirigió hacia uno de los ángulos, apoyó su frente contra el frío mármol y dos lágrimas que partieron de sus ojos fueron á estrellarse contra la pequeña repisa del nicho.

—Vamos—profirió luego, volviendo á apoyarse en mí. La bestia humana no deja ni reposo á los muertos ni sentir á los vivos...

Su pecho se inflaba por la acumulación de sollozos, que se agitaban en él como las aguas á impulsos de la tempestad submarina.

—Tal vez piense usted,—prosiguió, después de lograr calmar algún tanto su dolor,—que al venir aquí exprofeso ha sido á impulsos monomaníacos. No, amigo mío; vine á depositar en el sepulcro de un ángel la ofrenda de mi ternura y de mi amor puro, del único amor que he sentido en mi vida. No conocí á mis padres, vivía solo entre mis libros, las musas y los soldados; y, al acortarse mis días, un ángel se presentó á mi vista cuando tendía las alas para remontar el vuelo hacia la mansión de la dicha... Me explicaré; porque necesito recordar, para sufrir, pues el dolor tiene para mí deleitosos goces...

Al grito dado en Sagunto sucedió el pacto entre *tirios y troyanos;* la columna partió en demanda de la frontera y mi batallón hizo alto en el mesón de Matidero. Hace de esto veintiocho años. Mientras los soldados, haciendo del suelo mesa, daban buena cuenta de sus provisiones, la oficialidad y yo almorzábamos, satisfacíamos el apetito, servidos por el mesonero, un buen hombre, que se desvivía por sacarnos las víctimas de su gallinero.

A los postres presentóse el huésped en el comedor acompañado de una niña de doce años que llevaba en sus manitas un hermoso ramo de flores destinado á mí, como jefe del batallón. La infeliz estaba tan pálida, tan enfermita y tan débil que apenas podía sostener el ramo. Más que criatura humana parecía una visión próxima á dejar este mísero planeta. No pude contenerme; cogíla y después de besarla en la frente, la senté sobre mis rodillas.—¿Es hija de usted?—pregunté al patrón. El buen hombre contestó afirmativamente, con la cabeza; quizás porque el dolor le quitó la voz. Luego dijo:—Al saber que había llegado un batallón ha querido levantarse...—¡Pobrecita!—repuse, volviendo á besar su frente cadavérica.—¿En qué podemos complacerte, hija mía, para corresponder á tus obsequios?—Coloreáronse sus mijillas y contestó con su opaca vocecita:—No he oído nunca música militar...—¡Ah! ¿no? pues ahora te daremos un concierto para tí sola. Poco después la banda ejecutaba las mejores y más alegres piezas de su repertorio. Hicimos asomar á la niña á la ventana en la que quedó extasiada, poseída de un encanto indiscriptible.—Vaya ¿estás satisfecha?—la dije.—Sí, señor, muy contenta...—Al retirarme al frente del batallón con el corazón oprimido, hicimos todos un saludo de despedida á la niña, que desde la ventana siguió á la columna hasta perderla de vista. Detrás de la enferma, en la sombra de la sala, ante la desordenada mesa, el pobre padre lloraba como un niño... Seis meses después volví, solo; sólo por ver á aquel ángel, único que logró despertar mi amor... Había volado al cielo... Sus restos yacen ahí, en ese nincho donde yo acabo de depositar la amargurara de mi corazón que ella despertó á la dicha y que ella con su ausencia mató.

R. B GIRÓN

BLANCA IGGIUS



Las páginas del Album Salón han tenido el honor de engalanarse con los retratos de todas las actrices extranjeras de valía que desde su aparición han hecho temporada en los teatros de Barcelona, rindiendo tributo á su talento y poniendo de relieve sus cualidades artísticas; y pecaríamos de descortés si no tributara igual obsequio á la, para nosotros desconocida hasta ahora, que debutó en la *Gran Vía*, donde sigue actuando, á fines del mes anterior, inmediatamente después de terminar sus compromisos la célebre Vitaliani; máxime cuando, además de merecer esta distinción por la fama de que vino precedida, y relativamente justificada, es, por su hermosura y elegancia, una de las notas que más cuadran á la índole de nuestra Revista.

Blanca Iggius, cuyo repertorio difiere poco del de la artista ya citada y del que anteriormente nos habían dado á conocer la Dusse y la Mariani, salvo algunos *vaudevilles*, que nos pesa por cierto ver en él, luchaba desde luego con el recuerdo de aquélias y tenía que valer mucho, muchísimo, para que la comparación no le fuese desfavorable. En su elogio diremos que, si no ha salido vencedora, ha logrado igualarlas en ciertos momentos y sostenerse á envidiable altura en el resto de las obras. El público, no muy numeroso, que asiste á sus representaciones sin prejuicios ni apasionamientos, la aplaude de buena fe; el que todavía conserva su entusiasmo de las otras temporadas, se muestra un tanto reservado y frío, y si mueve alguna vez las manos, lo hace por pura galantería, cediendo al encanto de la belleza ó á la instintiva admiración que produce en el espectador su indumentaria verdaderamente deslumbradora. En suma: según andan divididas las opiniones, Blanca Iggius partirá de Barcelona sin que hayamos sacado en limpio si merece el dictado de eminente, que tanto se prodiga en los tiempos actuales, ó si sólo debe considerársela como una actriz algo más notable que la generalidad, aunque superior á cuantas nos han visitado hasta ahora, en gracias personales, lujo y ostentación. Por supuesto, que esta diversidad de pareceres reconoce una razón natural, basada en el género libre que con predilección cultiva la Iggius y desembarazadamente ejecuta; género más que atrevido licencioso, que atrae á una parte del público, que otra parte acepta á regañadientes, y que aleja de su teatro á la parte restante, perjudicando no poco á la Empresa (seguramente á sí propia), pues con dificultad lo habrá visto lleno.

No pecamos de timoratos ni somos de los que se asustan al oir un equívoco harto claro ó ante una situación excesivamente realista; pero hemos de confesar que el *teatro libre* de la Iggius, ó como ella lo entiende por lo menos, si ha llegado á entronizarse en determinados países, no tomará aquí carta de naturaleza, ni la tomará tampoco en ningún país que se precie de culto y morigerado. De sobra sabemos, y harto nos duele, que el teatro no es ya una escuela de buenas costumbres; que por vieja se ha desechado la máxima de que debe deleitar instruyendo; pero entre esto y convertirlo en una cátedra de inmoralidad donde hasta las mujeres, despojándose de su puduroso incentivo, ejercen de profesoras, y enseñan lo que la honestidad obliga á esconder y dicen lo que por decoro hay que callar, existe una valla inmensa que, ni aun concediendo á Blanca Iggius un talento colosal, se decidirán á traspasar los barceloneses sensatos, tan amantes en general de la libertad como enemigos de la licencia. * * *

ENRIQUE SERRA

Nuestro amigo y paisano el célebre pintor de este nombre, se ha servido favorecernos con la fotografía de su cuadro *Sobre el lago de Nemi*, hermoso como todos los suyos, la cual publicamos con verdadero placer, junto con otra del cuadro, pintado por Serra en el año 1882, que la casualidad ha puesto en nuestros manos; y al propio tiempo el retrato, que en justicia debía figurar tiempo hace en estas páginas, del eximio artista, sobre cuya obra no formularemos detenido juicio por ser universalmente conocida y ensalzada.

En la carta que acompañaba á la citada fotografía, nos decía nuestro ilustre amigo:

«Es una lástima, y lo siento de veras, que el carácter especial y personal que doy á mis cuadros no permitan el ser reproducidos en su admirable Albúm Salón. Muchas veces he deseado pintar algo de figura para usted, pero ante los continuos compromisos que tengo, me ha sido siempre imposible. También he intentado, en distintas ocasiones, reunir algunos trabajos y hacer una exposición especial en mi querida Barcelona, pero nunca he podido realizarlo; los vendo como pan bendito y me encuentro de nuevo sin un cuadro disponible.»



¡También nosotros lo sentimos, aunque esta afirmación implique un refinado egoísmo, de que difícilmente llegaremos á curarnos!

Enamorado de la ciudad eterna, en la que reside desde 1877, puede decirse que se ha naturalizado allí, donde, desde el primer momento, encontró ancho campo su inagotable producción.

Cultivador de todos los géneros, en estos últimos tiempos ha tratado con sin igual maestría el paisaje del Lacio, especialmente las vistas lacustres y las lagunas pontinas, cuyas tranquilas aguas y húmedas ninfeas ha sabido realizar como nadie. Hace ya muchos años que la firma de Serra se cotiza alto en todos los mercados de Europa; y mientras en Roma goza universales consideraciones de cuantos admiran su talento, es su casa y su taller archivo de la cortesía y mansión hospitalaría donde hallan simpática acogida, cuantos españoles llaman á sus puertas.

***



E PUR SI MUOVE — Cuadro de Enrique Serra.



SOBRE EL LAGO DE NEMI — Cuadro de Enrique Serra.

JUAN LLIMONA



¡TRISTE DESENGAÑO!

JUAN MARTÍNEZ ABADES



«...CON EL SUDOR DE SU FRENTE»

EL LEÓN MORIBUNDO

ESCENAS DE LA VIDA ARTÍSTICA

(Conclución.)

Empezó el acto segundo, de descanso completo para el tenor, y el público acentuó su mala intención contra éste, aplaudiendo vigorosamente al barítono, un ex carpintero ó cosa así, español neto, sin estilo ni educación musical, que cantaba, inmóvil como un poste telegráfico, levantando de cuando en cuando un brazo con una regularidad automática, pero cuya voz potente y bien timbrada se elevaba sin dificultad al registro agudo. Fué aclamado en el aria, en el dúo con Leonor, en el concertante, y aquellos aplausos fueron á herir al veterano, que esperaba sentado en su *camerino*, la prosecución del suplicio que se le preparaba al llegar el acto tercero.

Y su cruel esperanza se realizó con un refinamiento espantoso. Cuando un público teatral se encarniza con su víctima, lo hace con detalles de inexplicable barbarie: goza realmente en el sufrimiento ajeno, y al silbido que censura, añade la risa grosera y bestial que ultraja al vencido...

Por primera vez en su vida, comprendió la infinita amargura del artista silbado y escarnecido. Aplastado bajo el peso de aquel escándalo brutal, creciente, que se traducía en silbidos estridentes, en mugidores vocerios, en risotadas innobles, en gritos furiosos que parodiaban el ladrar del perro ó el cacareo del gallo, el desgraciado sentía que las piernas se le doblaban, que sus ojos se obscurecían y que un sollozo nervioso iba á cortar la voz en su garganta. Andaba, gesticulaba y cantaba maquinalmente, sumido en una especie de estupefacción dolorosa, semejante á una pesadilla, de la que despertaba violentamente á cada momento, sacudido por las sonoridades de la orquesta, el clamor de los coros, y los rugidos del público ensañado con el mísero, cuya mirada imploraba en vano un poco de misericordia. ¡Ah! si algunos minutos después, cuando corrido de nuevo el telón se diseminaban los concurrentes por pasillos y corredores, resucitando los comentarios del primer entreacto, hubiesen podido contemplar aquellos inconscientes verdugos la escena que se desarrollaba en el cuarto del tenor, á buen seguro que más de uno hubiera sentido el rubor de la vergüenza quemar sus mejillas y oprimida el alma por el remordimiento de una mala acción.

Sentado en una silla, con los codos sobre una mesa y la cabeza oculta entre las manos, un hombre sollozaba convulsivamente. A su lado, de pie, la misma jovencita de antes, en cuyo pálido y hermoso rostro se concentraba una intensa expresión de ira y de dolor, tendía el puño en el aire y de sus labios trémulos brotaban maldiciones: *¡Canaglia!.. ¡Canaglia!... ¡infami!* Después, inclinada sobre su padre, rodeándole con sus brazos, hablábale dulcemente, con infinita ternura, y en su melodioso parla, procuraba consolar aquella horrible amargura, repitiendo á cada punto entre afectuosas frases:

—*Non piange, ti prego,... non piange, mio póvero...*

Levantaba él la cabeza y nada era tan triste como aquella faz descompuesta, semi cubierta por una capa de bermellón, en la cual las lágrimas abrían numerosos surcos y lívidas rayas. Los ojos, anegados en llanto, miraban con aflicción y desvarío y de su boca entreabierta salía un hipo lloroso... Abrió los brazos, como invocando en su desesperación un alivio, y la doncellita le oprimió entre los suyos, cubriendo el rostro, secando las lágrimas bajo un diluvio de besos.

Mudo testigo hasta entonces de esa escena, un individuo vestido con elegancia algo cursi, cubierto de joyas y cuya fisonomía vulgar expresaban la más viva contrariedad, el aburrimiento del hombre que acaba de realizar un mal negocio, adelantó dos pasos y encarándose con el tenor,

—Vamos á ver, amigo mío—le dijo—no hay que tomar las cosas tan á pecho... ¡qué diablos! ya sabéis lo caprichoso y lo... extravagante que es un público, cuando se pone de mal humor... no hay que darle tanta importancia á sus arrebatos... vamos, calma, calma... tome usted ese cordial que he hecho preparar, y repóngase un poco;... el cuarto acto empezará dentro de diez minutos y conviene tener...

Nadini no le dejó concluir. Púsose en pie y, clavando su mirada en el empresario, replicó con firmeza:

—Buscad quien cante el último acto: yo no quiero, ni puedo hacerlo.

—Pero—balbuceó el caballo blanco aterrado—bien sabéis... que... que es preciso concluir la ópera...

—Que la concluya otro... ¡oh! después de mí, cualquiera puede hacerlo... un partiquino, un corista será bastante para reemplazarme.

—¡Eso no es posible!—gimió el empresario—¡por Dios! amigo mío, no me pongáis en tan terrible compromiso.

Pero el artista, sin escuchar sus lamentaciones, hizo un gesto á su hija y ésta sacó de su corpiño una carterita de que se apoderó Nadini; con nerviosa mano cogió algunos billetes de banco, y alargándolos al empresario, dijo simplemente:

—Ahí está todo el dinero que me habéis anticipado por mi contrata, incluso el importe del viaje: componéos como mejor sepáis.

Iba el industrial á protestar... pero una reflexión salvadora iluminó su mente. Acordóse de cierto ambiciosillo, valiente como él solo, que rondaba todas las noches por entre bastidores, que había cantado de tenor durante el verano pasado, en teatros de cuarto orden, y que no rehusaría ciertamente el encargarse del *spirto gentil* y del dúo...

—Por cuatro mimos y veinte duros, el nene aceptará de mil amores: anunciaremos al público que Nadini ha caído en síncope, y saldremos del paso,—añadió el empresario, que después de meterse los billetes en el bolsillo, salió disparado del aposento en busca del providencial tenorino.

***

Había transcurrido media hora: una lluvia de invierno, menuda y glacial caía silenciosa sobre las enlodadas calles, apenas iluminadas, en medio de la niebla que lo invadía todo, por el macilento fulgor del gas al través de los empañados cristales. Oíase continuo y rápido rodar de carruajes, cuyo estrépito se perdía y diseminaba en mil distintas direcciones. En uno de ellos y reclinada sobre los almohadones del fondo, una dama ya encanecida dejaba correr, en la obscuridad que reinaba en el interior del cómodo cupé, las lágrimas que había reprimido durante tres interminables horas, las más crueles tal vez que pasara en toda su vida.



Al doblar una esquina, el cochero detuvo bruscamente con un violento tirón de riendas á los fogosos alazanes, al propio tiempo que vibraba un agudo chillido de mujer. Había faltado poco para que dos transeuntes, una pareja que cruzaba la calle, cayeran bajo las patas de los brutos. Asomaron á las portezuelas tres rostros alarmados, y la vieja señora reconoció, al resplandor enviado por las linternas del carruaje, la faz pálida y enojada de su antiguo enamorado, cuyos labios lanzaban un apóstrofe contra el auriga, mientras que la actitud del brazo parecía proteger todavía á la niña que iba á su lado. Después, el cupé volvió á rodar rápido, y sólo durante un momento pudo distinguir la dama la silueta del artista, perdiéndose en la negrura de la noche.

Y entonces sintió que una inmensa y lacinante compasión le destrozaba el alma y sus labios apretaron convulsivos el pañuelo de encaje para ahogar un sollozo.

Ezequiel BOIXET

INMORTALES AMERICANAS

ZOILA AURORA CÁCERES (EVANGELINA)

El siglo pasado fué indiscutiblemente el soberano del vapor y de la electricidad; pero, según creo, la centuria presente ha de ser fecundísima por lo rápido de las concepciones y porque, dado el espíritu de la época, todo ha de tener un desarrollo fabuloso y con triple velocidad que la alcanzada en los mejores tiempos de su antecesora.

Tengo para mí que hoy las inteligencias se desenvuelven con imponderable é increíble prontitud, y que siguiendo la rotación universal, se forman las reputaciones y llegan á la cúspide en cortísimo espacio sin que hayan menester de años y años, de trabajosas luchas, para conquistar puesto elevado, en las artes, en las ciencias ó en la literatura.

Desde luego los estudios son más profundos é inculcan en las imaginaciones ideas y ambiciones, que eran desconocidas antes en la edad juvenil.

No anduvo desacertado el autor que, en los comienzos del siglo XIX, formuló la célebre frase: «Ya no hay niños», porque es lo cierto, que la precocidad ha sido, desde hace algunos años, el privilegio de aquellos que en los colegios y en los conventos se formaban, para la actual generación.

El pensamiento se ha engrandecido, se ha vigorizado, ha tenido ambientes propicios para adquirir instantáneo desenvolvimiento, haciendo la evolución rápida de crisálida á mariposa.

Hemos visto niños con toda la aureola de sabios, y mujercitas que, aun con el traje de colegialas, seducían ya por las singulares manifestaciones de su talento.

Verdaderamente la carrera de la humanidad es vertiginosa; hay que reconocer, admirar y aplaudir este inconmensurable afán, esa inspiración latente por alcanzar un nombre y señalarse en las diferentes escalas del saber humano, y ésto cuando los ideales de la ciencia moderna descubren horizontes tan hermosos, tan brillantes, tan cuajados de promesas, que hacen más fácil el camino, menos punzantes las espinas y no tan ariscos los abrojos que anteriormente eran la rémora para todas las grandes capacidades.

El hondo estudio de los problemas sociales, el moderno empuje que han tomado las ideas en el terreno científico, han hecho brotar como por encanto, adeptos de la nueva escuela que, al consagrarse á ella, han puesto en relieve sus aptitudes intelectuales.

La ciencia universal, que abraza en su conjunto raudales de pensamientos, y es, en su forma, inmensa cúpula de colosal edificio, presenta tan variadas y múltiples fases que necesariamente encadenan, enamoran y convidan á engolfarse hasta en lo más recóndito de la exploración analítica, que asume carácter especial, dominador y singularmente atractivo.

Hay en París una famosa escuela de Altos Estudios Sociales, donde se aquilatan los conocimientos más extensos y se profundiza en cuestiones de elevada trascendencia, en todo lo que se relaciona con los más grandiosos ideales, el progreso, á la altura de este siglo de luz y de electricidad. En la citada Escuela se desarrolla el genio, toma colorido más acentuado, y acaba por perfeccionar la obra más hermosa de la naturaleza; el entendimiento.

Allí, en ese centro, piensa, medita, observa y puebla de ideas nuevas la pensadora mente, una joven, casi una niña, tan noble por su belleza como por su talento.

Descuella como la flor en su broche, con todas esas delicadas seducciones de la mujer peruana que reune en sí el donaire, la dulzura y la vivacidad de una inteligencia tan despejada como sólida.

Evangelina, es una de esas organizaciones, á las que hacíamos alusión en los principios de este artículo; sus aptitudes intelectuales se desenvolvieron con indescriptible rapidez y sin desfallecer, ni abatirse, ante la magnitud de la idea, se apartó de la vida real, para soñar con la gloria. Sus primeros escritos fueron acogidos con aplauso, y en breve plazo obtuvieron merecida popularidad.



No vacilo en creer que algunos de los lectores del ALBUM SALÓN habrán saboreado los bellísimos *Cuentos Literarios*, publicados en Buenos Aires, en la *Ilustración Sud-Americana*, reproducidos en la *Paz*, (Bolivia), en el periódico *Literatura y Arte* y en otros importantes diarios de Guayaquil y de Montevideo.

El primer éxito, estimuló á la precoz escritora, y con mayor ahinco se consagró á estudios tal vez demasiado serios para su edad temprana, pero á los cuales la inclinaban las condiciones singulares de su carácter, no siendo ajena tampoco á estas tendencias, la atmósfera en que se había encontrado desde niña.

Todo escritor crea estilo que responda á la especialidad de sus condiciones intelectuales, á los idealismos de su imaginación y al mayor ó menor grado analítico de sus estudios.

Hay, además, la riqueza descriptiva, la forma propia, la frase afiligranada, ó pulida, que también acusa á veces cierta rudeza ó desaliño, el sello ya filosófico ó bien poético, todo lo cual hace reconocer el escritor, sin apelar á la firma, autorizándolo en todas sus obras.

Evangelina, pertenece al número de aquellos talentos privilegiados que tienen estilo propio, y en sus correspondencias, en sus artículos ó en labores imaginativas más extensas, resalta un corte especial, reflejándose en sus trabajos literarios el espíritu observador y el sentimiento más exquisito y más puro.

Colabora en el *Pensamiento Latino*, revista internacional que ve la luz pública en Santiago de Chile; en sus columnas regístranse artículos psicológicos, jurídicos, científicos, artísticos y de amena literatura, correspondiendo por entero todos los colaboradores al credo del periódico, y acusando la austeridad de las ideas, á cuya propaganda se ha consagrado el *Pensamiento Latino*.

En *El Grito del Pueblo*, importante publicación ecuatoriana, aparece la firma de Evangelina, acreditando siempre en sus producciones el clarísimo ingenio, la delicadeza y finura de su pluma y la crítica sutil y razonada, hija de un recto criterio y de la variedad y riqueza de conocimientos literarios, artísticos y científicos.

También se enorgullece con sus correspondencias *El Mundo Latino* que, á favor de titánica lucha, publica en Madrid el docto é incansable escritor M. G. Madueño.

La noble joven, americana por su nacimiento y europea por lo profundo y vasto de su instrucción, se inspira siempre en la escuela de la verdad humana y en los anchos horizontes de esta edad, progresista por excelencia.

Lo venidero, el futuro para Evangelina, se destaca entre irisados colores y destellos de mágica luz. La gloria comienza ya á tejer la corona de laurel que ha de ceñir su hermosa frente.

Hija de un hombre ilustre, supremo mandatario en el Perú y militar valeroso, el general Andrés Avelino Cáceres, ha templado su alma en las energías de aquél, vigorizándola también en las luchas políticas de su patria, las cuales ejercieron magna influencia en la vida del soldado que luchó sin tregua y en diferentes ocasiones por salvar el honor nacional.

Aún la joven escritora anhela más elevado rango: más alta perfección: jerarquía sólida en el campo de las letras.

Los problemas sociales y sensacionales, obtienen la predilección de Evangelina: encuentra en ellos tanto encanto, tanta novedad, tan anchos horizontes, que hablan con idioma nuevo á su alma y á su mente enamorada de lo desconocido.

Laureles no han de faltarle á la estudiosa y gallarda hija de aquel clásico suelo de los Incas.

A la gloria noble aspira. Hacia ella va. En el santuario hermoso, se grabará su nombre.

LA BARONESA DE WILSON



FUGITIVA

Cuando embarqué en Veracruz, la vi por primera vez á bordo del «Veloz» que iba á zarpar hacia las costas españolas.

Sonreía hablando tranquilamente con otra señorita y una señora de edad, que creí al pronto fueran sus compañeras de viaje; pero no, porque cuando se dió la orden de despejar para soltar las amarras y marcharnos, vi como se abrazaban, despidiéndose, lo que produjo cierta conmoción en los que se quedaban, iniciándose las lágrimas en sus ojos. Pero la otra echándose á reir, entre burlona y alegre,

—¡No· no, por Dios! — exclamó con cómico terror,—¡no vayáis á llorar! ¡Las escenas tristes me emocionan!

Acabaron por mostrar todas, bien pronto, risueña placidez en sus semblantes, y poco después, agitaban sus manos dándose el adiós de despedida, unas sobre el muelle, á bordo, la otra, del «Veloz».

—Es la primer despedida en seco que he visto en las mujeres, — me dijo un diplomático que paseaba de arriba abajo conmigo.

—Pues son su madre y su hermana,—afirmó uno de los oficiales.

Marchaba ya el buque con alguna velocidad, y como permaneciera élla inclinada mirando la costa que se veía ya lejos, se acercó mi compañero y la ofreció unos gemelos de gran presión. Con los gemelos pegados en los ojos, estaba aún, cuando nosotros apenas si distinguíamos ya el puerto de Veracruz. Muy luego los devolvió dando las gracias, y comenzó á andar de aquí para allá, contestando con amabilidad si la preguntaban, sonriendo y contemplándolo todo con viveza de pájaro. Un día hubo fuego á bordo (porque nos ocurrieron la mar de calamidades durante aquel viaje), y cuando corríamos todos azorados, hombres y mujeres, vi asomar por la cámara de señoras su carita risueña, y oí su vocecita burlona que me preguntaba:

—¡Qué! ¿Es que nos vamos á convertir todos en chicharrones?

Ocho días después se rompió el timón, habiéndose de utilizar el de repuesto, y manifestó élla deseos de que se rompiera también, para prolongar el viaje un poquito. Hubo en fin, una tormenta terrible, tan terrible, que la misma tripulación se mostraba inquieta y preocupada. Por entre las rendijas de algún camarote, veíase el pálido reflejo de los cabitos de vela del Santísimo que á previsión habían llevado algunas señoras, y en un grupito, rezábase el trisagio oyéndose el santo, santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos... Mi gentil pasajerita, se subió al camarín de cubierta, y se puso á tocar el piano. Las señoras se alborotaron diciendo que aquello era tentar á Dios.

—Se equivocan ustedes,—contestó élla sin pizca de presunción,—pero es que me parece á mí, que si Dios quiere que nos ahoguemos, lo mejor que podemos hacer es acatar su voluntad.

—A usted,— la dijo un día el capitán en la mesa, — creo que la ocurre lo que á un andaluz que llevamos una vez con nosotros. Fué entonces el peligro bastante mayor que en la pasada tormenta, porque se trataba de un ciclón que dicho andaluz contemplaba impávido de la manera más tranquila y apacible, cuanto todo era llanto y consternación á bordo.

Mientras maniobrábamos, me había á mí llamado la atención tanta tranquilidad; pero no estaba yo entonces para observaciones. Cuando pasó el peligro,

—Es usted muy valiente, — le dije. — ¿No le infunden á usted miedo los ciclones?

—¿Ciclón aquéllo?—me contestó admirado.—¡Quiá! ¡no lo crea usted! ¡Lo que yo dejé en Sevilla, capitán! ¡Aquéllo sí que era un ciclón!

Nos echamos todos á reir. Mas nuestra compañerita, con una gravedad muy desusada en ella,

—Pues el andaluz aquél,—repuso lenta y tristemente,—era muy feliz. ¡Pudo dejar su ciclón en Sevilla! También quedó el mío en Veracruz; pero volveré á encontrarle, quizás mucho más terrible aún en Barcelona. Ahora, capitán,—añadió con cierta amargura,—estoy en el centro que sabe usted es siempre tranquilo; pero naufragaré, es muy probable en cuanto salga de á bordo.

Nos causó tanta sorpresa aquéllo que nos quedamos mirándola asombrados

—¡Miren!—exclamó ella riéndose de pronto, — ya se me han quedado todos ustedes hechos unos papamoscas.

Nos reímos de nuevo y, broma al fin, se olvidó muy pronto el incidente. Tuve yo que quedarme en Málaga y lo sentí á fe mía. Echaría de menos, sin duda, al diablillo aquél, que tan ameno hizo nuestro viaje á pesar de las muchas peripecias que nos ocurrieron.

En Barcelona, algún tiempo después, fuí á presenciar la colocación de una estatua en el panteón de un amigo mío que se hallaba fuera y que, al marcharse, me hizo ese encargo para que estuviera atento á ciertos detalles.

Al salir del cementerio, vi entrar un ataúd blanquísimo, sin más acompañamiento que una mujer con pañuelo á la cabeza. Me interesan siempre esos ataúdes blancos. Seguí á aquél hasta la sala de observación, y cuando lo descubrieron me quedé frío. Era élla, mi compañera de viaje. La mujer del pañuelo á la cabeza lloraba, al parecer, con bastante desconsuelo.

—¿Es usted de la familia?—la pregunté.

—No, no señorito; ¡pero no sabe usted la pena tan grande que tengo! ¡Era tan desgraciada esa pobre criatura! ¡Y yo, yo misma tengo mucha culpa de su muerte!

Esas mujeres del pueblo suelen, á veces, tener franquezas sublimes.

Bien hubiera yo deseado conocer algún detalle de aquella vida que se había ya extinguido; pero mi interlocura se mostró sobre ese particular muy poco explícita. A las preguntas discretas que la dirigí, sólo contestó:

—Sí, sí; conmigo vivía... ¿Que si era buena? ya lo creo que lo era, mucho, muchísimo; ¡pero tenía una suerte más perra...! ¡Ah! ¿con que la conoció usted cuando vino de allá tan lejos?... ¿De su familia? ¡Bah! de eso no había que hablar, ¿para qué? ¡Todo había sido igual para la criatura aquélla!...

—¡Si hasta yo, señorito, — añadió—la he martirizado todo cuanto he podido!—y al decir esto, sus sollozos se acentuaron, cada vez con mayor desconsuelo. Después, un poco más franca en lo que á élla sólo se refería,

—Cuando hace poco estaba muriendo, — prosiguió—la pedí perdón, porque hace unos quince días le di un disgusto ¡tan grande! ¡tan grande! encima de los muchos que tenía ya la pobrecita, que lloviendo, diluviando como estaba se fué por esas calles de Dios, desesperada, triste. Cuando volvió ¡tenía una fiebre!... El médico dijo que se nos iba á escape. Cuando vi que de verdad se moría, la pedí perdón, como le he dicho á usted, señorito; pero ella, sonriéndose, en las agonías de la muerte,

—No te apures, Marcela,—contestó.—Si me muero, será la primera cosa agradable y duradera que me habrá ocurrido en mi vida. No debo sentir, ni tú tampoco, el que me vaya de este mundo, porque vine aquí con muy mala sombra. ¡Si tuviera que volver, ya procuraría que mi mala estrella no tuviera una cola tan larga!... — ¡Ya ve usted, señorito, bromeando siempre, hasta lo último! ¡Bien que entonces no tenía aquella carita tan risueña, sino una amarillez de muerte!

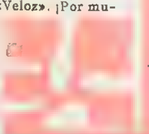
Oyendo aquéllo, se me oprimió el corazón, no podía respirar, ¡me ahogaba!

¡El ciclón!... Sí, sí que le había alcanzado á la infeliz! Miré aquella forma blanca, que hubiera yo querido galvanizar, haciéndola vivir, para arrancarla en seguida la confidencia de sus amarguras. Porque sentía anhelo, afán tardío de dulcificar sus tristezas infinitas, que no supe yo adivinar, viéndola tan alegre y expansiva á bordo del «Veloz». ¡Por mucho tiempo, sí, la contemplé!

Debió ser ilusión y lo que me pareció sonrisa, contracción dolorosa de su agonía; pero lo que es á mí, se me antoja que aquella carita se sonreía, burlándose aún de todos nosotros.

Me encontré estas notas en la calle, dentro de una cartera con las iniciales J. H.

¿De quién será?



Emilia GARGALLO

DOÑA BLANCA DE NAVARRA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Existen criaturas cuya vida parece toda consagrada á padecer.

En estas mismas columnas nos hemos ocupado de la triste suerte del Príncipe don Carlos de Viana, y hoy vamos á tratar de la no menos desgraciada de su hermana doña Blanca de Navarra. ¡Acompañó á los dos un sino bien desdichado en su dolorosa perigrinación por este para ellos con harta justicia llamado valle de lagrimas!

Muy niña aún, á los doce años (había nacido en Octubre de 1424) vióse desposada con el Infante de Castilla don Enrique, que mas tarde reinó con el título, bien raro por cierto, de Enrique IV el *Impotente*.

Por su corta edad no pudieron hacer vida marital, retardándose juntarlos hasta que doña Blanca hubo cumplido los quince años, ocurriendo un suceso por demás extraño.

Apenas unidos los esposos procedióse á anular el casamiento porque los médicos declararon impotente al príncipe, y el mismo don Enrique declaró, que su joven esposa, después de haber pasado por el lecho nupcial, continuaba *tal* y *como antes*.

¡Misterios son estos de la política y de los palacios, que apenas comprendemos los míseros mortales!

Y los calificamos de misterios porque, roto el casamiento, no tardó don Enrique en contraer otro con la hermosa doña Juana de Portugal; y lo que es más, en sostener ilícitas relaciones con la linda doña Guiomar, dama de su mujer, á la que un día la reina, en una fiesta de Palacio, golpeó cruelmente con su zapato. Entonces el monarca sacóla de Madrid y la llevó á una magnífica quinta situada á dos leguas de esta villa, donde la visitaba frecuentemente, dice el Padre Mariana, para *holgar con ella*.

La infeliz doña Blanca, llena de vergüenza y de dolor, hubo de regresar á Navarra á continuar su triste calvario.

Sabido es que su padre, el inhumano don Juan II, viudo de su esposa, la heroica y noble doña Blanca de Navarra, á la que debió el trono mientras él andaba intrigando en Nápoles y en Castilla, casó nuevamente con doña Juana Enríquez, mujer despótica y cruel, ambiciosa y pérfida, cuya vida entera consagróse á divorciar á don Juan de sus hijos don Carlos y doña Blanca, ansiosa de que las coronas de Aragón y Navarra las ciñera su hijo don Fernando.

No es posible decir si la tenacidad de doña Juana fué mas grande ó no que la debilidad de don Juan, al que manejó á su capricho.

Primero, dirigió todos sus tiros contra el Príncipe de Viana, hasta lograr ponerle frente á frente de su padre, en un campo de batalla; luego, consiguió obligarle á abandonar Navarra y Cataluña, por Nápoles y Messina; después, cuando le vió tornar á Barcelona y próximo á una reconciliación con su padre, reconciliación que los catalanes y navarros le imponían, procuró, de nuevo, malquistarlo con el autor de sus días, haciendo que le prendiesen en Lérida; y, por último, á fin de vengar las humillaciones que Barcelona la hizo sufrir no permitiéndola la entrada en su recinto mientras al príncipe le agasajaba y victoreaba con loco entusiasmo, le envenenó.



PRISIÓN DE DOÑA BLANCA DE NAVARRA. — (Cuadro de Eduardo Rosales)

Fot. de J. Laurent y C.ª (Madrid).

Pero quedaba otra heredera legítima del reino de Navarra, por testamento de su madre, la princesa doña Blanca, y contra ella dirigió sus certeros golpes, ansiosa de deshacerse del rival de su hijo y de vengar en la noble princesa la lealtad que había guardado á su querido hermano el Príncipe de Viana.

Explotando hábilmente las condiciones de la tercera hija de la reina doña Blanca, la princesa Leonor, casada con el conde de Foix, le atrajo á su partido, y logró enemistarla con sus hermanos, prometiéndole el reino de Navarra á la muerte de su padre don Juan.

Al efecto, don Juan concertó con el rey de Francia, Luis XI, uno de los políticos más hábiles y uno de los hombres más malvados de su tiempo, que éste le ayudaría á expulsar de Navarra las tropas de Castilla, á cambio de ceder don Juan la Navarra, después de su muerte, á su yerno Gastón de Foix, y de entregar su hija doña Blanca, la heredera legítima, á su hermana doña Leonor (1462).

Doña Blanca, desde la muerte de su hermano Carlos, vivía como prisionera de su padre, ó por mejor decirlo de su madrastra, en el castillo de Olite.

Avisóla don Juan que se preparase á marchar á Francia, donde tenía concertado su casamiento con el duque de Berry, hermano del rey.

Prevenida la infeliz de lo que contra ella se tramaba, lo resistió *con cuanta energía pudo, pero su desnaturalizado padre la llevó casi arrastrando* á los estados del conde de Foix.

En tan grave situación, apeló á los nobles navarros y hasta se dirigió á su esposo Enrique de Castilla, en una sentida carta que arrancó lágrimas aun á los corazones más secos, trasmitiéndole todos sus derechos y suplicándole que procurase su libertad. ¡Todo inútil!

En San Juan de Pie de Puerto fué entregada, dice Mosón, en nombre del conde de Foix al Captal de Buch *por orden del rey su padre, que fué lo mismo que entregar el pastor la inocente oveja al lobo.*

Llevada al castillo de Orther, en Bearne, vivió allí algunos meses en la mayor miseria y víctima de los más grandes sufrimientos, hasta concluir sus días envenenada ¡por su propia hermana doña Leonor!

La traslación de los restos del insigne pintor Eduardo Rosales, en unión de los malogrados Larra y Espronceda, y la Exposición de sus obras dispuesta por el Gobierno, ha reverdecido los laureles del artista admirable que ejecutó para honra suya y gloria de España *La muerte de Lucrecia* y *El Testamento de Isabel la Católica*. A él se debe el cuadro que hoy copia Album Salón, deseoso de rendir este nuevo tributo á su memoria, cuadro de los menos conocidos y quizás más bello de aquel genio colosal.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



LA ETERNA VELADA



Cuadro de Ricardo Brugada.

BELLAS ARTES

Nuestra última revista fué escrita en presencia de las obras que debían figurar en el precedente número del Album Salón; mas á última hora y cuando aquélla ya estaba en prensa, á causa de un desperfecto en la máquina, tuvo que suspenderse la publicación del cuadro de los señores Urgell y Comelerán que figura en la doble página de hoy, por lo que remitimos al lector á lo dicho entonces, no creyendo necesario repetir aquí el juicio que nos merece el hermoso cuadro de dichos aventajados artistas catalanes.

En cambio, algo habremos de decir de las dos obras que substituyeron á aquél, y que ostentan las conocidas firmas de Juan Martínez Abades y Antonio Coll.

El cuadro del primero quiere ser una nota de color y resulta una queja. Ser débil mujer, y estar sujeta al duro trabajo del arrastre de las redes para ganar el pan *con el sudor de su rostro*, si tiene de pintoresco la riqueza de color del ambiente y la pobre indumentaria de la pescadora, tiene de amargo la triste condición de la mujer, obligada á agotar sus fuerzas en oficios que no son de su sexo.

La *eterna velada*, de Antonio Coll, es la antítesis del anterior, y sin embargo, deja, como aquél, una impresión de tristeza. Aquí, la mujer cose, pero cose incesantemente, consumiendo su vida en el interminable pespunte, de día, de noche, siempre. El salario escaso y las crecientes necesidades, convierten el tranquilo hogar en un suplicio lento y continuo que sólo halla tregua á altas horas de la noche, cuando, terminada la labor, el cuerpo exhausto busca en el lecho modo de restaurar las fuerzas, para continuar mañana el rítmico é interminable compás de la aguja. El cuadrito está hecho á conciencia y bien tratada la luz artificial.

Ocupa la primera página del presente número una *naranjera*, de Ricardo Brugada, con las cualidades que repetidas veces le hemos reconocido en este sitio.

De Alejandro Casas, un profesor de quien raras veces nos es dable ver alguna obra, es el apunte de color *La vida en el campo* que, aún dentro de su sencillez y brevedad, denota espontáneas cualidades de observación.

Cierra el número el bonito *Estudio de expresión*, de Julio Borrell, trazado con su característica facilidad.

Francisco CASANOVAS

HORROR AL VACIO

Ya está ahí... Ya avanza... Ya me mira con sus ojos vidriosos y repulsivos, frío como el hielo.—¿Qué quieres? ¿Por qué así me atormentas? ¿Te propones acabar con mi reposo, con mis ilusiones, con mis esperanzas?... Pues no, no me rindo tan fácilmente: aún creo en Dios, aún creo en el porvenir. El porvenir, que me llama seguramente á altos destinos; que me librará de tu poder, de tu atracción magnética... Sí; ya sé que me deseas con toda tu alma, si la tienes, que no puedes tenerla;—que deseas absorberme completamente y diluirme en la esencia de tu *no ser;* pero por mí velará Dios, por mí velará el mundo... hasta yo mismo sabré evitar tus traidoras garras; inicuo, traidor, infame, que estás acechando continuamente mis debilidades y postraciones de espíritu. ¿Quieres mi vida? Tómala; ¿mis glorias, mis honores?... Llévatelos. Pero mis esperanzas... no; no te las doy; aunque me acoses eternamente no te las llevarás... Ya ves, son pocas, no puedo abandonarlas: el día que tal haga, entonces seré tuyo.

. . . .

¿Pero aún no te has ido?... ¿Qué quieres? ¿qué deseas? te repito.

—Abrazarte: te amo, te adoro, ingrato.

—¡Tú me amas! Tu amor será vano, vano completamente, te lo juro. Y para que veas que no te temo, que no hago caso ninguno de tu vigilancia suspicaz y continuadas embestidas, te diré...

Pero esto necesita variación de tono: te diré... que amo también, que estoy prendado á más no poder de una niña encantadora... Esa niña, ¿lo oyes? esa niña ha de alejarte, ha de redimirme de tu yugo... ¿Te ríes? ya lo verás: ella es la pasión, tú la indiferencia; ella es la vida, tú la muerte; ella es el calor, tú el hielo... Ríete, ríete: á ver cómo te las compones en frente del calor, de la pasión y de la vida... ¿Has creído que me hallarías en el mundo solo, absolutamente solo y arrinconado? Afortunadamente toparás con mi mujercita, con mi futura mujercita... se interpondrá la felicidad conyugal... A ver si puedes con la felicidad conyugal.

. . . .

—Por fin. ¡Qué fatiga!... Creí que ya no me soltaba jamás este mal humor, esta indiferencia, este pesimismo... Si aquella niña me hubiese querido... Han pasado algunos años... ¿Y qué he hecho yo en ese tiempo? Martirizar constantemente mi espíritu, afligirme, aburrirme, fantasear inútil y neciamente, en vez de decir—¡cosa bien fácil!—á aquella chiquilla: *es usted bonita: sería tan feliz que pudiera aspirar á... hablar con usted cuatro palabras?* Lo que dicen todos, ya de viva voz, ya en una carta... Toma, esto tan trivial es necesario, de suma necesidad; y si yo no fuese tan metafísico y dado á lo obscuro, hubiera comprendido á su debido tiempo que mi tabla salvadora era aquella niña de ojos negros y divinos y larga cabellera... ¿Pero no pensé esto mismo cuando conseguí evadirme de los brazos horribles de aquel fantasma que siempre me persigue? ¿Por qué no continué en mis propósitos? ¡Ah! esta indecisión, esta cobardía de mi espíritu le alienta cada vez más... Siento que se aproxima siempre que dudo... Ahora mismo oigo el crujir de sus huesos... veo el barniz gris que todo lo confunde, que todo lo llena... la nebulosa atmósfera de tristezas y miserias que le circunda... respiro el hálito que hiela mi corazón... ¡Oh! aparta, aparta... Venga el infierno, Satanás; pero márchate tú; déjame en paz una vez siquiera; busca otras víctimas; por ahí las hallarás á centenares... ¿Qué ha significado para mí siempre tu venida más que el presagio de la muerte?... ¿Qué dices, qué respondes?

—Quiero...

—Abrazarme, poseerme... nunca.

—Quiero... una flor de esas.

—¿Una flor del corazón? ¡Ay! toma: pero vete, huye pronto... Te llevas la esperanza en el amor; sólo quedan para mí consuelo otras tres; la ciencia, el arte y Dios: compadécete de mí.

—Quiero más.

—Todavía no está satisfecha tu voracidad...

—Lo quiero todo, te quiero á ti; te adoro, ingrato.

—Y yo te detesto, vil engendro del cáos... Estudiaré, sentiré, creeré; y verás, verás como no te dejo ni un resquicio del alma libre... Siempre creí, sentí y estudié; pero pasajeras debilidades y quiméricas ambiciones forjaron alcázares arrogantes en mi cerebro, que al desplomarse con estrépito, fundidas por el despiadado ariete de la realidad, lleváronme á llorar inconsolable tal desgracia por entre sus ruinas, que á poco cubrieron las ortigas y jaramagos; y tú entonces, feroz alimaña, acechabas el momento en que se derrumbase también todo mi sér, para recoger mis despojos y aventarlos sobre vacío, sobre ti... Pero no ha llegado aún ese momento: no creo ya en los hombres ni en el mundo; mas te lo repito, espero todavía. Sí, todavía espero.

¡Ah, queridos amigos! Cuán agradecido estoy á vuestras bondades sin cuento! A ti, Anselmo, que has pregonado en todos los tonos y por todas partes, que yo era un músico eminente, á pesar de haber sido silbada mi ópera; que el porvenir era mío, ya que el presente no quiere hacerme justicia, ¡cuánto, cuánto te debo! A ti, Carlos, que has batallado sin descanso con los caprichos de los artistas y con las tenacidades de los empresarios, ¿cómo podré pagarte?... Y tú, Federico, que llevaste al teatro un par de docenas de amigos benévolos que hubieran aplaudido, sí, hubieran llenado el escenario de laurel y flores á la primera ocasión... gracias, gracias. Jamás, tenedlo presente, jamás olvidaré tantos beneficios... Pero ¡ay! al través de vuestras solicitudes y atenciones interminables, descubro, no el interés, no el entusiasmo por el triunfo de la justicia para una obra grande; sino la más mísera, la más envilecedora compasión... Decidlo de una vez: mi obra os ha parecido tan mala á vosotros como al público... pero sé el cariño que me profesáis. ¿Por qué no encontraré un espíritu recto, justiciero, concienzudo y estudioso, que penetre donde yo he penetrado, que sienta lo que yo he sentido... ¡La crítica! ¡los periódicos!... ¿Qué dice éste?... Que *lo bueno no es nuevo y lo nuevo no es bueno*... que *la obra es obscura*, que *le he robado á Wagner*... Señor mío, yo no robo á Wagner, no robo á nadie: en mi ópera, buena ó mala, ¿lo entiende usted? todo es mío, absolutamente mío: usted sí, que roba conceptos y los aplica con una gracia... y una desfachatez... y un atrevimiento...

¡Cómo se va poniendo todo gris!... ¡Estará por ahí el perro de presa carnívoro que tanto me horroriza! Sí, de nuevo le siento... ¡Sus! toma, toma esta otra flor, la flor del arte... Impregnaba con tu inmunda baba, desgárrala con tus despiadados dientes... Ya encierras otra de mis esperanzas en tu sér de negación, vacío horrible. . ¡Qué alimento tan sabroso es para ti! ¿no es cierto?... Márchate ahora... ¿Crees aún poder arrebatarme mi único consuelo, mi fe en Dios?...

—Dios no se acuerda de ti.

—Nunca abandona á sus criaturas.

—Ya, ya; esa soledad que sientes...

—Calla, sacrílego...

—Es que me sientes á mí: yo sí que te amo, te adoro infinitamente... ¿Qué ha sido tu vida? una serie no interrumpida de desdichas y miserias; nunca el cielo se ha apiadado de tus penas; nunca ha dado el triunfo á la justicia: el mundo, ha hecho más que no apreciar tu genio soberano, pero estéril; le ha despreciado, le ha colmado de rechiflas sangrientas, le ha elevado un poco para que sintiera más su caída... ¿Sabes por qué ha sido todo? Porque arriba y abajo y en todas partes, desengáñate, necio, no reina nadie más que yo, el vacío absoluto: la creación es sólo una de mis manifestaciones. Esas nociones de justicia é injusticia, de virtud y maldad, son relativas: os servirán á vosotros... de tormento; nada significan ante mí. ¡Vas comprendiéndolo!...

—¡Ay! ¡Demasiado!... yo muero...

—Ven, amor mío, ven; ¿verdad que ya no te causo horror? Bésame, pues, artista, así. ¡Oh! Ya eres mío con toda tu alma. Desde que existe el mundo ¡cuantos así no he devorado!... Y si no hubiese corrido por tanto tiempo la patraña de que *la naturaleza me tiene horror*... ¡¡Qué absurdo!!

E. SÁNCHEZ TORRES



Fot. de Napoleón

† EL GENERAL GARCIA NAVARRO

ALBUM SALÓN no intenta, en este número, hacer una necrología del ilustre general cuyo nombre encabeza estas líneas; trata, sí, únicamente de consagrarle un recuerdo, tanto más cariñoso cuanto más sensible es la pérdida de la persona á quien se dedica.

Sería inútil biografiar la personalidad del difunto general, pues en este trabajo se nos han adelantado compañeros de prensa, que más que nosotros están sujetos á las exigencias de la actualidad. Hoy sólo pretendemos trazar, al pie del retrato del Excmo. Sr. D. José García Navarro, unos cuantos renglones laudatorios de quien por tantos conceptos se hizo acreedor á plácemes y alabanzas.

No hacemos hincapié en la brillante hoja de servicios del llorado muerto, comenzada brillantemente en la Academia de Infantería y terminada en el Gobierno Militar de Barcelona. Sus estudios en el Cuerpo de Estado Mayor, su profesorado en el mismo, y sus brillantes campañas en Cuba y Africa, en las que conquistó bizarramente sus grados y condecoraciones, han sido ya sobradamente descritas, para que una vez más las repitamos nosotros. Sólo nos cumple decir que, uniendo á un cerebro maravillosamente organizado, un corazón de héroe que latía sólo por la Patria, se tendrá el verdadero retrato moral del general García Navarro.

Su muerte fué hondamente sentida por las innumerables personas que le trataban y que vieron siempre en él las altas dotes de que antes hemos hecho mención, considerándole al mismo tiempo como un espejo de caballeros y modelo de generosidad y cortesía. Pero más que nadie notarán su falta el actual capitán general del Principado y los que en lo sucesivo ocupen tan elevado cargo, quienes echarán muy de menos los razonados consejos que modestamente provenían del Gobernador Militar de Barcelona. Confirman nuestro aserto la acertada intervención del general García Navarro en las huelgas de Barcelona, Manresa y Tarrasa, en el año de 1890.

Pérdidas como ésta son las que hacen sentir al hombre la dura mano de la muerte, que, al pisar por igual la cabaña del pobre y el palacio del Rey, arrebata con su descarnada mano á personas ilustres, cuando aún podría esperarse mucho bueno de su gran corazón y de su preclara inteligencia.

* * *

EL NIÑO Y EL GUSANO

¡Tan niño, y ya criminal!
Tu inocencia me da horror;
te miro sembrando el mal,
en vez de sembrar amor.

Has aplastado un gusano.
¿Por qué? En tus ojos lo leo.
Le has dado muerte, inhumano,
porque le encontraste feo.

Y tu faz de rosa ríe;
mas esa risa no es bella.
También el cielo sonríe
al lanzar una centella.

¿Sabes lo que es ese sér
que arrancaste de una flor?
Pues del divino poder
inconsciente ejecutor.

Él era, como tú, niño,
y, por protección materna,
le daba, al nacer, cariño
la naturaleza eterna.

Él su destino seguía
bajo una ley misteriosa;
aunque á rastras, pretendía
volverse, al fin, mariposa.

Todo, en el mundo rastrero,
es semejante al gusano.
Antes del vuelo altanero
hay que dar pasos de enano.

La flor empieza en capullo;
el astro, en rayo furtivo;
el ronco mar, en murmullo
de arroyuelo fugitivo.

En breve, obscura semilla,
la yerba que el campo alfombra;
y el pensamiento que brilla,
en un sueño entre la sombra.

Todo es pequeño al nacer,
todo es débil y mezquino...
¡Maldecido quien á un sér
detiene por su camino!

¿Sabes tú, niño insensato,
que mariposa sería,
del aire gala y ornato,
ese animal algún día?

Contra Dios entabla guerra
quien una vida anonada.
Para Él que todo lo encierra,
despreciable nunca hay nada.

Tiene corazón que siente
el gusano más pequeño,
no razona, mas presiente
al Sumo Hacedor y Dueño.

Él se transforma, ocultado
de seda en una prisión
y allí duerme, aletargado,
como su fiebre el león.

Deja, pues, niño ignorante,
vivir lo dulce y lo tierno;
ya el mundo tiene bastante
negrura y dolor de infierno.

Ten piedad del inferior,
no te goces en su llanto,
por si un fallo vengador
trueca tu dicha en quebranto.

Ten respeto en adelante;
lo más vil busca su gloria;
considera que el diamante
nace en medio de la escoria.

Y ese pobre sér tenía
también dichas, que gozaba,
en la flor en que vivía,
en el sol que le animaba.

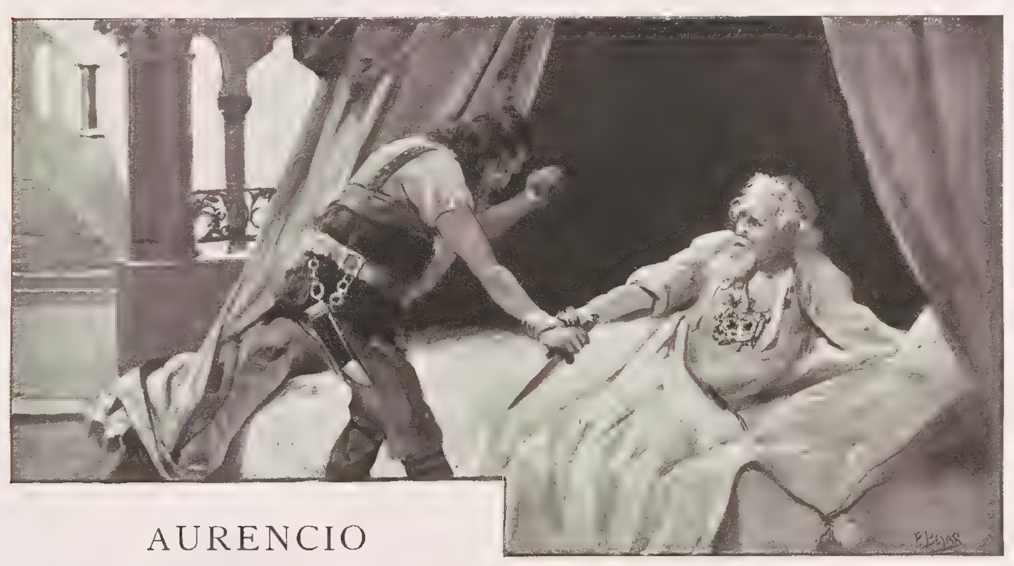
A ti ¿qué placer su muerte
pudo darte? ¡Fiero engaño!
Destruíste de esa suerte
por el gusto de hacer daño.

Te diré, pues que maltratas,
y aunque mi lección te asombre,
que si hoy un gusano matas,
matarás mañana á un hombre.

Y si, tal vez, en tu hogar,
de odio lleno y de amargura,
no te enseñaron á amar;
tú, que aún tienes alma pura,

como memoria del cielo,
que en ti no estará extinguida,
ve sembrando en este suelo
nunca muerte, siempre vida.

JOSÉ DE SILES



AURENCIO

MUCHÍSIMOS años hace, vivía en la gran ciudad de Besalón, el rico señor Aurencio de Besalonia, de sobrenombre el Bueno, con tales merecimientos alcanzado, que no de otro modo que por Aurencio el Bueno era conocido.

Su gran hacienda la empleaba en obras benéficas, en servir á sus amigos, proteger á sus deudos, amparar á todos, y su gran corazón, en amar al prójimo, querer á sus hijos, adorar á su mujer y conducirse digna y generosamente con todos.

Las causas justas, fueron siempre por su brazo defendidas, y peleó en cien batallas noblemente por su Rey y por su Patria.

El reino entero de Besalonia podía estar orgulloso de su preclaro hijo, y la gran ciudad de Besalón, hubiera rendido tributo á su memoria en mármoles y bronces, si el destino, dichosamente cruel para Aurencio, no le hubiese encaminado á legarnos más delicado y ejemplar recuerdo.

Tres hijos tenía Aurencio, y una hija de extremada belleza.

Un día, los tres hermanos, apuestos jóvenes galantes de la Corte, deseando vivir con más fausto y disipar en festines y espléndidos despilfarros las energías de su juventud y los tesoros de su padre, decretaron de acuerdo hacerle asesinar.

Y un plebeyo codicioso, bien pagado de su infamia, armó su diestra con el puñal traidor, llegando sigilosamente hasta el lecho donde Aurencio el Bueno descansaba.

Mas fué vano el golpe, y el ruin, al descargar su brazo, halló el férreo puño de Aurencio que al sujetarle le preguntaba:

—¿Por qué quieres matarme? ¿qué te he hecho?

—Perdón, señor, tus tres hijos me lo mandaron.

—¿Cuál era el precio?

—Cien monedas de plata.

—En poco estiman mi vida. En cambio tu acción criminal te hace reo de muerte. Si te entrego á la justicia del Rey, no te perdonará. Yo, como no soy la justicia, te perdono. Vete, y di á mis hijos que me has asesinado y que arrojaste al mar mi cadáver.

***

Aurencio, disfrazado de mendigo, pues éstos tenían entrada franca en su palacio, pudo observar todo cuanto sucedió á su fingida muerte.

Sus afligidos hijos vistieron riguroso luto y costearon pomposas exequias en los templos más suntuosos. Su esposa amada, se entregó á los mayores transportes de dolor, durante tres días justos, que eran los que exigía entonces la etiqueta, y al cuarto día, saliendo de su voluntario encierro, paseó melancólicamente por su jardín, á la luz de la velada luna, dando el brazo al gentil Rodolfo, el mejor amigo de Aurencio, que, á juzgar por sus dulcísimas frases no era la primera vez que la consolaba.

El mendigo Aurencio, echó mano coléricamente á su desarmado cinto, mas volviendo en sí, huyó del jardín y del palacio para no caer en la tentación de cometer una acción reprobable.

Y al salir, vió á algunos de sus deudos y protegidos que excusados en conservar un recuerdo del llorado señor, saqueaban sus habitaciones aprovechándose de la confusión que aún reinaba en la servidumbre; Aurencio escuchó también las burlas y mofas que de su memoria hacían. Desde una ventana que caía sobre el jardín observó nuevamente á su esposa tan querida que, radiante de hermosura y felicidad, abandonaba su blanca mano á los labios de Rodolfo.

Y Aurencio el Bueno, enjugándose las lágrimas, penetró en su cámara secreta, donde se atavió con el más hermoso traje y ricas joyas, colgándose al cinto su magnífica espada, vencedora en cien combates.

Penetró en el cuarto de su hija, que creyó dormida, mas su hija no



estaba. Sobre un mueble halló una esquela del Rey... de aquel Rey que él defendió tantas veces en el campo de batalla. Leyó la esquela, y nuevamente tuvo que enjugar sus lágrimas. Su hija, en aquellos momentos, colmaba de caricias al Monarca.

* * *

Aurencio había caminado muchas leguas, y el cansancio le rendía. Había marchado siempre adelante, sin atreverse á volver la cabeza atrás. Y aunque sus ojos estaban secos, las lágrimas que no brotaban, iban cayendo una á una sobre su corazón.

Entonces, Aurencio el Bueno, se dejó caer á la sombra de un roble, y sollozó largo rato, tiernamente al principio, enardecido luego, y convirtiéndose después sus sollozos en feroces rugidos de fiera acorralada.

Levantóse de súbito, y mirando al cielo coléricamente, puesta su mano sobre la cruz de su espada, juró ser malo desde aquel momento, y vengar en los suyos y en la humanidad entera los dolores y desdichas que padecía.

—¡El mundo es malo, y yo seré malo como el mundo!

Caminó de nuevo. Sin darse cuenta, volvía sobre sus pasos, y tal era su sed de venganza que al ver declinar el día, apresuró la marcha y apartóse del camino para acortar la distancia.

Cerró la noche; la misma luna que alumbró su deshonra, derramaba el plateado resplandor de virgen pálida sobre los campos. En su acelerada carrera, no distinguió que cortaba sus pasos la corriente de un río caudaloso y cayó en él de improviso. El peso de sus ricas armas y vestiduras, le impedían nadar, y cuando ya agotadas las fuerzas iba á fondo, un hombre se arrojó al agua, luchó contra la corriente y le dejó salvo en la opuesta orilla.

Después, aquel hombre realizada su obra, huyó sin aguardar una palabra de agradecimiento.

Aurencio corrió tras él y le llamó en vano.

Entonces se avergonzó de sus propósitos. ¡Qué hermoso era ser siempre bueno! ¡Ser bueno, para su conciencia nada más, como aquel que huía!

Y se sentó sobre el césped, en espera del nuevo día, para continuar su camino, siempre adelante, descargado ya de sus malas pasiones.

* * *

Llevaba unas horas de marcha, cuando el hambre le hizo encaminarse hacia una choza que no lejos se veía. ¿Y cuál no sería su asombro al notar que su rico broche de magníficos brillantes y su valioso anillo de záfiros y esmeraldas habían desaparecido?

Su desinteresado salvador se había arrojado al agua para robarle.

* * *

Volvió á desandar el camino; la cólera y la ira más terrible le ahogaban.

Un carromato, conducido por su dueño, se acercaba, cargado de víveres, destinado al mercado del pueblo próximo.

Aurencio el Bueno, desenvainando su temida espada, paró al carromatero, que estático y mudo detuvo su marcha.

—Todo lo que llevas,—le dijo,—es mío desde ahora; necesito comer, y en cuanto me harte, destruiré lo que sobre, quemaré el carro y degollaré las mulas.

—Señor,—exclamó el traginero, postrándose á sus plantas,—estas vituallas que conduzco, el carro y las mulas, constituyen mi fortuna y la de mis hijos, si lo pierdo quedaré pobre y miserable; es el pan de los míos, saciad vuestro apetito, y dejadme el producto de lo que me reste.

—En verdad te digo, que soy un miserable; ¡toma mi manto bordado de oro, y compra otro carro y más vituallas que doblen tu ganancia!

Y arrojando su rico manto al suelo, continuó su camino.

* * *

Reposaba en su lecho la infiel esposa; dormía plácidamente como un ángel hermoso, sonriendo en sueños: ¿en quién soñaba?

Levantó el puñal Aurencio el Bueno, iba á sepultarle ya en el desnudo seno de su esposa, y no pudo; huyó otra vez.

Se encaminó al palacio del Rey. Allí encontró á su hija, antes pura, antes inmaculada y siempre bella.

Y huyó nuevamente.

Y halló á sus tres hijos, embriagados, locos, revolcándose en el placer de la orgía y lujuria, mancillando su memoria, brindando á su muerte en copas de oro rebosantes de bebidas delicadas.

Y huyó otra vez, tapándose los ojos, clavándose las uñas en sus macilentas manos, fúnebre y desesperado, consolándose en el fondo de su alma maltrecha con la inmensa dicha del perdón santificante.

Y caminó nuevamente, hasta que muy lejos, en medio de un campo ignorado, donde las amapolas silvestres y las blancas margaritas alegraban la hierba seca del estío, cayó desplomado, y quedó muerto, sin agonía, sonriendo como un mártir, cruzando sus manos en actitud de infinita misericordia.

* * *

Unos aldeanos que pasaron después, dieron sepultura á su cuerpo, continuando luego su camino.

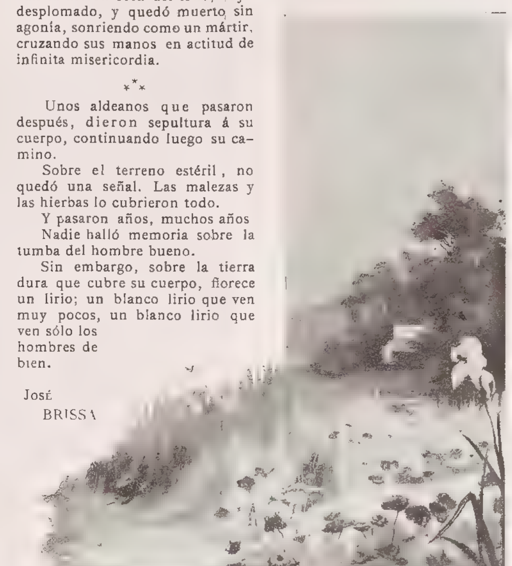
Sobre el terreno estéril, no quedó una señal. Las malezas y las hierbas lo cubrieron todo.

Y pasaron años, muchos años

Nadie halló memoria sobre la tumba del hombre bueno.

Sin embargo, sobre la tierra dura que cubre su cuerpo, florece un lirio; un blanco lirio que ven muy pocos, un blanco lirio que ven sólo los hombres de bien.

José BRISSA



Ilustraciones de Pablo Béjar.

M. URGELL Y D



PARADOR

.. COMELERÁN



.. CATALÁN

Propiedad de la Sra. Viuda de Monter.

UNA CURSI...

Por qué crueldad de la suerte había nacido en viaje la niña de Listrán?

Cuando lo supieron las amiguitas todo fueron risas y cuchufletas.

—¡Pero hija, qué tonta!

—¡Qué imprevisión!

—¿No llevaba la cuenta?

—Por no faltar á las fiestas, exponerse *á eso* en un tren.

—Claro, como que nunca ha visto nada y es *una cursi*.

Cuadro de Emilio Sala.

Ese fué el epitafio de la pobre señora de Listrán, pues la emoción y anormales condiciones de su alumbramiento, la dejaron en un estado de salud que la llevó pronto al otro mundo.

Por casualidad llegó de América á punto de ser madrina una parienta rica y solterona que resolvió darle á la pequeña su vulgarísimo nombre, y á pesar de la repugnancia de los padres, la niña se llamó Ceferina; cosa que acogieron los invitados al bautizo con un solemne:—«¡Qué atrocidad! ¡qué cursi!...»

Al cuidado de su padre y tía creció Cefe, como la llamaban, pero á los diez años la pusieron en el colegio donde estaba lo mejor de Madrid.

El 1.° de Octubre, llegaron las educandas de uniforme, más ó menos cariacontecidas por las terminadas vacaciones; en la sala de recreo vieron entrar á la maestra general con una niña de la mano que venía cohibida y llorosa. Llevaba el pelo rizado como el de una negrita y un traje de seda chillón, con medias de seda blanca y altas botas de tafilete.

Hubo un momento de silencio; los codos de las mayorcitas se pusieron en contacto y un suavísimo «¡Qué cursi!» recorrió los grupos de las colegialas. Con unas cuantas palabras severas á las niñas y un cariñoso golpecito en la mejilla de la *nueva*, la dejó la monja extranjera entre sus compañeritas.

—¡Pobre chica!...

—¿Cómo te llamas?

—¿Eres española?

—¿Tienes papás?

Dijeron á un tiempo varias voces á la aturdida recién llegada; mientras una *hija de María*, zangolotina y guapa, le decía muy amable:

—Aquí estarás muy contenta... Vaya no llores más; y dinos cómo te llamas.

—Ceferina... Cefe...

Una carcajada general acogió la respuesta.

—¡Ceferina, qué nombre!... igual que el del sacristán.

—¡Já, já, Cefe...! qué diminutivo más feo y más cursi.

La pobre niña se sonrojó y siguió llorando al oir el adjetivo que escuchaba á veces en la calle, cuando su madrina le ponía algún traje de esos estupendos que costaban tan caros; la palabra que no se esperaba en el convento donde las religiosas se ocuparían de su educación algunos años.

Ceferina, que no era torpe y además buena y aplicada, se ganó pronto las voluntades de las maestras, encontrando verdaderas amigas entre las de su edad. Pero á menudo un gran paquete que traía la portera turbaba la calma en que vivían las niñas. En él aparecían las corbatas lisas de reglamento, convertidas en complicados lazos que asustaban á las monjas y eran el hazme reir de las educandas, ó los guantes obscuros de uniforme, metidos entre cabritillas claras con costuras bordadas de colores: y así lo demás que mandaba la cariñosa y adinerada tía para su *nena*, que alguna vez observó como la religiosa que guardaba la clase, mezclaba entre las *aves marías* del rosario que mascullaba, elocuentes «¡Nst! ¡Nst!» como quien dice: ¡lástima de dinero tan malgastado!...

En las vacaciones, las amiguitas de Cefe, que era muy obsequiosa, querían salir con ella, llevarla al teatro; pero al volver á casa oían á sus madres decir poco más ó menos:

—Es mona esa niña y muy dulce. Pero hija, cuando entraron en el palco de al lado las de Fuentes yo estaba volada; porque como son tan burlonas y Ceferina estaba *tan cursi*...

Y el corazón humano que en la infancia es sencillo y generoso, pero no heroico, se encogía en el pecho de las compañeras que seguían... queriéndola mucho; pero... por sus familias la convidaban menos.

Claro que había excepciones entre ellas; la marquesita de Liria que, huérfana de padre tenía una madre elegantísima, y á pesar de su modesta fortuna, resto de un capital espléndido, estaban siempre hechas un figurín. Mucho hizo Blanquita por Cefe; la llevaba á todas partes, y la señorita de Listrán ofrecía á su vez valiosos regalos á la marquesita y su madre, que éstas, por delicado temor á que se ofendiesen, no se atrevían á rehusar, pagándolas con cariño sincero y mil pequeñeces de exquisito gusto que las dos Ceferinas ostentaban con mal disimulado orgullo. No había medio; por más que gastaran las Listrán, nunca resultaban como las de Liria, y cuando estaban juntas la diferencia era más sensible. El mal se hacía crónico, era un estigma, y los siete años años de colegio elegante, aunque habían modificado á Ceferina y dirigido en parte sus aficiones, no pudieron quitarle el sello que el mal gusto de su madrina dejaba en todas las cosas.

Al entrar en sociedad sus compañeras la saludaban mucho; más tarde, al ver en paseo el coche y los trajes de la tía, el cordial y sonriente saludo se enfriaba ligeramente y en ocasiones se volvió presuroso y descortés.

Cayó la señorita de Listrán en un círculo muy inferior á su educación y fortuna; pero como el centro de gravedad se impone, doña Ceferina siguió frecuentando, como antes en América, una sociedad más ó menos adinerada pero nunca distinguida. Cefe se defendía del contacto; leía mucho, se refugiaba en su *boudoir* donde estudiaba el piano largas horas; cerraba los ojos á las maneras de sus visitas y, á riesgo de molestar á su tía, vestía con sencillez; pero confundida ante su solícita ternura y por temor á disgustar á su padre que vivía feliz, encerrado entre innumerables coleópteros, quemándose las cejas sobre Cuvier y Buffon, se ponía á menudo cosas absurdas, sombreros complicados, etc.

Con uno de estos la conoció el Vizconde de Luna, muy guapo, muy tronado y teniente de caballería. Preguntó quién era la chica, se hizo presentar, y al olor de su dote la seguía como su sombra. No tardó Ceferina en corresponder á lo que creía verdadero cariño con un amor intenso y

profundo, y aquí empezó el Calvario. Doña Ceferina, instruída del buen punto que era el mozo, no quiso ni oir hablar de él; le prohibió la entrada en su palco, el hablarles en la calle, y así pasaron dos años.

Interesado algo el Vizconde, terco por la oposición y resuelto á conseguir el millón de pesetas, ideó un medio para corresponder con Cefe; inauguró la serie de cartas apasionadas y tristes que ella contestaba con dolorosas y enamoradas misivas.

Bajaba la doncella con la carta hasta el café de la esquina; el Vizconde entregaba la suya; para no perder tiempo, la seña convenida era que Cefe tocase el piano, y como el de Luna no tenía pizca de oído, hubo de resignarse á que fuese siempre la sobada *«Stella Confidente»* único repertorio que el aristócrata poseía.

Doña Ceferina, encantada de salir de Beethoven y Chopin, decía á su sobrina:

—Hijita, gracias á Dios que tocas cosas que se entienden; la *confidenta* es preciosa y de noche me hace un efecto!...

Poco sabía la señora que era una contraseña; en aquel barrio sólo una cosa así hacía comprehensible la *«estella»* todas las noches y á la misma hora; pero, ¿cuándo había ella analizado nada en su vida, y á qué sacar consecuencias?

Una noche, bajó Petra la fiel criada por el misterioso papelito y oyó como el Vizconde decía á un amigo que le acompañaba:

—No se me escapa la chica.

—¿Quién es?

—*Una cursi, muy rica;* ya te contaré...

Indignada, subió Petra la escalera, cuando temblorosa y sonriente salió Cefe á su encuentro.

—¿Qué tal Petra?

—Como siempre, señorita.

—¿Nada más?

—Señorita... ese hombre... no la quiere á usted.—Y le espetó el breve diálogo que había sorprendido.

A los pies de su doncella cayó Cefe como muerta, muertas también todas sus ilusiones. Extraño malestar la aquejó algún tiempo, el frío trajo tos y calentura, y durante tres meses agonizó la infeliz en una butaca.

Su madrina, afligidísima, cambiaba de médico á menudo; pedía consultas y nuevos remedios. Todo fué inútil...

El último mes, la Marquesita de Liria, con quien habían conservado amistosa correspondencia, llegó á Madrid recién casada; día y noche acompañaba á su pobre amiga, sorprendiendo el vulgar y triste secreto que ocasionaba su muerte, y una cólera sorda atormentó á Blanquita contra el causante de tanto duelo; indiferente y mudo, á pesar de la enfermedad mortal de su víctima.

Afinado el rostro, transparente la tez, febriles los grandes ojos con azulados nimbos, libre de rizos y ridículas galas, Ceferina estaba hermosísima, espiritual y llena de la majestad del sufrimiento.

El marido de Blanquita, que era un parisien muy *comme il faut*, fué un día á verla, y al salir dijo á su mujer:

—*«Elle est jolie ton amie et si distinguée la pauvre petite.»*

¡A buena hora aparecía Cefe distinguida por sus maneras, su educación y bondad nativa!... Si la hubiesen podido ver las compañeras de colegio esquivas, los madrileños todos y el Vizconde en particular...

Una tarde de invierno, Cefe murió en brazos de los que la amaban. Al salir el rector de las Pascualas los tristes ojos se nublaron, la gentil cabeza se dobló exhalando el último suspiro.

***

Por la calle de Alcalá subía el entierro con un temporal deshecho de agua y nieve; el crudo aire de Febrero cortaba la cara y los asilados de San Bernardino y los niños del Hospicio tiritaban de frío.

Al día siguiente, se hablaba aún del espléndido cortejo; coche blanco y oro, ocho caballos empenachados, lacayos á la Federica, coronas de todas clases y muchos asilados. Pero... Como decían las de Fuentes:

—Con ese frío, ¡quién hace ir á los niños del Hospicio, más que una gente cursi! Porque en los coches, no había *nadie conocido.*

***

Se llenaba Madrid después del verano; delante del *«New Funeral»* estaba un blasonado carruaje.

La Marquesita de Liria, cogiendo una gran corona de manos del empleado, vió venir hacia ella un oficial de caballería; reconociendo á su lejano pariente el Vizconde de Luna.

—A tus pies, bellísima Blanca.

—¿Cómo va, Carlos?

—No tan bien como tú; y... ¿dónde vas con... *eso?*—señalando á las flores mortuorias.

—Voy al cementerio á rezar por Ceferina Listrán que murió por tu culpa. No sabes lo que has perdido, porque ¡era un ángel!

El Vizconde palideció horriblemente y, llevando la mano á su chacó. se alejó despacio, perdiéndose entre la multitud la gallarda y aristocrática figura.

Blanquita quedó pensativa, sin dar la orden al lacayo, cuando su marido y su madre subieron al coche y juntos se dirigieron á San Isidro.

Al preguntar por la tumba que buscaban, el sepulturero les hizo grandes elogios de su lujo y riqueza; después de andar un poco, les enseñó una verja con un grupo de piedra en medio.

En mármol blanco, muy parecida y sentada al piano estaba Cefe; el pliego de música abierto era la *Stella Confidente*, y con la cabeza echada atrás, en un suspiro entregaba á Dios su alma en forma de paloma.

El mayor estupor se pintó en el semblante de los visitantes. Cuando el Marqués se disponía á decir *«C'est affreux!»* se miraron los tres; en sus ojos aparecía inevitable un espontáneo «¡Qué cursi!» Pero, un gesto



Cuadro de Emilio Sala.

de Blanquita los detuvo y, cayendo de rodillas apoyada en la fría escultura, la Marquesita de Liria lloró largo tiempo.

No se atrevían á interrumpirla su madre y esposo, cuando ella levantándose depositó allí la corona, y escribió en las cintas blancas con su lápiz de oro y para que ambos lo entendiesen:

«¡Elle était faite pour le ciel!»

CONDESA DE CASTELLÁ

ALEJANDRO CASAS



LA VIDA EN EL CAMPO

EXCMO. SR. D. EMILIO NIETO

NUEVO ACADÉMICO DE LA REAL DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

Con motivo del ingreso del Excmo. señor don Emilio Nieto en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Album Salón honra sus columnas publicando el retrato del citado muy ilustre patricio, decidido y desinteresado amparador del Arte, sus cultivadores y enseñanzas. Entre los contados hombres públicos que en España dedican su atención á esas materias, desde hace tiempo sobresale como ninguno nuestro biografiado; por lo que, su ingreso en el antedicho Instituto consultivo, supone al par una valiosa adquisición que éste ha sabido procurarse y un homenaje á méritos y servicios preeminentes. Versó el notabilísimo discurso de recipiendario sobre *El Deber Artístico Individual y Social*, y, como dice muy bien al contestarle el eximio arquitecto señor Casanova, «aquel trabajo, más bien que un discurso de recepción, es un tratado de Estética, en que justifica el nuevo académico la eficacia decisiva del Arte en la dirección de los destinos humanos, de donde resulta, como ineludible consecuencia, *El Deber Artístico Individual y Social*. Examina su autor cómo corresponde cumplir esa exigencia á los individuos y á la sociedad, y termina demostrando la necesidad de impulsar el Arte Decorativo en nuestra patria y las enseñanzas que conducen á tan plausible fin. Estudia el señor Nieto los diversos puntos de un modo profundo y en forma elocuente, y los ameniza con ejemplos que aclaran los conceptos explanados, no limitándose á repetir pensamientos ya expuestos por otros autores, sino presentando varios conceptos originales, tales como la belleza universal, formal, inmanente y trascendente, y el concepto y definición de la belleza y su relación con la moral».

La personalidad en que nos ocupamos, ha desarrollado su doctrina con la triple autoridad de su ilustración, de sus convicciones y de su historia. En los varios cargos públicos que ha desempeñado, Profesor de Universidad, Juez y Presidente de oposiciones á Cátedras; Consejero de Estado (elegido por unanimidad, por las Escuelas de Bellas Artes), Teniente de Alcalde de Madrid, Gobernador Civil, Director General de varios departamentos, Subsecretario de Gracia y Justicia, Diputado á Cortes desde 1887 hasta el año pasado, en que se le nombró Senador vitalicio; todas las iniciativas y las actividades del señor Nieto tuvieron la orientación altruísta, mejoradora de la cultura, la moralidad y el provecho material de la Patria. No cabe en el corto espacio de que disponemos, ni siquiera un ligero resumen de lo que su labor supone; debiéndonos limitar á consignar algunas notas aisladas de la misma, especialmente aquellas que tocan con la Instrucción pública y el Arte. Director General, en 1887 del Departamento de aquel nombre, organizó el cuerpo de Auxiliares; reglamentó las oposiciones á Cátedras; dejó regularizada la provisión de Escuelas, anunciando las oposiciones para las de Madrid, que hacía veinte años estaban servidas interinamente; preparó bastantes trabajos sobre la organización de la segunda enseñanza, reforma de la inspección y distribución de las Universidades; presentó á las Cortes el primero, y único entonces, proyecto de ley, encargando al Estado el pago de las atenciones de Instrucción primaria, y, por último, se dictaron reglas, por primera vez en España, para las enseñanzas de la mujer en las Universidades é Institutos. Por lo que al Arte especialmente se refiere, en el desempeño del mismo citado cargo público, creó, á su debido tiempo, importantes enseñanzas artísticas, fomentó las existentes; restauró monumentos nacionales, y, en muy pocos días organizó la concurrencia de artistas españoles á la Exposición de Viena, lo cual valió á nuestra Nación un verdadero triunfo. El Gobierno Austríaco premió este mérito del señor Nieto con la gran Cruz de Francisco José, habiéndole también correspondido, por otros servicios, la de igual categoría de Isabel la Católica y la de la Corona de Prusia.

Su elocuente y cultísima palabra no ha perdido ocasión en las Cortes de estimular el fomento de las Escuelas del Arte puro y del aplicado á la Industria, haciendo lo propio en el despacho de múltiples asuntos presentados al Consejo de Instrucción pública, á la Sección de Bellas Artes del mismo (de la que fué Presidente), y á la hoy suprimida Junta superior Inspectora de las Escuelas de Artes é Industrias. *La Gaceta de Instrucción Pública*, daba cuenta, hace unos siete años, de haber entonces redactado el señor Nieto «un proyecto de transformación de las Escuelas de Bellas Artes, ampliando y desarrollando sus fines para que puedan dirigirse al fomento de las industrias artísticas, que tan gloriosa tradición tienen en España. Este proyecto aprobado y reconocido por el Consejo, se encuentra al despacho del señor ministro de Fomento, el cual ha tomado varias de sus disposiciones para aplicarlas á la reforma de la Escuela Central de Artes y Oficios». El muy acertado Real Decreto de 4 de Enero de 1900, acusa asimismo la influencia bienhechora del señor Nieto, lo cual honra al par al señor Marqués de Pidal que lo suscribe, y es una de las pocas disposiciones de enseñanza que permanece vigente sin alteraciones, salvo la supresión de la Junta Inspectora. En esa Junta, el señor Nieto, pudo también aconsejar un gran acto de justicia, que sancionó gustoso con su firma de Ministro el simpático Conde de Romanones: tal fué el reconocimiento de los Profesores de Escuelas Municipales de Artes y Oficios, para optar á cátedras oficiales, con lo que el escalafón de personal útil, aprovechable por el Estado y de porvenir no asegurado por los municipios, aumentóse con nombres, cuya mayoría pertenece por cierto á Barcelona. Antes, como representante del país, cúpole la gloria de haber obtenido, tras largo y continuo batallar, que las Escuelas provinciales de Bellas Artes (hoy transformadas en de Artes é Industrias), pasasen directamente á cargo del Estado, en cuanto al sostenimiento de su personal docente y del material necesario para enseñanza, con lo que se libró á algunos de tan importantes Centros, sostenidos por las Diputaciones Provinciales, del vergonzoso abandono y carestía en que yacían sumidos, al punto de no poderse sostener algunos de ellos, y de percibir sus sueldos los Profesores con desesperante retraso. Reconocidos éstos á los grandes beneficios obtenidos por el señor Nieto, en favor de las enseñanzas artísticas españolas, acordaron dedicarle una gran obra de Arte, que debía realizar Benlliure; pero, como el obsequiado, en su exquisita caballerosidad, se negase á admitir presente alguno que significase el más leve descuento en el haber de los Profesores, cada uno resolvió obsequiarle con una obra ejecutada por su propia mano. Estos y otros cordialísimos homenajes de admiración y gratitud, han doblemente embellecido el hotel que tan ilustre hombre publico posee en la calle de Génova, convirtiéndolo, como dice muy bien el citado señor Casanova, en un interesante Museo, que, no sólo constituye un fiel trasunto del Arte español contemporáneo, sino que tiene para el señor Nieto una elevada significación moral, como expresión de eterno afecto y consideración del respetable Profesorado artístico de la Nación.



Emilio Nieto

Con la publicación de libros y artículos periodísticos de carácter político, ha alternado el señor Nieto desde muy temprano sus trabajos de Estética y crítica de Bellas Artes. Descuella entre éstos *El Realismo en el Arte contemporáneo*, de cuya interesante materia fué su autor el primer paladín en España, viéndose obligado á sostener en el Ateneo de Madrid importantes debates que acreditaron su competencia y buen sentido. Filósofo y artista, frío razonador para la Ciencia y dotado de exquisitas cualidades para el sentimiento de lo bello, pasa, como Letamendi, de uno á otro campo de la actividad productora, con igual lucidez y nunca advertido cansancio. Redactor, y Director más tarde, de *La Nación*, órgano de la democracia monárquica, inspirado por Rivero, sostuvo brillantes campañas en sus columnas, publicando en ellas más de quinientos artículos científicos, literarios y políticos. Descuellan, entre sus libros de filosofía política, *Los Gobernantes y Gobernados* y



ESTUDIO DE EXPOSICIÓN; por Julio Borrell.

El Rey-Pueblo, muy encomiados entre los mejores publicistas nacionales y extranjeros. No lo ha sido menos *Lo Absoluto Infinito*, estudio filosófico. Sus trabajos parlamentarios, además de los dedicados á la Instrucción pública y el Arte, hánle valido asimismo al señor Nieto, señalados triunfos, ora como individuo de algunas Comisiones, ora tomando parte en debates de interés general, ora presentando proposiciones de ley y enmiendas que han sido justamente elogiadas por la prensa y la opinión pública. Por igual ha probado su competencia tratando asuntos relacionados con la Extradición, Enterramientos, Garantías Constitucionales, Leyes provinciales, Canales y Pantanos, Lista civil, Descanso dominical, Reorganización de los Tribunales y Reforma penitenciaria, etc., etc.

Mucho y bueno hizo también el señor Nieto como Director General de Penales, que ha sido dos veces. De su fecunda y gloriosa labor debe estar orgulloso, así como del juicio *unánime* que de sus talentos y virtudes forman todos los hombres que han tenido la fortuna de tratarle de cerca. Hacemos nuestras (tan acertadas las creemos) las siguientes líneas de un biógrafo suyo. que acaban de retratar al hombre moral perfilado por nosotros: «Es, Don Emilio Nieto, conocidísimo y apreciado por toda la buena sociedad madrileña, que le distingue por sus excelentes condiciones personales, entre las que se hallan muy especialmente, formando, por decirlo así, el sello de su personalidad, su carácter afable y cariñoso; una natural y constante inclinación á la concordia de todos y á ejercitar el bien atrayéndose voluntades, sin abrigar nunca en el alma odios ni resentimientos; la formalidad de su palabra, que sostiene en todos los casos; su conciencia y seriedad política, que le han valido el respeto de todos los partidos, y últimamente el culto que profesa á la amistad, lo cual es causa de que cuantos tienen la suerte de tratarle se disputen el honor de llamarse sus amigos, porque hoy desgraciadamente va siendo muy raro encontrar una persona que con tanta seriedad como él, dé á este nombre todo su verdadero valor y sentido.»

Esto es, sin exageración, el respetable y muy querido *Don Emilio*, como en Madrid y en provincias se le llama cariñosamente; así le conocen y le aprecian artistas y políticos, escritores y sabios, el gran mundo en que alterna y los subordinados que le obedecen. Nacido en 1845, hijo del hace poco fallecido, Excmo. señor Marqués de Guadalerzas, (una eminencia de la ciencia médica española); en treinta años que el señor Nieto lleva de desvivirse por hacer el bien de la Patria y de sus conciudadanos, excusado es decir si tendría derecho, casi el deber, de procurarse la indiferencia, tan necesaria para la seguridad de una vida tranquila, hacia mil problemas que de continuo solicitan sus luces y su actividad é influencia generosas; pero, presentimos que nunca se decidiría á ello, habiendo el interés de la Patria y de sus buenos hijos de por medio. Aún añadirá, pues, Dios mediante, (á quien pedimos por su salud y su felicidad), valiosas páginas á su historia. Con hombres de este linaje intelectual, laborioso, altruísta, afectivo, se regeneran y salvan las naciones. ¡Que la nuestra sepa un día *explotar* á Don Emilio, desde el puesto que él se merece y no ambiciona!

* * *



Cuadro de Pedro Borrell. *Propiedad de don Francisco Arnau* (Barcelona.)

PEDRO BORRELL

Labor nada difícil resulta, por cierto, hablar de un artista, cuando su nombre, de todos conocido, como el que encabeza estas líneas, no necesita elogios. Maestro de larga generación de artistas, á él solamente cabe la indiscutible gloria de haber introducido en Barcelona la enseñanza del dibujo por medio del natural, en substitución á la rutinaria y deficiente copia de lámina; animado por el deseo de que sus discípulos no tuviesen que pasar, en la inútil copia de estampa, un tiempo que á su entender era perdido ó poco menos. A este fin (en 1859), al fundar su hoy antigua academia, ideó su manera de enseñanza que permite desde las primeras líneas copiar del natural sencillas figuras geométricas que, al paso que enseñan á dibujar, dan al discípulo sólidas nociones de perspectiva, que por ser prácticas, están al alcance de toda inteligencia, pues con pasmosa sencillez hacen adquirir conocimientos, para los que, de otro modo, fueran precisos complicados estudios. Por esto y debido á la bondad de tal método de enseñanza, los nombres de muy notables artistas figuran en la inacabable lista de los que fueron sus discípulos.

Esto solo bastaría á formar la fama de Pedro Borrell, si sus obras no hablaran de él más elocuentemente. Artista por temperamento, nacido en humilde esfera, supo soñando vaguedades y rebosando fantasía, salirse de ella, en busca de quien le enseñase á dar forma á las concepciones que su imaginación le sugería, y le halló en la Academia de Bellas Artes de Barcelona, conociendo, entre otros profesores notables, al famoso don Pablo Milá y Fontanals, que con sus lecciones de Estética, inundó el alma del joven con raudales de vivísima luz, que haciéndole conocer la esencia íntima de la belleza, le reveló el origen de la misteriosa fuerza que le había arrojado de su tranquila tierra natal, para lanzarle al torbellino de la vida creadora, en donde el reposo es la muerte y en donde es incesante el afán del que con verdadera fe lucha, para que el ángel de la gloria venga á coronar su sien.

Tan hondamente impregnó el espíritu del futuro artista la vivificante llama, que ha ido fundiendo en la paleta sus vívidos destellos, para que cada una de sus obras tuviese la verdad, el calor, la vida, la delicadeza y la intensidad del sentimiento que las caracterizan.

Al principio de su carrera, simultaneando con sus producciones al óleo, practicó el señor Borrell la escenografía trabajando bastante tiempo en el gran teatro del Liceo, al lado de Mr. Cagé.

El ha sabido, con su talento, imprimir á cada una de sus obras tal sello de originalidad, que se distinguen por completo de las de los demás artistas catalanes. ¿Quién desconoce los caprichosos cuadros de género que han sido una de sus especialidades? El que con el título de «Broma pesada» reproducimos en este número, es quizás uno de los más hermosos que de tal estilo ha hecho; si bien son muchísimos los que han salido de sus manos, en todos ellos resaltando la rara perfección del dibujo, distintivo de respetable maestro, á la par que la arrebatadora y sólida brillantez del colorido.

Esta clase de asuntos con tanto acierto y maestría tratados, ponen al señor Borrell á gran altura como pintor de género. Ha pintado también varios paisajes de la Cerdaña que son muy estimados: pinta las frutas, y principalmente las uvas, de una manera admirable, y su firma es colocada en primera línea para la pintura religiosa; pocos autores le habrán sobrepujado en la expresión del profundo ideal de aquel sentimiento. Es incalculable el número de obras de este género debidas á su pincel, impregnadas todas ellas de aquel sublime y místico sentimiento, que caracteriza á los grandes maestros. Figuran una gran parte de éstas en importantes iglesias y conventos, como la Catedral de Gerona, las Salesas de Barcelona y, en número de más de veinte, en el suntuoso templo hace pocos años erigido en Castellar á expensas de una noble y caritativa persona; también en el colegio de PP. Escolapios de la misma localidad, en la capilla de San Jaime, en Rigolisa (Puigcerdá), y en un sinnúmero más de templos y oratorios particulares. Pero el estilo predilecto suyo, es sin disputa alguna, el retrato, en cuya especialidad ha alcanzado el sabio profesor envidiables y merecidos triunfos. Los que llevan su valiosa firma, cuéntanse por centenares, y se honran ostentándolos en sus salones, preclaros personajes y muy señaladas familias de Europa y América.



Propiedad de la Srma. Sra. Infanta Doña Isabel.

Difícil se hace, hallar quien acceda á dejar reproducir en una revista un retrato particular; por esta causa no nos es dable poner de manifiesto aquí algunos de ellos; mas, sin embargo, sólo el que reproducimos, basta para dar una idea de la manera magistral como el señor Borrell domina y sabe vencer el más grande escollo del arte pictórico. Esto le ha valido muy honrosas recompensas, y algunas más aún hubiera alcanzado si su modestia extrema no le hubiese á veces aconsejado retraerse de figurar en certámenes, donde, sin duda alguna, hubieran sido sus obras merecidamente laureadas.

Mucho pudiéramos añadir en elogio de Pedro Borrell; pero lo consideramos tarea inútil, porque los cuadros que figuran en este número, facilitados galantemente casi todos por sus actuales poseedores, demuestran hasta la evidencia cuanto ha valido y vale todavía hoy en que, bajo el peso de los años y de la fatiga producida por un constante trabajo, empieza á doblar su encanecida cabeza.

¡Lástima grande que esas inteligencias potentes, que esas naturalezas vigorosamente productoras, venidas al mundo para honra y gloria del país en que han nacido, estén sujetas á la inflexible ley del decaimiento natural, lo mismo que el inmenso montón de entes vulgarísimos para quienes la vida carece de objeto digno, y cuyo paso por el mundo no reporta utilidad ninguna!

Y menos mal en el caso presente; pues si bien el insigne maestro ve aproximarse la ancianidad y con ella el natural desfallecimiento del cuerpo, mientras su corazón se conserva joven y late entusiasmado ante toda manifestación artística, la Providencia, siempre justa, le ha concedido en el seno de la familia cuanta felicidad y cuantas satisfacciones puede el hombre apetecer legítimamente; y sobre todo, la que allá en su edad viril, al grabar en la pura frente de sus hijos un ósculo de amor paternal, debía constituir su más grata ilusión: la de ver perpetuados en ellos su preclaro talento y su infatigable laboriosidad. Nuestros lectores, que en ocasiones varias han podido apreciar lo mucho que valen Ramón y Julio Borrell, felicitarán, como lo hacemos nosotros, al padre cariñoso y al sabio profesor, tanto por sus lauros propios cuanto por los de sus hijos, que representan seguramente para él la mayor gloria. ***



CONFIDENCIA — Cuadro de Pedro Borrell.
Propiedad de la señora Viuda de Diví (Barcelona)



PEDRO BORRELL — Retrato al óleo, ejecutado por su hijo Ramón.

EL CABALLERO, EL ESCUDERO Y EL LEÓN

QUE DIÓ NOMBRE Á LA CIUDAD Y AL GOLFO ASÍ LLAMADOS

(CUENTO PROVENZAL DEL SIGLO XII)

Erase un noble caballero provenzal llamado *Godofredo de la Torre*, el cual era gentil en sus maneras y de grandes conocimientos ayudado, y muy humano, y muy compasivo, y prudente en el consejo, y socorría á los pobres y cuidaba á los enfermos y defendía á los débiles contra los fuertes.

Y acaeció que un día supo por un venerable ermitaño que el Santo Sepulcro de nuestro Señor Don Jesucristo estaba en manos de infieles, moros malsines, partidarios del Meco y enemigos de Dios y de su santa Iglesia. Y en seguida fuése al su castillo y mandó aparejar sus armas, y vistió cota y calzas de mallas, y sobrevesta con la santa Cruz, y calzó acicates y púsose el yelmo en la cabeza, y la espada al cinto y el montante en la silla con la maza de armas, y montó un corcel blanco y embrazó adarga y enristró aguda lanza con banderola, en la que la sagrada Cruz estaba pintada con color de sangre.

Y partió para la Tierra Santa, y en llegando á ella entró en combate y desdeñó de cubrirse y de ir en formación correcta, marchando el primero de todos, derecho contra los infieles con la lanza en ristre, triunfando siempre, gracias á su valentía y al Señor Don Jesucristo y á Doña Santa María, que por ser tan bueno le protegían de todas veras.

Y los infieles tenían ya de él tan gran pavura que en viéndole de lejos huían á toda prisa y la victoria era de la Cruz antes ya de combatir. Y diz que un Obispo de Trajanópolis, que era un Santo, quiso conocerlo, y le dijo: «Vos sois un verdadero cristiano, caballero del Señor Santo Espíritu, el cual va delante de vos abatiendo los infieles antes que la vuestra lanza los alcance, y por ello y los méritos de las vuestras hazañas, vuestro castillo será ciudad famosa, y el golfo del puerto en el cual desembarcaréis tendrá nombre igual á vuestra villa, y ese tal nombre será símbolo de vuestro corazón leal y esforzado;» y el santo Obispo no dijo más.

Y el caballero provenzal quedóse pensativo y dijo para sí: «*¡Oh Deus si vos vuilhetz é aixis vos plau per mi non hauretz pas mancança!*»

Y aconteció que un día que cabalgaba por los campos y andaba en busca de fellones sarracenos enemigos de la santa Cruz, comandando



TRABAJOS DE CAMPO — Cuadro de PEDRO BORRELL.

compañía brava de hombres de armas fieles, oyera rugidos terribles, como los de león que se apresta para atacar al viandante.

Y todo el mundo fué helado de espanto y sólo el señor don Godofredo de la Torre no tembló ni un su escudero, que era de tierras catalanas, de un pueblo llamado Benzandun, ó Besalú por los naturales. Y el dicho escudero dijo: «Por nuestro Señor Don Jesucristo que temblar no habemos, pues vale más león, que es criatura de Dios é animal noble, aunque fiero, que sarraceno mal nacido, de color de tizón é hijo del infierno.» Y ambos se dirigieron al lugar del cual salían los rugidos y advirtieron que de unos matorrales salía un león magno, enlazado con una infernal serpiente. Y el león quejábase de angustia, porque la serpiente circuído le tenía todo el cuerpo y lo estrangulaba y constreñía con gran dolor, para ahogarlo y comérselo á la postre.

Y el león que así estaba de colérico y humillado por sucumbir á la presión de un tan vil animal que se arrastra por el lodo, dirigió una mirada al caballero como pidiéndole que lo matara, prefiriendo recibir la muerte de nobles manos cristianas que acabar así oprimido por reptil inmundo. Y entonces el escudero le dijo al prócer Godofredo: «Ved Señor que este león es presa de vil alimaña, y por la Santísima Virgen María que habéis de matar y concluir con la culebra del pecado, antes de librar batalla con tan noble enemigo como es este león gigantesco, que no por ser grande ha de ser malo, que yo he visto gigantes muy bondadosos, y chiquitines que son de la mismísima piel del diablo.»

Y el caballero así lo hizo; y ayudado del buen escudero que volteó al león con las sus mañas, y del buen león que se dejó voltear fácilmente, siguiendo al escudero, cortó el Godofredo, de un solo tajo de su espada, la cabeza de la vil serpiente, y entonces desenroscóse toda y cayó al suelo, que daba miedo el verla.

Y en seguida caballero y escudero pusiéronse á distancia. El escudero guareciéndose con un gran escudo y su pisto en la diestra, dispuesto á rajar el vientre de la bestia fiera en caso de avance; y el caballero detrás, montado, con el montante levantado en alto para dividirla en dos, caso de que diera el salto; y así esperaron al león ya libertado que los atacase, pero... ¡oh, sorpresa! El león avanzó humildemente, poco á poco, con ojos de bestia agradecida, y por divina permisión habló de esta manera: «Yo he de seguirte, esforzado Godofredo, y de dar nombre á las tus tierras y á las tus aguas, pues Dios me manda que sea el tu esclavo.» Y Godofredo y el escudero, maravillados, depusieron la su actitud defensiva y desde entonces marcharon con el león que les siguió cual obediente can domesticado.

Y en llegando á Tolemayda todos los cruzados vieron con asombro la mansedumbre del león y creyeron que era un milagro de Don Jesucristo en pró de un tan gran conquistador de su sepulcro. Y á partir de este día el león iba á combatir con el caballero y el escudero Jofre, que

así se llamaba, y con éste dormían juntos como buenos amigos que eran. Y en los combates el león atacaba á los infieles y causaba en las sus huestes más estragos que toda una gran mesnada.

Y cuando la Santa Cruzada fué finida y el buen caballero con el su fiel escudero y otros provenzales, marselleses y catalanes, volviéronse á las sus tierras, el capitán de la galera, que era un maltés de mal tratar y de poco hablar, dijoles que en la su nave no se transportaban fieras sino hombres, y no quiso al león, y dejó la pobre bestia en el puerto, y ésta viendo partir en la galera al caballero su amo y al escudero su amigo, lloraba como criatura que la abandonan, y cuando abservó que la galera ya desparecía en lontananza, echóse al agua y empezó á nadar siguiendo á nado, de muy lejos, á la nave. Y en cuanto ésta fué llegada á Marsella, desembarcaron los cruzados y el señor Godofredo con el su escudero Jofre se marcharon á sus tierras del Ródano, donde tenía el dicho señor el castillo, é iban andando muy contristados de no tener en la su compañía el buen león.

En tanto éste llegaba al dicho puerto y no viendo á su señor en tierra fué siguiendo á nado el río y remontólo hasta que se unió á el su amo ya en las sus propiedades, saltando á tierra no lejos de su castillo y allí la alegría fué grande, de parte del león y de parte del caballero y del buen escudero Jofre y de la condesa esposa del caballero, que le alojó en la su antecámara; y el caballero tuvo mucha descendencia, tanta que formó una ciudad, que se llamó *Lyon*, que en lengua franca quiere decir León, y el golfo en el cual vió tierra se le denominó golfo del León, y es el que está en frente de Marsilia á las bocas del Ródano y acaba después en el condado de Besaudun, en Cataluña, tierra del buen escudero Jofre.

Y así lo refieren las crónicas, que dicen que éste fué el premio que dió Nuestro Señor San Jesucristo al caballero, al escudero y al león, por ser todos santos, buenos y esforzados. Y ahora todos están en la gloria.

Amén.

Por la copia,

Pompeyo GENER



RETRATO; por Pedro Borrell.



FIN DEL ROSARIO — Cuadro de Pedro Borrell.
Propiedad de la señora Viuda de Tolrá, Marquesa de Castellar.

LA REBELDIA

Si los hombres se hubiesen sometido sin chistar á su destino, si no procuraran vencer las fuerzas contrarias que al mejoramiento de su condición se oponían; si no se rebelaran jamás, aún anduvieran errantes por los bosques, cubiertos con la hoja de parra.

Pero la rebeldía, la hermosa y potente rebeldía se enseñoreó de sus cerebros, hizo correr más rápidamente su sangre, infundió energía á su alma y vigor á sus músculos y empezó la era del progreso.

Rebelándose el hombre contra la tiranía conquistó la libertad; rebelándose contra la lentitud de los carros creó las vías férreas; al rebelarse contra la lentitud de los copistas surgió la imprenta; luchando contra la obscuridad descubrió la luz eléctrica. Animó la rebeldía al hombre y cayeron instituciones caducas, se reformaron leyes, cambiaron de aspecto las naciones, se tuvo idea más clara de la justicia, se persiguieron ideales más nobles, progresaron las industrias y la esperanza de un porvenir mejor, animó á los infelices que estaban condenados al suplicio del escepticismo absoluto.

Rebeldes á la razón universal han sido los filósofos, los inventores, los aventureros que han decuplicado el área del mundo conocido de nuestros antepasados, los grandes capitanes, los políticos que han constituído nuevas nacionalidades, los mártires de la caridad, los artistas, los varones justos que con la palabra y la pluma han combatido errores y supersticiones.

¿Aún no comprendéis por qué hay que descubrirse ante la rebeldía?

* * *



EN EL TALLER — Cuadro de Pedro Borrell.
Propiedad de la señora Viuda de Divi (Barcelona).



CONTEM

BORRELL



MPLACIÓN

Propiedad de la familia Lleonart (Barcelona).



DESPERTAR DE JESÚS — Cuadro de PEDRO BORRELL.
Propiedad de don Francisco Sert (Barcelona).

PENSAMIENTOS

Cuando un hombre ha emprendido el camino de la desgracia, raras veces se detiene en él; la misma incertidumbre es el resorte que nos mueve hacia el abismo.



MATER DOLOROSA — Cuadro de PEDRO BORRELL.
Propiedad de doña Josefa Arango (Barcelona).

El sentimiento es una fuerza que necesita expansionarse; nuestras operaciones espontáneas si no van acompañadas del sentimiento resultan puramente mecánicas; pretender contener los impulsos del sentimiento es como querer refrenar las audacias del genio; al sentimiento se le debe dejar evolucionar libremente; no obstante hay que encauzarlo para que no nos conduzca á extremos peligrosos.

JOSÉ - ALONSO BOADELLA



BAUTISMO DE JESÚS — Cuadro de PEDRO BORRELL.
Existente en la Catedral de Gerona.

LA HERENCIA

MUCHAS veces, en las pesadas horas de estudio, Ramiro y Luis interrumpían la tarea para conversar cariñosamente.

Y sus conversaciones eran puras como sus almas de muchachos honrados.

El mismo día, con poca diferencia de tiempo, nacieron del mismo vientre de una mujer robusta de salud y sana de espíritu.

Juntos vivieron la dulce vida de la niñez. Hicieron juntos los primeros estudios y juntos marcharon á Madrid, ingresando, el primero, en la Facultad de Medicina, y en la de Filosofía y Letras el segundo.

El día en que comienza mi historia, Ramiro y Luis, que á la sazón cursaban las últimas asignaturas de la carrera, hallábanse estudiando con el fervor que al ánimo del estudiante lleva la clara perspectiva de un bienestar próximo.

Y este día fué Luis quien inició el coloquio con que muchas veces interrumpían la tarea en las pesadas horas de labor intelectual.

***

—Me preocupa una cosa, Ramiro.

—¿La hija del platero de la calle de Carretas?

—Es más serio el asunto.

—¡Caramba, hombre!... Aseguro que esos libros filosóficos son capaces de chiflar á cualquiera.

—Ramiro, no tomes á broma lo que acabo de manifestarte. ¿Estás seguro de que nuestro padre es un hombre sabio y talentoso?

—Convencido estoy de ello.

—¿Crees que nos quiere con el afán de que nos habla en todas sus cartas?

—Me parece que sí.

—Y no dudarás—añadió Luis—de que nuestro padre es probo y trabajador en demasía... Pues bien: ¿cómo te explicas que un hombre esmeradamente educado; sapiente conocedor de su profesión, amante de sus hijos, ejerza, lejos de éstos, en un poblacho donde las personas no pueden ser más ignorantes ni más groseras?

—Chico... La salud es cosa muy sagrada: y, ¿quién sabe si la afección cardiaca que en nuestro padre se ha traslucido en alguna ocasión, podría manifestarse gravemente con la agitada vida de la ciudad?

—No me acaba de llenar tu explicación, Ramiro. Podría tener fundamento, cuando nuestro padre demostrara constantes deseos de salir del pueblo y se doliera de las circunstancias que á ellos pudieran oponerse. Pero esa pereza suya para los viajes; ese horror á la capital y ese retraimiento extraño, créelo, me preocupan. ¿Tú recuerdas qué suele contestarnos cuando le preguntamos cómo puede amoldarse al continuo trato con gañanes y á una vida exenta de distracciones?

—Sí. «Esto es delicioso, hijos míos.»

—¡Esto es delicioso!... Y ¿no le has visto después quedar pensativo, cual si con sus palabras acabara de evadir el relato de una historia triste?... No lo dudes, Ramiro: el pasado de nuestro padre es misterioso. ¡A saber si algún día encontraremos datos que aclaren el problema que tanto me hace pensar!...

—Vaya, hombre, vaya... También yo quiero razonar un momento. ¡Cuán sabia es la Naturaleza, que, delante de un filósofo coloca un alienista!...

Hubo un instante en que los hermanos se miraron sin cambiar una palabra.

Y reanudaron la tarea de los otros estudios.

***

Una tarde, cuando Ramiro y Luis llegaron á casa, después de pasear por la calle de Alcalá, vieron sobre la mesa de su habitación un telegrama que se apresuraron á leer.

En él eran avisados del grave estado de salud de su padre.

La sorpresa fué horrible.

En un momento hicieron los preparativos más indispensables, y aquel mismo día abandonaron la Corte, ansiosos de saber lo que ocurría en el hogar donde nacieron.

***

Cuando los hermanos se aproximaron al lecho del enfermo, abrió éste los ojos desmesuradamente, dejando adivinar una sonrisa de satisfacción en su semblante hipocrático.

—Hijos míos,—balbuceó el moribundo—vosotros... aquí...

—Sí, padre del alma, sí; aquí, á tu lado;—interrumpió Ramiro—dispuestos á devolverte cuanto antes la salud; á no separarnos nunca de ti.



UN BAUTIZO EN PUIGCERDÁ — Cuadro de PEDRO BORRELL.

—Acercáos más... Oíd... Aquí, no, no estéis; esto es un purgatorio.

—¡Hombre, hombre!—exclamó Ramiro, tratando de animar al enfermo—¿no has dicho muchas veces que esto era delicioso?

Los hermanos cambiaron una mirada.

Y cuando volvieron sus ojos al padre agonizante, vieron en el rostro de éste los trazos desvanecidos de una mueca siniestra.

Era el eterno gesto de la muerte.

***

Ninguno de los hermanos se atrevía á franquear el cajón de la mesa de escritorio donde creían guardado el testamento.

Decidióse por fin Ramiro; y después de largo rato de revolver papeles sin hallar el supuesto documento, se disponía á dar por terminado el registro.

—Aquí hay algo—exclamó Luis, oponiéndose á que su hermano cerrara el cajón.—Mira—añadió, mostrando á Ramiro un sobre.—¿Ves lo que dice? «Vuestra herencia.» Tal vez aquí haya alguna disposición de interés urgente.

Y con triste avidez rasgaron el sobre aquél, en cuyo interior había un pliego escrito con rasgos inciertos que decía así:

«Queridos hijos: En mi juventud fuí poseedor de una fortuna inmensa que derroché, más que en sostener mis vicios, que nunca fueron denigrantes, en proteger los de amigos muertos por consunción.

»Joven, con mucho dinero, con amplia libertad y viviendo en el corrompido centro de la Corte, no me explico cómo pude terminar una carrera; pero, lo cierto es que la terminé.

»Después, alejado completamente del mundo vicioso, he tenido por preocupación única hacer de vosotros hombres honrados y útiles á la Humanidad.

»Tal vez pensárais encontrar una fortuna, donde de fijo habéis hallado una sorpresa. No lamentéis de todo punto el desengaño: yo sé por experiencia que los capitales heredados se derrochan con facilidad.

»La educación y la carrera que á fuerza de trabajo he conseguido daros será para vosotros un tesoro inagotable, en tanto la Providencia os conceda la salud que yo os deseo.

»No quiero con esto lavar la mancha de mi juventud borrascosa; no.

»Acaso el dinero, malgastado por mí y que debió haber sido vuestra herencia, os hubiera proporcionado tanto bienestar como robó á vuestro padre.

»¡Hijos del alma! he sido un miserable. ¿Me perdonáis?»

. . . .

Miráronse Ramiro y Luis con los ojos inundados de llanto.

Y se interrumpieron con la misma exclamación:

—¡Dios le tenga en el cielo!

A. HERNÁNDEZ Y CID



«LOS HUMILDES SERÁN ENSALZADOS»

¿MISTERIO?

La mano pequeña y blanca como una hoja de lirio, sólo dejaba ver de la pistolita el fino cañón recto y reluciente cual un juguete de nikel.

Sin la serenidad necesaria en las grandes crisis de la vida, madre de las grandes resoluciones, permanecía inmóvil en el ancho sillón, junto á la esbelta lámpara, cuya luz velaba artística pantalla de encajes, fijos sin mirar sus hermosos ojos, pálida, con una palidez dulce, su carita de niña, deliciosa armonía de cándida ingenuidad y picaresca inocencia: mordíase ligeramente el labio, tal vez para contener el llanto, y entreteníase con la mano libre en quebrar inconscientemente las varillas de concha del abanico que en delgada cadena de oro de su cuello pendía. La funda blanca del sillón, la blancura del vestido y la claridad dorada que sobre élla y un pequeño radio á su alrededor la lámpara esparcía, sumiendo en misteriosa penumbra el resto de la estancia, al mismo tiempo que esfumaban sus contornos, hacíanla aparecer envuelta en un nimbo de gloria. Sabe Dios lo que en esa posición hubiere continuado, si una



NIÑO JESÚS — Cuadro de Pedro Borrell.
Existente en la Iglesia parroquial de San Esteban de Castellar.

ráfaga, abriendo con repentino estrépito las cristaladas puertas del balcón, dando paso á un airecillo húmedo y débil, no la sacara de su ensimismamiento. Dirigió y apartó en seguida los ojos hacia donde el ruido sonaba y, reteniendo sin saber por qué con la una mano la pistola, despejó con la otra de los blandos cabellos la tersa frente, apretóla luego entre los dedos con cierta nerviosidad, conteniendo un sollozo que pareció un rugido y era la explosión del alma de un ángel, y tras penosas ondulaciones del ebúrneo pecho, cuyos encantos velaban discretos entredoses, brotó al fin el llanto franco y abierto como el de un niño, sentimental y hondo como el de una mujer.

Graves razones tendrían á la bellísima damita en tan rudo y amargo trance para su alma delicada; pero ni una sola palabra, escapada en el abandono del dolor, de queja ni de desesperación, exhalaron sus labios.

Intentó varias veces levantarse, sin duda para cerrar el balcón, pero, quizá por una de esas anomalías de los grandes dolores que pone de relieve lo más pequeño, eterna ley de los contrastes, aquella idea obsesionó su mente sin mover su voluntad, entreteniendo un momento su ánimo saturado hasta la inconsciencia de amarguísima pena, y, respondiendo por último el cuerpo al cansancio moral, cerró lentamente los ojos y un sueño dulce y suave la cubrió con sus alas.

Unos golpecitos dados delicadamente, pero con marcada confianza,



ECCE-HOMO · Cuadro de Pedro Borrell.



FRAGMENTO de un cuadro de Pedro Borrell.
Propiedad de don Miguel Salvadó (Barcelona).

sobre la puerta, hiciéronla despertar sobresaltada, saltar del sillón y dirigirse á menudos y seguidos pasos, reveladores del pie diminuto y elegante, hacia la cerrada puerta. Los estudiados pliegues de la bata, plegándose á todas las ondulaciones de su cuerpo aniñado que parecía crecer á la vida como un capullo entreabierto, prestábanle una gracia deliciosamente inimitable y servíanle para ocultar, difícil era inquirir si intencionadamente, la pequeña arma, linda como un juguete, horrible como la muerte. Abrió, y ahogó el golpe de la puerta al cerrarse un pistoletazo que no pudo ahogar un gemido. Con pesadez cadavérica cayó á los pies de la dama un caballero joven y distinguido, de rostro moreno y varonil, cuya barba cuidadosamente peinada comenzaba á servir de esponja á la sangre que brotaba del pecho. De un movimiento rápido y nervioso, arrojó ella lejos de sí el arma fatalísima, que fué á chocar contra la tranquila luna de un enorme espejo, convirtiéndole la rudeza del golpe en una cascada de plata.

Abrió desmesuradamente los ojos y blanca, muy blanca, ideal, irguióse en curvas divinas su figurita; alzó lentamente su cabecita rubia, entreabrió los labios tentadores... y cayó como un lirio que siega el huracán.

***

Por el camino largo y solitario, decorado de enanos naranjos cuyos frutos y hojas tomaban á los moribundos rayos del sol poniente tintes de oro y reflejos metálicos, desemboqué en una plazuela mohosa y melancólica, por altos árboles de obscuro ramaje sombreada, donde el monótono goteo, que se me antojó eterno, de un surtidor, turbaba el plácido cristal del receptáculo con un chasquido semejante á un beso hondo y triste, hijo de las lágrimas, estremeciendo la superficie quieta y tranquila del agua en círculos silenciosos, imágenes del gozo mudo é íntimo.



BROMA PESADA—Cuadro de Pedro Borrell. *Propiedad de don Francisco Arnau.*

Como meditando dulcemente, una joven rubia, casi niña, en la obscuridad que en un ángulo varios sauces formaban, hallábase en un banco de piedra negligentemente sentada, tan ajena á mi presencia que no contestó á mi saludo al pasar junto á ella y sólo la oí insistentemente murmurar este verso de una poesía no del todo desconocida para mí:

Me vi feliz y se rompió el espejo!

El médico del manicomio díjome luego que aquél era su sitio favorito y que su locura era pacífica, pero incurable.

Domingo DE SANTA ÁGATHA



Cuadro de Plácido Francés.

BELLAS ARTES

El distinguido pintor Plácido Francés firma la hermosa *Carmen* que encabeza este número. Bella figura de mujer, en un carmen andaluz, flor entre flores, pintada con la gracia y espontaneidad que tantos laureles ha valido á su autor.

Bien encontrado el movimiento de la cabeza y de los brazos, constituye una radiente nota de color de esas que sólo se ven en nuestra España.

Al acecho, de Muñoz Lucena, es una visión idílica, en que la gracia del tema no desnaturaliza la realidad de las cosas. Mujer del campo es la mujer pintada, con efluvios de heno recién cortado, con la pobreza indumentaria de las pastoras de carne y hueso. Y, con todo, la graciosa posición de la figura, la diafanidad de las tintas que la rodean, fundiéndose en una atmósfera que envuelve todos los objetos, hacen de este cuadrito, más que un estudio, una vibración del sentimiento en plena naturaleza. Por sus tonalidades grises, por lo complementario del toque nos recuerda en cierto modo las creaciones de nuestro Más y Fontdevila.

Ricardo Brugada continúa siempre su simpática tarea de reproducir los inagotables temas con que le brinda la bella Andalucía. Ha penetrado en las costumbres de aquella región y sabe transcribirlas con la misma espontaneidad que un hijo de la tierra.

Su cuadro, *Desdenes*, parece como inspirado en la comedia *Flores*, de los hermanos Quintero. Las dos medias figuras que lo componen están agrupadas con arte, y con no menos habilidad está dispuesta la luz, que deja todo el relieve á la desdeñosa mujer, mientras que el apuesto mozo que la asedia permanece en la penumbra. Los personajes expresan bien sus opuestos sentimientos y están tan perfectamente caracterizados que la escena no puede ocurrir en ninguna otra región.

En otra ocasión nos ocupamos con elogio del *Tipo alicantino*, de J. Nogué, que por azares editoriales no pudo publicarse á tiempo. Hoy no debemos hacer más que ratificarnos en nuestra opinión, señalando la firmeza de dibujo de la cabeza, cuyo claro-obscuro le presta un relieve casi fotográfico

Nicanor Vázquez, uno de nuestros primeros dibujantes, vuelve de vez en cuando á sus antiguos amores con la pintura, y de que no olvida su dominio es buena prueba esta *Impresión de color*, fruto de sus estudios veraniegos. En ella están bien entendidos los valores de entonación de los diversos planos, distinguiéndose por su luminosidad.

Francisco CASANOVAS

Del alto concepto que desde su primera aparición en la escena nos mereció su mérito artístico, nos hemos ocupado ya en más de una ocasión y no es cosa de repetirlo ahora, aunque de fijo nuestros lectores encontrarían en ello singular placer, particularmente los que al oirla en cualquiera de sus obras predilectas han sentido los efectos de la fascinación que ejerce en el *dilettanti* los dulcísimos sonidos de su portentosa garganta.

Anticipándonos al juicio que alguno pudiera formar de las asiduas atenciones que le dispensa el Album Salón, hemos de confesar lealmente que la profesamos especial cariño, porque ha nacido entre nosotros y tiene aquí su residencia y en nuestro Gran Liceo recibió, con los aplausos de un público tan idóneo como exigente, el sagrado bautismo del arte.

Y la admiramos, además, por su extraordinaria modestia, por su sencillez encantadora y por su envidiable jovialidad. Tendrá sus quebraderos de cabeza, ¿quién lo duda? y no le faltarán los disgustillos inherentes á la vida de bastidores; pero con dificultad se encontrará quien la haya visto seria ó malhumorada. Donde élla está, está la alegría, lo mismo en el seno del hogar, labrando, á fuer de hija amante y cariñosa, la dicha de sus padres, que en las interioridades del teatro, rindiendo culto, sin orgullo ni asomos de rivalidad, á la amistad y al compañerismo.

Canta este invierno en el «Principal» de Palma de Mallorca, para cuyo punto salió á fines del pasado mes. Según nos manifestó verbalmente, pues nos cupo la honra de que visitara nuestra Redacción antes de su partida, debía debútar con *La Traviata*, una de sus óperas favoritas. ¡Cuántas ovaciones la habrán tributado ya los palmesanos! A habernos permitido las exigencias de la compaginación demorar estas líneas, hubiéramos aguardado á que llegaran los periódicos de aquella isla, para reproducir alguno de los entusiastas párrafos que, obrando en justicia, dedicarán nuestros colegas á la primorosa labor de Josefina Huguet. No necesitamos, por supuesto, leerlos; adivinamos sobradamente lo que dirán: respondemos desde luego del éxito.



JOSEFINA HUGUET

Fot. de Esplugas.

Dinorah, *Julieta y Romeo*, *Faust*, *Carmen*, *Manon*, *La Bohème*, *Rigoletto*, *Lakmé*, *Mignon* y otras varias producciones de las que constituyen su inmenso repertorio y ejecuta á la perfección, rivalizando con las cantantes de mayor fama, serán allí, como lo han sido en todas partes, objeto de legítimos y ruidosos triunfos para la celebrada tiple catalana que, con ser quizá la más joven entre las que figuran en primera línea, poco ó nada tiene que envidiar á las que cuentan largos años de carrera.

Sinceramente deseamos que la temporada actual sea para nuestra compatriota, no sólo pródiga en laureles sino también de material provecho, pues las facultades, puestas á continua prueba, se gastan harto deprisa, aunque subsista el talento, y es justo, es necesario que mientras existen aquéllas, se labre siquiera al artista un modesto porvenir.

Gracias á la amabilidad del distinguido fotógrafo Esplugas, acreedor por muchos conceptos á toda nuestra gratitud, podemos ofrecer en esta página el último retrato de Josefina Huguet; retrato en que no se sabe qué admirar mas, si la gracia y hermosura del original ó el buen gusto de dicho señor para la *pose* y la pulcritud con que se trabaja en sus tan acreditados talleres.

* * *

INMORTALES AMERICANAS

CARMEN R. RUBIO DE DÍAZ

Con frecuencia es la pluma elocuente intérprete de la idea, el gráfico pincel que reproduce con tonos brillantes y colores imperecederos los detalles, las líneas, los suaves destellos de la luz que iluminan con resplandores ígneos el conjunto del cuadro, prestándole vida, gracia y juventud.

Es también el feliz heraldo que transmite á generaciones y generaciones, las glorias y virtudes, los nobilísimos impulsos y los modestos filantrópicos propósitos que, llevados á terreno práctico, resultan de trascendencia colosal.

¡Qué hermosa es la pluma que descorre los velos, que disipa las sombras, que descarta de su manto de nieblas cuanto precisa ponerse en realce, mostrando á la humanidad tesoros desconocidos, recónditos pliegues en que están envueltos el desarrollo moral, las armónicas y adorables notas de pensamientos sublimes que sin el auxilio de la pluma

caerían en el hondo abismo del olvido! Bendita sea ella que inmortaliza y hace fructíferas las riquezas intelectuales, llevando por los ámbitos del universo las joyas del ingenio, el sagrado entusiasmo de innovaciones poderosas, la irradiación que surge de individualidades superiores que todo lo invaden, iluminan y engrandecen.

Red delicadísima es la pluma que enlaza los mundos, las edades, las razas, eslabonando la inconmensurable cadena de los siglos, suprimiendo espacios, acortando distancias, llevando entre sus mallas caprichosas fecundante semilla, chispas eléctricas, átomos luminosos que pueblan el globo, incendiándolo á veces con irisados fulgores ó con el rayo de recias tempestades.

Mi pluma tiene hoy la venturosa misión de rendir culto á virtudes y trazar ejemplos de alteza singular.

Es una figura femenina la que me toca en suerte bosquejar, que ha tomado forma, ha entrado en la vida en una tierra inundada de savia, de luz y de esplendores; en país nuevo, rico, hermosísimo.

Así, pues, esta mujer es tipo culminante que personifica la civilización de un continente y que en vastísimo escenario reviste toda la influencia de su sexo bajo el doble punto de vista moral y social.

Es verdaderamente notable el contraste que existe entre la mujer europea y la que ha nacido en suelo americano; no se crea que al decir esto haya de ganar aquélla ó desmerecer ésta; muy al contrario: más sencilla, más modesta, más ingenua y no menos inteligente, reune la hija de aquellas ardientes zonas toda la generosa iniciativa, la ardiente vehemencia, la viveza del ingenio, el entusiasmo y las energías que incrustan en su sér el clima, el sol, el ambiente impregnado de ardores, el crepúsculo relleno de voluptuosidades, la vegetación soberbia, grandiosa, el derroche primaveral y, por último, la ciclópea altura de los montes, de las cordilleras, las grandes soledades y la enorme plétora de la naturaleza.

Así mismo ejerce su influjo haber abierto los ojos á la primera luz en una nación que saboreaba los frutos de la independencia y se enorgullecía con los laureles conquistados en la guerra de la intervención francesa y con las libertades aclamadas por segunda vez.

Ello es lo cierto que Carmen Romero Rubio tuvo desde su más tierna infancia ideas de caridad y amor al prójimo, afán, aspiración de algo grande, juegos tranquilos, ajenos á la turbulencia de la niñez, y señalada predilección por los niños desvalidos que tendían sus manecitas implorando limosna.

Por ley natural crecía dominada por el ascendiente de su santa madre, matrona de altas prendas morales é intelectuales.

Por su padre sentía la niña respeto y admiración, que ya por entonces habíase hecho ilustre y era hombre de alta valía en la política, en el periodismo y en la tribuna, tanto como descollaba por el trato expansivo en el seno de la familia. Privilegiado en todo era el hogar donde se deslizaban los primeros años de Carmen Romero Rubio. Los dones de la fortuna no escaseaban y el esmero de la educación estaba á la altura de su precoz inteligencia, hasta el punto de realizar en pocos años el ideal de sus padres.

Carmen fué el encanto de la sociedad mexicana, por sus gracias juveniles, por su carácter dulce y amable, por la delicada y seductora atracción de todo su sér.

Ella sembraba la vida y la alegría en el hogar paterno.

Ella, en cada manifestación de sus sentimientos, en cada una de sus tendencias, realzaba más y más su personalidad.

Había menester un campo más extenso para desarrollar en toda su plenitud las grandes ideas que se agitaban en su cerebro.

La joven mexicana impresionó vivamente el corazón de un hombre tan insigne por sus proezas militares como por haber escalado el primer puesto en la política de la patria.

La encantadora joven entregó su corazón y su mano al general don Porfirio Díaz, y esto cuando apenas dejaba de ser niña para entrar en la adolescencia.

En esta segunda época de su vida ha sido cuando se han revelado las nobles aptitudes de la esposa de aquel primer mandatario de la república.

Los pobres tuvieron en ella una eficaz protectora; una providencia; el paño de lágrimas siempre dispuesto á enjugar las que hacía verter la desventura. La filantrópica mexicana ha dedicado sus aficiones y los tesoros de su piedad á los seres más débiles, á los que más necesitan de apoyo y protección; á los pequeñuelos.

¡Cuántas veces hemos visto aparecer la hermosa figura de Carmen al lado de la cama de un niño moribundo, cuando la madre, sin consuelo ante la impotencia de sus recursos, no podía salvar al inocente pedazo de sus entrañas; y cuántas también ha vuelto á su casa, la noble dama, llevando la satisfacción de haber acudido á tiempo con la ciencia y con las medicinas, para que el inocente recobrase la salud!

En esas condiciones, es la caridad el amor á Dios encarnado en el prójimo; la esencia de algo misterioso y santo que vive en el corazón; es el fuego sublime de un sentimiento que domina, que se sobrepone á los placeres mundanos, á las dichas íntimas, á las pasiones más ardientes.

Deseo incesante de ser útil y de gozar con la felicidad ajena.

La caridad tiene mucho de celestial, y hermana á la mujer con los ángeles.

Pienso que en el corazón de aquélla que me inspira estas líneas, ha llegado á ser su pasión dominante; ama la caridad como debe amarse á la más excelsa de las virtudes; la rinde homenaje sacrificando los halagos que se la prodigan, ya en los salones, ya en la vida doméstica, por socorrer la miseria, el infortunio ó esas desgracias ignoradas que necesitan rápido socorro.

Bella y simpática, se impone por su buen tacto, por la sencillez de sus costumbres, por su trato exquisito.

Su rostro fino y delicado revela, desde luego, la alteza de su alma.

En el alto puesto social que ocupa, es la primera en demostrar al extranjero que México es hospitalario, haciendo amable la estancia en aquel bellísimo país.

Su imaginación, ansiosa siempre de prodigar bienes, concibió una idea felicísima, benéfica y que presta á su nombre una aureola inmarcesible.

Culta, instruidísima y amante de todo lo que es progreso, puso en práctica la idea que habíase adueñado de su mente. Fundó el asilo «La casa amiga de la obrera» y al realizar tan grandioso pensamiento llovieron sobre Carmen R. R. de Díaz las bendiciones de las madres que, interin trabajan para ganar el pan cotidiano, dejan á los rapazuelos en aquel centro de enseñanza, donde reciben, á la par que el alimento intelectual, el que necesitan para su sustento.

La organización es perfecta, clases completas para desarrollar la inteligencia, preparando hombres útiles para lo futuro.

Horas y horas pasa la donosa fundadora en grata intimidad con los niños, ocupándose sin descanso de cuanto puede mejorarse para su bienestar ó educación.

Tal es, á grandes pinceladas, el retrato moral de una mujer que es honra y prez de su sexo; tal la cariñosa compañera que el cielo concedió al ilustre Presidente de la República Mexicana para endulzar las amarguras que forzosameute ha de producirle su espinoso cargo.

BARONESA DE WILSON

CANTARES

Ayer visité la tumba
de mi madre de mi alma,
y vi que nacieron flores
donde cayeron mis lágrimas.

Dobla y dobla sin cesar
campanero del convento,
que han muerto mis esperanzas
y mi corazón ha muerto.

No luzcas tanto cuchillo,
ni hagas alarde de guapo,
que en mirando á esa mujer
ó me matas ó te mato.

Que me lleven al suplicio
y me claven en la cruz,
que allí moriré diciendo
que no hay traidor como tú.



APUNTE; por ELÍSEO MEIFRÉN.

Dejé el jardín por la selva,
por un río dejé el mar,
¡dejé un querer como el tuyo
por otro querer fatal!

Ya me van naciendo arrugas,
ya me van saliendo canas,
mas siento que el corazón
está más joven que estaba.

Confesaré mis pecados
y podré el cielo alcanzar,
mas si en el cielo te encuentro
no sé lo que pasará.

En una frase se encierra
toda la ciencia del mundo;
¡digo *madre* y digo más
que todos los sabios juntos!

NARCISO DÍAZ
DE ESCOVAR

LA CARNE DEL DIABLO

(LEYENDA GRANADINA)

En uno de los extremos de la cordillera que atraviesa la Península de Norte á Sur, en el que la une con las Alpujarras y en el punto de contacto que forman las provincias de Granada, Almería y Murcia, se eleva la sierra de María, rica en plantas medicinales y en árboles maderables, cuya mayor parte, la principal, llamada dehesa de la Alfahuara, perteneció al Excmo. señor Marqués de las Velez y, por título hereditario, es actualmente propiedad del Excmo. señor Duque de Medinasidonia.

En la falda umbrosa de dicha sierra y reclinada dulcemente como sultana favorita en los brazos de su señor, se halla situada la villa que da nombre á la sierra. Sus centenares de pequeñas pero bien enjalbegadas casas, destacándose entre el verde follaje de sus huertos, semejando bandada de palomas, ofrecen un risueño y pintoresco aspecto al viajero que hacia ella se dirige por la parte de Barsain, collado que dista unos dos kilómetros del poblado.

A causa de su altura sobre el nivel del mar (800 metros), sus condiciones higiénicas son inmejorables. Las costumbres no son tan licenciosas como en otros lugares, á causa quizá de su alejamiento de las grandes poblaciones; pero, en cambio, adolecen de ese tradicionalismo que lleva consigo, como aquelarre indispensable, la superstición y la ignorancia, obrando sobre sus moradores en razón inversa de la ilustración y del progreso.

Sus pobladores, agricultores por exigencias naturales de su término, suelen también traficar en drogas. En primavera cogen flores de amapola, sahuco, rosa y malva y, una vez secas y empaquetadas, las transportan á Valencia y Barcelona, y de estos grandes centros llevan á su pueblo cochinilla, añil, campeche y otros productos tintóreos que las mujeres emplean para dar diversos colores á las ricas lanas que les proporcionan sus numerosos rebaños.

Cuando por la mañana, al mediodía y al obscurecer la campana de la iglesia toca el *Angelus*, los vecinos todos cesan de pronto en sus tareas ó se detienen, si pasean y, descubriéndose, elevan la salutación á la reina de los cielos, que en ninguna parte de España tiene tantos devotos como en Andalucía; por algo se llama esa región «tierra de María Santísima».

Era el estío. En esta época de recolección se dispensa á los feligreses de la asistencia al culto de la parroquia. Esta se halla situada en la plaza que con la calle de los Señores constituye el tránsito de viajeros, ganados y toda clase de transportes á los pueblos inmediatos.

El sacristán, un sábado al obscurecer, abrió la puerta de la iglesia y se dirigió á la torre para tocar á oración vespertina, dejando la puerta abierta como siempre.

Terminado el toque de oración, salió, cerrando la puerta y no volviendo hasta el día siguiente, domingo, para llamar á los fieles á misa de alba. ¡Cuál no sería su sorpresa al notar que el paño negro que cubría una mesa en medio del templo, haciendo veces de catafalco, no



estaba en su sitio, y sí dando tumbos, hecho una bola, por las capillas! Su miedo llegó á lo sumo cuando ese paño negro, hecho una bola y dando tumbos, exhalaba unos gritos ó bramidos, pues él, el sacristán, no sabía lo que eran, que espantaban. Lleno de espanto se salió del templo y dando voces de ¡socorro! ¡socorro! hizo que se detuviesen, alarmados también, los vecinos madrugadores que se dirigían á sus faenas.

Como el día iba avanzando y la claridad se hacía mayor en la iglesia, algunos de los detenidos cerca de la puerta y que querían aparecer más valientes que sus convecinos, se atrevieron á penetrar; pero salieron pálidos y desencajados los rostros, cuando vieron que el paño negro, hecho una bola, dando tumbos y horribles quejidos, se hallaba cerca de la pila bautismal.

El pánico se comunicó bien pronto á los habitantes de la villa. Unos avisaron al señor cura, otros al alcalde, que allá se fué con el bastón de mando, y acompañado del secretario y el alguacil. El médico no pudo ir por estar asistiendo al parto de una comadrona que utilizaba su ciencia en las demás villanas, pero de nada le servía en el trance suyo; en substitución del médico fué el albéitar provisto de acial y lanceta. El boticario dispuso en su casa, antes de salir, que pusieran á cocer tila, árnica, y flor de malva, para lo que pudiera suceder.



A pesar de la rapidez con que cundió la noticia, cuando el señor cura y el señor alcalde llegaron, ya las madrugadoras, las beatas y comadres del lugar hacían mil comentarios y mirando á la puerta de la iglesia se santiguaban y decían: ¡Es el diablo! ¡El diablo en persona que ha venido, sin duda, á llevarse á ese maldito escribano que enterraron ayer!

Las autoridades eclesiástica y civil, unidas, acordaron *omni populo asentienti*, que tres hombres «de pelo en pecho» entrasen en la capilla del Rosario; allí verían tres pendones; que les quitasen las astas y armados de ellas, á manera de picas, y acompañados de todos los verdaderos creyentes, procuraran prender á quien así profanaba el templo del Señor; y que el señor cura echaría agua bendita con el hisopo, y el alcalde permanecería también en la puerta para dar parte de todo lo que ocurriese dentro y fuera al señor Gobernador.

Dadas estas disposiciones, los tres valientes, que llevaban las picas seguidos de cincuenta ó sesenta hombres y muchas mujeres, penetraron en la iglesia y fueron, poco á poco y sin separarse mucho, formando un círculo, en medio del cual se detuvo el sér extraño, el demonio sin duda, pensando que en lugar sagrado sufriría una terrible derrota. Entonces, los que llevaban los palos largos, tomando la posición que tienen los vértices de un triángulo, con ellos hicieron presa en aquella masa negra. Un tremendo grito lanzado por ésta puso en dispersión á la multitud. Unos se santiguaban; otros hacían la señal de la cruz con la mano izquierda y la dirigían hacia el demonio; dos beatas sufrieron síncopes y las condujeron á casa del boticario en donde estaban de antemano preparadas las medicinas para todo lo que ocurrir pudiera.

Rehechos un tanto y estimulados por el alcalde y el cura, hicieron presa en un pico del paño y se descubrió... ¡horror, furor y terror! Una pata negra armada de pezuñas. ¡Dios mío!, gritaban, es el mismo demonio! ¡Mira, mira! ¡Por allí le asoman los cuernos! ¡Ya no hay duda! ¡Es el mismo Lucifer! ¡Dios nos ampare y nos favorezca!

Cuando el paño se desprendió por completo, apareció una hermosa cabra negra que comenzó á dar balidos mirando á todos lados como buscando la salida. No por esto desapareció el miedo de la mayor parte de los asistentes, especialmente las mujeres, que decían: ¡Es el diablo que ha tomado esa figura para escapar de lugar sagrado! ¡No *sus* acerquéis! ¡No *sus* acerquéis! Y huían sin dejar de hacer la señal de la cruz.

El cura, alcalde y albéitar formaron consejo. El cura miraba al alcalde; el alcalde al albéitar y éste á los dos. Los tres se interrogaban con la vista y ninguno respondía á la interrogación. Como la situación se prolongaba algunos minutos y era muy difícil, porque peligraba la credulidad de los triunviros, se resolvieron á hablar de esta manera:

—Yo creo, señores, — dijo el párroco, — que...

—Pues yo no creo, — añadió el albéitar.

—¡Hombre! ¡hombre! déjeme usted hablar y sabrá lo que digo. Yo creo que lo que hay en la iglesia, es una cabra y no el diablo, como dicen esas sencillas gentes. Lo que no me explico es el modo y manera cómo ha podido suceder lo que hemos presenciado.

—Yo digo lo mismo, — arguyó el alcalde, que debía decir algo.

El albéitar después de reflexionar un poco, llamó al sacristán y le dijo:

—Señor Ciriaco. ¿Ha tenido usted la iglesia abierta esta noche?

—¡No, señor!

—¿Y anoche, al toque de oración?

—Anoche, sí; pero unos minutos nada más, lo que se tarda en eso, que, sabe usted, es muy poco.

—Pues fué lo bastante. Ustedes saben que ayer al obscurecer pasaron por el lugar varios hatos de ganado. Una de sus reses penetró en la iglesia cuando usted estaba en la torre y, no encontrando la salida, quedó en algún rincón. El tío Ciriaco salió, dejando dentro la cabra. Este animalito chocó con el catafalco que sirvió ayer para los funerales del escribano y se enredó los cuernos en el paño negro que está bastante roto, hasta que, poco á poco y dando vueltas, se encontró esta mañana en la forma que hemos visto.

—Eso tiene que ser, — dijo el alcalde.

—Pues ahora, — añadió el párroco, — esperemos unos días, por si llega su dueño. En caso contrario, se venderá y su producto aumentará el fondo de las ánimas.

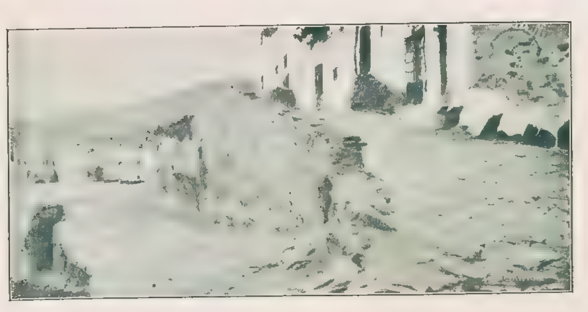
Quedaron todos conformes y, pasados diez días desde el que tuvo lugar tan «trágico» suceso, como nadie se presentó reclamando la cabra, ésta fué degollada y su carne puesta á la venta pública.

¡Carne del diablo! ¡Que si quieres! Nadie se atrevió á comprarla. En vista de ello, el señor alcalde dispuso que se enterrase lejos, muy lejos, encargando de esta comisión al alguacil que había servido al rey por espacio de ocho años y se había aligerado un poco de la balumba de preocupaciones de sus convecinos; y de noche, allá á las altas horas de la madrugada, llevó la carne de la res á... su casa, donde la saló, y tuvo alimento nutritivo durante varios días, sin que nadie notase en el lugar, que el dependiente del municipio experimentara malestar, indigestión ni intimidad alguna con los espíritus infernales.

Antonio GALLARDO

Ilustraciones de Tomás Argemí.

SECCIÓN DE ATRASOS



APUNTE; por Elíseo Meifrén.

Para saber en qué estado
se hallaba cierto expediente,
acudió el interesado
al centro correspondiente.
Y, tragando el hombre quina,
porque tal huelga ignoraba,
vió que sólo en la oficina
el portero se encontraba.
Volvió otro día, tronando
contra la gente informal,
y, como siguió brillando
por su ausencia el personal,
adoptando un aire fiero,
aunque peca de prudente,
se encaró con el portero
y le dijo lo siguiente:
—El letrero que se mira
de esta oficina en la entrada,
dice una enorme mentira
como quien no dice nada.
Y, para no dar jaquecas,
debe cambiarse el letrero
por otro que diga á secas:
«Horas de despacho, cero»
Y el portero con voz grave
respondió:—Bien se adivina
que usted ni siquiera sabe
el nombre de esta oficina.
Sección de atrasos se llama
este centro, y justo encuentro
que el personal se relama
de no estar nunca en su centro.
Lo atrasado, aquí, pasar
el día fuera pamplina,
pues dejaría de ser
de atrasos esta oficina.—
Y, al ver sus planes truncados,
dijo el hombre:—¡Ande la andrómina!
¡Siempre de los atrasados
es el reino de la nómina!

Carlos CANO

TOMÁS MUÑOZ LUCENA

AL ACECHO

RICARDO BRUGADA



DESDENES


TALLERES DEL ALBUM SALON
VESTIBULO.
REDACCIÒN.
ADMINISTRACIÒN.
CONTABILIDAD.
GALERIA FOTOGRAFICA.
LABORATORIO.
TALLER DE GRABADO.
PRENSA Y HORNO.


CARPINTERIA
CAJISTAS
DIBUJANTES LITÓGRAFOS
PRENSA PARA MATRICES
GALERIA DE MAQUINAS
PROGRAMA
CINEMATOGRAFO
R. Costa



TIPO ALICANTINO; por J. Nogué.



Orlas de Ramón Costa. *Fotografías de A. Merletti.*



IMPRESIÓN DE COLOR

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

ARTÍCULOS LITERARIOS, CIENTÍFICOS, BIBLIOGRÁFICOS Y FESTIVOS; POESÍAS, CUENTOS, NOVELAS, ETC., ETC.

Reproducciones en color ó en negro, de Cuadros al Oleo, Acuarelas, Esculturas, Objetos artísticos, Dibujos al pincel, al carbón y á la pluma, Caricaturas, etc., etc.

RETRATOS

VISTAS

MÚSICA



